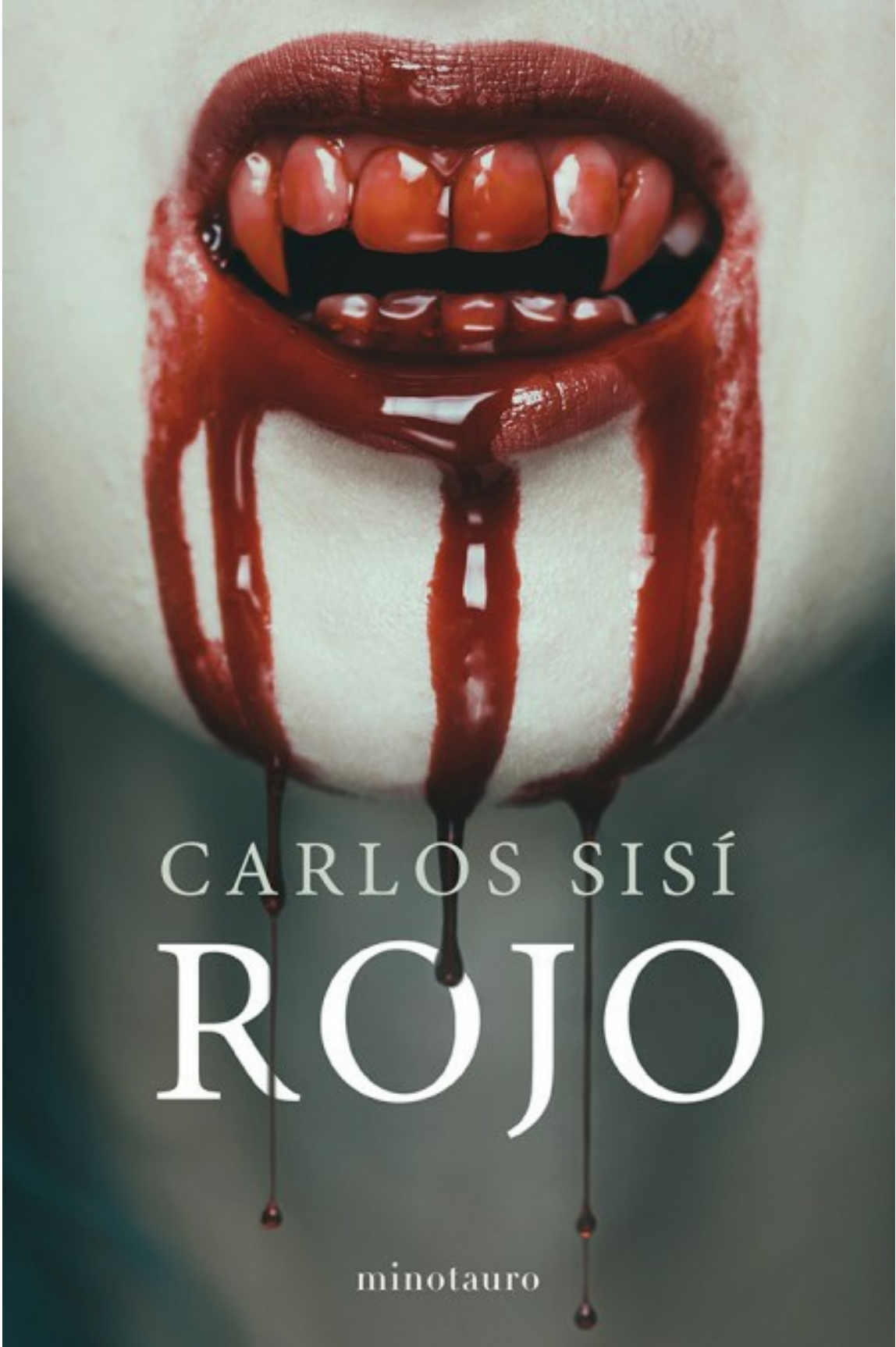




CARLOS SISÍ  
ROJO

minotauro



CARLOS SISÍ  
**ROJO**

minotauro



CARLOS SISÍ

# ROJO

minotauro

## Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Rojo](#)

[Medusa](#)

[La tercera noche](#)

[Elexia](#)

[Jared](#)

[Están llegando](#)

[Cosas raras](#)

[La mentira de la felicidad](#)

[Semper fi](#)

[Nancy Doce](#)

[Adivina quién viene a cenar esta noche](#)

[Las vacas y el matadero](#)

[Desatado](#)

[Fuego sobre y bajo el tejado](#)

[El que hace dos de nueve](#)

[Alkibiades](#)

[Nota](#)

[Créditos](#)

## Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

### ¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

## PlanetadeLibros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

En una base militar en Nueva Jersey mantienen custodiada a una vampira terriblemente poderosa. Cuando esta escapa, desata el terror y el apocalipsis en forma de plaga vampírica. Los vampiros asaltan la cercana población de Hillsdale. Allí se juntan varios supervivientes: Sonia, una policía; y Jimmy, un inteligente friki de Star Wars. Ambos acuden al campamento militar, pero lo encuentran abandonado.

Allí se encuentran con Elexia, la vampira que comanda a todos los militares para que se suiciden o se dejen convertir en vampiros. En su huida conocen a Jared, un malhablado, violento y bebedor militar de la Guardia Nacional, que deserta de su puesto para ir a matar vampiros.

Este es el inicio de una aventura que llevará a los tres protagonistas a luchar por sobrevivir a la plaga a medida que descubren que gran parte de Estados Unidos ha caído. Pero puede que haya una pequeña esperanza, puede que exista alguna manera de vencer a Elexia...

CARLOS SISÍ

ROJO

LIBRO PRIMERO

**minotauro**

Para mi gran compañera de la vida, Desirée .

Gracias por tanto; y por soportar tantas horas, días, semanas y meses fuera de casa, escribiendo esta y otras .



## DESPUÉS

En todas las casas, gasolineras y tiendas que encontrábamos, era Navidad. Una Navidad llena de polvo, decadente, con tiras de alegres colores que el tiempo había vuelto desvaídas y deprimentes. Una Navidad opaca, apagada, nostálgica, que recordaba a los días felices de compras y comilonas, de abrigos elegantes y besos y abrazos por la calle. El mundo había empezado a morir un nueve de diciembre, y para el dieciséis había muerto del todo, así que era, en todas partes y para siempre, Navidad. Mirando aquel árbol de casi tres metros de alto con las ramas peladas y los ornamentos colgando como desquiciantes reactivos vudú de alguna mente enferma, decidí que estaba hastiado de la Navidad. No sé cómo dejamos que ocurriera; era una festividad de mierda. En el escaparate había un Papá Noel con la barba caída sobre la barriga falsa y amorfa. Aún podía oír el susurro de su mirada brillante que, en otros tiempos, había encerrado un mensaje: «Compra, coño, compra». Ahora parecía mirarme y sonreír con la certeza de que los vampiros celebrarían su Nochebuena conmigo, y su mensaje..., bueno, su mensaje era más o menos el mismo: «Muere, joder. Muere».

## Capítulo 1

### Rojo



#### 1

Puede que, al decir de muchos, Hillsdale (Nueva Jersey) no fuera el mejor lugar para vivir sobre la faz de la tierra, pero para Peter Burrough no había un sitio mejor. Si había alguien que hubiese amado con todo su corazón el suelo que pisaba por la mañana al levantarse y por la noche al acostarse, ese era Peter.

No había viajado mucho, ni le había hecho falta; muy poco al norte, hasta Grand Rapids, y algo hacia el este, hasta Canton, pero desde luego no se había desplazado hacia el sur, y rara vez hacia el oeste. El trayecto más largo que había hecho jamás, por motivos estrictamente laborales, fue hasta Detroit, donde la decadencia y el abandono de las calles le pusieron enfermo. Detroit pudo haber sido la ciudad del motor y uno de los emblemas de la economía americana en una época, pero ahora era una sombra lánguida y amargada de lo que fue, con calles llenas de bandas, delincuentes y lacras sociales, y eso le disgustaba enormemente. No había respeto en la mirada de los jóvenes, y muy poca amabilidad en la de los adultos. Peter era sheriff y lucía su uniforme con orgullo; era algo que respetaba y que cuidaba con esmero cada día, después del trabajo, limpiando su chaqueta marrón con un cepillo y mucha diligencia, porque cosas como un uniforme de sheriff requerían respeto. La autoridad significaba algo, y era importante. Hillsdale era diferente en todos los sentidos: no era solo que la renta media por familia fuese de algo más de noventa mil dólares anuales, sino que Peter podía pasear con su coche por la avenida principal y recibir saludos educados y discretos que solían hacerse con un pequeño movimiento de cabeza. Podía entrar en un bar y percibir un silencio respetuoso que le hacía sentir que todo marchaba bien, porque un país que ha olvidado el respeto por la autoridad está abocado a la desgracia.

Peter llamaba hogar al pequeño edificio marrón del 165 de la calle Fayette, la comisaría local, más que a su propia casa. Era un edificio no muy agraciado, de ángulos rectos, pero rodeado de árboles lozanos y frondosos. Uno podía plantarse allí y olvidar la fealdad del edificio en favor del fresco verdor de toda la vegetación que rodeaba cada carretera que partía de aquel punto. En verano, los chicos solían jugar al

béisbol en el espacioso aparcamiento, y Peter dejaba la ventana abierta para escuchar sus risas y sus disputas, y los cotilleos con los que a veces se enredaban; casi siempre chismes como quién le había metido la lengua a quién, pero otras veces eran historias sobre escapadas nocturnas al bosque y lugares donde hacer cosas que un adulto no aprobaría, y esos asuntos eran interesantes para Peter: había que saber en qué andaba la juventud, y sobre todo, por dónde andaba.

Pero no lo hacía solo por interés profesional. Lo cierto es que no había nada más hermoso que unos jóvenes y saludables americanos jugando al deporte nacional una tarde de verano. Sus voces llegaban a través de la ventana junto con la brisa de la tarde, y el olor de los álamos y los robles traía una fragancia inequívoca de la época. Peter sorbía entonces café en la taza de GRAN JEFE que le regalaron los muchachos la Navidad del año anterior y se sentía..., bueno, se sentía feliz.

La gente, por lo general, tiene una tolerancia curiosa a la rutina. Se puede soportar una cierta cantidad de rutina del tipo que proporciona un determinado ritmo de vida, como ver una serie en Netflix al final del día, o tomar ciruelas en junio, o dar un paseo al caer la tarde una o dos veces por semana. Pero el exceso de rutina destruye más que construye, la mayor parte de las veces. Peter tenía una vida ordenada y amaba sus protocolos diarios casi tanto como amaba la propia Hillsdale. Se levantaba a la misma hora y se aseaba, desayunaba y se vestía todos los días igual y empleando la misma cantidad de tiempo. Luego conducía hasta la oficina y trazaba el plan de la jornada, que casi siempre consistía en organizar reuniones con los distintos equipos y, la mayor parte del tiempo, en preparar cosas como programas preventivos para las escuelas. Rara vez tenían que ocuparse de algo tan sórdido y desagradable como un asesinato o una violación, pero sí de pequeños robos, y hacían rondas en patrulla para localizar fugitivos de otros estados. A pesar de ello, Peter comía siempre a la misma hora y se iba a casa exactamente dos horas después del final de su jornada laboral. Los últimos momentos en la comisaría eran sus favoritos, porque tenía tiempo para ordenar el papeleo en pulcros montones con una docena de pequeñas notas anexas escritas en papeles adhesivos de colores, clasificados en carpetas de cartón duro. Y a las tres y cuarto de la tarde, hiciese frío o calor, encontraba la manera de salir al aparcamiento para fumar un único cigarrillo diario; era su compromiso personal entre sus apetencias y las órdenes del médico.

La noche del 9 de diciembre de aquel año, sin embargo, Peter Burrough tuvo un encuentro inesperado. Conducía, ya de noche, por la avenida Buena Vista y doblaba a la izquierda hacia Demarest cuando se topó con cuatro individuos parados en mitad de la carretera. Los focos iluminaron sus ropas: tres de ellos llevaban uniforme militar.

—Qué demonios —masculló mientras aminoraba la marcha.

Detuvo el coche a unos cuantos metros y ajustó el haz de luz para tratar de verles la cara, pero para ello debería haberse detenido mucho antes: la ropa parecía encendida por una luminosidad sobrenatural, pero sus facciones permanecían en penumbra.

Peter no pensó ni por un instante que fueran soldados de verdad. ¿Soldados en Hillsdale? Un disparate. Era mucho más probable que fueran cazadores, o algún grupo aficionado a la parafernalia militar en alguna quedada de SALVEMOS AMÉRICA. O puede que fueran Bob, Frank y los otros chicos con alguno de sus juegos en vivo cuyas

instrucciones y normativa se habían descargado de internet. Sí, seguro que eran Bob y los demás.

Se bajó del coche sin considerar siquiera avisar a la central, pero los hombres no se movieron.

—Buenas noches —dijo dubitativo. La verdad es que ninguno de ellos parecía Bob, o Frank. La barriga de Bob era inconfundible, y también el semiarco que describían los hombros vencidos de Frank, y aquellos tipos tenían la constitución, el aspecto y la envergadura de los soldados de verdad. ¿Y dónde estaba el otro tipo de la barba que siempre iba con ellos, ese que parecía (y probablemente era) idiota?

No hubo respuesta.

Peter se esforzó por verles las caras. La maldita calle contaba con una iluminación rudimentaria, amarillenta y casi febril; una calle residencial con casas de seiscientos mil dólares, jardín delantero y trasero y televisión por cable preinstalada. Peter recordaba que hubo quejas por parte de los vecinos de que las farolas alumbraban demasiado y la luz se filtraba por las ventanas impidiéndoles dormir.

Bizqueó y se dio por vencido.

—Caballeros, están... bloqueando la carretera. ¿Pueden echarse a un lado?

Ninguna respuesta.

Peter gruñó. Era con exactitud esa falta de respeto la que le ponía los nervios de punta.

—Hola. ¿Me oyen? Están en mitad de la calzada. Por favor, échense a un lado.

«Borrachos —se dijo—. Son borrachos en un barrio residencial y no recuerdan cómo llegar a donde quiera que dejaron el puñetero coche. Y van a darme la noche.»

Pensó en avisar a la central. Era lo más sensato, desde luego, y lo que decía el manual. Ni siquiera podía recordar cuántas veces les había recordado a los agentes noveles que debían avisar de inmediato a la central en situaciones inusuales y en inferioridad numérica. Pero él era el sheriff. Si eran cuatro idiotas, y además ebrios, quedaría como un novato.

—Se lo he advertido con amabilidad —exclamó entonces empleando un tono de voz más rudo—. Si pueden entenderme, por favor, respondan ahora.

Pero tampoco entonces hubo respuesta.

Peter empezaba a perder la paciencia. Miró brevemente el interior del coche y echó un vistazo a la radio, pero a continuación cerró la puerta con firmeza. Era el sheriff del condado de Hillsdale, por el amor de Dios. Puso la mano en la funda de su pistola reglamentaria y empezó a caminar hacia ellos.

—Por favor, ¿pueden identificarse? —dijo.

Los hombres no se movieron. Uno de ellos miraba absorto las luces del coche, como fascinado por su intensidad. Se mantenían de pie, con los brazos extendidos hacia abajo y la cabeza ligeramente agachada. Peter pudo ver entonces sus rasgos. No, no los había visto nunca, pero eran rostros jóvenes sin ninguna marca o característica que los hiciera especiales, y él tampoco conocía a todo el mundo en Hillsdale, que contaba con una población de casi catorce mil personas.

Eran...

«Eso es sangre», se dijo entonces, y se detuvo.

Uno de ellos tenía sangre en las manos. O algo muy parecido a la sangre.

Aunque también podía ser barro. O grasa de motor.

«Por favor, que sea grasa de motor —se oyó a sí mismo suplicar—. Que sea grasa del vehículo que tienen aparcado dos calles más allá, que les ha dejado tirados, y estén buscando un taller o un teléfono porque sus móviles, TODOS SUS MÓVILES, se han quedado sin puta batería. »

Uno de los hombres, el más alto, inclinó ligeramente la cabeza. A Peter no le gustó. No le gustaron ni su mirada ni el gesto. Pensó en decir algo, pero no encontró nada coherente que añadir, y de pronto se descubrió pensando que, tal vez, avisar a la central no habría sido tan mala idea. Espió brevemente el interior del coche, a través de la ventanilla cerrada, y vislumbró apenas la forma oscura de la radio. Tal vez aún pudiera...

El Hombre Alto empezó a andar hacia él.

Hay un tipo de miedo que se ve venir desde lejos. Llega, como una ola en una playa apacible, y estalla en un torrente de espuma blanca, como la sensación que se tiene cuando el carrito de la montaña rusa alcanza el cénit, antes de empezar a caer. Peter sintió ese crescendo alumbrando en su interior, una luz amarilla en una noche de brea y cieno. Las piernas parecían ancladas al suelo. Cuántas veces se había enfrentado a una situación como aquella, ni lo sabía, pero debían de haber sido más de un centenar, con seguridad. Pero el Hombre Alto tenía los ojos clavados en él y avanzaba resuelto, como si supiera no solo lo que iba a hacer, sino que estaba seguro de que iba a hacerlo, estuviera Peter armado o no.

La mano del sheriff se movió temblorosa en la funda de la pistola, sin acertar a abrir la lengüeta.

—Detén... Deténgase, ¿quiere?

Su voz sonó extraña en la penumbra de la calle, quizá demasiado silenciosa incluso para un barrio como aquel. La mayoría de los vecinos tenían perros, y solían ladrar cuando alguien se detenía durante más de un segundo. Sin embargo, el silencio parecía más pesado que un kilo de puré de patatas, denso como un caluroso día de agosto, y casi tan asfixiante.

«Por el amor de Dios, deténgase. De-tén-ga-se.»

El Hombre Alto llegó hasta Peter y lo cogió de la muñeca izquierda, tiró de su brazo sin encontrar apenas resistencia y colocó su otra mano sobre la cara perpleja del sheriff para inclinarla hacia el lado opuesto. Peter protestó, o tal vez creyó que protestaba, pero lo siguiente que supo fue que tenía la boca del hombre sobre su cuello.

Notó un chasquido orgánico.

Peter se estremeció. Las piernas le bailaron como recorridas por una descarga, y sus esfínteres se soltaron. La sangre manó abundante hacia y alrededor de la boca del Hombre Alto, firmemente apretada contra el cuello del policía. Se deslizó en un creciente caudal hacia abajo, por el cuello del sheriff, manchando su impoluta chaqueta marrón y su corbata gris.

«Es una falta de respeto —pensó Peter confusamente mientras se deslizaba por un túnel oscuro hacia la inconsciencia—. Una falta de respeto.»

Y había perros, sí, pero todos se escondían bajo los andamios de las casas, tras las perreras de madera exquisitamente ornamentadas, entre los troncos dispuestos

junto a las puertas traseras que habrían alimentado todos aquellos hogares si nada hubiese cambiado para siempre.

Pero todo cambió.

## 2

Mike Holic estaba cabreado. No enfadado, cabreado. Lo sentía en la efervescencia de los testículos y en los nudillos de las manos, ligeramente enrojecidos. Y desde luego lo sentía en las ganas de estampar los puños en la cara del primer idiota que lo mirara torcido en las próximas dos horas. Eso era un cabreo, del tipo que solo te sobreviene cuando has estado bebiendo toda la noche, ahogando el volcán de la testosterona masculina en unos cuantos... Muchos. Litros de alcohol.

¿Cuántas veces le había dicho al gilipollas del almacén que para las entregas en la base Orestes hacía falta el puto papel azul de mierda? Mil veces. Tres mil quinientos millones de veces. Se lo había recordado tanto que le dolía la boca de decirlo. Jesús, si se lo llega a decir también aquella mañana, se le habría descoyuntado la mandíbula.

«¡El papel azul, joder! —decía siempre—. Los putos soldados de la puerta no te dejan pasar sin el papel azul con el sello y los datos del proveedor. No el papel amarillo que le sirve a Joe, el de la farmacia, y a Betty, la del hostel donde medio Hillsdale recibió o hizo su primera mamada. ¡El azul!, porque un maricón de comandante con más pus en la cabeza que un leproso en el culo quiere el mismo cochino papel azul todas las putas veces. Oh, y ya puedes llorar y patalear y tirarte por el suelo, que puedes coger la jodida furgoneta y volverte derecho a casa a hacerte una paja porque no te van a dejar entregar la mercancía. ¡Coño!»

Pues ahora, con la alambrada del perímetro de la base a la vista, había echado un vistazo a la carpeta... y adivinen qué, señoras y señores: el papel era amarillo. No azul. Amarillo.

El responsable del almacén quería joderlo, eso era lo que creía. Quería que hiciese los treinta kilómetros hasta la base Orestes por aquella ruta llena de polvo y piedras jodelumbagos y luego los hiciese de vuelta para recoger el puto papel azul, y otra vez al camino, para que los informes de gasto de combustible hicieran saltar una alarma en el despacho del jefe y lo sentaran en la Butaca de los Despidos. Eso era lo que quería. Oh, pero iba a tener una o dos palabras con él cuando volviese, y entre palabra y palabra puede que hiciese hablar a sus nudillos enrojecidos. Y si eso lo enviaba a la Butaca de los Despidos, pues, coño, era un trabajo de mierda de todas maneras.

Asomó la cabeza por la ventanilla y proyectó un escupitajo blancuzco y tibio a dos metros del camino.

«Bueno, Mike. Es demasiado tarde para dar la condenada vuelta —se dijo—, así que inténtalo una vez más. Quizá esta mañana te toque un novato que no sabe que no debe aceptar nada más que un papel azul, o quizá por una vez tengas suerte y el comandante haya sufrido un espasmo de sentido común y de repente le importe una mierda el puto color de los albaranes.»

La furgoneta renqueó por el camino, dejando un rastro de polvo que ascendía a cámara lenta como en una película de las hermanas Wachowski. En el lateral había

una imagen desvaída, y no por el tiempo, sino por la cantidad de mugre que la recubría. Era un osito marrón guiñando un ojo, con las palabras SUMINISTROS SALLY escritas encima. La tipografía era tan horrible que hasta Mike, para quien buen gusto significaba desayunar un sándwich de plátano con pepperoni italiano, podía verlo.

Cuando se acercó a la doble verja de la entrada, con la cabina de control a la vista, se detuvo.

—¿Qué coño? —susurró

La verja estaba abierta, y no solo estaba abierta, sino que estaba caída a un lado, como si alguien la hubiera arrancado de sus rieles. Por lo demás, la cabina parecía estar en su sitio, los cristales intactos, y la barrera de seguridad bajada como la había encontrado cada vez que había visitado el lugar.

Pero no era solo la verja lo que estaba fuera de lugar. Allí no había nadie. Nadie dentro de la cabina y nadie en la puerta. Generalmente, a esas alturas ya se habría acercado un tipo con un rifle más grueso que un brazo para darle el alto, y otros dos soldados se hubieran emplazado a la derecha del vehículo mientras el supervisor de la entrada se acercaba a su ventanilla. A veces incluso se asomaba alguien más desde la empalizada del edificio que estaba justo tras la verja con otro rifle aún más grande. Mike solo les suministraba productos de limpieza y cosas como papel higiénico un par de veces por semana, por el amor de Dios, ¿qué creían que era, un terrorista de mierda? Quinientos rollos dos veces por semana; los muchachos del Ejército de Estados Unidos podían tener a los terroristas del mundo bajo control, pero a costa de cagar como bueyes.

Escudriñó a través de la puerta abierta y vio el patio interior, tan diáfano como solitario. A esas horas solía haber mucho movimiento tras las puertas: pelotones de chicos latinos y afroamericanos engreídos y uniformados sudando la camiseta llevando papeles de un lado a otro con una expresión de estreñimiento en el rostro. Pero no vio a nadie. La bandera americana se movía en su mástil con suavidad, mecida por un viento suave.

—Esta sí que es buena —soltó—. ¡Me cago en la puta!

Pensó durante un rato. No quería conducir simplemente hasta el interior para recibir una ráfaga de ametralladora que le reventara una o todas las ruedas, pero tampoco quería bajarse del coche. ¿Descender del vehículo antes de que hubiese presentado el puto papel azul? Ni de coña. Era lo primero que le decían siempre, y no una ni dos veces, sino cada vez que se dirigían a él: «Por favor, permanezca en el vehículo. Permanezca en el vehículo, señor». Señor esto y señor lo otro, pero si había por ahí cerca algún señor con quien hablar, él mismo dejaría de robar rollos de papel higiénico de la oficina y se limpiaría el culo con los papeles azules del archivo.

Pero lo cierto es que aquello se parecía más a un decorado de «Te Walking Dead» que a otra cosa.

Ese pensamiento lo hizo estremecerse.

¿Y si habían atacado la base? ¿Y si los terroristas...?

Finalmente, tocó el claxon. El sonido grave y amortiguado de la bocina resonó por el patio vacío de la base sin que pareciera alcanzar a nadie. Después de un tiempo prudencial, tocó el claxon de nuevo, y luego lanzó una serie de bocinazos consecutivos y urgentes, pero tampoco hubo reacción ni respuesta.

Mike empezó a asustarse. ¿Cuántos soldados podía haber acuartelados en Orestes? No lo sabía con exactitud, pero calculaba que cerca de un millar, probablemente. ¿Adónde habían ido todos, entonces? Tras los cristales de la cabina de control podía ver los monitores y los teléfonos dispuestos en la pared, redondos y pequeños como escarabajos negros, así que no habían desmantelado la base de la noche a la mañana. Y no era así como se hacían las cosas, ¿no? Alguien habría llamado para cancelar los pedidos de mil rollos semanales y las otras mierdas que llevaba en el compartimento de carga.

Por fin, Mike se decidió a salir de la furgoneta, aunque al principio lo hiciera con precaución. Era una mañana cálida, por cierto, así que el sol se apresuró a calentarle la piel. Pero eso era cuanto había de agradabilidad en lo que veía: la visión de la base, siempre tan bulliciosa, tenía un no sé qué sobrenatural que le estaba haciendo olvidarse de sus hinchados testículos, del responsable del almacén y de sus nudillos enrojecidos.

—¿Hola? —llamó.

«Joder. Joder.»

Comenzó a dar pasos tímidos a través de las puertas abiertas. Definitivamente habían sido arrancadas: los rieles de la parte inferior estaban vencidos, así que allí había pasado algo.

Algo.

Siguió avanzando hasta que pudo asomarse al interior del patio, dando pasos con cautela mientras miraba a uno y otro lado y llamaba repitiendo siempre lo mismo: «¿Hola? ¡Hola!». No había rastro de nadie, ni en el patio ni en ninguna de las torres de vigilancia. Lamentó entonces no haber traído algo de la furgoneta; la barra del gato hidráulico o el pasador de la puerta de atrás, algo que pudiera sentir en los puños cerrados. Porque si había terroristas... Coño, si había terroristas allí, iba a darles su 11-S particular. Mike se ensoñó con unos titulares fantasmales que comenzaron a danzar en su cabeza. EL PRESIDENTE RECIBE HOY AL HÉROE PATRIO MIKE HOLIC, EL SALVADOR DE LA BASE ORESTES.

Pero Mike llegó hasta una de las puertas de los edificios que rodeaban el patio y, cuando se atrevió a cruzar el umbral, encontró pasillos, despachos y salas de gestión administrativa totalmente vacías y con las luces encendidas. Algunos de los ordenadores estaban también encendidos, así como algunas lámparas de mesa. Estas seguían alumbrando unos documentos dispuestos como si alguien hubiese estado trabajando ahí hacía escasos minutos. Pero había algo más.

Mike estaba acostumbrado a las peleas en los bares, y en realidad, en más sitios de los que le hubiera gustado admitir. Parte de la diversión de beber era terminar la noche partiéndole la cara a algún tipo, o regresar a casa exhausto y con el alma rota, y más sangre alrededor de la nariz de la que había dejado por el suelo de algún tugurio, la mayor parte de las veces a cien o ciento cincuenta kilómetros de casa, porque Hillsdale era un lugar pequeño para tanta camorra. Mike sabía de la sangre, conocía bien su gusto a cobre y su olor. Y allí, flotando en el ambiente de una manera indeciblemente sutil, olía a sangre. Venía deslizándose desde el fondo de los pasillos, y para alguien que no fuera Mike, habría pasado inadvertida.

Para ser justos con Mike, aquella situación normalmente no le hubiese asustado



tanto como lo hizo aquella mañana de diciembre. Se habría enfrentado a un puñado de terroristas si hubiera sabido que estaban agazapados y escondidos en alguna parte y les habría dado de hostias, como le gustaba decir. Pero mezclada con el hedor orgánico de la sangre se intuía una sensación indescriptible que incluso alguien con menos sensibilidad que una farola, como Mike, pudo percibir muy claramente; una suerte de oscuridad tibia, penetrante y pegajosa como una lámina de sudor sobre la espalda tras conducir trescientos kilómetros al sol.

Y ya no se atrevió a ir más lejos.

Salió afuera, sacó el móvil y marcó con rapidez. La llamada no tardó en ser atendida.

—¿Hola? —dijo al aparato—. Oiga, le llamo desde la base Orestes. Sí, la base Orestes. Estoy en la puerta, pero... pero verá, es raro de cojones, pero es que no hay nadie. ¿Cómo? Mike Holic, joder, de Suministros Sally. Estamos..., sí, estamos registrados, puede comprobarlo. Oiga, ¿no entiende lo que le digo? Le digo que no hay nadie. No, ni dentro ni fuera ni en ninguna parte. La base Orestes está vacía. ¡Vacía, joder! Y oiga, aquí pasa algo malo.... Se lo juro. —Y con la voz contrita por el miedo, terminó diciendo—: Se lo juro por lo que más quiero.

El oso desvaído del lateral de la furgoneta, vestido con una sonrisa eterna, pareció guiñarle un ojo.

### 3

El X-Wing surcaba los cielos de la calle Chadwick, y Jimmy Sammers era su piloto.

—¡Azul dos informando! —exclamó a la soleada mañana del sábado—. ¡Reconocimiento completado! ¡Vuelvo al Punto de Encuentro!

Describió un giro cerrado, inclinando las alas para que el viraje fuese más cerrado, y regresó sobre sus pasos, corriendo por la calle casi desierta mientras imitaba el sonido de la propulsión de sus motores con los labios apretados. El X-Wing era fantástico: uno de los últimos modelos de LEGO, naturalmente, personalizado por él. El plástico nuevo brillaba como lo que era, un juguete para niños, pero Jimmy tenía un buen truco para que pareciera una fatigada nave de la Alianza Rebelde: lo hacía pasar por un baño de polvo y tierra, en ocasiones acompañado de algo de agua, para que pareciera surgido de un sinfín de batallas.

Estaba a punto de hacer que aterrizase en el suelo cuando el X-Wing empezó a tronar por sí mismo.

Jimmy miró perplejo el juguete de plástico hasta que comprendió que el sonido no provenía de él, sino de algún punto encima suyo. Las copas de los árboles se estremecieron y empezaron a agitarse para revelar lo que las movía: un fantástico helicóptero de color verde militar con unas aspas realmente grandes.

—¡Guau! —soltó Jimmy dando saltos en el aire.

El helicóptero pasó sobre su cabeza a una velocidad vertiginosa y no tardó en desaparecer, perdiéndose por encima de la casa de los Waters, con el sonido de sus dobles motores produciéndole vibraciones en el pecho.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Eso sí que es cojon...!

En el último movimiento, el X-Wing saltó literalmente de su mano y cayó al suelo,

separándose en pequeñas piezas.

—¡Oh, no! —protestó Jimmy.

No se había roto; solo se había desmontado. Era la gran virtud y la maldición de los juguetes de LEGO. Solo tenía que llevarlo a casa y volver a ensamblarlo siguiendo las instrucciones, lo cual, por otro lado, era parte de la diversión. Pero había esperado poder montar una escena en la calle, utilizando algunas figuras que llevaba en el bolsillo del chaleco de fotógrafo que su tía le había regalado por su cumpleaños, y ver si esa mañana ganaban los rebeldes o los imperiales.

Pero el helicóptero... ¡Oh, el helicóptero había sido fantástico! Jimmy coleccionaba naves y figuras de Star Wars, pero también era un gran entusiasta de gran parte de la parafernalia militar, en especial la de la segunda guerra mundial. Tenía un montón de soldados americanos y nazis, la mayoría personalizados por él. A veces recurría a trucos como usar la rejilla de un pequeño tul para simular el entramado de malla de los cascos del bando americano, la cual recortaba con un cúter y pegaba con exquisito cuidado. Otras veces utilizaba piezas inusuales como el capó de un coche pequeño, que hacía las veces de macuto a la espalda cuando lo colocaba de manera adecuada. Ni sabía cuántos dólares había gastado haciendo pedidos modestos a proveedores seleccionados para adquirir armas de plástico que parecían «de verdad», y cosas como minúsculos sacos de arena para construir barricadas.

Después de recoger todos los trozos y distribuir los más pequeños por los bolsillos, miró al cielo esperanzado. En las películas, los helicópteros militares rara vez iban solos, siempre tenían al menos un compañero, pero el cielo azul cargado de nubes bajas, esponjosas y blancas en el horizonte no traía nada más. ¿Qué hacía un helicóptero militar sobrevolando Hillsdale un sábado por la mañana, y a tan escasa altura? A lo mejor estaba haciendo unas maniobras, o quizá se dirigía a la base militar al noroeste. ¡La base militar! Solo Dios sabía cuánto le hubiera gustado a Jimmy visitarla, al menos una vez. La había sobrevolado usando internet y el servicio de mapas aéreos de Google diez o veinte veces, pero no había nada parecido a excursiones programadas para escolares, ni para nadie, en ningún caso.

Estaba pensando en eso cuando su móvil empezó a sonar. La pantalla anunció CASA, pero eso él ya lo sabía. Era un teléfono solo para sus padres, para que supieran que estaba bien y para llamarlo cuando les diera la gana. Ni siquiera le estaba permitido compartirlo con sus amigos. «¿Y si comunica cuando intento llamarte, Jim? —decía su madre—. ¿Quieres que me muera de preocupación?» Jimmy sospechaba que mamá lo tenía asociado a su terminal y que podía saber dónde estaba en todo momento, pero a sus trece años no servía de mucho protestar.

Ni siquiera tuvo tiempo de decir «¡Hola, mamá!». La voz al otro lado gritó:

—JIMMY, VUELVE A CASA INMEDIATAMENTE.

#### 4

La noticia del asesinato del sheriff Peter Buchanan estaba armando un pequeño revuelo en Hillsdale. Había, desde luego, algunos crímenes de vez en cuando, pero solían confinarse a las zonas más deprimidas de la ciudad. A nadie le importaba si alguien le daba una paliza a un vagabundo hasta quitarle la vida, o si dos tipos que

alquilaban habitaciones en los tugurios del sur se partían el alma en una noche de borrachera. Esas cosas pasaban, pero no tenían mucho que ver con la vida enchaquetada de clase media-alta de la población sensible de Hillsdale. Pero Peter era el sheriff ; llevaba casi dos décadas al servicio de la comunidad, y había un par de cosas que hicieron que todo el mundo diera un respingo en la mesa del desayuno al leer la noticia en sus tablets y teléfonos móviles. Peter había sido encontrado dentro de su coche con una desagradable y aparatosa herida en el cuello, con sangre dentro y fuera del vehículo, y había ocurrido en plena avenida Demarest, en la zona de Buena Vista. Era un barrio residencial acomodado, no muy diferente de muchas otras calles donde los buenos vecinos de Hillsdale llevaban vidas tranquilas, pagaban sus impuestos y votaban cuando había que hacerlo.

La otra cosa era que la policía no tenía ni idea de lo que había pasado ni de quién era el culpable.

La oficina del sheriff hervía de llamadas. Todo el mundo quería saber qué pasaba, o qué había sucedido, y exigían que se diera una solución al asunto. «Nuestros hijos juegan en la calle», decían unos . «¿Cómo vamos a dormir tranquilos?», preguntaban otros. «¡Exijo que el sheriff dimita!», gritó uno al teléfono.

—¿Es que no lo entiende? —respondió el agente especial Tifford, ceñudo—. Es al propio sheriff a quien han asesinado, ¿cómo quiere que dimita?

—¡Bueno! —dijo la voz—. ¡Pero alguien tendrá que dimitir!

Tifford colgó el teléfono sin añadir nada más. Solo había contestado al teléfono un par de decenas de veces y ya le dolía la cabeza.

—Tifford —dijo un compañero desde otra mesa—. Te necesitan en la escena.

—¿A mí? —preguntó—. ¿Para qué narices...?

—Los detectives van a retrasarse un poco más, parece.

—¿Cómo que un poco más? ¿Cuánto tiempo necesitan para desplazar a alguien hasta aquí?

—Bueno, es por lo de Orestes, ya sabes.

Sabía, sí. No solo tenían el caso de Peter sobre la mesa, caliente y hediondo como una deposición de tres kilos de un perro enfermo, sino que además estaba el asunto de la base Orestes. Apenas podía creerlo cuando le informaron esa misma mañana, dos horas antes de su ingreso al servicio habitual. «La base está vacía», le dijeron. «¿Cómo que vacía?», preguntó con los ojos todavía pegados por el sueño. «Vacía, joder. La puta base está más vacía que el Walmart el día de Navidad.»

Vacía, y un carajo. Era una base grande que a veces les jodía el día y la semana con transportes lentos y pesados que los obligaban a cerrar carreteras y desviar el tráfico, y a veces les fastidiaba las radios cuando los técnicos decidían jugar con su tecnología de mierda. Cuánto personal había allí asignado, no lo sabía, pero dudaba que fueran menos de un millar en todo momento, como si Nueva Jersey lindara al este con Vietnam y al sur con la Unión Soviética, o quienquiera que fuera el jodido enemigo esos días.

—¿No iban a encargarse los militares de eso?

—Tifford, coño —refunfuñó su compañero—. Todo el mundo está encargándose de eso. Tengo un enlace del FBI viajando hacia aquí en estos momentos y un par de tipos del gobierno que no sé ni de qué carajo de agencia son. Y me han pedido que

vayas, ¿vale?, así que tómate una de tus pastillas si te duele la puta cabeza y deja de joderme.

Dicho eso, cogió el teléfono de nuevo y se zambulló en otra llamada airada.

Tifford suspiró, y pensó en pasarse por la farmacia antes o después de ir a Demarest. Iba a ser un día de mierda, y mucho se equivocaba o esa mierda iba a extenderse toda la semana también.

## 5

La policía local, que ofrecía servicios de soporte básicos a la oficina del sheriff, había acordonado la zona. Había agentes tomando fotos de cada guijarro tirado en el suelo, y otros que señalaban las manchas de sangre y tendían varas alargadas para hacer sus cálculos mentales y sus elucubraciones. Alrededor del cordón había curiosos, vecinos en su mayoría, que murmuraban afligidos con una sentida mano sobre el pecho, y los primeros periodistas que habían corrido hasta allí para tomar fotos y cuanta información pudieran obtener. A poco que un agente se les acercara, empezaban a asediarlo con preguntas.

Un pequeño equipo de policías iba preguntando puerta por puerta si habían visto u oído algo que les pudiera servir.

—Cualquier cosa, señora, aunque crea que no es importante —le decía el agente a una de las vecinas, todavía vestida con una elegante bata de color salmón—. Si oyó pasar un coche a alguna hora, díganoslo. ¿Vio algo sospechoso?, ¿ha oído algo que le parezca significativo en alguna parte, en el día de ayer o a lo largo de la semana pasada?

—Bueno..., ahora que lo dice... —respondió la señora, pensativa, con el pelo recogido bajo un sombrero de plástico—, puede que... sí, puede que oyera a la vecina de al lado, ya sabe, esa loca con el coche rojo, que estaba cansada de su marido.

—De su... ¿marido? —preguntó el agente.

—Sí. Creo que está liada con alguien de su oficina —añadió en tono confidencial—. Deberían investigarlo. Esas cosas acaban pudriendo el corazón de una nación, ¿sabe?

El agente miró a su compañero, levantó una ceja y suspiró.

—Bien. Eh... Gracias, señora. Tomaremos nota.

Estaban dándose la vuelta cuando la señora volvió a llamarlos.

—¿Van a darnos algún tipo de indemnización? —preguntó.

—¿Indemnización? No, no, señora...

—Oh. Qué pena —exclamó—. Deberían hacerlo, ¿sabe? Todo este asunto está haciéndonos sufrir mucho, y mi marido ha dicho que ahora nuestras casas valdrán menos.

—Lo dudo mucho, señora. No se preocupe. Buenos días.

—No sé qué tienen de buenos —contestó, y cerró la puerta.

—Jesús —susurró el policía—. Si tengo que interrogar a otra loca como esta me va a dar un pasmo.

—Hay cosas peores —dijo el agente—. Mira al pobre Peter.

—Joder. Es de locos —exclamó—. ¿Le has visto el cuello? John me ha pasado

una foto, la hizo con el móvil antes de que llegaran los tipos importantes. Parece un puto bocado, eso es lo que parece.

—Coño, no seas morboso.

—No estoy diciendo nada, solo que a lo mejor estamos buscando a un asesino y tal vez nos enfrentamos a un animal...

—Un animal. Un animal que lo mordió y luego lo metió en el coche...

—Puede que se arrastrara dentro mientras aún pudo hacerlo.

El agente iba a decir algo cuando alguien llamó desde el otro lado de la vía. Hubo un pequeño revuelo en la calle.

—Aquí —dijo una de las oficiales—. ¿Ven?

Era apenas una gota, cerca de la puerta de entrada de una de las viviendas; un goterón del tamaño de un guisante. Pero si era lo que parecía, era la primera pista alejada de la escena que encontraban y podía conducir al asesino.

—Si no es sangre se parece mucho —dijo otro de los agentes—. Querremos fotos y muestras completas. Dos agentes armados aquí, a ambos lados, y otros dos en la parte de atrás.

El agente miró alrededor, pensativo.

—Allí veo flores aplastadas —continuó diciendo—. Deben de ser las primeras flores aplastadas que veo desde que salí de la oficina. Van hacia aquí, en esta dirección.

—Está claro —susurró la agente—. Deberíamos entrar ya. ¡Esto pinta bien!

—Sí —asintió el oficial—. Vamos. ¡Vamos, vamos!

En ese momento se produjo un pequeño alboroto cerca del coche de policía del sheriff, rodeado de carteles amarillos numerados y maletines del equipo de documentación de pruebas. Los chicos de la ambulancia, que se habían desplegado siguiendo el protocolo básico de actuación, echaron a correr hacia el coche.

—¿Qué coño pasa? —preguntó la mujer.

Alguien empezó a gritar.

—¡Es el sheriff Buchanan! —gritó alguien—. ¡Está vivo, joder! ¡Está vivo!

—¿Qué...?

—¿Cómo que está vivo?

—¡Vigilad la casa, joder! —dijo la mujer, nerviosa—. ¡No os mováis de aquí!

—Qué cagada, joder —se lamentó alguien—. ¿Quién coño dijo que estaba muerto? Nos van a empapelar por esto.

Peter Buchanan se sacudía como si estuviera conectado a un pequeño generador eléctrico. Los enfermeros intentaban sujetarlo y calmarlo mientras él se retorció, con la cara contraída por un rictus de dolor. Los músculos del cuello y los de los brazos estaban tensos, y terminaban en dos puños apretados. Su cuerpo subía y bajaba sacudido por espasmos descontrolados.

—¡Está ardiendo! —gritó uno de los enfermeros.

—¡Epilepsia con posible derrame cerebral! —exclamó otro—. ¡Diazepam, administradle diazepam IV!

—Por Dios, ¡llevadlo a la ambulancia!

—Peter... —decía un policía, sobrecogido por la visión de su compañero atravesado por el dolor—. Peter, por el amor de Dios, tranquilo...

Peter abrió los ojos un momento y, reuniendo todas sus fuerzas por espacio de unos segundos, abrió la boca y gritó:

—¡EL SOL! ¡EEL SOOOOL!

## 6

Poco después de que la ambulancia se hubiera marchado con la sirena a plena potencia, los policías llamaron a la puerta de la casa con dos golpes secos y contundentes. TOC, TOC. Si ya estaban nerviosos unos minutos antes, la visión de Peter Buchanan gritando de dolor les había doblado los niveles de adrenalina.

—Policía de Hillsdale. ¡Abran la puerta, por favor!

Esperaron, pero no demasiado.

Uno de los agentes alargó la mano y probó el picaporte de la puerta, que giró con facilidad. Estaba abierta.

Se miraron brevemente y asintieron.

—¡Policía de Hillsdale! —anunció la mujer—. ¡La puerta está abierta, vamos a entrar!

Empujó la puerta, que al abrirse reveló un espacioso recibidor, iluminado por la tenue luz que entraba de la calle. La primera impresión gritaba: bienestar. Elegantes muebles del catálogo de algún importador y refinadas molduras de escayola. Los agentes estaban ya calculando el número de puertas y accesos cuando la mujer descubrió algo que los demás pasaron por alto: un juguete infantil, una especie de piano con teclas de colores atado con una cuerda. Estaba ahí tirado, cerca de una de las paredes pulcramente pintadas de un elegante color crema, y pareció susurrarle directamente al fondo de su mente un único pensamiento, alto y claro como la llamada de una madre angustiada: «Por favor, que no haya ningún niño involucrado . Por favor, por favor, por favor».

—¡Policía de Hillsdale! —repitió otra voz.

La mujer pestañeó y, con los brazos extendidos, apuntó con su arma al suelo. Los policías empezaron a moverse dando pasos calculados pero resueltos, cubriendo las entradas. Allí estaba el salón, la cocina, el pasillo que llevaba al patio de atrás, un lujoso revistero dorado (¿quién leía revistas todavía?) y una amplia escalera que conducía, presumiblemente, a los dormitorios; tal vez a un pequeño despacho donde papá trasteaba con los papeles de vez en cuando, analizando complicados datos económicos en su ordenador de sobremesa o en un portátil ultraplano. Pero tanto el salón como esas habitaciones estaban vacíos.

Era quizá demasiado temprano para que la familia estuviera en la calle, pero resultaba extraño que aún siguieran dormidos. Sabía por experiencia que los niños pequeños abren los ojos con los primeros rayos del sol (EEL SOOOL, EEEEEEL SOOOOL) y arrastraban a papá y mamá fuera de la cama con una imperiosa necesidad de un bibi de leche caliente.

Sin que pudiera evitarlo, volvió a caer en una hilera de pensamientos urgentes y temerosos: «Por favor, por favor, por favor».

Miró a su compañero, que tenía un «no me gusta» grabado en la mirada. Y tenía razón. No le gustaba tampoco a ella. Pero aun así subieron, porque subir por la

escalera de un sitio potencialmente hostil era su trabajo, aunque lo hicieron con un nudo en el estómago.

—Sonia —susurró su compañero—, dos por dos.

Sonia asintió. Era un pequeño código interno de actuación, así que levantó la mano con solo dos dedos extendidos y un par de compañeros comenzaron a seguirla por la escalera, con las pistolas desenfundadas, la mirada adusta y las mandíbulas apretadas.

Y sí, encontraron a mamá y a papá en su dormitorio, que estaba, como Sonia había predicho, junto a un despacho con papeles y un portátil ultraplano. Era un despacho bonito, con las paredes revestidas de madera y muchos estantes con libros lujosamente encuadernados. «El despacho de un abogado», pensó Sonia rápidamente, y no se equivocaba. Mamá estaba en la cama, con el cuello lleno de sangre y el nórdico, de un blanco impoluto, manchado de la misma sustancia. De su hermoso camisón blanco con tintes perlados asomaba un pecho de un tono lechoso con un pezón del color de las almendras.

Papá, el abogado, estaba en el suelo, vestido con unos calzoncillos cortos de Calvin Klein, tumbado sobre su vientre. Ni siquiera acertaban a verle la cara. Su sangre también estaba esparcida por la moqueta. Le bastó un único movimiento de cabeza para confirmar que no había ninguna habitación más, así que por el momento, papá era solo el Abogado y ella..., bueno, ella era ella. Pero agradeció no tener que enfrentarse a la espantosa visión de un bebé desmadejado en un rincón de la habitación. Otra vez.

El compañero se agachó con prudencia y puso un par de dedos en el cuello del Abogado. Después de unos instantes, negó con la cabeza: estaba muerto. Ella espió a la mujer con la cabeza inclinada. Su pecho se movía tanto como una montaña de diez trillones de toneladas, y sus ojos miraban secos al techo de la habitación; la boca se le había quedado abierta y parecía un pozo oscuro en mitad de la cara. Aun así, se acercó a ella y le tomó el pulso, esta vez en la muñeca, porque había demasiada sangre por todas partes. Nada, como suponía.

Los agentes se hicieron señas y comenzaron a registrar las habitaciones. El interior de las camas, el cuarto de baño en suite, un precioso arcón de madera del tamaño suficiente para ocultar a un hombre dentro, detrás de las puertas...

—Despejado —dijo alguien.

—Despejado —confirmó el resto.

—Jesús —dijo el compañero de Sonia—. ¿Qué tipo de mierda se ha estado tomando la gente esta noche?

Sonia se acercó la hombrera a la boca.

—Jacob, ¿posición?

La radio protestó con un sonido eléctrico.

—Nada aquí —dijo una voz que emergió del aparato—. Todo bien.

Sonia pensaba en el portátil ultraplano. Había intentado comprar uno el verano pasado, pero costaba algo más de mil cuatrocientos pepinos nucleares, como ella misma llamaba a los dólares americanos, y cuando se es poli sin demasiada antigüedad, ciertas cosas requieren una o dos vueltas antes de lanzarse. Pero estaba allí. Alguien había entrado, había asesinado a los ocupantes de la casa y había dejado el carísimo aparato exactamente en su sitio, perfectamente a la vista. Otro vistazo

alrededor le bastó para encontrar una decena de cosas que tenían o podían tener valor: el móvil sobre la mesilla de noche; el reloj de él, grande y aparatoso; sobre la cómoda, un pequeño joyero que con seguridad seguía lleno. Hasta estaba convencida de que si hurtaba en los pantalones del Abogado encontraría la cartera con un par de cientos, sin tocar. El otro asunto era la naturaleza de los ataques: heridas en el cuello con abundante derramamiento de sangre, sin que se advirtiera ningún otro signo de violencia. Había sido rápido, desde luego. El Abogado tenía buenas piernas y mejores brazos, y estaba segura de que podía encargarse de cualquier chalado con un par de buenos puñetazos, pero a la vista estaba que no había tenido ninguna oportunidad. Reconstruyendo la escena en su mente podía imaginarla a ella, sentada en la cama, gritándole a su marido que hiciera algo, y él saltando para ponerse en pie. Dos mil horas de bicicleta y gimnasio en los últimos meses ¿y había durado cuánto, veinte segundos, tal vez? Había caído al suelo cuan largo era, con la sangre deslizándose por su torso de cuarentón sexi.

Sacudió la cabeza.

¿Qué relación podía tener aquello con la base Orestes y con el sheriff? «Esto —si dijo entonces—, es un bonito puzle. Olvídate de las clases de pilates por una o dos semanas, cariño.»

—Bien, pues...

El Abogado se sacudió; un espasmo breve pero visible. Los hombres dieron un respingo.

—Maldita sea —soltó Sonia recurriendo a la radio—. ¡Equipo médico a domicilio, equipo médico a domicilio, tenemos un herido grave!

—Copio —respondió una voz en la radio.

—Joder, chicos —dijo uno de los agentes, pálido como una telaraña—. ¿Dónde habéis aprendido a tomar el pulso?

Sonia y su compañero se miraron. Con el tiempo, ella había aprendido a leer su expresión, y él la de ella, y supo qué entendían tanto uno como el otro de toda esa situación. Recordó a Peter regresando inesperadamente a la vida en mitad de la calle y lanzó un bufido. Allí se estaba cocinando una sopa de mierda de primera, señoras y señores, o ella se llamaba Bob y jugaba al fútbol de puta pena.

## 7

Tifford llegó a la escena cuando sacaban al Abogado y a su mujer de la casa, ambos tendidos en camillas. Sonia sabía cuántas camillas de esas había en todo el condado: exactamente veinte, y mientras escudriñaba el resto de las casas, rogó para que no tuvieran que hacer venir ambulancias de otros distritos, aunque solo fuera por las camillas. Rogó mucho.

—¿Qué hay, Tifford? —preguntó—. Has tardado mucho.

—Joder —exclamó Tifford—. He tenido que escaparme de la comisaría, coño. ¡Todo el mundo se ha vuelto loco!

—¿A qué te refieres?

—¡A las llamadas! Y cada vez hay más. La gente empieza a salir de sus casas, ¡y descubren cosas, joder!



—No te entiendo...

—¿Has apagado la radio, joder? —gruñó Tifford.

Sonia distinguió a dos agentes corriendo a su coche patrulla. Otro respondía a la radio con la mirada ceñuda. De repente eran como hormigas que, cuando empieza a llover, se apresuran a corretear por los túneles de sus hormigueros intentando poner los huevos a salvo.

Una sensación de urgencia y peligro comenzó a encenderse en su interior, llenándolo todo de una luz roja.

—¿Qué pasa, Tifford? ¿Qué carajos pasa?

—Más bien qué es lo que no pasa —respondió—. Hay más víctimas, Sonia. En el viejo camino de Longridge, en el campo de Harper, hay un par de coches abandonados con sus ocupantes desaparecidos, y agárrate los machos, uno es la señora Hannover, la del comité floral de los Juegos de Primavera. Lo más excitante que hace la señora Hannover es probar una nueva marca de café el día quince de cada mes, ¿te la imaginas desaparecida? ¡A cada poco que pasa llama alguien más! ¡Hay quien ha encontrado sangre suficiente para rellenar una vaca en mitad de la calle, y a eso le damos prioridad baja!

—Me estás tomando el pelo...

Tifford dedicó a Sonia una mirada torcida.

—Qué más quisiera, bombón —dijo—. Qué más quisiera.

## 8

Hillsdale tuvo una jornada como no se recordaba en toda la historia reciente del condado. Los coches patrulla aullaban por las calles, y de tanto en tanto, uno o dos helicópteros sobrevolaban la ciudad a una altura que, en cualquier otro momento, hubiera suscitado protestas entre los vecinos. Estos, sin embargo, se mantenían confinados en sus casas, atentos a las noticias que habían saltado a la televisión y ocupado casi todos los canales. Los cadáveres aparecían por todos lados a cada momento, y cuando no eran cadáveres, eran llamadas anunciando personas desaparecidas. Alguien podía acercarle a su vecino un trozo de tarta y descubrir que no estaba, un sábado por la mañana. «John no sale de casa un sábado por la mañana desde que los franceses cavaban trincheras en 1914 —decía alguien—. Y he mirado por la ventana y he visto su vitrina de béisbol hecha pedazos. ¡Su vitrina de béisbol, donde guarda la pelota de DiMaggio! ¡John se dejaría matar antes que permitir que eso ocurriera! “El día que mi vitrina se rompa, Ralph, será el día que me veas en el almacén comprando una nueva”, decía siempre. Le ha pasado algo, lo juro, pero en la comisaría nadie coge el puñetero teléfono. ¿Para qué pagamos nuestros impuestos? Esas cosas deberían estar automatizadas, ¡estamos en la era de internet, por el amor de Dios, ya va siendo hora de que Nueva Jersey entre en el siglo XXI!»

Antes del mediodía, las calles de Hillsdale se llenaron de coches federales de un color negro brillante y lustroso. Había hombres trajeados con expresiones neutras de perros de presa deambulando de un lado a otro. Un par de horas más tarde llegaron camiones del ejército, dirigiéndose raudos por la 96 hacia la base Orestes. Eran vehículos monstruosos protegidos con cubiertas de lona que impedían ver su interior y

sembraban de rumores e incertidumbre una situación ya de por sí demasiado estridente. Para cuando llegó la tarde, la atención se centraba en los asuntos de los militares. «Sabemos que ha pasado algo allí —le decía un vecino a la CNN—. Siempre es igual, ¿no?, quiero decir, es como en las películas: los militares la cagan en algo y somos nosotros, la población civil, quienes pagan sus cagadas con casi medio centenar de muertos. Deberían, no sé, hacer algo. Creía que nuestro ejército estaba aquí para defendernos.»

Para Sonia, las casualidades podían ponerte delante a una mujer con el mismo vestido que tú en mitad de una fiesta, pero ahí terminaban. Si el incidente de la base Orestes no tenía nada que ver con las muertes y desapariciones por toda Hillsdale, ella misma se pondría unas orejas de conejito y le haría el amor a Tifford Bane hasta que le saliera sangre por la nariz. Le bastaba con haber visto el mapa que habían desplegado en el edificio de la comisaría (el mismo que un agente del FBI había pedido retirar alegando un «ya nos ocupamos nosotros»). Casi todas las muertes y desapariciones trazaban un círculo perfecto que avanzaba hacia el sur desde la base Orestes, como si a alguno de sus veteranos de guerra se le hubiese ido la pinza y hubiera tenido una noche movidita con un recorrido que dejaba tras de sí un rastro de heridas en el cuello.

Porque esa era otra.

Todas las víctimas presentaban heridas en el cuello.

Y agárrate los machos, como decía Tifford: todos parecían muertos y tiesos como un leño hasta que, unas horas después, sufrían severos espasmos que conducían, en todos los casos, al coma.

No iba a ser una semana de mierda; Sonia estaba segura de que iba a ser todo un mes.

## 9

Jimmy miraba por la ventana. El atardecer, en diciembre, traía figuras rosas enmarcadas en un precioso azul suave, y el espectáculo era cuando menos inspirador. Era la calle de siempre, naturalmente (la que se veía desde el salón de su casa, por cierto), pero ese día estaba diferente, o al menos se percibía diferente. Era un barrio con una población madura y pocos vecinos jóvenes, aún menos con niños, así que no había mucho que ver más que casas caras y una hermosa ristra de árboles de cierta edad que exhibían copas exuberantes. Jimmy, que solo tenía trece años, no solía prestar atención a cosas como los paisajes que se disfrutaban a través de las ventanas, de todas maneras; era un hobby más propio de señoras mayores, por lo general más fisgonas de lo que deberían. Pero ese día había sirenas de policía ululando a lo lejos, y gente que llegaba de alguna parte en coche, aparcaba con visible premura y se metía en su casa a toda velocidad como si los persiguiera el mismo diablo. Estaban pasando cosas, ¡se habían producido asesinatos!, y había desaparecido gente. La ciudad estaba llena de policías, coches particulares equipados con sirenas y una luz en el techo, y hasta camiones del ejército. A mediodía llamó la tía Emma y le contó a su madre, envuelta en un llanto descontrolado, que el tío Danny no había vuelto aún de su reparto nocturno y que en la distribuidora no sabían dónde estaba, pero confiaban por su bien que devolviera el camión antes de que cayese la noche.

—¡Aléjate de la ventana, Jimmy! —gritó la abuela de repente desde su butaca, sacándolo de sus reflexiones.

—¿Qué? —preguntó Jimmy, confuso. En su vida le habían prohibido un buen montón de cosas, pero alejarse de la ventana era algo nuevo.

—Aléjate, muchacho. ¡Aléjate te digo!

—Pero... ¿por qué, abuela?

—Porque son tiempos oscuros, que ocurren de vez en cuando, y luego todo cambia. ¡Y porque cae la noche, y de noche todo es peor! Por eso.

Jimmy puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, abuela —asintió con cierta languidez. Estaba claro que eran cosas de abuelas y gente mayor, que a veces se enredan con miedos extraños y hacen cosas raras como echar vinagre en un trapo para aliviar la fiebre. Jimmy había nacido en una época en la que se desestimaban de manera sistemática esos remedios; existían los fármacos, por el amor de Dios (¡NUEVO FIEBRINATOR: SAYONARA, JAQUECA!), en venta en todas las gasolineras y grandes superficies. El propio Jimmy había olvidado que su madre aún cortaba cebollas en pequeños cuadrados para aliviar la tos nocturna cuando era pequeño.

Se dejó caer en el sofá y empezó a ver la televisión, pero su padre hablaba por teléfono usando un tono de voz mucho más alto de lo normal, y además de oír poco o nada, tampoco es que pusieran nada interesante. La abuela tenía la posesión y hegemonía del mando a distancia, y a poco que la familia se descuidase, ponía el canal Clásicos para ver películas, casi siempre en blanco y negro.

«De noche todo es peor, Jimmy», decía la abuela en el fondo de su mente.

Una vez vio un documental sobre la memoria genética, en el que se sostenía que había un legado en los genes humanos producto de la fricción del hombre contra el tiempo. En los primeros días de la historia de la humanidad, la noche era todavía algo a lo que tener miedo, porque era el momento en que los depredadores abandonaban sus cubiles y merodeaban entre los árboles, sobre y bajo las colinas, buscando una presa a la que dar caza, despedazar y devorar. La noche era tradicionalmente, además, el momento en el que el hombre se retiraba a dormir, así que el cuerpo se acostumbró a establecer esa etapa del día como un periodo de descanso, y las defensas naturales del organismo hibernaban por unas horas. Sí, la noche era algo, o eso le parecía, y desdeñar su influjo era ignorar gran parte de la historia de la supervivencia del hombre, y de cómo había conseguido dominar y vencer su entorno. Pero alejarse de las ventanas... Eso era otra cosa.

Subió a su habitación. De todas maneras era hora de que la casa declarase cumplido el día y todos se retiraran para descansar por mucho que al día siguiente fuese domingo. Mamá había dicho que irían a tomar rosbif al English Garden del centro comercial, pero empezaba a sospechar que el plan sería cancelado y que él tendría que conformarse con quedarse en casa y entretenerse con sus naves espaciales.

Jimmy se dejó caer en la cama.

«Mordiscos en el cuello —se dijo—. ¡Vaya!»

Jimmy pensó en vampiros. La idea de que hubiera vampiros en Hillsdale, Nueva Jersey, le hizo sonreír. Se imaginó ayudando a su padre a tender ristras de ajos en la puerta de casa mientras su madre ayudaba al reverendo Constantino a consagrar agua

y estacas de madera, y de una manera extraña, eso le pareció excitante. Pensó en ver algo de vampiros. Tal vez se pusiera una de las películas de la saga Blade antes de dormir; no eran sus favoritas, pero de vez en cuando le apetecía ver catanas, sangre y colmillos.

Pero se quedó dormido sin darse cuenta, tumbado sobre la cama, que tenía un póster sobre el cabezal en el que unos soldados clon de la 212 a cargo del general Kenobi avanzaban en medio de una espesa neblina de guerra.

Y mientras, fuera, Hillsdale cambiaba para siempre.

## 10

El sol declinaba ya sobre Hillsdale, ofreciendo unos últimos destellos ígneos sobre las copas de los árboles. En la plaza Veermin, la orgullosa torre de la iglesia, que se elevaba por encima de los edificios residenciales adyacentes, parecía tocada por un diseño divino, aún embebida en tonos cobrizos y dorados, con la campana de cobre reluciendo, prístina, mientras la ciudad se anegaba en lagunas de oscuridad solamente atenuada por las farolas emplazadas aquí y allí.

En el colegio George Washington, ubicado a unas pocas calles de distancia, los sótanos despertaban puntuales a la llegada de la noche. Cosas escondidas entre las cajas almacenadas y las viejas mesas y sillas de la última renovación abrían los ojos amarillentos y se movían, como desperezándose, afectados por una agónica parsimonia. Algo cayó al suelo en alguna parte, y algo más lanzó un grito que arrancó grave y profundo para convertirse en un aullido estridente. Y los demás respondieron.

Escenas similares ocurrieron a la vez en otros lugares: en el almacén de George Edde, situado a tres kilómetros de ninguna parte, junto a los sembrados que el viejo George llevaba explotando desde hacía doce años. Allí, varios soldados y dos técnicos de operaciones tácticas se habían pasado el día respirando agitadamente, envueltos en fardos de heno y dormitando, de alguna manera, ocultos del sol que brillaba con fuerza en el exterior. En la sala de entrega de mercancías del Superstore que estaba cerca de la estación; en el edificio abandonado de la vieja central de Correos; en casa de Benjamin Rathcliff, bajo las camas, y en el interior de los armarios, y también en la sala de calderas del Abogado que murió en el suelo vestido únicamente con sus calzoncillos de Calvin Klein y que la policía, ocupada con mil quehaceres y emergencias durante el día, exploró de manera muy superficial. Pero allí, detrás de unos botes de pintura de color crema y veinte kilos de detergente en polvo para lavadoras, dormían los hombres que habían asesinado a Peter Buchanan no hacía ni veinticuatro horas.

Y también en los sótanos secretos y restringidos de la base Orestes, por supuesto, unos sótanos que solamente el personal altamente cualificado conocía y cuyo acceso no era evidente para casi nadie. Los mismos sótanos que habían conocido el terror y la violencia desmedida demasiado recientemente y donde una maraña de hombres y mujeres que conformaban una alfombra de cuerpos, confundidos unos con otros, abrían las bocas anhelantes como profiriendo un repentino suspiro desesperado. Allí abrió los ojos una mujer que había conocido los albores de la civilización, había escapado a duras penas de la violencia iracunda del volcán de Pompeya y asistido con gesto iracundo al ascenso y caída de Jesús de Nazaret. Había visto todas esas cosas y

muchas otras, hasta que la encerraron y la obligaron a dormir en un lecho de obsidiana con engaños y traición. Y al abrir los ojos, se incorporó sin esfuerzo visible mientras el resto de los cuerpos a su alrededor, todos de hombres y mujeres que hasta hacía poco tenían hipotecas, pasiones, deseos y sentimientos triviales y mundanos, se desplegaron como lo haría una araña en su tela al sentir la vibración de una presa, los brazos y las piernas extendiéndose con parsimonia. Y la miraban y sentían una veneración imposible esperando su señal.

Y ella, que había tenido una plétora de nombres en mil y una épocas y lugares diferentes, levantó la mano.

En todas partes, en el almacén de George Edde, en el viejo edificio abandonado de Correos, en todas partes... su nuevo ejército gritó a la vez.

## 11

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gretel Malorie mientras se incorporaba en la cama.

—Jesús —contestó su marido, resoplando ligeramente—. Parecía un... un perro herido, tal vez.

—He tenido perros toda mi vida, Frank. Los he visto nacer y los he visto morir, y jamás he tenido un solo animal que sonase como eso.

Frank asintió

—Vaya —dijo—. Ahora me estoy asustando.

—Porque eres un cagón y un pusilánime. Por eso.

Retiró las mantas y extendió las piernas para salir de la cama.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—Voy al bar de Nancy a tomar un tequila y unas tiras de pollo. ¡Voy a ver qué narices pasa, idiota! Al final, mucha cerveza y mucho «bla, bla, yo soy el hombre», pero siempre tengo que ser yo la que haga estas cosas.

—No deberías salir, Gretel —protestó Frank—. Están pasando muchas cosas. Deberíamos llamar a la policía.

—Ya llamé esta mañana para decirles que alguien había entrado en la caseta del alcantarillado, pero no me hicieron caso —dijo mientras se ajustaba el cinturón de la bata—. ¿Crees que me harán caso ahora, viejo idiota?

—Pero es lo correcto —murmuró Frank.

—Perdí de vista lo que era correcto para mí cuando me casé contigo, Frank, querido —dijo Gretel mientras salía de la habitación.

—Oh, por el amor de Dios. ¡Espérame!

Gretel bajó la escalera de la casa apoyándose en el pasamanos de madera, que se movió como si fuera a desprenderse en cualquier momento. Era otra de las últimas chapuzas de Frank, por supuesto. Una podía esperar un par de cosas de los hombres: que se ocuparan de los arreglos de su propia casa cuando eran necesarios, y que se fueran a la cama junto con su mujer a una hora cristiana. Frank no hacía ni lo uno ni lo otro. Mucho tiempo atrás había aprendido a pedirle a su sobrino que le instalase estanterías y cuadros, porque cualquier clavo colocado por Frank estaba destinado a caerse al suelo en menos tiempo del que se tarda en soltar un pedo mientras se camina. «Tienes suerte de que yo sea una mujer de la vieja escuela, Frank —le decía a

menudo—, porque si fuera una mujer moderna me habría divorciado de ti justo después de la noche de bodas.» Frank la miraba perplejo y decía: «Pero, ¿qué sería de mí si te divorcias, Gretel?». Y ella suspiraba y terminaba la conversación siempre de la misma manera: «Por eso, botarate. Por eso».

Gretel llegó hasta abajo y se dirigió con rapidez al armario de la entrada donde guardaban un par de cosas. Una era el paraguas, y la otra un rifle. Una casa apartada más de un kilómetro de cualquier vecino necesitaba un rifle, eso lo sabía su madre y lo sabía su abuela, que no hacía ni sesenta años tuvo que defender la granja de unos presidiarios con apetencias de hombres. No eran evadidos, pero eran presidiarios de todas maneras, y cuando se es presidiario una vez se es para siempre.

—¡Espera, Gretel! —decía Frank mientras bajaba resoplando la escalera—. ¡Sabes que no puedo andar bien!

—Oh, bajas a buena velocidad cuando hay asado y cerveza; deben de ser una estupenda medicina para ti, ¿eh, Frank?

—Mujer, no digas eso —respondió él—. Sabes que me duele.

—Quédate en la cama, viejo. No te vayas a hacer daño.

Gretel abrió la puerta de la calle con el rifle en las manos, justo a tiempo para ver algo que nunca hubiera esperado ver: la tapa de la alcantarilla, que pasaba justo por debajo de la granja, salió despedida de su sitio como si tirara de ella un centenar de caballos desbocados, y se elevó en el aire unos buenos diez metros. Luego, volvió a caer y se incrustó en el suelo de tierra hasta casi la mitad con un ruido sordo.

Gretel dio un respingo.

—¡Jesús! —exclamó.

Se quedó mirando la tapa. Más de una y más de dos veces había visto a los operarios retirarla, y usaban una palanca de hierro y la fuerza de dos hombres para apartarla. Era de las viejas, desde luego, hecha de... Dios sabía qué, pero desde luego no era plástico, ni ninguno de esos materiales modernos que pesan poco y duran aún menos. Era una tapa de la misma época que ella, probablemente, y como tal, dura y pesada como una siesta de verano con un kilo de albóndigas en el estómago.

Algo empezó a salir del agujero.

Gretel se quedó mirando, fascinada. Pensó en un animal, porque el alarido que les había hecho volver a salir de la cama cuando acababan de tumbarse en ella no podía emitirlo una garganta humana ni practicando cien años, pero luego pensó que no había ningún animal por la zona que pudiera lanzar una tapa como aquella a tanta altura, ni con tanta fuerza. Solo Dios sabía cuánta fuerza hacía falta para algo así. Y dado que no había elefantes por la zona, ¿qué otra cosa podía ser? No un hombre, desde luego.

Gretel se estremeció.

Algo saltó del pozo, algo negro, negro como los cien kilos de carbón que Frank hacía traer desde Eastwidge cuando terminaba el verano. «No es negro —pensó Gretel—. Es solo que está cubierto de mierda. Mierda de la buena, la que trae la tubería desde Hillsdale y va hacia el sur, quien sabe adónde; toneladas de kilos de mierda de los buenos vecinos de...»

Era...

Era un hombre, ahora podía verlo. Solamente los ojos parecían brillar como dos

estrellas en mitad de un cielo inmundado, como si el hombre hubiera pasado el día durmiendo plácidamente enterrado en la mierda. Pero los miembros estaban todos en su sitio: los brazos alargados, las manos contraídas en garras, las piernas con un pantalón de tela pegado a la carne musculosa.

«Anoche. Anoche alguien entró en el alcantarillado», se recordó.

—¡Gretel! —gritó Frank a su espalda. Su voz sonó débil y lejana, como si estuviera a cien metros de donde estaba, y no justo a su lado.

—Frank —susurró—. Este... hombre. Este hombre necesita ayuda...

—Gretel...

«Está hinchado —pensó Gretel a continuación—. Ese pobre hombre tiene una infección de caballo porque está hinchado. Y a los ojos de la anciana, lo estaba. Algo le pasaba en la boca. Parecía que le hubiesen rajado las mejillas, y la boca se abría escalofriante hasta tocar casi las orejas. Los dientes, negros y grandes, estaban recubiertos de podredumbre.

Salieron más cuerpos de la alcantarilla mientras el hombre rebozado en heces se acercaba a Gretel con paso decidido. Los ojos turbios tenían un tinte amarillento. Gretel no identificó la amenaza, tal vez porque estaba claro que el hombre necesitaba ayuda, y lo miró con gesto preocupado. Las heces portaban incontables enfermedades, y si entraban en contacto con mucosas y aberturas naturales del cuerpo (la boca, por Dios, la boca llena de inmundicia de alcantarilla), podían ser un problema grave y contagiar cosas como septicemias, así que pensaba más en atender que en protegerse, pensaba en agua, en jabón, y en llevar a ese hombre a la ciudad en el coche para que le administrasen todo tipo de antibióticos. Si hubiera sabido, si hubiese sospechado siquiera, puede que hubiera tenido una oportunidad de usar el rifle. Puede. Quizá. Pero el rifle permaneció en silencio, y en ese silencio breve pero manifiesto se deslizó la muerte anticipada y cruel.

La boca monstruosa se hundió en el lateral de la cabeza de Gretel. Frank abrió mucho los ojos, y su corazón experimentó una suerte de dolorosa descarga. Manó sangre y manchó la bata de la señora Malorie, pero no demasiado, porque muy poco después caía hacia a un lado.

Puede que Frank pensara que él sería el siguiente, pero si lo hizo, no le importó. Tampoco sintió miedo. Podían desgarrarle el cuello o arrastrar su cuerpo hasta Pensilvania si les venía en gana, que le importaba un soberano carajo. Frank miraba el cuerpo caído de Gretel Malorie, su mujer desde hacía muchos más años de los que cabía esperar. Estaba en el suelo, inmóvil, y presentaba un espectáculo inusual: la bata manchada. Supo que estaba muerta porque su bata estaba manchada, y puede que ella y él hubieran presenciado muchos cambios en el mundo y contemplado a una o dos generaciones llegar e irse, pero Gretel Malorie no se manchaba nunca la ropa, ni en mitad de la limpieza general de mayo. En ningún caso. Jamás.

Frank perdió la vida muy poco después.

O por lo menos la vida que había conocido.

«Ya voy, Gretel, cariño», pensó agradecido mientras moría.

Pero se equivocaba.

Sonia conducía el coche patrulla a buena velocidad por Russel & Crow, atendiendo una llamada de emergencia. Un hombre había telefoneado diciendo que había gente entrando en las casas. «¿En qué casas?», le habían preguntado. «¡En todas, joder, en todas!» Ni siquiera sabía cómo había conseguido conectar con la comisaría, porque los teléfonos no paraban de sonar. Se habían reducido a una cadencia más o menos controlable a eso del mediodía para convertirse en una sucesión de llamadas sin demasiada importancia por la tarde, pero al anocheecer... al anocheecer había empezado la locura de nuevo.

Ni siquiera pudo colgar el uniforme al terminar el turno, porque estaban sin efectivos. De hecho, iba sola a una llamada que, en condiciones normales, habría consumido al menos tres unidades («¡Están entrando en todas las casas!»), pero su compañero estaba atendiendo otro aviso. Se había solicitado el estado de emergencia para que intervinieran unidades de otros condados y puede que la guardia nacional, pero eso aún tardaría un buen rato, si no toda la noche. Qué le había pasado a la tranquila y apacible Hillsdale, no lo sabía, pero Jesús, toda la ciudad estaba volviéndose loca.

La radio volvió a crepitar. Se solicitaba una unidad en el hospital St. Michael. No, se requería la presencia de todas las unidades en el hospital St. Michael. Se reclamaba URGENTEMENTE. Sonia cogió la radio con cierta rabia.

—Unidad Cuatro a Control —escupió con enfado—. ¿Ha dicho todas las unidades? ¿Es que no saben que estamos atendiendo más llamadas de las que podremos atender en una semana entera? ¿Qué narices les pasa?

Hubo un pequeño silencio.

El hospital St. Michael. Era el lugar al que habían estado llevando a todas las víctimas que habían ido apareciendo durante el día. Donde habían llevado al sheriff Peter, por ejemplo.

—Unidad Cuatro —respondió la radio—. ¿Eres Sonia? ¡Por Dios, mueve el culo hacia el hospital!

—¿Qué? ¿Qué porras pasa?

—Es... s... stá... h....

La radio crepitó, infectada de estática. Sonia no comprendió el mensaje en su totalidad, pero le pareció oír una sola palabra con claridad: «masacre».

El coche de policía frenó con brusquedad, hizo un giro completo en mitad de la calle, y cambió de dirección.

## 13

—Soy el agente especial Phillips —dijo el hombre, poco antes de que Sonia cambiara de dirección con su coche—, y él es el agente especial Parker. ¿Es usted Alan Mitman?

—Sí.

—¿Es usted el director de este hospital?

—Sí, lo soy.

El agente especial Phillips sacó un documento de la carpeta que llevaba consigo y se la entregó al director.

—Esta es una orden especial de la oficina de Seguridad Nacional. Como ve, su



hospital está ahora bajo la jurisdicción de la Oficina Central del Gobierno de Estados Unidos.

—Espere..., ¿qué...?

—Puede leer el documento completo cuando usted quiera, pero la orden ha sido comunicada y entra en vigor desde este mismo momento. Es sobre confidencialidad. Ni usted ni nadie de su personal puede comunicar nada sobre el estado de salud de sus pacientes, de ninguno de ellos, a nadie que no pertenezca estrictamente al personal del hospital.

Mitman estaba leyendo el documento tan rápido como podía mientras el hombre de mirada adusta seguía parlotando. Hablaba con una voz monocorde, como si hubiera hecho eso mismo un centenar de veces. Mitman era médico, y no tenía ni idea de si ese documento era válido o no, ni qué autoridad hacía falta para darle a él instrucciones. Para el caso, por lo que él sabía, ese documento podían haberlo descargado de internet con un sello del gobierno escaneado.

—Oigan —exclamó Mitman, confuso—, esto tiene que revisarlo nuestro departamento legal...

—Pueden revisarlo todo lo que quieran, pero la orden está ya en vigor. Si la incumplen, se les acusará de alta traición y serán procesados con el máximo rigor, dadas las circunstancias, y le adelanto que es un asunto más que serio. Así que, mientras sus abogados se ganan el sueldo, sugiero que empiece a emitir una orden interna para que todo el mundo siga estas directrices, como prevención.

Mitman miró al agente especial Phillips a los ojos.

—De acuerdo —terminó diciendo.

—Estupendo —exclamó Phillips con desgana—. Le daré diez minutos para que envíe esa circular, y luego quiero que se reúna con nosotros y con el médico responsable de seguir el estado de... —revisó otro documento en su carpeta—... Peter Buchanan, el sheriff de esta población.

—¿Peter Buchanan? —preguntó extrañado. Como director del hospital conocía a Peter desde hacía años, por supuesto, y siempre le había parecido un hombre cabal, dedicado a su trabajo, discreto y disciplinado. Un poco demasiado serio, incluso. Una vez que había intentado distender una reunión aburrida sobre delincuentes ingresados y cosas así, Peter había sonreído sin mucha pasión, y él aprendió, con el tiempo, a concentrarse en las tareas que había que resolver. Peter parecía agradecer eso: resolver el trabajo con rapidez y eficacia y buenos días, adiós. ¿Qué podría querer la gente del... FBI, o la NSA, o lo que sea que fueran aquellos hombres, de alguien como Peter?

—Peter Buchanan —confirmó el agente especial Phillips—. Tiene diez minutos. Le esperamos aquí, doctor.

—Oigan —respondió Mitman mientras doblaba el documento en dos—, si tardo un poco más de diez minutos en volver, entre otras cosas porque mi despacho está a tres minutos andando de aquí, solo ida, no dejen que les rebose la simpatía y manche el suelo, ¿vale, pequeños habitantes de Prisalandia? Al equipo de limpieza no le gusta.

Se dio la vuelta sin esperar una respuesta y se puso en marcha. Cuando regresó habían pasado veintiséis minutos, pero los agentes especiales Phillips y Parker permanecían impasibles en el pasillo, con la misma expresión inmutable de antes.

Phillips se permitió echar un vistazo a un reloj imaginario en la muñeca para expresar su descontento.

—Está bien —dijo Mitman—. La doctora encargada de Peter Buchanan está demasiado ocupada como para asistir a una reunión, ya saben, estamos desbordados, y cuando se trata de salvar vidas, eso es lo más importante. Sin embargo... —sacudió unos papeles en su mano derecha—, tengo aquí su dossier completo y estoy seguro de que podré informarles debidamente.

—Confiamos en que así sea.

Mitman asintió y los condujo a una sala privada. Contenía una sola mesa grande y alargada alrededor de la cual la junta directiva del hospital se reunía de cuando en cuando para tocar temas de todo tipo, así que les sobraba espacio para un pequeño ejército. Pero Mitman decidió llevarlos a esa sala en lugar de a su despacho, tal vez porque le resultaba tan fría y poco amistosa como los agentes Phillips y Parker.

Mitman abrió su carpeta y echó un vistazo.

—Bien —exclamó—. Peter Buchanan, cuarenta y tres años. El actual sheriff de Hillsdale, reelegido por sus votantes tantas veces que ya nadie piensa en presentarse al cargo, sinceramente. Un buen hombre, sin duda. Recibió heridas de gravedad con perforaciones profundas en el cuello, hasta diez de ellas, que le produjeron una hemorragia severa con pérdida de conciencia y sin daños cerebrales visibles. Peter llegó al hospital en coma sobrepasado profundo, con pérdida de las funciones de relación y conservación y disfunción cerebral aguda y grave. Sin lesión hemisférica evidente, herniación ni daños en el tronco encefálico. Peter no presenta los cuadros habituales de coma, a decir de las pruebas a las que se le ha sometido hasta ahora. No hay oclusión basilar, hematomas, hemorragias cerebelosas ni infarto; tampoco hay malformaciones arteriovenosas, aneurismas, abscesos, etcétera, etcétera, si bien hemos detectado una... anomalía, que tiene a los médicos confundidos.

—¿Qué tipo de anomalía?

—Verán, Peter no es un hombre que visite el hospital a menudo a menos que sea para cuestiones que son propias de su cargo. Sus analíticas rutinarias muestran algunas incidencias más propias de su edad que otra cosa: cierto nivel de triglicéridos más alto de lo que sería deseable y, en ocasiones, niveles de azúcar algo por encima de la media, sin degenerar en enfermedades crónicas graves como una diabetes. Desde un punto de vista médico, diría que Peter es un ciudadano medio saludable con una afición normal a la ingesta de cosas como hamburguesas. Sin embargo, el análisis rutinario que se le realizó a Peter a su ingreso, previo a las pruebas, hizo que saltara una alarma con respecto a los datos que teníamos de él en el sistema.

El agente especial Parker se revolvió en la silla.

—Continúe —dijo.

—De acuerdo. Verán, Peter tenía un tipo de sangre O, lo que es muy común. Significa que sus glóbulos rojos no contienen marcadores A ni B. Su organismo, por lo tanto, reacciona fabricando anticuerpos A y B cuando le administran sangre A, B o AB. Cuando le suministramos sangre de su tipo, O, su cuerpo reaccionó atacando la sangre transferida. Eso nos hizo ponernos en guardia y llevar a cabo un nuevo análisis; al fin y al cabo, los ordenadores son tan fiables como un Hyundai de diez años y no hay que desdeñar los errores humanos, aunque en el caso de la base de datos de pacientes

eso sería raro y gravísimo. Descubrimos que su sangre no era del tipo A, ni B, ni O.

El agente Phillips pestañeó brevemente.

—¿Qué tipo de sangre tiene el señor Buchanan?

—Pues ese es el caso —exclamó Mitman—, que aún no lo sabemos. Esto, que puede sonar rarísimo, no lo es tanto. Verán, en la década de 1950 hubo una señora de sesenta y seis años con cáncer de colon que recibió una transfusión sanguínea con rechazo inmediato. Se descubrió que las defensas de la paciente atacaban algún componente desconocido en la sangre que le transferían, y además, fueron incapaces de aislar ese componente. ¿Qué hicieron? Lo llamaron por el apellido de la paciente: Vel. El grupo se denominó Vel negativo.

—Nunca había oído nada sobre eso —dijo el agente especial Phillips—. Pero lo comprobaremos.

Mitman soltó un resoplido.

—¿Lo comprobarán? Oh, estupendo. Háganlo. Por si les ayuda, está en internet. Solo tienen que usar Google.

—¿Quiere decir que Peter tiene sangre del tipo Vel? —preguntó a continuación el agente Parker, sin hacer caso de las palabras de Mitman.

—No. Los tipos sanguíneos comunes se refieren a los tres antígenos principales en nuestra sangre, el antígeno A, el B, y el Rh. El Rh se señala con un signo positivo o negativo que indica si lo tenemos o no. Aunque estos son los antígenos más conocidos y son las principales guías en todos los hospitales como este, existe una gran variedad de tipos sanguíneos raros, presentes en una pequeña parte de la población. Son «sangres raras» en las que falta algún componente. El tipo de sangre Vel es uno de los casos, pero hay cientos de tipos más.

—Entonces, ¿por qué es relevante? —preguntó Parker.

Mitman suspiró.

—Verá..., nadie cambia de tipo de sangre en mitad de su vida. No hay... alimentación, fármaco o transfusión que pueda alterar eso, porque la sangre ataca cualquier tipo de sangre que no sea la de su tipo. Y eres de un tipo o eres de otro. Lo que le estoy diciendo es que el señor Peter Buchanan renovó... cambió de tipo de sangre. Entiéndanme, estamos en pleno siglo XXI, y de hecho, un grupo de científicos consiguió identificar dos enzimas que convertían la sangre de los grupos A, B y AB en O, pero... en toda la historia de la medicina no se ha encontrado ni un solo caso en que esto ocurra por medios naturales. Podría aburrirlos con explicaciones médicas, pero... sería descabellado, la cantidad de cambios que se tendrían que dar en el organismo para llegar a eso es... es de locos.

—Y, sin embargo, ha ocurrido —exclamó el agente especial Phillips.

—Bueno, es lo que indican los estudios preliminares. Pero no sería acertado decir que algo es azul hasta que hayamos analizado de manera muy estricta la composición de sus pigmentos; quiero decir, podría deberse a una ilusión óptica en la que componentes de rojo y verde hacen que, desde cierta distancia y perspectiva, pueda parecer azul.

Parker asintió.

—¿Qué hay del resto? ¿Qué puede decirnos, por ejemplo, de las heridas en el cuello?

—Bueno —dijo Mitman mirando sus papeles—. Incisiones en la carne de tres centímetros, diez de ellas en realidad, con marcas de presión adicionales alrededor, formando una hilera. Si no supiera lo que luego se ha sabido de otros casos sobre mordiscos y cosas así, diría que se hizo con algún aparato o dispositivo. Pero ¿dientes? Vaya, no me gustaría tener a nadie con esos dientes delante, seguro que es una experiencia bastante desagradable.

—¿Evolución del paciente? ¿Ha dicho algo?

—Sigue en coma —exclamó el director—, con solamente un episodio de conciencia para caer de nuevo en el coma.

Parker y Phillips se adelantaron en la silla.

—¿Recuperó la conciencia? ¿Qué dijo?

Mitman revisó de nuevo sus papeles.

—Acusaba una fotosensibilidad aguda... De hecho, diría que también esto es un factor común en el resto de los pacientes. Solo dijo una cosa.

—¿Qué dijo? —preguntó Phillips con cierta urgencia en su voz.

—Bueno, miró a la enfermera que estaba administrándole un sedante y dijo solo una cosa: rojo.

—¿Rojo?

—Dijo «rojo», y se desmayó.

## 14

Peter fue el primero en despertar. Abrió los ojos y recibió el impacto de la luz de los fluorescentes, lo que lo hizo saltar literalmente de la cama. El suero conectado a su brazo salió despedido y el aparato que le suministraba el goteo cayó al suelo con un insoportable ruido metálico. La máquina de asistencia vital se desplazó hacia un lado y el tubo que le proporcionaba oxígeno se partió por la base. Una de las máquinas, fijada a su dedo índice, dejó de registrar su pulso y empezó a pitar.

Peter se quedó de pie, en mitad de la habitación, con la cabeza inclinada como si escuchara. El pijama del hospital le colgaba de los brazos, a punto de caerse. Había tenido su propia opinión sobre esos pijamas que te dejaban el culo al aire: estaban diseñados por y para médicos, facilitando sus tareas de acceso al cuerpo y todas sus partes, pero te robaban la dignidad y pretendían recordarte que, para los doctores, no eras más que un trozo de carne afecto por explosiones químicas y procesos orgánicos que se reflejaban luego en informes llenos de valores numéricos positivos y negativos. El hígado, setenta y cuatro. La cantidad de plaquetas en sangre, veintitrés. Pero al nuevo Peter le importaba poco o nada estar parado en mitad de la sala con el trasero expuesto. Escuchaba. Escuchaba de manera extraña voces lejanas y antiguas que él percibía como filamentos prendidos en el aire y que lo conectaban con algo que nunca hubiera creído posible. Algo que era a la vez la parte y el todo, algo que era... una sensación cálida y desconocida, tal vez como la que siente un bebé nonato cuando descansa en el vientre de su madre. Y escuchaba voces. Y esas voces lo apremiaban con urgencia a que desempeñara su pequeño papel en esa obra.

—Rojo —dijo, y se lanzó hacia la puerta.

El paciente salió tan rápido de la habitación que la enfermera Beatrice dejó escapar un grito. Los informes que llevaba en la mano cayeron al suelo y se desparramaron.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó.

El paciente se volvió para mirarla. Salió corriendo hacia ella y buscó su cuello con la boca abierta y espantosa, llena de dientes, grandes y afilados como los de un tiburón. La enfermera levantó una mano para protegerse; un gesto instintivo que no le sirvió de mucho. El paciente le apartó el brazo con un gesto tan brusco y contundente que se lo partió por tres sitios.

La enfermera Beatrice gritó, y se apagó como una vela barata.

El personal de control de pasillo, que a esas horas consistía básicamente en la encargada del teléfono y de algunas tareas básicas de administración, oyó el grito. No había muchas cosas que hicieran que Joanna Bedford se levantara de su silla, si no era por la ocasional visita al cuarto de baño, pero el grito (y los ruidos que se oyeron después) hizo que se santiguara y se incorporara para asomar la cabeza por encima del mostrador, con una expresión atemorizada.

Vio a la enfermera Beatrice caer al suelo como un fardo inútil, y a un paciente medio desnudo estirar la cabeza hacia las luces del techo. Se entregó a unos escalofriantes espasmos que, en ocasiones, había visto en pacientes con epilepsia.

—Jesús —exclamó. Cogió el teléfono y llamó a seguridad.

Y la sangre. Oh, la sangre... Beber de la mujer lo había transportado a estadios desconocidos de éxtasis. Ningún néctar ni ambrosía que hubiera probado jamás podía compararse. Era... era duuuuulce. Dulce y amarga, dulce e intensa, poderosa y explosiva. Era como tomar una lata de Coca-Cola en los estadios críticos de una bajada de azúcar severa. ¡BUM! Revitalización instantánea, y aún más. Se sentía como un joven de veinte años que se ha puesto hasta las cejas de LSD en mitad de un concierto de Iron Maiden. El corazón latía desbocado en su pecho, a una velocidad que cualquier médico hubiera tildado de imposible. Sangre. Oh, hubiera bebido y bebido hasta dejar el cuerpo de la mujer seco y drenado de todos sus líquidos esenciales, ya fueran sangre o cualquier otro. La habría succionado, mordisqueado y mordido hasta convertirla en un pellejo reseco, todo carne desecada y huesos. Lo deseaba tanto... Pero las voces susurraban transportadas por la melodía mental que acariciaba su mente, y esas voces decían: «¡No os alimentéis todavía! La noche es aún joven. ¡Esperad! Propagad el caos. ¡Sembrad la confusión! ¡Propiciad el advenimiento de más hermanos, pero no os alimentéis aún!».

Peter divisó la puerta de una habitación y se lanzó hacia ella. Ni siquiera se tomó el tiempo de usar el picaporte. La hoja de madera se partió por la mitad cuando su cuerpo la atravesó. En el interior, un hombre que estaba ingresado porque esperaba una intervención sin importancia a primera hora de la mañana gritó, y ese grito despertó a la paciente de la habitación contigua. Ella masculló algo sobre no poder dormir, sobre la educación de la gente, y sobre lo mucho que pagaba en seguros privados para estar oyendo gritos de noche. Farfulló algo en irlandés y se giró hacia un lado. Unos minutos después, yacía muerta sobre la cama. O muerta temporalmente, a la espera de que la infección que circulaba ya por su sangre hiciera una suerte de magia mucho más

antigua que el hombre sobre la tierra.

Mientras todo eso ocurría, Moe estaba teniendo una conversación con su mujer en otra habitación de la misma planta.

—¿Y esto, qué? —le preguntaba, señalando los tubos y las máquinas que tenía dispuestas alrededor—. ¿Cómo llamarías a esto?

—Bueno —dijo ella—. Una racha de mala suerte, supongo.

—¿Mala suerte? ¿Como lo de la demanda de tu hermano, o como el tejado?... Jesús, ¿cómo vamos a pagar esto, Anne? Empezábamos a recuperarnos con las obras que nos iban entrando, joder, y sabes que nunca me ha molestado trabajar más horas que tiene el día...

—Lo sé, cielo —dijo ella, acariciándole la mano.

—Pero ahora... ¿qué ha dicho el médico? Tres... tres semanas de recuperación... y quién sabe cómo quedará. ¿Cómo voy a trabajar así, Anne?

—Lo superaremos —dijo ella—. Siempre lo hemos hecho, ¿no?

—Siempre hemos sido buenas personas, Anne. Joder, tú cocinaste para aquella mujer durante... ¿cuánto?, ¿dos meses?

—Tres meses.

—Ahí lo tienes. Tres meses. Hemos ayudado a todo el mundo, y cuando las cosas nos han ido bien, aún más. Vivimos sin molestar a nadie y tú incluso tienes tus proyectos de jardines comunitarios para la gente mayor y los niños. Siempre me ha parecido genial. Entonces, ¿qué pasa, Anne?

—No lo sé, cielo.

—¿No? Yo empiezo a saberlo. Creo que, en este mundo, hay un Bien y hay un Mal. Y creo que el Bien cuida de los suyos como lo hace el Mal. Solo que... solo que el Bien lo hace del puto culo, nena.

—No digas eso, Moe —respondió ella, disgustada.

—Mira a Robert, el vecino. Es un canalla y un hijo de puta, los dos lo sabemos. Pues mira cómo le van las cosas. Tiene esa casa fantástica y ese cochazo que... Joder, creo que cambió el último, el Lexus, porque tenía el cenicero lleno.

Anne rio.

—Eso no es verdad, tonto.

—¡Le va de puta madre! Esas fiestas que organiza, los viajes... Además, le gusta restregarlo. ¿Cómo es que siempre nos enteramos de dónde ha estado y de los hotelazos que gasta? Joder, incluso cuando se compra un nuevo ordenador o un televisor gigante, te juro que la caja de embalaje dura más de una semana en la puerta, como si la retirara por la noche cuando pasa la basura y la volviese a poner por la mañana.

Anne volvió a reír, esta vez con ganas.

Pero Moe no la acompañaba. Miraba el indicador del monitor que describía los latidos de su corazón con un ritmo suave y monótono.

—Como la vecina, Aura, cuando clavó un destornillador en el lateral de nuestro coche y provocó un desperfecto importante solo porque aparcamos delante de su puerta un jodido día, cuando se estropeó la puerta del garaje. Qué cabrona. ¿Y qué hicimos nosotros? Te juro que tuve ganas de devolverle la jugarreta, salir ahí fuera por la noche y clavarle algo en su coche. Joderle la pintura, y la chapa. Hubiera sido justo,

¿no crees? Pero no lo hicimos. No lo hice.

—Y me sentí muy orgullosa de ti —exclamó Anne.

Moe negó con la cabeza.

—No lo sé, Anne. Tal vez hicimos lo correcto, tal vez siempre hagamos lo correcto, pero creo que el Mal es mucho más espléndido premiando a los suyos que el Bien.

Anne iba a decir algo, pero empezaron a oír gritos. El Mal apareció en la habitación poco después, seguido de los chillidos del personal de seguridad del hospital. Ninguno de los dos tuvo ninguna oportunidad contra el hombre desnudo que había irrumpido en su habitación con la mirada dura y la cara rebozada en sangre. Los asesinó, usando los dientes y los puños, como si él fuera un titán y ellos unos títeres sin fuerza, sangre presa en la carne y la piel al alcance de su ira.

El Mal vino a buscarlos, sí, y no les hizo precisamente un carnet de socio. En cambio, los envió a reunirse con su Creador.

## 16

Hillsdale se ahogaba en sangre, en la noche más histérica y violenta que se recordaba en toda la historia reciente de Estados Unidos. Puede que ciudades como Nueva York hubieran conocido crímenes similares a los que ocurrieron en la población cuando las ciudades eran todavía jóvenes y estaban formadas por grupos pequeños de casas, en los tiempos de su fundación, cuando las bandas de irlandeses, germanos y españoles luchaban por la hegemonía social y política. Pero no se había gestado nada parecido en muchísimos años.

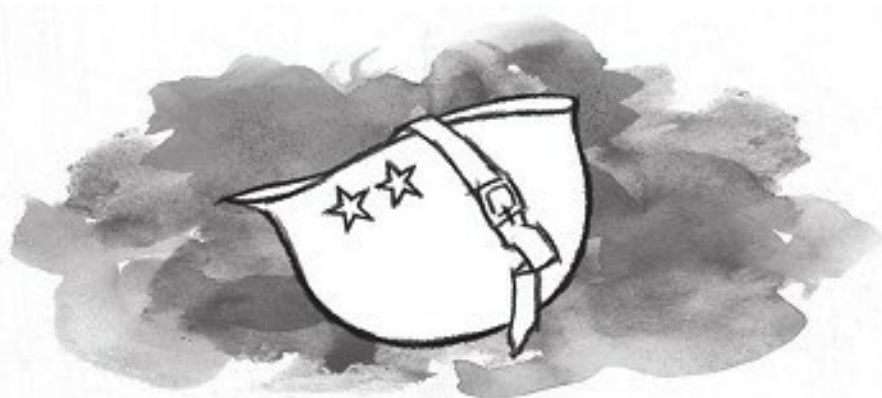
En el hospital St. Michael, el Abogado despertó del coma poco después que el sheriff Peter, y se conectó a las voces casi de inmediato. También Ella, su mujer. Siempre había tenido manos de pianista y le sirvieron para desgarrar gargantas y perforar torsos. Además de ellos, despertaron casi medio centenar de pacientes que estaban en observación y tratamiento; todos los que habían recibido heridas en el cuello la noche anterior, por cierto. Provocaron justamente lo que le habían advertido a la agente Sonia por la radio del coche: una masacre.

Pero no solo allí. Hillsdale no durmió esa noche. Con las tinieblas de la oscuridad fueron muchos los que abandonaron sus escondrijos y se lanzaron a extender su terrible y desconocido legado genético, atacando casas particulares, zonas con vida nocturna como cafeterías, bares, clubes nocturnos y discotecas, que a pesar de los incidentes de la noche anterior, rebosaban de vida y actividad por ser sábado.

Y aquello... aquello era solo el principio.

## Capítulo 2

### MEDUSA



#### 1

—¿Está... está grabando? —preguntó el soldado, acercándose al micrófono.

—Sí —respondió el agente—. Empiece identificándose y hable con normalidad, por favor.

—De acuerdo —dijo, visiblemente incómodo—. Soy el soldado Frank William Ebenezer, de la tercera división de infantería. Nos llaman Rock on the Marne, por la batalla del Marne.

—Vaya al grano, por favor.

El soldado asintió.

—De acuerdo. ¿Empiezo con lo de...?

—Sí. Iraq, 2003.

—Vale —resopló—. Estuvimos en Iraq en 2003, con la décima de montaña. Teníamos..., bueno, una misión muy concreta, y hasta sencilla, aquella noche, pero nos desviaron a Bald Ruz, en la ochenta y dos. Eran como las cuatro de la mañana. Habíamos estado aclimatándonos en el desierto. A eso lo llamamos hacer el jawa , ¿sabe?, y estábamos exhaustos, pero a nadie le sorprendió que nos jodieran de aquella manera. No era precisamente la primera vez. Siempre que alguien la fastidiaba, nos llamaban a nosotros.

—¿Qué pasó? —preguntó el oficial.

—Sí. Perdona. Nos subimos al camión con apenas una hora y media de sueño en el cuerpo. El sargento estaba cabreado. Le preocupaba de veras la integridad de su unidad, ¿sabe? Nos adiestraron para aguantar largas sesiones de trabajo sin apenas descanso, pero joder, las estadísticas están ahí, y se cometen fallos cuando el cuerpo no está al cien por cien.

—¿Se les dijo en algún momento lo que iban a hacer en Bald Ruz? —preguntó el oficial, siempre intentando enmendar los desvaríos verborreicos del soldado.

—¿A nosotros? No. Casi nunca se nos informa de nada hasta que estamos en marcha. Se aprovecha el tiempo de viaje, ¿sabe? A veces podemos tener una idea



sobre lo que vamos a hacer por el equipo que llevamos, pero en aquella ocasión llevábamos equipo básico, lo normal en todos los casos. No, no sabíamos nada. Bald Ruz no era la típica zona de guerra. No había ningún frente que proteger ni ninguna brecha que abrir, ningún nido hostil que desmontar. Había pájaros y un montón de...

—Se refiere, por pájaros, a helicópteros.

—Sí. Helicópteros.

—Continúe.

—Había también un montón de camiones, y gente con esos trajes NBQ. Los llamamos Homer Simpson, porque te hacen un culo impresionante y porque... Bueno, también había oficiales de alto rango llenos de chuches .

El oficial levantó una ceja.

—Por favor, en la medida de lo posible, evite la terminología del cuerpo. El soldado Ebenezer se refiere a medallas.

—Sí, medallas. Oficiales de alta graduación. Y torres de luz. Habían montado un tinglado impresionante. Oiga... ¿de verdad esto tiene algo que ver con lo que ha pasado en Hillsdale?

El oficial carraspeó.

—Limítese a aportar sus recuerdos a la investigación, por favor. Podría estar o podría no estar relacionado.

—Vale, porque había civiles, y no era normal que hubiera civiles rondando cerca de nosotros. O sea, si se nos llamaba era porque la cosa estaba bien caliente. El caso es que comprendimos que había algo gordo, y no gordo como de costumbre. No me hubiera llamado la atención una mierda si allí hubiera estallado la tercera guerra mundial, ¿sabe?; en ese caso hubiéramos cogido nuestro equipo y hubiésemos intentado movernos para, ya sabe, poner las cosas a nuestro favor. Pensamos que se trataba de algún recurso valioso, como información, o un objetivo prioritario que sacar de allí. La semana anterior habíamos rescatado a aquella periodista del Washington Post , ¿sabe?, la sacamos de un nido de ratas de puta madre.

»El caso es que nos dieron palas. ¡Palas! O sea, tenían esas jodidas excavadoras nuevecitas, como si las acabaran de desplegar usando un pájaro o las hubieran montado allí mismo, y nos dieron palas. Nosotros éramos una división experimentada, ya lo sabe..., los nuestros estuvieron en la Segunda, desde Marruecos hasta Austria, estuvimos en Corea y en el golfo Pérsico. Estuvimos en todas partes. Nuestro lema es «Permaneceremos allí», porque cuando ya se ha ido todo el mundo y la fiesta se ha acabado y se firman los papeles de «todo está de puta madre» en los despachos, nosotros seguimos dando guerra y mandando gente a su rincón. Pero, o sea, bien, nos dieron palas, ¿qué quiere que le diga?, putas palas para cavar un agujero acordonado de casi cien metros.

—¿Qué encontraron allí?

—Encontramos los primeros restos al mediodía del día siguiente, a cinco metros de profundidad. Eran... eran puntas negras.

—¿Puntas negras?

—Puntas, joder, como una... ¡como una punta!

—¿Diría que eran penachos?

—Sí. Eso es. Penachos. Algo así. A medida que cavábamos, empezaron a correr

los rumores entre los hombres. Cada vez que aparecía algo, los chicos NBQ bajaban, hacían fotos, tomaban medidas, sacaban sus maletines y empezaban a hacer sus cosas de análisis y potingues. Todos queríamos terminar de una vez, pero las excavaciones se detenían cada poco y comprendimos por qué no estaban usando las excavadoras. Aquello era como el trabajo de un antropólogo.

—¿Quiere decir arqueólogo?

—Sí. Un arqueólogo. Algunos decían que allí había enterrado un ovni, ya sabe, como en las películas, y que eso explicaba también por qué las excavadoras estaban allí brillando al puto sol del desierto. Decían que por eso nos habían llamado a nosotros, que éramos élite de confianza y que estábamos acostumbrados a guardar secretos.

—Entiendo —dijo el oficial—. Un ovni.

El soldado se encogió de hombros.

—Es lo que se decía. Vaya mierda. Algunos de los muchachos miraban con malos ojos a los NBQ. O sea, ¿por qué ellos tenían toda esa protección encima y nosotros no? Allí estábamos, con la piel quemada por el sol y unas camisetas de tirantes más sudadas que el calcetín de un atleta después de una jodida carrera olímpica. Cada vez nos gustaba menos.

—Entonces empezó la filtración —dijo el agente.

—Oiga —soltó el soldado—. Si está insinuando que yo o alguien del equipo fue quien filtró las imágenes por internet, se equivoca de medio a medio. Para empezar, ¿cree que íbamos al combate con un puto iPhone en el bolsillo, con WhatsApp y toda esa mierda? No, se lo aseguro. Hubiéramos podido filtrar mucha más mierda de lo que cree en otras misiones. Joder, si mi equipo hubiera hablado, le aseguro que el presidente no seguiría en...

El oficial se adelantó, nervioso.

—Soldado, límitese a dar su testimonio. Guárdese las impresiones personales para usted.

—Impresiones personales —repitió con sorna—. De acuerdo. Pero que quede claro que llevábamos uniformes básicos, sin armas, cámaras ni nada más que una camiseta, los pantalones y las botas. Y cuando el sol empezó a apretar, la camiseta estaba tan empapada en sudor que hubiera sido imposible separarla del cuerpo. No, nosotros no tomamos esa foto. El lío que se formó... Si nadie le hizo ni puto caso a la puñetera foto. Si la ha visto, sabrá lo que había allí, o las sensaciones que producía.

—Según el informe, estuvieron cavando durante tres días. ¿Qué más encontraron, aparte de penachos?

El soldado se quedó callado unos instantes, como si recordara, con el gesto torcido. Era evidente que estaba a disgusto.

—Dijeron que era un edificio, pero le juro que no he visto nada parecido. Nunca. Mi madre era profesora de arte. Me crié hojeando libros de edificios clásicos, con arquitectura de todo tipo, algunos de civilizaciones que ya no existen, pero aquello se parecía más al derelicto de la película Alien que a otra cosa. Y era negro. Negro y duro como el diamante. ¿Sabe?, creo que pudieron haber usado las excavadoras para cavar, de todas maneras. Apuesto a que no habrían podido dañar aquella cosa.

Pensó otra vez, serio y ceñudo a medida que los recuerdos lo inundaban.

—Encontramos la entrada dos días después. Se abría como... yo que sé, como una vagina. Se lo juro, era una vagina gigante. Desde allí se extendía un pasillo amplio, pero eso es todo cuanto vimos. Quitamos la tierra de allí y nos ordenaron retirarnos, y todo lo que hicimos desde entonces fue asegurar el perímetro.

—¿No entraron dentro en ningún momento?

—No. Y la mayoría de los hombres se alegraron, créame. Esa cosa no les gustaba. Yo sentía curiosidad. Joder, habíamos pasado un par de buenas jornadas cavando y cavando, sacando esa cosa del subsuelo, y me hubiera gustado conocer el final, ¿sabe? Pero nos dejaron fuera mientras la gente NBQ, los civiles y algunos de los oficiales con chuches entraban y salían.

—¿Pasaban mucho tiempo en su interior?

—Joder, sí. Permanecían dentro una hora o así, y salían. Luego metían el equipo de iluminación, sobre todo; toneladas de cables que extendían por todas partes, sin mucho cuidado. En general todo el mundo tenía mucha prisa, eso me pareció. Pero algunos de los tipos que entraban podían perfectamente pasar casi todo el día ahí dentro. No sé qué carajo hacían. Medían, tomaban muestras... Tuvimos mucho tiempo para conjeturar.

—¿Sacaron algo de ese lugar?

—¿Que si sacaron algo? Aquello parecía el almacén de recogidas del Walmart. Sacaron mogollón de cajas, pero ¿qué contenían?, no lo supimos nunca. Estaban todas embaladas; embalajes rudimentarios de madera o contenedores de esos marrones donde cabe casi cualquier cosa. Los metían en pájaros y, ¡PUM!, se los llevaban volando a quién sabe dónde.

—¿Alguna vez se enteró de adónde se llevaban el material? —preguntó el oficial, ahora con la voz ansiosa.

—No. No, la verdad. Yo qué sé. A alguna parte, supongo. No nos dijeron una mierda, con franqueza. Ni siquiera el sargento parecía saber mucho, ¡y cómo se le notaba! Se cabreaba y te decía que era información confidencial, que nos metiéramos en nuestros propios asuntos y nos dedicáramos a buscar caras de famosos en nuestra propia mierda, pero se cabreaba porque ni él mismo tenía la más pajolera idea de qué era todo aquello.

El soldado rio, recordando.

—Era un buen tío. Lo mataron, como un año después, en aquella cagada de misión cerca de Corea. En fin...

—¿Hubo algún paquete particularmente grande, que usted recuerde, que tuvieran que sacar de allí con ayuda?

El soldado asintió.

—Un poco antes de que nos sacaran de allí, sí. Parecía que contuviese un tanque. Tuvieron que poner raíles metálicos que debieron de sacar de alguna vía de tren. Era enorme, y no cabía por la vagina de la entrada. ¡Ni de coña! Tuvieron que usar explosivos para agrandarla porque aquel material no cedía ni con martillos hidráulicos. Qué pasada. Pero lo sacaron. Nos preguntamos si no habrían construido el lugar alrededor de esa cosa, ¿sabe?, a menos que lo que se llevaran fuera algo que debieron unir dentro.

—Entiendo.

—¡En fin! Vino un cacharro enorme a llevárselo, que levantó tanto polvo que esa noche cenamos estofado con arena. Poco después nos desplazaron. Y eso, creo, es todo.

El agente suspiró.

—¿Desea añadir algo más a su testimonio? Alguna... impresión personal, algo que pudiera observar, alguna anomalía. Sus palabras serán utilizadas en la investigación de un caso y no serán empleadas para amonestarlo o expedientarlo en medida alguna. Hable con franqueza.

El soldado Ebenezer pareció pensar durante unos instantes, mirándose las manos.

—Bueno. Tal vez haya algo, aunque..., la verdad, no lo habría mencionado en un informe. Es de ese tipo de cosas que los chicos refieren solamente cuando ha pasado el tiempo, y siempre con un par de cervezas en el cuerpo, lejos de los barracones y las oficinas militares. Pero si quiere todo el pastel, aquí va...

El oficial puso cara de interés.

—Tuvimos sueños, durante todo el tiempo que estuvimos allí. Joder, yo no soñaba desde que... desde antes de entrar en el cuerpo, me parece, y de eso hace bastante más de lo que usted cree. No me llaman «Niño» por nada.

—¿Sueños? ¿Qué tipo de sueños? ¿Y quiénes soñaban?

—Todos. Soñábamos todos, y casi siempre lo mismo. O sea, Beef, por ejemplo, era un salido de cojones. Si se me hubiese acercado cualquier otro día y me hubiera dicho: «He tenido un sueño», habría apostado a que tenía que ver con tetas grandes y labios carnosos, pero todos soñábamos con el edificio, el ovni, o lo que fuera aquello. Se nos aparecía en el sueño y estaba completo, es decir, no enterrado bajo una playa entera, sino en mitad de una planicie estéril llena de polvo y viento. Y...

—¿Sí? —lo apremió el agente.

—Bueno, había como una musiquilla de fondo. Es raro, porque... ¿los sueños tienen sonido? Hay voces, sí, pero no sé usted, todas las voces que recuerdo de cuando soñaba con cosas triviales de mi vida sonaban como yo mismo. O como... como subtítulos, ¿sabe? Eran como subtítulos. Pero esa música... A veces me parece que vuelve, y una o dos veces he creído poder tararearla, aunque siempre se me escapa.

—Entiendo —dijo el agente—. Imagino que ahora no puede recordarla.

—No, no puedo recordarla en este momento.

—¿Era como... rock, era country, era...?

—Era... era una música. Una musiquilla. No sé explicarlo mejor.

—¿Todos sus amigos podían oírla en sueños?

El soldado asintió.

—Eso es lo inquietante, ¿no le parece?

—¿Qué más soñaban?

—El cielo. El cielo era rojo, o anaranjado, y a veces, por detrás de la música, oíamos gritos. Se lo juro, gritos que hacían que te levantas en mitad de la noche empapado en sudor y con los ojos como dos huevos duros.

—Gritos —susurró el agente.

—No sé.

—¿Siempre soñaban lo mismo, o había alguna otra cosa?

—Había imágenes, pero... —Se encogió de hombros—. No podría decirle qué imágenes eran. Eran sueños rotos, como cuando se tiene fiebre alta. ¿No le ha pasado nunca? Como un caleidoscopio de arena que se ha jodido e intenta girar pero la arena solo se mueve a duras penas. Pero las sensaciones...

—¿Qué tipo de sensaciones tenía?

—De pesadilla. Eran feas. Eran muy feas. Puede que alguna de esas imágenes fuera un rostro de mil pares de cojones, como... como muy cabreado, como lleno de ira. Te levantabas jodido y cansado. Llegó a no gustarnos dormir, y créame, cuando tienes un trabajo como el mío, dormir es un acto de misericordia. Creo que lo más normal es quedarse dormido antes de que la cabeza toque el suelo.

—Pesadillas —repitió el agente—. ¿Y por el día se sentían bien?

El soldado Ebenezer negó con la cabeza.

—Oiga, no quiero sonar como un quejica, ¿vale? Quiero decir, cualquiera que escuche esta grabación pensará que soy un pusilánime. Hemos dormido entre mierda de caballo y hemos estado escondidos durante horas sumergidos en aguas fecales, y hemos visto tantos cadáveres y tantas tripas que no sabría distinguirlas de un plato de espaguetis. Pero allí... allí uno se sentía mal. Ese sitio era... O sea, cuando me enteré de que lo cubrieron con cemento y volvieron a enterrarlo, me alegré.

—De acuerdo. Para terminar, tengo una pregunta para usted. Por favor, responda rápidamente con un sí o un no. La pregunta es: ¿le suena de algo la Operación Medusa? ¿Ha estado implicado o ha tratado con alguien implicado en la Operación Medusa? El marco de operaciones en las que estuvo asignado durante aquellos días, ¿le consta que tuviera algo que ver con la Operación Medusa?

El soldado pestañeó.

—No hasta donde yo sé. No. Es la primera vez que oigo hablar de una operación con esa clave.

—De acuerdo —exclamó entonces el oficial—. Con esto tenemos bastante. Gracias por su testimonio, señor Ebenezer. Recuerde que su implicación en esta misión sigue siendo confidencial y está sujeta a los parámetros de seguridad que juró defender. No debe hablar de esto con nadie que no ostente los niveles de autorización adecuados.

—Claro. Descuide —dijo el soldado. Estaba pensando todavía en aquella vagina enorme, negra como la noche—. ¿Puedo preguntarle algo?

El oficial lo miró con la cabeza ligeramente inclinada.

—Usted dirá.

—Era... ¿Aquello era un ovni?

El oficial levantó una ceja, pero no dijo nada más.

## 2

El amanecer lo cambió todo.

Sonia había pasado casi toda la noche apostada, junto a varias unidades más, en la puerta del hospital St. Michael, mientras las radios de los coches patrulla verborreaban operaciones de casi un centenar de intervenciones abiertas entre

explosiones breves de estática. «Se necesitan dos unidades en Lincoln con Mayflower.» Cric. «Agente federal abatido en Peeper, gasolinera de servicio 1-19.» Cric. «Zona de violencia en el centro comercial Sunset Fields declarada, cualquier unidad disponible acuda al lugar.» Cric.

Cric.

El mismo hospital se había convertido en una zona de guerra, pero hacía horas que desistieron de acceder siquiera al edificio. Sonia era un volcán de ira e impotencia. El hospital era bastante grande; desde donde estaba se contaban cinco plantas, además del ala baja y alargada de urgencias, con casi dos decenas de habitaciones más, y las salas de consulta y oficinas que, en mitad de una emergencia como aquella, debían de contar con un buen número de profesionales entre celadores, enfermeros, doctores y administrativos. Había muchos hombres y mujeres a los que estaban dejando a su suerte ahí dentro, pero entrar se había convertido en un acto de suicidio.

Hacia las dos y veinte de la noche llegaron las fuerzas especiales de los SWAT. Había hombres grandes y rudos, en su mayoría, y se movían con sus pesados equipos de protección como si hubieran nacido con un caparazón de tortuga a la espalda. Formaron un grupo de asalto en un tiempo récord y entraron en el hospital con sus escudos y sus armas avanzadas de asalto para intentar recuperar el control. Todo lo que vieron desde la calle fueron relámpagos breves seguidos del sonido de los disparos y... poco más. El comando no volvió a salir, ni a responder a sus radios.

Mientras esperaban refuerzos, Sonia caminaba de un lado a otro como un perro enjaulado, atenta a la radio de los coches. Cada vez que anunciaban un agente abatido (fuera de su comisaría o de la Guardia Nacional o de cualquiera de los otros grupos involucrados), se le encendía el ánimo.

—Deberíamos acudir a alguna de esas emergencias —chillaba—. Si aquí no podemos hacer nada, ¿a qué coño esperamos?

—Cumplimos órdenes —le dijo un compañero—. Eso es lo que hacemos. Si dejamos este sitio, ¿quién impedirá a los terroristas que salgan del hospital y campen a sus anchas?

—¿Terroristas? Bah —soltó Sonia con desprecio.

—A falta de información, son terroristas.

Pero no eran terroristas. A la una y cuarto, un paciente vestido con un mínimo pijama de tela salió corriendo por la puerta principal con el torso y la cara llenos de sangre. Todos los policías que estaban apostados se apresuraron a apuntarlo con sus armas mientras le gritaban que se detuviese y se echase al suelo. El hombre no lo hizo. Miró a un lado y a otro y lanzó un grito terrible a la noche, el cable del goteo colgando inútil de su brazo.

—¡Échese al suelo, señor! —gritó Sonia—. ¡Échese al suelo para que podamos atenderlo!

Ni siquiera pudo terminar la frase. El hombre salió corriendo hacia los agentes, y antes de que nadie pudiera reaccionar, saltó por encima del capó de uno de los coches y atacó a uno de los policías. Sonia no sabía ni cómo se llamaba; había sido enviado desde una de las comisarías de alguna de las ciudades de alrededor. Pero era joven y atractivo, y no debía de llevar ni dos años en el cuerpo. Sonia no lo sabía, pero su mujer cocinaba un bebé en sus entrañas que esperaban para la primavera y que se

llamaría Bobby, como el padre de ella, que había muerto de un cáncer siniestro y repentino la Navidad anterior. El futuro padre cayó al suelo con un gruñido de protesta mientras el paciente medio desnudo le hundía los dientes en la garganta con un crujido desgarrador.

Alguien abrió fuego. Sonia vio las balas perforar la carne de la espalda desnuda y lanzar al aire una explosión de sangre. Una en el omóplato derecho, otra cerca de la espina dorsal, otra en el costado. No hacía falta haber sacado las mejores notas en anatomía básica para saber que esa bala en concreto debía haberle perforado el bazo, y que una herida así debía haberlo dejado tieso en el suelo en pocos segundos. Pero el hombre siguió mordiendo hasta que levantó la cabeza con la boca chorreando sangre y los ojos abyectos e iracundos fijos en algún punto del cielo. Y Sonia pensó, confusa: «Es la mirada de un yonqui cuando se chuta una buena dosis de caballo después de dos días de abstinencia». Era deleite. Como si hubiera bebido un delicioso vino francés. Y apuntó su arma y disparó, embargada por el asco y la rabia, y su bala le alcanzó el hombro y desplazó todo su brazo hacia atrás en un ángulo que ninguna articulación permitiría.

El hombre saltó hacia un lado, ágil como un cervatillo, y echó a correr de vuelta al hospital. Las balas zumbaban a su alrededor, pero Sonia no vio que ninguna lo alcanzase: hicieron saltar el mármol del suelo y un cristal de la puerta, que se deshizo en una lluvia de fragmentos tintineantes. Unos instantes más tarde, había desaparecido en el interior.

Los policías se quedaron mirando, boquiabiertos, mientras el herido se desangraba en el suelo y se ahogaba en su propia sangre.

—¡Un médico! ¡UN JODIDO MÉDICO! —gritó alguien.

No pudieron hacer nada por él. El hombre murió con una expresión de sorpresa y los ojos en blanco, vueltos hacia atrás, y las manos ensangrentadas y contraídas.

—Qué coño ha... pasado —exclamó Sonia después.

«Terroristas, y un carajo.» Es lo que se dijo una y otra vez en las horas que siguieron.

De tanto en cuando, oían gritos en el interior. Una de las veces, Sonia hizo amago de entrar, a pesar de todo, pero sus compañeros la retuvieron. Sonia no podía ni quería imaginar el escenario de terror que debía de estar ocurriendo ahí dentro, las carreras por los pasillos, los ataques brutales y mortales que debían de estar produciéndose, las lágrimas y la respiración entrecortada, contaminada de un terror abyecto, que debían de estar sufriendo todos los que se ocultaban dentro de los armarios, bajo las mesas, en las salas de material, en los despachos que a duras penas conseguían cerrar con llave. Y lloró y apretó los dientes sin encontrar alivio.

A las cinco menos cuarto, poco antes del amanecer, alguien se tiró por la ventana del cuarto piso. Cayó en el suelo con un sonido amortiguado y blando, rebotó brevemente y se quedó tendido mientras sus sesos se convertían en un líquido blancuzco sobre el pavimento.

Tampoco entonces pudieron hacer nada.

Pero el amanecer... El amanecer lo cambió todo.

Al principio no fue evidente; la radio seguía implorando ayuda aun a sabiendas de que no había efectivos para atender todas las llamadas, aun a sabiendas de que las

unidades que habían sido desplegadas habían dejado de responder en su mayoría, aun a sabiendas de que las radios sonaban dentro de los coches vacíos y desatendidos. Aun entonces. Pero cuando el sol encendía ya las copas de los árboles más altos y los tejados de los edificios, Sonia comprendió que no había nuevas incidencias; al menos no como las que se habían venido produciendo durante la noche, y su mente captó el patrón. Era como la noche anterior: un periodo histérico lleno de eventos, y luego... calma.

Se preguntó si tendrían otro periodo de tregua.

Hacia las once de la mañana llegaron efectivos procedentes de poblaciones y condados vecinos. Para entonces la cola de intervenciones se había reducido poco a poco, aunque siempre con resultados desmoralizadores. Encontraban unidades con las puertas abiertas y los policías desaparecidos, y una buena colección de cuerpos en apariencia muertos, heridos o en coma. Tres unidades más fueron asignadas al hospital, y los hombres decidieron que tenían recursos suficientes para enfrentar la amenaza. Ninguno de ellos se sentía motivado a hacerlo, ni siquiera cuando pensaban en los pacientes que debía de haber dentro. Habían visto lo que las balas hicieron en aquel tipo, nada, y miraban sus armas como si no las reconocieran, como si no las hubieran visto hacer agujeros de un centímetro sobre placas de metal, como si no hubiesen estudiado los efectos que producían en la carne y los órganos internos.

Pero aun así entraron, porque si ellos no entraban, entonces, ¿quién resolvería la situación? Era lo que habían jurado hacer, lo que deseaban hacer, y lo que muchos habían hecho ya en más de una ocasión a pesar de haberles jurado a sus esposas, muchas veces en la cama tras hacer el amor, que tendrían cuidado, y que pensarían en ellas antes de lanzarse a una habitación oscura, pistola en mano, donde los esperaba un yonqui con una pistola enorme.

El hospital olía a farmacia de viejo y a matadero. Sonia, al igual que muchos de sus compañeros, conocía bien ese olor. Era el hedor de la sangre seca, el olor de una casa cerrada cuando ellos acceden después de una noche entera, cuando las moscas revolotean ya sobre los cadáveres poniendo sus huevos en las heridas abiertas. No tardaron demasiado en verlos, tampoco. Allí estaban los chicos del SWAT formando un batiburrillo confuso de cuerpos, brazos y piernas entrelazados, las protecciones del pecho cubiertas de sangre. En la pared había ráfagas de disparos incrustadas junto a un cartel en el que una enfermera pedía silencio con un dedo en la boca. Un poco más allá, junto a las puertas dobles que conducían a las salas de consulta, yacía una mujer recostada contra la pared, el cuello plegado sobre el pecho, y un bolso aferrado en la mano agarrotada. Quizá murió protegiendo sus pocas pertenencias: un móvil caro, tal vez, las llaves de casa, las del coche, y puede que una cartera de piel en la que conservaba los primeros mechones de pelo de su hija en su primera visita a la peluquería. Sonia sabía que era eso, y no los ciento cuarenta y tres dólares que llevaba en la cartera, lo que había querido proteger.

Por lo demás, el hospital estaba en silencio.

Progresaron por las salas, formando un grupo compacto, protegiéndose unos a otros. Uno de los oficiales de otra comisaría llevaba una escopeta de cañones recortados, y marchaba el primero como si se tratara de un tanque, defendiendo a la infantería. Los hombres sabían que esa cosa podía abrir un agujero en el pecho de un



hombre si se disparaba a la distancia correcta, y eso les insuflaba cierto ánimo. Nadie quería ver a nadie partido por la mitad, pero tampoco deseaban que un loco desnudo saliera desde detrás de alguna esquina y les mordisqueara la cara.

Cuerpos caídos, sangre, mobiliario parcialmente destruido o desplazado como si alguien hubiera usado las mesas para asegurar algunas puertas. La historia de lo que debió de ocurrir allí aquella noche, pensó Sonia, daría para una novela de terror de las que se encuentran en las gasolineras: TERROR BAJO LA LLUVIA , GRITOS EN LA NOCHE , o el gran clásico: LO QUE ACECHA EN EL UMBRAL . Se hubiera reído de su propio chiste si no tuviera el corazón encogido y un buen puñado de lágrimas amenazando con desbordar e inundar sus mejillas.

Estaban ya accediendo a la segunda planta cuando oyeron un lamento. Alguien, tendido aún en su cama, con el brazo retorcido y anegado en un charco de sangre sobre una sábana por lo demás impoluta, se entregaba a una serie de espasmos. Sonia se quedó mirando el cuello tenso, el movimiento del cuerpo que subía y bajaba, la expresión dura del rostro por tener la mandíbula apretada, y captó otro patrón.

«¡Peter está vivo! ¡Joder, el sheriff Peter está vivo!»

Recordó a uno de sus compañeros diciendo que Peter Buchanan estaba vivo. Y los espasmos. Los mismos espasmos. Recordó a Peter sacudiéndose en el suelo y diciendo...

«EL SOL. EEL SOOOL.»

Miró hacia la ventana. La habitación daba al este, y los rayos del sol se filtraban por las persianas, bañando su cuerpo.

Pestañeó.

Mientras sus compañeros lo atendían, deliberando a gritos si permitían al personal sanitario el acceso o no, Sonia se deslizó alrededor de la cama y cerró las láminas de la persiana. Tan pronto el sol dejó de tocar su cuerpo, el paciente abrió la boca como si quisiera beberse todo el aire de la habitación y cayó inconsciente. Inmóvil y tranquilo por fin, el episodio del ataque parecía una ensoñación.

«Le han mordido el brazo hasta desangrarlo —pensó—, además de lo que ya tuviera, lo que lo había traído al hospital, y lo que más le afecta es... algún tipo de fotosensibilidad.»

No dijo nada, pero apuntó el dato para cuando hablara con los chicos de las ambulancias.

Tercera planta. Más sangre, más cuerpos tumbados en los pasillos, sobre los mostradores, dentro de los ascensores cuyas puertas hacían TIN, TIN cuando intentaban cerrarse y golpeaban el cuerpo caído de alguien vestido con una bata blanca.

—Por el amor de Dios —dijo alguien—. Esto es un hospital. ¿Dónde están las enfermeras, y los doctores? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Es que... es que no queda nadie?

Alguien más señaló la radio.

—Hay como dos centenares de heridos por todo Hillsdale —susurró—. ¿Dónde... dónde vamos a llevarlos? Si no hay nadie aquí que pueda atender a nadie, ¿dónde vamos a...?

Se calló. Nadie dijo nada más.

Tardaron un buen rato en asegurar la zona, en la medida de lo posible, porque nadie se atrevió a afirmar que el hospital era seguro otra vez: había demasiados recovecos y habitaciones. No encontraron, sin embargo, rastro alguno de hostilidad o de atacantes, ningún loco desnudo, ningún terrorista. Nada. A Sonia no le gustaba: habría sido demasiado sencillo hacerse pasar por un herido, tumbarse en el suelo, y esperar a que alguien lo sacara por la puerta principal para tomar el control de la ambulancia de camino a donde quiera que se los llevaran. Sin embargo, no podía hacer mucho por el momento. Miró con los labios apretados cómo el personal sanitario entraba, siempre custodiado por agentes, transportando sus camillas con expresiones cansadas.

—¿De dónde vienen? —preguntó uno de sus compañeros.

—De Saddle River.

—Jesús. Eso está lejos.

—Dígamelo a mí. Espero que no tengan a nadie que requiera asistencia urgente.

¿A quién hay que llevarse?

El policía lo miró, perplejo.

—A todo el mundo —soltó. Y bajó la cabeza.

### 3

Eran las dos menos cuarto de la tarde, y para Sonia estaba claro que el día había traído otra tregua. Sentada en su unidad, miraba el sol con aire pensativo y una sola palabra rondándole por la cabeza: «fotosensibilidad». Hillsdale estaba revuelta, y casi todo el mundo permanecía en sus casas o había acudido a centros sociales a buscar la compañía de otras personas, a menudo protegidos por efectivos de la ley o el ejército. Camiones llenos de soldados habían ido llegando durante toda la mañana para ayudar a restablecer el orden en las calles, pero descubrieron que no había ya altercados en ninguna parte: solo cuerpos, viviendas violentadas, ventanas rotas, puertas forzadas o destruidas, coches abandonados en las cunetas con las puertas abiertas y restos de sangre. Los helicópteros de varios medios importantes sobrevolaban la zona sin descanso, con un responsable de cámara anclado a un lateral.

Fotosensibilidad.

Podían lamerse las heridas y recuperar cuantos cuerpos pudieran a lo largo del día, pero ¿y si todo el mundo volvía a recaer en una locura ciega y terrible cuando cayera la noche?

Pensó en la base Orestes. Allí debía de haber empezado todo. Tenía que haber empezado todo allí. Era lo primero que te enseñaban en la academia cuando empezabas a construir los peldaños que acabarían, un día, con una placa y una pistola sobre la mesa de un superior: «Las casualidades no existen». Su madre tenía un dicho parecido: «Si huele a pollo y sabe a pollo, cariño, es pollo».

Apretó los dientes y miró el edificio del hospital, rodeado de vehículos oficiales y de personal alborotado que corría de un lado a otro, intentando restaurar el servicio. En lugar de llevarse a los heridos se había optado por traer a médicos y enfermeros de otros hospitales para aprovechar las instalaciones. Nadie había dañado el edificio, nadie había dañado gran cosa, ni habían robado los almacenes del hospital atiborrados

de drogas, fármacos y otras sustancias por las que un yonqui hubiera dado un hígado o dos. Era solo locura.

«Locura fotosensible.»

Miró al sol de nuevo, con renovada suspicacia.

¿Le pasaría algo al sol? ¿Estarían todos en riesgo?

No, solo aquellos a los que han mordido.

¿Y dónde estaba Peter Buchanan, por cierto? No habían comprobado cada cuerpo en el edificio, por supuesto, simplemente eran demasiados, pero sí que estuvo tan atenta como pudo, y se había paseado arriba y abajo escudriñando los cuerpos, y sí que había mirado el registro para comprobar dónde estaba su sheriff . La habitación 208 de la segunda planta. Pero no había nadie en ese cuarto, y no solo eso, los cables de soporte vital y las máquinas a las que estaba conectado estaban desplazadas, con algún cable arrancado y partido, como si...

Como si hubieran tirado del cuerpo de Peter Buchanan y se lo hubieran llevado a la carrera.

¿Raptado?

O como si...

Como si el propio Peter se hubiese levantado de un salto y hubiera salido corriendo. En mitad de la noche.

Ni siquiera se había llevado su ropa. Sus zapatos y su ropa interior seguían en el armario de la habitación, a falta de las prendas que estaban manchadas de sangre y que habían sido reclamadas por sus compañeros para buscar pruebas o indicios. Si había salido por sus propios medios, lo había hecho desnudo.

Como el tipo que salió del hospital en plena noche y mordió a su compañero.

Sí. Como ese.

«EL SOL. EEEEL SOOOL.»

Había hecho algo más, porque su instinto de sabueso no dejaba de ladrar en su cabeza, inquieto como un perro que señala una presa en mitad de un bosque. Había cotejado los datos de todos los ingresos del día anterior, pacientes que habían entrado con mordeduras. Mallorie White, habitación 201. Alan Walker, habitación 109. Brad Hall, en la 323. Carlos Rodríguez, 423. Ninguno estaba ya en sus habitaciones, y adivinen qué, señoras y señores: no había rastro de violencia en sus habitaciones, pero sí cables arrancados y máquinas tiradas. ¿Y cómo es que los habían repartido por todo el hospital, por el amor de Dios, sin saber si esa gente tenía algún tipo de infección contagiosa, algo como...

« Como la rabia. »

Sí, algo como la rabia. Los habían repartido por todas las plantas, al lado de alguien que acababa de ser atendido de apendicitis y de otro que iba a extirparse una verruga en la planta del pie.

¿Era rabia? ¿Era eso? ¿Rabia... fotosensible?

«¿ Dónde estás, Peter? ¿Qué has hecho esta noche, qué has hecho, por el amor de Dios, con tus amigos rabiosos? ¿Adónde has ido, y sobre todo, cómo te has ido?»

Sonia tenía muchas preguntas, pero algo le decía que las respuestas no estaban allí, ni iba a encontrarlas hablando con ningún médico.

Arrancó el coche.

Ya les habían informado de que la gente del ejército se ocupaba de la base Orestes vacía, pero ella iba a ir a echar un vistazo, de todas maneras, a ver qué narices se estaba cocinando allí. Y mientras giraba el volante para sacar el coche, su instinto de sabueso dejó de ladrar, como si se hubiera quedado satisfecho por el momento.

#### 4

Jimmy nunca habría pensado que el amanecer tardase tanto en llegar. Escondido bajo la cama, había empezado a distinguir los volúmenes de su habitación cada vez con más claridad, que pasaron de un azul oscuro a unos tintes algo más claros, confundiéndose con una gradación que, poco a poco, iba añadiendo tonos anaranjados. Cada vez que pestañeaba, la luz parecía cambiar, y cada vez que cambiaba, se sentía más y más aliviado. Oculto bajo la cama, solamente se atrevía a susurrar una palabra: «sol», pero entre dientes, bajito, para que nadie pudiera oírlo. Sol. Sol. Sol. Cada vez que la decía era como si insuflara ánimos al viejo astro. Cada vez que la decía, apretaba más los puños y los dientes.

Porque no se había equivocado.

Lo que estaba atacando Hillsdale eran vampiros.

Eran vampiros los que vio corriendo por la calle, en la oscuridad de la noche, rápidos, furtivos y agazapados. Los había visto desde la ventana de su habitación, cuando se despertó en mitad de la noche con un sueño intranquilo. Seguramente su madre había entrado para apagarle la luz, y el cambio de luminosidad lo despertó. Sin embargo, fue otra cosa la que hizo que continuara despierto: las luces y las sombras en su cuarto no eran las normales. Eran... bueno, eran diferentes.

Faltaba luz.

Miró a la ventana y descubrió el porqué: no llegaba la luminosidad habitual de las farolas de la calle; sencillamente, había desaparecido. Jimmy supuso que, en circunstancias normales, ese detalle no le habría llamado la atención, pero cuando se levantó a mirar y se asomó, descubrió que estaban todas apagadas.

No le gustó. No recordaba cuándo fue la última vez que vio las farolas apagadas; probablemente nunca, aunque una vez instalaron unos adornos anaranjados en Halloween que daban un toque espectral a la calle que todos los niños celebraron con sus disfraces y sus pucheros de plástico hinchidos de caramelos.

Pensó en avisar a mamá, pero luego recordó que su madre era muy aprensiva. Lo había dicho el tío George, y debía de saberlo bien porque era su hermano. «Tu madre es muy aprensiva, Jimmy, chico; vive con ello.» Jimmy no sabía lo que significaba aprensiva, pero podía intuirlo: su madre se preocupaba por todo, y se preocupaba mucho, o mucho más que mucho. Solía, por ejemplo, padecer cualquier cosa que tuvieran él o su padre. Si su padre tenía lumbago, ella caía en la cama doblada por la mitad con un dolor acuciante en la espalda; si él se resfriaba, ella se resfriaba el doble. Porque era aprensiva.

Decidió no decir nada. Mamá y papá ya estarían en la cama, con seguridad, y papá estaría buscando alguna serie que mereciera la pena en Netflix mientras mamá se ponía al día con el WhatsApp mientras decía: «Jesús, noventa y cinco mensajes. ¿Tu familia no hace otra cosa en todo el día?».

Estaba pensando en eso cuando vio movimiento por el rabillo del ojo. Algo se movía por los márgenes lejanos de la otra acera, entre los setos. No era algo por lo que se hubiera preocupado en otras circunstancias, tampoco; al fin y al cabo, la población de gatos de Hillsdale era notoria, pero las cosas no habían ido muy bien aquel fin de semana y todo el mundo estaba asustado.

Porque había... asesinos.

Jimmy miró con atención. Tenía un pequeño truco para ver en la oscuridad: era mejor no mirar directamente al punto que se quería observar, sino asentar la vista en algún punto alejado y dejar que el ojo hiciera el resto. Los cambios sutiles, como pequeños movimientos de hojas o hierbas, se descubrían mucho mejor de este modo. Había una explicación científica para eso (lo había leído en el Hillsdale Herald), pero no la recordaba, y de todas maneras, algo se estaba moviendo de verdad entre los setos, cruzando de jardín en jardín.

Jimmy se sobrecogió.

Eran hombres. Había hombres agazapados, ocultos por las tinieblas de la calle, moviéndose al abrigo de las sombras. Era tan obvio que no querían ser vistos que Jimmy experimentó un súbito arrebató de miedo.

Asesinos. ¡Eran los asesinos!

—¡Papá! —gritó—. ¡Papá!

Gritó tres o cuatro veces más, hasta que su padre entró en la habitación con la chaqueta del pijama desabrochada.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa, Jimmy?

—¡Papá!, ¡hay alguien en la calle, mira!

—¿En la calle? ¿Cómo que en...?

El padre se acercó a la ventana y miró a un lado y a otro.

—Y las farolas están apagadas.

El padre suspiró mientras la madre entraba en la habitación.

—Jimmy, ahí no hay nada —dijo el padre, disgustado.

—¡Sí que hay, papá, los he visto! ¡Allí, entre los setos!

—Jimmy, ¿has estado viendo las noticias?

—No habrás estado viendo las noticias, ¿verdad? —preguntó la madre mientras se acercaba.

—¡Pero mamá...!

—Te dijimos que no vieras las noticias, Jimmy —dijo el padre—. Habrás tenido una pesadilla.

—¿Qué has visto, Jimmy? —preguntó la madre.

—Unos hombres... agachados... ¡allí!

El padre resopló.

—Jimmy, ahí no hay nada, ¿vale? Jesús. Esto es como cuando viste aquella serie de zombis y nos juraste que habías visto muertos vivientes en la puerta del colegio, Jimmy.

—¡Papá! —protestó el chico.

—Deberías llamar a la policía, John...

—¿Llamar a la policía? —exclamó él—. Es la una de la madrugada... ¿Quieres que llame a la policía para decirles que nuestro hijo ha creído ver... hombres

agachados en nuestro barrio? ¿Sabes cuánto pagamos de impuestos por vivir aquí? Más de lo que cuesta un centenar de esos LEGO tuyos, Jimmy, ¿y sabes por qué?, porque son calles bien vigiladas y patrulladas por la policía. A nadie se le ocurriría ir... agachado por esta zona.

—¡Entre los setos! —se apresuró a decir Jimmy, comprendiendo que estaba perdiendo toda su credibilidad en aquella conversación, y que inevitablemente acabaría con su padre yéndose a dormir, enfadado, mientras su madre caminaba detrás insistiendo en que llamaran a la policía, a los bomberos, a Seguridad Nacional, y a los hombres de Harrelson.

—¡No, Jimmy! Ahí no hay nada. Las farolas están apagadas, pero ha sido un día difícil para la ciudad y quizá estén utilizando la energía para... para algo bueno. Algo de seguridad, ya sabes.

Jimmy torció la cabeza, frustrado. Pensó en decir algo más, pero eso conllevaría inevitablemente un castigo, y no quería recibir un castigo en la víspera del domingo. Los castigos de papá casi siempre tenían que ver con hacer deberes todo el día. «Y si llevas los deberes al día, haz los de las semanas siguientes, Jimmy, así les llevarás ventaja a todos. Esa es la clave del éxito: la ventaja.»

Su padre estaba explicándole todavía por qué su barrio era el mejor del mundo cuando Jimmy vio algo. Casi dio un brinco, producto de la excitación pero también del terror: uno de los hombres agazapados estaba trepando por la fachada de la casa de enfrente, utilizando la ventana del piso anterior pero también las juntas de la madera de la fachada. Eran estructuras convencionales y Jimmy las conocía bien porque su casa también las tenía, y nunca hubiera dicho que alguien pudiera trepar por ellas. Sin embargo, aquel hombre se movía como una cucaracha por una pared, con las piernas encogidas y los brazos, largos y delgados, extendidos.

El padre se quedó mirando, atónito.

Antes de que pudiera decir nada, el hombre llegó al balcón del segundo piso y desapareció en su interior, porque aunque era diciembre y las noches eran frescas, los Bitterman dormían siempre con las ventanas abiertas.

La madre gritó:

—¡Llama a la policía, John, llama a la policía!

—¡Te lo dije, papá! ¡Te lo...!

Otro hombre salió de entre los setos y avanzó casi a cuatro patas, sirviéndose de las piernas y los brazos; cruzó el jardín y llegó a la casa siguiente.

—¡Llama a la policía, John!

—Jesús —exclamó el padre, y salió corriendo hacia el piso de abajo.

La madre cogió a Jimmy por los hombros.

—¡Quédate aquí, Jimmy! ¡Quédate en tu habitación y no salgas para nada!

—¡Pero mamá...!

—¡JIMMY, QUÉDATE BIEN QUIETO!

Había un punto en el tono de voz de su madre que marcaba un alto en las discusiones. Era un punto agudo y penetrante que podía recordar a las sirenas de cambio de turno de las fábricas de Westbridge, y estaba usándolo justamente ahora. Jimmy se puso firme y asintió rápidamente.

Ella salió del cuarto llamando a su marido.

Jimmy volvió a mirar por la ventana. El otro hombre estaba tirando del picaporte de la puerta, pero parecía estar cerrada. Otra cosa le llamó la atención: llevaba pantalones de camuflaje, como los que usaban los soldados. Jimmy sabía mucho de uniformes, y no le cupo ninguna duda de que aquellos eran pantalones de infantería del Ejército de Estados Unidos, con las distintivas botas negras. O bota. Porque le faltaba una. El torso estaba cubierto por una sencilla camiseta blanca, sin distintivos, manchada de...

«Manchada», pensó, y no quiso preguntarse de qué.

El hombre empujó la puerta con el hombro y la abrió sin dificultad. Luego, desapareció en el interior.

Su padre había querido añadir un porche a la entrada hacía un par de veranos. Decía que era algo muy americano sentarse en el porche por las tardes, tal vez junto a una hermosa bandera, y tenía un contratista que iba a hacerle el trabajo por un precio más que razonable (eso dijo), pero la Junta del Distrito no se lo permitió. Ni siquiera le dejaron cambiar la puerta, porque la calle era emblemática y uniforme y exhibía un tipo de arquitectura que resultaba placentera a la vista. No iban a dejar que cada vecino hiciera lo que quisiera con las casas. No podían. Así que la puerta de su vivienda era la misma que la de la casa en la que acababa de colarse aquel... soldado, asesino, intruso. Una puerta endeble de madera sencilla con una cerradura rudimentaria, del grosor de un móvil antiguo. El tipo de puerta que se violenta con un golpe de hombro.

Jimmy tragó saliva cuando vio más hombres llegar desde el fondo de la calle.

En el piso de abajo, sus padres gritaban:

—¡No contesta nadie, Clara, por el amor de Dios, estoy a la espera!

—¡Pues llama al FBI, John! ¡Llama a alguien!

Estos nuevos hombres no se ocultaban, y eran... tres... cinco... di-diez. Eran al menos diez, eran más de diez. Dos de ellos caminaban por el centro de la calle, sin apresurarse, mientras el resto correteaba ansioso alrededor. Incluso a través de los cristales dobles de su ventana, Jimmy pudo oír un grito que provenía de la casa de los Bitterman.

Se apartó de la ventana, asustado.

Su calle... su calle estaba llena de asesinos.

Jimmy no había pensado mucho sobre su futuro, pero sabía que quería trabajar para LEGO algún día. Quería proyectar cosas, crear nuevos diseños, formar parte del equipo que se sentaba en una habitación rodeado de piezas de todas las formas y tamaños, y trataba de construir un modelo de juguete nuevo, como había visto en un documental. Cogían fotos de lo que querían construir y se ponían todos juntos a formar las bases de lo que sería el producto que luego estaría disponible en los estantes de las jugueterías y los centros comerciales, como si fuera magia. Quería eso, pero al ver a los hombres moverse en la oscuridad de la calle, ese futuro deseable palideció y se quebró como el cristal de un espejo que golpea el suelo tras caer de un quinto piso. Tampoco habría un Jimmy de treinta años que conducía su propio coche y que tenía novia (tal vez, a lo mejor) y pagaba sus propias facturas con una tarjeta del National West Bank.

Y sus padres...

Si entraban en casa. Si se les ocurría visitar la casa...

Sus padres estaban abajo. Tras la puerta endeble que se dejaba vencer con un empujón.

Iba a advertir a sus padres cuando, de repente, alguien salió de la casa de al lado, corriendo hacia la calle, vestido con un pijama un par de tallas demasiado pequeño. Era el señor Bates, aunque le costó reconocerlo sin su acostumbrado traje de chaqueta. De hecho, supo que era él por el volumen de su estómago y su atusado bigote aristocrático con las puntas delicadamente curvadas hacia arriba.

—Señor Bates —exclamó, casi sin aliento.

Dos de los hombres saltaron hacia él. No corrieron, saltaron, como perros de presa. Lo interceptaron en un par de segundos y lo hicieron caer y rodar por el suelo. Jimmy quería apartar la mirada (y eso hubiera podido jurarlo ante un juez: «De veras, señoría, que no quería mirar»), y no solo porque a su madre se le habría puesto el pelo blanco si llegara a sospechar siquiera que había visto algo semejante, sino porque intuía lo que iba a ocurrir. Y no quería. Pero ocurrió, de todas maneras, y lo vio todo. Vio las bocas infames precipitándose hacia su cuello y vio el movimiento histérico de las cabezas apretar y succionar, morder y desgarrar, morder y...

El señor Bates se sacudió como si tuviera un ataque, y luego dejó de moverse completamente.

Jimmy vio las bocas anegadas en sangre, y cuando miró a los otros, descubrió que casi todos mostraban rostros similares. Camisas manchadas. Caras manchadas. Ojos brillantes, manos crispadas, cuerpos encogidos y animales. Sangre.

Y Jimmy comprendió: «Son vampiros. ¡Oh, mamá, son vampiros de verdad! Aquí mismo. En la vida real».

Se había quedado tan estupefacto y aterrorizado que a duras penas vio que uno de ellos se dirigía a la puerta de su casa. Desapareció de su vista cuando entró en el jardín, y solo se hizo evidente cuando la puerta de la casa crujió con un sonido desgarrador.

Abajo, mamá chilló.

Jimmy empezó a temblar. Su primer impulso, no obstante, fue lanzarse hacia la puerta. Quería gritar: «¡Papá, mamá!», pero tenía la garganta cerrada y clausurada por un miedo paralizante y desconocido. Daba vueltas a toda velocidad por el rellano cuando oyó a su padre decir: «¡SALGA DE AQUÍ!», con el mismo tono de voz que empleaba cuando pisaba por accidente una de sus piezas y amenazaba con quemar toda su colección en el jardín trasero. Bajaba por la escalera cuando vio a mamá salir despedida del salón, con la bata flameando como la capa de Superman, para ir a parar contra el mueble del televisor. El aparato, una carísima pantalla plana de superalta resolución, cayó al suelo con un decepcionante sonido a plástico y chatarra barata. Estaba a punto de pisar el suelo del salón cuando vio a su padre doblarse y caer arrodillado, el vampiro enganchado a su cuello como un insecto gigante que estuviera concentrado en polinizarlo.

—¡ASESINOS! —gritaba la abuela desde el salón donde dormía, porque no había fuerza humana o sobrenatural en la tierra que la hiciese subir la escalera hasta los dormitorios. Pero Jimmy no la escuchaba. Estaba mirando a su padre, arrodillado en el suelo, con los brazos perdiendo fuerza y cayendo flácidos a ambos lados del cuerpo. Jimmy sabía una o dos cosas sobre vampiros, y sabía que... que era demasiado tarde.



Tu padre ha muerto, Jimmy , dijo una voz en su cabeza.  
Lo lamento, Jimmy, muchacho. Era un buen hombre .  
Ha muerto, pero pronto será uno de ellos, Jimmy .  
Va a volver y a abrazarte TANTO, Jimmy .

Pestañeó para apartar las voces de su mente, pero cuando pudo comprender lo que pasaba, el vampiro estaba ya sobre su abuela, y ella chillaba como una hiena herida sobre un lecho de brasas. El grito, intenso, agudo e insoportable, lo hizo encogerse. El vampiro no la mordió, sin embargo. Había lanzado un brazo contra su pecho y le había quebrado las costillas y atravesado el corazón. El brazo había desaparecido hasta el codo dentro de su abuela mientras ella miraba al techo escupiendo sangre por la boca.

Jimmy no podía apartar la vista de esa escena, preñada de una brutalidad que él todavía desconocía. Ni siquiera había visto nada remotamente parecido en una película porque no le dejaban ver películas con esa (o con cualquier) carga de violencia. Aún no era consciente de que había perdido a su abuela, de que su abuela estaba muerta, de que había sido asesinada. Pensaba en el brazo hundido en el pecho y en la fuerza necesaria para hacer algo semejante. Pensaba en los huesos, mucho más duros de lo que generalmente se cree, y en la piel y los órganos. Ni siquiera era fácil atravesar un trozo de carne de cinco kilos sobre una mesa.

Luego, el hecho inequívoco y evidente de que su padre estaba muerto, de que su abuela estaba muerta, y probablemente también su madre, golpeó su cabeza como un mazazo. Estaban muertos, muertos para siempre, y con ellos moría la vida como la había conocido. Las barbacoas de verano, las excursiones de los fines de semana, los desayunos en familia de los domingos, las llamadas de su madre al móvil cuando tardaba un poco más de un par de horas en volver a casa. Todo.

Sintió tristeza, una tristeza honda y dolorosa que empezaba a abrirse paso por su corazón de una manera que no había conocido jamás, y que en circunstancias normales no habría conocido hasta muchos años más tarde, probablemente por efecto de una relación sentimental que terminase abruptamente por parte de su amada. Ese dolor.

Y luego sintió rabia. Sintió una rabia creciente y trepidante que le hizo temblar y sacudirse sin que pudiera evitarlo. Y quiso lanzarse contra el vampiro y golpearlo con los puños, con los pies, quiso morder su cuerpo allí donde tuviera oportunidad, quiso arañarlo mientras tuviera tiempo, porque sabía cómo terminaría su arrebato. El vampiro proyectaría el brazo ensangrentado hacia él y su cabeza saldría rodando por el salón, golpearía el cuerpo caído de su padre y se quedaría allí tendido, mirando al techo, pensando en LEGO, probablemente, mientras la sangre residual en la cabeza siguiera regando el cerebro.

Eso es lo que ocurrirá, Jimmy, muchacho , dijo la voz en su cabeza. Ni más, ni menos. Durarás menos que un paraguas comprado en una tienda china .

Quiso llorar, y aunque permaneció tan impasible como pudo, las lágrimas no se amilanaron y se vertieron abundantes por sus mejillas, tibias y amargas. Con toda probabilidad, se habría quedado allí plantado, confuso y sorprendido, asustado y furioso, con el rostro lleno de surcos húmedos, y el monstruo habría reparado en él y eso habría sido todo. Pero mientras tanto, su madre se había incorporado del suelo y

se había movido a un lado. El vampiro se volvió para mirarla. Su madre estaba gritando algo mientras seguía desplazándose lateralmente, pero Jimmy no consiguió comprender lo que decía. Estaba fijándose en cómo se movía su madre. Se movía hacia...

Se movía lejos de él.

Estaba llamando la atención del asesino para que no reparara en Jimmy, eso era lo que estaba haciendo.

—M-mamá... —susurró, con el cuerpo recorrido por todo tipo de sensaciones inexploradas que lo zarandeaban como un niño pequeño sacude un sonajero.

El vampiro avanzó hacia ella.

Jimmy —dijo la voz—, ve arriba y, por el amor de Dios, ESCÓNDETE .

Su madre gritaba, con los brazos extendidos, apartando a Jimmy del campo de visión del vampiro.

Iba a morir. Eso era tan cierto como que la lluvia cae hacia abajo. Iba a morir allí mismo, delante de él.

El miedo no le dejaba hacer nada. Podía ponerse delante de su madre, entre ella y el vampiro, y tratar de protegerla. Pensó en hacer eso, pero luego recordó otra vez el brazo dentro de su abuela, y su boca llena de sangre y sus ojos abiertos pero sin vida sumiéndose en la negra oscuridad de la muerte.

Y, por fin, retrocedió.

Retrocedió un paso, seguramente el paso más difícil que había dado y que daría nunca, y su cuerpo reaccionó como un complicado mecanismo de engranajes y poleas, y antes de que pudiera pensar nada más, estaba otra vez en su cuarto. ¿Había hecho ruido? ¿Lo habría visto el vampiro?

¿Estaba ya muerta su madre?

No lo sabía, y tampoco le importaba. Apagó la luz, se metió debajo de la cama, como cuando era pequeño y le asustaban los truenos, cerró los ojos, apretó los dientes, y se entregó a un llanto ruidoso y desconsolado.

Su madre murió mientras tanto. El vampiro abrió una boca enorme, inhumana, llena de dientes en hilera, y sembró en ella el misterio de la noche y el terror del infierno, mezclando la saliva con su sangre. Bebió un poco más de la cuenta y las facciones de ella se encogieron como si hubiera succionado también toda la grasa de las mejillas. Los ojos parecieron bailar en sus cuencas.

Pero Jimmy no oyó nada, gracias al Señor por los pequeños favores.

Jimmy... solo lloraba.

El amanecer llegó una eternidad después. Fue una noche llena de gritos y ruidos de pasos, y hubo momentos en los que pensó que alguien estaba subiendo por la escalera. CRIC, CROC. Pero no entró nadie en su habitación. No hubo ojos encendidos por una falta de humanidad horrible asomándose por debajo de la cama mientras decían: «Aquí estás, chico, chico guapo, chico vivo. Aquí estás, joder». Solo la oscuridad de la noche. Eso, y las lágrimas, el dolor y la pena.

Para Jimmy estaba claro que se trataba de vampiros. Mordían en el cuello, mataban sin miramientos a cuantos se encontraban y no hacían ninguna otra cosa más que matar. Los asesinos matan, pero lo hacen para conseguir cosas como dinero, proyectores caros de Bluray, móviles y portátiles. «Y joyas», se dijo, aunque no

pensaba que su madre tuviera ninguna más que un pequeño collar de plata que alguien le regaló alguna vez. Eran vampiros, como vaticinó su abuela cuando le dijo que se apartara de la ventana, que de noche todo era peor, y vaya si lo era.

Pero el sol regresaba otra vez a Hillsdale y Jimmy esperaba que sus rayos cobraran fuerza y que la luz hiciera huir a la noche por unas cuantas horas. Era todo lo que necesitaba para salir de allí y...

¿Y qué, Jimmy, muchacho? ¿Qué vas a hacer? ¿Adónde vas a ir, huérfano de mierda? El Estado te retirará con un camión de la basura y te llevará al Hogar de los Pobrecitos Huérfanos Annie Hall, donde fregarás los suelos mientras cantas canciones. ¡Yippi Yay, Jimmy!

No lo sabía, y tampoco le importaba demasiado. Solo quería salir de allí y tal vez llamar a la policía, y si no lo atendían caminaría hasta la comisaría y les diría a todos que...

Que hay vampiros en Hillsdale. ¡Yippi Yay, Jimmy, esa sí que es buena! Tal vez no puedas cantar demasiado cuando te pongan una inyección de dos litros de tranquilizante para muchachos zumbados de Hillsdale, Jimmy. ¡Tal vez puedas ser el presidente, Jimmy!

No le importaba mucho si le creían o no. Si no le creían, al menos estaría fuera de aquella calle, en aquel rincón apartado de Hillsdale donde los vampiros matan a todo el mundo cuando cae la noche.

Esperó todavía un momento más. Todavía un rato más. En las películas, o era de día o era de noche, pero esos estadios intermedios del amanecer por lo general transcurrían demasiado deprisa. En un momento dado el vampiro estaba allí desplegando todo su poder sobrenatural, y al instante siguiente chillaba tocado por unos rayos de sol que parecían prestados de una radiante mañana de agosto.

Pensó también que tendría que bajar y enfrentarse a la visión espantosa de sus padres muertos. Otra vez. Papá, tirado en el suelo; la abuela con el pecho convertido en un infierno rojo, y mamá...

Solo Dios sabía lo que le había ocurrido a mamá.

Entonces, en su cabeza cobró fuerza el motivo por el que los vampiros mordían a sus víctimas.

Eso es, Jimmy. ¡Para convertirlos en vampiros! Es para mondarse de risa. Al menos no serás huérfano. Podrás ver a mamá todas las noches mientras tratas de impedir que entre en tu suite del Hogar para Huérfanos de Mierda Annie Hall .

—No... —lloriqueó—. No, mamá no...

¿Y sabes qué? Seguro que te has dado cuenta. No mordieron a la abuela, Jimmy. ¡Tachán!

Se quedó quieto, casi sin atreverse a respirar.

—No. A la abuela no...

Porque son vampiros, Jimmy. Y la abuela no puede ni andar. Jesús, no puede ni levantarse. ¿Qué tipo de vampiro crees que sería? Seguramente el vampiro ha podido oler su enfermedad, todo lo que va mal en sus órganos cansados, y toda esa química que la mantiene con vida. Seguro que su sangre sabe a diabetes y a cáncer, a tumores, a vejez, a muerte. Por eso no la mordieron .

—No... —gimoteó Jimmy—. Basta.

Sacudió la cabeza y trató de centrarse. Si no habían mordido a la abuela, tanto mejor. Ni siquiera quería pensar que papá y mamá pudieran volver a levantarse. ¿Cómo sería eso, de ocurrir? ¿Seguirían siendo ellos, de alguna manera? ¿Sabrían todo lo que habían sabido en... en vida? ¿Se volverían... asesinos y se pondrían a perseguir a otros vecinos al caer la noche, cada noche, por toda la eternidad?

Jimmy —dijo la voz de su madre en su cabeza—. Es hora de dormir, cariño. Dormir, para siempre...

Después de un rato, se pasó la manga por las mejillas y empezó a arrastrarse fuera de la cama, atento a los ruidos de la casa, atento a la calle. Hacía bastante que no se oía nada, aunque poco antes del amanecer hubo un despunte de gritos lejanos que se le clavaron en el alma como agujas y le hicieron cerrar los ojos. Ahora, sin embargo, el silencio era ominoso y absoluto, como el del interior de una cripta que ya nadie visita.

Se asomó con extrema prudencia a la escalera. Oía raro, como a medicinas, a hospital, y se dijo que ese era el olor de la muerte. Su cuerpo pidió llorar, pero se contuvo.

Abajo, no obstante, la visión lo superó. La puerta estaba abierta y había pisadas ensangrentadas en el suelo. Marcas de zapatos con líneas oscuras, densas como pintura desecada. Y allí estaba la abuela, por supuesto, y también papá, caído en el suelo como la última vez que lo vio. Mamá era apenas un brazo extendido detrás del sofá. Ni siquiera pudo verla, y lo agradeció, porque no quería verla; no quería ver sus mejillas desinfladas y su rostro chupado porque un vampiro había bebido demasiado.

Pero fuera la luz era ahora brillante y la brisa entraba, gentil, iluminando otra vez su corazón. Caminó dando pequeños pasos por el salón, sin querer mirar mucho a su alrededor, y supo que aquella era la última vez que recorría ese camino, y lloró otra vez.

Y fuera, en la calle, la barbarie lo hizo encogerse de nuevo.

## 5

Sonia no daba crédito a lo que veía.

Al principio había dado parte a la central, pero luego dejó de hacerlo, sumida en una especie de neblina mental que era a la vez terrible y sedante, como si estuviera deslizándose por un tobogán tan largo que el efecto de velocidad y vértigo hubiese desaparecido por completo.

Había cadáveres, y no unos cuantos, sino muchos.

Había cadáveres por todas partes.

Si no eran cadáveres era gente herida a la que habían mordido, como a los otros, como a Peter Buchanan, que ahora estaba en paradero desconocido, durmiendo tal vez la noche de terror que había regalado al pueblo que una vez juró proteger.

Vio, por ejemplo, al señor Lorenzale, de origen italiano, que regentaba una tienda pequeña de comestibles en el centro. Tenía, sin discusión, el mejor pepperoni que se podía encontrar a ese lado de Estados Unidos.

—¿Sabes, Sonia? —le había dicho en una ocasión—. Una vez tuve la oportunidad de comprar el local de al lado, antes de la crisis, cuando todo iba otra vez

bien. Pude haber tenido un local más grande, con empleados, y tal vez haber ganado lo suficiente para abrir otras tiendas en otros estados. Pero me dije: «¿De verdad quieres estar viajando todo el día de un sitio a otro para ver si los pepperoni tienen la calidad que deben tener y están dispuestos como se deben disponer para que no pierdan su frescura y su sabor? Y pensé: “Diablos, no. Yo solo quiero colocar mis pepperoni cada mañana, mis pimientos y mis tomates, y mis quesos gorgonzola y mozzarella, y ganar lo suficiente para comprar un par de zapatos nuevos cada pocos meses”. Al fin y al cabo, ¿cuántos pares de zapatos puede tener un hombre?».

Sonia estuvo de acuerdo, y sonrió aquella mañana de sábado mientras metía manzanas verdes y un poco de pepperoni italiano en una bolsa de papel que rezaba: EL SABOR DE ITALIA.

Ahora, el señor Lorenzale estaba en el suelo, junto a la casa donde había vivido los últimos veinte años, con una zapatilla en un pie y el otro descalzo. Le habían aplastado la garganta de tal manera que parecía a punto de desgarrarse, así que ni siquiera intentó bajarse del coche para comprobar si vivía. Era de los pocos que no parecían tener ninguna oportunidad de recuperarse aunque fuera para abandonarse a un episodio de violencia e histeria como los que había conocido.

El señor Lorenzale. Descalzo de un pie.

Vio a la señora Muller con medio cuerpo asomado fuera de la ventana del segundo piso de su casa. Y a Henry Shepard, que a veces la liaba mucho más que mucho en el Dorothy's de la avenida McFarlane, tirado en mitad de la calle sobre un charco de su propia sangre.

Vio a todas aquellas personas y a muchas más. Y vio coches con las puertas abiertas y puertas abiertas en las fachadas de las casas, y vio bicicletas caídas, y un par de perros muertos, descoyuntados, las patas que parecían nacer de lugares donde no debían.

—Jesús —dijo—. ¿Qué ha... pasado aquí?

No era cosa de una calle, ni de dos calles. Era un barrio entero. Alguien se había ensañado con la toda la puñetera zona.

Empezaba a preguntarse si quedaría alguien con vida cuando, en mitad de la calle, encontró a un chico.

Sonia detuvo el coche y se quedó mirándolo. Tenía, tal vez, trece años, quince todo lo más, y a juzgar por la expresión de su rostro, parecía que acabase de sobrevivir a un infierno. Sonia se dijo que, probablemente, debía de ser así. Estaba mirando los cadáveres repartidos por el suelo y ni siquiera parecía haber reparado en el coche.

Bajó del vehículo.

—¡Chico! —lo llamó—. ¿Estás bien?

El chico dio un respingo y la miró, confuso.

—¿Estás bien? —repitió Sonia.

El chico negó con la cabeza.

—Mis padres están muertos —exclamó de pronto, señalando una de las casas.

Sonia miró el cuerpo que tenía a escasos centímetros de su pie. Era una visión abyecta y horrible, con el cuello y la cabeza empapados en una sustancia oscura, un brazo extendido delante de sus ojos abiertos.

—Lo siento, chico —dijo Sonia, sin saber qué otra cosa decir. Quería decirle que

lo sentía, quería explicarle que la situación se había descontrolado más allá de todas las previsiones y que, aunque habían activado ya muchos recursos y hasta el ejército, era demasiado tarde para toda esa gente, para sus padres y para él. Quería pedirle disculpas, pero sobre todo, quería poder devolverle a sus padres y su vida de antes, por mucho que supiera que no era posible.

Miró otra vez el cuerpo.

—Chico, voy a sacarte de aquí, ¿vale?

El chico asintió.

—Ven. Sube al coche. Te llevaré a...

No pudo continuar. Ni siquiera sabía adónde iba a llevarlo. Algo en su corazón le decía: «Llévalo a Manhattan, no está lejos. Llévalo a Pekín, o a Beirut. Pero no lo dejes en Hillsdale. En Hillsdale no».

El suelo era un entramado de luces y sombras, rayos de sol que se filtraban a través de los árboles que vestían la calle a ambos lados. El viento los mecía con delicadeza, produciendo un sonido agradable. Era lo único agradable en esa calle, aquella mañana.

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó Sonia cuando el chaval se hubo subido al coche. Miraba con curiosidad la radio y el enganche para el rifle.

—Jimmy. Jimmy Sammers —dijo con suavidad.

—¿Estás herido? ¿Tienes alguna herida? ¿Te han atacado?

—No —respondió el muchacho.

—Estupendo. ¿Tus padres están...?

—Muertos —dijo Jimmy—. También mi abuela. Bueno, mi abuela está muerta del todo.

Sonia asintió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Qué significa muerta del todo?

Jimmy la miró durante unos instantes y suspiró antes de responder.

—No creo que mis padres estén... muertos del todo.

Sonia recordó a Peter, retorciéndose en el suelo.

«¡Está vivo! ¡Joder, el sheriff Peter Buchanan está vivo!»

—¿No? ¿Por qué dices eso? ¿Qué les pasa?

—Anoche vinieron muchos de ellos. Uno entró en casa. Mordió a papá, en el cuello, y creo que debió de morder a mamá también. Y ahí siguen, en el suelo del salón. Pero no mordió a la abuela. A la abuela no la mordió, la... la atravesó con un brazo —dijo, señalándose el pecho—. Y la mató. Del todo.

Sonia asintió.

—Jesús, Jimmy. Ha debido de ser... muy duro para ti.

Jimmy no dijo nada.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Cómo escapaste?

—Me escondí bajo la cama. Ni siquiera subieron al piso de arriba. Es como... como si tuvieran demasiado trabajo. Si hubiese tenido una hermana y se hubiera quedado en su habitación, en silencio, se habría salvado, ¿sabe? Creo que si mi madre se hubiese quedado arriba, sin decir nada, también estaría viva. Pero estaban abajo porque yo les dije que venían por la calle y bajaron a llamar a la policía...

Se calló.

Sonia inclinó la cabeza. Sabía cómo terminaba esa frase en su cabeza: «Bajaron a llamar a la policía, pero no vino nadie, ¿sabe? No vino nadie y mi madre y mi padre están muertos pero no del todo, porque la policía (porque tú) no vino (no VINISTE)».

Sonia apretó los dientes.

—Lo siento, Jimmy —susurró al fin—. Lo siento de veras.

Jimmy se encogió de hombros.

—No la culpo —dijo—. Imagino que era igual en todas partes.

Sonia asintió, sorprendida de la reacción del muchacho.

—Y esta noche será peor —añadió el muchacho.

EL SOOOL. EEEEEEL SOOOOOL.

Sonia frunció el entrecejo, con un deje de miedo abriéndose paso en su corazón.

—¿Esta noche, Jimmy? —preguntó con un susurro, como si los cuerpos en la calle pudieran oírla y reír entre dientes, en silencio, conspirando.

Jimmy la miró otra vez, ahora durante más tiempo, y asintió.

Fue todo lo que hizo. Asintió. Y Sonia, sin saber decir muy bien por qué y de una manera íntima y casi primigenia, estuvo de acuerdo.

## 6

La Oficina de Seguridad Nacional declaró la cuarentena y el estado de excepción en la zona de Hillsdale a media mañana, cuando la mayoría de los cuerpos que aún estaban desatendidos y tirados en mitad de muchas de las calles empezaban a sacudirse presa de espasmos, los ojos cerrados, las manos temblorosas agitándose delante de la cara para evitar la luz del sol. Algunos se arrastraban como podían para alcanzar las puertas de las casas aún abiertas, otros intentaban llegar a cualquier lugar donde el sol no pudiera atraparlos de manera tan manifiesta. Algunos de los vecinos que habían sobrevivido al horror de la noche espían ese espectáculo atroz desde sus ventanas, incapaces de atender a la gente que se retorció en el asfalto y en las aceras. No habrían salido de sus hogares ni aunque estuvieran en llamas o en la ruta de colisión de un meteorito del tamaño de Nueva York.

Otros, en cambio, habían aprovechado el silencio de las calles para arrastrar a sus familias a sus coches y tratar de alejarse de allí. Las calles del centro y las salidas a las autopistas se colapsaron.

Pero las entradas y las salidas estaban siendo controladas por las Fuerzas de Seguridad del Estado, en una operación impresionante que requirió de la colaboración de varias agencias gubernamentales. No fue fácil y, desde luego, muchas de las carreteras comarcales que recorrían los exteriores de Hillsdale se quedaron sin control. Muchos de los coches iban y venían libremente, algunos con pasajeros inesperados, familiares que habían sido atacados y dormitaban con fiebre alta y la ropa todavía ensangrentada en el asiento de atrás, a la búsqueda de un hospital que pudiera atenderlos.

Sonia tenía puesta la radio de la central, que se había convertido en una verborrea esquizofrénica de directrices, órdenes y contraórdenes. Después de un rato, sin embargo, la apagó. El chico parecía asustado y ella tenía sus propios planes aquella mañana.

Jimmy miró alrededor, como si despertara de un sueño.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Voy a ir a un sitio a mirar algo. Será un momento. Tengo una de esas corazonadas que cuando te muerden no te quieren soltar, ¿sabes? Necesito averiguar algo. Luego te llevaré a la comisaría, donde estarás a salvo.

—¿La comisaría de Hillsdale?

—Sí —dijo Sonia—. Eso es. La comisaría de Hillsdale. ¿Te parece bien? Allí podrás avisar a algún familiar. ¿Tienes familiares que puedan ocuparse de ti, Jimmy?

Jimmy pensó en su tío. Era el hermano de su madre, pero nunca le pareció que pudiera ocuparse ni de sí mismo. Al menos le parecía una opción mejor que el Hogar de los Pobrecitos Huérfanos Annie Hall.

—Sí —mintió. Pensó unos momentos, y dijo—: Pero... tengo amigos en Hillsdale, así que eso no me parece tan bien.

—Bueno —dijo Sonia—. No te preocupes. Tu barrio... esa zona ha sufrido mucho, Jimmy, pero no es igual en todas partes, ¿sabes? En la comisaría estarás bien.

Jimmy miró el sol a través de la ventanilla del coche. Incluso a mediodía empezaba ya a parecer menos luminoso e intenso que por la mañana. En unas cuantas horas sería una bola de fuego de un fulgor moderado en un cielo que empezaría a palidecer, anunciando la inevitable caída de la noche. Y entonces...

Jiiiiimmy. Jimmy cariño, estoy preocupada porque soy muy APRENSIVA. Y quiero que duermas, cielo, que duermas conmigo. Para siempre .

Se estremeció.

—¿Estás bien? —le preguntó Sonia.

—Oiga —susurró—, ustedes saben... saben lo que pasa, ¿no?

Sonia torció el gesto.

—Estamos... estamos en ello, Jimmy, de verdad. El gobierno ha mandado soldados, y está aquí la Oficina de Investigación Federal y mucha gente muy capaz. Han cerrado Hillsdale, ¿sabes?, así que nadie va a escaparse.

—No lo entiende —dijo Jimmy—. Ellos no están encerrados aquí. Nosotros estamos encerrados con ellos.

Sonia pestañeó varias veces.

—Sé que... ha sido muy duro, y tú y tu familia os habéis llevado la peor parte, pero... pero lo peor ha pasado.

Sonia no lo creía, pero necesitaba que el muchacho estuviera tranquilo. No lo creía en absoluto.

—¿Ustedes saben que son vampiros? —soltó el muchacho de pronto.

—¿Cómo? —preguntó Sonia, turbada y confundida—. Oh. No. ¡No, no, no! No son... Quiero decir... ¿vampiros, Jimmy? ¿Es eso lo que piensas?

—¿Ustedes no?

—No... ¡No! Claro que no. Los vampiros no existen, Jimmy. Es... Bueno, aún no sabemos qué pasa, pero te aseguro que se está trabajando para saberlo —añadió, incómoda y frustrada por no poder ofrecerle al chico una explicación mucho más contundente—. Hay gente en Hillsdale ahora que se ocupa de este tipo de cosas, y están investigando qué ha ocurrido. Sobre todo hay mucha gente capaz de manejar esta situación; ya no habrá más ataques. De veras...



—Son vampiros —exclamó Jimmy—. Yo los he visto.

—¿Qué viste exactamente?

Jimmy desvió la mirada para observar a través de la ventana del vehículo policial. El polvo del camino se elevaba en el aire conformando una nube que evolucionaba con cierta parsimonia detrás del coche, se quedaba suspendida en el aire y volvía a caer.

—Vi... vi cómo se movían. Vi sus caras. Vi lo que hacían con la gente y cómo entraban en las casas, trepando por las fachadas como las ardillas de los parques.

—¿Los atacantes hacían eso?

—El que mató a papá y a mamá metió su brazo dentro de mi abuela. Hasta el codo.

Sonia se revolvió en su asiento.

—Jimmy, Jimmy..., espera un momento..., no creo que...

—No, no pasa nada. Lo hizo. Metió el brazo hasta el codo en el pecho de mi abuela, y ella empezó a escupir sangre. Mucha sangre.

—Jimmy, eso es...

Sonia estaba incómoda. No quería ni imaginar lo que había vivido aquel chico durante la noche, y el infierno que debía de haber pasado allí escondido, bajo la cama.

—Puede que solo tenga trece años y no sepa mucho de casi nada —continuó diciendo el chico—, pero sé lo que alguien puede hacer y lo que no. Y una persona normal no puede meter su brazo dentro de nadie. No se puede.

—No, Jimmy. No es lo que piensas. ¿Te das cuenta? —dijo Sonia—. Es posible que solamente creyeras ver eso. Es posible que el miedo te hiciera creer que veías cosas, pero a lo mejor el... el asesino que mató a tu abuela tenía algo, como un cuchillo, que no pudiste ver... Tal vez...

Jimmy no dijo nada.

Sonia pensó entonces en el hombre que salió del hospital y regresó saltando hacia el interior, a la carrera, con unos cuantos balazos en el cuerpo, el tipo de balazos que matan de manera instantánea a una persona, y no supo qué más añadir.

Sí, la idea de la rabia fotosensible era plausible; algún tipo de infección histérica, algo que un médico explicaría o tal vez hubiese explicado ya si ella no estuviera persiguiendo una extraña corazonada mientras la ciudad suplicaba su presencia en más de cien y más de ciento cincuenta escenarios diferentes, pero desde luego la rabia no explicaba lo de aquel hombre. Ni la barbarie y la violencia que había presenciado en los cuerpos del hospital.

«Vampiros», pensó.

Sonia no pensó ni por un momento que se enfrentaran a algo tan fantástico y cinematográfico como los vampiros, pero desde luego, en Hillsdale estaba pasando algo que no había visto en su puñetera vida, ni creía tampoco que ninguno de los equipos profesionales que habían acudido hubiera visto jamás, por mucho que le hubiese prometido a Jimmy lo contrario.

«Vampiros.»

Miró el sol, que languidecía, y aceleró.

—Sáquelo —dijo el agente de la Oficina Federal Max Trevor—. Bajo mi responsabilidad. Vamos... sáquelo.

—Oiga... No puedo hacer eso —balbuceó el médico—. Mi código deontológico no me permite...

—Usted ha dicho que no hay explicación médica alguna para su reacción a la luz del sol, ¿correcto?

—¡Sí! Quiero decir, ¡no!, ¡pero sin duda la hay!... Ya ha visto la reacción cuando...

—Pues sáquelo, coño. Es una orden.

—Oiga —exclamó el médico mientras se recolocaba las gafas sobre los ojos, nervioso—. No creo que usted pueda darme órdenes, ¿vale?, por mucho que venga de...

Max sacó su pistola y apuntó al médico con ella.

—¡Sáquelo, hostia ! —exclamó—. Estamos en un estado de excepción y tengo toda la autoridad para meterle una bala en la cabeza si no hace exactamente lo que le pido.

El médico palideció.

—Está loco —dijo—. Está... como una cabra.

No obstante, cogió el cuerpo por los pies y empezó a arrastrarlo fuera de la tienda de emergencia que habían montado hacía escasamente una hora. Era una de muchas, un total de ochenta y seis habitáculos de lona gris espacial con material básico: una cama rudimentaria, un soporte para sueros y una estructura de metal para otros complementos que podían instalarse a medida que se necesitaran, como botellas de oxígeno. Las ochenta y seis tiendas estaban dispuestas en el amplio aparcamiento que se había construido no hacía ni un par de años atrás alrededor del hospital, para instalar a las víctimas mientras se acondicionaba el edificio. Vistas desde cierta distancia, las tiendas refulgían en plata contra el sol, asemejándose más a algún tipo de instalación futurista, quizá una base de terraformadores en un planeta lejano, que a un dispositivo de emergencia.

El agente observó cómo el cuerpo salía de la tienda, el cuello todavía con rastros de sangre seca a pesar de que la herida había sido limpiada para su examen. El sol del mediodía bañó la piel de sus brazos, la zona del torso expuesta bajo la camisa desabotonada y la cara inexpresiva.

—Esto es cruel —dijo el doctor—. Está en coma, ¿sabe? No reaccionará a la fotosensibilidad. Ahora no. Sin embargo, el daño tóxico que provocará la muerte celular estará ahí.

Max consultó su reloj un instante y siguió mirando el cuerpo, sin decir nada. Aún llevaba la pistola en la mano izquierda.

—Es cruel —repitió el doctor, ahora en un tono más bajo.

El hombre que estaba en el suelo empezó a moverse como si comenzara a despertar de una pesadilla, contrayendo el gesto y sacudiendo la cabeza a uno y otro lado.

—Dios mío —dijo el médico.

De pronto, abrió los ojos y la boca y empezó a chillar y a retorcerse. El médico se echó hacia atrás, con el rostro embargado por una expresión de terror, sin poder

apartar la mirada del cuerpo. Max miró de nuevo su reloj, sin inmutarse.

—Jesús... ¡en... enfermera! —gritó el doctor mientras se lanzaba al suelo para ayudar. Intentaba devolverlo de nuevo a la tienda, pero el hombre se retorció moviendo los brazos con demasiada violencia y rapidez. Una de las manos voló hacia la cara del doctor y lanzó sus gafas al aire.

Por fin, se dio la vuelta y comenzó a arrastrarse hacia el interior de la tienda, sirviéndose de los brazos y chillando como un lechón que busca las mamas de su madre. Le bastaron unos pocos movimientos con los codos para llegar al interior, y tan pronto estuvo lejos del sol, respiró con dificultad un par de veces y se desplomó.

Max miró su reloj por última vez, asintió y guardó la pistola en la funda del interior de su chaqueta.

El doctor se quedó en el suelo, sobrecogido por lo que acababa de ver.

—Dios santo —exclamó.

Max se acercó al hombre y se puso en cuclillas para examinar su piel. Estaba roja, sí, pero muy poco; por lo que sabía, podía ser solo una pigmentación natural de aquel hombre en concreto. Había visto gente con pieles mucho más afectadas que ni siquiera dirían que tuviesen problemas cutáneos.

—¿Qué opina de eso, doctor? —preguntó Max—. ¿Diría que es fototoxicidad, o fotoalergia?

El doctor se pasó la manga por la frente, húmeda de un sudor repentino.

—Yo... Ha... ha salido del coma... y...

—Raro, ¿verdad? —exclamó Max mientras se incorporaba—. He leído sobre el empleo de ultrasonidos para sacar a alguien del coma. Se aplican sobre el área cerebral del tálamo, ¿lo ha leído? No es tan revolucionario, el estudio se publicó hace un año. Si no lo ha leído, se lo recomiendo. Hay que estar al día, doctor. —Sacudió la cabeza—. Pero... luz solar para sacar a alguien del coma..., esa sí que es buena, ¿eh, doctor?

—Eso no... —exclamó el doctor, confuso. Se detuvo unos instantes, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Es... Nos hemos precipitado en nuestras conclusiones, eso está claro. No se sale así de un coma, no se... mueven así los brazos, ni... No funciona así. Se tarda bastante. Pensamos que las víctimas de esta noche presentaban el mismo cuadro médico que las de la noche anterior, pero sin los medios adecuados... Quiero decir, está claro que no estaba en coma. No en un coma médico...

Max asintió con un gesto de desdén, salió fuera de la tienda y miró hacia el sol. Parecía el mismo sol de siempre, así que, probablemente, el problema estaba en otro lado. Allí mismo, en el aire. O en los mordiscos en los cuellos, brazos y caras, o en lo que fuera que había hecho alguna agencia del gobierno que no existía más que en los libros de contabilidad secretos y en las agendas privadas y codificadas de un puñado de mandamases. O tras los muros de cemento y hormigón armado de alguna base militar.

—No, no es un coma médico —susurró—. Creo que después de este lío, doctor, habrá que reescribir uno o dos capítulos en el Gran Libro de Medicina.

Se alejó del doctor, sacudiendo la cabeza, y se aseguró de que estaba solo. Sacó el móvil del bolsillo y llamó a un número que no tenía en la agenda.

—Medusa confirmado —dijo.

—Entendido —respondió la voz al otro lado de la línea, una voz con acento extranjero; alemán, tal vez—. ¿Tienes la lista?

—Por supuesto.

—Límpialo todo. Que no quede nadie.

—Avisaré a los otros —exclamó.

Max suspiró. Tenía trabajo que hacer y había que hacerlo muy rápidamente. No sabía, a esas alturas, si estaba con los chicos buenos o con los malos, pero francamente, cuando la paga es buena, esas cosas importan una mierda.

## 8

Sonia circulaba ahora por un sendero por el que hacía mucho que no pasaba ningún vehículo, ni siquiera el ocasional tractor o la moto de montaña de algún joven que gustase de darse un paseo los fines de semana, metiendo las ruedas en el barro y haciendo un ruido atroz. Era un sendero que utilizaban sobre todo los excursionistas de largo recorrido, bastante árido e inhóspito, y no muy gratificante a la vista. Sonia lo había recorrido diez o quince veces con su padre, cuando todavía vivía y era joven y ella tenía unos diez años, y sabía que después de zigzaguear durante diez kilómetros, llevaba a una loma desde donde se divisaba la totalidad de la base Orestes.

Jimmy no había dicho casi nada los últimos treinta kilómetros, aunque ella hablaba con palabrería vana sobre cómo iban a volver a la normalidad las cosas, y que aunque ahora pensara que el mundo era un lugar horrible lleno de vampiros asesinos, pronto estaría llevando una vida normal otra vez y podría dedicarse de nuevo a las cosas que le gustaban.

—¿Qué te gusta Jimmy? ¿Las chicas? Con trece años seguro que te importan más que ninguna otra cosa. A mí me pasaba cuando tenía tu edad, aunque claro, a mí me gustaban los chicos.

—Me gustan los LEGO —dijo Jimmy.

—¡Vale! —exclamó Sonia—. Pues los LEGO. Creo que tuve alguno cuando era pequeña. Una central de policía, me parece. ¿No te parece curioso? Recuerdo que había una chica. Por entonces no había muchas mujeres policía, por lo menos aquí en Hillsdale. Quién sabe si aquel juguete infantil no hizo que...

Se detuvo, con ganas de morderse la lengua. Había dicho «infantil», y no era tal vez la palabra más adecuada si quería conectar con el niño.

—No importa —dijo Jimmy, como si hubiera leído sus pensamientos—. A mí me gustan y ya está.

Sonia asintió con una suave sonrisa en los labios. El chico era listo; tenía una madurez emocional que no era muy propia de los chicos de su edad que había conocido.

—Bueno —exclamó ella—. Parece que hemos llegado.

Había sido un buen atajo. Por mucho que representara la ley y el orden en Hillsdale, estaba segura de que las carreteras y los accesos convencionales a la base Orestes estaban cortados. Los militares eran así cuando se trataba de asuntos de seguridad nacional. Era como si dijesen: «Bueno, ahora van a hablar los adultos, así

que volved a vuestros cochecitos y poned un puñado de multas, muchas gracias». Nunca la habrían dejado pasar; le hubieran ordenado dar la vuelta y regresar a la ciudad, aunque tuviera una orden firmada por el sheriff ; aunque fuera el mismísimo sheriff .

Pero allí estaba, la base Orestes, aún a buena distancia pero visible.

—Quédate en el coche, Jimmy. Será un momento.

Bajó y abrió al maletero para hurgar en una bolsa negra. Allí guardaba algunas cosas que le habían parecido útiles y hasta necesarias con el paso de los años, y que por lo general no se incluían en el equipo básico de un coche patrulla: una buena cuerda, un metro, una batería extra para el móvil, y... unos prismáticos, entre otras cosas.

Apuntó con ellos a la base Orestes y miró.

—Parece que hay un buen lío —dijo una voz a su lado.

Sonia dio un respingo.

—Jimmy —dijo—. Te he dicho que te quedaras en el coche.

—Hace calor —respondió el muchacho con sencillez.

Sonia asintió. Tenía razón. Era diciembre, pero los días seguían siendo calurosos, al menos por la mañana.

—De acuerdo —dijo Sonia. Y volvió a mirar.

Había un buen lío, en efecto: un montón de vehículos estacionados en el exterior, y hombres y mujeres yendo y viniendo. En el exterior. No era en absoluto la imagen que estaba acostumbrada a ver de la base Orestes. Siempre que un vehículo se acercaba lo hacían pasar al interior, y el perímetro permanecía en todo caso libre de obstáculos, con soldados vigilando en la puerta. Pero allí había camiones enormes que Sonia reconoció como de transporte de materiales y tropas, incluyendo un par de tráilers negros sin distintivos, y un par de helicópteros posados, además de una buena cantidad de vehículos menores, coches de todo tipo, militares y civiles. Ni de lejos hubieran cabido todos en los patios interiores de la base.

—Parecen ocupados —exclamó—. Muy muy ocupados.

Jimmy no dijo nada.

Sonia divisó un vehículo que le era familiar. Tenía el lateral desplegado para dar cobijo a una tienda blanca con un símbolo característico: la cruz roja en un círculo blanco.

—A lo mejor los militares tienen que ver con los vampiros —dijo Jimmy al fin—. En las películas siempre tienen la culpa cuando pasa algo gordo y extraño.

—Sí, ¿eh?

—Sí. En la película La niebla son los militares los culpables, y también en Super 8 ¿Ha visto La niebla ? La película está muy bien, pero la serie no tanto.

—Creo que sí que la he visto —dijo Sonia.

—La vi a escondidas en casa de mi amigo Ben. Mi madre no me deja... —pensó un momento—. No me dejaba ver esas películas. Imagino que ahora podré ver todas las películas que quiera.

Sonia dejó de mirar con los prismáticos por unos momentos y le dedicó una mirada triste.

—Todo irá bien, Jimmy. Ya lo verás. Puede que ahora no lo parezca, pero... todo

irá bien.

Jimmy miró la base y toda su bulliciosa y efervescente actividad. Desde esa distancia, y sin prismáticos, las personas parecían hormigas en pleno verano, ocupadas en mil quehaceres.

—No lo creo —dijo—. ¿Qué cree que están haciendo ahora?

—¿En la base? Bueno... no lo sé. Imagino que tienen un pequeño problema.

—¿Están preparando un ataque? ¿Es eso?

Sonia dudó. El hecho de que la base Orestes hubiera sido encontrada vacía no había llegado a las noticias, que ella supiese, y si se llegó a filtrar algo, quedó eclipsado por los asesinatos en Hillsdale. En algún canal lo habían llamado «La marea roja de Hillsdale», pero en alguna otra parte había leído también «La marea negra de Hillsdale». A los medios les encantaban esos titulares cortos e impactantes. Debían de estar vendiendo un buen montón de espacios publicitarios y periódicos de todo tipo.

—Bueno —dijo al fin—, parece que ya tenían uno o dos problemas además de lo que está ocurriendo en la ciudad, Jimmy. Pero no sé mucho de eso.

—Algo debe de saber —repuso Jimmy, suspicaz—. O no habría venido hasta aquí, con todo lo que está pasando.

Sonia asintió, sonriendo.

«Chico listo.»

Dudó si contarle algo. ¿Lo asustaría saber que la base de soldados profesionales más grande de esa zona del país se había quedado vacía de la noche a la mañana? Pensó que, después de todo, un misterio como ese quizá mantuviera su mente ocupada en otra cosa. Desde luego, era mejor eso que tener la cabeza llena de vampiros.

—Parece que la noche en que empezó todo, la base se quedó vacía, Jimmy.

—¿Vacía?

—Sí. Vacía. No nos han dicho mucho, pero un transportista de Hillsdale llegó allí por la mañana y estaba vacía. No había nadie.

Jimmy frunció el ceño.

—Vacía como... ¿como en el Mary Celeste ?

—¿El... Mary Celeste? —preguntó Sonia, confusa.

—¡Sí! Era un barco. Lo encontraron vacío, en alta mar, pero con todas las cosas dispuestas como si alguien siguiera allí. Incluso la comida estaba sobre la mesa. Es un gran misterio. ¿No ve el programa «Misterios del mundo»?

—No, Jimmy. Creo que ese me lo he perdido. ¡Vaya! Sí que es un misterio.

Sonia sabía que la gente desaparece continuamente, en todas partes. Y sabía que, a veces, hay quien aparece de repente, regresando del pasado sin que nadie sepa dónde ha estado, como si hubiera tomado un túnel subterráneo que condujese a través del mismísimo tiempo. Había visto un par de casos en persona, y leído los expedientes de una docena de casos más, todos por la zona. Calculó que cosas así debían de producirse en toda América mucho más a menudo de lo que programas como «Misterios del mundo» podrían manejar.

—Desaparecieron todos —dijo Jimmy, pensativo.

—Es raro, ¿verdad?

Sonia se miró los pies.

—Tal vez eso explique todas estas huellas.

Jimmy le dirigió una mirada inquisitiva. La agente estaba mirando el suelo, y allí fue donde puso la vista. Al principio no vio nada más que el polvo del camino y el suelo árido y prácticamente estéril de la zona, pero después, el descubrimiento se hizo evidente. Y ya no pudo ver otra cosa.

Había marcas de pisadas, un centenar de ellas, o más aún, una cantidad desmesurada de huellas de zapatos y botas confundidas unas con otras que indicaban que allí se había producido un éxodo importante. Y todas caminaban en la misma dirección.

—Son un buen montón —exclamó.

Eran tantas, tantísimas... y estaban todas debajo de sus mismos pies, debajo de su coche, y casi hasta donde se extendía la vista. Apretó los dientes y miró alrededor. Estaba claro que venían de la base Orestes y se dirigían hacia...

Miró a lo lejos, más allá de las lomas y las colinas suavizadas por las inclemencias del tiempo a lo largo de miles de años.

Hacia Hillsdale.

—Jesús —exclamó.

Imaginó a los soldados de la base Orestes saliendo de las instalaciones, a media noche, y caminando por allí hacia la línea difusa del horizonte. Hillsdale estaba en aquella dirección, a lo lejos, eso lo sabía, pero aun evitando el recodo en forma de ele que describía el camino, ¿de cuántos kilómetros se trataba? ¿Cien? ¿Cien kilómetros, o un poco más? ¿Cuánto tardaría una persona en recorrer andando cien kilómetros?

No. ¿Cuánto tardaría un soldado profesional, perfectamente adiestrado para el ejercicio físico, en recorrer cien kilómetros?

Se estremeció.

¿Por qué no habían usado los coches?

«Por la rabia fotosensible —se dijo—. Porque no iban andando, ni recordaban, tal vez, que podían conducir. Porque trotaban como el hombre que salió del hospital, gritándole a la luna, porque algunos iban desnudos sin que les importara un carajo, ávidos de mordisquear a alguien. Por eso.»

Tenían vehículos, un buen montón de ellos. Incluso si estaban huyendo de algo, ¿por qué no habían enviado un mensaje de alerta, o uno de socorro, antes de hacer algo tan inexplicable como abandonar la base y salir corriendo en mitad del campo semidesértico?

Se volvió para mirar la base, perpleja.

Si las huellas llegaban hasta allí, ¿se habían dado cuenta ya de que alfombraban el suelo, o tampoco? Quizá los militares habían tapado todas las huellas con sus camiones y sus tráilers; tal vez llegaron con tanta urgencia por controlar la situación que empezaron a corretear por todas partes, y adivina qué, sus pisadas eran iguales que las que había en el suelo porque usan el calzado estándar de su indumentaria. O porque, tal vez, no se sirvieron de la puerta principal, sino de algún hueco en el perímetro, puede que en la parte de atrás, y quizá estén tan ocupados intentando descubrir si sus importantísimos secretos militares han quedado expuestos que nadie ha reparado en ello.

Quizá. Tal vez.

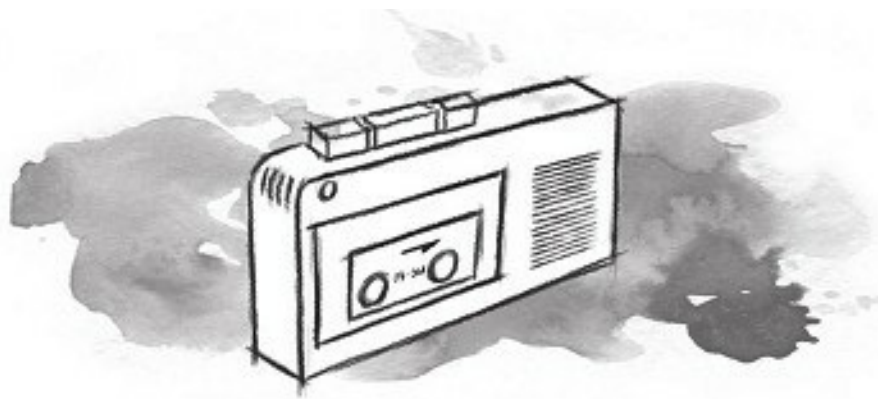
—Parece que no es como en el Mary Celeste —dijo Jimmy al fin.

—Que me aspen, Jimmy —dijo Sonia. Y luego repitió—: Que me aspen, de veras.



## Capítulo 3

### LA TERCERA NOCHE



#### 1

Al teniente Suspeckzy le dolía la cabeza. Apenas había dormido en los últimos dos días, y recibía tantas presiones por tantas partes que creía que el corazón le iba a estallar en el pecho. Era lo último que necesitaba: un poco más de estrés. Ya tomaba dos pastillas de hidralazina y, cuando se pasaba, una de digoxina. Las primeras ayudaban a que el miocardio bombease mejor, y la otra incrementaba la fuerza de bombeo del corazón, disminuyendo la frecuencia cardiaca. Era un equilibrio delicado, pero lo mantenían de pie dentro de sus botas. A Suspeckzy le gustaba decir a su médico que una mujer le había roto el corazón.

—Está bien —dijo, dirigiéndose a la sala—. He aquí el resumen de hoy.

—Antes de que empiece, teniente —dijo un hombre de cierta edad desde el otro extremo de la mesa—, recuerde las directrices que hemos convenido con Seguridad Nacional.

Suspeckzy puso los ojos en blanco.

Las conocía, sí. Lo habían llevado aparte y le habían hecho leer, comprender y firmar una serie de documentos en los que se especificaba que no debía mencionar ciertas cosas, ni siquiera en una reunión de alto nivel como aquella, con responsables de casi todas las agencias más representativas del gobierno. Allí había cosas que ni siquiera había oído nunca, como la Operación Medusa. ¿Qué carajo de nombre era ese para una operación, de todas formas? Desde luego que no pensaba decir nada, por la sencilla razón de que no sabía nada. Pero él asintió, saludó al estilo militar y firmó los documentos. Seguridad Nacional podía irse al infierno con sus pequeños nombres en clave y sus intrigas. De todas maneras, allí estaban tratando de salvar vidas, por el amor de Dios.

—¿Me ha comprendido, teniente? —insistió el hombre.

Suspeckzy se había quedado absorto mirándolo. Estaba pensando que se parecía un montón a Yoda, incluso en el tono ligeramente verdoso de piel. ¡Verde! Eran daños colaterales del trabajo, suponía, es lo que debía de ocurrirte cuando andabas

todo el día con secretitos y nombres clave que encerraban Dios sabía qué tipo de operaciones encubiertas que harían saltar al Senado de sus sillas. Incluso se extrañó de que no dijera algo como: «¿Comprendido me ha, teniente?».

—Sí, desde luego —soltó. Cogió los papeles, carraspeó brevemente y empezó.

—Viernes por la noche. La base Orestes, aquí en Hillsdale, deja de responder a las comunicaciones rutinarias de control. La última comunicación es a las 23.21, hora local. Sin ninguna señal de alarma o emergencia previa, se asume un problema técnico y se inicia el protocolo de recuperación. Las primeras tropas de respaldo no llegan hasta las 10.41 horas de la mañana del sábado... —hizo una pausa—. ¿Pueden creerlo? Para esa hora, un transportista local ya ha informado de que la base está vacía.

»Paralelamente, se producen varios asesinatos en Hillsdale en la noche del viernes, entre la una y las seis de la mañana, hora en la que, por cierto, empieza a amanecer en esta zona. En ese intervalo son atacadas varias personas en diversos lugares del noroeste de la ciudad: Viewhill, Cablestone y Dunford, principalmente. Todas presentan señales que se han identificado como mordeduras, aunque no como mordeduras humanas. Sencillamente, hay demasiados dientes. Las marcas no se corresponden con las mandíbulas de ningún animal que se conozca, y desde luego, con ningún depredador local. En total son setenta y ocho casos que se sepa, hasta la fecha, aunque podría haber habido otros. Me temo que ya nunca lo sabremos.

»Casi todas las personas atacadas muestran características comunes, aunque unas pocas han sido directamente asesinadas, a menudo de la forma más cruel. Hablo de decapitaciones, mutilaciones sangrientas con ensañamiento en zonas críticas como la parte del torso, perforaciones salvajes, etcétera, etcétera. Una de las víctimas carecía de corazón, para que comprendan el alcance de estos ataques. Las víctimas asesinadas de esta forma son a menudo personas ancianas o... niños, ninguno de los cuales pasaba de los diez años.

»Entre los no asesinados, se ha comprobado en algunos casos que fueron diagnosticados como clínicamente muertos, con ausencia de pulso, respuesta ocular, temperatura del cuerpo, etcétera, solo para volver a manifestar vida un tiempo después, con recuperación del pulso, palidez facial, etcétera, pero en estado de coma.

»Los exámenes médicos efectuados a estas víctimas están repletos de anomalías, con resultados de hemogramas disparados y sin sentido. Algunos valores, como cantidades alarmantemente altas de neutrófilos, no son los normales en un examen del riñón, por ejemplo. Las cantidades de calcio, sodio y las fosfatasas alcalinas son altas a niveles mortales, pero el nivel de hierro es, por lo general, bajo. Quizá el dato más significativo es que todos los pacientes han cambiado su grupo sanguíneo a uno desconocido, les suene como les suene.

»Otra característica es una evidente fototoxicidad. En todos los casos, sin excepción, las víctimas manifiestan reacciones violentas que incluyen espasmos y un dolor aparente cuando son expuestos a la luz del sol.

»En todo caso, los asesinatos cesan a las seis de la mañana del sábado, y a partir de ese momento no hay ningún otro ataque hasta las 19.20, hora en que se oculta el sol. Esta ha sido la noche más trágica, como todos saben, con un saldo de personas atacadas que excede el medio millar, en concreto... —consultó sus papeles—

quinientas diecinueve. Aunque, repito, pueden haberse producido más asesinatos, porque muchas personas pueden haber sido atacadas en la intimidad de sus casas.

»Contamos con algunos testigos de los ataques de esta segunda noche. Proviene de población civil, en la mayor parte de los casos, así que deben tomarse con una pizca de sal, pero en algunos casos son informes policiales contrastados. Hablan de atacantes ensangrentados, con..., cito textualmente, manifiesta actitud animal, salvaje, con evidentes capacidades físicas en lo que se refiere a... velocidad, fuerza y... destreza, superando obstáculos como fachadas, muros, puertas cerradas. Hay un informe que dice que uno de los atacantes arrancó de cuajo la puerta de un coche policial para sacar al conductor de su asiento. Bueno, no creo que un ser humano pueda hacer eso, no importa qué tipo de sustancias haya consumido o cuál sea su afección, pero de nuevo les ruego que tomen esta información con prudencia, porque, naturalmente, habría que examinar el estado de la puerta, si presentaba deficiencias estructurales que hubieran posibilitado el hecho, etcétera, etcétera.

»En todo caso, los ataques han sido masivos y continúan la línea de violencia de la noche anterior. Si situamos los ataques en un mapa, veremos que describen un círculo creciente hacia el sur y hacia el este, alcanzando zonas como Los Prados, Dundarach, Eastville, etcétera. Este rastro de sangre nos ha dejado más de cuatrocientos sesenta heridos por mordeduras que muestran los mismos síntomas que las víctimas de la noche anterior.

Los asistentes murmuraron y se miraron, susurrándose unos a otros. Suspeckzy aprovechó para beber un poco de agua.

—Como ven, la progresión es geométrica, y alarmante. Es obvio que hemos hecho un pobre trabajo defendiendo a la gente de la ciudad por falta de información, o de previsión, pero tiempo habrá de pedir responsabilidades, si hay que pedir las.

»Lo que debe ser mencionado en esta reunión es que los atacantes de la segunda noche parecen ser las mismas personas que fueron atacadas durante la primera noche. Hay informes y evidencias que nos muestran que las personas ingresadas en el hospital St. Michael están actualmente desaparecidas y que pudieron ser los artífices de los asesinatos en masa que se produjeron allí. Lo que eso significa, lo que supone para nosotros, es que tenemos cuatrocientos sesenta potenciales asesinos a nuestro cuidado, en estos momentos en coma, pero que podrían... eh... despertar al caer la noche.

La habitación explotó con un rumor in crescendo. La mayoría de los asistentes eran enlaces con las diferentes comisarías, sargentos, oficiales y responsables de varios grupos de cobertura y apoyo en situaciones de emergencia. Todos conocían ya casi todos los datos que se habían vertido en aquella reunión, porque estaban en los medios, en las noticias que inundaban sus radios, los boletines informativos de sus móviles y la televisión, pero el hecho de que fueran las víctimas las que se volvían asaltantes era solo un rumor que les había llegado mientras trabajaban, a lo largo del día, y no había sido comunicado de manera oficial.

—Por favor —exclamó Suspeckzy—. Déjenme terminar. Por favor... gracias. Gracias.

»Estamos ante una situación desconocida. Han venido expertos de varias oficinas y no han sabido identificar la amenaza. No está en el aire, al parecer, ni en el agua, ni

en los... rayos del sol. Lo que sea que afecta a nuestros ciudadanos se propaga con los mordiscos, con el intercambio de fluidos. Hay una comisión especial, que corre a cargo del aparato militar, que está investigando el origen de los primeros ataques, para identificar y neutralizar el foco, pero lo que nos queda a nosotros son los daños directos de esa infección. Bueno, llamémosla así, a falta de una palabra mejor. Infección.

»Como saben, Hillsdale está en cuarentena, pero dentro de la cuarentena hay decenas de miles de vidas que debemos preservar. Y para eso estamos aquí. Parece evidente que tenemos que estar atentos a la puesta del sol, que es cuando... esa infección despierta y vuelve loco a todo el mundo que haya sido mordido. ¿Qué hacemos, entonces? Hay dos puntos esenciales que debemos considerar. Uno: la mayoría de las víctimas que se han encontrado han sido trasladadas al hospital St. Michael y a las instalaciones médicas de emergencia que se han acondicionado alrededor del edificio. Esa es la parte buena. Significa que tenemos a los potenciales atacantes localizados, y en teoría debería ser un foco más fácil de controlar. Dos: puede haber víctimas todavía sin localizar escondidas en sus casas. Gente a la que nadie ha llamado ni ha ido a visitar en el día de hoy, circunstancia muy lógica dada la situación. Gente que ha sido atacada y mordida. No sabemos si esas personas seguirán vivas en estos momentos; es posible que sin las atenciones médicas que los demás han recibido, y me refiero a oxígeno, sedantes, suero, antibióticos, etcétera, hayan fallecido en la soledad de sus habitaciones, presumiblemente desangrados en sus camas. Pero si no..., si duermen una especie de sueño de los muertos vivos y esperan a que el sol se haya ocultado para despertar, entonces... entonces que Dios nos proteja.

La sala se abandonó de nuevo a un montón de comentarios más o menos exaltados. Alguien cogió su móvil con lágrimas en el rostro, buscando desesperadamente el wasap de su mujer.

—Caballeros, por favor —exclamó Suspeckzy—. Tienen delante un protocolo de actuación para esta noche. Es importantísimo que sea cumplido a rajatabla, y es lo que me gustaría tratar en la próxima hora. Hay que asegurar la zona del hospital y rastrear y peinar esta maldita ciudad a la búsqueda de víctimas que no hayan sido aún localizadas. ¡Tenemos tres horas hasta el anochecer y hay mucho que hacer!

Miró a los hombres. Yoda lo miraba con una expresión cansada, como si se hubiera rendido ya, como si supiera... como si supiera cosas.

—¿Alguna pregunta antes de entrar en materia?

Todo el mundo levantó la mano. Menos Yoda, todo el mundo levantó la mano.

## 2

—Está bien —dijo Sonia, pensativa—. Está bien.

El dato de las huellas le parecía importante. Mucho, en realidad. Hablaba de muchas cosas que tal vez no se habían considerado, y parecían señalar la base Orestes como foco de la oleada de crímenes. No sabía en qué andaban metidos los militares, pero si esas pisadas llevaban a Hillsdale y a las zonas donde se habían producido los primeros ataques, entonces los militares tendrían que levantar su veto informativo. Tendrían que dejarles husmear en la zona, y puede que salieran una o dos

cosas a la luz. Pensó en La niebla , y pensó en la película Super 8 . Si la habían cagado...

Se dirigió hacia el coche y cogió el auricular de la radio, pero no se encendió.

Miró la pantalla y las luces, normalmente encendidas con unas señales luminosas. Estaban apagadas.

—¿Qué pasa...?

Pulsó unos cuantos botones y accionó el auricular.

—¿Central? —preguntó al aparato muerto.

Una idea cruzó su cabeza.

—Oh, no —exclamó—. No, no, no, no, no.

—¿Qué pasa? —preguntó Jimmy.

¿Cuánto tiempo había pasado escuchando la puñetera radio, en su coche, durante la noche? ¿Cuánto tiempo con el motor apagado y las luces encendidas?

Accionó el contacto. El vehículo ronroneó y se detuvo, sumiéndose en un silencio sepulcral que un segundo intento de encendido no consiguió romper.

Era la batería. La puta batería.

Sonia empezó a respirar con fuerza. Estaba en mitad de ninguna parte con un coche muerto y un niño de trece años a su cargo; un niño que debió haber trasladado inmediatamente a comisaría. En lugar de eso, lo había llevado con ella a una alocada excursión de boy scouts en mitad de una emergencia nacional como no se conocía desde el 11-S.

—No —repitió, respirando con dificultad. El sudor empezó a resbalar desde su frente.

—¿No arranca? —preguntó el chico.

Sonia cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el asiento.

—Tranquila —dijo Jimmy—. Estas cosas pasan.

—Estas cosas pasan... —repitió Sonia, apretando los dientes.

¿Por qué no había metido una batería de repuesto en su maleta negra? Llevaba cosas como cuerdas, un metro y hasta unas tijeras, porque a veces algo tan sencillo como unas tijeras podía marcar una gran diferencia en una noche complicada. Pero no una batería. ¿Acaso no había conducido un buen montón de kilómetros hasta allí, por el amor de Dios? ¿No había sido eso suficiente para recargar la mierda de batería?

No podía creerlo. Podían amonestarla por algo así. Podían amonestarla MUCHO.

—En Encuentros en la tercera fase los coches se paraban cuando estaban cerca de los ovnis —dijo Jimmy.

«Ovnis», pensó Sonia.

—Maldita sea —escupió.

Salió del coche y respiró el viento del desierto; naturalmente, era cálido y rancio, y no la alivió.

¿Qué opciones tenía? Podía ir a la base Orestes y dejarse ver. Supuso que la verían tan pronto comenzara a bajar por la loma, eso seguro, y entonces irían a por ella y el chico en uno de sus jeep militares y empezaría un insoportable protocolo de encierro y preguntas, con una complicada llamada a sus superiores.

Jimmy puso algo delante de sus ojos. Sonia bizqueó para enfocar.

Era un móvil.

—Oh, Jimmy —dijo.

Chico listo. Era tan fácil como eso. Podía llamar a su compañero y él la sacaría de allí antes de que...

«Antes de que caiga la noche. Dilo. Solo dilo. Porque no crees en vampiros, ¿verdad?»

Sacó su propio móvil del bolsillo y buscó el número en la agenda. Al menos la batería del móvil indicaba un ochenta por ciento de autonomía. Hasta la cobertura daba buena señal.

—Gracias, Jimmy. Debes de estar pensando que soy una tonta.

—Oh, no —respondió el muchacho—. Estas cosas pasan.

El teléfono sonó. Y sonó. Y sonó. Después de un rato, la llamada se cortó de manera automática.

Sonia se quedó mirando la pantalla, frustrada.

«Debe de estar haciendo todas las cosas que tú deberías estar haciendo —se regañó—. Su trabajo. Puede que esté salvando vidas, en vez de seguir una corazonada estúpida.»

Probó una segunda vez, sin éxito.

—Vale —dijo—. No pasa nada.

Había mucha otra gente a la que podía llamar. Podía llamar a Edward, o a Mike. Mike podía ser bastante cargante en ocasiones, pero siempre estaba ahí cuando lo necesitaba.

Pero Edward tenía el teléfono apagado y Mike no contestaba.

¿Qué esperaba? La ciudad se estaba yendo a la mierda y ella esperaba que le cogieran la llamada con un: «¡Eh, Sonia! ¿Cómo estás? ¿Te vienes al Dorothy esta noche? Hay un especial de nachos y cerveza por tres cincuenta, y dicen que es posible que se pase la señora Cavanaugh a echar las cartas. Serán unas risas, joder».

—Está todo el mundo ocupado, ¿eh? —preguntó Jimmy.

—Eso parece, chico —dijo ella.

Intentó con otro par de números. Gente que conocía, amigos, cualquiera que hubiera querido conducir entre las lomas llenas de polvo y tierra para sacarla de allí, pero no tuvo éxito.

Por fin, una de las llamadas fue atendida. Había llamado a tantas personas y tan al azar que tuvo que mirar la pantalla para ver quién era.

Era Douglas, el abogado con el que estuvo saliendo unas semanas hasta que descubrió que no era la persona adecuada para ella.

—¿Hola? ¿Douglas? ¡Douglas! Dios, me alegro tanto de...

Al otro lado de la línea, una respiración fatigada.

—¿Hola? —preguntó.

Jimmy la miraba con el ceño fruncido; un sol ya débil le daba directamente en la cara.

—Hola... Douglas, ¿me oyes? ¿Sigues ahí?

—Es... Essscondido —dijo una voz susurrante al otro lado.

A pesar de los casi veintiocho grados de temperatura, Sonia se quedó helada. Era Douglas, desde luego, pero parecía que hablase desde el interior de un sumidero, anegado en un montón de cieno. Sonaba húmedo, y animal.

—Oye..., ¿estás...?

Silencio.

—Douglas, si estás...

—Essscon... dido — dijo la voz de pronto.

Ruido de golpes al otro lado del aparato. Sonia dio un respingo. Luego, nada.

Sonia miró la pantalla. La comunicación seguía abierta, pero no se oía nada más que un zumbido lejano, como el que produce el silencio intenso en mitad de la noche.

Escondido.

Sintió un escalofrío y colgó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jimmy. Pero su voz sonaba lejana y amortiguada, como si llegara de otro mundo, un mundo desaparecido donde los niños de trece años juegan con LEGO y no se preguntan qué va a ser de ellos porque sus padres han sido atacados por vampiros. Sonia estaba en el umbral de otra existencia, una que estaba naciendo y que llegaba, lenta pero segura, a medida que el sol moría. Sobrecogida todavía por el tono gutural de la llamada y por lo que había oído, imaginó de pronto a un Douglas con los ojos como brasas encendidas, dormitando en pleno día en el sótano de su preciosa casa. Un Douglas que había sido despertado por un objeto en el bolsillo que apenas le traía recuerdos. Un Douglas demoníaco, infame, una alimaña sobrenatural carcomida por un cáncer engendrado en el ultramundo, que coge el teléfono entre sueños muertos de sangre y mordiscos y susurra: «Escondido». Y lo deja caer y rebota brevemente en el suelo para quedarse allí, encendido, mientras él desaparece otra vez en su espera y cierra los ojos fríos hasta que la oscuridad reine.

—Nada —contestó Sonia con un hilo de voz y la boca seca—. No ocurre nada.

### 3

#### GRABACIÓN 001. MEDUSA. 05.F.04/HSUX0

Maxwell Alexander, Dr.

La sujeto es una mujer caucásica que aparenta tener entre treinta y treinta y cinco años. Cabello largo y rizado de natural pelirrojo, ojos sesgados con iris de un tono rojizo, piel sin marcas, señales o heridas, ausencia total de tatuajes o cualquier otra forma de coloración. La forma del cráneo sorprende, es perfectamente contemporáneo. Manos y uñas perfectas, también los pies, sin indicios de trabajo o fatiga. Es como si esta mujer no hubiese andado en su vida, lo que podría indicar pertenencia a algún tipo de nobleza. Un examen visual diría que se trata de una mujer sana y bien alimentada. Ausencia total de vello corporal en todo el cuerpo, incluyendo la zona púbica y las axilas. Añadiría, además, que se trata de una mujer de una gran belleza, característica esta más que notable que merece la pena destacar porque carece de los rasgos primitivos o poco evolucionados de la época en la que se estima su procedencia. Y me gustaría subrayar este detalle: gran belleza.

La única marca en su cuerpo es una pequeña hendidura en el lateral derecho, bajo la costilla, a la altura del bazo. Es una cicatriz de tres centímetros de largo y uno de ancho que podría corresponder a algún del tipo de una de incisión producida por un instrumento del tipo de una punta de lanza.

La sujeto está consciente y tranquila. No ha pronunciado palabra ni proferido ruido alguno, pero estudia su entorno con mirada inteligente. No ha reaccionado de manera alguna a las ataduras con las que se la mantiene inmobilizada, ni ha intentado liberarse o forcejear.

Se ha procedido a interrogarla con las preguntas descritas en el protocolo nueve, sin que haya hecho intento alguno de comunicarse. Debo insistir en mi observación de que las preguntas expuestas en el protocolo nueve están escritas en inglés moderno, y dado que los sellos que la confinaban datan de una época cercana al año 8.300 antes de Cristo, que marca el comienzo del periodo Mesolítico y la retirada de los glaciares en Europa, dudo mucho que la sujeto pueda entender lo que decimos.

El primer contacto tras la recuperación terminó veinte minutos después, de acuerdo a lo establecido en el protocolo nueve, sin que se produjera interacción alguna más que miradas.

Adjunto a la grabación los resultados de los análisis clínicos preliminares. Son disparatados. Nadie con esos valores hepáticos y de glucosa en sangre estaría vivo, por no hablar de otros indicadores cualesquiera. El estudio del ADN ha desconcertado a nuestros expertos. El único dato del que podemos fiarnos es el que indica que posee músculos de contracción rápida o muy rápida. Lo delata la proteína alfa-actinina 3, frecuente en los atletas de élite. Si sus valores son correctos, la sujeto es una atleta de notables cualidades. Otros valores indican que tratamos con una mujer que es 99,1% europea, 80,4% ibérica, 2% sarda, 4% francesa y 1% británica, incluyendo un 0,2% de judía askenazí. Es bastante curioso porque esta mezcla de nacionalidades se dio entre 1740 y 1810, probablemente como consecuencia de las invasiones napoleónicas y los diferentes enfrentamientos con Inglaterra. Es un resultado disparatado, naturalmente, si damos por sentado que la sujeto entró en el sello 8.300 años antes de Cristo y ya nunca lo abandonó. Al menos el estudio ha servido para comprobar que la sujeto es humana, un ser vivo con una tranquilizadora base de carbono, como todo el mundo en este planeta. El resto de los valores son dislocados, y no se corresponden con el examen visual; por ejemplo, el tono de los ojos. En los próximos días se procederá a hacer ajustes en los sistemas.

Es necesario destacar que la sujeto no ha querido probar bocado o beber líquido alguno, ni siquiera alimentos básicos sin procesar que debería reconocer de su época. Se le administra suero, pero existen notables dificultades para conseguir que este penetre en su cuerpo. Es como si la sangre no se moviese, y sin movimiento no hay efecto de succión. Su corazón es también objeto de estupor. Es mucho más pequeño de lo normal, pero lejos de resultar un problema, ocurre todo lo contrario. La frecuencia normal que el corazón necesita para funcionar cuando una persona está en reposo es de setenta latidos por minuto, pero un atleta por lo general solo requiere cuarenta latidos por minuto. Algunos de estos atletas tienen el corazón algo más grande de la media, y a mayor tamaño, más capacidad para procesar oxígeno. La sujeto está estable con apenas tres latidos por minuto.

Para finalizar el informe, solicito que se sustituya a los investigadores con acceso a la sujeto por personal femenino. Insisto que la belleza de la sujeto tiene desconcertados a mis ayudantes, y se ha registrado un índice



de errores y periodos de estupor inadmisibles.

#### 4

El horizonte era una línea en llamas de tonos ocres y anaranjados que separaban un firmamento cada vez más oscuro de una tierra ya ensombrecida. Eran los últimos minutos del día.

Sonia había decidido no acercarse a la base Orestes. Podía ser, desde luego, una complicación para ella, y un auténtico trauma para el niño. Dadas las circunstancias, no se extrañaría de que lo mantuvieran encerrado y vigilado durante unos cuantos días, hasta que alguien decidiera que solo era un niño asustado que había perdido a sus padres, y no un terrorista en miniatura. Podían pasar la noche en el coche y esperar al día siguiente; entonces las cosas podían ir mejor... o quizá peor. Si iban a mejor, alguien terminaría por coger el teléfono. Alguien, sin duda. Si iban a peor..., bueno, entonces se alegraría de haberse mantenido lejos de Hillsdale.

Eso si habían restaurado el servicio, por supuesto, porque desde hacía unas horas cualquier llamada resultaba en una monótona sucesión de pitidos. Líneas saturadas, probablemente.

—Son los nuestros, seguro —dijo Sonia—. Deben de estar como locos utilizando toda la capacidad de las líneas. Equipos de emergencia, protección civil, policías, soldados... todos intentando coordinarse. Ni te imaginas la de comunicaciones y registros que requiere cualquier operativo, Jimmy. Un infierno de llamadas.

—Los soldados tienen sus propios canales —dijo Jimmy—, que van por satélites militares independientes.

Sonia asintió.

—Sí, bueno, aun así.

—Lo más seguro es que sea gente de otros estados que llama aquí porque tienen un familiar, un jefe, un empleado o un amigo, y quieren saber cómo les va.

—Sí, eso también.

—Y gente que está escondida, creo —dijo el chico—. Utilizan el teléfono porque están escondidos, como lo estuve yo, quizá porque entraron en sus casas de noche, y no saben que es seguro salir durante el día. Los vampiros no salen de día.

Sonia suspiró.

—De veras crees que son vampiros, ¿eh?

Jimmy asintió.

—Mi padre decía que toda ficción tiene un componente de verdad. Las mejores historias sobre ovnis surgen de alguien que, alguna vez, debió de ver una luz brillante en el cielo, una luz que tal vez se movía de manera extraña, y creó algo con eso. Una novela, o un cómic, o una canción. Lo que sea. Otro debió de oír un ruido en un sótano y escribió o dibujó una historia sobre cosas escondidas en los sótanos, monstruos con tentáculos que dejan un rastro de humedad y porquería por el suelo, porque esas cosas son las que le dan miedo. Es lo que hacemos: cogemos lo que ya está ahí y lo adornamos, pero eso no quita que siga ahí.

—Vaya —dijo Sonia, admirada y asombrada—. No lo había pensado nunca.

Jimmy asintió.

—Las historias de vampiros vienen de muy antiguo. Mi abuelo me regaló un libro

de monstruos clásicos en el que se contaba su historia, cosas como... gente desenterrada que tenía sangre en la boca, los dientes y las uñas. Entonces pensaban que eran vampiros y les clavaban una estaca en el corazón. Pero sabían que debían clavarles una estaca, ¿sabe?

Sonia asintió con gravedad.

—Eso debía de venir de más antiguo. De algún pueblo perdido que tenía sus propios secretos, leyendas que iban contándose unos a otros porque... porque alguien pensó que era mejor que fueran contadas. Se explicaban como se explica un remedio casero contra la fiebre, porque alguien dijo: «Vaya, esto es útil. Lo de la estaca es útil. Así es como se matan esos monstruos».

—Vaya, Jimmy —exclamó Sonia—. ¡No sé qué decir!

Jimmy miró el sol, una pequeña porción en llamas de un orbe que languidecía al otro lado del horizonte y que parecía hecho de oro viejo.

—Lo de los vampiros es solo un nombre. Si quieres, no los llamaremos así, y puede que no tengan un castillo ni una capa negra y que no duerman en ataúdes con el interior forrado de... de esa tela roja, pero existen. Vaya si existen.

Sonia se estremeció.

—Entiendo lo que quieres decir.

Sonia miró la base Orestes, un oasis de luz con todas las torres de vigilancia encendidas. Uno de los helicópteros despegó en ese momento y se elevó en el aire con dos potentes focos que recorrían el suelo a gran velocidad.

—¿Qué crees que pasará esta noche, Jimmy? —preguntó ella, lúgubre.

Jimmy pensó durante unos instantes.

—Va a ser malo, creo —dijo al fin—. Precisamente porque nadie piensa que son vampiros, va a ser malo. Los soldados dispararán, pero que yo sepa, una bala no frena a un vampiro. Y ellos se mueven muy rápido y entre las sombras.

Una vez más, Sonia recordó al hombre del hospital, que regresó dentro con varios proyectiles en el cuerpo.

Sacudió la cabeza y se miró las manos.

—Una vez estuve en un río, ¿sabes?, en la India. Al norte de la India, en la frontera con Myanmar, China y Nepal. Estaba a casi cien kilómetros de una ciudad que se llamaba Shillong —sonrió—. Es el único viaje largo que he hecho en mi vida, ¿sabes?, y siempre lo recordaré. Siempre. El río se llamaba Umanaghat. El agua era... cristalina, Jimmy, no puedo decirte cuánto. Era tan transparente que era totalmente invisible, y cuando veías un bote cruzar el río, parecía que volaba. Era una sensación óptica muy curiosa. Podías olvidarte de que allí había agua y convencerte, de alguna manera, de que el bote flotaba sobre un fondo de rocas de tonos verdes.

—Oh —dijo Jimmy.

Sonia asintió, sonriendo con sus recuerdos, la mirada perdida en el horizonte.

—Supongo que esto es un poco como tus vampiros. Están ahí, es verdad que están ahí, y puede que, como tú dices, no sean condes ni tengan un rancio abolengo en los Cárpatos o en Transilvania o donde sea, pero existen. Como el río bajo el bote.

Jimmy asintió.

Sonia le gustaba. Tenía un pelo precioso y unos rasgos extraños, no como el resto de las mujeres americanas que conocía. Puede que hubiese nacido y se hubiera

criado en Hillsdale, pero casi podía poner la mano en el fuego por que sus padres eran latinos, y eso le daba una belleza exótica. Y era fácil hablar con ella. Se dijo que si le hubiera mencionado lo de los vampiros a su madre (o a su padre, para el caso), le habría tirado la consola a la basura.

—Caramba, Jimmy —dijo Sonia entonces—. Ya está. Ha anochecido. Tal vez sea mejor que nos metamos en el coche e intentemos dormir un poco.

—Sí —dijo el chico, un poco turbado. Estaba dándose cuenta, por primera vez, de que iba a dormir con ella en un sitio pequeño.

Sonia interpretó su respuesta de manera diferente.

—Si no puedes dormir, podemos hablar un rato, si quieres.

—Sí —respondió Jimmy—. Vale.

Ella asintió y miró alrededor. De repente hacía frío, y pensaba en los centenares de huellas que subsistían justo debajo de sus pies.

—Pero hablaremos en voz baja, ¿vale, Jimmy? Muy muy baja.

—Sí, claro —respondió el chico, y compuso una sonrisa afligida. Pero la luz había disminuido tanto que ella no la percibió.

## 5

Un sonido repetitivo y mecánico los despertó abruptamente a las once y media de la noche, unas horas después del anochecer. Sonia dormía en el asiento del conductor y Jimmy se había ido atrás. Los dos se incorporaron como si hubieran prendido fuego debajo de sus mismísimos traseros.

Sonia reconoció el ruido de inmediato: eran disparos.

—¡Jimmy! —exclamó, volviendo la cabeza—. ¿Estás bien?

—¡Sí! —contestó Jimmy con rapidez.

—Muy bien... Vale. ¡Vale!

Miró alrededor, pero no veía nada más que oscuridad. Era una noche sin luna, o eso creía, y más allá de los cristales del coche solo se distinguían volúmenes desconcertantes en mitad de una extensión de negrura.

Eran disparos de ametralladora, eso lo sabía, y había otros mezclados, sonidos independientes, aislados, tal vez de fusil, o de pistola. O las dos cosas. Alguien estaba disparando, y mucho, en la distancia.

—¡Jimmy, mantén la cabeza agachada y quédate en el coche!

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Jimmy, lo digo en serio! —exclamó mientras sacaba su pistola de la funda—. ¡Quédate en el puñetero coche!

Abrió la puerta sin hacer ruido, y se deslizó al exterior. No se veía nada en ninguna parte, y de pronto supo de dónde venía la algarabía. De la base Orestes, por supuesto.

Su mente empezó a conjurar posibilidades. Ataques. Soldados enloquecidos por la rabia fotosensible de los vampiros y otras cuantas historias, todas plausibles. Pero mientras pensaba en ellas, se las ingenió para deslizarse hasta el borde de la loma y echar un vistazo.

La base seguía allí, pero la luz de gran parte de la instalación se había extinguido.

Únicamente los focos de las torres de vigilancia de las esquinas del perímetro seguían encendidos, probablemente porque se alimentaban de sus propios generadores.

—¿Qué demonios pasa? —susurró.

Había destellos que centelleaban por todo el recinto, como si hubiera estallado una guerra en el interior de la base, pero era imposible ver mucho más sin ayuda de los prismáticos. Iba a volver a por ellos cuando de pronto se los encontró flotando en el aire a un palmo de su cara.

Dio un respingo y cayó hacia atrás, conteniendo a duras penas un grito.

Era Jimmy, que se los ofrecía.

—¡Jimmy, joder! —exclamó, intentando susurrar—. ¡Te he dicho que te quedes en el coche!

—¡No creo que el coche me proteja de nada! —protestó el chico.

Sonia masculló entre dientes.

—Está bien —dijo, cogiendo los prismáticos con un gesto rápido y violento—.

¡Pero agáchate, por Dios!

—Nadie nos va a ver con esta oscuridad —susurró el muchacho.

—Pues agáchate de todas maneras, chico. ¡Es una orden!

Jimmy se agachó, obediente.

Sonia miraba ya por los prismáticos, con la respiración algo agitada. No le llevó demasiado tiempo descubrir gente corriendo por todas partes, y soldados formando una especie de trinchera en la puerta de la base. Sí, era una barricada de algún tipo, justo en la cabina de control. Acarreaban planchas y bultos y se apostaban a los lados con los rifles preparados mientras los disparos se sucedían en el interior. Incluso desde esa distancia, tanto Sonia como Jimmy podían oír los gritos y las voces de los soldados, arengándose unos a otros.

—¡Jesús! —exclamó.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jimmy—. ¿Están... atacando la base?

Sonia negó con la cabeza.

No era un ataque de fuera adentro, era...

«Es como si alguien quisiera salir», se dijo.

El helicóptero que aún quedaba, aparcado cerca de los camiones, elevó el vuelo. El ruido de sus motores llegó un poco después de que estuviera ya en el aire. Dirigió sus focos hacia la base y empezó a sobrevolarla con el morro apuntando hacia abajo.

Los disparos seguían resonando, mezclados con...

—¿Eso son gritos? —preguntó Jimmy.

—No lo sé, Jimmy —mintió Sonia.

Sí que eran gritos. Alguien gritaba en la base, y se oían chillidos muy diferentes entre sí. Unos sonaban desesperados, embargados de dolor y de miedo, pero otros sonaban animales, antiguos, desgarradores. Los primeros impresionaban. Los segundos ponían la piel de gallina.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó.

Sacó el teléfono del bolsillo y miró la pantalla. Sus ojos centellearon. ¡Había cobertura de nuevo! Sin perder un segundo, pulsó el atajo directo que la ponía en comunicación con la sección interna de la comisaría y esperó.

El teléfono sonó. Y sonó. Y sonó.

Miró la pantalla, perpleja. ¿Había marcado bien? Tenía que haber marcado bien, era un atajo, no un número que hubiese tecleado en la oscuridad con manos temblorosas. Y aun así, nada. El teléfono directo no podía sonar sin que nadie lo atendiese, siempre había alguien de guardia, y si el teléfono estaba ocupado, pasaba a otra mesa, y a otra, y...

De repente, su mente dibujó un cuadro muy preciso de cómo debía de estar la comisaría ahora que el sol se había ocultado. De cómo debía de estar Hillsdale. Si la situación era como allí, en la base Orestes, con tantos soldados desplazados, si era la mitad de mala que allí...

Sacudió la cabeza.

—Oh, Jimmy —exclamó, comprendiendo entonces el alcance del problema. El verdadero alcance de todo el asunto.

—¿Estás asustada? —preguntó el muchacho.

Sonia inclinó la cabeza.

—No —dijo—. No es... miedo. Es impotencia, Jimmy. No fue una buena idea venir hasta aquí. Me siento desplazada y fuera de lugar, y me gustaría... —apretó los dientes— me gustaría ayudar.

—Como cuando tienes la sensación de estar en el sitio correcto, pero al revés.

—Eso es.

Sonia volvió a mirar por los prismáticos.

El helicóptero daba vueltas sobre la base, iluminando la zona con sus focos. Estaba tan concentrada en el aparato que por un instante se olvidó de que algo había cambiado. Miró a los edificios del mismo color que el desierto y comprendió qué era: los disparos habían cesado.

—¡Ya no disparan, Jimmy! —exclamó, con un deje de esperanza abriéndose paso en su ánimo.

—¿Eso es bueno? —preguntó Jimmy.

—¡Claro que sí! —respondió Sonia.

Pero Sonia no lo sabía.

Cuando se formaba para policía, en la academia, estudiaron un comportamiento psicológico llamado «sensación de peligro». Ese día, el instructor cerró el manual y los miró con una sonrisa. «Escuchad —dijo—, no hay ninguna explicación científica que dé cobertura a la sensación de peligro, pero en este mismo edificio encontraréis a más de dos docenas de personas que han salvado el culo cuando sintieron que debían salvar el culo. Estás en una calle cualquiera, por la que has pasado mil veces, y de repente, un sexto sentido, uno que se forma después de cinco o seis años de servicio, te dice que algo no cuadra. Ni siquiera sabes el qué, pero algo está fuera de lugar. Puede ser la manera en la que el viento mueve la basura en el suelo, o una prenda de ropa que alguien ha dejado colgando en una ventana, o una puerta abierta en cualquier parte, o un coche aparcado que está demasiado sucio para la zona. Nunca sabes lo que va a disparar la sensación de peligro, pero cuando la sintáis, por el amor de Dios, hacédle caso. Sabréis distinguirla de cualquier otra sensación porque es como si tus piernas quisieran llevarte muy lejos de allí, como si una voz interior te dijera: “No tenías que haberte levantado allí”, todo coronado por un instinto raro que enciende una luz roja y empieza a gritarte en la cabeza: “Sal de aquí”. Cuando sintáis eso, coged fuerte vuestro

cinturón y moveos. Moveos y actuad. La sensación de peligro, por mucho que no aparezca en el manual, es una herramienta imprescindible en vuestro arsenal.»

Sonia estaba sintiendo algo así. Una voz le decía: «Ni te muevas. En serio. Ni siquiera respires». Y otra le decía: «Sal corriendo, corre a través del desierto, coge un coche cualquiera y vete tan lejos como te permita el dinero. Sídney, por ejemplo. O Venecia. O Marte, si puedes llegar hasta allí».

De pronto, se oyó un disparo. Sonia miró con los prismáticos a tiempo de ver cómo uno de los soldados caía al suelo. El arma se detuvo unos instantes en el aire antes de caer, como si residiera en su propia dimensión. La sensación de peligro se acentuó, pero en ese caso, Sonia supo muy bien por qué. Ninguno de los soldados que tenía alrededor se movía. Ni siquiera se habían agazapado. Estaban allí, de pie, mirando hacia la entrada de la base. Había alguien disparando y todos permanecían erguidos como si estuvieran a punto de marchar para un desfile.

Otro disparo. Esta vez, Sonia creyó ver algo. Llegó a tiempo para distinguir la sangre describiendo un arco desde el lateral de la cabeza del soldado. La mano de este descendía, como si hubiera estado saludando al estilo militar, el arma todavía asida en el puño cerrado. ¿Quién... quién había disparado?

El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Se ha... —susurró Jimmy a su lado. Su voz, sin embargo, parecía llegar desde los confines de la galaxia.

El soldado que estaba al lado, sin cambiar el gesto, se llevó la mano a la cabeza y disparó sin mediar un segundo. Sin dudar. La sangre escapó formando un géiser horizontal. El soldado cayó al suelo, derrumbándose cuan alto era a medida que las rodillas se doblaban.

Sensación de peligro. Saca el culo de ahí, chica.

Ni te muevas. Ni se te ocurra moverte.

—Se ha disparado —dijo Jimmy al fin.

Sonia lanzó una mano hacia su boca y la cubrió por entero. Sus ojos parecían brillar en la oscuridad, embriagados de miedo.

No hubo más disparos durante unos instantes, pero sí un ruido de metal espantoso que les hizo encogerse y temblar. Sonia no necesitaba los prismáticos. El helicóptero acababa de chocar contra una de las torres, y las aspas se habían trabado con los soportes metálicos. El aparato dio un giro y se golpeó con violencia contra la estructura, haciéndola temblar. La luz del foco, ubicado en la parte superior, titiló unos instantes y se apagó. El aparato se deslizó hasta el suelo, donde se perdió de vista: únicamente el sonido retumbante de su cuerpo metálico se levantó en el aire por espacio de unos segundos, y luego el silencio regresó para devorarlo todo.

—Dios mío —exclamó Sonia, y luego repitió—: Dios mío. Dios mío.

—Mira —susurró Jimmy.

Un grupo de hombres y mujeres salía corriendo de la base. Más soldados, al menos la mayoría, con el uniforme más o menos completo. Sonia pensó que estaban huyendo, pero la sensación de peligro había tomado unos alicates al rojo vivo y estaba pellizcándole la base del cuello con una intensidad tal que su cabeza temblaba con rapidísimos espasmos. Tal vez estaban huyendo, pero sus posturas, ligeramente encogidas, recordaban a las de los animales. Los soldados miraban, sin reaccionar de

modo alguno: estaban de pie, con sus armas en la mano.

De pronto, todos dejaron caer los rifles.

Todos. A la vez.

La sensación de peligro empezó a aullar como una vieja demente en la habitación de un geriátrico.

Y supo lo que iba a pasar.

Lo supo.

Los hombres y mujeres que salían de la base saltaban sobre los soldados, cuando los alcanzaban, y los derribaban con las cabezas pegadas a sus caras.

A sus cuellos.

Ninguno gritó. Ninguno luchó para evitarlo.

Uno. Bum, al suelo. Dos. Cuatro. Bum. Al suelo. Diez.

Sonia apartó la vista, con la frente cubierta de un sudor frío. Miró a Jimmy, que tenía los ojos fijos en la base, el ceño fruncido, la boca abierta por el asombro. Y pensó que el chico no debería ver eso. Pensó que debía apartarlo, llevarlo al coche, o lejos de allí, en todo caso, aunque fuera corriendo loma abajo en el sentido opuesto a la base. Y quiso decir: «Jimmy, no. Jimmy, no mires. No mires, chico». Pero ni siquiera encontró aliento para pronunciar palabra.

Pero observando a Jimmy encontró algo en su mirada. Había cambiado de repente, por mucho que no supiera decir cómo. Y contemplando su estupor aderezado con un miedo casi atávico, giró la cabeza y volvió a espiar con ayuda de los prismáticos, y ni siquiera tuvo que buscar. Se la encontró ante sus ojos, como si una conexión secreta la hubiese conectado con ella.

Era una mujer, una mujer alta de largos cabellos ondulados flotando a su espalda, como ingravidos. Estaba tan ensimismada admirando su pose y sus maneras al andar que tardó en darse cuenta de que estaba completamente desnuda. Su piel, pálida como el mármol, parecía refulgir con una intensidad propia en la entrada de la base.

En ese momento, el miedo desapareció. Por completo. Dejó escapar el aire de sus pulmones y se quedó inmóvil. Ni un temblor de tierra la habría apartado de sus prismáticos. La palabra que su mente confusa tejía con esfuerzo era elegancia. Era belleza. Y también admiración. La figura de la mujer llevaba usándose durante casi un centenar de años para despertar sensaciones entre los potenciales clientes. Los fotógrafos se concentraban en la mirada, en la línea del cuello, en la suave redondez de los hombros, en los vientres planos con ombligos perfectos, y recurrían a complicados mecanismos de luces y sombras, a los complementos de encajes, de preciosos diamantes, de obras de arte de oro y platino, realces imposibles conseguidos digitalmente para crear constelaciones en los ojos y brillos sobrenaturales en los labios carnosos. Pero ninguna modelo, gurú del marketing o artista digital había soñado siquiera con conseguir lo que aquella mujer desprendía con su sola presencia desnuda, sin tapujos, sin adornos ni complementos. Era un sol brillante en una galaxia sin estrellas, era... era sexo, o el germen químico del deseo que lleva haciendo que la humanidad siga empecinada en procrear desde que fue biológicamente posible. Era... era la perfección de las líneas y las curvas como la descubrieron los primeros escultores de la antigua Grecia. Era belleza desnuda, bruta y superlativa, era arte, era...

—Dios mío —exclamó Sonia.

De pronto, los prismáticos volaron de su mano.

Sonia se encontró mirando la base Orestes desde una distancia demasiado lejana como para ver nada, y se volvió, con la mandíbula apretada, los ojos encendidos por una furia ciega.

—¡No mires! —dijo Jimmy.

—¡JIMMY! —gritó Sonia—. ¡JIMMY! ¿QUÉ HAS...?

Se lanzó hacia el suelo, barriendo el polvo y la tierra con las manos, buscando con ojos desesperados.

—¡No la mires! —exclamó Jimmy.

—¡Apártate! —aulló Sonia.

—¡Sonia! ¡No!

Sonia encontró los prismáticos; estaban a poca distancia de su mano. Los miró como si no fueran un simple instrumento para ver de lejos, sino la llave que abría la comunicación con la mujer que acababa de ver. Tenía... necesitaba volver a verla. Verla una vez más, verla para...

Jimmy saltó sobre los prismáticos y estos se quebraron bajo su pie con un crujido. Algunas porciones de tonos oscuros saltaron en varias direcciones.

—¡JIMMY! —bramó Sonia, colérica, y luego gritó—: ¡JIMMY!

—¡Te ha hipnotizado! —gritó Jimmy mientras se apartaba de ella—. ¡Te ha hipnotizado como a una tonta!

—¡JIMMY! ¿QUÉ HAS HECHO? —exclamó, llorando, mientras miraba los restos de los prismáticos. Cogía un trozo y lo aproximaba a otro, como si pudiera aún unirlos de algún modo.

—¡Sonia, vuelve en ti! —decía Jimmy—. ¡Es un Vampiro Maestro, y te ha hipnotizado!

Sonia lo miró, perpleja. Hipnotizado. La palabra sonaba en su mente como si alguien acabara de insertarla en su diccionario. De repente, fue consciente de que estaba llorando, y empezaba a preguntarse cuándo había empezado a llorar, y sobre todo, por qué.

—¿Qué? —preguntó, confusa.

Los trozos de los prismáticos en su mano parecían extraños y, de algún modo que no podía determinar, peligrosos. Los dejó caer, y se desparramaron por el suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó Jimmy. Estaba claro que el muchacho estaba asustado. Se movía a su alrededor como si no supiera si quedarse o echar a correr. Su mirada iba de sus ojos a su cinturón.

«Mi... cinturón —pensó Sonia—. ¿Por qué...? ¿Por qué mira mi...?»

Bajó la vista y vio que su mano derecha estaba posada sobre la culata de la pistola.

Y entonces lo entendió.

Levantó ambas manos, como había visto hacer a cientos de delincuentes a los que había encañonado en su carrera como policía.

—Jimmy —susurró—. Jimmy, lo... lo siento. Lo siento de veras. De verdad. Estoy bien... estoy bien, de veras...

Giró la cabeza para mirar hacia la base, pero volvió a agacharla rápidamente.



—Jesús —exclamó—. Jesús bendito...

Hipnotizada.

A medida que pasaba el tiempo, iba dándose cuenta de lo que acababa de ocurrir. Más y más. Había mirado, había visto... y luego no sabía muy bien qué había ocurrido. Pero hipnotizado era una buena palabra. Era tan...

Tan hermosa

Sacudió la cabeza.

—Perdona, Jimmy —repitió.

—No pasa nada —dijo el muchacho, pero el ligero temblor de su voz le decía lo contrario.

—¿He... he gritado? —preguntó entonces, con un repentino acceso de miedo.

—Sí —dijo Jimmy—. Pero ahí abajo todos gruñen..., no creo que nos hayan oído.

—Dios mío... Pero ¿qué está pasando?

Pensaba en su mano apoyada en la culata de la pistola.

¿De verdad iba a disparar? ¿Hubiera disparado si...?

«¿Hubieras disparado a un chico de trece años, puta psicópata alucinada?»

«No», dijo una voz en su mente.

«Sí.»

Se estremeció.

—Por el amor de Dios, Jimmy...

—Es un Vampiro Maestro —dijo Jimmy de pronto, acercándose a ella y hablando con rapidez—. Siempre hay uno. Así es como funciona. En los videojuegos a veces los llaman Vampiros Lord, o Señor de los Vampiros, pero es lo mismo. Son... son muy poderosos, y cuesta mucho matarlos.

Sonia escondió el rostro entre las manos. Algo en su cabeza saltó como un relé defectuoso y sintió ganas de vomitar. Empezó a respirar apresuradamente, ahogando un llanto mucho más profundo que el sollozo histérico que acababa de proferir.

—Jimmy, basta...

—Seguro que estaba en la base, ¡seguro! La tenían allí encerrada desde hace ni se sabe. Pero se soltó, ¡se escapó de alguna manera!, y por eso la base estaba vacía. Ha estado mandando vampiros para distraer la atención de la base, y así poder escapar y moverse... ¡todo encaja!

Encajaba, sí. Pero estaba segura de que Jimmy hubiera podido encajar una tormenta de meteoritos en un marco de conflictos galácticos entre unicornios y hadas espaciales. Había aceptado el término vampiros para explicar una posible infección de algún tipo, el virus de alguna locura que hacía que la gente mordiese a otra y se moviera como chimpancés locos en la jaula de un laboratorio, pero lo que acababa de ver... ¿Cómo podía introducir esos nuevos elementos en el esquema de la... rabia fotosensible?

—Los había hipnotizado a todos —siguió Jimmy—. Mientras salía de donde fuera que estuviera atrapada. Por eso los soldados se suicidaron, por eso no hacían nada. Quizá hizo que los que tenían la mente más fuerte se pegaran un tiro, porque sabía que no iba a poder controlarlos durante mucho tiempo, o quizá eran demasiados para controlarlos todos a la vez.

—Jimmy —exclamó Sonia, aturdida.

—¿Sabes si alguien dio la alarma en Orestes? —preguntó Jimmy, cada vez más excitado—. Antes de que se quedara la base vacía, quiero decir. ¡Alguien tuvo que darle a algún botón de emergencia, no sé, tal vez una llamada! Parece fácil, ¿no? Pulsar la alarma. Pero apuesto a que no, a que nadie hizo nada. Los Vampiros Maestros son muy listos..., no debió de dejar nada al azar. ¡Atacó cuando estuvo segura de que lo tenía todo bajo control!

Sonia volvió a mirar hacia la base, con mucha prudencia. No sabía cómo explicar nada de lo que acababa de ocurrir, pero sí estaba segura de una cosa: estaban en peligro.

En ese momento, el ruido de varios camiones poniéndose en marcha llegó hasta ellos.

Jimmy también miró.

—Están subiendo a los camiones —dijo—. Oh. Eso es malo.

Sonia apretó los dientes.

—Tenemos que... avisar —dijo.

Jimmy asintió.

—Si se van por ahí, con ese Vampiro Maestro entre ellos... —sacudió la cabeza—. Bueno, te das cuenta, ¿no?

Sonia tan solo empezaba a darse cuenta, pero su mente conjeturaba cada vez más posibilidades, a cual más atroz. Imaginó a aquella mujer junto a un hipnotizado presidente de Estados Unidos, rodeado de los generales de todos los ejércitos del país, que la miraban como a una diosa, rindiendo la nación y ordenando a todos los ciudadanos que donasen su sangre a la Nueva Nación Roja de los Vampiros Unidos.

Y quiso reír. De veras que quiso reír. Pero su corazón nadaba en un océano de sombras y terror y sus ganas se ahogaron lastradas por un miedo tan repentino como exacerbado.

## 6

—¿Cuándo viene papá? —preguntó la niña. Se la veía tan pequeña y dulce tumbada en su cama enorme, rodeada de sus peluches, que Mary sintió deseos de llorar. ¿Que cuándo venía papá? No lo sabía. «Papá ha sido mordido, cariño —pensó en decirle—, le han mordido en el cuello y en el hombro, y se cayó al suelo mientras intentaba proteger la casa, pero no parece que vaya a regresar pronto, ¿sabes? Porque papá ha perdido más sangre que la que cabe en un cerdito del tamaño de Peppa Pig, y eso siempre es malo.» Pero calló: la verdad sonaba demasiado terrible.

—Pronto —mintió, intentando esconder unas lágrimas que llevaban todo el día pugnando por salir.

—¿Las sirenas de policía que suenan son por papá?

Mary negó con la cabeza.

—No, cielo. Son de la policía. Están buscando a gente mala para que podamos dormir a gusto. Cuando oigas sirenas, es que todo va bien —respondió—. Además, recuerda que papá es un soldado que sirve a este país, ¿sabes? Papá es de los buenos.

La niña asintió, complacida.

—Entonces, ¿me leerás tú mi cuento? —preguntó.

—Claro que sí. Te leeré todos los cuentos que quieras, ¿te parece bien?

—¡Sí! —respondió la niña, entusiasmada. Los bucles de su cabello rubio saltaban arriba y abajo a medida que sacudía la cabeza.

—¿Qué cuento estabais leyendo?

—El de Mike y Bryan —dijo ella—, los fantasmas gemelos.

—Oh, fantasmas gemelos. Vaya. Creía que todos los fantasmas se parecían.

—No, no, no —se apresuró a decir la pequeña—. Max, por ejemplo, tiene la cara así, alargada, ¡y lleva una bola, mamá!

—Max lleva una bola —repitió ella, algo ausente, con la mente escorando hacia su marido.

Había estado llamando al hospital todo el día, sin resultado. Sencillamente, nadie cogía el teléfono. Ni siquiera cuando se estrelló aquel autobús lleno de turistas y hubo casi un centenar de heridos dejaron de atender el teléfono. Sabía que el hospital había sido atacado durante la noche, se lo había dicho Nancy, pero recompusieron la situación e instalaron centenares de tiendas de campaña en el exterior. «Tu marido estará bien, Mary —le había dicho Nancy—. Aquello parece una convención de médicos con comida gratis y barra libre, cariño, todo lleno de batas blancas. Estoy segura de que si Fred se tira un pedo, habrá seis enfermeras para rociar ambientador en la habitación.»

Mary se había reído, siempre se reía con las ocurrencias de Nancy, pero eso no quitaba que estuviera preocupada. Había visto su cuello, parecía un kilo de carne picada que alguien hubiera esparcido sobre su clavícula, y también vio la sangre. Demasiada sangre por todas partes. Había leído por ahí que una persona puede perder cinco litros de sangre antes de que sea demasiado tarde, y a juzgar por su ropa y el suelo, la cifra debía de andar muy cerca.

Mary iba a empezar a leer el cuento a la pequeña cuando sonó el timbre de la puerta.

Dio un respingo.

Se acordó de una escena de una película. Salvar al soldado Ryan, creía que era. Una mujer en la cocina recibía la visita de un coche oficial del ejército. Era la segunda guerra mundial, y con varios hijos en el frente, sabía perfectamente lo que significaba: unas palabras de consuelo, una bandera de Estados Unidos cuidadosamente plegada, y una estrella en una placa. La mujer abrió la puerta y se derrumbaba en el suelo, vencida por el dolor.

Mary se sintió igual. O sea, Fred tenía sus llaves, él habría abierto la puerta y habría dicho: «¡Cariño, ya estoy en casa!». Pero tal vez no llevaba las llaves encima cuando lo atacaron.

«O tal vez sea Nancy, maldita histérica», se dijo.

—¡Mami! —exclamó la pequeña—. ¿Es papá?

—No lo sé, cariño. Empieza tú a leer, ¿vale? Empieza a leer y...

Pero no añadió nada más. Se levantó de la cama, se compuso la falda y el jersey y se lanzó hacia la puerta.

El viaje hacia el recibidor fue el más largo que recordaba, y eso que en la primavera de 2005, antes de la crisis, habían viajado al centro de Europa desde Nueva

York.

Abrió la puerta y sus ojos se iluminaron.

—Fred —exclamó. Rompió a llorar y se lanzó a sus brazos—. ¡Oh, Fred!

Fue un poco más tarde cuando descubrió la sangre en su ropa, una mancha oscura y hasta húmeda que percibió como una bofetada de olor, rancio y penetrante.

—¡Fred! —exclamó.

—Hola, cariño —dijo él.

—Fred... te han... ¿no te han dado otra ropa? Oh, Jesús bendito... ¿Por qué... por qué no me has llamado? ¿Cuándo te...?

Su mente estaba confusa. ¿Cuándo le habían dado el alta? ¿Por qué no la habían llamado? No era así como se hacían las cosas, desde luego que no. Habría ido a recogerlo con una muda limpia, y... y...

—¿Cómo has...? ¿Quién te ha traído?

Miró su cuello. El aspecto de la herida era todavía feo y espantoso; la carne alrededor de las incisiones estaba hinchada y tenía un color amoratado. Mary compuso una expresión aterrada.

—¡Fred! —exclamó—. ¿No te han...?

«¿No te han limpiado, Fred, no te han... limpiado esa herida? ¡Por el amor de Dios, Fred, si casi parece que acabas de levantarte del suelo!»

Su mente pensaba en esas y otras cosas, pero estaba demasiado estupefacta como para pronunciar palabra.

Fred la miraba con una sonrisa congelada, sus ojos clavados en ella como si estuviera pensando en otra cosa.

—He venido a por ti, cariño —dijo al fin, sin que la sonrisa consiguiera descolgarse de su expresión. Mary no sabía cómo interpretarla.

—Oh, Fred —exclamó, y lloró de nuevo. Estaba pensando que mañana iría a poner una reclamación, una bien grande y contundente. Se pondría su falda azul y su chaqueta, y puede que se recogiera el cabello para parecer más dura. Fred siempre decía que parecía una ejecutiva agresiva cuando se recogía el pelo, y tal vez tuviera razón: le hacía las facciones más duras. ¿Dónde estaban sus vendajes? ¿Cómo lo habían dejado salir sin limpiarle un poco esa herida espantosa?

— ¡Por todos los santos, Fred! —dijo—. Entra en casa. Voy a limpiarte esa herida como Dios manda, caramba.

Fred sonreía.

La nueva sonrisa de Fred empezaba a incomodarla. ¿Cuándo la había mirado así? «Nunca —se dijo—. Esa es la respuesta. Nunca.»

—Tenemos que hacer cosas, cielo —dijo Fred con cierta parsimonia—. Tenemos que irnos.

—¿Cómo?

—Hay mucho que hacer. Hay que seguir un plan.

—Fred... —dijo ella.

Antes de que pudiera darse cuenta, Fred la había empujado con suavidad hacia el interior de la casa y cerraba la puerta tras de sí.

—Fred, ¿qué...? Me estás... ¿Estás bien?

—¡Papi! —dijo una voz desde lo alto de la escalera.

Mary se volvió para ver a su hija bajando la escalera con sus pequeños pies descalzos; producían un sonido amortiguado por la moqueta que recubría los escalones de mármol. No hacía ni un año que Fred había colocado la moqueta él mismo. Mientras sudaba y la miraba con una sonrisa, le decía que aquella moqueta les ahorraría un buen dinero en medicamentos para el resfriado. «Nada les gusta más a los niños que subir y bajar escaleras de mármol con los pies descalzos —le había dicho—, siempre sin calcetines.» Y ella lo amó con una intensidad radiante y sincera. Pero aquella sonrisa, la que la había llevado a la cama una noche de viernes en noviembre de 1997, no era ni por asomo la sonrisa que Fred había traído a casa esa noche. Miró de nuevo a su marido y trató de convencerse de que debía de estar atiborrado de medicamentos, que probablemente el hombre al que ella habría dado el Premio Vitalicio al Mejor Padre del Mundo no estaba del todo bien.

Porque el Fred que ella conocía nunca hubiera dejado que su hija de seis años viera toda esa sangre en la ropa.

Y mucho menos la espantosa herida en el cuello.

—Fred —susurró, inquieta.

Sus ojos. Sus ojos fríos, perfectos como los de una muñeca de setecientos dólares pero ausentes, sin vida.

Fred aún la miraba, la sonrisa clavada en su cara como un cartel publicitario.

—Es hora de irnos, Mary —insistió.

—¡Papi! —repitió la pequeña, dando saltitos en la escalera.

—Fred —exclamó Mary, ahora con dificultad, pensando que el Fred que conocía se habría agachado y habría extendido los brazos para recibir la amorosa carrera de su hija—. Fred...

—Solo nosotros, cariño.

Abrió la boca, y sus labios se extendieron más allá de donde sería humanamente posible, y los dientes aparecieron, grandes y terribles, brillantes como hojas de cuchillos.

La niña gritó.

## 7

—Por Dios bendito —exclamó Jack—. ¿Ese no es Connor, el cartero?

Su mujer miró a través del cristal del coche.

Sí que era Connor, pero le costó reconocerlo sin su uniforme y su bolsa marrón colgando a un lado del cuerpo. Le costó reconocerlo porque estaba parado en mitad de la calle, vestido con una camiseta sucia y unos calzoncillos.

—Pero ¿qué hace? —preguntó Jack.

—No te pares —exclamó ella de pronto—. Por Dios, no te pares.

Jack había decidido que lo que ocurría en Hillsdale era demasiado. Habían pasado un par de noches malas esperando que todo acabase en algún momento, pero las noticias en la televisión eran cada vez más desquiciantes. No, iban a irse de allí y a reunirse con su hijo, como cada año, un poco antes de tiempo esa vez, pero qué demonios, su nuera tendría que morderse los puños durante algo más de tiempo. «¡Han cerrado Hillsdale, Jack!, ¡no nos dejarán pasar!», le había dicho su mujer. Pero

Hillsdale tenía salidas y caminos secretos por todas partes, y si había alguien que conocía esos caminos, ese era él. Puede que encontraran uno o dos controles en un par de sitios inesperados, pero podía conducir su viejo camión a través de los campos, si era necesario, y llegar a alguna parte fuera de toda esa locura. «Por eso saldremos de noche, Abi. Nadie nos verá si conducimos con los faros apagados una vez salgamos del centro. Confías en mí, ¿verdad?»

—¿Qué? —decía él en esos momentos—. Por todos los cielos, Abi. ¡Es Connor, el cartero! Jesús, ¿es que se ha vuelto loco todo el mundo?

Se detuvo a su lado. Connor se dio la vuelta para mirarlos.

—Que me aspen, Alan —dijo Jack mientras bajaba la ventanilla de su puerta—. ¿Qué... qué te ha pasado, hombre?

Alan Connor se lanzó a través de la ventana sin mediar palabra. El coche se sacudió a un lado y a otro mientras el cristal del parabrisas se llenaba de sangre.

## 8

Sonia y Jimmy caminaban por el desierto.

No hacía mala noche, pero las noches de invierno traían cierto helor a esas horas de la madrugada, aún más en diciembre, y los dos caminaban con los brazos encogidos. Y por mucho que aquel año el tiempo hubiera sido bondadoso y hasta clemente, acusaban el frío sobre todo en las mejillas y en las manos. Sonia había calculado que si caminaban a buen paso llegarían, si no a la ciudad, a alguna otra parte a eso del amanecer, pero se decía que no sabría qué hacer si encontraban alguna casa antes de que el sol saliese. Aceptar que estarían a salvo bajo el sol significaba suscribir, en cierto grado, las teorías de Jimmy, y si aceptaba eso... Bueno, si aceptaba eso quizá tendría que dejar su pistola y su placa en la comisaría, al menos hasta que pasase un test psiquiátrico.

—¿Qué piensas? —preguntó Jimmy, como si adivinara su cadena de pensamientos.

Sonia miró las estrellas, que brillaban sobre sus cabezas. Al menos ellas seguían donde siempre, ofreciendo un espectáculo precioso al que a menudo no se prestaba atención.

—Bueno. Muchas cosas, Jimmy —respondió.

—¿En los vampiros, por ejemplo?

—En los vampiros, sí. Parece que sabes mucho de vampiros.

Jimmy se encogió de hombros.

—Lo normal, supongo, para alguien de mi edad.

Sonia asintió.

—Se han ido en camiones, Jimmy. No sabía que los vampiros condujesen camiones. ¿Qué me dices de eso?

—Un vampiro es una persona —explicó—. Y puede que sea, además, un demonio, o una criatura de la noche, pero sigue siendo una persona. Y recuerda lo que hizo y lo que fue. Si un vampiro era carpintero, aún sabrá cortar y trabajar la madera.

—¿En serio? —preguntó Sonia, ahora un poco más risueña—. Un vampiro carpintero. Vaya. Esa sí que es buena.

—No es para tomárselo en broma —dijo Jimmy, ceñudo—. Eso los hace más peligrosos. Si te pillaran a ti pero nadie lo supiera, podrías llamar a la central y decir que eres tú, y pedir un código ciento quince, o un cuarenta y cuatro, lo que sea que haga que acudan un par de unidades de refuerzo, y tenderles una emboscada.

Sonia pensó en ello durante unos instantes.

—De acuerdo —dijo despacio—. Eso no es gracioso.

Pensaba en los soldados de la base Orestes, y aún más que en los soldados, en los oficiales con acceso a operaciones restringidas, con capacidad para solicitar operaciones como...

Como un ataque con aviones en algún lugar determinado. O desviar soldados de Hillsdale, o indicar un blanco falso, o...

Sacudió la cabeza.

—¿Qué más sabes de vampiros, Jimmy? —preguntó—. O sea, si realmente fuesen vampiros, ¿qué posibilidades tenemos, en realidad? ¿Preparamos un tren con cabezas de ajo? ¿Sustituimos las armas de la Guardia Nacional por estacas?

Jimmy parecía meditabundo. Sonia se daba cuenta ahora de que, con el pelo corto e intensamente rubio coronado por un pequeño mechón en la frente, y la diminuta nariz respingona, Jimmy se parecía mucho a Tintín.

—He estado pensando en eso —dijo Jimmy—. Me parece que lo de las estacas no suena muy bien, ¿no crees? Tal vez el mito venga de los tiempos en los que no había armas de fuego. Se les clavaba una buena estaca de madera en el corazón y eso los frenaba. Pero tal vez la clave sea el corazón. Creo que un buen disparo en el pecho debería bastar para acabar con ellos. O en la cabeza, como a los zombis.

—Zombis —susurró Sonia.

—Sí, como en «Te Walking Dead».

—La he visto —dijo Sonia—. Bueno, algunos episodios, al menos. ¿Y qué hay de los ajos?

—Me sorprendería mucho que funcionasen —exclamó Jimmy con sencillez—. La vida no suele ser tan fácil como en las películas.

—Eso es verdad, Jimmy.

—Pero tal vez alguien pueda investigar el mito. Quizá alguna propiedad del ajo los fastidie de alguna manera.

Sonia asintió, pensativa. Después de un rato, descubrió que Jimmy trasteaba con el móvil.

—¿Hay cobertura? —preguntó.

—¿Qué? Oh, sí, sí que hay, pero no da tono. Algo ha dejado de funcionar en alguna parte. Pero sí hay internet. Va lento, pero funciona. Estaba mirando lo del ajo. Escucha: «Es eficaz como antibiótico; combate numerosos hongos, bacterias y virus, y es bueno para tratar enfermedades cardíacas porque reduce la presión arterial y el colesterol».

—El corazón otra vez, ¿eh?

Jimmy asintió, entusiasta.

—¿Lo ves? Puede que no sirva de mucho que te pongas una ristra de cabezas de ajos, pero si puedes conseguir que un vampiro se coma una sopa de ajo, a lo mejor sus propiedades consiguen machacarlo un poco por dentro.

Sonia rio con ganas.

—Bueno, al menos parece que hay algo ahí que merece la pena investigar.

—¡Es lo que digo!

—¿Y los crucifijos y todo lo demás?

Jimmy no dijo nada.

—Terreno escabroso, ¿eh? Quién sabe. Si son demonios, como has dicho, quizá podemos poner cruces en los escudos, y puede que encima de los tanques —bromeó.

— In hoc signo vinces —susurró Jimmy.

—¿Qué?

—Es latín —explicó Jimmy—. Significa: «Con este signo vencerás».

—Jesús, Jimmy. ¿Cómo puedes saber esas cosas?

Jimmy sonrió, algo abrumado.

—Salía en un videojuego —explicó.

—Rayos, chico. En mis tiempos, el Comecocos no tenía tanta envidia. ¿Qué más cosas hay en los videojuegos sobre vampiros?

—Bueno... hay algo que quizá...

—¿Sí? ¿De qué se trata? ¿Balas de plata?

—Las balas de plata son para los hombres lobo —dijo Jimmy con tono cansado—. No, es otro de esos elementos comunes que aparecen en varias películas y cómics. Es sobre las generaciones.

—¿Generaciones?

—Sí. La mordedura de un Vampiro Maestro genera vampiros de primera generación. La sangre es potente, y crea mariscales muy capaces, muy poderosos. Pero si un mariscal muerde a alguien, ese vampiro de segunda generación no será tan poderoso como él. El poder, la sangre, se diluye con cada mezcla.

Sonia asintió.

—Los de tercera generación son más bestiales. Pierden intelecto. Los de quinta y sexta generación son pura horda. Son estúpidos, ni siquiera pueden hablar, y desde luego no recuerdan gran cosa de lo que fueron cuando eran humanos. Solo viven para esconderse de día y alimentarse de noche, como lo haría un animal cualquiera.

—Vaya, chico —dijo Sonia—. Eso es... Vamos a tener que nombrarte asesor de primera en este asunto.

Jimmy detectó el tono de broma y agachó la cabeza.

—Eh... No te enfades, ¿vale? —dijo Sonia.

—Solo cuento lo que sé. Puede que algunas de estas cosas no funcionen en la vida real, pero... pero puede que sí.

—Sí —susurró Sonia, pasándole un brazo por encima del hombro—. Puede que sí. Quién sabe. Si te soy sincera, aún me cuesta creer lo de los vampiros, a pesar de todo lo que hemos visto, de lo que he visto, y de lo que sé hasta ahora. Es que es de locos, Jimmy. ¡Vampiros! Puede que la historia de los vampiros encaje perfectamente, pero no creo que nadie les ponga ese nombre, aunque veamos colmillos afilados en sus bocas, porque es demasiado descabellado. Te aseguro que los que deciden las cosas le pondrán un nombre nuevo a todo esto antes que aceptar ese término, como... «síndrome violento de la sed sanguínea».

Jimmy sonrió.



—Sí. Tienes razón —susurró.

Sonia le sonrió también.

—Es un nombre horrible, por cierto —dijo el chico.

La policía rio con ganas por primera vez en varios días, pero para cuando terminó de reír, descubrió que Jimmy señalaba hacia adelante con el brazo extendido.

Allí, a lo lejos, abrigada por los primeros árboles que veían desde hacía un buen rato, había una granja. Las luces de las ventanas del segundo piso estaban encendidas. Era tarde para que el típico campesino de Hillsdale estuviera aún despierto, pero no lo bastante temprano como para que andase ya deambulando.

Y eso, se dijo, era aún peor.

Aún faltaban unas buenas horas para el amanecer.

## DESPUÉS

---

### EXTRACTO DEL INTERROGATORIO A JOHN COLE

Esa es una buena pregunta. ¿Cómo he sobrevivido todo este tiempo? (risas). Carajo. Es muy buena pregunta. Mire, al final del día, cuando luchas contra un vampiro, todo es muy animal. Ellos tienen sus armas y tú tienes las tuyas, y ahí hay poco que decir. Ni yo mismo lo sé. Ha habido suerte, ha habido de todo. A veces vuelves a tu agujero y te miras las manos temblorosas y te dices: ¿Cómo coño ha salido bien? Pero sale bien, y a veces pasas por delante de una iglesia y te entra como un retortijón que te dice: Entra ahí y da gracias, pero no lo haces porque necesitas tener la cabeza vacía de mierdas para seguir luchando. Y cuando luchas, apartas la mente y a veces dejas a un lado tu libro de trucos, todo lo que has aprendido con el tiempo, porque cada vez es diferente. Y no se matan vampiros con trucos viejos. No hay dos vampiros iguales, ¿sabe? No, señor. Pero coño, lo que supongo que quiere saber es cómo he podido esconderme de ellos, cada noche e incluso cada día, y esa es la verdadera pregunta. Bueno, le voy a contar un secreto que nunca he compartido con nadie, y vaya si me gustará leer cómo refleja eso en su informe (risas). Verá, me sirvo de los sueños. Los sueños, joder. Los presiento. Los noto. Cuando me dan caza, los veo venir días antes. Sueñas que te rodean, sueñas en negro, sueñas con agujeros y sombras en casas vacías llenas de puertas, y eliges el camino que te parece más correcto para escapar. Y te levantas cansado, como si hubieras estado cavando una zanja toda la noche, y hueles tanto a sudor muerto que ni con una ducha se te quita, y el rabo está tan incrustado en los huevos que crees que te asomará por la espalda. Eso es. Es como si el vampiro rastrease, un día y otro día, cercándote como lo haría un perro en una cacería. Apuesto a que utilizan alguna mierda de radar sobrenatural, algo No sé. Quizá los sueños son una mierda de cosa rara de la cabeza y ellos pueden entrar y salir de ellos, como en alguna majadería de película. Puede partirse el culo, si quiere, pero cada vez que tengo un sueño de ese tipo, cojo mis cosas y me voy a otro lugar, bien lejos. Y los sueños terminan y yo sigo vivo.

---

## Capítulo 4

### ELEXIA



1

**GRABACIÓN 079. MEDUSA. 07.M.04/HSUX0**  
Maxwell Alexander, Dr.

Estamos haciendo grandes avances con el idioma. Elexia es capaz de mantener una conversación rudimentaria bastante satisfactoria, y es gracias a su insaciable curiosidad. Todo lo mira. Todo lo aprende. Sabe el nombre de cada una de las ayudantes y los investigadores. Hoy ha preguntado en qué año estamos. Le he dicho que estamos en marzo de 2014, pero no sé si me ha comprendido. Quizá deberíamos hacer caso al doctor Johannen y romper el veto informativo; afirmo que su mente es perfectamente capaz de manejar el flujo de información de una televisión normal con canales básicos. Sería interesante observar cómo reacciona.

Hoy la sesión ha durado quince minutos menos que la última. Cada vez es menos tiempo. Su influjo es más que evidente, por mucho que el Comité no quiera admitirlo porque escapa a sus parámetros científicos. Elexia es cualquier cosa menos normal; quizá sea hora de admitir que hay muchas cosas en ella que deberían reflejarse en nuestros protocolos y nuestra metodología de trabajo. Si al menos accediera a vestirse, tal vez su indudable atractivo personal quedara reducido de alguna manera. En próximas sesiones probaremos a bajar la temperatura a diecisiete grados; tal vez así pida algo de ropa.

He sustituido a la profesora Malka, por cierto. Rompió a llorar de repente. Balbuceaba que ella sabía lo de su hija. En su ficha no aparece ninguna hija, ni siquiera un aborto, que se conozca, pero se puso a llorar como una niña pequeña. No podrá soportar otra sesión, y es una pena, porque es brillante y concienzuda en su trabajo.

Es preocupante. Voy a intentar reducir el número de personas en la sala cuando ella está despierta.

Ignoro cómo crece su «poder», o su capacidad, para no herir la

sensibilidad del Comité, pero está creciendo. Si esto sigue así, tendrán que sustituirme a mí también.

Estamos en la lista trece de palabras. Su nueva palabra favorita es *sangre*. No para de decirla desde que la aprendió, y con franqueza, es inquietante soportar su mirada cuando la pronuncia.

## 2

A pesar de la oscuridad, la granja era perfectamente visible, recortada contra el cielo estrellado. Aunque debía de haber patrullado por esas carreteras más de una decena de veces, Sonia no podía recordar en ese momento de qué granja se trataba; quizá porque cada vez que pasó por allí lo hizo por la comarcal 19, y no por la parte de atrás. Pero si había una granja tenía que haber una carretera, por rudimentaria que fuese, y con la suma de las dos cosas se conseguía un vehículo.

Un coche era lo que necesitaba para volver a la ciudad.

—Es demasiado peligroso —decía Jimmy—. Está muy cerca de la base. Demasiado. ¡Demasiado cerca!

Sonia lo sabía, sí, pero el hecho de que la luz de las ventanas estuviera encendida le parecía una buena señal.

—¿A estas horas? —preguntó Jimmy—. Estarían encendidas cuando atacaron. A los vampiros les importa un bledo la luz de una bombilla, o de dos. Por eso están encendidas.

—Jimmy —lo regañó Sonia—. ¡No seas catastrofista!

—¿No podemos, simplemente, mirar si hay un coche aparcado y... cogerlo?

—Jimmy, no puedo llevarme un coche sin más. ¡Aún menos de un sitio como este!

—¿Por qué no? —gimoteó el muchacho.

—Pueden tener una emergencia y necesitar el coche para desplazarse. Esta zona está llena de viejos granjeros, Jimmy, los últimos coletazos de una industria que se muere, y los viejos granjeros pueden tener ataques en mitad de la noche. ¿Crees que habrá alguna ambulancia que llegue hasta aquí con todo lo que está pasando?

Jimmy, muy a su pesar, negó con la cabeza.

—Escucha —siguió diciendo Sonia—. Voy a acercarme yo, y llamaré a la puerta principal, a ver qué pasa. Pero tú vas a quedarte aquí...

—No...

Sonia lo cogió del brazo y tiró de él.

—¡Chico, esta vez vas a hacerme caso, te lo digo de veras!

—Pero...

—Ni se te ocurra venir detrás de mí como sueles hacer. Va en serio, chico. Te juro que te pondré las esposas y te llevaré a un correccional si no me haces caso.

Jimmy pestañeó varias veces, pero por fin asintió, mohíno.

—De acuerdo. Si todo va bien, vendré hasta aquí con el coche. Pero si no vuelvo... Bueno, si pasa un rato y no he vuelto, quiero que corras lejos, lejos y hacia el sureste, como hemos venido haciendo. ¿De acuerdo, chico?

Jimmy no dijo nada.

—Y que Dios te proteja —exclamó Sonia, y echó a andar hacia la granja.

Sonia tenía bastante experiencia a sus espaldas, que por cierto, le había servido más y mejor que todas las asignaturas de la academia. Los manuales y los protocolos podían ser una buena guía de cómo hacer las cosas, y sobre todo, eran una manera estupenda de que nadie te tocara el hombro para señalar una falta. Si seguías los manuales, ya podías ser un policía mediocre toda tu vida, que nadie tocaría tu placa ni tu sueldo. Pero la experiencia... la experiencia era otra cosa. Había aprendido a mirarlo todo con una perspectiva distinta, y a fijarse en cosas que en apariencia podían ser comunes, pero que un olfato desarrollado podía identificar como fuera de lugar, como una bombona de gas en una casa con estufas, cocina y calentador eléctrico, o un bolígrafo situado a la derecha de la nota de suicidio de un zurdo.

Y ahora observaba mientras se acercaba: la ausencia de cualquier vehículo alrededor de la casa, un pequeño tractor aparcado junto a la puerta, la existencia de una pequeña cabaña que tenía toda la pinta de ser un garaje, las ventanas abiertas del primer piso. Ningún agricultor dejaría las ventanas abiertas por la noche, en especial las del primer piso, y no por seguridad ante posibles ladrones, sino por las comadreja y ratas que podían meterse dentro atraídas por los efluvios de la cocina. También era extraño que el tractor estuviera aún fuera: los tractores tenían varios mecanismos, e incluso el asiento del conductor, expuestos, y el rocío de la noche podía echarlos a perder en un par de meses. Incluso menos. Era raro que no lo hubieran guardado en el garaje, o cubierto con una lona al menos. Todo junto le indicaba que la vida de aquellas personas había sido detenida abruptamente, tal vez en las primeras horas de la tarde. Al anochecer, claro.

Y no había ningún vehículo.

«Pero los vampiros conducen. Lo ha dicho el Asesor de Vampiros.»

Sonia rodeó la fachada y se detuvo a varios metros de la puerta, sintiendo la escena. Era una costumbre que solía poner en práctica siempre que podía. La casa debía de ser preciosa con el sol de la mañana, con sus tablas de madera vista. Recién pintadas, por cierto. Las flores en la ventana y los adornos diligentemente dispuestos por la fachada le hacían pensar que allí vivían personas felices, de posible procedencia latina o hispana: en los maceteros había geranios, una costumbre del sur de España. La ventana tenía un alféizar grande con una bandeja. Sonia imaginó allí tartas de manzana, de jengibre y de calabaza, que debían de oler como la misma gloria.

Pero en el suelo había marcas de neumáticos y seguía sin haber ningún vehículo a la vista.

Decidió no llamar. Si alguna vez había estado en una escena con riesgo aparente, era esa.

La puerta no produjo ningún ruido al girar sobre sus goznes, ni lo esperaba; era evidente que quien viviera allí tendría las bisagras bien engrasadas. El interior también casaba con lo que había visto hasta entonces: muebles confortables y hogareños, pensados para la comodidad familiar. No faltaban los butacones dispuestos alrededor de una chimenea y una mesa camilla con varias revistas encima. Casa y Jardín, un catálogo de herramientas con anotaciones, un periódico de ideología demócrata y una novela de bolsillo que, aunque no reconoció, debía de tratar sobre intrigas y romances a juzgar por la portada.

Pero no había nadie.

Sonia olisqueó, arrugando ligeramente la nariz. Había un deje sutil a torrefacto, como si la cena se hubiera echado a perder. Era un olor que podía esperar en el apartamento de un oficinista en el centro de la ciudad, pero no allí. No encajaba con la señora o el señor que dejaba tartas caseras en la ventana. Pero era un olor antiguo y prácticamente ya desaparecido, como si hiciera tiempo desde lo que fuera que se había echado a perder.

Definitivamente, algo había interrumpido las vidas de esas personas.

Sacó la pistola de su funda y la mantuvo entre las manos, apuntando al suelo, lista para levantarla cuando la necesitase. Y resopló con suavidad. Era la parte que menos le gustaba, cuando se veía obligada a sacar la pistola. Su compañero lo llamaba «DEFCON 1». Lo echó de menos.

Caminó con cuidado por la habitación. No había signos de violencia en ninguna parte, nada fuera de lugar. Si había pasado algo, debía de haber sido en otra habitación, o en el piso de arriba.

Llegó a la cocina y encontró el motivo del olor: había una olla a presión sobre la placa de inducción, totalmente renegrida. Era una cocina moderna para lo que solían tener los granjeros por ese lado de Hillsdale, con muebles caros e immaculados, cacerolas de cobre puramente ornamentales colgando de una estantería llena de preciosos botes de especias y un frigorífico congelador de tamaño industrial. La placa, se dijo, debía de tener algún sistema de seguridad que había hecho que se apagara pasado un tiempo, lo cual era una suerte. Había visto ollas explotar por exceso de cocción que habían provocado una pequeña segunda guerra mundial.

Por lo demás, todo parecía en orden.

Parecía.

Había algo que...

Estaba pasando algo por alto. Su instinto chillaba como una rata acorralada. Había algo. Pero ¿qué?

Sonia siguió recorriendo las habitaciones. El cuarto de baño (que en la planta baja era apenas un aseo), y los dormitorios del segundo piso. No había nada fuera de lugar. Ningún cadáver. Ni una mancha de sangre. Solo un dormitorio principal, grande y bonito, y otro más pequeño que contenía lo básico; un cuarto de invitados, seguramente.

Y, sin embargo, su instinto seguía aullando.

«¿Quieres callarte?», se dijo.

Resopló y guardó la pistola en su funda.

«Se marcharon —se dijo—. Vieron u oyeron algo en alguna parte, o quizá vieron las noticias en la televisión y decidieron largarse a algún lugar. Cogieron el coche y se fueron.»

«Solo que no hay televisión en el salón», se corrigió.

Sacudió la cabeza y regresó al piso de abajo.

Y entonces, de repente, supo lo que estaba fuera de lugar.

No había puertas. En ninguno de los marcos había puertas, solo las bisagras desnudas. Sonia se acercó a una de ellas y descubrió marcas de fatiga. «Las quitaron hace tiempo —se dijo—, mucha gente las quita porque no las usan. Es normal.» Pero

entonces recordó la fachada recién pintada y el aspecto limpio y aseado del resto de la casa. Allí vivía alguien que mimaba su hogar; alguien que, probablemente, recorría la casa con un bote de pintura al menos una vez al año. Alguien que hubiera pintado las bisagras desnudas, por lo menos, o mejor aún, alguien que habría retirado las bisagras junto con las puertas y aplicado masilla para madera antes de pintar. Porque las bisagras a la vista son feas.

Su instinto se calló, complacido.

Puertas. ¿Para qué querría alguien unas puertas? ¿Qué tipo de uso podían tener, dadas las circunstancias? Sonia se pasó la mano por la mandíbula, pensativa.

Y ¿dónde estaban, por cierto? Había recorrido toda la casa, y no...

El sótano.

Una casa como aquella, construida sobre terreno propio, debía de tener un sótano. Era más probable que el hecho de que el sol saliese por el este. Se mordió el labio inferior y empezó a mirar alrededor. Resultó que la puerta estaba camuflada en las filigranas de madera de la escalera que conducía al segundo piso, debajo de ella, y pensó en Harry Potter. Se había leído los siete libros al menos tres veces, ¿cómo se le había pasado por alto?

Desenfundó el arma otra vez.

La puerta chirrió ligeramente. Era obvio que la familia que vivía allí no bajaba mucho al sótano.

Allí descubrió una escalera que descendía, oscura como la misma noche. No había ningún interruptor a la vista, así que sacó su linterna del cinturón y la colocó sobre la pistola. El imán del mango produjo un ligero clic al acoplarse, pero el haz iluminando los peldaños delante de ella la reconfortó.

Olía a humedad, pero también a menta rancia, a naftalina caducada, a armarito de cuarto de baño viejo con demasiados productos caducados. Al menos no olía a sangre. La sangre vieja, mezclada con el olor a alcantarilla, era el hedor más desagradable del mundo.

De pronto, su sexto sentido empezó a aullar de nuevo, esta vez con redobladas energías. Sonia cogió la pistola con fuerza, como si temiese que algo fuera a lanzarse sobre ella en cualquier momento. Si era un vampiro, más le valdría apuntar directamente a la cara, como había dicho Jimmy. Si un vampiro estaba deslizándose entre las sombras, en la oscuridad del sótano, sería cosa de una sola oportunidad. Un único disparo. Después...

Pero la amenaza no venía de abajo.

Venía de...

Sonia sintió que el estómago se le desgarraba. Era miedo, atenzándola como unos alicates de acero.

Se volvió y...

Jimmy dio un respingo.

Sonia apartó la pistola en el último momento.

—¡Jimmy! —graznó, en un tono tan bajo como pudo—. ¡Por el amor de Dios!

—¡Tardabas mucho! —dijo Jimmy.

—¡Jimmy, sal de aquí!

—¡Pensé que te habían cogido! —se excusó el muchacho—. No... no quería

esconderme, o salir corriendo. ¡Es lo que hice con mis padres y no volveré a hacerlo!

Sonia miraba a Jimmy y la procelosa oscuridad de la escalera alternativamente.

—Jimmy... ¡este sitio no es seguro! —susurró.

—¡Ahí fuera tampoco es seguro! —exclamó el chico.

—Maldita sea —exclamó Sonia—. Eres peor que un tábano, chaval. Vas a conseguir que nos maten, o algo peor.

—Me quedaré detrás de ti —susurró Jimmy—. No haré ruido, lo prometo.

Ella evaluó sus opciones con rapidez. No podría convencer a Jimmy de que saliera de la casa; era obvio que el chico no quería quedarse solo. Y si había ojos atentos en alguna parte (u oídos, para el caso), ahora que lo habían visto deambular por ahí y entrar en la casa, quedarse fuera ya no era una opción. Era demasiado peligroso.

—Está bien, idiota. Quiero que te pongas a mi espalda y te quedes ahí, ¿de acuerdo? Pero si pasa algo..., si las cosas se ponen feas ahí abajo, por el amor de Dios, ¡corre!

—De acuerdo —susurró Jimmy.

—Pero harás lo que quieras, como siempre —masculló ella—. ¡Joder, chico!

Jimmy no dijo nada.

El chico llevaba una luz en la mano, una especie de farolillo, alimentado por una pequeña provisión de aceite.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó.

—Una luz. Estaba en el tractor. No sabía si había luz en la casa.

—¿Y te has movido por ahí sin que te oyese? —preguntó Sonia—. ¿Qué eres, un puñetero ninja ?

El chico se encogió de hombros

—Está bien —dijo ella—. No sé ni qué hacemos aquí, de todos modos.

—Investigar, ¿no?

Sonia asintió.

—Eso es, chico. Pero necesitábamos un vehículo, ¿recuerdas? Nos estamos arriesgando innecesariamente.

No le dio oportunidad de responder; Sonia descendía ya los peldaños apuntando con la pistola. El haz de luz seguía los movimientos de su arma.

No tardaron mucho en encontrar los cuerpos. El sótano no era muy grande, de todas maneras, y ambos estaban apilados junto a los últimos peldaños. Constituían un espectáculo atroz, los rostros chupados como si acabaran de salir de un campo de concentración nazi. Un hombre y una mujer. A ella se le habían colado los ojos en las cuencas, que formaban dos bocas hundidas en una piel tirante y pálida.

—Dios mío —exclamó Sonia.

Había heridas en sus cuellos. La ropa estaba manchada, pero no demasiado.

Jimmy levantó su luz para iluminar la escena, y la llama acentuó aún más los contrastes de los cadáveres. Eran personas de cierta edad. La dentadura postiza de él sobresalía de su boca como si le viniera demasiado grande. Sonia puso la mano en la muñeca del muchacho y lo forzó a bajar el brazo.

—Se han alimentado de ellos —dijo Jimmy.

—¡Por todos los santos en el cielo! —exclamó ella.



—Los vampiros —explicó Jimmy, como si no estuviese seguro de que la mujer lo hubiera entendido—. Se han alimentado de ellos.

—Basta, Jimmy. Deja de...

Algo llamó su atención en el extremo opuesto de la sala. Allí habían dispuesto varias puertas conformando unos habitáculos estrechos, como nichos, apoyados en contenedores transparentes. Uno de ellos tenía una etiqueta escrita con una primorosa letra que decía: *ROPA DE VERANO. GEORGE*.

Eran las puertas que faltaban en el piso de arriba.

—¿Qué...?

—Ahí duermen ellos —dijo Jimmy—. En esos huecos.

Señaló un pequeño ventanuco ubicado cerca del techo. Era pequeño y estrecho, pero debía de dejar pasar la luz durante el día; no mucha, pero sí la suficiente como para molestar a un vampiro. Sonia comprendió: se habían construido una suerte de camas con lo primero que se les había ocurrido, unas puertas. Ni siquiera se les había pasado por la cabeza ir a los pisos superiores y usar las camas; podían haber echado las cortinas, o meterse en la bañera, pero...

«Pero no es lo bastante oscuro —se recordó—. O lo bastante seguro.»

Sonia sacudió la cabeza.

—Están... están chupados —susurró, incrédula.

—Se alimentaron de ellos —repitió Jimmy—. Eran demasiado viejos para ser vampiros, te lo dije. Como mi abuela. Así que...

«Por eso olía a menta rancia y no a sangre —se dijo Sonia, horrorizada—. Porque están secos. Están secos y huelen a naftalina podrida, a medicamentos caducados. A muerte.»

Los habían cazado allí. Aquellos vampiros, si es que eran vampiros, después de todo, los habían llevado al sótano para darles muerte. Por eso no había señales de violencia en el resto de la casa. Estaban haciendo la cena y los llevaron allí de algún modo, y bebieron de sus cuellos hasta que toda su estructura orgánica se derrumbó. Hasta que a ella se le hundieron los ojos en la cara.

—Está bien —exclamó Sonia—. Sal... salgamos de aquí.

No había terminado la frase cuando, de pronto, oyeron un ruido en el piso superior. Un ruido inequívoco, además, el que debía de haber producido la puerta principal al cerrarse.

Jimmy se encogió.

Con mucha rapidez, Sonia repasó mentalmente sus recuerdos inmediatos. ¿Tenía la puerta algún sistema de cierre automático que podía haber hecho que se cerrara, muy lentamente, con un clac final? «No», se dijo. Esos sistemas ofrecían algo de resistencia que hubiera percibido cuando la abrió. No había nada parecido. Dejó la puerta abierta y estaba segura de que Jimmy cruzó el umbral sin tocar nada, porque era un chico listo, y había demostrado que sabía moverse sin hacer ruido.

Entonces, alguien había entrado.

«Por Dios —rogó para sí—, que sea algún familiar que ha venido a ver cómo están papá y mamá, o algún vecino preocupado porque tienen las luces encendidas y George y su mujer siempre se acuestan a las siete y media. Por favor, Dios. Por favor.»

Pero su instinto tenía su propio discurso, y torcía su línea de pensamientos hacia

los nichos.

—Jimmy —susurró—. Ponte detrás de mí.

Jimmy obedeció. La luz de la lámpara provocó un delirante baile de luces y sombras por la habitación.

Y esperaron, oyendo pasos sigilosos y prudentes por el piso de arriba, que evolucionaban por la habitación, por encima de ellos. Tanto la mujer como el muchacho miraban al techo, siguiendo el ruido de los pasos, respirando con dificultad, el miedo produciéndoles un doloroso nudo en el pecho.

«¿Cuántos nichos? —se preguntaba Sonia—. ¿Cuántos nichos se habían construido quienesquiera que fuesen, ahí abajo, en las tinieblas? Tres —se respondió—. Tres nichos.»

Y entonces apareció una figura en lo alto de la escalera.

Sonia apuntó con su arma.

—¡Policía de Hillsdale! —exclamó—. ¡No se mueva!

El haz de la linterna iluminó un rostro deforme, con una boca espantosa, varias veces más grande que cualquier boca que hubiese visto jamás. Empezaba bajo la oreja izquierda y terminaba en la oreja opuesta, y allí despuntaba una hilera imposible de dientes enormes. Sus ojos eran dos fuegos fatuos en una cara manifiestamente animal. Y había sangre. Sangre en sus facciones, sangre alrededor de la boca, y sangre en la ropa.

Sangre.

Sonia disparó. El sonido fue como el de una explosión, y Jimmy agachó la cabeza con un alarido. El impacto alcanzó al monstruo en el hombro, que se desplazó ligeramente hacia atrás. Sin embargo, no dejó de mirarlos. Su boca se abrió con un siseo que podría haberse confundido con el sonido de una tetera, y mientras la mujer disparaba una segunda vez, el monstruo se lanzó hacia ellos.

Jimmy gritó.

Sonia tuvo aún tiempo de disparar unas cuantas veces más, mientras la amenaza saltaba literalmente los peldaños de la escalera, profiriendo un aullido enloquecido, los brazos extendidos hacia ellos. Ni siquiera pudo ver si lo había alcanzado. Quería gritar, pero no podía; ni tuvo tiempo tampoco para pensar en echarse a un lado. Solo disparaba.

El monstruo estalló en una llamarada de fuego.

Las llamas se apresuraron a devorar su ropa y le envolvieron el cuerpo, urgentes y hambrientas. Chocó contra ella y la arrojó al suelo con violencia, y la pistola (y también la linterna) volaron por la habitación.

El vampiro empezó a aullar, pero era un aullido diferente, grave e in crescendo. Se lanzó contra una pared y allí rebotó con un sonido hueco. Su pelo empezó a arder. Desde el suelo, Sonia vislumbró las dos hileras de dientes atroces que coronaban el pozo oscuro de su boca, y luego el vampiro giró sobre sí mismo y se lanzó entre las puertas. Las cajas transparentes con la ropa de verano de George salieron despedidas, y los tabloncillos cayeron sobre el cuerpo en llamas. Las piernas, que aún se libraban de las llamas, se sacudieron con espasmos violentos mientras el alarido crecía en intensidad.

Sonia miró a Jimmy, confusa, y descubrió lo que había pasado.

El muchacho había lanzado el farol encendido, con su pequeño suministro de aceite, contra el vampiro.

No dijeron nada. Salieron corriendo mientras Sonia pensaba que había dejado su pistola en el suelo del sótano y se repetía también otra cosa: tres. Tres nichos.

Salieron de la casa a la carrera y no pararon hasta que un dolor exquisito en el pecho les hizo detenerse. Se tiraron al suelo, respirando agitadamente, y temblando.

Sonia miraba al muchacho, con su mechón de pelo idéntico al de Tintín.

Le había salvado la vida.

El chico le había salvado la vida.

Y aunque seguía sin mediar palabra, le pareció que le decía: «¿Lo ves? ¿Ves cómo son vampiros, los vampiros de las novelas, de los videojuegos, de las películas de Hollywood?».

Y Sonia asintió, con los ojos llenos de lágrimas, mientras, a cierta distancia, la casa empezaba a arder.

## DESPUÉS

---

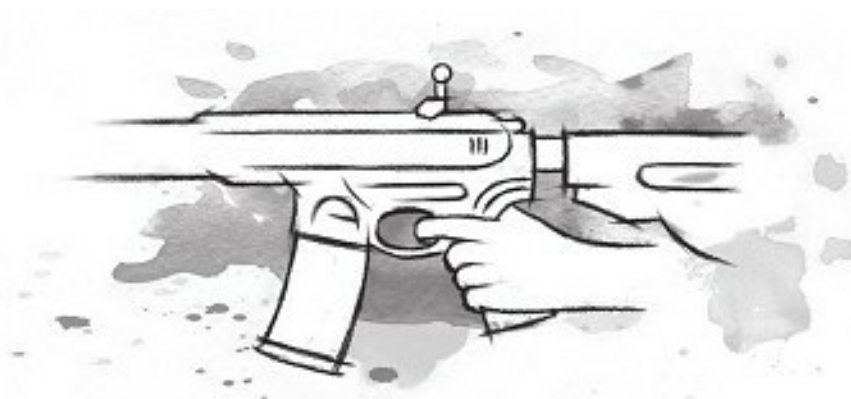
### EXTRACTO DEL INTERROGATORIO A JOHN COLE

Ah, sí. Esa foto. Verá puede que sepa una o dos cosas sobre vampiros, y puede que usted también. Sin embargo, me apuesto dos de mis ocho dedos a que las cosas que sabe usted son basura de categoría, chorradas televisivas, gilipolleces que unos mamones de la industria del cine nos vendieron una y otra y otra vez. Ha visto sus cadáveres. Si no quieren reproducirse y crear más vampiros, no muerden en el cuello dejando ver dos pequeñas marcas. No, joder. Esos monstruos son como lobos; devoran los cuerpos desde la yugular hasta el corazón, abriéndose paso a través de los huesos. Todo perdido de sangre. Y puede olvidar también toda esa mierda sobre los crucifijos y el ajo: un crucifijo es tan útil como un pegote de plastilina contra un tráiler sin frenos en una pendiente. Lo único que puede con ellos es la luz del sol, eso y arrancarles el corazón por cualquier medio que pueda imaginar. Pero vaya , sus huesos son duros como el puto diamante. Yo uso dinamita. Creo que el mito de la estaca viene de la abertura que hay que realizar para incrustarles un barreno en el pecho. En fin. Sobre el hombre de la foto ustedes no lo entienden. Los vampiros tienen sus siervos, que los cuidan durante el día. Personas que parecen normales pero lo son tanto como un pedo que no huele. A esos suelo meterles un balazo entre ojo y ojo, pero siempre fuera de la casa. Como en la foto. Ese tipo era duro. Quería que saliera. ¿Quién coño hizo la foto? Me he vuelto descuidado con el tiempo. Pues bien, sepa que los vampiros crean vínculos con sus casas, y no querrá estar en una de esas mientras ellos duermen en sus sótanos oscuros. No, señor. Le explotará la cabeza. Lo dejará flipado de por vida. Verá cosas que no podrá olvidar jamás, y algunas son alucinaciones, pero otras no. Oh, otras no. ¿La historia del ajo? (risas). La historia del ajo debe de ser una jodida broma que esos cabrones han ido haciendo circular a lo largo del tiempo. Enfrentese a un vampiro con un ajo y se lo meterán por el culo hasta dejarlo bien instalado debajo del bazo. Lo he visto.

---

## Capítulo 5

JARED



1

La Guardia Nacional contaba con unos nueve mil efectivos solamente en el estado de Nueva Jersey, pero el gobernador no los movilizó a todos hasta dos horas después del anochecer del tercer día, cuando estuvo claro que haría falta toda la ayuda que pudieran necesitar; incluso nueve mil parecían pocos. Se hablaba de que el presidente podía federalizar la Guardia y hacerlos formar parte integrante del aparato militar norteamericano, pero los más veteranos movían la cabeza con desdén y desechaban la idea. «No lo hará, ¿para qué? —decían—. El país tiene suficientes efectivos para hacer frente a esta crisis de mierda. Los del primer batallón del regimiento 254 de infantería sabemos cómo son las cosas. Eso sí, no esperes soltar tu rifle el lunes y volver al trabajo que tengas entre semana, aquí hay tarea fina.» Hacia las cuatro de la mañana, de todas maneras, las cosas en Hillsdale estaban tan descontroladas que habían ordenado retirar a todo el mundo hasta el perímetro de seguridad más allá de los límites de la ciudad.

—Pero ¿qué dice, hombre? —preguntó Jared—. Ahí dentro ha estallado la tercera guerra mundial, ¿y quiere que nos quedemos mirando?

—Son las órdenes, ¿entiende?, ¿sabe lo que es eso? —dijo su superior—. Ahora póngase con los otros si quiere ayudar, y no me dé por el culo.

Jared sostuvo su arma entre las manos, incrédulo.

—Perdone, señor, teniente, general, lo que sea. Somos la Guardia Nacional. Protegemos a la población civil. Si nosotros no ayudamos a la gente que queda en sus casas, ¿quién lo hará?

El superior resopló, hastiado.

—¿Qué parte de «no me dé por el culo» no ha entendido? —exclamó—. ¿Quiere pegar tiros, es eso lo que quiere?, ¿por eso se alistó? ¡Pues váyase ahí detrás y vuélase la cabeza, quizá así las órdenes directas le entren mejor!

Se dio la vuelta y se fue caminando entre los miembros de la Guardia que tomaban café y bocadillos.

«Bocadillos —pensó Jared—. Hay una oportunidad para poner los huevos sobre la mesa y hacer valer el peso de una bala, y estos estúpidos paletos y tripones prefieren atiborrarse de putos bocadillos.»

Miró cómo sorbían de sus tazas calientes y murmuraban con fingida preocupación y sintió asco.

—Tranquilo —dijo alguien a su lado—. Te entiendo.

Era un tipo delgado que no debía de andar ni por la treintena, con un pulcro corte de pelo y de aspecto aseado. Jared apostaba a que tenía los dedos romos de deslizarlos por un puto iPad cuando no miraba su televisor con setecientos millones de líneas de resolución.

—¿En qué cuerpo estás, hijo? —le preguntó Jared.

—En la 50. Eh... división química. Antes estaba en la 154, purificación de aguas. Pero... obtuve el doctorado y...

El doctorado. Jared puso los ojos en blanco.

—División química —soltó—. Y dime, hijo, ¿qué es lo que entiendes?

—Oh, pues... tu frustración, claro.

—Mi frustración —repitió Jared.

—Sí, ya sabe. Hay gente pasándolo mal, y nosotros nos quedamos aquí. No es lo correcto, ¿no cree? Creo que se da cuenta de eso. Dicen que los soldados se ocupan, pero... bueno, me han dicho que no van demasiado bien.

Jared lo miró. Estaba pensando que quería pasarle una mano por el pelo y despeinarlo, a ver si conseguía que pareciese un hombre y no un maniquí de un catálogo de universitarios con los huevos encogidos.

—Hey, ¿puedo contarte un secreto? —preguntó Jared.

—Sí, claro que sí —exclamó el joven, acercándose a él y adoptando un tono confidencial.

Jared acercó la cabeza a su oreja.

—No me frustro porque haya gente muriendo. La gente me suda la polla tres mil veces. Me frustro porque he venido a reventar gente con mi fusil, porque reventar pechos con este fusil me la pone gorda, y tengo que quedarme aquí a comer bocadillos y café con una manada de desviados.

El muchacho pestañeó y apartó la cabeza, mirándolo a los ojos. Jared supo que quería saber si estaba de broma, así que sostuvo su mirada por un rato, para hacerle comprender.

—No debería decir esas cosas —dijo el muchacho—. Es... es horrible.

—Claro que es horrible —respondió Jared—. Por eso estoy aquí. ¿Lo entiendes, chico? Solo el horror te hace levantar la cabeza y respirar, pero respirar de verdad. El horror te hace sentir vivo de nuevo; es lo que nos sacó de las cuevas y nos hizo enfrentarnos al misterio profundo del fuego, el miedo íntimo a la oscuridad. Al horror, como el horror de la verdad desnuda de un disparo en el pecho. No hay nada más honesto que eso.

—Está usted loco —exclamó el muchacho, visiblemente asustado.

—¿Me lo dices a mí? —exclamó Jared—. Al otro lado de esa calle hay un infierno de sangre y violencia, y aquí tomamos café y bocadillos. ¿Y yo soy el loco? ¿De veras?

El muchacho sacudió la cabeza y se apartó, sin poder desviar la mirada de sus

ojos.

—¡Me llamo Jared Bossier, chico! ¡Búscame cuando el horror te deje sin laca para el pelo y hablaremos de la locura!

Sonrió mientras el chico desaparecía entre los tipos gordos y barrigones que olían a cigarrillo y a beicon caliente.

Acababa de decidir que estaba hasta la polla de órdenes sin sentido y bocadillos; se colocó el rifle sobre el hombro y echó a andar.

## 2

Los primeros edificios del extrarradio de la ciudad se hicieron visibles cuando el cielo empezó a clarear por el este. Sonia se alegró de esa visión más de lo que se había alegrado nunca por ninguna otra cosa; más que cuando su amiga Mam dio a luz a la pequeña Raquel, una preciosidad minúscula que era toda pelo negro y ojos. Sintió alivio, y notó que una pesadumbre insoportable empezaba a mitigarse en algún lugar, a fundirse como el hielo eterno que permanece en la ladera de alguna montaña. La luz traía esperanza, era la confirmación de que habían conseguido superar la noche, contra todo pronóstico, y de que, si las cosas eran como parecían ser, tendrían unas buenas horas de tregua.

En su cabeza fulguraban los esbozos de varios planes de acción. El teléfono ya no servía para nada, daba error cada vez que intentaba llamar, así que buscaría un modo de contactar con la comisaría para informar de todo lo que sabía. Lo que habían visto. Lo que habían vivido.

«No te van a creer una mierda —se decía—. Tan pronto menciones la palabra vampiro vas a perder toda la credibilidad que te has ganado con los años. Jesús, hasta podrían quitarte la pistola.»

«Pero puedo contar lo que ha pasado y dejar que ellos le pongan la etiqueta que quieran —se respondió—. Un vampiro es, en esencia, un asesino.»

Funcionaría, decidió. Tal vez. Solo debía procurar dejar al chico al margen cuando hablase con su superior.

«Ya verás qué risa cuando cuentes lo de la mujer desnuda y los soldados suicidándose.»

Frunció el ceño.

—Ánimo —dijo entonces, mirando a Jimmy—. Ya mismo llegamos.

—¿No tienes miedo de lo que encontraremos? —preguntó él.

—¿Lo que encontraremos? ¿A qué te...?

Se detuvo.

—Oh.

La ciudad, claro. Los cadáveres en las calles. Si la segunda noche había sido mucho peor que la primera, ¿qué tipo de horrores habría conocido Hillsdale en las horas en que habían estado fuera?

Pensó en Douglas, su ex. Pensó en su voz al teléfono.

«Essscondido».

—Bueno. No lo sé, Jimmy. Vino mucha gente, ¿sabes? El ejército, los SWAT, la Guardia Nacional y policías de muchas ciudades. Muchos sabían más o menos a qué

nos enfrentamos. No es como... las noches anteriores, ¿sabes?

Jimmy no dijo nada.

—Lo habrán controlado —dijo, más para ella misma que para él.

Pero siguieron andando, y la Hillsdale que encontraron era muy diferente de la que dejaron el día anterior.

Quizá lo que les llamó más la atención, aun cuando no habían empezado a moverse por las primeras calles, fue el profundo silencio. Era lunes por la mañana, e incluso a esas horas, esa zona de la ciudad debería contar con tráfico suficiente para hacerles llegar el rumor sordo y lejano de los coches que empezaban con las tareas del día. Sonia comprendía que el nivel de alerta debía de haber paralizado toda la actividad, pero allí estaba el aserradero Benford y los polígonos, con literalmente cientos de negocios que constituían el tejido empresarial de Hillsdale. Aun si resultaba comprensible que dicha actividad se hubiera detenido por completo, debería haber sonidos de sirenas lejanas, y...

«Y un control —pensó—. ¿Dónde está el puñetero control?» Los soldados, o los compañeros del cuerpo, o la Guardia Nacional, controlando los accesos y las salidas por ese lado de la ciudad. El perímetro de cuarentena que habían dicho que instaurarían, antes de que se fuera a investigar la base Orestes. Si cualquiera podía salir y entrar de la ciudad con total libertad, ¿cómo iban a asegurarse de que...?

Recordó a los ancianos de la granja.

«El control se ha jodido —pensó—. Si Hillsdale se les ha quedado pequeño a esos monstruos, ahora mismo estarán donde quieran estar. En Saddle River, en Westwood... O más lejos aún. Por eso no hay control aquí, ni aquí ni en ninguna parte.»

—Mira —dijo Jimmy.

Sonia miró. Había un coche estrellado contra la pared de un edificio feo de ladrillo visto, con el morro retorcido y la puerta trasera abierta. Y vio una mano exangüe sobresaliendo del asiento, con los dedos apuntando hacia el cielo. No era un espectáculo diferente del que había visto en otras zonas de la ciudad, pero sí que era inesperado. Todavía estaban demasiado lejos de las zonas afectadas.

«De las zonas afectadas de ayer», se recordó.

Y mirando el coche, torció la cabeza y el gesto. Solamente entonces comprendió, al fin y realmente, la gravedad de la situación. Su crecimiento exponencial. Su dimensión. La calle vacía y muerta, el silencio ominoso y terrible. Douglas susurrando «essscondido» al teléfono. Y se dijo que si acaso conseguía llamar a alguien, solo encontraría más silencio al otro lado de la línea. ¿La chica de la peluquería? Muerta, como el señor Lorenzale. La mujer que paseaba a su perro y que, por alguna razón, la miraba con suspicacia cada vez que se la cruzaba en su propia calle, muerta. El chico pelirrojo del Starbucks que siempre le escribía algo gracioso en el vaso, muerto. Toda persona que hubiese conocido o tratado en Hillsdale podía estar muerta: sus amigos, los amigos de sus amigos, los familiares de sus amigos («oh, la madre de Anne no, por favor, la madre de Anne no»). Muertos.

Y no había avisado a nadie.

No había podido avisar a nadie.

Pudo haber llamado y haberles dicho: «Las cosas están mal, están peor que mal. Coged el coche, o un autobús, o lo que sea, y largaos a ver un musical en Manhattan, o



en Maine, pero marchaos, y marchaos YA.»

Pero no lo hizo.

—Todo ha ido tan rápido... —se oyó decir entre sollozos.

Miró a Jimmy, que, a juzgar por su expresión, parecía estar pensando lo mismo. Y pensaba, de hecho, en sus padres, que podían haber andado por ahí esa misma noche con la boca cuajada de dientes y los ojos ansiosos («¿dónde estás, Jimmy, pequeño Jimmy?»). Y en su abuela, cuyo último consejo había sido que se apartara de la ventana de noche. Y pensaba en Grace Moore, que estaba en su clase y olía a champú de fresas y a chicle de melón, y que tal vez estuviera muerta. Y en Matt White, que era un bravucón y un buscabroncas de cuidado, pero que tal vez estaba muerto también.

Y el tío George.

Y el señor Campbell, de la tienda de LEGO del centro.

Y...

—Oh, Jimmy —exclamó Sonia, sin poder añadir mucho más.

Jimmy asintió, pero tampoco pudo decir nada.

Se abrazaron, y por un rato eso fue todo.

### 3

Uno llega a acostumbrarse al horror, gracias al cielo. Eso lo sabe cualquiera que haya servido en el ejército y haya tenido la mala fortuna de formar parte de una guerra; uno llega a quedarse dormido en una trinchera apoyado en el hombro de un compañero o un enemigo al que una explosión le ha arrancado media cabeza. Es lo que permite que un detective de homicidios en una ciudad grande pueda enfrentarse a tres o cuatro casos por semana, por ejemplo, y aún consiga levantarse el domingo por la mañana con ganas de huevos fritos, porque hay crímenes que pueden arrancarte el alma si no te acostumbras. Es quizá un mecanismo de protección del cerebro, o la confirmación de un recuerdo ancestral de tiempos más duros, cuando el hombre progresaba con ahínco entre la barbarie, siglos atrás, y muchos morían de manera violenta y muy pocos llegaban a viejos.

Pero Jimmy era aún muy joven, y aunque caminaba cabizbajo por las calles donde no era inusual encontrar cadáveres o incluso restos de cuerpos, parecía destrozado.

—Jimmy, ¿estás bien? —susurró Sonia.

Caminaban por una amplia avenida comercial, por lo general concurrida, y la aterró tener que recurrir al susurro para hablar. Diciembre avanzaba con rapidez, y aunque fuese lunes, a esas horas siempre había alguien haciendo compras navideñas por estas calles. Los altavoces escondidos en los árboles entonarían cualquier cosa, desde Jingle Bells a Santa's In the Town, y un señor disfrazado de Papá Noel con un almohadón debajo del traje rojo, con la barba blanca mal puesta, sacudiría su taza con un par de monedas. Allí estaba el Walmart, la librería El Duende Azul, y aquella tiendecita que vendía decoraciones artesanales, y la gente entraría y saldría con un par de bolsas. Pero estaban todas cerradas, y los adornos navideños colgaban de sus cables mecidos por el viento, como ahorcados.

—Solo estoy cansado —dijo el muchacho.

—Claro. Anoche no dormimos nada.

—La noche anterior tampoco dormí nada.

—¿Qué? Oh, chico, ¿llevas dos noches sin dormir? Eso... eso es demasiado...

—La verdad es que siento la cabeza como acolchada. Y los ojos arenosos.

—Sé lo que se siente —dijo Sonia—. Cuando tienes un trabajo como el mío, terminas acostumbrándote a los turnos dobles, y triples, y duermes diez minutos en el coche cuando puedes hacerlo. Pero no es bueno. Intenta aguantar un poco más, ¿vale?

Sacó el teléfono e intentó llamar otra vez, sin resultado. Apretó los dientes. Sería tan fácil hacer una llamada...

—Quizá podamos buscar un vehículo —exclamó—. Después de todo...

—Eso estaría bien —admitió Jimmy enseguida.

—De acuerdo. Veamos, tal vez...

Sonia salió de la acera, pasando entre dos coches para echar un vistazo, y percibió un obstáculo en el suelo con la visión periférica. Tuvo que dar una zancada para evitar pisar un cuerpo caído. Estaba tendido en el suelo, con la cabeza apoyada en un brazo, un bulto marrón sobre una mancha oscura que, en el asfalto, podía pasar por un residuo de grasa.

—Jesús —exclamó—. Cuidado, chico.

Jimmy se quedó mirando el cuerpo.

Ella se agachó y le puso dos dedos en la muñeca.

—Dios mío —exclamó después de unos instantes—. Este hombre está vivo...

—Pero ya lo sabías —dijo el muchacho.

Sonia asintió.

—Supongo que sí —dijo—. Pero... pero...

—Son vampiros —susurró Jimmy mientras miraba el cielo. Era todavía temprano y el sol no había alcanzado aún toda su intensidad. Además, una alfombra de nubes recorría el cielo de manera irregular, reduciendo la cantidad de luz que llegaba hasta la calle—. O serán vampiros, tal vez esta noche o tal vez mañana por la noche. No se han alimentado de él, como de los granjeros de la casa. Este es como... como un huevo de vampiro. Así es como funciona. Así es como ganan.

—Dios mío —gimió Sonia, mirando alrededor. Su instinto de policía descubrió una persiana caída en una ventana de un segundo piso, y un cubo de basura tirado junto a la puerta trasera de una cafetería, asomando por el callejón. Y un maletín de aspecto caro en mitad de la calle. Definitivamente era un maletín que podía costar, fácilmente, quinientos dólares en Sears. Cosas fuera de lugar. Pequeños indicios de que, tal vez en esa misma calle, en las viviendas sobre los locales comerciales, en las trastiendas de los comercios, había gente a la que habían mordido y dejado en cualquier lugar, como... ¿cómo había dicho Jimmy? Huevos. Huevos de vampiro.

Y aquel hombre, como muchos otros, estaba allí sin que nadie lo atendiese. Ninguna ambulancia iba a venir a por él, y probablemente nadie más iba a agacharse a tomarle el pulso durante el resto del día.

—¿Cómo se para esto, Jimmy? —preguntó ella—. ¿Qué... qué podemos hacer para parar esta pesadilla?

—No lo sé —respondió el muchacho—. No lo sé.

**GRABACIÓN 101. MEDUSA. 05.A.04/HSUX0**

Maxwell Alexander, Dr.

Por algún motivo, la conversación de hoy con Elexia no ha quedado registrada en las cámaras. Otra vez. Se supone que trabajamos en unas instalaciones con la mayor financiación gubernamental y privada que ha conocido el hombre desde que fuimos a la Luna en el 69, pero nuestros técnicos no consiguen grabar lo que ocurre en una habitación.

He transcrito la conversación con tanta fidelidad como he podido en el documento adjunto (al menos las partes relevantes), pero a efectos de este informe, quisiera comentar una pregunta que Elexia me hizo a las 04.34 horas, según el reloj de la sala: «¿Hay otros como yo?». La cuestión en sí no me llamó especialmente la atención. Elexia sabe que no es como nosotros, y la pregunta me parece legítima. Mi mente estaba preparada para responder con sencillez: «No, que sepamos», pero percibí algo en el fondo de mi mente. No creo que fuera yo quien respondió de inmediato, de hecho. Fue ella. Yo pronuncié la respuesta, pero fue ella quien respondió por mí, con la información de que disponía. Creo que si me hubiera preguntado por el saldo de mi cuenta bancaria, o el código PIN de mi teléfono, se lo habría dicho sin reparos, o quién asesinó a JFK, si lo hubiera sabido. Le habría dado cualquier información confidencial que hubiese deseado obtener de mí. No fui consciente hasta tres horas después, cuando la sesión hacía tiempo que había terminado y conducía por el patio hasta mis habitaciones; cuando me alejé de ella.

Esto marca un antes y un después en nuestros protocolos de actuación. Es importante solucionar los problemas técnicos con las grabaciones e instalar algún dispositivo especial de emergencia por si Elexia desea acceder, de nuevo, a algún tipo de información que no se desea revelar. Debemos poder interrumpir la sesión tan pronto advirtamos que algo así está ocurriendo.

Démonos cuenta de que podría, tal vez, haberme ordenado hacer algo. Por cómo hurgó en mi mente y me obligó a responder con desnuda sinceridad, creo que habría podido pedirme que anulara los controles de seguridad, y creo que lo hubiera hecho. Tal vez. Pero Elexia decidió preguntarme: «¿Hay otros como yo?». No creo que quisiera conocer la respuesta a esa pregunta, o no habría usado ese nuevo, terrible y desconocido poder. Creo que lo que en realidad quería preguntar es sutilmente diferente: «¿Han encontrado ya a los otros?».

—¡Cuéntame algo, chico! —dijo ella con fingido entusiasmo. Jimmy parecía tan cansado que Sonia creía que iba a desplomarse en el suelo en cualquier momento—. Algo divertido, ¿eh? ¡Tienes trece años!, a esa edad te pasan cosas divertidas continuamente.

Caminaban ahora por Warwick, un bulevar que no quedaba ya demasiado lejos de la comisaría. Solo necesitaban hacer un esfuerzo más y su periplo habría acabado. Ella se integraría de nuevo en el cuerpo y Jimmy podría dormir un poco. Seguían

caminando, por cierto. Sonia fue incapaz de encontrar un solo coche abierto y con las llaves puestas, y eso al menos no le pareció una circunstancia tan desafortunada: aportaba un no sé qué de normalidad a aquella mañana nublada.

Con el paso de los años, el bulevar Warwick se consideraba ahora pleno centro. Era lo que ocurría con las ciudades cuando crecían, y en los últimos tiempos Hillsdale podía hablar de un crecimiento exponencial, y no solo en población, también en zonas comerciales e industria. El negocio de la madera estaba desplazando rápidamente a los antiguos negocios familiares de granjeros, y las bondades de la zona habían propiciado el crecimiento de sectores que no habían tenido demasiada presencia en Hillsdale: turismo (en particular ocio y deportes al aire libre), pero también abogados, empresas de tecnología y muchos otros. Sonia se dijo que, después de aquel fin de semana, tanto el censo como el tejido empresarial de la ciudad iban a quedar dramáticamente desmantelados. Caminar por el bulevar Warwick cuando el reloj daba ya las once menos veinte de la mañana y verlo vacío era como ir al Yankee Stadium y estar solo presenciando un partido importante. No era triste. Era escalofriante.

Jimmy pareció pensar en la pregunta de Sonia durante unos momentos, hasta que al fin sonrió.

—¿Sabes? —dijo—, en casa teníamos un ficus enorme en el jardín de atrás. Me gustaba trepar por sus ramas cuando era niño. Las ramas de los ficus son grandes y suaves, no como las de otros árboles. Pero... de repente, llegaron los pájaros y empezaron a instalar nidos. Me sentía como un... invasor. Tenía miedo de tirar algún huevo, no sé. Creo que me hubiese sentido mal si, por mi culpa, se hubiera roto alguno.

—Buen chico —dijo Sonia.

—Con el tiempo, llegó a haber una población muy grande de pájaros. Estaban fuera todo el día, pero un poco antes del anochecer regresaban y armaban un jaleo enorme durante un buen rato, ¡pero enorme! Si te ponías debajo e intentabas tener una conversación no había manera de oír nada. Y por las mañanas, ¡otra vez!

Sonia rio.

—Mi padre... bueno, no tiene... no tenía muy buen humor. Casi siempre estaba enfadado. Mamá decía que era porque trabajaba demasiado. El caso es que acabó harto del jaleo de los pajaritos, sobre todo cuando empezaban a armarla al amanecer. Te obligaba a levantarte temprano, fuese martes o domingo.

»Un día, mi padre llamó al tío George. Trajo un barreño y una caja de azufre en polvo. Dijo que, cuando el azufre se quema, suelta un humo que deja tumbados a los pájaros en un momento. A mí no me gustaba la idea, pero no dije nada. Sabía que cuando mi padre decidía algo no había mucho que discutir.

—Ya —exclamó Sonia—. Te entiendo.

—Esperaron al atardecer, cuando había más pájaros en el árbol, todos piando y piando, como si gritaran. La cosa es que... —sonrió de nuevo— el tío George le dijo a mi padre que el espectáculo iba a ser alucinante, que los pollos (así llamaba mi tío a los pájaros) iban a caer en masa, PUM, desplomados al suelo, y que a juzgar por el ruido y las cagadas bajo el árbol, podían ser cientos. Le dijo que cogiera la cámara, que se subiera a una de las ramas más bajas y que tratase de capturar el momento.

—Oh —exclamó Sonia.

Jimmy empezó a reír con ganas.

—Mi padre cogió una escalera y se subió. Llevaba su cámara nueva, una Nikon que le había costado un montón de dinero, con un objetivo que sobresalía como un telescopio. Había esperado mucho para comprarla, porque mi madre siempre decía que otras cosas eran más prioritarias, y que una cámara tan grande era una excentricidad. Pero mi padre solía salirse con la suya cuando se trataba de sus caprichos.

—Estoy temiendo lo peor —dijo Sonia sonriendo.

—¡Sí! —asintió Jimmy, contento—. Mi tío echó todo el azufre en el barreño y lo prendió. ¡Aquello empezó a arder como la pólvora! En serio, ¡fue muy rápido! Salió un humo increíble, en serio, ¡humo instantáneo! Mi padre estaba justo encima, así que...

Sonia se llevó las manos a la boca, anticipándose a la historia.

Jimmy seguía riendo.

—¡Mi padre cayó al suelo, prácticamente inconsciente! Mi tío George empezó a reír, decía... decía que había cazado un buitre enorme en el árbol, y yo empecé a reírme también... ¡Un buitre, un buitre gordo!

—Ay —exclamó Sonia—. Pero tu padre... ¿estaba bien?

—¡Oh, no le pasó nada! —se apresuró a decir Jimmy, todavía risueño—. Se levantó casi en el acto, pero la cámara... ¡la cámara estaba destrozada! El objetivo se había caído al suelo y estaba roto por varias partes, y el... el cacharro en sí no quedó mucho mejor.

—¡Ay, pobre! —gimió Sonia.

Jimmy sacudió la cabeza.

—Oh. No sé. A mí me pareció bien —exclamó Jimmy—. Solo fue un golpe, ni siquiera se hizo nada. Pero matar así a todos aquellos pájaros... no sé. Creo que fue un... un castigo justo, ¿no?

Sonia asintió.

—Vaya —dijo—. Un buitre gordo.

Jimmy soltó una carcajada.

—Mi padre estaba muy gordo por esa época —explicó—. Y el tío George sabía que le molestaba que se metieran con su tripa.

—Ya veo. ¡Vaya! —Pensó durante unos momentos—. Gracias, Jimmy.

—¿Por qué?

—Te había pedido algo divertido —dijo Sonia—. Y creo que a esta ciudad le venían bien las risas de un chico tan guapo como tú.

Jimmy pestañeó y sufrió una especie de proceso inexplicable de coloración de la piel: se puso rojo, morado, y otra vez rojo, hasta que se descubrió mirando al suelo con una sonrisa extraña pegada a los labios.

Sonia sonrió de nuevo.

## 6

A las once menos cinco, cuando enfilaban ya la avenida Liberty Bay, encontraron un grupo de gente que venía andando por la calle. Se vieron prácticamente a la vez, y la reacción de Sonia fue proyectar su brazo como para proteger al muchacho.

—¡Eh! —dijo uno de ellos—. ¡Eh, oiga!

Sonia se tranquilizó. Su instinto la había puesto alerta porque, al fin y al cabo, Hillsdale parecía una ciudad sin ley, y cuando eso ocurre, uno puede esperar casi cualquier cosa de la gente: robos, hurtos, pillaje, vandalismo en las tiendas, y cosas aún peores. Quizá el problema es que ni siquiera parecía quedar gente como para temer por los comercios. Pero no vio en aquel grupo elementos que la preocuparan: un matrimonio de ancianos y, detrás, dos mujeres también de cierta edad, seguidas por una mujer que llevaba una niña en brazos.

—¿Están ustedes bien? —preguntó Sonia.

—Por el amor de Dios —exclamó el anciano—. ¿Que si estamos bien? Estamos a mil millones de kilómetros de estar bien. ¡Es usted la primera persona que vemos en toda la mañana!

—Creíamos que era el fin del mundo —dijo la mujer, y acto seguido se santiguó.

—¿De dónde vienen? —preguntó Sonia.

—De los apartamentos Marley, ¿sabe dónde quedan?

—Conozco los apartamentos Marley. Están a una buena caminata de aquí.

El hombre asintió con la cabeza firmemente.

—Así es. Pero ¿qué quiere que hagamos? ¡Hemos estado intentando llamar toda la mañana!

—¿Les funcionaba el teléfono?

—¡No, señorita policía! —dijo la mujer—. ¡No funciona en absoluto!

—¿Móvil o fijo? —preguntó Sonia.

—Ni uno ni otro.

—Entiendo. ¿Y adónde pensaban llegar?

—Bueno, se nos ocurrió ir a la iglesia. Oímos que mucha gente había ido allí a rezar. Allí estaremos bien. Yo quería ir ayer, antes de lo de esta noche, pero aquí mi señora es más tozuda que una mula vieja. ¡Las iglesias siguen siendo iglesias! Que yo sepa aún se respeta eso.

—¿Qué iglesia es esa? —quiso saber Sonia.

—La de Palo Alto. El reverendo es Arthur McConner. Es irlandés, ¿sabe?, pero es un buen tipo.

Sonia sonrió.

—Seguro que sí. ¿Está bien la pequeña? —preguntó, señalando a la niña con la cabeza.

—La pequeña está bien. Todos estamos bien. Pero ha sido una noche bastante escalofriante, ¿sabe? —Torció el gesto—. ¿Dónde demonios estaban todos ustedes cuando llegaron todos esos... asesinos?

El anciano la miraba de manera inquisitiva. Estaba asustado, eso era obvio, pero había algo más en su mirada, y Sonia supo enseguida lo que era. La había visto otras veces, cuando había algún accidente de tráfico o un robo, o un altercado de cualquier tipo, y por el motivo que fuera, ellos llegaban con algo de retraso. Era una mirada de reproche. No la miraba a ella; miraba al Cuerpo de Policía de Hillsdale.

«¿Dónde estaban? ¿Dónde estaban todos mientras la ciudad se iba al carajo, señorita agente de policía?»

—Lo siento —se lamentó Sonia, sin saber qué otra cosa decir—. ¿Qué les ha ocurrido? ¿Han visto... asesinos?

Las dos mujeres se miraron, perplejas.

—¿Que si hemos visto asesinos? —preguntó el anciano, casi sin aliento.

—No eran asesinos —dijo una de las mujeres—. Eran monstruos.

—Yo no vi nada —dijo la anciana—. ¡Tenía taquicardias! ¡Ya tuve bastante con los gritos!

—Nosotras sí que miramos —dijo la mujer, y de repente, se calló. Abrazó a la niña con fuerza y sostuvo la mirada de Sonia con una expresión dura.

Era obvio que no iba a contarle los detalles con su hija en brazos.

—Está bien —dijo Sonia—. ¿Tienen un vehículo?

—Tenemos vehículo —explicó el anciano—. Pero no se puede conducir por ese lado. Hay demasiados coches en la calle. Y demasiados... —Sacudió la cabeza—. Demasiados... cuerpos.

Sonia asintió con gravedad.

—Demasiados cuerpos...

—Por toda esa parte es peor —dijo la mujer con la niña en brazos—. Pero usted debería saberlo. ¿Cómo es que no lo sabe?

—Es una larga historia —explicó, sintiéndose otra vez culpable—. Escuchen. Vayan a la iglesia, es buena idea. Enviaré a alguien allí tan pronto llegue a la comisaría. —Miró brevemente a Jimmy—. ¿Quieres ir con ellos?

Jimmy negó con rotundidad, sacudiendo la cabeza con firmeza.

—¿Estás seguro? Podrías dormir un rato mientras...

—No —la cortó Jimmy.

—Está bien.

—De acuerdo —dijo el anciano—. Manden a alguien. Manden a alguien a todas partes. Y en cuanto a los apartamentos Marley, van a necesitar uno o dos camiones, ¿sabe? Nunca había visto nada parecido.

Se despidieron brevemente, aunque ninguna de las mujeres quiso estrecharle la mano. Sonia los vio alejarse. La mujer de más edad caminaba con cierta dificultad, y la apenó profundamente no poder hacer nada mejor por ellos.

—¿Por qué no has querido ir a la iglesia con ellos, Jimmy? —preguntó Sonia.

—¿Para qué? No habría sido diferente que dejarme dentro de cualquiera de estos edificios.

—Bueno..., es una iglesia. Suelo sagrado, ¿no crees?

Jimmy negó con la cabeza.

—Puede que, antiguamente, una iglesia fuera algo especial. Hoy día no es más que un trozo de suelo con paredes y techo. No creo que ninguna de las iglesias que hay en toda la ciudad sea nada parecido a suelo sagrado.

Sonia resopló.

—Por el amor de Dios, chico —exclamó—. Tienes trece años. Deja algo para los treinta.

Pensó durante un momento, mirando los edificios que los rodeaban.

—Puede que haya mucha gente como ellos en la ciudad —dijo—. Pero no tienen la esperanza y la fe que ha sacado de sus escondites a esta gente.

—A veces he tenido la sensación de que nos observaban —susurró Jimmy—, desde las ventanas. Pero estoy tan cansado que no sabría decir si solo nos miraban o

también nos tiraban huevos.

—¿Qué? —preguntó Sonia, y rio con ganas.

Jimmy se encogió de hombros.

—En todo caso, es una buena noticia. Aunque no salgan de sus casas. Quizá las noticias han sugerido eso, precisamente. Tal vez haya un toque de queda y no nos hemos enterado. Prefiero pensar que la gente está escondida a que está...

—Muerta —acabó Jimmy.

—Sí. Puede que muchos se hayan marchado. Ayer, tal vez, mientras tú y yo conducíamos por el desierto.

—Puede ser.

—Si unos ancianos y unas mujeres maduras con una niña pequeña han conseguido sobrevivir, muchos lo habrán hecho también, ¿no crees?

Jimmy se pasó las manos por los ojos, exhausto.

—Quizá los dejaron vivos —dijo—. A algunos, al menos, deben dejarlos vivos.

—¿Cómo?

Jimmy miró a Sonia como si hubiera estado todo el fin de semana dormitando en una tienda de campaña.

—Para alimentarse —dijo sin ningún entusiasmo—. Ahora son muchos vampiros, y parece que serán más. Tendrán que alimentarse de alguien. Deben de estar dejando gente viva en alguna parte.

Sonia quiso responder, pero se contuvo. El concepto de esa propuesta era todavía más inquietante que los asesinatos indiscriminados y los cuerpos que yacían por las calles, y se estremeció. Pensó en los ancianos, las mujeres y la niña. Su mente se los mostró llegando a la iglesia y empujando las grandes puertas dobles de la entrada. Y en el interior, un tufo a menta agria. Y en la vicaría, y en la sala de actos sociales, y en el sótano donde se guardaban los adornos navideños y las copas y los cajones de celebraciones y festividades, nichos construidos con bancos de madera. Bancos y puertas.

—Sigamos —dijo lúgubre—. Lleguemos a la comisaría y terminemos con esto.

## 7

La noche aún era joven cuando Jared se internó por las calles de Hillsdale, dejando atrás el perímetro de seguridad. Ese era un concepto que le producía una hilaridad importante: perímetro de seguridad. De lo único que estaba seguro era de que se trataba de una falacia del tamaño de un portaaviones, y en cuanto a perímetro..., bueno, alguien debía de haber estado imprimiendo diccionarios nuevos durante esa tarde y nadie lo había avisado. Lo habían desplazado dos y tres veces desde el anochecer, para quedar reducido a unos pequeños islotes seguros repartidos, más o menos, por el norte, este y oeste de la ciudad. Allí se pertrechaban las fuerzas de la ley y el orden, con más miedo que un niño nuevo en un internado para chicos problemáticos. Casi había podido oler la mierda pegada a sus calzoncillos.

Jared no iba a quedarse allí. Si alguien le preguntaba: «¿Estuviste en Hillsdale el Fin de Semana Negro?», no iba a responder: «Sí, coño. Nos inflamamos de bocadillos y nos mirábamos el paquete unos a otros mientras la gente moría por todas partes». No.



No sabía lo que podía encontrarse allí dentro, pero tenía un rifle, carajo, y si podía reventarle la cabeza a algún mamón, eso era justamente lo que pensaba hacer.

Lo primero que encontró fue gente que corría. Corrían por todas partes con los rostros transformados en máscaras de angustia y terror, unos en una dirección y otros en la dirección opuesta. Algunos ayudaban a otros, pero la mayoría corrían solos. Alguien se acercó a él, con los ojos inyectados en sangre, y trató de quitarle el rifle. Sin decir nada. Fue un torpe intento, una secuela de un terror profundo más que evidente. Jared casi sintió pena. Casi. Se deshizo de él con facilidad y le asestó un contundente golpe en la mandíbula que lo arrojó al suelo.

—¿Qué haces, chiflado? ¿Quieres que te vuele la puta cabeza?

El tipo se puso en pie como pudo y salió corriendo. Sin decir nada.

—Joder —exclamó. Miró a la gente que corría y gritó—: ¡Eh, vayan por ese lado! ¡Corran hacia allí, hay café caliente y bocadillos de cobardes!

Se dijo que los gilipollas de la Guardia Nacional y todos los demás chiflados que pululaban por allí bien podrían dispararles cuando intentaran acercarse. Bien podrían hacerlo, de hecho, acojonados como estaban, pero vaya si le importaba una mierda. «Abatimos a algunos enemigos hostiles durante la noche —dirían a los medios al día siguiente—. Fue duro, pero alguien tiene que hacerlo.»

Gilipollas.

Sopesó el rifle y también la munición extra que llevaba encima. No era demasiada, pero le daría para un par de decenas de capullos si no fallaba mucho el tiro. Estaba deseando utilizarla, y utilizarla toda, así que caminó con paso resuelto por la calle, mirando a uno y otro lado, buscando con impaciencia y ansiedad. Se preguntaba qué aspecto tendrían los asesinos. Tal vez fuese una banda armada, una pequeña revolución de zumbados de extrema derecha, o una guerra de mamones mexicanos metidos en drogas; una guerra de la hostia que se había salido de madre. O un despiorrete terrorista de campeonato. Jared se había preguntado muchas veces cuándo ocurriría finalmente. Las bombas y todas las otras majaderías estaban bien, pero eran auténtica mierda de niñas jugando a ser malas. Niñas cobardes que rompen un jarrón y corren a esconderse en su cuarto. Si a él le fuera todo el rollo religioso islamista, iba a tocarle los huevos a bastante gente, pero de verdad.

Un coche venía circulando por el final de la calle, con los focos centelleantes y a buena velocidad. Jared vio el obstáculo antes que su conductor: una furgoneta blanca con la rueda reventada cruzada en mitad de la calle. El coche derrapó y empezó a virar a uno y otro lado con un sonido estridente, y terminó estrellándose contra la furgoneta. El conductor salió despedido a través del cristal y se quedó tumbado sobre el capó, con la cabeza tocando el lateral hendido de la furgoneta.

—Me cago en la puta —exclamó perplejo. Tuvo que contenerse mucho para no soltar una exclamación de júbilo—. ¿Qué cojones le han echado al agua por esta zona? ¡Coño!

—¡Ayúdenme! —gritaba una mujer que venía corriendo por la calle.

Jared se volvió, con la adrenalina alcanzando cotas preocupantes incluso para su marca personal.

—¡Ayuda, por favor!

—¡Uoh, uoh! —exclamó Jared—. ¡Tranquila! ¿Qué cojones le pasa?

—¡Mi...!. ¡Mi...!. ¡Están...!

Y se desmayó.

Se cayó al suelo como si la hubieran desconectado de una fuente de alimentación invisible, y su cabeza desgranó un ruido sordo de las baldosas del suelo.

—¡Joder! —dijo Jared.

Miró hacia la calle, una vía estrecha de un solo sentido con edificios de viviendas a ambos lados. Una de las ventanas estalló en ese momento en una tormenta de cristales rotos, con el cuerpo de alguien enredado en la maraña de vidrios. Voló literalmente por la calle, golpeó el edificio del lado opuesto y rebotó hasta la acera, donde se estrelló con un sonido húmedo. Jared se quedó mirando sin dar crédito a lo que acababa de ver. Demasiado bien sabía cuánta fuerza hacía falta para lanzar a un hombre a través de... ¿cuánto, ocho, diez, doce metros tal vez? Se dijo que algún mamón en ese edificio debía de tener ayuda. Debían de haber sido varios, con seguridad, e incluso entonces se le antojaba una proeza difícil de creer. Se dijo que para lanzar así a un hombre algún hijo de puta debía de haber utilizado un cañón, y un cañón de la hostia.

Corrió hacia la calle. Unos helicópteros cruzaron por encima de su cabeza, provocando una inesperada ráfaga de viento acompañada de un sonido atronador. Volaban bajo, y muy rápido. Jared casi podía morder la adrenalina. Ni siquiera pensaba en el peligro en el que se estaba metiendo; había una especie de guerra en marcha, y estaba deseando formar parte de ella. La sensación más parecida que había experimentado jamás era cuando cazaba, furtivamente, en los bosques. Jared ni siquiera recuperaba las piezas; las dejaba allí, muertas, porque lo que perseguía era la sensación de ser un cazador furtivo. Cuando se ocultaba en el agua del río, con hojarasca cubriéndole el cuerpo y parte de la cara, el cuerpo húmedo y la respiración agitada, sabiendo que los guardias forestales lo buscaban a pocos metros con sus linternas, se sentía jodidamente VIVO, en peligro, y con un arma en las manos. Y ahora iba a disparar contra gente de verdad y lo único que iba a recibir por ello serían loas, y no cadenas y cuatro metros cuadrados de celda.

El único acceso que parecía haber para llegar hasta los balcones de los pisos superiores era un pequeño portal, cuya puerta estaba abierta. La cerradura parecía arrancada y el picaporte colgaba de una plancha metálica por la que asomaban los engranajes. Se dijo que alguien le había dado una buena patada a aquella hoja metálica para dejarla en aquel estado. Una patada de cojones.

Estaba entrando cuando se topó con alguien que bajaba corriendo por la escalera. Su cara era la definición de la palabra angustia. Jadeaba mientras descendía por los escalones, a todo correr, y daba la sensación de que ponía el pie por impulso, sin mirar dónde. Jared levantó su arma, pero el tipo iba desarmado. El pobre diablo solo estaba huyendo. Este lo miró sin mucho interés y pasó corriendo a su lado hasta que salió del edificio.

Jared pestañeó. Algo no le cuadraba.

¿Cómo coño había sabido que él no era uno de los tipos malos?

Pensó entonces en milicias armadas; los chicos malos debían de estar uniformados para que aquel tipo no se hubiera echado al suelo, gimoteando como una niña. Le extrañó que no les hubieran informado debidamente, pero luego pensó que,

probablemente, nadie tenía pensado que la marabunta poco organizada de la Guardia Nacional fuese a entrar en conflicto. Estaban allí para que algún político pudiese tener su culo a salvo cuando le preguntaran por las medidas que había tomado. «Sí, claro que llamamos a la Guardia Nacional. Confiamos en nuestros muchachos como en nuestra propia mano. Ellos son la nación. Ellos son América.»

Empezó a subir por la escalera. Alguien gritaba en el piso de arriba. Un grito de mujer, desgarrador, casi un estertor de muerte. Jared apretó los dientes. Había oído gritos de mujer antes, algunos colmados de un miedo sobrenatural por puro terror ante la posibilidad de la muerte, pero ninguno de aquella intensidad. Había pánico en él, pero también dolor. Le estaban haciendo daño a alguien, y mucho.

—Hijos de puta —exclamó.

Podría transcribir en una partitura e interpretar con su armónica los gritos de un hombre, pero los de mujer eran otra cosa.

Terminó de subir los peldaños y encontró las puertas del primer piso violentadas. Una de ellas estaba partida por la mitad, la gruesa madera quebrada por varios sitios. Jared pensó que incluso un animal grande, como un buey, necesitaría un buen embiste, o un par de ellos, para dejar la puerta en ese estado, y empezó a preguntarse con qué clase de animal iba a enfrentarse. Se imaginó a un tipo musculoso, con el torso desnudo y la cabeza calva, dos metros de hombro a hombro y un tatuaje azul cruzándole la cara.

Comprobó el rifle. Estaba cargado y dispuesto; solo tenía que apretar el gatillo, así que persiguió la procedencia de los ruidos. El grito había terminado, pero había otros: ruidos de pasos precipitados, algo metálico que caía al suelo y producía una fanfarria estridente, alguien que gritaba algo... y un gruñido, como el de un perro. Todos venían de aún más arriba.

El hijo de puta responsable de aquel desastre estaba asaltando todas las casas, una por una, atacando a todo el que sorprendía dentro. Y con bastante prisa. El tipo que había encontrado en la escalera debía de haberse escondido, puede que detrás de una puerta, de un sofá o debajo de una cama, y le había funcionado.

¿Para qué buscar, si había todo un bloque para atacar?

Toda una calle.

Una ciudad entera.

—¡Pero qué mierda es esta! —exclamó, con la espalda apoyada en la pared.

Se lanzó, sin embargo, hacia la escalera y la subió a buena velocidad. Cuando estaba girando en el rellano, una sombra cruzó por el distribuidor, de izquierda a derecha, a todo correr. Jared ni siquiera tuvo tiempo de levantar la cabeza; todo lo que percibió (un hombre corriendo) fue con la visión periférica.

Apuntó con su rifle y siguió la estela del hombre, la culata del arma apoyada contra su hombro, un dedo en el gatillo y la otra mano sujetando el cañón. Normalmente tenía un pulso de cirujano, sobre todo cuando bebía, pero la excitación le hacía temblar un poco. Apretó los dientes y empuñó con fuerza el rifle. Si conseguía disparar todas las balas, pensó, el retroceso le dejaría un pequeño moratón al día siguiente.

Encontró el primer cadáver en el suelo de la casa, sobre el parqué de madera. Tenía una profunda herida en el cuello, a juzgar por la cantidad de sangre derramada,

pero en su expresión había una sonrisa bobalicona. Jared le miró la entrepierna. El cabronazo había tenido una erección antes de morir, y aún la mantenía. Le habían dicho que esas cosas pasaban, que la sensación de morir podía ser, en ocasiones, como un pequeño orgasmo. De hecho, los franceses llamaban al cénit sexual «la pequeña muerte»; lo había leído en una página porno de internet.

Miró el pasillo de la casa: fotografías de niños, tíos, abuelos y amigos colgadas, en pequeños marcos de tono oscuro. Una mesa estrecha con un jarrón con flores y una plataforma metálica con unas llaves encima. Olor a Navidad en el aire, algún tipo de asado, o...

«Incienso», se dijo de pronto.

Era incienso con olor a Navidad; el mismo olor que recordaba del banquete social de la iglesia.

Se quedó quieto, sin avanzar más, el ojo pegado a la mirilla del rifle. Alguien había entrado en esa casa, y ese alguien no estaba huyendo, o habría empezado a bajar por la escalera, como el otro tipo. Ese alguien era el hijo de puta que había provocado toda aquella muerte.

Se preguntó cuánta gente habría en el bloque cuando empezaron los gritos. Cuántos hombres, y cuántos por debajo de los cuarenta años. Y se dijo que ninguno había sido capaz de enfrentarse al asesino. Nadie se había resistido. A él le gustaba Clint Eastwood, coño, que decía que debería haber tantas armas como americanos. Un americano, un arma. Si alguien hubiera hecho caso al bueno de Clint, estas cosas no habrían pasado. Diez hombres, tal vez veinte, sanos en un solo edificio, y nadie había hecho nada. América se estaba yendo a la mierda con la ley antitabaco, los derechos humanos y todos esos desfiles de maricones. Coño.

Una figura apareció en el pasillo.

Jared disparó.

Un hombre cayó hacia atrás, se desplazó un par de metros en el aire, y se desplomó en el suelo con un gruñido grave. Era el sonido que producen los pulmones cuando uno deja salir todo el aire de repente, eso lo sabía Jared por experiencia propia cuando un paleta de Princeton lo sorprendía en un bar y lo golpeaba en el estómago.

No se movió más.

Era un tipo escuálido, con una camiseta friki con el escudo del Capitán América, y el pelo sudoroso pegado a la cara. El disparo había sido bueno, directo al corazón; debía de haberlo atravesado de parte a parte, con parada inmediata, pero estaba claro que no era su asesino.

Lo miró con desdén. El cabrón había hecho que revelase su posición; el disparo debía de haberse oído en todo el puñetero edificio.

«¡Coño! Le has disparado a un tipo y no se oyen sirenas, Jared, colega —se dijo—, ¿no es esto grandioso, no es la puta hostia?

Lo era. ¡Lo era!

Se dio la vuelta para mirar al distribuidor. La puerta de la vivienda de enfrente era una boca oscura, y no le gustó. Si había un tirador ahí apostado estaría pensando de él que era un pato sentado.

Reculó hasta el distribuidor y se apartó a una esquina. Desde ahí tenía una buena vista de las puertas, solo tenía que mover el rifle y disparar si aparecía alguien. Y

aparecería. Ya no se oían gritos, ni sonido alguno, solo el...

De pronto oyó ruido de pasos. Giró el rifle en la dirección correcta a tiempo de ver...

Jared pestañeó.

Había visto muchas cosas en su vida. Su colega Brad tenía la polla partida por la mitad, y era un espectáculo tan desagradable como el retrete de un bar de carretera a las cinco de la mañana. Brad decía que había sido un accidente con una sierra, y cada vez que lo decía todos se descojonaban. «¿Te gusta follarte las sierras, Brad?». Pero el tío tenía el pijo destrozado de veras, y lo que sea que le ocurrió se lo llevaría a la tumba. Tampoco importaba, todo hombre tiene derecho a un par de secretos, pero lo jodido era que, aunque podía mear, no creía que ninguna mujer tocara eso ni con un palo, a menos que fuese pagando. Y la mujer de Víctor tenía la mejilla destrozada, como derretida, cosas de un ex con la cabeza hecha polvo y una cubeta de ácido en la mano. Eran cosas feas de cojones, joder, ese tipo de cosas que te revuelven el estómago, pero lo que estaba viendo ahora mismo...

—Oh, Dios.

Más que su boca inhumana, grande como la de un tiburón y con más dientes que un perro, eran sus ojos. Había visto miradas perdidas entre las brumas de la droga y el alcohol, y otras embargadas de tanta ira que uno puede olvidarse fácilmente del control de los esfínteres. Había visto ojos fríos como el hielo y ojos ardientes como el interior de un volcán, pero aquellos ojos...

Y la boca.

Jared pensó en el hombre que había salido despedido por la ventana hasta chocar con el edificio al otro lado de la calle; en la cerradura del portal, desgajada y destrozada como si la hubieran arrancado con un par de disparos de una recortada, y pensó en las puertas rajadas de arriba abajo de las casas. Había hecho falta... ¿cómo se decía? Una fuerza sobrehumana.

Sobrehumana.

Y concluyó, en una milésima de segundo, que lo que tenía delante no era humano. Jared apenas había pensado, en toda su vida, en ese tipo de cosas que a veces se deslizan fuera de la caja de Cosas Normales, ni en esos conceptos con los que a veces jugamos todos. Extraterrestres. Monstruos. Cosas que hacen ruidos desquiciantes en la oscuridad y que por la noche roban la respiración de los bebés cuando los padres no miran. Fantasmas y espectros. Pero lo tenía delante, joder. Estaba mirándolo a los ojos y desnudando su naturaleza imposible, desconocida, terrible, y ante eso no había más que aceptar la realidad.

Un monstruo.

El monstruo se lanzó hacia él. Jared tuvo la sensación de que no tomaba impulso. Había algo en ese movimiento ante el que su mente protestaba, como un efecto especial mal hecho de una película. A lo mejor no sabes explicar qué falla, pero sabes que algo falla, y aquel monstruo había salido despedido hacia él como si flotara a medio milímetro del suelo.

Jared disparó.

El impacto alcanzó al monstruo en el cuello. Un trozo de carne, negro y amorfo, salió despedido hacia atrás, pero el engendro no se detuvo. Antes de que pudiera

reaccionar, lo tenía casi encima.

Jared tuvo el tiempo justo de agacharse y rodar hacia un lado, soltando su fusil con el movimiento. De todas maneras, estaba claro que no iba a necesitarlo más. No sabía de qué jodido planeta venía ese monstruo, o en qué clase de infierno había sido engendrado, pero si el disparo en el cuello no lo había tumbado, probablemente no lo haría ningún otro.

El ser chocó contra la pared, produciendo un ruido seco y contundente. Gritó, pero el sonido salió de su garganta reventada con un cloqueo nauseabundo.

Para cuando Jared terminó de rodar, a apenas un metro de donde estaba el monstruo, había sacado su cuchillo de la bota. Lo llevaba allí desde hacía unos cinco o seis años, y no lo había vuelto a dejar en casa ni cuando iba a comprar provisiones a la tienda de Mayer. El monstruo se volvió hacia él. Jared levantó su cuchillo, desafiante, pero aquel ente lo ignoró por completo: se lanzó hacia él con una velocidad y una furia desconocidas.

Jared hizo una finta y consiguió clavarle el cuchillo en la mandíbula. No tenía espacio para una estocada directa, así que tuvo que contentarse con clavarlo desde abajo. La hoja se hundió con facilidad, salió por el interior de la boca y volvió a hundirse en el paladar.

Jared soltó el cuchillo y se lanzó hacia un lado, con las manos levantadas. Un acto automático, tal vez de su tiempo en la cárcel.

El monstruo sacudió la cabeza, profiriendo graznidos espantosos. Sus manos (ahora las veía) no tenían dedos, sino unas garras animales que terminaban en uñas alargadas, como de dóberman.

El monstruo empezó a reír.

Jared pestañeó. Creía que lo tenía, que el cuchillo clavado en la boca debía de haberle desgarrado una o dos partes vitales esenciales, que debía de haberle provocado unas hemorragias internas muy capaces de haberlo dejado ciego, pero no hubiese esperado esa risa ni en diez mil años.

El monstruo tosió sangre y escupió unas babas densas y pegajosas, extendió la mano hacia el cuchillo y se lo sacó limpiamente.

—Coño —soltó Jared con voz ronca.

El monstruo lo miró. La sangre caía de su boca sobre su pecho.

—Valiente... hombrecillo —dijo.

Jared estaba acostumbrado a oír voces aterradoras. Oh, las había oído en las películas desde que era pequeño. Guturales, graves, profundas, voces dobles y cuádruples con mezcla de tonos, voces cavernosas, cuidadosamente diseñadas por un especialista para dar miedo. Pero aquella... aquella voz imposible acababa de encogerle la polla en los calzoncillos como se encoge una tortuga en su caparazón.

Y supo que no quería oírla más. Nunca más. Lo había dejado plantado en el sitio, joder. Si seguía hablando, cogería el rifle y se volaría la cabeza él mismo.

—Hombrecillo luchador. ¿Quieres... ser... un... guardián?

—No, ¡calla! —chilló Jared, tapándose las orejas con las palmas de ambas manos.

—Ven... Ven... a... mí —exclamó el monstruo.

Sus ojos refulgían como dos brasas encendidas.

El monstruo lanzó el brazo contra la pared con un gesto rápido, y cuando apartó la mano, el cuchillo se había clavado hasta el mango. Jared se estremeció. Ni siquiera hubiera dicho que tal cosa fuese posible. ¿No tendría que haberse quebrado el metal, por el amor de Dios? Con probabilidad podría decapitarlo limpia y rápidamente con un movimiento como ese, si se lo proponía.

— Nos sssservirás bien... —profirió el monstruo.

Jared gritó al oír la voz. Notó su mirada clavándosele muy adentro, fría e intensa como un estilete de hielo, desgarrándolo de una manera que no podía precisar. Y mientras lo miraba, se dio cuenta de que estaba avanzando hacia él. Estaba caminando hacia el monstruo, cuya boca imposible se curvaba ahora en lo que parecía ser la caricatura abyecta y cruel de una sonrisa.

—¡No! —gritó.

El monstruo arrugó sus facciones. Su rostro parecía aún más animal, como si fuera transformándose a medida que pasaba el tiempo. Hubiera jurado que tenía pelo cuando salió de la casa, por ejemplo, pero la cabeza se asemejaba más ahora a la superficie tensa de un tambor, llena de manchas y rugosidades. Arrugó sus facciones, sí, y con ello pareció redoblar la intensidad de lo que fuera que estaba haciendo con su mente.

—¡Basta! —gritó Jared.

Estaba acorralándolo, apartando su conciencia a algún rincón de los pensamientos que producía su mente, de lo que era, de él mismo. Solo miraba sus ojos, incapaz de apartar la vista, incapaz de recuperar el control de lo que estaba pasando, y descubrió una verdad irrefutable. Estaba hipnotizándolo. Estaba anulándolo y plegándolo como un pijama de algodón para meterlo en su cajón. Y dándose cuenta de ello y mirando el influjo aplastante de sus ojos, recordó una palabra que el monstruo había empleado. ¿Guardián?

Guardián.

Es lo que quería. Hipnotizarlo para que fuera su... jodido guardián, significara lo que significase eso.

Hay gente a la que le gusta tener reglas, normas e instrucciones que seguir, y hay gente a la que le basta con que le prohibas algo para que sientan una urgente necesidad de hacerlo. Los primeros rigen sus vidas por parámetros que ellos mismos establecen, o que le son inculcados desde pequeños. Lo que es correcto. Lo establecido. Lo normal. A los segundos, las reglas les provocan urticaria, y creen que las instrucciones son para incapaces. Lo prohibido, lo imprevisto, la improvisación son, en cambio, una suerte de jardín del Edén donde se mueven con comodidad. Jared era del segundo grupo. Tan pronto captó la intención de ser convertido en un... guardián, de doblegarlo y destruir su naturaleza anárquica y caótica, su mente se reforzó. Los ojos dejaron de hurgar en él, y consiguió lo imposible: dar un paso hacia atrás.

—¡NO! —gritó.

El monstruo gruñó.

— Hombrecillo obtuso —exclamó entre dientes.

Extendió los brazos, que ahora parecían tener el doble de la longitud de un brazo cualquiera, y Jared sintió que un millar de agujas atravesaban su cabeza. Gritó. Y cuando terminó de gritar, volvió a hacerlo. Un hilacho de baba caía de su boca abierta y

congelada.

Guard ...

... ián

ffff

basta?

mmhfffff

Jared se rindió. El monstruo entró en su mente como un huracán tropical y empezó a removerlo todo, a destruirlo, a erradicar los pilares esenciales de lo que era, a eliminar sus protecciones.

Y Jared lloró como un niño pequeño.

## 8

La visión de la comisaría, con el amplio aparcamiento donde, a veces, los niños jugaban al béisbol en verano, y donde el sheriff Peter Buchanan había vivido algunas de las mejores jornadas de su vida, la desmoralizó tanto que tuvo que dejarse caer y sentarse en el suelo.

La mitad del edificio había ardido, aunque parecía que el fuego se había apagado en algún momento, porque solo las ventanas acusaban un hollín negruzco que se extendía, en vertical, por la fachada. La otra mitad presentaba un aspecto inusual, con todos (o casi todos) los vidrios de las ventanas destruidos. Una de las mesas de escritorio que conocía tan bien estaba tirada cerca de las puertas dobles de la entrada, junto a lo que quedaba de una de las sillas. Eran sillas de hierro, por el amor de Dios, ¿qué cojones las había retorcido así?

Jimmy también observaba. A él le llamaban mucho más la atención los coches patrulla, que parecían haber sido golpeados por un centenar de martillos. O el semioruga parado junto a las puertas, con una impresionante ametralladora montada. Y los cadáveres, o los cuerpos de futuros vampiros, por lo que sabía, tirados por todas partes.

Era como el escenario de una guerra.

—Oh, Dios —exclamó Sonia, con lágrimas resbalándole por las mejillas.

Jimmy, con cierta torpeza, puso una mano sobre su hombro.

—Lo siento —dijo. Era consciente de que allí debía de haber perdido a muchos compañeros, amigos, incluso, y lo sentía de veras. Por ella. Tenía muy presente que allí se extinguían también sus esperanzas. Jimmy ya había intuido que la comisaría era la misma carta que la de la iglesia, que su valor y utilidad, a esas alturas de la partida, era de cero o prácticamente cero, pero no había encontrado el valor para decírselo. Ella tenía que verlo. Tenía que enfrentarse a ello. Y ahora solo podía esperar a que lo superase.

—Jimmy... ¿es que... no queda nada?

—No lo sé. Oh, seguro que sí. Pero... lejos de aquí.

—Lejos de aquí —susurró Sonia, y luego repitió—: Lejos de aquí...

Jimmy iba a decir algo cuando descubrió un sonido lejano y amortiguado que llegaba de alguna parte. Era el sonido de una armónica, el de una melodía suave con un toque nostálgico que le recordaba a las películas de vaqueros.



Sonia pareció oírlo a la vez que él.

—¿Qué es eso? —preguntó mientras se incorporaba.

—Una armónica.

—Sí. Eso es. Una armónica. Una... canción que...

Avanzó hacia las puertas con paso decidido. No recordaba que nadie en la comisaría hubiese mencionado que supiera tocar la armónica, pero tampoco es que hablasen demasiado de sus vidas privadas y sus aficiones, y de todas maneras, al menos estaba claro que no se trataba de un vampiro. No era ella la experta en el tema, pero no creía que se dedicasen a tocar viejos éxitos de Ennio Morricone.

—¡Espera! —decía Jimmy detrás de ella—. ¿Estás... segura?

Sí, lo estaba. Estaba segura. Necesitaba encontrar a alguien con vida en aquel edificio donde había pasado tanto tiempo, donde planearon la detención de Peter el Ciego y orquestaron la Operación Asistentita para sacar todo el polvo blanco de las calles de los barrios humildes del oeste. Donde Martha besó a Doug el Gordo el día de su cumpleaños y este vomitó el medio kilo de tarta que se había zampado porque no soportaba su colonia. Donde había trabajado a veces desde demasiado temprano y otras hasta demasiado tarde. Donde Micky el Tripas había llorado como un niño pequeño cuando el sheriff Peter Buchanan lo acorraló en un magistral interrogatorio y confesó haber cometido aquellos asesinatos en California. Alguien debía de quedar. Alguien que tocaba melodías hermosas con una armónica.

Y allí, en la sala principal, encontró a su hombre, sentado en una de las mesas, con las botas sobre unas actas de detenciones y la armónica en la boca. Pero no era un policía. Era un tipo de aspecto greñudo con el pelo oscuro cayéndole sobre la cara. A Sonia le recordó al cantante de los Doors, bastante más viejo y no tan atractivo, pero con la misma melena. Había visto gente así muchas veces; la misma ropa, colgantes en el cuello, muñequeras de cuero y chaleco negro, y casi siempre acababa metiéndolos en la parte posterior de su coche de policía por altercados con violencia. Y aquel tipo parecía salido de una buena camorra: tenía una brecha en la frente con sangre seca alrededor y la ropa cubierta de polvo y tizne. También tenía heridas en las manos y en los puños. A ningún policía se le escaparía eso.

Ese tipo de hombre.

—¡Hola! —dijo, apartando las manos de la boca. Sonrió y extendió los brazos—. Oh, está bien, no me haré el sorprendido. La verdad es que os he oído llegar desde el otro extremo del aparcamiento.

—¿Quién es usted? —preguntó Sonia. Acababa de fijarse en que, apoyado en el lateral de la mesa donde estaba, había un fusil.

—Señor Bossier, señorita, para servirla —se presentó—. Aunque, si vamos a ser amigos, puede llamarme Jared. Jar no, por favor. No me gusta.

Jimmy sonrió.

—Está bien —respondió Sonia—. Yo me llamo Sonia, y este es Jimmy.

—Sonia. ¡Y Jimmy! Está usted en su casa. Un poco deslucida, pero su casa. ¿Es usted la única policía que va a venir por aquí hoy? Esperaba reunirme con mi gente.

—¿A qué gente se refiere?

—A la Guardia Nacional. Vine con los muchachos.

—Oh, entiendo —exclamó Sonia, aliviada—. Pues la verdad, no tengo mucha

idea de cómo van las cosas. Hemos estado... fuera. Llegamos a la ciudad esta mañana. Esperaba... esperaba encontrar aquí a mis compañeros.

—Oh —exclamó Jared—. Ya veo. Debe de haber sido desagradable. Pero... dígame, ¿me está diciendo que no tiene... ni idea de lo que está pasando? ¿Ni idea? ¿Nada?

Sonia negó con la cabeza.

—Sé lo que está pasando, pero nos perdimos lo que pasó anoche aquí, en Hillsdale.

Jared soltó un bufido y puso los ojos en blanco.

—Bueno... ¡Carajo! Se ha perdido bastantes cosas, agente —exclamó mientras extendía las piernas y bajaba de la mesa—. Esta noche ha habido aquí una guerra. Una guerra de la hostia. ¿Y sabe qué...? Han ganado ellos.

—Ellos —repitió Sonia.

—Ellos. Los monstruos. Espero que sepa a qué me refiero, porque traigo una sed del carajo y tengo la garganta demasiado seca como para explicarle muchas cosas. ¿Sabe que no he encontrado ninguna lata de cerveza en toda la comisaría? Una amarga decepción.

—Hay, o había, un bidón de agua mineral en la sala de descanso, por allí, y tal vez quede alguna Coca-Cola. Pero no hay cervezas, claro.

—Yo quiero beber un poco —dijo Jimmy.

—Claro, Jim —asintió Sonia, mirando hacia el pasillo y echando mano a la funda de la pistola. Descubrió que estaba vacía; la había dejado olvidada en la granja.

—Oh, tranquila —exclamó Jared—. Aquí no queda nadie. Y me refiero a nadie. Lo he comprobado.

—Iré solo, gracias —dijo Jimmy mientras echaba a andar.

Sonia asintió.

—Los monstruos —continuó diciendo Jared— se fueron todos un poco antes del amanecer. Carajo, fue como si hubieran tocado la corneta. ¿Adónde fueron?, no lo sé.

—¿Ha estado aquí en la ciudad toda la noche? —quiso saber Sonia.

—Casi toda —respondió Jared con una sonrisa.

—¿Solo?

—Bueno, sí. Bastante solo, por cierto. Yo, gente corriendo, gente muriendo, y ellos. Los monstruos. Qué puta conversación rara, ¿verdad?, hablando de monstruos y de cocacolas todo a la vez. ¡Es raro de cojones!

Sonia asintió. Se acercó a una silla y se sentó. Miraba inquieta al pasillo por donde se había ido Jimmy, pero cuando lo vio aparecer con dos vasos de plástico llenos de agua, se tranquilizó.

—Gracias, Jimmy. Tenía mucha sed, y no me había dado ni cuenta.

—Lo sé —dijo el muchacho.

—¿Cómo demonios ha sobrevivido? —preguntó Sonia mientras daba sorbos cortos al agua.

—Ah. Esa es una buena pregunta. La verdad es que la mía es una historia que merece ser contada, supongo. Mientras tocaba mi armónica pensaba que nadie iba a creerme jamás, pero luego pensé que tal vez no vaya a quedar demasiada gente que pueda mirarme a los ojos y decirme que me he inventado toda esa mierda.

—Bueno, tarde o temprano saldremos de aquí —dijo Sonia.

—Se refiere a que esto no se para en Hillsdale —apuntó Jimmy.

Jared sonrió, levantó una mano con un dedo extendido e hizo un gesto como si disparara una pistola, guiñando un ojo.

—¡Exacto! Veo que el chico... ¿Jimmy? tiene los pies en el suelo.

—No, un momento —terció Sonia—. Puede que las cosas se hayan desmadrado por aquí, pero... pero esto es América, por todos los santos. Puede que no supiéramos reaccionar a tiempo, o que subestimáramos la amenaza, pero ahora mismo deben de estar movilizando a todo el mundo.

Jared seguía sonriendo.

—¿Ha visto a los monstruos? —preguntó.

—Son vampiros —corrigió Jimmy—. Eso es lo que son.

Jared pestañeó, confuso, y luego soltó una carcajada.

—¡Por todas las pollas del mundo! —exclamó—. ¡Pues claro! ¡Joder, sí que son vampiros! ¡Hostia puta!, ¿cómo no se me ha ocurrido antes? ¡Me cago en mi padre, si hasta se largaron al amanecer!

Jimmy miraba a Jared y sonreía. Sonia pensó que el tipo le gustaba, eso era evidente, pero a ella no, y no solo por su lenguaje soez. Tenía ese aspecto de haber pasado por tantas cosas que casi todo debía de darle más o menos igual. Apostaba a que llevaba una bandera confederada en la parte de atrás del chaleco y que vivía en una caravana con olor a meados en alguna parte.

—Parece un nombre que funciona bien, por ahora —dijo Sonia—. Puede ser pavoroso, o divertido, según se lo quiera tomar. Pero es solo un nombre. Habrá que averiguar... O sea, alguien averiguará de qué se trata exactamente.

Jared levantó un brazo con el puño cerrado mientras se mordía el labio inferior.

—¡No, coño! No es solo que encaja, es que es esa maldita cosa. ¡Los mordiscos, los... los ojos como carbunclos, esa... jodida fuerza de cien caballos que tienen, y esas bocas llenas de putos dientes! ¡Joder, esta sí que es buena! Vampiros en Hillsdale. ¡Que me quemen el culo con un soplete, nena! ¿Así que vampiros? Coño, sus bocas consiguen que me ponga nervioso, y lo único que me ponía nervioso hasta ahora era un jodido discurso del presidente.

—¿Ha visto a muchos? —preguntó Sonia.

—Suficientes para toda una vida —soltó Jared.

—Pero... ¿cómo... cómo sobrevivió? No me ha contestado.

—Ya, joder. ¡Una cosa cada vez! No tengo ni un sorbo de cerveza en el cuerpo ¡y ya está bien entrada la mañana! Joder. Los engranajes de la cabeza no van demasiado finos sin carburante, al menos los míos.

Sonia inclinó la cabeza, paciente.

—Bueno. Casi me cazan la primera vez que vi uno, ¿sabe? Coño, no lo esperaba. De repente tenía delante de mí aquel mons... aquel vampiro, con toda esa fuerza del carajo. ¿Quién podía esperar algo así? Le metí una bala en el cuello y el tipo ni se inmutó. Le juro que le arranqué un pedazo de carne, y al respirar parecía una locomotora: ssssh, ssssh. Joder, cada vez estaba más cabreado. Le clavé un puñal aquí, debajo de la mandíbula, y atravesó la mierda de pozo que tienen por boca. Se le clavó en el cielo del paladar. No sé en el suyo, pero en mi pueblo un hombre se muere

por eso, o al menos se queda ciego. El bicho ese no. De veras que cada vez parecía más un bicho que un hombre; hasta creo que perdió el pelo en algún momento mientras luchábamos, y sus brazos eran largos como dos postes. Puede decir lo que quiera, pero para mí que tenía más de un codo en esos brazos de mierda.

—Eso hacen los vampiros —dijo Jimmy—. Se... transforman cuando quieren hacerlo, o cuando se cabrean. Lo hacen para sacar todo su poder, creo. No estoy seguro.

—Sí, ¿eh? Pues por lo que he visto has acertado de pleno, muchacho. Coño, debías de sacar las mejores notas en tu colegio.

Jimmy asintió, complacido.

—¿El puñal lo mató? —preguntó Sonia.

—No... —dijo Jimmy.

—No. Claro que no. Ni las balas, ni los cuchillos ni... una puta lanza, apuesto por ello. Se quitó el puñal de la boca y lo clavó en la pared, ¡BAM!, hasta el mango. Nunca había visto nada igual.

—¿Y aun así escapó? —preguntó Sonia—. ¿Eché a correr?

Jared sonrió, pero era una sonrisa fingida.

—Nena, Jared Bossier no huye de nada. No, señorita, me quedé allí porque el hijoputa me clavó en el sitio. Me dijo: «Vas a ser un guardián», o algo así.

—¿Un guardián? —exclamó Sonia.

—Le juro por un par de calzoncillos limpios y planchados que empezó a hipnotizarme. No sé qué carajo es un guardián, o qué significaba eso, pero lo noté... — se tocó la cabeza con un dedo— aquí, en mi mente. Dentro. O sea, era como una polla moviéndose en tu culo. Si no lo notas, tienes un problema.

Jimmy ahogó una carcajada.

Sonia compuso una mirada dura y la clavó en el hombre.

—Oiga, no me joda. Estamos en una ciudad muerta, dentro de una comisaría destruida, rodeados de cadáveres, ¿y usted me reprocha que diga «polla»?

—Bueno —se resignó Sonia—. Continúe.

—Intenté resistirme. O sea, no me gusta que me digan lo que debo hacer, ¿sabe? Dejé el instituto y la casa de mis padres hace ya muchísimos años, y desde entonces he ido por libre. Nadie le dice a Jared Bossier lo que debe ser. Pero el bicho me taladraba con sus ojos... Funnn, funnnn, y era como... como el alcohol. Notas que te diluyes, que te pierdes, que te vas hacia atrás, pero no puedes controlarlo. Has bebido un huevo y eso empieza a tomar el control de ti.

—Entiendo —dijo Sonia, y luego murmuró—: Un guardián.

—Creo que se refiere a un sirviente —dijo Jimmy—. Como en El misterio de Salem's Lot, o esa película que... no recuerdo el título, pero en la segunda parte los vampiros iban con patines y no me gustó tanto.

—¿De qué coño habla? —preguntó Jared.

Sonia levantó una mano con un dedo apuntando al techo.

—Un momento. ¿Un sirviente, Jimmy? ¿Qué es?

—Bueno, los vampiros necesitan dormir de día. O sea, no es opcional, creo, no es como nosotros, que puedes... traspasar una noche o quedarte sin dormir si quieres, porque estás jugando a un videojuego o leyendo un libro. Ellos tienen que ocultarse

durante el día, porque el sol los mata y el día, en general, los debilita. Es como recargan energías. Así que hipnotizan a humanos para que hagan de sirvientes, de guardianes. Ellos vigilan su descanso durante el día, impiden que nadie se acerque a sus ataúdes. O dondequiera que duerman.

—¡La hostia! —exclamó Jared—. ¡Escuchen al chico hablar! Carajo, te echaba quince años todo lo más, pero veo que eres un universitario diminuto. ¿Qué eres, un experto en vampiros?

—Jimmy sabe muchas cosas de vampiros —explicó Sonia—. Y aunque suene desconcertante, hasta ahora no se ha equivocado en nada.

—¡Vaya leche! —soltó Jared—. Creo que tiene razón. El bicho me dijo que era un... hombrecillo luchador. Lo dijo cuando le clavé el puñal. Apuesto a que nadie le había clavado nunca ningún puñal. Una ciudad entera y tan pocos hombres, ¡coño!

—Pensó que serías un buen guardián —dijo Jimmy.

—Coño. ¿Y sabes cuánto pagan? —preguntó Jared.

Jimmy se rio con ganas. Sonia sonrió, un poco.

—Está bien —dijo ella—. Genial. Pero... ¿cómo... escapaste de eso? Porque no eres un sirviente, ¿no?

—Yo no he servido a nadie en mi vida, cielo —dijo Jared—. Excepto a mí mismo, y muchas veces ni eso. No, creo que el hijoputa hubiera conseguido lo que quería. Lo admito. O sea, estaba allí, en el suelo, tapándome las orejas, porque cuando te hablan, su voz es como una taladradora en los putos tímpanos. Nunca he oído nada igual. Te desarma. Te desmonta. Quieres que pare, y si no para, estoy seguro de que más de uno se volará la tapa de los sesos si tiene oportunidad.

—Joder —dijo Sonia.

—Pero de repente, ¡BUM!, hubo un follón de puta madre y me encontré tosiendo el alma en medio de un carajo de humo impresionante, con un montón de cascotes encima del cuerpo. Así me hice esto. —Señaló la herida en la cabeza—. En circunstancias normales hubiera dicho: «¡Carajo, qué hostias ha pasado, qué es toda esta mierda!», pero de repente era yo otra vez. Ya no tenía al bicho rompiéndome la cabeza por dentro, y me alegré.

—Pero ¿qué pasó?

—¿Que qué pasó? —preguntó Jared—. Uno de esos helicópteros del ejército se estrelló contra la fachada del edificio y tiró todo el piso de arriba sobre el de abajo. ¡BUM! Como se lo digo. Había provocado un follón de puta madre, y todo era polvo de ladrillo flotando en el aire; ni siquiera podía ver bien lo que pasaba.

—¡Vaya! —dijo Jimmy.

—¿Y el vampiro? —quiso saber Sonia.

—Oh, el vampiro —exclamó Jared—. Joder. El morro del aparato lo había incrustado contra la pared. Lo había deshecho del todo, ¿sabe?, o sea, aquí al lado tenía sus pies y luego todo era un rastro de sangre y trozos hasta la parte superior del cuerpo, que salía de entre los restos. Por eso supe lo del codo. Su brazo sobresalía de entre los ladrillos caídos, y joder, podía estar roto, pero parecía doblado por tres sitios de una manera natural. Si alguna vez ha visto un brazo partido sabrá lo que le digo.

—Sí —dijo Sonia—. Joder, qué suerte.

—Pues sí. Por eso me parto la polla cuando me hablan del karma. Escuche, no

soy lo que su madre llamaría un buen tipo, ¿sabe?, pero tengo suerte. Un chingo de suerte, como dice mi colega Alfredo. Es un puto maricón mexicano.

—Entiendo —dijo Sonia, ceñuda.

—A partir de entonces me moví con cuidado. O sea, al principio iba con mi rifle en plan: «¡Uoooh, ahí voy!», ¿no? Pero ya sabía con qué trataba y me dije: «Jared, los extraterrestres o los demonios han venido tarde por Halloween este año, pero han venido de todas maneras, y más te vale ponerte las pilas porque si no este será el puñetero final».

Sonia sacudió la cabeza.

Jared iba a continuar con su historia cuando oyeron una voz en el exterior. Fue muy rápido en lanzarse a por el rifle y cogerlo con fuerza entre las manos. En unos segundos estuvo preparado y atento. A Sonia ese detalle no se le pasó por alto. El tipo tenía buenos reflejos y experiencia con las armas; las usaba como un prestidigitador usaría una varita después de más de mil espectáculos en Broadway.

Pero no era una voz. Era un gemido.

Se movieron sin decir nada hacia la puerta y descubrieron que las nubes estaban desapareciendo y el sol empezaba a brillar con intensidad sobre el aparcamiento. Al gemido le siguió otro. Y otro más. Y asistieron con asombro a un espectáculo dantesco: los cuerpos caídos en el suelo empezaban a retorcerse como aquejados de un dolor fortísimo.

—Pero qué coño... —soltó Jared.

—El sol —dijo Jimmy—. ¡Es el sol!

—Oh, Dios mío —exclamó Sonia, llevándose una mano a la boca.

—¡Estaban muertos! —graznó Jared—. ¡Yo les vi morir! ¡Llevaban muertos toda la mañana!

—No estaban muertos —dijo Jimmy—. Es solo que...

—Chico —lo interrumpió Jared—, le tomé el pulso a unos cuantos, y créeme, sé lo que me hago. Puede que a veces tenga una boca demasiado grande y puede que otras veces meta mi sagrada herramienta en el agujero inadecuado, ¡pero sé cuándo un cuerpo tiene pulso y cuándo no!

—Es... difícil de explicar —dijo Sonia—. Es parte del proceso, se...

Los gemidos empezaron a crecer en intensidad. Algunos de los cuerpos se daban la vuelta y empezaban a arrastrarse por el suelo, como si una fuerza sobrenatural e invisible los aplastara.

—Oh, Dios —gimió Sonia.

—¿Son... son vampiros? —preguntó Jared, nervioso—. ¿Son putos vampiros?

—Aún no —dijo Jimmy—. El sol no los matará todavía, pero les duele, porque están convirtiéndose en vampiros. No lo son todavía, pero esta noche, o mañana por la noche...

—¿En serio? —exclamó Jared.

—Sí.

Miró a Sonia con un gesto rápido.

—¿Eso es verdad? ¿Están convirtiéndose en vampiros?

Sonia asintió, asqueada.

Jared corrió hacia afuera. Sonia tuvo una sensación de alerta, como si algo

estuviera a punto de ocurrir, pero no sabía qué. Ignoraba si los cuerpos caídos podían atacar a Jared, o si el sol aceleraría el proceso. Había visto al sheriff Buchanan retorcerse como si le aplicaran agujas en los ojos, pero no había atacado a nadie; solo se quejaba.

Pero Jared salió afuera, apuntó a uno de los cuerpos con su rifle y disparó. El cuerpo se estremeció con un espasmo final y dejó de retorcerse.

Jimmy gritó, sobrecogido por la sorpresa, y Sonia abrió muchos los ojos.

—¡NO! —gritó.

Jared movió los brazos con un solo movimiento y disparó al cuerpo que estaba al lado. Llevaba el uniforme de policía de Hillsdale. Sonia había entrado en el edificio sin querer mirar los cuerpos; era muy consciente de que entre ellos era posible que encontrase algunos de sus compañeros, y no estaba preparada para enfrentarse a ello.

Corrió hacia Jared, rodeada por los crecientes gemidos de los cuerpos.

BUM. Un tercer disparo. Otro cuerpo que dejó de estremecerse.

Sonia llegó hasta él y le dio un empujón.

—¡Eh! —protestó Jared—. ¿Qué hace?

—¡No puede disparar a estas personas! —gritó Sonia.

—¿Cómo? ¡Ha dicho que se convertirán en vampiros esta noche!

—¡Esta noche! —gritó Sonia—. ¡Aún no son vampiros, son... son personas. ¡Son personas infectadas!

—Oh, genial —dijo Jared—. ¿Y qué propone? ¿Les damos un par de aspirinas y un supositorio de ajo y se lo metemos por el culo? ¿O qué?

—¡No voy a permitirlo! —gritó Sonia.

Jared, sin apartar la mirada de ella, utilizó la mano libre para sacar una pistola escondida en el cinturón. Apuntar a uno de los cuerpos y disparar fue todo uno. El impacto lo alcanzó en mitad de la cabeza, como a todos los demás. El tipo sufrió una violenta sacudida y se quedó inerte.

Sonia se llevó la mano a la funda, que seguía vacía, y apretó los dientes. Incapaz de hacer otra cosa, volvió a empujar a Jared, que tropezó con el cadáver y cayó de culo al suelo.

—¡Aún soy policía de Hillsdale! —gritó—. ¡Y le ordeno que pare!

—Uoooh, uoooh —exclamó Jared, sonriendo—. ¡Qué genio! Algo me estoy perdiendo. ¿Sabe?, no terminé el colegio, lo admito, y puede que no sea el tipo más listo que haya conocido —se incorporó, moviéndose despacio—, pero dígame una cosa: si todos estos serán vampiros esta noche, ¿por qué quiere dejarlos vivos?

—¡No son vampiros todavía, se lo estoy diciendo!

—SOOOOOL —gritó alguien con la voz rota a poca distancia, mientras se cubría el rostro con ambos brazos.

—Vale, vale...—exclamó Jared—. Aquí viene la parte que me he perdido. ¿Se puede hacer algo por ellos? Algo como... no sé, perdone mi ignorancia, ¿como curarlos, como impedir que se conviertan en bichos?

—Yo... —balbuceó Sonia, superada por los gemidos de angustia que llegaban desde casi todas direcciones—. Yo...

—Ya. Lo sabía. No se puede hacer nada, y además, no va a venir nadie. Es mediodía y lo único que ha pasado por aquí son unos cuantos helicópteros. Van hacia

allí, ¿sabe?, porque si esto le parece malo, debería ver aquella parte de la ciudad. Hay vampiros de estos suyos por todas partes, a veces amontonados en las escaleras de las casas. Coño, si lo hubiera sabido habría dejado mi concierto de armónica para otro rato y yo mismo habría sacado la gasolina de los coches para prenderle fuego a todo.

—Pero son personas —exclamó Sonia, ahora confusa y desorientada.

—Escuche —dijo Jared—, no sé mucho de problemas éticos o morales, y creo que usted tiene uno de cojones en esa cabeza suya. Piensa que son personas, pero mírelos... mire cómo se... retuercen porque el sol les toca la piel. ¿Qué le hace pensar eso? He visto gente que vive casi exclusivamente de noche, con la piel amarilla por la falta de luz, pero no aúllan como bueyes con el rabo ardiendo cuando les da el sol.

Sonia escondió el rostro entre las manos.

—¿Qué dices tú, chico? —preguntó Jared.

Jimmy se había acercado a ellos mientras discutían.

—Creo que... él tiene razón —exclamó.

Sonia lo miró.

«Tienes trece años, por el amor de Dios, Jimmy —se dijo—. Tienes trece años y no sabes una mierda del valor de una vida, de lo que supone acabar con la vida de alguien que, tal vez, no se convierta en vampiro, después de todo. Porque no somos médicos, Jimmy, ni comprendemos mucho de lo que está pasando. Crees que lo sabes todo, pero... ¿puedes garantizar que esta gente serán vampiros? ¿Seguro? ¿Seguro al cien por cien? Puede que hayas visto todas las putas películas de Crepúsculo o como coño se llamen, pero eso no te convierte en juez, jurado y verdugo. No, Jimmy. No.»

Quiso decirle todo eso, pero no pudo. Ni siquiera pudo soportar su mirada exhausta y su expresión cansada, al borde de sus fuerzas físicas por la acusada carencia de sueño.

Y tampoco encontró fuerzas para seguir discutiendo con Jared.

Pensó que, sin ayuda médica, todas esas personas morirían de todas formas, abandonadas en mitad de un aparcamiento en una ciudad con demasiados cadáveres y gente en coma.

Miró uno de los cuerpos. Tenía moscas revoloteando alrededor de la herida abierta, oscura y sucia, y pensó que, de todos modos, estaba mirando un cadáver.

Y se retiró dentro, a un escenario de honda tristeza interior.

Después de solo unos instantes, los disparos se reanudaron.

## 9

Sonia estaba intentando restablecer la corriente cuando Jared y Jimmy llegaron hasta ella. El sistema estaba muerto. Había un generador en alguna parte, en el sótano, pero aunque hubiera sabido y podido hacerlo funcionar, el cableado, sencillamente, pasaba por la zona del edificio que había ardido. Así, los ordenadores y el sistema de radio eran tan inservibles como un zapato de tacón para un atleta olímpico en mitad de una carrera.

—Es un poco más de mediodía —dijo Jimmy—. Bastante más, de hecho.

—Sí —susurró Sonia. No se atrevía a preguntar cómo había ido la...

La matanza.



—Jared dice que debemos irnos de aquí —añadió el chico—. Antes de que se haga de noche, ya sabes...

—Sí. Lo sé.

Dejó caer el micrófono de la radio sobre la mesa, un carísimo aparato que, sin electricidad, no servía para nada.

—Jared dice que no sirve de nada intentar huir de la ciudad.

Sonia miró a Jared.

—¿Por qué dice eso? —le preguntó—. Lo ha dicho antes, de otra forma. Solo tenemos que llegar hasta donde esté la gente. Las fuerzas de seguridad. El ejército.

Jared suspiró, caminó hacia la mesa donde había estado sentado cuando se encontraron y cogió algo. Algo pequeño. Ni Sonia ni Jimmy supieron qué era hasta que extendió el brazo y se lo mostró. Era un pequeño aparato de radio, como los que llevan los ancianos en el bolsillo de sus chaquetas cuando dan paseos por el parque.

—Estuve escuchando cuando los bichos se fueron a sus agujeros, o al castillo de Drácula o donde mierdas hayan ido. Las noticias, ¿sabe? Quería saber qué opciones tenía, si era mejor quedarme aquí o tratar de llegar a alguna parte.

Sonia tragó saliva. Presentía que ahora venían las malas noticias.

—Está ocurriendo lo mismo en todas partes alrededor de Hillsdale, desde Bridgeport, al este, a Newburgh, por el norte, o Easton, hacia el oeste. Y, coño, mira que está lejos Easton.

Sonia sacudió la cabeza.

—¿Nueva York?

Nueva York no quedaba demasiado lejos, hacia el sur. A la misma distancia que Bridgeport, al menos, y aún más cerca que Easton.

—Exacto —asintió Jared—. Esa es la clave. Nueva York. ¿Cuánta población tiene? Un huevo de gente. ¿No es la ciudad más poblada de América?

—Sí —susurró Sonia.

No sabía la cifra exacta de habitantes, pero podía contar con... cerca de nueve millones. Tal vez. Nueve millones de potenciales vampiros y guardianes.

—Pues me dije —siguió diciendo Jared—: Hey, si Nueva York, la joya de la corona del marketing norteamericano, ciudad emblema de los putos Estados Unidos, el hogar de la jodida Estatua de la Libertad, está en peligro..., ¿crees que mandarán alguien aquí, a Hillsdale, que está echada a perder de todas maneras? No, coño. Enviarán cada soldado allí, mientras intentan crear un auténtico perímetro de seguridad alrededor de la zona afectada. Que es... como muy grande. Enorme. Les faltarán chicos con casco para cubrirlo todo, ya te lo digo yo. Y esa zona es esta zona. Aquí y ahora, señorita agente. Así que me dije: Jared, muchacho, estás en el ojo de la tormenta. Si escondes bien tu culo y las noticias tienen razón en que los ataques de los otros dos días solo se produjeron de noche, estarás a salvo. Puede. Tal vez. Y si no, qué coño, alguna vez tiene que terminar el show .

—Oh, joder —gimió Sonia.

Jimmy no dijo nada. Mantenía la cabeza gacha y los ojos casi cerrados, como si fuera a derrumbarse de un momento a otro.

Estaba exhausto. Llevaba setenta y dos horas sin dormir, con todo el estrés de la situación y el hecho de haber perdido a su familia por añadidura.

—Está bien —exclamó Sonia—. ¿Y qué... qué hacemos? El chico y yo necesitamos dormir un poco. Hace tres días que no pegamos ojo. Casi tres días. Creo.  
Jared sacudió la cabeza.

—Mala cosa esa. Vamos a tener que estar muy atentos.  
Sonia asintió.

De pronto pensó en la iglesia. No es que creyera que por ser una iglesia fuese a proporcionarles ningún tipo de protección, pero allí habían ido la pareja de ancianos, las dos mujeres y la niña pequeña. Les prometió que enviaría a alguien, y estaba claro que no iba a poder cumplir su promesa. Eran carne de cañón cuando cayera la noche, con todos esos cuerpos levantándose y volviéndose monstruos vampiros asesinos.

—Hay un sitio —dijo—. Creo que deberíamos ir allí.  
Jared asintió.

—Con tal de que no esté lejos, señorita, Jared estará feliz de seguirla.

## DESPUÉS

Los vampiros de último nivel eran más bien como los zombies de las películas. Por la mezcla de sangre. Los vampiros de primera generación tenían sangre cien por cien contaminada. Los de segunda generación tenían un porcentaje de sangre menor, y esa combinación producía un comportamiento más animal. Los de tercera generación y subsiguientes eran «vampiros idiotas», o así los llamaba Pip. Colmillos con patas. Apenas si tenían el instinto de guarecerse cuando caía la noche, esconderse del sol y buscar alimento. En Pine Valley teníamos muchos de los últimos. Creo que los vampiros más puros escaparon hacia las ciudades con más habitantes y nos dejaron a los idiotas. Por la noche era como ver una película de muertos vivientes, solo que los zombies, a veces, decían cosas sin sentido como «¡maldito ladrón!» mientras miraban una pared. Una de esas noches, un ruido efervescente me despertó. Era como si estuviera sumergido en un vaso con una cucharada de sal de fruta. FSSSSH. Pip estaba asomado a la ventana y reía como un niño. «¿Qué pasa?», le pregunté, pero Pip no podía parar de reír. Me asomé a la ventana y vi un espectáculo difícil de entender. Parecía una fiesta de la espuma, con vampiros idiotas perdidos en su interior. La espuma bullía, creando formas que crecían con rapidez, y Pip les echaba líquido de unas garrafas grandes. «¿Qué coño... pasa?», quise saber. Pip me enseñó la garrafa mientras se agarraba el estómago, doliente de tanta risa. AGUA OXIGENADA. El agua oxigenada estaba causando estragos en la carne herida y putrefacta de los idiotas, y la espuma aparecía furiosa, con una contundencia sorprendente. Por lo que ocurrió después, aquella fue una de las noches que más me gustó recordar en los días que le siguieron. Reímos de buena gana hasta el amanecer, y reímos mucho más cuando uno de los vampiros idiotas trató de refugiarse del sol bajo la espuma. Los días con Pip fueron los mejores.

## Capítulo 6

### ESTÁN LLEGANDO



1

—¿En serio? —preguntó Jared cuando tuvieron la iglesia a la vista.

—¿Qué pasa? —quiso saber Sonia.

—Coño, pensé que ibas a llevarnos a algún lugar apartado, no sé. Hillsdale tiene un extrarradio precioso, con un huevo de casas alejadas. Estaba listo para limpiarlas de vampiros si fuese necesario. ¿Pero esto?

—¿Tienes algún problema con las iglesias?

Jared se zarandeó como si tuviera un tábano metido en la ropa.

—¡No me jodas! No es por la iglesia, cojones. Es que...

Miró alrededor y extendió los brazos mientras describía una vuelta sobre sí mismo.

—¡Está aquí, en medio de la ciudad! Mira todos esos edificios. ¿Acaso has visto alguna ancianita que baja a por su pan de pasas para pasar la tarde? ¿Has visto a Bob, o a Mike, con su camiseta de leñador, ir a dar una vuelta para bajar el colesterol, que lo llevará invariablemente al bar de la esquina para hablar de cómo mola América con sus colegas? ¡Nada de eso! Todo está muerto. Está más muerto que el pobre de «Hombre rico, hombre pobre».

—No te entiendo —dijo Sonia.

—Coño. ¿Has visto las ventanas y las puertas?

Sonia miró los portales. La mayoría estaban abiertos, y algunos mostraban evidentes signos de violencia, en ocasiones con los vidrios embellecedores destrozados, los fragmentos desperdigados por la acera.

Pestañeó. ¿Cómo no lo había visto antes? Debía de estar demasiado cansada, o bien se había acostumbrado a que las cosas estuvieran todas fuera de sitio, como cuando caminas por una escena que es un baño de sangre y el capitán te recrimina porque has dejado pasar una pequeña huella sangrienta a pocos metros de la escena.

—Entiendo —susurró.

—Ahí dentro hay más... huevos de vampiro, como los llamáis vosotros. ¿Sabes lo

que te digo? El sol está alto. Cuando empiece a anochecer vamos a tener aquí al mismísimo Michael Jackson bailando Thriller .

— Thriller era de zombis —susurró Jimmy.

—Chico, en serio. Duerme un poco. Te estás derrumbando —soltó Jared.

Jimmy asintió.

—Está bien —exclamó Sonia—. Entremos primero, hay gente ahí dentro, o debería haberla. Y ya veremos qué hacemos.

Jared puso los ojos en blanco.

—Gente —masculló con desconfianza—. Ay, madre.

Sonia miró el edificio. Había un cartel en el pequeño jardín anterior que rezaba: IGLESIA DE CRISTO. CASA DE REFUGIO MINISTERIOS EBENEZER, NUEVA JERSEY, y debajo, un cartel más pequeño decía: VIERNES, CHARLA COLOQUIO «LOS ADOLESCENTES Y EL CAMINO DE DIOS». El edificio en sí era como muchas de las iglesias que había visto por todas partes: una estructura de madera con una torre alta y angosta con una campana en su interior. Las ventanas, estrechas y alargadas, mostraban vidrieras con colores básicos, una representación moderna y bastante descuidada de las ornamentadas vidrieras con representaciones bíblicas hechas con cristales de colores. Estas eran feas, y en cuanto a extraer una interpretación de ellas, podrían haber pasado por un test de Rorschach.

Las dobles puertas de la entrada estaban cerradas.

Sonia subió los peldaños que conducían hasta la puerta y tocó con los nudillos.

—Gente... —murmuraba Jared, dando vueltas por el jardín—. ¡Gente!

Sonia volvió a picar, esta vez con más fuerza.

—Creo que no se fían —dijo Jimmy.

Sonia acercó la boca a la puerta y gritó.

—¡Policía de Hillsdale! ¡Abran la puerta! —Dudó unos segundos y añadió—: ¡Hemos venido a ayudar!

Casi de inmediato se oyó un crujido, y las hojas de la puerta temblaron. Sonia dio dos pasos hacia atrás. No daba la sensación de que alguien estuviera abriendo la puerta, sino de que se habían golpeado contra ella. «Son los vampiros», pensó. Estaban allí dentro, durmiendo su sueño de los muertos vivos, y los había despertado. Los había despertado y habían golpeado las puertas como alguien le tira una almohada a su hermana cuando te despierta porque mamá dice que ya es hora de levantarse.

Hurgó otra vez en su funda, y se maldijo. Había estado en la comisaría y ni siquiera se le había ocurrido mirar en el depósito de armas. Todo estaba ocurriendo tan rápidamente que apenas podía reaccionar a las circunstancias. También pudo haber cogido cualquiera de las armas que los cuerpos caídos de los policías llevaban consigo, pero pensarlo a posteriori era una cosa y haberlo hecho en su momento era otra.

La puerta se abrió y el rostro de un hombre asustado asomó por la rendija.

Sonia dejó escapar todo el aire de sus pulmones.

—Gracias a Dios —dijo él, con la voz temblorosa—. La policía... por fin.

—Me temo que solo estoy yo —aclaró Sonia—. ¿Están bien ahí dentro?

El hombre miró afuera, a uno y otro lado, con una expresión temerosa. Luego pareció tranquilizarse, un poco al menos, y volvió a prestarle atención. Sonia advirtió el

collarín blanco en el cuello y la ropa oscura que lo identificaban como el párroco. El párroco irlandés que mencionaron los ancianos.

—¿Qué? ¡Ah, sí! —exclamó—. Sí, pase.

Las puertas se abrieron, y Sonia vislumbró el interior, un lugar oscuro con algunos puntos iluminados repartidos por la estancia. Era como asomarse a otro mundo. Hacía demasiado tiempo que no pisaba una iglesia, pero allí se respiraba el aire misterioso y oscuro que recordaba de cuando era niña, solo que más acentuado por la luz cálida y escasa que provenía de unas velas y candelabros, dispuestos por casi cualquier lugar. Hasta le pareció que olía diferente. A medida que pasaba al interior y sus ojos se acostumbraban al cambio de luz, los volúmenes iban haciéndose evidentes. Se trataba de una nave estrecha y alargada, sin arcadas, donde había dispuestos unos bancos de madera orientados hacia un púlpito sin ornamentos. Una cruz desnuda presidía el lugar. Y gente. Había gente que se había levantado para mirarla, al menos la mayoría. Unas diez personas. Pero ninguna saludó ni dijo nada; eran sombras, inmóviles en las penumbras amarillentas de la sala.

No vio a la pareja de ancianos ni a las dos mujeres con una niña.

—¿No han llegado esta mañana dos ancianos, dos mujeres y una niña pequeña? —preguntó.

—¿Una niña? —preguntó el párroco. Dudó unos instantes—. No... No ha venido nadie...

Algo en su lenguaje corporal hizo sonar una alarma en su cabeza. La pregunta lo había incomodado. Tal vez mentía. Tal vez...

«Tal vez no han abierto a nadie porque están muertos de miedo», se dijo.

—Joder —soltó—. ¿Está seguro? Dijeron que venían hacia aquí. Dos mujeres con una niña pequeña en brazos...

El párroco se miró las manos.

—¿En serio? —preguntó—. No lo sé... Ha sido... ha sido una mañana muy complicada. Puede que... llaman, tal vez, a la puerta, y con los rezos no los hemos oído.

Sonia apretó los dientes.

Supo que era eso lo que había pasado. Exactamente eso. Pero supo también que sí los habían oído. Miró a las formas en las penumbras e imaginó que todos habían redoblado sus esfuerzos con sus rezos cuando sonaron los golpes en la puerta, que todos habían elevado la voz cuando el anciano llamó con su voz cansada por la caminata y la noche de terror y sin descanso, y que habían disimulado para no tener que abrir la puerta, esperando, confiando, deseando que, simplemente, se fueran.

«¿Vas a juzgarlos? —se dijo—. Son gente que ha vivido una experiencia traumática y que han venido aquí a refugiarse, a protegerse, y tienen más miedo en sus venas que sangre. ¿Vas a juzgarlos?»

»Tampoco es que tú hicieras mucho por ellos, chica —dijo otra voz en su interior—. Pudiste haberlos escoltado hasta aquí, pero preferías llegar a la comisaría, y no por servir mejor a la ciudad, sino para librarte de la responsabilidad de tener al chico bajo tu cuidado, para sentirte otra vez segura, para recuperar un arma y tener a un grupo de policías a tu alrededor y dejar de estar sola. ¿Vas a juzgarlos?»

Bajó la mirada y apretó los puños.

—Está bien —dijo—. Está bien.

El párroco miraba a Jared con desconfianza. Este levantó una mano de repente y abrió mucho los ojos.

—¡Buh! —exclamó.

El párroco dio un respingo.

—¿Están todos bien aquí? —preguntó Sonia al resto.

Las figuras comenzaron a moverse, lentamente al principio, pero luego empezaron a acercarse a ella. Algunos ayudaban a otros a levantarse. Sonia pudo entonces ver sus rostros. Eran gente normal, hombres y mujeres de todo tipo, con aspecto cansado y abatido y semblantes serios.

—¿Van a rescatarnos? —preguntó alguien.

—Bueno —dijo Sonia—, siento venir sola, no hay... nadie más, por el momento.

—¿No puede pedir ayuda? —preguntó alguien— Necesitamos... ayuda.

—¿Ha traído alimentos?

—¿Qué está pasando?

—¿Cómo es que ha venido sola? ¿Qué quiere decir?

—Había demonios en las calles, todos los hemos visto.

—¡Demonios!

—¿Qué quiere decir con sola, cómo es que ha venido sola? ¿Está usted loca?

—¡Todos pagamos impuestos!

Jared levantó ambos brazos.

—¡Eh, eh, eh! ¡Un poco de calma! —dijo en voz alta—. ¡Silencio, coño! «Pi, pi, pi, pi, pi, pi». «Pi, pi, pi, pi, pi, pi». Parecéis pajaritos en un nido, hostia. ¿Queréis dejar de protestar?

La gente lo miró perpleja.

—¿Quién es el listillo que ha dicho lo de los impuestos? ¿Cree que tiene derecho a que un helicóptero del FBI lleno de gilipollas con chaqueta venga a buscarle porque pagó cuarenta y siete dólares de contribución el mes pasado? ¡No me joda! Sus derechos, amigos, fueron arrancados la noche pasada, disueltos en un baño de sangre, por si no se habían dado cuenta. Esta mujer ha venido hasta aquí pensando en ustedes. Podría haberse largado, pero está aquí. ¿Van a seguir quejándose o van a portarse bien y a tratar de ayudar?

Se miraron unos a otros, contrariados y confusos, pero algunos agacharon la cabeza, como si se avergonzaran, y Sonia aprovechó el momento para empezar a sugerir un plan positivo.

—No podemos quedarnos aquí —dijo—. Esos monstruos atacan de noche y duermen de día.

—Demonios —susurró el párroco, y se santiguó.

—Puede llamarlos como quiera. Demonios, asesinos, monstruos... Pero atacan de noche, todas las noches desde hace tres días, y paran cuando sale el sol. Cuando caiga la noche, tendremos problemas si seguimos aquí.

—Pero ¿adónde vamos a ir? —preguntó alguien.

—Estuve en la comisaría esta mañana —dijo otro—. El edificio está destruido y vacío...

Sonia asintió.

—Lo sé. La cosa es grave. Debemos movernos fuera de la ciudad, intentar llegar hasta un grupo que pueda ayudarnos, quizá evacuarnos lejos.

—¿Evacuarnos? —preguntó un hombre joven—. ¿Y si no encontramos a nadie?

—Si no encontramos a nadie estaremos más lejos del centro, que es donde hay más monstruos, y nos esconderemos en algún sitio hasta que sea de día de nuevo, y cuando salga el sol seguiremos avanzando.

—Oh, Dios mío —susurró una mujer, y empezó a llorar. El hombre que tenía al lado fue a abrazarla rápidamente.

—De acuerdo —dijo Jared—. Así que vamos a mover las piernas como si fuésemos soldados, a paso ligero, hacia el...

—No hacia el nordeste —dijo Sonia.

—¿Hacia el nordeste no? —preguntó Jared—. Luego espero que nos cuentes por qué no. Pues hacia el sur tampoco, Nueva York está siendo atacada también.

—Lo he visto... —confirmó el hombre joven.

—Sí, coño. Está pasando en casi todas partes.

—Iremos al oeste, hacia el interior del país. Es la zona que tratarán de contener. Es más posible que encontremos ayuda por ese lado, un perímetro de seguridad.

El hombre joven sacudió la cabeza.

—Estuve... estuve en el perímetro, aquí en Hillsdale. Tenían vehículos, y un buen montón de soldados. Tiendas de campaña, un camión desplegado que era una especie de base de operaciones...

—El TOC —dijo Sonia.

—Lo que sea. Estaban organizando a los civiles para transportarlos. Creía que estaba a salvo, ¿sabe? Pensé: «Bueno, ya está». Había dejado a mi hermano y a mi madre atrás... Mordieron a mi hermano y se llevaron a mi madre.

—Se... ¿llevaron a tu madre?

—Se la llevaron. Unos tipos, ¿sabe? No eran como los monstruos. No tenían... —señaló su boca con un dedo— esos dientes espantosos. Eran gente normal, como usted y como yo.

—¿Adónde se la llevaron? —preguntó Sonia. Era la primera vez que oía que los vampiros se llevaban a alguien.

—¡No lo sé! —exclamó el hombre, visiblemente nervioso—. Se la llevaron y no pude hacer nada. Tuve que... tuve que esconderme. ¡Sé cómo suena eso, pero debería haber visto a esos monstruos!

Sonia asintió.

—No se torture, hombre —exclamó lúgubre—. Sé cómo son. Si hubiera intentado detenerlos, a estas horas estaría...

—Muerto —acabó la frase el hombre—. Así que corrí en busca de alguien. Fui hacia el límite de la ciudad, por Breadcrumb y Ollis, y encontré a los soldados. Estaban nerviosos. Me examinaron antes de dejarme pasar. Creí que iban a dispararme, ¿sabe? Creo que si hubiera tenido un poco de sangre encima me hubieran disparado sin más. Pensé que era una puta locura. Intenté explicarles, les dije que mi madre...

—Pero no le escucharon —dijo Sonia.

—No —susurró el hombre, agachando la cabeza.

—¿Y qué pasó con los soldados? —quiso saber Jared— ¿Se... largaron, sin



más?

El hombre apretó los puños y negó con la cabeza.

—Los monstruos aparecieron de repente. No sé siquiera si alguien los vio venir, porque los disparos empezaron cuando ya los teníamos encima. Nos flanquearon, no lo sé. No eran muchos, ¿sabe? Uno de ellos no parecía ni demasiado alto ni tampoco muy fuerte. Era un tipo casi bajito. Creo que si lo hubiera visto intentando atacarme en circunstancias normales habría pensado que podría reducirlo con facilidad; no parecía tener ni media hostia.

Jared sonrió.

—He visto algunos así —dijo—. Cómo engañan, esos cabrones...

El hombre asintió.

—Saltaban sobre los soldados como... como si fueran perros. Algunos avanzaban a cuatro patas, usando los brazos y las piernas. Les juro que los vi ser alcanzados por las balas, ¡lo vi! Vi la tela de sus ropas desgarrarse y trozos de sus abrigos saltar por el aire, pero... pero no parecía que les afectase. Mordían a unos y mataban a otros.

El párroco se santiguó.

—Cuando acabaron con los soldados que tenía cerca pensé que habíamos perdido. O sea, uno de esos tipos tenía la ametralladora más grande que había visto jamás, en plan... en plan marines coloniales en Aliens . Pensé que iban a cogerla y a usarla con nosotros: una buena ráfaga y todos al suelo. Pero no cogieron ningún arma. No cogieron ningún arma —repitió—. Creo que ellos mismos, sus garras, sus brazos, sus dientes, eran un arma mejor.

Se produjo un silencio, y nadie dijo nada durante un rato.

—Me di la vuelta y salí corriendo. No miré atrás. Oía los gritos, pero seguía corriendo. —Dudó unos instantes—. Si alguien quiere llamarme cobarde, lo aceptaré.

—Nadie va a llamarle cobarde —susurró Sonia.

—Por eso no creo que ningún perímetro vaya a ayudarnos —terminó de decir el hombre, y luego agachó la cabeza, abatido.

—En fin —exclamó Jared—. Una estupenda historia, de veras. Yo tengo la mía y estoy seguro de que todo el mundo aquí tiene cosas que contar. Pero no tenemos tiempo. Tenemos como cuatro horas antes de que se haga de noche, y algo me dice que esta gente no esperará a que sea noche cerrada. Estoy seguro de que los últimos rayos de sol en el horizonte serán suficientes para que todos se pongan en marcha de nuevo. ¡Hay que moverse!

Todos se miraron.

—Pero aquí en la iglesia estamos a salvo —susurró una mujer—. Nadie entró aquí anoche. Es... es la casa de Dios.

—Los demonios no pueden entrar en la casa de Dios —dijo el párroco.

—Vale, oigan... —dijo Jared—. Su fe en el Altísimo es preciosa, de veras. Tenía una vecina, una vez, que era una cabrona redomada como he visto pocas. Creo que comía brasas encendidas y mataba gatitos con sus pedos, pero era religiosa, y todos los domingos iba a ayudar en una mierda de mercadillo social en alguna parte. Un mercadillo o un comedor, no lo sé. Me pareció bien que sus creencias le dieran un descanso en su fastuosa carrera de hija de puta, como si la balanza se equilibrara un poco. Pero más allá de eso, me parece que no sirve de mucho más. ¿Creen que están

a salvo aquí? Yo no lo creo.

—¡Es la casa de Dios! —insistió el párroco.

—Escuche, no voy a clase de religión desde que llevaba pantalones cortos y me comía los mocos —respondió Jared—, pero por entonces me explicaron que Dios está en todas partes. Y yo lo único que veo por todas partes son vampiros.

Sonia miró las expresiones del grupo: a nadie parecía sorprenderle el término. Supuso que lo aceptaban como un sinónimo de monstruo, o de demonio.

—¡Pero hey! —siguió diciendo Jared—. Con vampiros o sin ellos, este sigue siendo un país libre. Joder, cómo se nos llena la boca con eso. Un país libre esto, un país libre lo otro. Hagan lo que quieran. Aquí el chico, la policía y yo vamos a salir de Hillsdale ahora mismo, y quien quiera seguirnos, que nos siga. Y juro por mi sagrada polla celestial que el que no nos siga lo bastante rápido va a acabar con un piercing de cojones en el cuello.

El grupo dio un respingo generalizado.

—Está bien —dijo Sonia—. Tranquilos. Mi amigo puede ser un poco soez a veces, pero... pero tiene razón. No podemos obligar a nadie a que venga. Pero les insisto en que la opción más sensata es alejarse del centro. Los cuerpos que hay por la calle y en las casas se levantarán cuando caiga la noche, y todos y cada uno de ellos serán monstruos. No habrá menos, no va a terminar. Va a ir a más.

Hubo murmullos y voces interpuestas entre el grupo. Ahora eran varios los que se santiguaban o se pasaban unas manos temblorosas por la cara, signos evidentes de desesperación.

—¿Está segura de lo que dice? —preguntó una de las mujeres con una mirada suplicante.

Sonia asintió.

—¡Está bien! —exclamó Jared—. ¡En marcha!

—¡No! —clamó el párroco—. ¡No debéis marcharos! Dios nos protege en esta casa y escucha nuestras plegarias. ¡Debemos rezar! ¡Tenemos que rezar!

Jared avanzó un paso y se plantó delante del párroco. Le sacaba una cabeza y varios centímetros más de hombro a hombro.

—Mi hermano se llamaba Tom —dijo—. Era un buen muchacho, no como yo. Estudiaba y hacía movidas para la comunidad siempre que podía, cosas como un jardín público en un descampado lleno de basura y ratas, en los barrios marginales de la ciudad donde vivíamos. Él cambió las jeringuillas de los drogatas de mierda por putas flores, lechugas y tomates, y alimentaba a las gallinas y regalaba los huevos a los niños que iban al colegio sin nada en la mochila para desayunar. Y pan, padre. Les daba el puto pan de Dios.

»Tom se pinchó con una aguja y cayó enfermo. Sida. ¿Se acuerda del sida? Dijeron... La gente como usted dijo que era una plaga de Dios para acabar con los maricones. A ustedes no les gustan los maricones. A mí tampoco. Creo que un hombre debe ser un hombre, y además no me gusta la gente que tiene mal gusto, porque no hay nada más alucinante que el cuerpo de una mujer, aunque no sepa de qué esté hablando, ¿no, padre?

—Jared... —dijo Sonia.

Él levantó una mano en el aire, sin dejar de mirar al párroco.

—Mi hermano no era maricón. Era un hombre, y no porque le gustaran los coños, sino porque traía comida a casa y cuidaba de sus vecinos casi tanto como cuidaba de mí y de mi madre. Así que no sé qué coño le pasó a su Creador para que se confundiera tanto con mi hermano. ¿Qué carajo tenía él que ver con su plaga? Le pedí a Dios que enmendara su error. Le expliqué que mi hermano no era un maricón, que era bueno, que el mundo era un lugar mejor porque mi hermano estaba en él, y que si se lo llevaba, el descampado volvería a ser un lugar de mierda, el tipo de mierda que él permitía que ocurriese porque... carajo, se supone que es superpoderoso y todo eso, y que creó el mundo en siete días. Siete. Putos. Días. Mi hermano tardó un mes en acondicionar su descampado. Le dije... le dije que si salvaba a mi hermano yo sería una buena persona. Le dije que lo ayudaría con las putas gallinas, le dije que yo mismo haría pan y pondría un jodido huevo si lo salvaba. Pero adivine, padre. Adivine. No lo salvó. Mi hermano murió. Se lo llevó, padre. Lo sacó de aquí y se lo llevó con él. Mi madre murió dos semanas después, incapaz de mantener en su sitio su corazón desgarrado por el dolor. Y creo que yo mismo morí un poco ese día. Nunca he puesto un huevo por nadie; todo lo que he hecho es ponerle huevos a mi día a día y sobrevivir en un mundo que ya no le importa ni a su jodido Creador.

El párroco lo miró perplejo. Pareció querer decir algo pero cambió de opinión.

—¿Quiere... quiere rezar? —preguntó Jared—. Rece. Rece si quiere. Su Dios podría haber convertido esos monstruos en mantequilla de fresas, o haber salvado a todo el mundo sin pestañear. Podría haber hecho que nada de esto hubiese pasado. Coño, apuesto a que podría hacer que todos recibiésemos en nuestras cuentas un millón de dólares cada semana, o cada día. Pero no lo hace. ¿Quiere rezar? ¿Va a... tocar su hombro con un dedo a ver si consigue despertarlo y dejarse de plagas gilipollas, como el sida, o como esta? Hágalo. Quédese y rece. Pero cuando esos monstruos le arranquen cada costilla del pecho mientras usted grita con un dolor desconocido por el hombre, acuérdesese de Tom. Porque ni usted ni nadie le importa un carajo a su Dios. ¡Y ahora vámonos, quien quiera venir!

Jared avanzó con paso resuelto hacia la puerta.

Sonia se quedó parada todavía unos instantes, pensando en la historia de Jared. Era fácil juzgar a alguien por su aspecto; ella lo había hecho cuando lo conoció. De no haber sido por la situación que se traían entre manos, no le habría prestado a Jared ni un segundo de atención, y desde luego lo habría tratado con una mano puesta sobre la funda de su pistola. Pero cada hombre llegaba a ser lo que era por mor de sus periplos vitales personales, y se dijo que trataría de recordarlo en el futuro.

Se volvió para buscar a Jimmy.

—¿Jimmy? —preguntó.

¿Dónde estaba el puñetero muchacho?

Una luz de alarma se encendió en su cabeza.

—¡Jimmy! —llamó.

—Está ahí —dijo alguien en voz baja, señalando.

Sonia siguió la línea de su brazo y suspiró con alivio. Jimmy estaba tumbado en uno de los bancos. El chico no podía más. Se había echado y había caído en un sueño profundo en cuestión de segundos.

Se acercó a él y lo zarandeó.

—Jimmy... Jimmy, tenemos que irnos.

—¿Van a abandonarnos? —preguntó uno de los hombres—. ¿Va... va a dejarnos aquí y ya está? Oh, esto es muy típico.

Sonia volvió la cabeza para mirarlos.

—No ha escuchado nada de lo que hemos dicho, ¿verdad?

—¡Van a irse! Somos personas indefensas... ¡y va usted a irse! ¿Qué clase de policía es usted?

Sonia sacudió la cabeza.

Puso una mano en el hombro de Jimmy y lo zarandeó con más fuerza.

—¡Jimmy! —dijo, levantando la voz—. ¡Vamos, un último esfuerzo! Tenemos que salir de aquí.

—La demandaré —decía el hombre—. ¿Cómo ha dicho que se llama? Quiero su nombre completo y su placa.

—Jimmy... Vamos, muchacho.

Jimmy seguía dormido; hasta parecía tener los ojos hinchados por el sueño. Llevaba setenta y dos horas despierto, y había vivido horrores a los que un niño de trece años nunca debería enfrentarse. Apretó los dientes al comprender que no conseguiría despertarlo fácilmente, y aun si lo conseguía, si lo ponía en pie y lo empujaba a caminar hacia la puerta, ¿cuánto tardaría en derrumbarse? Pretendían andar durante algo más de tres horas, a buen paso, y encontrar a alguien que los ayudase o esconderse en algún sótano oscuro, hacinados y en silencio, temblando mientras confiaban (mientras rezaban) para que nadie los encontrase.

¿Aguantaría eso el muchacho?

—Mierda —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Jared—. ¿El bebé se ha dormido?

—No es un bebé —protestó Sonia—. Es un chico muy valiente que ha pasado por mucho. Vio cómo mataban a su familia, y lleva tres días sin dormir. Me temo que no puede dar ni un paso más.

—Oh, joder —dijo Jared—. Déjame a mí. Lo haré andar aunque sea arrastrándolo por los pies.

—¡Oye! —gritó Sonia—. ¡No puede más! Necesita descansar.

—¡Lo llevaré en mis putos brazos! —replicó Jared.

—¿Ah, sí? El chico es alto para su edad. ¿Cuánto dirías que pesa, sesenta, setenta kilos, tal vez? ¿Hasta dónde podrás llevarlo? Nos sacarás de aquí y lo llevarás en brazos, tal vez, hasta que no puedas más, y entonces dirás: «¡Coño, polla, estoy hasta los huevos!» y lo dejarás en el suelo, demasiado lejos del sitio adonde vayamos o de aquí.

—¡Coño! —soltó Jared.

—Exacto. Oye, márchate si quieres. Yo pasaré la noche con él aquí, y seguiremos mañana.

—Eso es justo lo que voy a hacer —masculló, se dio la vuelta y se lanzó hacia la puerta.

—¡Jared! —lo llamó Sonia.

Jared se detuvo, pero sin volverse.

—Tu hermano, Tom, nos habría ayudado.

—¿Y de qué le sirvió? —dijo.  
Y se fue.

## 2

—Prudencia Siete a Águila en el Nido, hemos llegado al Punto de Encuentro.

—Prudencia Siete, luz verde, adelante —dijo la voz por el transmisor.

—Recibido, Águila.

El teniente Burke plegó la antena apoyando el aparato en su frente y lo puso en el salpicadero del jeep .

El conductor hizo virar el coche suavemente y lo detuvo.

El edificio estaba, efectivamente, a la vista, destacando en el horizonte de Hillsdale. Cómo habían aprobado levantar una mole como aquella en la zona de los exteriores era algo que a todo el mundo se le escapaba, pero aunque era difícil decir cuántos pisos tenía, porque era, en esencia, una mole gris con rejillas de cemento por ventanas, debía de equivaler a ocho o nueve pisos.

Era el edificio de Correos. Se levantó haría veinte años e iba a ser una de las oficinas más grandes de Correos de toda la zona, sirviendo de apoyo de entrada, en el norte, a la terrible masificación de paquetería que inundaba a diario el distrito de Manhattan. Cuatro años atrás, el edificio había sido inspeccionado y condenado por estar afectado de aluminosis. El término despertó cierta hilaridad en el alcalde de Hillsdale, pero cuando presentaron estudios serios sobre el término y sus implicaciones, su semblante cambió. «Fiebre del hormigón» era otro término que recibía el fenómeno: ponía en riesgo la estructura general del edificio y lo hacía sensible a derrumbes inesperados. El edificio fue clausurado, no demolido, mientras el alcalde estudiaba posibles acciones para reparar los daños. Todas eran indeciblemente caras, e incluso de haber tenido la financiación para llevarlas a cabo podían prolongarse muchos meses en el tiempo. Las gestiones que se llevaban a cabo allí se disgregaron por otros estados, incluyendo los casi quinientos puestos de trabajo. El alcalde se cabreó tanto que estuvo una semana de baja, y el incidente casi le costó la candidatura.

—Vaya si es feo de cojones, teniente —dijo el conductor.

—Lo cierto es que sí. Y por lo que cuentan, debe de ser incluso más feo por dentro.

Bajó del jeep y llamó a sus jefes de escuadrón levantando una mano. Estos bajaron de sus camiones y se dirigieron hacia él. Los soldados descendían por las traseras de los transportes.

—Muy bien. Tenemos luz verde, ¿de acuerdo?, así que vamos a hacer esto según el manual —dijo, sacando un pliego de papel de uno de los bolsillos de su chaleco—. Repasemos esto otra vez.

Extendió el papel. Era un plano del edificio, con marcas de rotulador rojo.

—El despliegue es aquí, aquí y aquí. Tres escuadras. A mi señal, Uno entrará por aquí, Dos lo hará por la puerta principal y Tres se mantendrá a la espera en esta zona para dar cobertura cuando se necesite.

—Entendido —dijo uno de los jefes.

—Uno y Dos subirán piso por piso para reunirse aquí, dos plantas más arriba. Si se consigue ese objetivo sin incidentes, Tres se reunirá con ellos y establecerá una cabeza de puente en esta área.

Alguien asintió.

—Subimos, bla, bla, asegurando piso por piso. Quiero un trabajo limpio. No se espera resistencia en los pisos superiores. Inteligencia dice que el enemigo estará en los almacenes de los sótanos. Cuando la zona esté asegurada, las tres escuadras se moverán hacia abajo. Hay que hacerlo en cuatro horas, ¿de acuerdo?, antes de que el sol se ponga.

—Perfecto.

—No nos quedamos dentro si el tiempo se nos echa encima. El tiempo de misión es de cuatro horas, después de eso nos largamos cagando leches.

Burke miró su reloj.

—¿Cuándo estaréis listos?

—En dos minutos, teniente.

—Perfecto. ¿Alguna pregunta?

Los jefes de escuadrón se miraron.

—Ya —dijo Burke—. Es una mierda, como leer un cómic de Los Cuatro Fantásticos. Pero no somos S.H.I.E.L.D., así que... —se encogió de hombros—. El enemigo es una especie de mutante superespecializado con una capacidad ofensiva como no se ha visto antes, letal a corta distancia y... tócate los huevos, inmune a los disparos convencionales. Recordad lo que nos han dicho: disparos limpios a la cabeza, o granadas. Tenéis munición explosiva: usadla. Y recordad el factor desconocido X. Usad las mascarillas.

Alguien soltó un bufido.

—La próxima vez, Barman —dijo Burke—, pide trabajo en el McDonalds. Tendrás un empleo seguro y un culo enorme.

—¿Cuántos enemigos confirmados por los pájaros, teniente?

Burke inclinó la cabeza.

—Alrededor de una centena. Eh... tirando hacia arriba. Ciento cincuenta. Más o menos. Entraron ahí entre una y dos horas antes del anochecer. Ignoramos si había más dentro.

—Joder.

—Eso luego, Barman, cuando terminemos el trabajo. Ahora escuchad, tenemos conexión directa con el Hombre en persona, es una experiencia pionera de contraataque organizado, no esas chapuzas que hemos estado haciendo en las calles, ¿de acuerdo? Tiene que salir bien. Van a estar mirándonos con cien ojos, así que, regla número uno: manual. Regla número dos: manual. Regla número tres...

—Nadie se queda atrás —exclamaron los jefes de escuadrón al unísono.

Burke asintió, complacido.

—En marcha —dijo.

Los jefes de escuadrón empezaron a arengar a los hombres. Estos, según iban descendiendo de los camiones, formaban grupos y comprobaban por última vez sus equipos: los cinturones, las granadas que colgaban del arnés en el torso, el arma, las máscaras de oxígeno e incluso el correcto anudado de las botas. El sol brillaba en lo

alto, arrancando destellos de las protecciones pectorales, las rodilleras y las coderas, y también de los visores de las máscaras, y amenazaba ya con iniciar su descenso hacia el horizonte; pero los hombres se movían con rapidez, y al cabo de solo unos instantes estaban formando en tres grupos, dándose golpes en el pecho con los puños.

Burke se apoyó en el jeep y tomó su transmisor.

—Águila en el Nido, voy a dar la orden.

—Adelante, Prudencia Siete.

Burke levantó una mano y las escuadras se pusieron en marcha.

Burke miró al sol y, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, se santiguó, por primera vez en toda su vida. Solo por si acaso.

### 3

—Despejado, Jefe Dos.

—¡Despejado!

El escuadrón Dos había llegado al segundo piso. Era la sala central de operaciones: un gran salón con una multitud de mostradores de admisión donde la gente, antaño, hacía cola para enviar o recoger sus paquetes. Se habían llevado casi todo el material, pero aún quedaban algunas mesas y sillas fantasma y algunas cajas y archivadores en las gigantescas estanterías cubiertas por el polvo. La luz llegaba por las ventanas practicadas en la pared de hormigón formando un damero de luces y sombras en el suelo sucio y desvaído.

—Sería bonito que el edificio se nos derrumbase encima justo ahora —dijo el Jefe Dos—. Ian, Fernández, la escalera. Elsa, el ascensor.

Tres figuras uniformadas se pusieron en marcha para cubrir las zonas asignadas. Al llegar a la escalera, unos haces de luz recorrieron los peldaños gastados por innumerables zapatos. Los ascensores eran pequeños hijos de puta: uno podía pensar que no servían para nada cuando no había electricidad (y allí no la había), pero casi todos tenían accesos por el techo y escaleras de mano en los huecos por los que podía deslizarse un enemigo.

—Jefe Uno, estamos en el Punto de Encuentro Dos —dijo mientras inclinaba la cabeza.

—Estamos de camino —crepitó la radio en su hombro.

—Comprobad el perímetro —ordenó entonces.

Los hombres empezaron a moverse, caminando despacio por la sala. Algunos saltaron los mostradores para mirar detrás. Nadie decía nada, pero se comprobaba. Después de un rato, los hombres, ahora desperdigados por la sala, se miraron unos a otros.

—Despejado, jefe —susurró alguien.

—De acuerdo. A ver si Uno es capaz de llegar hasta aquí de una puta vez. El edificio es grande de cojones, y no me gusta nada el rollo del sol.

—Es una locura, Mark —dijo su compañero.

—Qué me vas a contar. Tenía entradas para ver un espectáculo de no sé qué con los niños, y aquí estoy, pendiente de cuándo la luz se pone naranja para no cagarme en los pantalones.

—Dicen que en la ciudad...

—Oye. Ya sé lo que se dice, pero no me comas la cabeza con eso ahora. Hacemos lo que nos han pedido hacer y fuera, cumplimos con el servicio y ya está. Y no me llames Mark, coño.

—Sí, Jefe Dos.

—Jefe Uno —dijo la voz del teniente Burke en la radio—. Informe de su posición. La radio permaneció apagada.

—Pero qué mierda, hombre —susurró Mark mientras ponía los ojos en blanco. Ninguna respuesta.

—Jefe Uno, responde.

—Le oigo alto y claro, jefe —dijo Jefe Uno por la radio—. Hay zonas con poca cobertura. Es el hormigón podrido, creo.

—Está bien —dijo Burke—. Muévase hacia el Punto de Encuentro Dos. ¿Algún problema para lograr ese objetivo?

—Estamos casi ahí. Corto.

Los ruidos de pasos del escuadrón Uno llegaban hasta el salón principal, cada vez más audibles. Mark suspiró cuando vio al otro equipo aparecer por el hueco de la escalera.

—Coño, creía que os habíamos perdido —dijo.

—Habríais oído los disparos —dijo el Jefe Uno—. Aquí deben de sonar como truenos, garantizado.

Mark asintió.

—Es el puto Correos, de todas maneras —repuso—. Aquí las cosas se pierden. Bueno, a ver si en Inteligencia han hecho bien su trabajo.

Inclinó la cabeza.

—Jefe Tres, estamos en posición. Jefe Tres, adelante.

—Ya estamos entrando —dijo alguien por la radio.

## 4

Las oficinas de gestión de los pisos superiores estaban vacías y abandonadas, tal y como había dicho Águila en el Nido. Ni siquiera parecía que hubiese pasado nadie por allí en mucho tiempo; el polvo en el suelo formaba una película uniforme, y había polvo también sobre los pomos de las puertas.

Eso pareció animar a los hombres, que se movían ahora resueltamente. Les encantaba cuando las cosas funcionaban como deberían funcionar, sin sorpresas ni sobresaltos. Burke les dejaba hacer, al menos hasta que llegaran a la zona caliente. Lo único que fastidiaba a sus hombres era tener que usar las máscaras, pero Mark lo entendía a la perfección: les restaba visión y capacidad, y controlar la respiración era muy importante para poder rendir bien si las cosas se ponían feas.

Mark no las tenía todas consigo. El briefing de la misión había sido el más raro de los que había asistido como profesional, y había estado en algunos realmente desconcertantes. Si el jefe de operaciones se hubiese vuelto hacia ellos y les hubiera dicho que no debían mojar a sus enemigos ni alimentarlos después de media noche, no le habría parecido tan raro.



Mutantes. Y un carajo.

—Está bien —dijo Jefe Uno—. Vamos a empezar a movernos hacia abajo. Jefe Burke, estamos preparados.

—Adelante. Luz verde. Tenemos todavía casi tres horas. Buen trabajo.

Jefe Uno asintió.

Los hombres comenzaron a bajar por la escalera, con las armas preparadas. Ian iba el primero, como de costumbre, junto a Elsa, que era latina y tenía un tatuaje en el costado en el que se leía: RECUERDA A VÁSQUEZ. Tenía algunos elementos curiosos entre su equipo, hombres y mujeres que, vestidos de civil, podían pasar por personas normales. Hasta podía imaginarlos sentados en sus salas de estar, viendo una película y bebiendo café caliente un domingo por la tarde, rodeados de familia y un gato o tal vez un perro, pero Elsa parecía haber sido creada para llevar uniforme y también un arma, y lo mismo le pasaba a Ian. Ni siquiera podía pensar qué carajo hacían esos dos cuando no estaban de servicio. Practicar su puntería en algún bosque, tal vez.

—Ian, baja el ritmo —dijo—. Vamos bien de tiempo.

—Sí, teniente. Lo siento, teniente.

La escalera de los sótanos nacía en la planta baja, junto a la puerta; era diáfana y tenía una rampa en un lateral. Una cabina de control, de la que quedaban solo los muebles, regulaba el paso. Por lo general no eran zonas de acceso público; estaban reservadas para el personal de Correos. Allí estaban las máquinas de clasificación y el tratamiento de paquetería, con los sistemas de seguridad que el gobierno exigía: escáneres, rayos X y varios kilómetros de cintas mecánicas que transportaban los envíos a los garajes, listos para ser distribuidos en las furgonetas de reparto. Era una nave diáfana donde solía bullir la actividad, pero ahora era un espectáculo desolador, y lo que era más preocupante, oscuro como boca de lobo.

Ciento cincuenta hombres, había dicho Burke. Al menos ciento cincuenta. ¿Dónde demonios se escondían ciento cincuenta hombres en un sitio como aquel, y por qué permanecían allí a oscuras durante el día? Les habían hablado de las características del enemigo y puesto en antecedentes sobre lo que ocurría, pero carajo, debía de ser una infección muy muy loca si hacía que los amables vecinos de Hillsdale decidieran esconderse en un lugar como ese, todos hacinados.

—Escuadra Uno —susurró el jefe del equipo—. Formad una hilera con las linternas. ¡Quiero ver bien en este agujero!

—¡Sí, señor!

Los haces iluminaron la estancia: de los techos altos aún pendían las lámparas, colgando como viejas arañas muertas. Las telarañas que iban de una a otra ayudaban a crear esa sensación.

—Esto es una ratonera —dijo Mark—. Me gusta aún menos que lo de Vermille.

—Dijiste que no mencionarías más lo de Vermille —masculló el Jefe Tres.

—Al carajo, no fue mi puta culpa —soltó—. Está bien, peina la zona, quiero...

Se detuvo.

Alguien le estaba tocando el hombro.

Mark miró. La linterna barría el suelo, donde había evidentes rastros de pisadas. Formaban un puzle endemoniado en el polvo del suelo, en ocasiones dejando marcas

regulares, como si alguien hubiera arrastrado algo grande y pesado.

Sin decir nada, llamó la atención de los hombres encendiendo y apagando su linterna en una sucesión rápida, y empezó a hacer gestos para impartir las órdenes.

Los hombres empezaron a moverse, cubiertos por los haces de luz. Mark pensó que le gustaría tener un sensor de movimiento, como los de la película *Aliens*, para barrer la zona. PIP. PIP. PIP.

—Jefe —dijo a la radio—. Confirmamos rastros de actividad en el sótano uno. Marcas en el suelo, pisadas.

—Está bien —respondió la radio—. No nos llamamos Prudencia por nada, Jefe Dos. Desplegaos con cuidado.

—Comprendido —susurró Mark.

Pensó que, más que un sensor de movimiento, le hubiera gustado tener un generador para acoplarlo al sistema eléctrico de aquel lugar. ¡BUM!, todas las luces encendidas. Las cosas se verían de otro modo.

—¿A qué huele? —preguntó el Jefe Tres.

—Huele a medicinas —dijo alguien.

—Huele a formol, teniente —dijo Ian—. A rana metida en formol.

Mark asintió. Incluso a través de las máscaras podía percibir el aroma pútrido a fármacos caducados. Era un olor extraño para un lugar así. Debía de significar algo.

—Jefe —dijo a la radio—. Aquí huele raro. A caramelos de menta que han pasado demasiado tiempo en el bolsillo de un abrigo. ¿Qué se sabe de eso?

—Déjame preguntar a Águila —crepitó la radio.

Mientras tanto, los hombres seguían desplegándose, moviéndose despacio por la sala. Mark los miraba alejarse y distanciarse, y cada vez le gustaba menos. Parecía que, cuanto más avanzaban, más se separaban unos de otros. La sala era demasiado grande. Parecía más grande que en los cochinos planos, y él había estudiado más planos que un arquitecto en su último año de carrera.

—No me gusta —susurró.

—Jefe Dos —dijo la radio—. El olor es característico del enemigo. Repito: indica presencia enemiga. ¡Abrid bien los ojos!

—Recibido.

Mark miró al jefe de la escuadra Tres. Estaba observando uno de los pilares principales, que presentaba una grieta que nacía en el suelo y serpenteaba, amenazante, hacia arriba.

—Yo no usaría granadas aquí —advirtió—. Este lugar está abandonado por algo.

Mark miró la grieta, con evidentes signos de desgaste. Sabía una o dos cosas sobre explosivos, y el aspecto arenoso que tenía la falla en la estructura no pintaba nada bien. Si uno solo de esos pilares fallaba, colapsaría toda la estructura con seguridad. La única duda era cuánto tardaría en ocurrir.

—Mierda —exclamó.

De pronto, uno de los hombres soltó un grito.

—¡JODER!

Los haces se desplazaron con rapidez por la sala a medida que los hombres se movían, dándole el aspecto de un salón de baile. Mark miraba, intentando distinguir algo. A cada pasada, empezaba a ser más y más evidente lo que ocurría. Un torso. Un

brazo en reposo. Unas piernas. Había alguien en la sala, justo en el hueco entre los hombres y los jefes de escuadra, desplegados junto a la escalera.

Mark pestañeó.

—¡NO SE MUEVA! —gritó alguien a medida que los haces se posaban en él.

—¡AL SUELO, ÉCHESE AL SUELO!

—Pero qué coño —dijo el Jefe Tres.

Mark miraba al tipo con ojos estupefactos. ¿Cómo carajo había conseguido colarse entre él y sus hombres? ¿Cómo se les había pasado? Sus hombres tenían sobrada experiencia en esos protocolos; estaban tan acostumbrados a esas situaciones que estaba seguro de que podían realizarlas dormidos. Y eso era lo que se llamaba una falla de seguridad. Le importaba una mierda si había salido de debajo de la mesa o se había descolgado del techo usando una cuerda, como Tom Cruise en Misión imposible .

Los jefes de escuadra apuntaron con sus armas al hombre, bañado ahora por la luz de las linternas.

—¡Ojo al perímetro! —gritó alguien; Ian, probablemente.

—¡Elsa, Barman, perímetro!

—¡ÉCHESE AL SUELO! —gritó alguien más a medida que todos formaban un círculo alrededor del hombre.

Parecía tener un poco más de cuarenta años, tal vez cuarenta y cinco: rasgos duros, pelo corto con canas y aspecto atlético. Su ropa estaba sucia, manchada por algo oscuro que impregnaba casi todo su pecho, pero su lenguaje corporal denotaba seguridad. Sonreía sutilmente, con los ojos de un intenso gris helado clavados en Mark.

—¡SEÑOR, ÉCHESE AL SUELO!

Mark se adelantó, levantando una mano.

—¿Quién es usted? —preguntó.

El hombre compuso una mueca aderezada por una expresión divertida, abriendo mucho los ojos y curvando los labios. Se señaló el pecho con un dedo y sonrió.

—¿Yo? —preguntó—. Oh. Yo...

Pensó durante un par de segundos.

—Me llamo Frank. Sí, Frank Beaumont.

—¿Qué hace aquí, señor? —preguntó Mark.

—¿Aquí? —sonrió de nuevo—. Esta es... mi casa.

Mark apretó los dientes.

«Carajo —pensó—. Ahí vamos.»

—Está bien, señor. Échese al suelo. ¡Échese ahora mismo o abriremos fuego contra usted!

Frank seguía sonriendo, con los ojos fijos en Mark. Él sabía que las luces de las linternas causaban fuertes contrastes y que creaban juegos ópticos interpretables; sabía que las facciones de aquel hombre podían presentarse más duras, o incluso deformadas, y que podían ser una especie de llave para la imaginación de un hombre asustado. Lo había estudiado, formaba parte de su entrenamiento, y aunque había visto miradas penetrantes y estudiado el efecto psicológico que una combinación de tonos en el iris puede causar, tenía esa mirada clavada en el alma. El hombre tenía fuerza en la mirada, joder que sí.

—Si me lo permiten, me gustaría decir una sola cosa —exclamó el hombre con cierta parsimonia.

Mark estaba pensando en las características de los enemigos, tal y como se las habían descrito. Los habían avisado de que podían encontrarse con personas con rasgos monstruosos, en particular bocas enormes, dedos trocados en garras, actitudes animales en el comportamiento, y aunque aquel hombre distaba mucho de todo eso, el protocolo debía ser obedecido siempre, sobre todo en esta misión. Disparar primero, preguntar después.

—¡Último aviso! —gritó Mark—. ¡Abriremos fuego contra usted!

El hombre sonrió.

—Rojo —dijo.

La estancia se derritió ante los ojos de los especialistas, como si fuera una pintura realizada con acuarelas que alguien pone bajo la ducha, y detrás de esa pintura había un espanto rojo que los obligó a cerrar los párpados por un momento. Cuando volvieron a abrirlos, encontraron un millar de figuras revolviéndose en un océano de cuerpos, y en mitad de esa amalgama de torsos y extremidades estaba Ella.

— ¿Me adoraréis? —preguntó una voz, fuerte e iracunda como un sol que explota en mitad de una galaxia.

—Sí —respondió Mark casi al instante mientras dejaba caer su arma al suelo.

## 5

—Jefe Uno, responda —decía Burke a su transmisor desde el asiento de su Jeep—. Adelante, Jefe Dos.

—Debe de ser la estructura del sótano —dijo el conductor.

—Y una mierda —masculló Burke—. Algo ha ido mal. Muy mal.

—No lo sé, señor —exclamó el conductor.

—Claro que no lo sabe. Ya lo sé yo por usted.

Accionó los botones del aparato y se lo acercó a la boca.

—¿Jefe Burke? —dijo de pronto una voz por la radio.

—Oh, joder. Jefe Dos. ¿Qué coño ha pasado? ¡Estaba avisando a Águila para activar el protocolo Mamparo, maldito capullo!

—Tiene que entrar aquí, señor —dijo la voz de la radio.

—¿Entrar? Jefe Dos, ¿está todo despejado? No ha podido darles tiempo...

—Entre aquí, jefe. Lo necesitamos aquí.

Burke pestañeó.

—Jefe Dos, ese no es el procedimiento. ¿Qué narices pasa? ¿Acaso... se ha despertado hoy con migraña?

—Negativo —dijo la voz—. Los pájaros están todos en sus camas.

—Entonces, ¿qué carajos pasa?

La radio permaneció callada.

—Jefe Dos, aclare el motivo de su solicitud.

Ninguna respuesta.

—¿Jefe Dos? Jefe Tres, informe. Jefe Uno, informe.

—Entre aquí, teniente —dijo el Jefe Tres por la radio—. Lo verá todo más claro.

El conductor miró al teniente, que había dejado caer el transmisor entre sus piernas. Lo miraba como si ya no supiera qué era o para qué servía.

—¿Qué era eso de los pájaros? —preguntó.

Burke miraba el edificio, pensativo.

—Es una pregunta de seguridad, soldado, para confirmar que una unidad no está siendo obligada a responder por radio. Se utiliza cuando se sospecha una trampa: «Despertarse con migraña». La respuesta es: «Los pájaros están todos en sus camas».

—Entonces la respuesta es correcta. ¿Por qué no se reúne con sus hombres?

Burke seguía mirando el edificio. Visto desde aquel ángulo, se asemejaba más bien a un monumento funerario que a cualquier otra cosa.

—No lo sé —susurró.

Quería decirle que tenía una sensación en las pelotas, un hormigueo penetrante que se prolongaba, como un ramalazo eléctrico, hacia la nuca. Quería decirle que el silencio de la ciudad tenía como un zumbido sobrenatural que lo abarcaba todo, y que, en suma, tenía la sensación de que dentro de aquella fortaleza de hormigón podrido las cosas olían peor que en la bodega de un barco lleno de pescado descompuesto.

Pero no dijo nada.

—Águila en el Nido —dijo a la radio con voz apagada—. Prudencia Siete solicita presencia de Madre en la zona.

—Proceda, Madre —respondió la radio.

Burke bajó del jeep y se estremeció.

## 6

El anochecer llegó de nuevo, ahuyentando toda luz de las calles. Sonia estaba pegada a una de las vidrieras; el cristal estaba roto y podía ver el exterior por una minúscula rendija. Quería verlo todo. Quería ver qué ocurría, cómo empezaba, y sobre todo, quería verlos llegar, si es que iban a llegar. Durante la tarde había localizado un cuerpo cerca de la acera opuesta. Demasiado cerca, demasiado. Más de una y más de dos veces pensó en salir y llevarse el cuerpo un poco más lejos, porque si se convertía allí mismo, ¿quién sabía cuál sería su primer paso? ¿Cómo despertaba un vampiro a la oscuridad de su nueva existencia como muerto viviente, o lo que fuera? ¿Se lanzaba a matar sin más?, ¿de eso se trataba?, ¿de matar por matar, y así una noche tras otra, en un ciclo interminable de infinito horror? No todos, se dijo. Y recordó a la mujer desnuda de la base, y a los vampiros tomando los camiones y dirigiéndose hacia alguna parte. Al menos aquella mujer fascinante que tanto influjo había despertado en ella parecía tener un propósito, y se preguntó si los vampiros tendrían todos un propósito, una especie de plan, y ese pensamiento la hizo encogerse y estremecerse.

Pero, en algún momento, el cuerpo desapareció de la calle.

Sonia imaginó que el sol había terminado por tocar su piel de una manera directa y se las había ingeniado para arrastrarse a algún lugar protegido. Podía estar detrás del coche, o debajo de él, o podía haberse deslizado hacia el callejón y haberse quedado allí, respirando de manera acelerada, terminando de...

... convertirse.

Oh, tenía muchas preguntas, preguntas que nunca pensó que se haría, como:

¿podrían ellos sentirlos, de alguna manera sobrenatural, como sigue un lobo el rastro de olor de sus presas a lo largo de kilómetros?, ¿de alguna otra manera?, ¿podían los vampiros oír mejor, ahora que eran...

... criaturas de la noche? ¡Bienvenidos a Noche de lobos , amiguitos amantes de lo sobrenatural!

Había ordenado que apagaran todas las luces y se mantuvieran tan en silencio como les fuera posible. «Si alguien tiene que tirarse un pedo después del anochecer, más vale que se ponga un tapón en el culo», les había dicho, pero allí había personas mayores, muy mayores, y no estaba muy segura de cómo se comportarían cuando llegasen las largas horas nocturnas. Y aún peor que las personas mayores era la gente con los nervios destrozados. Tenían hambre, estaban asustados y la mayoría tenía familia de la que preocuparse. Sonia se dijo que el miedo que los ataba a aquel lugar, que los había hecho esconderse en lugar de salir a por sus seres queridos, debía de ser fuerte como un roble, y el doble de arraigado.

Habían amontonado los bancos junto a la puerta. Fue idea de alguien, y a Sonia le pareció bien. Jesús, les habría dejado pintar las paredes de rosa si eso les daba algo que hacer y en lo que pensar. Era un grupo desmañado y ruidoso, pero los dejó hacer de todas maneras, porque aún había luz cuando se entregaron a la tarea. Oh, sabía que los vampiros podían derribar las puertas como si masticasen brócoli, pero comprendió que el factor psicológico de la barricada era importante. Los hacía sentirse más seguros, y tal vez así pudiera esperar un poco de colaboración.

Porque si alguien entraba en pánico y se ponía a chillar...

«Si alguien entra en pánico...»

Se restregó los ojos. La falta de sueño empezaba a hacer mella, lo cual era, o podía llegar a ser, un problema. Si se pasaba la noche en vela hasta el amanecer, y al día siguiente tenían que emprender camino para dirigirse a algún lugar lejos de allí, tendría que asegurarse de encontrar algún sitio donde se sintiera de veras a salvo, porque no podía estar mucho más tiempo sin dormir. Se preguntó cuántos días más le quedaban por pasar, mirando cómo el sol se ocultaba y sintiendo un nudo en el estómago, la atroz tenaza del pánico reblandeciendo sus piernas. Y recordó a Jared hablando de Nueva York y se dijo que muchos.

Muchos.

Pestañeó. Cada vez que abría y cerraba los ojos, estos se acostumbraban a la nueva luz y se daba cuenta de lo rápido que estaba cayendo el anochecer. Era cosa de medio minuto. Menos de medio minuto. Era...

Un grito lejano, inesperado y desgarrador, le hizo dar un respingo. El grito se prolongó durante unos segundos hasta que se apagó abruptamente.

—Por el amor de Dios —exclamó la anciana.

Sonia se puso lívida y corrió hacia ella.

—Señora Miller... —susurró—. Señora Miller, tiene que estar callada. ¿Comprende?

—Han gritado ahí fuera —dijo la señora—. ¿Es que no va a hacer nada?

—¡Cállese, Miller! —exclamó alguien.

Sonia se erizó como lo haría un gato que percibe el olor de un perro detrás de una esquina. Se llevó un dedo a los labios y trató de lanzarle una mirada dura. Luego,

acercó la boca al oído de la anciana.

—Señora Miller —susurró—. Si nos oyen... Si esos asesinos nos oyen, entrarán aquí. Usted no quiere que entre nadie aquí, ¿verdad?

—No, claro que no —dijo la anciana.

—Entonces, por favor, intente mantenerse callada.

—Estuve en los bombardeos de Londres en la guerra mundial, cielo. Y no había que estar tan callada.

Sonia dudó unos instantes. Se dijo que debió haberle explicado esas cosas antes, que debió darse cuenta de que la señora Miller necesitaba una atención especial. Pero ¿serviría de algo? ¿Y si olvidaba lo que le estaba diciendo solo medio minuto después? ¿Y si se ponía a llamar a su nieto a las dos de la mañana, o a pedir el té de las cinco?

—Esto es diferente —susurró—. Aquí hay que estar muy muy callados, porque cualquier ruido hará que sepan que estamos aquí. ¿Jugaba al escondite de pequeña, señora Miller? Pues esto es igual.

—Oh, de acuerdo. ¿Es usted policía de verdad?

—Sí, señora Miller.

—Entonces será mejor que le hagamos caso. Es lo que pienso.

Sonia sonrió, la besó dulcemente en la frente y dejó que compartieran una sonrisa. Para cuando se volvió, vio a Jimmy sentado en su banco. Acababa de despertarse, a juzgar por su expresión.

Fue hasta él y se agachó para estar a su altura.

—Es de noche, Jimmy. Estamos intentando permanecer en silencio, ¿vale?

—De noche —susurró Jimmy mientras miraba alrededor y componía una expresión de disgusto. Sonia pensó que el chico estaba todavía enfrentándose a la fea realidad que los rodeaba, y le pasó una mano por el pelo. Lo llevaba muy corto, pero aun así era extraordinariamente suave—. Seguimos aquí.

Sonia asintió.

—Lo siento, chico. Pero has dormido unas cuantas horas, y eso que ganas. ¿Estás bien?

—Sí —asintió Jimmy—. ¿Por qué está tan oscuro?

—Para que nadie sepa que estamos aquí, chico.

—Claro —dijo el muchacho—. Es... es de noche.

—Eso es. Vamos a aguantar aquí hasta el amanecer. Solo eso. Mañana nos iremos.

—Vale —asintió de nuevo Jimmy.

Sonia se dio la vuelta para volver a la ventana.

La oscuridad, en la calle, era intimidante. No quedaba ni una farola encendida, ni había una sola luz tras las ventanas. Sonia no se explicaba por qué no habían restituido el fluido eléctrico en el periodo de tregua diurno, y trató de convencerse de que debía de haber sido una jornada durísima para todo el mundo. Le hubiera gustado escuchar las noticias en la radio, y se dijo que trataría de acordarse de hacerse con una al día siguiente, para saber por dónde moverse y qué lugares evitar. Debían de estar dando información para los supervivientes, tenían que saber que aún quedaba gente con vida en Hillsdale.

Esa era una de las cosas que más sentimientos encontrados le producía. Sabía

que era posible que, a través de su cristal roto, viera a alguien, tal vez un grupo de gente, moverse por la calle. ¿Cómo sabría quiénes eran vampiros y quiénes no? E incluso si no había lugar a dudas, si veía gente corriendo con las facciones descompuestas por un terror exacerbado, tal vez huyendo de alguien o de algo, ¿cómo debía reaccionar?, o mejor dicho, ¿cómo reaccionaría? ¿Abriría las puertas del templo para hacerlos pasar, poniendo en peligro al párroco, a la señora Miller... a Jimmy?, ¿o se mantendría callada, escondida, condenando así, tal vez, a esas personas a la muerte?

«Lo juraste —se dijo—. Juraste proteger y defender a la gente.»

Pero ¿cómo los protegería mejor? Se preguntó si se mantendría callada porque era la mejor opción para todos, o si lo haría por pura cobardía. Por salvar su culo. Por alejar el dolor espantoso de un mordisco en el cuello.

«Ya lo sabremos —dijo una voz en su cabeza—. Hay tantas horas hasta el amanecer. Tantas. Tantas horas.»

—No creo que queden muchos por aquí —oyó que susurraban a su lado.

Era Jimmy.

—¿No? ¿Por qué no?

—Creo que están... expandiéndose —dijo el chico, hablándole al oído—. Están creando un ejército. O sea, aquí han convertido a casi todo el mundo en vampiros, ¿no? Pero si yo fuera un vampiro, no hubiera hecho eso.

—Baja la voz —pidió Sonia.

—Sí —dijo Jimmy—. Perdona.

—¿Qué ideas tienes, chico? ¿Qué habrías hecho tú?

—Bueno, los vampiros de las pelis se alimentan. Creo que estos también. En algún momento. Se me ha ocurrido porque tengo un hambre de caballo. Pero ellos no comen hamburguesas, precisamente. Se alimentan de...

—De gente.

—De sangre —puntualizó Jimmy—. Al menos, los de las pelis. Y aquí parece que es lo mismo porque...

—No hemos visto ningún cuerpo... comido —repuso Sonia.

Jimmy asintió con rapidez.

—Así que creo que aquí han reclutado vampiros y deben de estar moviéndose a otras zonas, esta vez para conseguir sangre. Sangre y más vampiros, creo. Bueno, es lo que yo haría.

Sonia asintió.

—De hecho, ya han empezado. Lo dijo Jared. Nueva York, etcétera. Puede que el resto lo haga esta noche —susurró Jimmy—. Irse.

—Bueno. Quién sabe.

—¿Dónde está Jared, por cierto?

Sonia negó con la cabeza.

—Se fue, chico. Lo siento. No quería esperar aquí. Sé que te caía bien.

Jimmy asintió.

—Era... diferente —susurró—. Me gustaba, sí.

De nuevo se oyó otro grito, este más lejano. El grito de un hombre, que llegó en una ráfaga de tres golpes. Sonia miró a la señora Miller, pero estaba hablando con uno



de los otros en voz baja, y no pareció prestar atención, gracias al cielo. Los gritos, al menos, le decían a Sonia que aún había gente escondida en Hillsdale, tal vez ocultos en sus casas, temerosos, esperando que la situación se resolviera y llegara alguien a rescatarlos.

Y le decía otra cosa, también: que los vampiros seguían buscando.

—Lo conseguiremos —dijo Jimmy—. Hay demasiados edificios en Hillsdale. Buscarán en los grandes edificios de casas, allí donde piensen que puede haber más gente.

—Es horrible —dijo Sonia.

Iba a añadir algo más, pero un ruido le hizo darse la vuelta hacia la puerta.

Era una de las mujeres. Había hablado con ella brevemente, pero no parecía querer decir mucho. Sus ojos hablaban más que sus palabras: estaba en shock. Ahora estaba retirando los bancos apilados contra la puerta.

—Por todos los santos —exclamó Sonia.

Uno de los bancos cayó al suelo produciendo un sonido fuerte que retumbó por toda la nave principal de la iglesia.

La gente se incorporó, nerviosa.

—¡Oiga! —exclamó Sonia mientras corría hacia ella—. ¿Qué hace?

La mujer no respondió. Seguía intentando quitar los bancos con visible esfuerzo. Eran demasiado pesados para ella sola.

Sonia le sujetó la mano.

—¡Pare! —dijo—. ¿Qué está haciendo?

—¡Debo salir! —replicó la mujer—. ¡Tengo que salir fuera!

—¡No, no, no! ¡Ahí fuera la matarán! —exclamó Sonia—. Aquí está a salvo... ¡solo tenemos que quedarnos callados! ¡Estar callados!

—No lo entiende —dijo la mujer, forcejeando con la policía—. Me están llamando... ¡Debo ir!

—¡Nadie la está llamando! ¡Solo está asustada!

—¡Están llamándome! —gritó la mujer, alterada.

—¡Haga que se calle! —pidió alguien.

—¡Va a matarnos a todos! —gritó alguien más.

Se llamaba... ¿cómo se llamaba? Betty. O Brittany. No podía recordarlo.

—¡Por favor, PARE! —le pidió Sonia, nerviosa. Por fin, recurrió a una vieja técnica para inmovilizar a personas, doblando el brazo de la mujer hacia atrás y obligándola a arrodillarse.

—¡Suélteme! ¡Tengo que salir, tengo que salir ahora!

—¡Solo está asustada! —le decía Sonia—. ¡Y nos está poniendo en peligro a todos! ¡Si no se calla me obligará a callarla, y lo haré!

—¡Escuche! —gritó la mujer—. ¡Ya vienen, vienen por la calle, y si no salgo se ENFADARÁN!

Ya vienen. Jimmy sintió un escalofrío.

Sonia le tapó la boca con la mano. La mujer sacudía la cabeza para intentar librarse, pero no era difícil mantenerla a raya.

«Ya vienen», había dicho.

—Hay que... ¿Cómo se llama esta mujer? —preguntó Sonia a los de la sala—.

¿Alguien la conoce?

—Betty, me parece —dijo alguien.

—¿Dónde está el padre McConner? —preguntó. El padre debía de conocerla. Tal vez fuera una de sus feligresas, y tal vez pudiera tranquilizarla. No podía tapparle la boca durante toda la noche.

—El padre McConner se fue a sus habitaciones privadas hace un buen rato. Dijo que quería rezar.

Sonia asintió.

—¡Que alguien vaya a llamarlo! —dijo.

La mujer consiguió liberarse por unos instantes.

—¡ESTÁN LLEGANDO! —gritó.

Sonia aplicó su mano contra su boca con renovadas fuerzas.

—Por Dios, ¡que alguien avise al párroco!

Jimmy se fue hacia la ventana y espió a través del cristal. Esperaba ver una horda de vampiros acechando el edificio, pero la calle parecía tan vacía como hacía un rato. Miró a Sonia y negó con la cabeza. Sonia respiró, aliviada. La mujer estaba mal de los nervios, eso era todo, pero por un instante temió que sus palabras tuvieran algún fundamento. Había demasiadas cosas nuevas, extrañas y desconocidas, y ya no podía utilizar el sentido común como antes. Eso traería muchas situaciones desconcertantes, estaba segura. Antes era mucho más sencillo identificar a los chalados que señalaban las sombras de una habitación con el rostro transformado por el terror; ahora, la grieta entre lo plausible y lo fantástico se había vuelto mucho más estrecha. Difusa. Borrosa.

—Maldita sea —dijo Sonia—, ¡tranquilícese!

La mujer seguía intentando liberarse. Sonia casi podía sentir el sudor frío saliendo del cuerpo de ella, ese tipo de sudor desabrido y hostil que suele producir el miedo.

—¡Tranquilícese!

## 7

—¡Padre! —dijo una voz a través de la puerta—. ¡Tiene que venir aquí!

El padre Arthur McConner dio un respingo. El segundo en un corto intervalo de tiempo. El otro le sobrevino cuando percibió movimiento sobre su cama, mientras rezaba. O mucho se equivocaba, o Celeste se había movido.

—Ya... ¡ya voy! —exclamó, nervioso, mirando alternativamente a Celeste y la puerta—. ¡Solo un segundo!

—¡Dese prisa, padre! —lo urgió la voz.

Miró a Celeste. Llevaba acostada e inconsciente desde que la encontró en el suelo de la calle, el día anterior, por la mañana temprano. Estaba allí entre la hierba, caída, con una profunda y fea herida en el cuello, aparentemente muerta. Era como si hubiera querido llegar hasta la iglesia y se hubiera quedado a las puertas. McConner nunca le había tomado el pulso a nadie, pero sabía poner el dedo bajo la nariz y sentir la caricia de la respiración. Por qué todo el mundo se fiaba más de sentir los latidos en el cuello o en las muñecas, o acercando la oreja al pecho, no lo sabía, pero esa pequeña comprobación suya le había parecido definitiva. Celeste estaba muerta, o tan muerta como se puede estar.

Arthur no quería dejarla allí, en la calle. No le parecía cristiano. Había sido una buena feligresa, y estaba en el comité para los festejos navideños, incluyendo la comida social de Navidad y los regalos para los niños. Incluso había reunido casi ochocientos dólares de donaciones solicitadas a los clientes del almacén de suministros donde trabajaba, y eso eran casi quinientos dólares más de lo que había obtenido cualquiera. Así que la cogió y la metió dentro, la puso en su cama y trató de avisar a las autoridades, sin éxito. Luego, el día empezó a complicarse tanto que llegó a olvidarse de mencionar siquiera que estaba allí. La pobre Celeste. ¿Cuántos años debía de tener, treinta y dos, treinta y cinco? El padre rezó por ella y por la purificación de su alma.

Cuando empezó a llegar la gente, comenzó a conocer las historias sobre personas mordidas. Decían que se convertían en monstruos, que todos los que habían sido atacados se levantaban de nuevo convertidos en monstruos espantosos como los que habían visto de noche. El padre no quiso mencionar que tenía a Celeste en la vicaría; al fin y al cabo, ella estaba muerta, pero ¿qué tipo de reacción insuflaría esa superstición entre la gente? ¿Lo obligarían a sacar su cuerpo a la calle y dejarlo allí tirado, o propondrían tal vez algo peor, algún tipo de... exorcismo pagano y obscuro, corrompiendo así su cuerpo inerte?

A media tarde, el padre McConner había ido a su habitación para rezar. Necesitaba orar en la intimidad para asegurarse de que sus plegarias fueran escuchadas, para comunicarse directamente con Dios y pedirle que tuviera misericordia, que recordara que su rebaño estaba pasando penurias y que levantase un poco el puño, fuera cual fuera su propósito y su enseñanza, impuesta con tanto dolor. Y vio que Celeste respiraba otra vez, moviendo el pecho arriba y abajo como si ahí dentro, en su interior, tuviera una locomotora a vapor.

El padre lloró, emocionado y transportado a unos estadios de felicidad superlativos. Había estado muerta, eso era seguro, sin respiración, y fría como cualquier pared de la ciudad a primera hora de la mañana. ¿Estaba el Señor enviándole un mensaje, tal vez? ¿Estaba diciéndole que aún había esperanza, que lo había escuchado? La tentación de creer en eso era mayúscula, pero... había vivido demasiado tiempo en ciudades como Detroit antes de recibir la parroquia de Hillsdale y sabía que los designios del Señor nunca eran tan evidentes. Había visto familias sufrir, niños pasar hambre, madres solteras ser desahuciadas de sus casas, sin que el Señor actuara. ¿Por qué iba a hacerlo ahora, con Celeste?

Pero estaba viva. ¡Lo estaba! Ahora mismo se estaba incorporando, con los ojos y la boca abiertos, como si quisiera respirar todo el aire de la habitación.

El padre McConner lloró.

—Celeste... —exclamó—. Celeste. Oh, bendito sea el Señor.

Celeste giró la cabeza para mirarlo.

El padre McConner miró sus ojos.

En su vida, el párroco había conocido mucha gente. Debido a la naturaleza de su trabajo, había aprendido, de alguna manera, a sentir a las personas rápidamente. Tenía sensaciones que se confirmaban después, impresiones tempranas sobre el material del que estaban hechos sus corazones. Había encontrado corazones fríos como el hielo, corazones de trapo, sin ninguna calidad o fondo, y corazones cálidos y bondadosos.

Con el tiempo llegó a poder percibir esa naturaleza mirando a alguien a los ojos. Había en los ojos humanos una profundidad inexplicable que podía ser observada e interpretada, un brillo o ausencia de él, un velo tras la mirada, y sobre todo, cómo se percibía esa mirada en el interior. Y rara vez se equivocaba.

Cuando se asomó a los ojos de Celeste, se quedó clavado en el sitio. Celeste había tenido una mirada limpia, casi inocente. Uno no podía sentir sus ojos en el interior y evitar sonreír, porque el corazón de Celeste era grande y abierto, y tenía un don natural para amar. Pero los ojos de la mujer que se acababa de incorporar en la cama eran algo muy distinto. Sintió... peligro. Sintió un abismo que se abría ante sus pies y que se hacía más y más profundo a medida que transcurrían los segundos. Sintió una punzada en el alma, como si fuera una mariposa que un coleccionista atraviesa con una aguja para clavarla en un corcho. Sintió...

Desesperación.

El padre McConner creía en Dios, y creía en él firmemente. Sin reservas. Sin resquicios. Sin dudas. Se decía que la aleatoriedad solo genera caos, no un orden concreto que evolucione, contra todo pronóstico, en el equilibrio exquisito con el que se ordenaban las leyes naturales en el mundo, los ecosistemas orgánicos y biológicos, la física y la química de todo cuanto hay por observar en el universo. Eso no había sido azar, como sostenían los científicos reduccionistas, sino que existía, muy a las claras, la influencia de la mano de alguien: un ser sobrenatural y elevado que era el Creador de todo cuanto había. Si era específicamente el Dios cristiano que pintaban las escrituras, a McConner le traía sin cuidado. Podía haber sido islamista, o budista. Las religiones eran meras interpretaciones de un mensaje original, y él, cuando se dirigía a sus feligreses, hacía hincapié en el contenido de ese mensaje: amor.

En lo que McConner no creía tanto era en el demonio, en Satanás. Ese mal representado con forma física, piel escamosa, rabo y cuernos y un infierno de llamas. Nunca hablaba del infierno a sus fieles, nunca hablaba del castigo, que era en el fondo una amenaza. No creía que, en el libro de Dios, hubiera ni una sola palabra sobre el castigo, porque Dios era amor incondicional. Había visto numerosos actos de Dios en su vida, pero ni uno solo obra de ningún demonio: todo el mal que había visto en el mundo surgía de la oscuridad de los hombres, y esa oscuridad brotaba de una única fuente, la ausencia de amor en sus vidas.

Pero mientras miraba a Celeste, todo eso cambió. Allí había un mal desgarrador, sobrenatural y terrible, furioso como un mar embravecido. Un mal que no venía de circunstancias desafortunadas, de elecciones humanas equivocadas, de la rabia del desamparo, de la incomprensión, del cúmulo de situaciones adversas que podían hacer que un hombre eligiese actuar contra el amor. Contra Dios. Venía de alguna otra parte, de alguna otra dimensión a la que McConner no se había enfrentado nunca; desconocida, gélida, insondable, atroz, primigenia y abyecta.

Y mientras miraba... mientras miraba, creyó en Satanás.

—Padre nuestro que estás en...

Celeste se levantó con un movimiento imposible, como si fuera ingrávida, y antes de que pudiera darse cuenta de nada más, tenía los ojos cerrados mientras un dolor dulce y lacerante explotaba en su cuello.

—¡Sonia! —llamó Jimmy desde la ventana—. ¡SONIA!

Sonia miró al chico. Estaba junto al cristal roto, con aspecto impaciente, y estaba gritando. ¡Gritando! Tal vez el muchacho no fuera la persona más diligente del mundo obedeciendo órdenes en cuanto a quedarse en algún lugar cuando se le ordenaba, pero era un chico cabal, y lo tenía por inteligente. Algo muy grave debía de estar pasando en la calle para que gritase, rompiendo la regla más sensata de cuantas podían haberse establecido allí.

Sonia quiso correr hacia él, pero seguía forcejeando con la mujer.

Miró a la gente que se había acercado.

—¡Ayúdenme! —exclamó—. ¡Ayúdenme a sujetarla!

La gente se apresuró a ayudar. La cogieron por los pies y las muñecas mientras miraban con expresiones consumidas por el miedo.

—¡Está bien! —dijo Sonia, soltándola por fin.

Por el amor de Dios, ¿dónde estaba el párroco, y por qué tardaba tanto?

Corrió hasta Jimmy. El chico señalaba la ventana con el rostro consumido por la ansiedad, así que espió por el agujero.

Había gente en la calle. Bastante gente. Hombres y mujeres, y caminaban todos en la misma dirección, sin apresurarse. Sonia pensó que debían de ser vampiros, pero desechó la idea rápidamente: ninguno tenía sangre en sus ropas, ni heridas en sus cuellos, caras o brazos. Una mujer pasó cerca de la ventana, vestida con una bata blanca. Ni siquiera parecía sucia: era como si, simplemente, hubiera decidido salir de su casa para comprar tabaco en mitad de la noche.

—¿Qué hace esa gente? —se preguntó en voz alta.

—No son vampiros —dijo Jimmy—. Son personas, Sonia.

Las ideas cruzaban por la mente de la mujer policía en rápida sucesión. ¿Y si habían oído algún mensaje en la radio, como... la indicación de un punto de encuentro seguro, que a ellos se les hubiera pasado por alto? O quizá habían decidido salir de la ciudad. En mitad de la noche. Sacudió la cabeza. A esas alturas, cualquiera que hubiera sobrevivido en Hillsdale debía de haber observado el patrón: tranquilidad durante el día, infierno por la noche. Nadie en su sano juicio abandonaría un escondite para echarse a la calle.

—No lo entiendo —susurró Sonia.

En ese momento, la puerta de la vicaría estalló con un ruido fuerte y grave que les hizo encogerse. Sonia tuvo tiempo de volverse y ver la hoja saliendo despedida varios metros hasta caer al suelo, donde dio dos y tres giros sobre sí misma hasta quedar tirada. Mucho antes de que el monstruo apareciese, Sonia sabía de qué se trataba, aunque desconociese el cómo. El cómo no era importante: alguna puerta trasera que se les había pasado por alto, o tal vez una ventana por la que uno de aquellos vampiros se hubiese colado. Lo importante era que estaban dentro.

—Jimmy —graznó, incapaz de articular bien.

El vampiro accedió a la nave central de la iglesia por detrás del púlpito, con la boca llena de sangre de un rojo furioso. Hasta ese momento, Sonia había albergado la secreta esperanza de que la iglesia fuese, después de todo, un lugar sagrado, que el

mito del vampiro, tan manoseado por el cine y la literatura de todo tipo, fuera cierto. Que la cruz, símbolo del cristianismo, significase algo, que el agua bendita les quemase la piel, y que la sola presencia de la Biblia les hiciera escupir babas y una espuma blanca densa y abundante. Pero el vampiro (la vampiro) estaba allí, altiva y desafiante, como si aquel lugar no fuese distinto a la recepción de un hotel.

La gente empezó a gritar. La mujer se soltó y empezó a quitar los bancos de la puerta otra vez, sin ninguna prisa, como si nadie la hubiese interrumpido nunca, como si en aquella sala no hubiera cambiado nada.

Como si un vampiro monstruoso y bestial no acabase de irrumpir en el recinto que creían seguro.

La señora Miller se llevó una mano al pecho y echó la cabeza hacia atrás, con los ojos en blanco, sintiendo la misericordia de un infarto en el corazón que le ahorraría el dolor de la bestialidad del vampiro.

Sonia miró alrededor. Las vidrieras no podían romperse: tenían traviesas metálicas que actuaban como rejas de protección. Hillsdale no era el lugar con más robos del mundo, pero un ventanal amplio era como una invitación para más de uno, y ahora esa seguridad los mantenía atrapados. Aparte de eso no había ninguna otra salida, como no fuera la puerta.

La gente se movía por la sala, más por el instinto de mantenerse en movimiento que por saber lo que hacían. Corrían hacia un lado y se daban la vuelta para correr en la dirección opuesta.

La puerta. Debía ser la puerta. No importaba si al otro lado había más vampiros, o si la gente de la calle resultaba ser otro tipo de monstruos, a pesar de la falta de marcas y sangre en su cuerpo. Si se quedaban allí con esa cosa, se...

La mujer vampiro saltó sobre el púlpito, haciendo caer un candelabro de cobre que tintineó al chocar contra el suelo. Con los brazos extendidos, miraba a la gente como si fueran corderos encerrados en un cercado, y en su boca espantosa creyó ver la sombra de una sonrisa.

—¡En el nombre de Dios! —exclamó un hombre de cierta edad mientras avanzaba hacia el vampiro—. ¡Sal de la casa de Dios! ¡En el nombre de Dios!

—¡Sonia! —decía Jimmy mientras tiraba de su manga.

Ella miraba la escena como hipnotizada.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamaba el chico, con la voz embargada por la angustia.

—¡En el nombre de Dios todopoderoso, te expulsamos de esta casa sagrada, demonio!

Sonia quería decir algo. Quería decir: «No funcionará». Pero no podía. Todo transcurría demasiado deprisa. El vampiro mirando al anciano desde arriba, ladeando la cabeza como si tratara de comprender, el anciano avanzando con el brazo extendido y la palma abierta. Pensó que le faltaba un crucifijo en la mano, pero estaba segura de que eso no supondría ninguna diferencia.

—¡En el nombre del...!

La vampira saltó ante él. Aterrizó tan cerca de su cara que el anciano reculó y cayó hacia atrás, quedándose sentado en el suelo. Sonia no podía ver su expresión desde donde se encontraba, pero estaba segura de que sería una amalgama de

asombro y pavor.

—¡... demonio!

El vampiro se agachó con un movimiento rápido y cogió la pierna del anciano por el tobillo; luego levantó la mitad de su cuerpo como si fuera un bebé de apenas un año. El anciano movía los brazos, confuso.

—¡SONIA! —gritaba Jimmy. Ella no podía oírlo entre los gritos que se levantaban en la sala mientras todo el mundo miraba lo que ocurría. Gritos desgarradores, histéricos, demasiado agudos en su mayoría, nacidos de la impotencia, pero también de la angustiada certeza de que estaban acorralados con un monstruo que parecía más bestia que mujer.

La que fuera una vez una mujer tímida y bondadosa cerró su boca alrededor de la pierna del anciano, a la altura de la rodilla. Fue como si se cerrara un cepo para osos, ¡CLANC!, y el anciano cayó al suelo con la sangre manando de la pierna cercenada. El vampiro sujetaba el resto de la pierna en la mano, como si exhibiera un macabro trofeo, y luego lo lanzó a un lado con indiferencia.

—Oh, Dios —exclamó Sonia—. Dios, Dios.

Por fin, se lanzó hacia la puerta. La mujer seguía allí, esforzándose por retirar los bancos. Sonia llegó como una excavadora: movía los brazos con rapidez y los bancos eran apartados con violencia, cayendo a uno y otro lado.

Jimmy empezó a ayudarla.

Alguien gritó a su espalda. El grito fue tan fuerte y profundo que hizo palidecer los aullidos de terror del resto. Sonia se volvió a tiempo de ver cómo el vampiro sujetaba al hombre más joven de la cabeza, la mano alrededor de su cráneo como quien coge una bola en una bolera.

No quiso mirar más. Se dio la vuelta y siguió apartando bancos. Uno de ellos aterrizó sobre su pie, arrancándole un dolor inesperado y puntiagudo, pero no podía prestar atención a eso; siguió con lo que estaba haciendo. Ya no quedaban muchos. Ya no...

Un sonido húmedo, como de regurgitación, parecido al que produce un cántaro al romperse, llegó hasta sus oídos, seguido de más gritos. Tampoco esta vez quiso mirar. Su mente le susurraba cosas, cosas como: «Le ha hecho explotar la cabeza. Es el sonido de su cráneo reventando. Sesos y sangre y huesos por todas partes, incluso en la cara del monstruo, sin que enturbien el brillo fulgurante y mortal de sus ojos encendidos. Ese sonido.»

Pero no quería, no podía mirar. Si el hombre joven había muerto, era el segundo. El tercero, con la señora Miller. El cuarto, en realidad, aunque ella no supiese lo que había ocurrido con el párroco. En poco tiempo. En muy poco tiempo. Notaba los cuerpos del resto de los fieles del padre McConner pegarse al suyo, reculando a medida que el vampiro avanzaba, arrancando una vida tras otra. Pero seguía trabajando. Trabajaba incluso a sabiendas de que, en cualquier momento, una mano inmunda de dedos imposiblemente largos la reclamaría, y se daría la vuelta para perderse en el olvido de una boca sobredimensionada, abarrotada de dientes. Trabajaba porque...

El último de los bancos cayó hacia un lado. Jimmy había hecho un buen trabajo apartando los que impedían abrir la puerta; de lo contrario, nunca habría podido

desplazar la hoja, que se abría hacia dentro. Ni siquiera había pensado en eso, pero si los gritos que oía detrás de ella eran lo que creía, entonces había caído alguien más: ahí estaba el sonido hueco y desinflado de un cuerpo cayendo al suelo.

Sonia, desesperada y con la frente cubierta de sudor, empezó a abrir la puerta de la iglesia.

La hoja la golpeó en la cara. Alguien estaba empujando desde el otro lado.

«Ya está —pensó—. Era la única oportunidad que teníamos, pero no ha funcionado. Ahora entrarán. Entrarán y...»

Un cilindro metálico apareció por el hueco. Sonia se quedó mirándolo mientras pasaba a su lado, penetrando en el recinto. Y vio unas manos sobre el cilindro, que ahora era más ancho, y luego...

Jared apuntó al vampiro. Lo tenía justo delante, cerca de Sonia y el chico, con la cabeza de alguien en la mano izquierda, la sangre cubriendo toda su ropa, el cabello, la cara, los dientes exagerados que apenas cabían en su boca oscura.

Disparó.

Jimmy gritó.

Sonia cerró los ojos y se tapó los oídos con ambas manos.

La cabeza del monstruo reventó como una sandía. Jared percibió la explosión a cámara lenta, la cara abriéndose hacia dentro y hacia los lados, con un universo orgánico revelándose tras la piel y el hueso del cráneo. Vio los globos oculares salirse de sus cuencas y desaparecer, literalmente, en medio de una llovizna de pulpa y sangre.

El vampiro se tambaleó un par de segundos, un cuerpo decapitado con una fuente de sangre lanzando un tímido chorro hacia el techo, hasta que cayó a un lado.

—Joder —soltó Jared—. Qué puto asco.

Sonia se lo quedó mirando, perpleja. Se sentía como si acabara de morir y, al llegar ante Dios, se hubiera encontrado a aquel tipo con aspecto de cantante de los Doors con una recortada en la mano.

—Jared —balbuceó.

Él miró hacia atrás.

—Vale —dijo—. Tenemos que movernos, chica. No hay tiempo. Estoy seguro de que esas cosas han oído el cañonazo desde seis calles más allá. Van a venir seguro.

—Nos has salvado la vida —susurró Jimmy mientras lo miraba con fascinada admiración.

—Quid por culo, chico. Significa que hoy salvo tu culo, y mañana salvas tú el mío.

Sonia miraba el cuerpo del vampiro. Los restos de sangre. Los restos de los cuerpos. Los trozos de carne, de hueso, la sangre espumosa que empezaba a oler con tanta intensidad que mareaba y provocaba náuseas a la vez. La mitad de una cara parecía mirarla con un único ojo espantado flotando en un charco de sangre. ¿Dónde estaban todos? ¿Los había matado a... todos? ¿A todos, en serio? ¿Cómo se había llenado todo de tanta... bestialidad en tan poco tiempo? ¿Cómo se había transformado tanto la realidad?

—¡Eh, chica! —la apremió Jared—. ¡Despierta! ¡Tenemos que irnos, joder!

—¡Irnos —susurró Sonia—. Irnos... ¿adónde?



—¡A cualquier otro lado, joder!

—¿Cómo es... que estabas ahí... tras la puerta?

—Oye, luego te explico dónde y cuándo me hice mi primera paja, si quieres, te contaré mi puta vida entera, pero ahora tenemos que largarnos. ¡Mierda! Esos espantajos son ya bastante rápidos. ¡Corred, coño!

Sonia miró alrededor; de pronto se había acordado de la mujer que quería salir. Estaba fuera, de hecho; se había escabullido sin ser advertida tan pronto Jared abrió la puerta, y caminaba sin mirar atrás, sin prisas, indiferente de cuanto había ocurrido en la iglesia. Se quedó estupefacta, pero Jared tiraba ya de ella y reaccionó. De pronto estaban corriendo por la calle, rodeados de gente que caminaba despacio y que parecía ignorarlos por completo. Como la mujer.

«Están llegando», recordó de pronto. Era lo que dijo aquella mujer. «Me están llamando y debo acudir.» Y pensó que, definitivamente, toda aquella gente en apariencia normal tenía pinta de acudir a alguna parte.

Pero quiénes eran en realidad, quiénes los llamaban y adónde acudían, no lo sabía.

—¿Qué... qué les pasa, Jimmy? —preguntó. Jimmy solía saber de esas cosas.

—¿Que qué les pasa? —repitió Jared—. Ya te lo digo yo: son vacas.

—¿Vacas? —balbuceó Sonia, confusa.

—Ahora vamos a meternos entre ellos —exclamó—. Serán nuestro salvoconducto para caminar por las calles. Ya lo he hecho antes, porque joder, no hay manera de dar dos pasos sin que te salte algún chupasangre encima.

—¿Meternos... entre ellos?

—Sí, joder. Mirada al frente, paso lento... ¡actuad como ellos! Y nada de hablar.

—Pero espera... ¡coño, espera! —protestó Sonia—. ¿Qué son vacas? ¿Qué quieres decir con vacas?

—Vacas... —dijo Jimmy—. Ahora lo entiendo...

—¡Vacas, cariño! —soltó Jared, ahora susurrando otra vez—. Esta gente son las vacas de los vampiros. Los hipnotizaron anoche, o lo que sea que coño hagan. Han estado escondidos, y al anochecer han salido todos de sus casas, diligentes y disciplinados como colegiales de uno de esos colegios caros de niños pijos. Van a alguna parte. A algún lugar de mierda donde los almacenarán para alimentarse de ellos, un poco cada día.

Sonia retrocedió un paso.

—¿Qué? —graznó—. Eso... eso es...

Miró a aquellas personas. Había gente joven, gente un poco más entrada en años, gente arreglada y otra desaseada, todos andando en la misma dirección, con la mirada perdida y una sutil sonrisa en sus rostros confiados. Era como si caminaran hacia el nirvana de la paz espiritual, o a las mayores ofertas de Walmart que el mundo haya conocido jamás. Pero pensar que se dirigían, engañados, a algún tormento agónico, lento y atroz, a un encierro a perpetuidad hasta que no pudieran producir sangre suficiente para alimentar a algún monstruo, le produjo una arcada de asco.

—Vaya, chica —dijo Jared—. Tranquila.

—Tenemos que ayudarlos —susurró Sonia.

—Sí, claro. Oye, ¿tiene la policía algún... táser especial que yo desconozca que

elimine el espeluznante hipnotismo vampírico?

—Tenemos... que ayudarlos —repitió Sonia, mirando alrededor, aterrada.

—Oye, encanto —dijo Jared cogiéndola del brazo—. He visto una oportunidad para escapar y he vuelto a por vuestros culos, ¿vale? Ahora no me jodas. Actúa como uno de estos lunáticos, y cuando hayamos pasado el centro, nos largamos a la primera oportunidad.

—Pero...

—No se puede hacer nada —dijo Jimmy.

—El chico tiene razón. Los he vapuleado, les he gritado y a uno le he dado una patada en los huevos. Se ha caído al suelo con los mofletes así de gordos y la cara roja, pero se ha levantado y ha seguido andando mientras sonreía, con los ojos llenos de lágrimas de dolor.

Sonia lo miró como si, de repente, hubiera aparecido un extraterrestre a su lado.

—¿Que has hecho qué?

—Está de broma —se apresuró a decir Jimmy—. ¡Vamos! Jared tiene razón. No podemos hacer nada, todavía. Todavía no. ¿Vale?

—Oh, Dios —susurró Sonia.

Pero se dejó llevar. Empezaba a sospechar que Jared se movía únicamente por lo que fuese más seguro para su propio culo, pero Jimmy no, y en el fondo sabía que el chico tenía razón. No podían hacer nada, ni intentar nada sin armar ruido. Por fin, empezó a andar por la calle, lúgubre y abatida, y bastante cansada, con el paso lento pero decidido, rodeada de un gentío cada vez mayor que, en cualquier otra circunstancia, habría parecido...

Feliz.

## Capítulo 7

### COSAS RARAS



#### 1

—Escúchenme —dijo el hombre con cara de patata—. Sé que algunos son de las Fuerzas Especiales, otros de la División de Los Huevos Más Gordos que Nadie, otros son veteranos de vete a saber qué y otros de no sé qué agencia secreta de Ninjas Zumbadores de Badanas. Me suda la polla de dónde vengan o cuáles sean sus alucinantes proezas tácticas y bélicas; por mí como si su abuelo le hizo una mamada al propio Hitler. Ahora están bajo mi mando, y eso es lo único que debe brillar en esas neuronas tuyas, si es que les queda alguna con tanto ego como deben arrastrar bajo sus hojas de méritos.

Los hombres asintieron.

—Bien. Si eso está claro, la situación es esta: nos enfrentamos a un enemigo despiadado, inusual y desconocido. Pueden ponerle el nombre que les dé la gana. Pueden pensar que son hombres, si eso les funciona, o que son monstruos, si eso les gusta más. Pero están devorando América, como un jodido cáncer, y hay que erradicarlo. Afortunadamente, el enemigo tiene un punto débil: al parecer precisa ocultarse durante el día, como los vampiros, así que vamos a aprovechar las horas de luz para ampliar el perímetro que se ha instalado en la zona caliente. Esa es nuestra misión: localizar al enemigo en sus escondites y destruirlo.

»Sabrán que este enemigo no va armado. Su aspecto es el de un civil. Encontrarán mujeres con camisón y hombres jóvenes con aspecto de pasarse el día jugando a la PlayStation. No dejen que eso los confunda. Repito: no dejen que eso los confunda. El enemigo es terrible, es ampliamente capaz de diezmar una guarnición de hombres con más valía que todos ustedes juntos, y es capaz de hacerlo rápido. Más rápido de lo que creen.

El hombre con cara de patata cogió un rifle de la mesa, dispuesto sobre unos mapas desplegados.

—Esto no les valdrá, a menos que su puntería les permita acertarles entre los ojos o sobre ellos. Sabemos que se les ha disparado, y se les ha disparado mucho, sin

que las balas los detengan. No parecen acusar dolor, ni daños evidentes en órganos sensibles, aparte de la cabeza. Pero recuerden: les costará acertarlos. Saltan, corren a cuatro patas y hacen piruetas como un acróbata circense. Lo mejor que pueden usar contra ellos es esto.

Dejó el rifle y cogió otra arma, una un poco más grande, con un tubo que conectaba unas bombonas similares a las que usan los buzos.

—Un lanzallamas —dijo—. Por lo que a mí respecta, pienso en ellos como animales. Y no hay animal que no se asuste con el fuego. Quémenlos. Achichárrenlos con un arco de fuego mientras se les aproximan. Si está encima de uno de sus compañeros, no duden: quemén a su compañero también. Si es necesario, quemén toda la jodida casa o almacén donde se escondan, aunque sospechen que pueda haber civiles en el lugar. ¿Lo han entendido? Su destrucción es prioritaria a toda costa. A. Toda. Costa.

Los hombres asintieron.

—Van a ser parte de una de las primeras oleadas ofensivas en cuanto se haga de día; al menos, una de las primeras con unas mínimas posibilidades de victoria. El nombre clave es Reconquista y la operación se llama Limpieza.

—Sí, señor —dijeron algunos casi al unísono.

—Serán desplegados al amanecer. Vayan a dormir un poco, tienen todavía unas buenas tres horas.

Los hombres se levantaron de sus asientos, rudimentarios bancos improvisados en su mayoría, y salieron de la tienda en silencio. Cuando estuvo solo, el hombre con cara de patata abandonó su pose marcial y dejó salir la barriga, que había crecido bastante en los últimos años. Se dejó caer en su silla con aspecto afligido. ¿Había dicho cáncer? Sí, eso había dicho. Pero no era uno de esos cánceres que se curan con el tiempo y el tratamiento adecuado. Por lo que había visto y oído, este era un cáncer de los jodidos, y un poco de fuego no iba a hacer que las cosas cambiaran.

—Que Dios nos proteja —dijo a la sala vacía.

## 2

—¿Es usted el oficial Gerard F. Maxwell? —preguntó el general.

—Sí, señor —dijo el hombre desde la cama.

El general asintió. Había visto veteranos de guerra salir de infiernos atroces en innumerables hospitales de campaña, algunos sin piernas, o con media cara destrozada por la metralla, o por una explosión, pero ninguno tenía una mirada tan hundida como la de aquel soldado.

Revisó otra vez el expediente. El soldado Gerard había sido encontrado escondido en el compartimento destinado a las aguas fecales bajo las letrinas del barracón C, en la base Orestes, en un estado de nervios deplorable. Cuando fue descubierto, por puro azar, gritaba y se defendía como si le fuese la vida en ello. Tuvieron que sedarlo para sacarlo de allí.

Su estado de salud era preocupante. El contacto de las heces con las zonas íntimas de su cuerpo, incluyendo mucosas, piel y heridas, habían provocado en él un proceso de septicemia grave que pudo ser controlado a tiempo mediante antibióticos y

otros procesos médicos de urgencia. Según los análisis, el sujeto debía de haber estado sumergido en la inmundicia de los desechos humanos al menos cuatro días. Estaba deshidratado y con las defensas naturales del cuerpo prácticamente exhaustas, pero al menos su sangre era normal a los análisis.

Pero el hecho de que fuera un superviviente de la base Orestes lo hacía tener el valor del oro puro para las agencias de seguridad e información del gobierno de Estados Unidos. Era la clave, o podía serlo, al menos. Realmente, nadie sabía mucho de las operaciones internas de la base Orestes, aparte de las que les eran propias y naturales, como ejercicios destinados a mantener la maquinaria militar estadounidense siempre a punto. Se conocía que en la base se había propuesto, aprobado y ejecutado una operación con el nombre en clave Medusa, pero todos los informes relativos a los contenidos y el alcance de la operación estaban clasificados, o enredados en una maraña de permisos burocráticos de alto nivel que a todo el mundo se le escapaba, incluyendo los más altos cargos de cualquier agencia. El programa había sobrevivido a las revisiones anuales porque funcionaba con un coste mínimo, y este coste se había disfrazado con los presupuestos anuales de la base. Sabían, sin embargo, que Medusa había comenzado en Iraq en el año 2003 y que se habían trasladado enseres confidenciales a Estados Unidos, al interior de la base, y que esta empleaba un montón de oficiales y científicos expertos en todo tipo de campos, desde la medicina hasta las radiaciones subatómicas de los campos magnéticos, pero lo que hubieran estado haciendo desde 2003 hasta el presente seguía siendo un misterio.

—Soy el general Ford, y estos son mis ayudantes, la señorita Francis y el señor Ramírez —dijo el general empleando un tono amable y procurando pronunciar con cuidado cada palabra—. Venimos desde Washington en representación del presidente y el Comité de Crisis, señor Maxwell, para interesarnos por usted.

—Está bien —dijo el oficial, dubitativo.

—El presidente tiene mucho interés en lo que tenga que decir, señor Maxwell. Es usted el único superviviente de una serie de sucesos que tienen a toda la nación en jaque. Su testimonio puede ayudarnos mucho a comprender lo que está ocurriendo. Puede salvar muchas vidas, señor Maxwell. ¿Ha comprendido lo que estoy diciendo?

—Sí... Sí —asintió el oficial.

—Está bien —dijo el general, sonriendo—. ¿Quiere hablar ahora, señor Maxwell?

—Sí... Yo... Está bien, sí.

—Estupendo —manifestó el general—. Si me lo permite, voy a sentarme en esta silla mientras hablamos.

—Sí, claro. Adelante...

El general asintió con educación y tomó asiento mientras se desabrochaba la chaqueta.

—Entonces... cuéntenos, por favor, todo lo que sepa. Desde el principio. Cualquier cosa que pueda ayudarnos. ¿Qué pasó en la base Orestes que hizo que se quedara vacía?

—Vacía... Sí. Yo... Lo que ocurrió...

—No se aturulle —le pidió el general—. Tranquilo. Respire. Empiece por el principio, cuando todo era normal. ¿Qué fue lo que empezó a ir mal?

—Verá... —respondió el oficial, ahora con el semblante serio—. Fue...

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Fue ella.

### 3

Caminaron durante lo que les pareció una eternidad, avanzando por las calles de Hillsdale en dirección sur. Sonia no decía nada, ni siquiera parecía sentir temor; avanzaba cabizbaja, sumida en sus propias reflexiones y pensamientos, visiblemente lúgubres. Jared sí que parecía inquieto, mirando a uno y otro lado. Juraba entre dientes que podía sentir «las miradas» en su cogote, pero por mucho que espiaba en las ventanas, en los callejones, en los portales de las casas, no vio ni distinguió a ningún vampiro escoltando a la masa de gente que avanzaba con ellos.

—A esta gente le falta cantar —le susurró a Jimmy—. Es inquietante de cojones.

—Están hipnotizados —contestó el chico—. Les han hecho pensar, o sentir, que lo que hacen es lo correcto. Como cuando te quedas en casa un domingo por la tarde estudiando, y aunque no te guste, sientes que estás donde debes estar.

—Oh, chico —contestó Jared—. No sé una mierda de eso. Jared siempre está donde debe estar.

Jimmy sonrió. No era consciente de ello, pero estaba imitando la manera de andar del hermano gemelo del cantante de los Doors.

—¿Sabes cuál es el secreto, chico? Una vez imaginé que... todo esto, todo este mundo, había sido construido para mí. Solo para mí. O sea, puede que los árboles en la jungla sigan cayendo cuando yo no estoy allí para verlo, pero ¿quién coño lo sabe? Por ejemplo, ¿existe París realmente?

—Eh. Claro que existe.

—Pues no lo sé, porque nunca he estado allí. Creo que París empezará a existir si alguna vez decido dirigir mis pasos hacia ese lugar; entonces todo se pondrá en marcha. Es lo que pensé. Que este mundo no tiene sentido, porque yo soy la única persona real en este mundo, y todo lo que me rodea se levanta ante mí. Todo lo demás, todo lo que no soy yo, es un escenario. Atrezo, que dicen en las películas.

—Vaya —susurró Jimmy.

—No te ofendas, chico. No es nada personal. Pero yo soy el protagonista y tú el actor secundario Bob.

Jimmy pestañeó.

—No había caído en eso —exclamó.

—No te preocupes —dijo Jared—. Esta es mi historia, chico, y como guionista principal de la tragicomedia de Jared y los Vampiros Espeluznantes Chupasangre no dejaré que te pase nada demasiado malo.

—¿Demasiado malo? —graznó el muchacho.

Jared rio, luego se dio cuenta de que estaba haciendo demasiado ruido y miró alrededor con prudencia.

—Es coña, chico. No dejaré que te pase nada. Me caes bien. No me importa decirlo. Algunos piensan que si dices estas cosas eres débil, pero a mí no me importa. Me caes bien. Tienes pinta de haber tenido una vida de niño pijo, pero te estás espabilando. Te estás espabilando de cojones. Puede que te enseñe a disparar, y un

par de trucos que he aprendido en las calles.

—¡Oh, sí! —exclamó Jimmy, complacido.

—De acuerdo, pues será mejor que...

Se detuvo. Estaban girando por Warwick y Osterman hacia la plaza Tennessee, y allí se podían ver los destellos lejanos de unos focos que desafiaban la oscuridad de la calle. Jared no tuvo que pensar demasiado para darse cuenta de lo que eran: faros de vehículos, de camiones, probablemente, a juzgar por la altura y la distancia entre los focos.

—Vale —susurró—. Me parece que hemos llegado al final del trayecto.

Jimmy asintió.

Ahora podían verlo con más claridad. La gente estaba congregándose en la plaza, alrededor de los vehículos. Jimmy distinguió el lateral de uno de ellos: un autobús escolar con su característico tono amarillo.

Estaban usando autobuses para trasladar a las «vacas»; la gente.

—Hay que escabullirse —soltó Jared.

—Sonia —dijo Jimmy.

Sonia asintió.

—No podemos subir ahí —dijo al fin—. Apuesto a que el conductor no es precisamente el señor Pinkman de la escuela estatal número quince, y si lo es... si lo es tendrá esos ojos de...

—Sí —la cortó Jimmy.

—Está bien —dijo Jared—. Vamos a movernos hacia esa acera, despacio. Y cuando veamos la oportunidad, nos piramos por el callejón.

—Jesús —dijo Sonia—. ¿Estás seguro?

Jared puso los ojos en blanco.

—Es el momento, reina. O acabaremos en uno de esos autobuses. Y me apuesto los huevos a que cuando se abran las puertas otra vez, será en algún matadero, con alambradas y un centenar de vampiros hambrientos alrededor. Y me apuesto las orejas del chico a que nuestra pequeña farsa tocará a su fin más rápido de lo que se tarda en decir sayonara , baby .

—Por Dios —exclamó Sonia.

—¿Preparados?

—Deberíamos averiguar adónde van, al menos —insistió ella.

—Claro —contestó Jared—. Ve tú. El chico y yo nos piramos ahora.

—Sonia —suplicó Jimmy.

Sonia apretó los dientes.

—Está bien, ¡está bien! —dijo—. Vamos.

Se movieron hacia la otra acera, manteniendo el paso. Querían correr y salir de allí, pero se contuvieron; pensaban que, si algo iba mal, aún podrían tratar de fingir que eran parte del grupo. De pronto eran tres figuras que se alejaban del tropel manso y aborregado de gente de una manera más que evidente, y por un momento Sonia pensó que se volverían hacia ellos y los señalarían, como Donald Sutherland en La invasión de los ultracuerpos , las bocas abiertas en un grito congelado. Pero nadie volvió la cabeza siquiera para mirarlos, como si cada uno atendiera únicamente su propio camino, sin importarles lo que ocurriese alrededor.

Llegaron junto al callejón y, sin mediar palabra, se zambulleron en su oscuridad.

Avanzaron a ciegas, moviéndose por las callejuelas donde los comercios locales depositaban sus basuras, donde los cocineros salían a fumar un cigarrillo en sus quince minutos de descanso, sin saber realmente adónde irían a parar o si el callejón tendría salida por algún lado. Aun sin correr ni apresurarse, los ruidos de los pasos resonaban contra las paredes y rebotaban, regresando ominosos a sus oídos. Jimmy iba en medio, y eso lo reconfortaba, pero el terror que sentía era todavía mayúsculo. Era demasiado consciente de que la ciudad era ahora el cubil de criaturas monstruosas, escapadas de la ósmosis global de terrores ampliamente explorados por multitud de historias y fantasías, y que esas fantasías podían hundir los colmillos en su carne en cualquier momento.

Pero no ocurrió nada. De pronto llegaron a otra calle, con coches aparcados en las aceras y viviendas de aspecto humilde a ambos lados.

—Dios —exclamó Sonia.

—Vale —dijo Jared—. No creo haber estado en esta parte de la ciudad en mi puñetera vida. ¿Dónde estamos? Esto es... ¿Qué es?

—Es Monte Alto. Me parece que si seguimos en esa dirección llegaremos a la autopista. Tiene que estar por allí.

—¿Lejos?

—Un poco —admitió Sonia.

—No quiero ir por ahí al descubierto, no de noche. ¡Ni hablar!

—Pero no hay otra opción —contestó Sonia.

—¿Qué te dice tu olfato de sabuesa, agente? —preguntó Jared.

—¿Qué?

—Tu olfato. Coño, todos los policías tenéis olfato de sabueso, ¿no? Yo solo tengo mis bolas. Se encogen o se relajan según pasen las cosas, y ahora mismo están tan encogidas que no me las encontrarías ni con una lupa. —Mordió un par de veces el aire—. Casi... casi se puede morder el aire, ¿no?

—Yo también lo siento —dijo Jimmy.

Jared ahogó una risa.

—Tú estás acojonado, chico —exclamó—. Yo no te hablo de eso, ¡joder! Es otra cosa. Es el peligro. Es cuando es viernes por la noche y tienes la paga del día en la cartera, la cabeza llena de cerveza y de tías y lo estás pasando bien, ¿vale? ¡Pero...! Pero de todas maneras, sientes que si sales fuera del bar te van a partir las piernas, y cuando decides utilizar la puerta de atrás te topas con dos tipos calvos enviados por alguien a quien debes dinero. A eso me refiero.

—Oh. Eso —dijo Jimmy, como si supiera de qué estaba hablando.

—Vale. ¡Vale! —dijo Sonia—. ¿Y qué propones, entonces?

—Vamos a escondernos. Creo que en este juego hay unas reglas; si les prestamos atención, tal vez podamos evitar caer en la casilla de la muerte.

—Escondernos —murmuró Sonia, mirando alrededor. Los edificios estaban todos oscuros y silenciosos, como si allí no hubiera vivido nunca nadie. Mirarlos era como enfrentarse a una visión epónima de un documental catastrofista sobre ciudades abandonadas después de un desastre que hubiera dejado las estructuras intactas. Se estremeció.



—Pero... ¿cómo sabemos si...?

No pudo terminar la frase.

Jared comprendió al instante.

—¿Que cómo lo sabremos? —preguntó—. Entrando en cualquiera de ellos. Así lo sabremos.

#### 4

—Está consciente —dijo la enfermera—. Pero tranquilo. Le he puesto una dosis mínima.

El general miraba al oficial Maxwell con una sonrisa fingida en el rostro. Casi nadie hubiera detectado que la sonrisa no era espontánea; llevaba demasiados años depurando su técnica.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó.

—Sí... —susurró el oficial desde la cama.

—Enjúguese las lágrimas. Y no se avergüence. Lo que ha soportado usted... Creo que he mencionado que le adjudicarán la Medalla al Valor. ¿Lo he hecho?

Maxwell se pasaba la mano por la cara, intentando despejar sus mejillas de la humedad que las había cubierto.

—La Medalla al Valor no es cualquier cosa. Lo ascenderán.

—Vale...

—Y ahora, si tiene la bondad, acababa de decirnos que la culpa fue de una mujer.

—Sí... —susurró el oficial—. Esa mujer. E... Elexia.

—Elexia —repitió el general mientras dirigía una mirada a sus ayudantes. Estos se apresuraron a hacer una búsqueda rápida en los terminales portátiles que tenían en las manos.

—Cre... creo que estaba en la base desde mucho antes de que yo llegase. Estaba en... bueno, las zonas de alta seguridad. Lo llamábamos el Corral, porque había un montón de... bichos. Monos. Ratones. Cosas con las que los estirados... perdón, los doctores, hacían pruebas.

—Los estirados —exclamó el general fingiendo empatía—. Es gracioso. De veras. Continúe.

—Sí. Bueno, ninguno de nosotros llegó nunca al Corral. Era... bueno, alta seguridad de verdad. Escáneres, puertas dobles, cerraduras de retina... Esas cosas. Los que vigilaban dentro eran del grupo C. No nos mezclábamos con ellos. Tenían sus propios barracones, su propio comedor y sus propias instalaciones; todo, incluso oficinas. Nunca vi, firmé ni aprobé nada relacionado con el Corral. Si le digo la verdad, creo que los soldados del grupo C no salían nunca, o casi nunca, de la base.

El general miró con disimulo a sus ayudantes, y estos movieron la cabeza negativamente de una manera indeciblemente sutil. El general lo comprendió. Resultado de la búsqueda de Elexia: ninguno.

—A veces bromeábamos y decíamos que la verdadera Área 51 estaba en Orestes. Quiero decir, cuatro años de servicio allí y nunca supimos lo que hacían en el Corral.

—Lo entiendo —dijo el general—. Y esa mujer, Elexia, ¿quién era? ¿Era una

oficial?

El oficial Maxwell le dirigió una mirada atónita.

—¿No... no lo sabe?

—No, oficial, lo cierto es que no. ¿Elexia, escrito E-L-E-X-I-A?

—Pero, general... ¿cómo puede... no saberlo? —preguntó perplejo.

—Lo siento —contestó sonriendo—. Tal vez le gustaría iluminarme.

—Dios mío —exclamó el oficial—. Está bien. Todo... todo empezó con los sueños, ¿sabe? Empezamos a tener sueños, algunos de nosotros. Creo que fue más o menos cuando sonó la alarma de seguridad. Nos desplegaron a todos alrededor de la entrada principal del Corral; quiero decir, con todo el equipo de contención. Nadie sabía qué narices pasaba, solo se nos dijo que no debía salir nadie de allí si las puertas llegaban a abrirse.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Creo que fue hace... tres años. Era verano, eso seguro. Los chicos y yo estábamos echando un partido cuando sonó la alarma. Ni siquiera sabíamos cómo sonaba; nunca habíamos tenido una alerta como esa dentro de la base.

—Continúe.

—Bueno, la alerta terminó y todos volvimos a nuestros puestos. Las puertas no se abrieron y nadie salió del Corral, y todo volvió a la normalidad. En unos pocos días, el incidente estuvo olvidado. Pero más o menos por entonces empezaron los sueños.

—Está bien —dijo el general—. Está siendo de mucha ayuda, oficial. Se lo diré al presidente personalmente. Hábleme de esos sueños.

El oficial se quedó mirando el techo de la habitación, de un blanco inmaculado, durante unos instantes.

—Eran sueños feos. Al principio no les di importancia... Todo rojo, con... o sea, los sueños no tienen color, ¿no le parece? Creo que los míos no. Es como esas películas a las que les ponen filtros para bajar la saturación de las imágenes, muy... monocromos. Estos eran... eran rojos, y quiero decir rojos. Eran endiabladamente rojos. Y te levantabas sudoroso y con mal cuerpo, con una sensación extraña, como si realmente no hubieras descansado nada. Como he dicho, al principio no pensé nada raro, o sea, gilipollices de la cabeza. Perdón. Ni siquiera parecía importante. Pero un día, hablando con los compañeros, descubrimos que todos estábamos teniendo los mismos sueños.

—Eso es raro, ¿no le parece? —inquirió el general—. ¿Informó usted a sus superiores?

—Mis... superiores —graznó el oficial—. Oiga, al mismo tiempo que los sueños, las cosas empezaron a salirse un poco de quicio en la base. Sí, informamos a los médicos de la base y estos a los mandos, pero para entonces todo el mundo se comportaba... no sé... raro.

—¿Raro? ¿Puede tratar de explicarse mejor?

—¡Raro! —repitió el oficial—. Era como... —Pensó durante unos momentos—. Como si estuvieran siempre soñolientos. O sea, el comandante Wells era un hueso duro, si me permite la expresión. No sonreía ni por Navidad, en la única comida del año en la que se nos permitía beber un poco de alcohol, y hablo de ponche con más soda que otra cosa, ¡pero era una fiesta, al fin y al cabo! Pero en el último año, sobre todo,

no parecía él. Podías encontrártelo en su mesa, mirando la pantalla, con una sonrisa bobalicona en el rostro. A veces bromeábamos y decíamos que se había aficionado al porno.

—¿Eso le ocurría solo a él? —preguntó el general.

—No. A todos. Sobre todo a los que tenían acceso al Corral.

—Esa mujer, Elexia, ¿tenía acceso al Corral?

—No, no lo... entiende. Ella era el motivo por el que el Corral existía. Bueno, al menos hacia el final, los últimos años. No creo que allí se hiciera ninguna otra cosa que no estuviera relacionada con ella. Ella... no era estrictamente una mujer, ¿sabe? Se lo... se lo contaré, pero... oiga, no quiero que me... inhabiliten por... enajenación mental o algo así, ¿sabe?

—Oh, no...

—En serio —lo interrumpió el oficial—. Llevo demasiados años en el cuerpo. Es mi trabajo. No quiero...

—Nadie va a inhabilitarlo, señor Maxwell —le aseguró el general. Tal vez no sepa lo que ha sucedido en nuestro país en los últimos días, pero las cosas están mal. Y hemos visto bastantes escenas que hace solamente una semana hubieran sonado a película de ciencia ficción. No creo que pueda decir nada que nos haga pensar que está usted... disminuido de sus capacidades. Todo lo contrario. Cuanta más luz pueda arrojar sobre esto, más consideración obtendrá. Adelante. Cuéntelo todo.

El oficial Maxwell asintió, suspiró largamente y empezó a hablar de nuevo, con la mirada perdida en algún punto irrelevante del techo.

—Supimos de Elexia unos meses antes de que todo se fuera al cuerno. Había sido una especie de alto secreto en toda la base, superestatus de Seguridad Nacional, ya sabe. Pero poco a poco, la gente del Corral empezó a hablar de ella mientras caminaban por ahí, como zombis. Se abandonaron las actividades normales, nuestros superiores andaban siempre liados con otras cosas. Hablaban de ella como si fuese la única mujer sobre la tierra. Como si... como si estuviesen enamorados, ¿sabe? La palabra ella sonaba en nuestras cabezas como en mayúsculas. ELLA. Luego supimos que la llamaban Elexia. Que se llamaba Elexia. ¿Sabe cómo lo supimos?

—¿Cómo?

—Empezó a aparecer en los sueños. Era... bueno, como una especie de diosa, ¿sabe? Recuerdo que en los libros del colegio había una diosa romana, creo que se llamaba Diana, y me fascinaba aquel dibujo. Elexia era como ella. Era imposible no soñar con ella y despertarse con una erección de mil demonios.

—Entiendo. ¿En los sueños de todos?

—Sí. En los sueños de todos.

—¿Y qué hacía en los sueños?

—Nos preguntaba cosas. Pero no directamente. Era como si... hurgara en nuestras cabezas. Podía sentirlo, ¿sabe? Un poco más cada día. Quería... quería saberlo todo, y me refiero a todo. Quería saber cómo nos habíamos criado, quiénes eran nuestros padres, dónde vivíamos, qué pensábamos sobre las cosas, qué coches habíamos conducido, si éramos buenos haciendo chapuzas en casa, cuántas veces nos pajeábamos al día o cuál era nuestra marca de cerveza favorita. Todo. Cada noche, era como si te dejara seco.

—Extraordinario —dijo el general, a falta de una palabra mejor.

—Luego, las preguntas se hicieron más concretas. Qué hacíamos en la base, qué podíamos hacer en la base, a qué teníamos acceso, dónde estaban las cosas, cómo funcionaban los protocolos de seguridad, cómo... cómo funcionaban los terminales de acceso restringido... Y no solo eso, sino cómo funcionaba todo en este país. Me refiero al aparato militar, al presidente, al Senado, al sistema de votaciones; todo.

—¿Todo eso en sueños? —preguntó el general—. ¿Y usted respondía?

—No, no es que respondiese o dejase de responder. Era como... Ella sacaba la información de tu cabeza. La extraía. Aparecía allí, en sueños, y no podías hacer nada más que mirarla mientras te dejaba seco.

—Vale —asintió el general—. Pero ¿quién era? ¿Por qué estaba encerrada en el Corral?

El oficial suspiró.

—Era un monstruo. ¿Ha leído a Lovecraft?, ¿ Los mitos de Cthulhu y todo eso? Lovecraft escribía sobre criaturas ancestrales, terrores primigenios más antiguos que el propio tiempo, seres enormes, muy antiguos, embriagados de un poder inconcebible para una mente humana. Cuando soñabas con Elexia, la certeza de que ella era una criatura antigua se hacía más y más evidente. Su efecto en los compañeros era abrumador. Se llevaban a cabo las funciones esenciales para que la base siguiese funcionando, pero cuando veías a los mandos moverse como... zombis enamorados, soñolientos y sonrientes, manejando sus ordenadores, te preguntabas para quién trabajaban. Sospecho que allí todo el mundo, a partir de cierto momento, trabajaba para Ella. Para Elexia. Sacaban información. Hacían lo que ella les pedía.

—¿Y usted? —quiso saber el general—. ¿Cómo se daba cuenta de esas cosas? Imagino que los demás estaban todos bajo su influjo.

—Empecé a tomar pastillas. Cuando me di cuenta de lo que pasaba en la base y lo que ocurría durante el sueño, tomé pastillas. Estudié Medicina algunos años, con especialidad en Psiquiatría y Psicología, así que sabía una o dos cosas sobre los procesos profundos del sueño, sus efectos y funciones. Me preparé un combinado de pastillas que me permitían dormir un poco, pero no lo suficiente como para entrar en la fase profunda en la que se originan los sueños. Le cerré las puertas.

—¿No informó de ello a sus superiores? —preguntó el general.

—No. Ni hablar. Por entonces sabía que si hubiera informado de ello a alguien, a cualquiera, Elexia lo habría sabido de inmediato. Desapareció gente, ¿sabe? Algunos compañeros. Creo que había algunos de nosotros a los que no podía controlar, y los mandó asesinar.

El general asintió, pensativo.

—Me dediqué a vagar por la base, comportándome como se comportaban todos —siguió diciendo el oficial—. Para entonces, las puertas del Corral ni siquiera se cerraban. Los sistemas de seguridad se habían desactivado. Elexia tenía el control de todo. Supe que tenía un plan. Un plan muy jodido. Buscaba información, actuaba despacio, averiguando cosas. No sé qué cosas, pero algo buscaba. Y un día, sin saber por qué, me escabullí dentro.

—¿Dentro del Corral?

Maxwell asintió.

—¿Vio a Elexia?

—No. No llegué tan lejos. Había una sala con una... un chisme negro, una cosa extraña, rodeada de aparatos de todo tipo. Monitores. Chismes. Sistemas científicos. Parecía un... no sé, una estructura, como una escultura de algún tipo. ¿Sabe lo que parecía? Una especie de cagarro monumental que un dinosaurio metálico hubiera defecado en alguna parte. Me pregunté si sería un ovni, pero no tenía partes mecánicas, ni cohetes, ni alas, ni...

—¿Le pareció que pudiera estar hecha de obsidiana? —preguntó el general.

—Pues... no lo sé. Parecía piedra. Una piedra rara. Nunca he visto obsidiana...

—La obsidiana, llamada a veces vidrio volcánico, es un tipo de roca ígnea perteneciente al grupo de los silicatos —explicó el general—. ¿Qué color, o colores, tenía?

—Era negra —respondió el oficial—. Negra con... tintes azulados. Estrías azuladas. O brillos azulados, como vetas.

—De acuerdo —asintió el general—. ¿Qué más vio en el Corral?

—No llegué más lejos —murmuró Maxwell—. Había un corredor, y unas escaleras, y allí había unos tipos apostados. Creo que eran del grupo C, porque no me sonaban mucho. Eran soldados que mantenían escrupulosamente aparte. Estaban allí como... como centinelas, pero no llevaban armas, ni el uniforme completo reglamentario. Era... ¿cómo se lo podría describir? Imagine a un tipo que acababa de salir de una pelea, ¿vale? Está de pie, mirando al pobre diablo que ha tumbado en el suelo. Tiene los brazos caídos, pero los hombros levantados, la cabeza adelantada, las manos crispadas y las piernas ligeramente entreabiertas, y respira como un pastor alemán que acabara de perseguir a un conejo.

—Me lo puedo imaginar —dijo el general.

—Así estaban esos tipos. Jadeaban, respiraban muy rápido. Y creo que dormitaban, ¿sabe? Tenían las cabezas pegadas al pecho, como si estuvieran dormidos, pero su actitud era... no sé. Se me pusieron los pelos de punta. Me eché para atrás rápidamente. Me... acojoné. Supe que si me veían allí me destrozarían con sus manos. Supe que eran guardianes de Elexia, sus perros guardianes, y que ya no eran los hombres que una vez fueron. Por entonces no sabía qué eran, pero no eran hombres.

—¿Era de día o de noche cuando observó esa escena, oficial? —siguió interrogándolo el general.

—De día —dijo Maxwell.

—¿Qué hizo entonces?

—Salí de allí. Como le digo, estaba acojonado. Volví al barracón y allí vomité un par de veces. Jesús, temblaba como un niño pequeño.

—Lo entiendo. ¿No pensó en informar a alguien fuera de la base de lo que ocurría allí? Tal vez por radio. Un email. Una llamada. Algo.

Maxwell suspiró, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—Creo que me juzga usted injustamente —dijo el oficial—. Ahora es fácil pensar en esas cosas, pero tiene que ponerse en mi piel. ¿Cree que no quería huir de allí? Vaya. A veces miraba las puertas y los coches aparcados y me imaginaba saliendo a toda prisa y largándome tan lejos como pudiera. Florida, tal vez. O California. O

España, para el caso. Pero no sabía lo que ocurría y hasta dónde ocurría. No sabía si hablaría con alguien que estuviera también contaminado por el influjo de ese... ser..., de aquella... monstruosidad, fuera lo que fuera. Tenía miedo. Tenía miedo de dormir un poco más lejos de la cuenta y que ella se enterase de que había escapado de alguna manera a su... control.

—No lo juzgo, señor Maxwell —afirmó el general—. Comprendo muy bien el terror al que estuvo sometido. Solo pregunto para completar el cuadro.

Maxwell asintió.

—Un día, todo explotó. Fue por la noche, unos días antes de que ella se largase de la base con... con todos. Dos días atrás, todo el mundo había actuado aún más raro de lo normal, y cada vez éramos menos los que quedábamos deambulando por la base. La gente empezó a desaparecer. Me asusté de veras. No sabía qué hacer, o qué estaba pasando en realidad. O sea, ¿cuál era el plan? Esa pregunta me obsesionaba. Esa mujer se había tomado tanto tiempo para hacer lo que había hecho, para llegar donde había llegado...

»Descubrí que muchos entraban en el Corral y ya no volvían. Pensé que ella estaba llamándolos en persona, en grupos más o menos numerosos, para observarlos, tal vez, para saber... Y temí que ese fuera el fin. Si me observaba en persona, ella sabría. Lo sabría. Temí por mi vida. Temí mucho por mi vida.

»Aquella noche oí un tumulto espantoso fuera del barracón. Yo ya estaba escondido en un armario, detrás de las cosas de limpieza. Era el único hombre que quedaba en las habitaciones, todos los demás se habían marchado hacia el Corral. Espié por las rendijas de mi escondite y vi que el patio estaba lleno. Era...

Se produjo el silencio.

—Eran todos monstruos —murmuró al fin—. No me pregunte cómo lo supe, tal vez por sus maneras, o sus poses encorvadas, o sus rostros que... Sus rostros. Los conocía a casi todos... y no eran... Eran cáscaras vacías, como contenedores. Eran ellos y a la vez no lo eran. Y sus ojos...

—Me hago cargo —dijo el general.

—Me dio miedo que pudieran... olerme, o algo así. Eran como animales, después de todo. Así que me acordé de una película en la que un niño se esconde en las letrinas para salvarse de los nazis, e hice lo mismo. ¿A quién se le ocurriría mirar en un sitio así?

—Y funcionó —dijo el general—. ¿No volvió a salir de allí hasta que lo encontramos?

—No salí. Oía cosas; incluso de día oía cosas. La mierda me salvó la vida... Cada vez que me quedaba dormido, me ahogaba en ella y despertaba, tapándome la boca para ahogar las toses y las arcadas. Se me hizo eterno... eterno. Sé que un grupo grande salió de la base y se fue andando por el desierto. Sé que al día siguiente llegó un tipo, y luego llegó más gente, y cuando oí hablar a los hombres me hice notar. Eran, por fin, voces normales, órdenes normales. «Sí, señor.» «Vaya mierda, señor.» «Pero ¿qué cojones ha pasado aquí, señor?» Dios, nunca había llorado tanto. Pero sobreviví. Sobreviví, ¿no?

—Ya lo creo que ha sobrevivido, señor Maxwell.

—No. Quiero decir... de verdad. He sobrevivido, ¿no es cierto? —preguntó con

angustia—. O sea, se ha acabado. No hay nadie... hipnotizado, ni hay... monstruos... ¿no, general?

El general lo miró. Esta vez, su sonrisa, ampliamente practicada en innumerables años de servicio, no le salió tan bien.

## 5

Se encontraban ahora en el interior de una casa. La puerta estaba abierta, como si el propietario de aquel hogar hubiera salido un momento a componer las flores de la entrada o a recoger un paquete. Al fin y al cabo, el día de Navidad se acercaba y la gente debía de estar haciendo acopio de pequeños paquetes. El iPad de oferta en el Black Friday, el jersey de cachemir de la tía Emma, los guantes de ciclista para Alan, que se iba todos los sábados por la mañana hasta Princeton con una camiseta que decía: EN FORMA PARA FOLLAR. Pero en el interior no había nadie. Se habían ido y habían dejado la casa desocupada, el árbol de Navidad ubicado junto al televisor de cincuenta pulgadas con espumillón blanco y bolas del mismo color.

Antes de cerrar la puerta, comprobaron que no había nadie. Nadie en los armarios, nadie debajo de la cama, nadie en la bañera, y ningún sótano que registrar, por añadidura, cosa que tranquilizó sobremanera tanto a Sonia como a Jimmy. Todo estaba vacío. Vacío y en silencio.

—Está bien —dijo Sonia, plantada en mitad del salón, mirando alrededor—. Está bien.

—Lo hemos conseguido —dijo Jimmy.

—Eso parece, chico —afirmó Jared. Estaba junto a la ventana, mirando a la calle, a uno y otro lado. Pero asentía, complacido, aparentemente convencido de que nadie los había seguido—. Pero habrá que estar atentos.

—Sí —dijo Jimmy.

—Quiero decir, en serio. Imagino que los vampiros están todos de juega, pero no creo que se hayan... ido del todo. ¿Qué crees tú, chico?

—No lo sé.

Jared asintió.

—Han conquistado esta mierda de ciudad. Puede que no sea mucho, pero es un buen lugar para esconderse y expandirse. La ciudad entera da miedo, incluso de día. ¿Quién crees que va a aventurarse aquí, cuando una de cada tres casas puede contener vampiros escondidos? Yo no la dejaría, si fuera ellos. Quiero decir, tal vez el dueño de este sitio regrese después de sus correrías nocturnas, y no hablo de tías y cervezas en un bar. Lo que digo es que habrá que estar atentos cuando llegue el amanecer. Tal vez tengamos visita.

—Oh, Dios —musitó Sonia.

Jimmy asintió.

—Tienes razón —dijo.

—Y hay otra cosa de que preocuparnos, por si no lo habíais pensado.

—¿Qué cosa? —preguntó Sonia.

Jared compuso una expresión enigmática.

—Creo que ya no tenemos que preocuparnos solo de los vampiros, y únicamente

de noche —dijo.

—¿De qué estás...?

—Los... guardianes —la interrumpió Jimmy.

Jared asintió con entusiasmo mientras hurgaba en los bolsillos de su chaleco.

—¡El chico vale su puñetero peso en oro! —exclamó sonriendo—. ¡Bingo, muchacho! Los guardianes. O sea, toda esa gente hipnotizada, las vacas, son una cosa, pero cuando aquel vampiro empezó a joderme la mente, dijo esa palabra: guardianes. Suena a... no sé... a película de Star Wars o algo así, ¿no? Los Guardianes de la Fuerza. ¡Uoh! Sí, coño. El muchacho lo ha explicado ya. Gente hipnotizada que cuida de ellos mientras duermen de día.

—Mierda —soltó Sonia mientras se derrumbaba en el sofá.

—Mañana será un día interesante. Habrá que tener mucho ojo, incluso de día. Si encontramos a alguien, puede que nos pegue un tiro si le damos la espalda, o algo peor.

—Algo peor... —repitió Sonia—. ¿Cómo se... cómo se combate eso?

—¿A la gente hipnotizada? —preguntó Jared sacando un cigarrillo del bolsillo. Estaba doblado y parecía plano, como si llevara allí demasiado tiempo—. Coño. Se les pega un buen tiro en el pecho, no creo que sean especiales...

—No, quiero decir —Sonia sacudió la cabeza con fuerza—, ¿cómo se combate... el asunto del hipnotismo? Tiene que haber una forma. Creo que es la clave. Jimmy y yo vimos a una mujer vampira que... obligó a unos soldados a pegarse un tiro. Y los que no murieron se quedaron quietos para que otros vampiros diesen cuenta de ellos. Yo misma me... Me afectó profundamente. Nunca había sentido algo así.

—A mí no me lo digas, cielo —repuso Jared—. Si aquel helicóptero no se hubiera estrellado, estaría cambiando las sábanas en algún sótano de mierda para cuando el amito regresara. «¡He hecho la compra, señor amo vampiro, y no he traído nada de ajo!»

Jimmy soltó una pequeña carcajada. Sonia lo miró, como si fuera la primera vez que oyera una risa, y el sonido burbujeante y fresco pareció fundir algún bloque de hielo instalado en lo más profundo de su pecho. En silencio, movió la cabeza, agradecida.

—Yo que sé —dijo Jared al fin, encendiendo su cigarrillo—. ¿Os importa que fume?

—Sí —dijo Sonia.

Jared inhaló profundamente y soltó una buena cantidad de humo, que se apresuró a evolucionar, como a cámara lenta, por la habitación.

—Joder —resopló con satisfacción—. Esto era justo lo que necesitaba.

—Tiene que haber una manera —dijo Jimmy—. La hipnosis existe, no es una patraña como... otras cosas. Y si existe, tiene que haber maneras de evitarla. O de...

Dudó unos instantes.

—Cancelarla —dijo Sonia.

—Eso. Seguro que se puede. A lo mejor basta con pensar en algo. Un... pensamiento, o un trozo de una canción, o un poema. «Castiga, exhausto, el poste tosco y recto e insiste, infausto, que ha visto a los espectros.»

—¿Qué? —preguntó Jared entre la neblina del humo de su cigarrillo.



—Es de un libro —dijo Jimmy—. Uno muy bueno. No tiene importancia.

—No sé mucho de libros, chico —afirmó Jared—. Pero sí sé lo que se siente cuando uno de esos monstruos te taladra el cerebro con su rollo mental de vampiro. No creo que un poema ayude, ni una canción. Joder, no creo ni que un puto concierto de los Rolling Stones te saque de esa.

—Bueno, quería decir que... tal vez —exclamó Jimmy, agachando la cabeza.

—Ya veremos —apuntó Sonia—. Estoy segura de que alguien, ahí arriba, está ya dándole vueltas a todo eso. ¡Jolín, me gustaría tener una radio o algo para saber qué está pasando en otras partes del país!

—Sí, coño... Esa es buena —refunfuñó Jared—. Me dejé el puto aparatito en la comisaría. Ojalá lo hubiera traído. Mi maldito lema, él tiene la culpa.

—¿Qué lema? —quiso saber Jimmy.

—Nunca dejes entrar nada en tu vida que no puedas dejar atrás en un minuto.

—Qué encantador —dijo Sonia irónica—. Ya sabes cuánto tardará tu amigo en abandonarnos si pasa algo malo.

—¡Eh, yo no he dicho eso, encanto! —protestó Jared.

Jimmy volvió a reír.

Sonia sacudió la cabeza. Miraba el árbol de Navidad, con el hueco preparado en su parte inferior para colocar los regalos. El jersey. El iPad. Los guantes de Alan. Pensó que este año no llegarían, tal vez, si las cosas seguían desenvolviéndose como hasta entonces. Seguramente no en Hillsdale, y tal vez tampoco en otras ciudades cercanas. Pero mecida por las risas de Jimmy y el tono refunfuñón de aquel desconocido que se había metido inadvertidamente en sus vidas, quiso pensar que la Navidad, ese año, seguiría celebrándose en otras partes del país, después de todo. Aún faltaban un par de semanas, más o menos, y trató de convencerse de que, para entonces, las cosas habrían vuelto a la normalidad. Para entonces sí.

—Las cosas que ocurren —le estaba diciéndole Jared al chico— son raras de cojones, ¿no es cierto? Si las miras de lejos, si te paras un rato y las pones ahí, delante de ti, sin pensar que estás metido en ellas hasta el culo, parecen hasta desquiciantes. O sea, ¡vampiros, joder! No os habéis dado cuenta pero ya hablamos de ellos como si siempre hubieran estado ahí. Decimos: vampiros esto, vampiros lo otro. Pero ¿qué coño? Hace poco nos habríamos partido la caja con la idea. Colmillos. Chupasangres. Jodedores de mentes. Cosas raras.

—Es verdad —reconoció Jimmy. No hacía ni dos días había pensado que si mencionaba esa palabra en cualquier lugar lo encerrarían en un Hogar para Huérfanos Mentalmente Inestables. Y de repente, esa palabra, huérfano, se le agarró al pecho como unas tenazas, infligiéndole un dolor supino e inesperado. Agachó la cabeza por un momento y luego trató de concentrarse en la verborrea de Jared, que parecía afectado por el subidón de nicotina en la sangre.

—A lo mejor las cosas raras siempre han estado ahí —dijo—, pero nunca nos hemos atrevido a verlas, ¿eh? Escuchad: una vez, hace tiempo, viajaba en tren hacia Ohio, para ver a un colega que estaba pasándolo mal por cosas de coños. —Miró a Sonia—. Quiero decir, rollos sentimentales. En fin, tenía a este tipo sentado delante de mí, ¿vale?, con un sombrero sacado de los años cuarenta sobre la cabeza y una sudadera rapera con más mierda que el rabo de una vaca. O sea, era un sombrero de

color perla bastante guapo, muy elegante, con pinta de costar al menos cuatrocientos dólares, y una sudadera que no sacaría ni del cubo de la basura. No pegaban ni con cola. Pero hey, he vivido en Nueva York, así que estaba acostumbrado a gente estafalaria y sin clase.

—Dios mío, cómo te enrollas —exclamó Sonia, divertida.

—¡Vale, vale! —protestó Jared—. Joder. Pues a ese tipo le suena el móvil y se pone a hablar. Tiene la voz así como muy serena, y su acento es inglés europeo. Y dice cosas como: «No, eso pasó en 1914. Yo mismo se lo dije entonces. Sí, sé que ha pasado mucho tiempo, pero bla, bla, bla, lo recordaría». Etcétera. ¿Lo pilláis? No paraba de decir cosas así. O sea, ¡1914! Pensé que era un zumbado. Joder, lo mismo podía haber dicho que se la machacaba a Julio César en la antigua Roma mientras tomaban uvas en sus camas de putos emperadores romanos.

Jimmy se echó a reír de nuevo, esta vez con ganas. Sonia estuvo a punto de protestar, pero supuso que tendrían que acostumbrarse a las expresiones de Jared, y de todas maneras el cantante de los Doors estaba consiguiendo que olvidaran los horrores de aquellos días, aunque fuera por unos momentos. Y eso, se dijo, bien valía unas cuantas palabras soeces.

—Esas cosas raras... No he vuelto a pensar en ello desde entonces, pero... pero eso ocurrió en el tren nocturno, que era más barato, y de repente me he acordado de aquel tipo con sombrero, tal vez un vestigio de una época que no quiso dejar atrás, hablando de 1914 como si tú y yo hablamos del miércoles pasado. Y tal vez, solo tal vez, aquel puto mamón era un jodido vampiro ya por entonces, escondido entre nosotros sin que nadie supiera nada, hablando de otras épocas con su móvil, y haciéndolo libremente porque, ¿sabéis?, el mundo está lleno de colgados de todas formas y maneras, ¿y quién escucha lo que nadie dice, hoy día?

—Vaya —dijo Jimmy mientras sentía un repentino escalofrío.

—Cosas raras, chico —repitió Jared—. A lo mejor han pasado desde siempre, pero estábamos tan seguros de que todo iba bien que nadie les prestó atención. ¡Coño!

Se quedaron callados unos instantes, pensativos y silenciosos. Jared apuró su cigarrillo hasta que la colilla empezó a desprender un tufo desagradable; entonces la tiró al suelo y la pisó con su bota sin prestarle atención.

—Debe de haber algo de alcohol en esta casa —murmuró entonces—. Aunque sea ponche para el brindis navideño. ¡Digo yo!

Sonia levantó una ceja mientras Jared abría uno de los cajones bajo el televisor.

—Tal vez sea mejor dormir un poco —apuntó—. Mañana vamos a necesitar... Bueno, dentro de poco. Al amanecer. Debemos estar atentos.

—Claro —dijo Jared—. Dormid tranquilos. Jared brindará por las estrellas en el cielo, si tiene la oportunidad. No sé si os habéis fijado, por cierto, pero con toda la ciudad a oscuras el cielo es una pasada, esta y cualquier noche. Si miras un rato largo se ve hasta la Vía Láctea, ¡el semen del Señor nuestro Creador cruzando el firmamento como si aún estuviera creando algo! ¡Vaya, hay que brindar por eso!

—Oh —dijo Jimmy—. Me gustaría ver eso, la Vía Láctea.

—Ha estado sobre tu cabeza toda la noche, chico, pero te lo has perdido porque estabas acojonado. Piensa en ello mientras duermes. Ya no hace noche para ver nada. Y me parece que pasará un tiempo antes de que podamos pararnos en la calle y mirar

arriba y decir: «Joder, qué bonito». Lo bonito, chico, ha sido cancelado. —Miró al árbol con desdén y añadió—: La puta Navidad ha sido cancelada.

Jimmy agachó la cabeza.

—Definitivamente es hora de irse a dormir —dijo Sonia en voz baja.

—Sí. Claro. ¡Buenas noches, amigos y vecinos! —exclamó Jared—. Yo me quedaré aquí. ¡Aquí mismo! Y si puedo encontrar un trago o dos, esa será mejor medicina que una almohada, es lo que digo.

Sonia y Jimmy encontraron habitaciones en la segunda planta, pero las ventanas eran grandes y diáfanas, y la visión de la calle tras los cristales les inspiró un terror incómodo y sigiloso del que no se atrevieron a hablar en voz alta. Al final durmieron en el suelo de un despacho pequeño, cubierto con una mullida alfombra, después de haber tomado prestadas unas mantas y almohadas. Cuando estaban ya tendidos y preparándose para dormir, oyeron a Jared cantar, en voz baja, Born in the U.S.A ., de Bruce Springsteen.

Y aunque Sonia estaba segura de que no iba a poder pegar ojo, en cuestión de segundos estaba sumida en un sueño ligero e intranquilo, un triste sucedáneo del descanso profundo al que solía entregarse cuando las cosas todavía eran normales.

Y soñó con Jared, y en el sueño Jared decía: «¿Sabes en qué creo, chica? En el trabajo de un día por la paga de un día. ¡En eso creo!». Y mientras lo decía, levantaba su rifle por encima de la cabeza y descargaba la culata contra el cráneo de un cuerpo caído en el suelo.

## Capítulo 8

### LA MENTIRA DE LA FELICIDAD



#### 1

El sonido de una explosión, o algo que se le parecía mucho, los despertó en mitad del sueño. Aún estaba oscuro, y Sonia abrió los ojos en la penumbra con una fuerte sensación de desconcierto. Por un momento se giró a su derecha buscando su mesilla de noche y el reloj despertador, con dígitos de un intenso color naranja, mientras pensaba: «Me he vuelto a dormir. Me he vuelto a dormir y el jefe me va a matar».

Pero de pronto, la realidad de las cosas cayó sobre ella como un mazazo. El jefe no iba a matarla. El jefe estaba muerto. Todos estaban muertos.

—Jimmy —exclamó ronca.

¡BUM! Otra explosión.

Solo que ahora pudo identificar mejor el sonido, y no era el de una explosión. Ya lo había oído antes. Era un disparo.

«Jared», pensó. El nombre cruzó su mente como un huracán, consiguiendo despertarla del todo. Jared se había quedado abajo, vigilando.

Pensó en vampiros. Pensó en los guardianes.

—¡JIMMY! —exclamó con angustia.

Se puso en pie con rapidez.

—Estoy aquí —dijo el muchacho.

Sonia se restregó los ojos, abriéndolos y cerrándolos una y otra vez para acostumbrarse a la oscuridad. El chico estaba ahí mismo, ahora lo veía.

—¡PUTO HIJO DE PUTA! —gritó Jared en el piso de abajo.

—Jared... —murmuró Jimmy.

Sonia se lanzó hacia la puerta, y mientras lo hacía se dijo que no dejaría pasar ese día sin hacerse con un arma. Había un total de cuatro armerías distintas en la ciudad, y ella sabía dónde estaban todas porque, de vez en cuando, se ocupaba de repasar las ventas con los dueños como parte del protocolo normal de su trabajo. Tenía que hacerse con un arma; sin una en las manos, mientras progresaba por el rellano y abordaba la escalera que conducía al piso de abajo, tenía la sensación de que se

encaminaba a una especie de suicidio.

¡BUM! Jared había disparado una tercera vez, pero en esta ocasión el disparo llegó acompañado de un grito que sonó al estertor que emite un animal agonizante.

Antes de llegar abajo, Sonia vio a un hombre retroceder mientras daba vueltas por el salón; chocó contra el sofá y acabó al otro lado, con las piernas aleteando en el aire hasta desaparecer de su vista.

Sonia se encontró con Jared, el fusil en la mano, arrinconado contra la pared. Tenía la cara y el cuerpo llenos de sangre, y por un instante temió lo peor: que lo habían mordido o alcanzado de alguna manera. Se miraron, ambos con expresiones de alerta y adrenalina en sus rostros.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Jared no respondió. Con la respiración agitada, saltó sobre el sofá y asomó el rifle hacia la parte de atrás, donde estaba el cuerpo caído del hombre al que acababa de disparar.

—Hijo de puta cabrón de mierda —dijo al fin mientras encañonaba el cuerpo. Sonia se movió para verlo.

Era un hombre, y yacía como descoyuntado, un brazo aprisionado contra su cuerpo boca abajo y las piernas retorcidas hacia un lado. Su cráneo era una masa viscosa y sanguinolenta. Jared lo había acertado de lleno.

—Joder —dijo Sonia.

Jared dejó de apuntar al cuerpo.

—¡Joder! —repitió él.

La puerta de la calle estaba abierta.

La luz era diferente, ahora lo veía. Ahí fuera, en la calle, empezaba a clarear. Su mente reconstruyó rápidamente la escena, con el vampiro entrando en la casa en las postrimerías de la noche, como habían previsto. Pero Jared debía de haberse quedado dormido, quizá (en la mesa había una botella de bourbon a la que le quedaba apenas un cuarto), y tal vez abriese los ojos a tiempo para ver la figura del monstruo plantado junto a la entrada, mirándolo con una expresión de sorpresa que se transmutó muy rápidamente en una de odio. Jared, todavía a caballo entre la borrachera y el sueño, disparó sin mucho acierto una y hasta dos veces, mientras aquella bestia proyectaba sus garras terribles hacia él. Allí, arrinconado al fondo del salón, Jared consiguió disparar una tercera vez, alcanzándolo por fin en la cabeza.

A lo lejos, oyeron varios gritos en sucesión.

—Oh, mierda, mierda, mierda —gruñó Jared, todavía de pie sobre el sofá.

—¿Qué pasa? —preguntó Jimmy desde la escalera.

—¡Han oído los disparos! —exclamó Jared—. ¡Joder!

—Te... tenemos que... tenemos que salir de aquí —dijo Sonia, sintiendo la boca seca y pastosa.

—¡Todavía es demasiado pronto! —gritó Jared—. ¡No podemos salir a la calle, nos destrozarán!

Empezó a recargar su arma mientras miraba alternativamente a la ventana y a la puerta.

—¡La pistola! —dijo Sonia extendiendo su mano hacia Jared—. ¡Dame la pistola!

—Me cago en la puta —exclamó él—. ¡Me cago en todas las putas del país de las

putas!

Sacó la pistola y se la lanzó a Sonia, quien la cogió al vuelo.

—Solo tiene tres balas, ¿vale? —soltó Jared.

—Joder.

Otro grito, ahora más cercano. Los vampiros habían oído los disparos y estaban acercándose. ¿Quién interrumpía su sueño? ¿Quién dormía en su camita, papá Oso?

—Tenemos que escondernos —exclamó Jimmy.

—Joder, puto sol de mierda, ¡sal de una vez!

¿Cuánto tardaba el sol en salir del todo? ¿Y cuánto sol hacía falta para hacer que un vampiro tuviese que correr a esconderse? ¿Cuánto más necesitaban resistir? Tal vez veinte minutos. Quizá una hora. Veinte minutos parecía descabellado. Una hora, una eternidad.

—No hay escondite que valga, chico —escupió Jared mientras saltaba al suelo—. Hay que aguantar aquí hasta que salga el sol. Disparos a la cabeza, nena. ¿Eras policía de disparar a los malos, o de las que ponen multas?

—Nunca he disparado a nadie —dijo Sonia mientras revisaba el arma.

El grito sonó ahora más cerca. Sonia podía imaginar al monstruo galopando por la calle, mirando a uno y otro lado mientras se transformaba lentamente: primero la boca, creciendo en anchura como si la cabeza fuese a partirse en dos; luego los brazos, crujiendo mientras los huesos se retorcían prisioneros de la carne tirante, haciendo crecer articulaciones en lugares inverosímiles, y por fin el cuerpo, encorvándose, convirtiendo sus facciones humanas en otras que el mundo no veía desde hacía demasiado tiempo.

Jared apuntó a la puerta.

—Pues ahora te vas a hinchar —dijo Jared.

Y en ese momento, una forma grande y bestial irrumpió en el marco de la puerta, golpeando la madera con un sonido amortiguado. A Sonia no la pilló por sorpresa, la bestia era tal y como se la había imaginado: una distorsión atroz de un cuerpo humano, la caricatura abyecta de un hombre, un demonio cuyos ojos brillaban con luz propia, fría y sobrenatural.

Jared disparó. El disparo lo alcanzó en la cara, pero no por debajo de los ojos. La boca se hundió hacia dentro, revelando un agujero que empezó a llenarse de sangre. Los dientes saltaron en varias direcciones como proyectiles plateados.

Jimmy gritó.

Sonia estaba a punto de disparar cuando el ventanal del salón estalló en un sinfín de pequeños pedazos. Allí, envuelto en los vidrios quebrados, había otra forma saltando en el aire con las rodillas flexionadas hacia adelante, los brazos echados hacia atrás, como un atleta olímpico que hace un esfuerzo sublime y final en la línea de meta. Ella movió el brazo por puro instinto y disparó, pero el proyectil se perdió en mitad de la confusión de ruido y añicos sin que pareciera acertarle a nada. El vampiro aterrizó en el suelo, junto a Jared. No hubo tiempo de nada. Apenas llegó al suelo, el monstruo barrió en el aire con un brazo y lanzó a Jared al suelo. El rifle salió volando.

El vampiro de la puerta había entrado en el salón. Miraba a Jared mientras producía un sonido húmedo y gutural. «Está intentando hablar —se descubrió pensando—. Quiere decir algo, pero no puede, porque Jared le ha volado la cara.» Y

recordó que Jared mencionó que, cuando lo atacó aquel vampiro transformado, su voz era un tormento imposible de soportar. Recordó que dijo que hubiera preferido arrancarse las orejas antes que seguir escuchando aquello, y pensó: «No ha fallado tanto. El disparo en la cara nos ha dado un poco más de tiempo».

Sin dudar ni un segundo, cogió el arma con ambas manos y disparó. «El segundo proyectil —se dijo—; dos de tres». Pero el dos era su número de la suerte, y el impacto alcanzó al vampiro en el ojo derecho. El monstruo se echó hacia atrás como si una locomotora tirara de él, llegó hasta la ventana y cayó de espaldas a la calle moviendo los brazos en el aire.

Luego sintió que esa misma locomotora la embestía y la arrebatava del suelo. Voló, literalmente, por el aire, y se estrelló con un impacto enorme. El golpe le hizo soltar todo el aire de los pulmones. Para cuando quiso darse cuenta de lo que ocurría, estaba en el suelo aplastada por el vampiro de la puerta, sentado a horcajadas encima de ella.

—Mal...

No quería mirar al monstruo. No quería saber lo que iba a pasar. Movía los brazos sin mucho acierto mientras miraba a Jared, que todavía estaba en el suelo, a gatas, intentando recuperarse. La sangre le caía de la nariz y la boca hacia el suelo, colgando como un ascensor con demasiados años de servicio.

La visión desapareció. El monstruo había tapado su cara con una mano enorme, descomunal, cuyos dedos se sentían como si fueran de cuero. La nariz se aplastó con un crujido cartilaginoso, y cuando quiso gritar, descubrió que ni siquiera podía tomar aire. Golpeó con los puños menudos; era como un niño de dos años que da puñetazos contra la pierna de su padre, alto como una torre, mientras este le dice: «¡Ánimo, campeón, pega como un machote, eso es!».

Apretaba.

Apretaba mucho y muy rápidamente.

Ni siquiera sentía dolor, solo... presión. El dolor llegaría luego, cuando el sistema nervioso de su cuerpo hubiese tenido tiempo de reaccionar, pero por ahora solo pensaba que su cráneo se quebraría en cualquier momento, con un sonido que ella registraría desde dentro, un desgarró que sonaría como el fin del mundo, o el fin de su mundo, al menos. Y pensó: «Ya está. Aquí termina todo. Aquí...

... termina.»

La mano se retiró. El vampiro profirió un sonido imposible, un aullido acuoso que sonó como una alcantarilla atascada, y se irguió sobre ella proyectando una altura imponente. Sonia lo miró, respirando al fin otra vez, y vio su cuerpo transformado, su carne retorcida en una plétora de músculos agolpados unos sobre otros, como formando una trenza orgánica, y vio otra cosa: una punta de metal que sobresalía de su cuerpo, en mitad del pecho.

De pronto, la punta creció en tamaño; ahora sobresalía casi diez centímetros, y el vampiro volvió a aullar lanzando una fina lluvia de sangre por el agujero que tenía por cara.

Era una varilla. Una varilla metálica que Sonia reconocía de algún sitio, aunque en ese momento no podía decir de dónde o qué era.

Rápidamente, reuló hacia atrás utilizando brazos y piernas.

—¡MUÉRETE, HIJO DE PUTA! —estaba gritando Jared desde algún lugar de la habitación.

El vampiro cogió la varilla con una mano y la apretó con sus dedos atroces. Eran demasiado grandes, observó Sonia; demasiado grandes, y con el puño cerrado sobresalían como tubérculos obscenos e hinchados. ¿Cómo podían ser tan grandes?, pensó, confusa, entre el miedo y la excitación.

Tiró de la varilla hacia adelante y se la arrancó del pecho con un sonido orgánico. A Sonia le recordó al sonido que hizo la placenta de una yegua a la que vio dar a la luz una vez, cuando cayó al suelo con el potrillo dentro. Y al fin pudo ver qué era: uno de los aperos de la chimenea. Alguien se lo había clavado desde atrás.

—¡MUÉRETE! —gritaba Jared—. ¡QUE TE MUERAS, JODER!

«No es una estaca de madera, Jared —dijo una voz en su mente—. No funcionará si no te llamas Van Helsing y es de madera.»

El vampiro se dio la vuelta, con el atizador en la mano. Lo había hecho girar en su puño de manera que ahora parecía una espada, demasiado pequeña para su tamaño, pero una espada al fin y al cabo. Y se asustó más todavía. «Oh, Dios mío. Corre, Jared. ¡Corre!» No quería ni imaginar lo que aquella criatura podría hacer con ese atizador. Pero pensó también en Jimmy, y esa cadena de pensamientos la llevó a recordar la pistola. Aún tenía una bala, una sola bala, pero a esa distancia y de espaldas podría acertarlo con facilidad. Pero se miró las manos temblorosas y descubrió que la pistola ya no estaba allí; se le había caído cuando el monstruo la hizo volar por la habitación.

Jared apareció en su campo de visión. Tenía un martillo en la mano. ¿De dónde lo había sacado? «De cualquier sitio —se dijo—. Anoche estuvo buscando alcohol. Tal vez encontró algunas herramientas en alguna parte. ¿Quién no tiene un martillo en casa, aunque sea para colgar los cuadros?» Se dijo que debía de haberlo usado para clavar el atizador en el pecho del vampiro. Una idea cojonuda, si todo fuera como en las películas. Pero aquello no era una película, ni los vampiros se parecían a ninguno que hubiera visto antes.

Y Jared... Jared era una pobre visión ante el demonio sin cara, armado con un triste martillo, el rostro cubierto de salpicaduras de sangre y la boca abierta mostrando los dientes.

Jimmy...

Jimmy estaba aún en la escalera. Su expresión era... desconocida. Es la impresión que tuvo: desconocida. Lo había visto asustado y lo había visto cansado; lo había visto reír y llorar. Un poco, al menos. Pero ahora estaba como hechizado, su mueca reflejaba asco y también un terror profundo que lo mantenía clavado en el sitio. Jimmy no ayudaría esa vez.

«La pistola —se recordó—. La puta pistola.»

El vampiro avanzó hacia Jared. Este enarbolaba su martillo, sacudiéndolo con saña delante de él, hacia un lado y hacia otro, retrocediendo mientras la criatura avanzaba con el atizador en la mano, sujetándolo como una lanza.

Buscó desesperadamente por el suelo, pero en vez de la pistola divisó el fusil entre los cristales rotos. Solo tenía que...

Jared gritó. El grito fue tan agudo y tan embriagado de dolor que la hizo encogerse y temblar aún más. Sonia levantó la cabeza y vio a Jared pegado a la pared,



con el atizador clavado en el hombro. Apenas sobresalía unos centímetros. El vampiro lo había lanzado contra él y lo había anclado al muro, atravesando su cuerpo.

Era una visión espantosa, pero no permitió que le robase más tiempo. Saltó por el suelo hacia el fusil y lo cogió con ambas manos. Tenerlo en su poder, apuntar y disparar fue todo uno. La cabeza del vampiro pareció desplegarse como un juguete infantil, un Transformer que se desmonta para conformar otra cosa. Y esa cosa eran ribetes de carne y piel abiertos, como una piel de plátano.

La criatura se mantuvo de pie unos instantes, y luego cayó flácidamente al suelo, desplomándose sobre sus propias rodillas como un castillo de naipes.

—¡Joder! —gritó Jared—. ¡Puta coño hostia, joder!

Sonia se incorporó y avanzó hacia Jared. El atizador asomaba como un ariete de guerra cubierto de sangre, asomando a través del chaleco.

—Joder —murmuró Sonia—. Es... Te ha...

—¡Sí, coño! —decía Jared—. ¡Joder, cómo duele, hostia puta!

Sonia miró hacia la puerta antes de dejar el fusil en el suelo, apoyado contra la pared. Tenía que sacar el atizador como fuese y liberar a Jared, pero la tarea se le antojó imposible de acometer. ¿Cómo podría ella arrancar algo así, incrustado en un muro, a través de la...

«De la carne», se dijo.

—Oh, Dios... Dios, Dios, Dios.

—¡Sácalo! —gritó Jared—. Por el amor de Dios, ¡sácalo!

—Está bien —dijo Sonia—. Voy a...

Cogió la punta del atizador con suavidad y luego apretó con ambas manos, preparándose para tirar.

—Esto va a doler —le advirtió.

—¡Ya duele un huevo! —gritó Jared—. ¡Me cago en la puta!

—Está bien...

Inspiró hondo, aguantó la respiración y empezó a tirar, con la cara contraída por una mueca.

Jared aulló.

—¡Joder, NO LO RETUERZAS, COÑO!

Sonia soltó el atizador.

—Lo siento... Lo siento —murmuró.

—¡Está bien! —exclamó Jared—. ¡Sácalo de una vez, como sea!

—Está... está profundamente clavado, ¿vale? Voy a tener que tirar y...

—¡Vale! —rugió Jared asustado—. ¡Joder! Déjame a mí... ¡déjame a mí!

Sonia asintió.

Jared cogió la punta con la mano derecha y empezó a resoplar, respirando como un animal exhausto. Sonia apartó la mirada. Buscó a Jimmy en la escalera. El chico se había sentado y contemplaba el cadáver del monstruo con una expresión desolada.

—Jimmy —dijo—. Tal vez deberías subir, esto no...

Jared volvió a gritar. El grito la hizo encogerse; casi podía sentir el dolor que debía de estar experimentando él mientras tiraba. Miró hacia la puerta, preguntándose cuántos vampiros más estarían oyendo los gritos y los disparos; cuántos más estaban dirigiéndose hacia allí en ese momento. Muchos, tal vez, y Jared gritaba más y más

fuerte.

Se acercó a él y le tapó la boca con la mano, con los ojos otra vez llenos de lágrimas.

—Ssssh —susurró—. Tira. Tira, ¿vale? Pero... intenta... no gritar... porque.... porque....

Jared tenía los ojos cerrados. Seguía haciendo fuerza con la mano derecha y el atizador empezaba a emerger de la ropa. La sangre manaba abundante, manchando su chaleco de cuero oscuro.

—Ssssh. Sssh.

Con un último esfuerzo, Jared tiró. El atizador salió de su cuerpo y cayó al suelo con un sonido tintineante. Sonia se quedó mirándolo, horrorizada. La parte del mango era bastante más ancha que la punta, y había atravesado todo su hombro. Jared se liberó de la mordaza de la mano de Sonia sacudiendo la cabeza con violencia.

—¡Joder! ¡JODER! —gritaba.

—Dios... Tu brazo...

—¡Me cago en Satanás y en la puta madre que parió a su puta madre!

—¿Estás...? Hay que... La herida, hay que...

De pronto, Jared se calló. Sonia pensó que estaba a punto de desmayarse, que había perdido demasiada sangre y que caería al suelo redondo, y que ella no tendría fuerzas para moverlo a ningún sitio. Pero no estaba perdiendo el conocimiento. Miraba hacia la puerta, con una expresión lúgubre en el rostro.

Sonia siguió su mirada.

Allí había un hombre. No una bestia, como en los otros dos casos, sino un hombre. Los observaba con unos ojos inteligentes y brillantes, la cabeza ligeramente inclinada, y una sonrisa congelada en su rostro. No era un monstruo, pero ni Jared ni Sonia tuvieron ninguna duda de que se trataba de un vampiro. Se lo decía su mirada. Se lo decía su sola presencia, como si un mal invisible y profundo revoloteara alrededor de su cuerpo en apariencia tranquilo.

—Mierda —susurró Jared.

El hombre miró hacia atrás brevemente. Ahí fuera había cada vez más luz. Ya se distinguían perfectamente los coches aparcados en la calle y hasta el color de las flores en los parterres del jardín delantero.

La sonrisa del hombre se acentuó.

—Me encantaría... devolveros vuestras atenciones —susurró con un tono amable e incluso dulce—, pero lamentablemente tengo que irme ahora, y ciertas cosas requieren su tiempo. Últimamente me acuesto... muy temprano.

Sonia, que había sentido el impulso de coger el rifle, se quedó inmóvil. Estaba perpleja.

—Pero esta noche os buscaré. Os buscaré mucho, os lo prometo. Y os encontraré, os lo aseguro. Os encontraremos, no importa dónde os metáis o lo lejos que lleguéis. Esperadme despiertos, ¿de acuerdo? No quisiera tener que molestaros cuando corrompa vuestra alma y os vacíe de sangre hasta las mismísimas tripas.

Luego sonrió otra vez, hizo una reverencia bastante teatral, se despidió con un «Buenos días» y desapareció. Desapareció. No fue como si se esfumara de repente, pero sí que hubo algo en el movimiento al darse la vuelta y marcharse que hizo que

Sonia y Jared pestañearan varias veces para intentar comprender lo que acababa de ocurrir. Luego, Sonia se dejó caer al suelo.

—Joder —exclamó Jared—. No, no, no, no...

—Dios mío —susurró Sonia.

—No, ni hablar. Redomado... hijo de puta... estirado y arrogante... chupasangre del culo y de la madre que te parió...

—Dios —seguía diciendo Sonia.

Sujetándose el hombro con la mano derecha, Jared corrió hacia la puerta.

Sonia dio un respingo.

—¿Qué...? ¡Jared! —exclamó.

Jared había ido afuera.

## 2

Llegó a tiempo para ver cómo el vampiro desaparecía en el interior de una casa, al final de la calle. Cómo había recorrido esa distancia en tan poco tiempo no podía ni imaginarlo, pero al menos había descubierto dónde pensaba esconderse, el redomado hijo de puta estirado y arrogante.

Afectado por un dolor lacerante y exquisito, Jared empezó a cojear hacia allí.

—¡Jared! —exclamó Sonia a su espalda—. ¡JARED, PARA!

Este apretaba los dientes. El hombro le ardía. Podía sentir la sangre caliente, pegajosa y húmeda empapando su ropa y su cuerpo, y dolía más que ninguna otra cosa que hubiera sentido nunca, y había sentido unas cuantas; casi parecía que el brazo iba a desgarrarse en cualquier momento, pero seguía andando, con la cara arrebatada por un rictus de dolor.

—¡JARED!

—Está allí, nena, en aquella casa —graznó él—. Y voy a sacarlo de allí a rastras para que le dé un poco el sol.

Sonia sentía cómo su propio corazón bombeaba sangre con rapidez, las sienas latiendo con fuerza, como si la cabeza fuese a estallarle.

—¿Qué? —gritó—. ¿Estás... estás loco?

—Ese soy yo —replicó sin volver siquiera la cabeza mientras avanzaba con determinación—, Jared el loco. Pero nadie me dice: «Esta noche voy a buscarte». Jared va a buscarte a ti. Así es como yo lo hago.

—Jared —dijo Sonia, poniéndose a su lado—. Escúchame. Ni siquiera con el brazo bien podrías... ¿Qué vas a hacer?, ¿vas a entrar en esa casa?, ¿vas a enfrentarte al vampiro dentro de la casa? ¡No vas a tener ni una sola oportunidad! ¡Se libraré de ti cuando pongas el pie en la oscuridad de ese sitio!

—Lo sacaré a rastras —insistió él.

—¿Lo... lo sacarás? ¿Y qué crees que hará el vampiro?, ¿se pondrá a gritar como una vieja mientras lo sacas, con un solo brazo?

—Voy a sacarlo. Voy a sacarlo y a destruirlo.

Sonia negó con la cabeza, incrédula. Se daba cuenta de que nada de lo que dijera iba a hacerle cambiar de opinión. Estaba tocado en... ¿qué era lo que tanto afectaba a los hombres cuando se los pisaba en su amor propio, en su orgullo

masculino y viril? ¿La testosterona que bullía en sus testículos, la misma química obtusa que les hacía dar un golpe en la mesa y decir: «Voy a darme cabezazos contra ese muro, aunque sepa que tengo las de perder»? Algo así.

Agachó la cabeza, con la mente llena de pensamientos rápidos y fugaces que atravesaban ese momento como estrellas caídas en verano.

—Ese vampiro... —dijo a continuación, ahora con más calma—. No era como los otros.

—Me suda la polla —replicó Jared.

—No lo era —terció Jimmy entonces, apareciendo por detrás—. Estoy seguro de que era un mariscal. Uno de... los primeros. Con más poder. Más... cruel.

—Cruel, sí —susurró Sonia, estremeciéndose. El cielo empezaba a tener un manifiesto tono azulado, y ese brillo nuevo que anunciaba un buen puñado de horas de tregua le infundó ánimos renovados.

—Yo sí que voy a ser cruel —masculló Jared, con la cara contrita por el dolor—. Voy a ser el Señor Cruel.

—Si nos metemos en esa casa, moriremos —dijo Jimmy con sencillez.

—No tenéis que meteros en la casa —dijo Jared—. ¡Oh, coño, dejadme en paz! Ha sido un puto placer y todo eso, ¿vale?, pero iros a tomar por el culo. ¡Se acabó! ¡Largaos!

Habían llegado casi hasta la casa, que no era diferente de las demás. Nada en ella la identificaba como especial, por mucho que el mariscal de los vampiros la hubiese elegido por alguna razón que se les escapaba. Tejas de adobe, probablemente, con madera laminada en la fachada y una agónica enredadera que debió de haber conocido tiempos mejores aportando tonos verdosos y parduscos al conjunto.

—Podemos hacer otra cosa —dijo Jimmy—. Podemos quemar la casa.

Sonia lo miró.

—Sí —siguió diciendo Jimmy—. Es una casa aislada. El vampiro no podrá irse a otro lugar sin que le dé el sol. Quemamos la casa. Es de madera, arderá bien y rápidamente, porque lo he visto antes, en mi barrio, hace años, cuando el señor Pullman murió de un infarto y la chimenea prendió la alfombra, fuera de control.

Jared se detuvo. Parecía estudiar la vivienda.

—Quemar la casa —repitió pensativo.

Sonia pareció animarse con la idea.

—¡La quemaremos! —exclamó.

—Podemos sacar gasolina de los coches —susurró Jared—. Con una manguera de cualquier jardín. Lo he hecho mil veces. La empapamos bien toda alrededor y le prendemos fuego.

Sonia asintió.

Ese, al menos, parecía un plan mucho mejor.

### 3

Jared no pudo hacer mucho, con el brazo herido, pero Sonia y Jimmy se ocuparon de todo. No pudieron evitar, sin embargo, que la gasolina llegara hasta sus bocas cuando aspiraron el combustible de los coches; aún notaban ese sabor nauseabundo y ácido

cuando se sentaron en la acera de enfrente a mirar cómo ardía la casa.

El fuego se propagó con rapidez, como había dicho Jimmy, devorando con verdadera avidez las tablas de madera. La gasolina ayudó bastante, permitiendo que las llamas trepasen por la fachada. La raquíca enredadera se coronó con fuego, se contrajo sobre sí misma y centelleó por un instante, negra y retorcida, antes de desaparecer de la vista. Los vidrios del piso de abajo explotaron, lanzando una lluvia de cristales sobre el jardín que rodeaba la vivienda. El humo empezó a extenderse por todas partes, denso y pesado.

Jared miraba con ojos brillantes, una sonrisa siniestra y congelada clavada en su rostro, mientras se sujetaba el brazo herido con la mano derecha. Sonia, por su parte, estaba inquieta. Se preguntaba si no estarían dando por hecho que el vampiro no podría abandonar la casa debido al sol. ¿Qué sabían sobre eso, de todas maneras? Nada. La misma información inútil y quizá inventada de que la luz afectaba a los vampiros de una manera letal, que podría ser cierta, o no. Sin embargo, un rato después oyeron un grito desgarrador y salvaje que les hizo encoger la cabeza entre los hombros.

—Muere, hijo de puta —soltó Jared.

Una forma ovalada, que parecía más bien una bola de fuego grande y deforme, salió de pronto de entre las llamas. Sonia se sobresaltó, con el corazón latiendo de prisa en el pecho, y Jimmy levantó los pies, como si se preparara para ser atacado. La forma se movió de manera errática por la acera, a apenas unos metros de donde ellos estaban, y pudieron ver claramente que se trataba de un hombre. De un vampiro. Del vampiro. Y no corría, más bien caminaba como lo haría un hombre que busca algo por la acera, cambiando de dirección inesperadamente.

El sonido de un par de explosiones pequeñas llegó hasta sus oídos. Las chispas saltaron por el aire como cuando se azuzan las brasas en un hogar. Jared pensó en sus pelotas. Eran sus testículos, reventando por efecto del fuego. Su cara se hizo visible por un momento, una forma renegrida con la boca enorme abierta como un pozo perfectamente redondo, con dos lenguas de fuego escapando, terribles, desde sus cuencas muertas, fulgurantes y nerviosas.

—Jesús —susurró Sonia, y mientras lo decía, la bola de fuego se derrumbó sobre el suelo y se quedó allí, un bulto infame prendido en un fuego imposible, como alimentado por las calderas urgentes y abismales de un volcán.

—¡Arde, cabrón! —gritaba Jared—. ¡Chúpame la polla, puto vampiro de mierda! ¡Ven a buscarme si queda algo de carne alrededor de tus putos huesos de vampiro!

Sonia miró brevemente a Jimmy. El chico miraba el fuego como hipnotizado, con una expresión difícil de interpretar. Creía que se sentiría bien viendo arder la casa y sabiendo que habían acabado con aquella promesa de muerte, que se sentiría victoriosa y fuerte. Pero la cara negra y consumida del vampiro, con los ojos convertidos en dos chorros de fuego intenso y brutal, no tenía nada de tranquilizadora, ni de victoriosa. Era muerte, y no era diferente de la muerte que la rodeaba, dentro de cada casa, por las calles, en las tiendas y restaurantes que estaban todavía abiertos cuando todo empezó. Una muerte atroz. Una muerte cruel.

Enterró la cara entre las manos y no quiso mirar más.

—Necesitamos medicinas —susurró Jimmy entonces—. Y antibióticos, creo. Y

vendas. Puede que una escayola, o algo así. Para el hombro.

—Chico —escupió Jared—. Ni te imaginas cómo duele.

—Puede que haya medicinas en la casa donde hemos pasado la noche. Al menos sabemos que está vacía. Aunque... los... cuerpos. Los... La sangre.

—Tú ten cuidado de no resbalar con todos esos charcos de mierda de vampiro, chico. Y ya está. Es solo sangre, joder.

—Son cuerpos. Cuerpos de... Cuerpos que una vez fueron gente. Ayer eran gente. O antes de ayer.

—¿Sí? —masculló Jared—. Pues ahora no lo son. Son monstruos. ¡Y vaya cómo arden!

—Demasiado fuego —dijo Jimmy—. Creo que el sol también ha tenido algo que ver.

—Joder que sí —asintió Jared—. Tenemos que quemarlo todo. Darles una buena lección. Quemar la puta ciudad, a ver esta noche cómo les sienta que las tornas se vuelvan en su contra. ¡Joder que sí!

Jimmy miró la calle. Solo allí debía de haber como treinta casas. Puede que veinticinco. Veinte, al menos. Veinte casas. Les llevaría un buen rato quemarlas todas, y aunque consiguiesen prenderles fuego antes del anochecer, quedaría el resto. Todo Hillsdale. Y más allá de las zonas residenciales los edificios no eran precisamente de madera, eran de hormigón, o de piedra, o de acero, y no arderían tan rápido. Y entonces ¿qué? ¿Volverían a esconderse y a arriesgarse a otra situación como la que habían vivido esa misma mañana, que casi acaba con ellos?

—Creo que lo mejor será poner distancia —dijo Jimmy.

—Quemarlo todo —seguía diciendo Jared.

—Creo que Jimmy tiene razón, Jared, por Dios. Por Dios, por Dios.

—Hay una cosa que me preocupa —susurró Jimmy, sin apartar la vista de la forma en llamas caída en el suelo—. El... el vampiro. El mariscal. Llegó hasta allí, hasta la casa, después de un rato, casi in extremis. Pero lo hizo, arriesgó mucho para plantarse allí y decirnos: «Os espero a la salida de clase».

—El hijo de puta tenía huevos —dijo Jared.

—Pero un vampiro como este... No creo que haya demasiados. Creo que vino de lejos. Esos vampiros deben de estar bien protegidos, no se arriesgarían a dormir en cualquier sitio, como esta... esta casa. Es una casa tonta, sin protecciones, no es para nada un buen sitio. Sin guardianes. Creo que no tenía más tiempo, no podía ir más lejos. Apuesto a que vampiros como este son importantes, piezas valiosas del ajedrez que no se sacrifican fácilmente.

—No entiendo una mierda, chico —dijo Jared—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Creo que entiendo lo que quiere decir Jimmy —explicó Sonia—. Se pregunta... qué hacía aquí ese mariscal. Es como si se hubiera enterado no solo de lo que ocurría, sino de que sus perros habían fracasado. Es como si... hubiera venido desde muy lejos para atender una urgencia, pero no llegó a tiempo para matarnos. Creo que actuó como si nos diera una oportunidad, o como si hubiera preferido dejarnos vivos para matarnos al día siguiente, pero realmente...

—Realmente no tuvo tiempo —terminó la frase Jimmy—. O nos habría matado. Parece cosa de un momento, ¿no?, eliminar a tres personas como nosotros: un hombre

herido, una mujer y un niño. Debería haber sido fácil para alguien con su poder, pero... incluso matar a tres como nosotros requiere su tiempo.

—Por la... fricción. Moverse. Asesinar. Uno huye, o se resiste un poco, y el tiempo se agota. Hablábamos de segundos. De un minuto tal vez.

—No sé de qué coño habláis —insistió Jared—. Nos habría matado, y no habría tenido que huir a la otra punta de la calle. ¡Se podía haber quedado en la casa!

—Pero él no lo sabía —exclamó Jimmy mientras miraba cómo las llamas envolvían casi totalmente la casa, con el humo que ascendía hacia el cielo conformando figuras y formas fantásticas que evolucionaban a una velocidad inusitada—. No sabía cuántos éramos, si habría alguien más en el piso de arriba, o alguien más detrás. Vio a dos de sus... espectros eliminados, e intuyó que no era solo cosa nuestra. No podía ser solo cosa nuestra. Tuvimos suerte, mucha suerte.

—Así que decidió esconderse y ganar tiempo —terminó Sonia.

Jimmy asintió.

—Lo que quiero decir es... que a lo mejor los vampiros tienen una manera de comunicarse que no podemos ver. Como las comejenes.

—Uoh —dijo Jared, con el rostro contraído por el dolor que empezaba a nacer de su brazo con renovadas energías—. ¿Termitas...?

—Hormigas —corrigió Jimmy, sacudiendo la cabeza—. Como las hormigas. Las hormigas son fascinantes. Se comunican con feromonas, pero también con una especie de mente colmena que les dice qué hacer, adónde ir y qué necesidades específicas tiene el hormiguero en todo momento.

—Joder —dijo Sonia—. ¿Crees que los vampiros...?

—No lo sé —reconoció Jimmy—. Quién sabe. Tal vez. Pero si eso es así, esta noche van a registrar todas las casas de la zona. Si cogemos un coche y dejamos marcas de neumáticos en el suelo, las seguirán. Si eso es así...

—Estamos jodidos —murmuró Sonia. Miró a Jared y suspiró—. No tenemos tiempo para actos de venganza, Jared. Tenemos que irnos, tan lejos como podamos.

En ese momento, parte del piso superior de la casa en llamas se derrumbó con un sonido trepidante, como si una excavadora hubiera soltado una paletada de escombros sobre un camión. Sonia se sobresaltó.

—Vayamos a la casa —dijo Jimmy—. Cogemos las armas, curamos el brazo de Jared como podamos y nos vamos.

—¿Sabes qué necesito, más que unas vendas y un poco de Betadine, chico? Un par de huevos fritos. Dios, me muero de hambre.

Sonia esbozó un tímido intento de sonrisa.

—Y un par de huevos —dijo—. Añadamos huevos a la cosa, al estilo Jared.

Este pestañeó, empezó a reír como una hiena histérica y luego se sacudió a medida que un súbito latigazo de dolor lo hacía estremecerse. Arrugó la nariz, abrió mucho la boca y dejó que su risa se transmutara en un grito de dolor.

—Vamos, tipo duro —dijo Sonia—. Vamos a ver si podemos salvarte el brazo.

conductor no estaba a la vista, pero si alguien hubiera estado mirando un poco antes del amanecer, habría visto cómo se bajaba del asiento y se dirigía a un pequeño compartimento lateral, sacaba las dos pesadas ruedas (que pesaban cerca de veinte kilos cada una) como si fueran colchonetas hinchables para la playa y se metía en su interior. Allí dormitaba desde entonces, respirando como si en su pecho hubieran instalado el fuelle de un horno industrial del siglo pasado. Allí pasaría el día hasta que llegara la noche de nuevo, y entonces conduciría hasta su destino.

En el compartimento de carga, casi treinta personas sonreían con un gesto bobalicón mientras miraban las lonas de color verde militar con gesto ausente. Estaban bien, estaban felices; mucho más que felices. Estaban donde debían estar: su único propósito en la vida era estar allí, y no cabía ninguna otra consideración. Ni una madre que acaba de parir al hijo más esperado y deseado del mundo se habría sentido ni remotamente parecido a ellos, ni alguien que acaba de averiguar por internet que el número de lotería que compró en una gasolinera esa mañana ha sido premiado con quince mil trillones de dólares. Se sentían total, absoluta y plenamente satisfechos y completos, como si acabaran de cumplir todos sus propósitos y objetivos vitales. Todos y cada uno.

Hasta que uno de ellos pestañeó.

Pestañeó, se quedó mirando la lona verde y tuvo que agacharse para no caer desmayado. De pronto, todo a su alrededor se desmoronaba. La tristeza que lo consumía era absoluta y aberrante, provocándole un dolor casi físico insoportable de aguantar.

De repente, alguien le había arrebatado toda su felicidad. Toda. Abrió la boca para tomar aire y sintió un mareo, corolario de una tristeza tan honda y sincera como era posible sentir; una desesperación proporcional a los estadios superiores de felicidad que acababan de abandonarlo como te abandona un amante, parte esencial de tu vida durante décadas, en mitad de una noche lluviosa, sin saber por qué, sin explicaciones, sin más evidencias que una expresión vacía y desenamorada y un par de maletas desgastadas. Puso las manos en el suelo y vomitó. Solo entonces empezó a llorar.

Fue luego, tras un par de minutos de desconsolado sollozo y desesperación, cuando pudo por fin mirar alrededor.

Lo primero que pensó fue que no le importaba. Estaba en el más hondo de los infiernos; allí estaba. Había pies, zapatos, zapatillas de felpa y zapatillas de deporte, con algunos cordones atados y otros desatados, pero no le decían nada. Y el suelo era una lámina de metal con restos de barro reseco, sucia y vieja, que resultaba fría al tacto.

Se miró la mano, cubierta de vómito, y una tímida pregunta empezó a abrirse paso en su mente: ¿dónde estaba?

Poco a poco, esa pregunta fue cobrando vigor en su cabeza. El recuerdo de aquella felicidad intensa y embriagadora fue perdiendo intensidad. Se pasó el antebrazo por la cara para retirar los mocos y las lágrimas y carraspeó para aclararse la garganta.

¿Dónde estaba?

Estaba rodeado de gente. Gente de pie que miraba en la misma dirección.



Hacia...

Hacia la lona. Una lona. Una lona de color verde, sujeta con cuerdas y nudos gruesos a la estructura metálica del camión.

¿Un camión?

Era un camión. Parecía un camión. Debía de serlo.

Esa otra pregunta empezó a cobrar fuerza también. ¿Un camión? ¿Qué hacía él en el camión?

Sacudió la cabeza.

¿Qué había pasado? ¿Qué había pasado, realmente? Miró la lona y recordó haberla estado contemplando durante largo tiempo, como si fuera la cosa más hermosa que hubiera admirado jamás. Recordó contemplar su color verde como si fuese un prado hermosísimo que el mismísimo Toulouse-Lautrec hubiera pintado en sus días más inspirados. Pero la lona no era bonita. Era vieja, y fea, y por mucho que miró intentado comprender, no pudo volver a encontrar en ella la paz, la tranquilidad y el bienestar que había encontrado instantes antes.

De pronto se sintió enfadado. Y engañado. ¿Una lona? ¿Un camión? ¿Qué? ¿Por qué? ¿Dónde estaba en realidad, y por qué estaba allí, en cualquier caso?

Miró al hombre que tenía al lado.

—O... oiga —balbuceó.

El hombre no contestó, ni siquiera se volvió para mirarlo. Miraba la lona como él había hecho antes. Admiraba la lona. Amaba la lona.

—Oiga... ¡Eh!

Lo sacudió, sin obtener de él ninguna reacción.

Miró a la mujer que tenía al otro lado.

—Eh...

Nada.

Otro hombre. Otra mujer. Sacudió a algunos de ellos, les tocó la mejilla.

Nada.

Entonces oyó un sollozo. Alguien acababa de romper a llorar, en alguna parte. Buscó y se movió entre los cuerpos, sin que nadie reaccionase de ninguna otra manera que dando algún paso en alguna dirección, para apartarse, y encontró a una mujer, tirada en el suelo y encogida como un bebé recién nacido, llorando con una expresión de angustia inenarrable.

—Eh... —susurró—. ¡Eh!

Pip comprendió. Esa mujer acababa de perder también su conexión con...

Con la lona.

Con su felicidad. Acababan de arrebatársela, como cuando se le quita el pecho materno a un niño y este rompe a llorar con desesperación, sintiéndose desamparado.

Pip se agachó y dudó unos instantes; luego decidió abrazarla. Abrazarla mientras le susurraba «ssssh, ssssh» y se entregaba, todavía un poco, a un llanto tímido y triste que era aún un recuerdo de ese bienestar supino que acababa de perder.

De pronto, la mujer lo apartó con una mano y se quedó mirándolo, con unos expresivos ojos de color miel. Tenía el pelo castaño, ensortijado en una melena abundante que se desparramaba por el suelo, y una nariz que le recordó a una pelota de golf, pequeña y redondeada. En su expresión había una pregunta. Varias preguntas.

Las mismas que se había hecho él unos momentos antes. ¿Quién? ¿Quién me ha quitado mi... felicidad?

—Tranquila —susurró—. Tranquila.

—¿Qué...?

—Lo sé —respondió Pip—. Lo sé...

—Yo...

Miró alrededor, confundida y desorientada, y se puso en pie con un movimiento rápido. Pip la miró. Tenía un cuerpo grande, pero no había duda de que era una mujer hermosa. Hermosa y joven.

—¿Qué ha...?

—Yo tampoco lo sé —dijo Pip—. Acabo de... pasar por lo mismo que tú.

—El prado —susurró ella—. Había un...

—Un prado verde —terminó Pip, mirando la lona.

—Era más que un prado. Era... Mi padre estaba conmigo —exclamó, con los ojos llenos de lágrimas y la barbilla temblándole como si tuviera vida propia.

—Yo estaba solo. Pero estaba en ese prado. Esa... esa lona era un prado.

Ella miró la tela que cubría el camión y negó con la cabeza.

—Pero yo...

—Lo sé —dijo él.

Ella lo miró de nuevo, cubriéndose la boca con una mano, y Pip tuvo el instinto de abrazarla. No se lo pensó dos veces. Ella se dejó hacer. Se mantuvieron abrazados durante un largo rato, y en ese abrazo cerraron los ojos y se sintieron reconfortados de nuevo mientras lloraban.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella al fin.

—No lo sé —dijo Pip, sin abrir todavía los ojos.

—Yo estaba... Yo... estaba en mi casa.

Pip asintió, y se separó de ella para verle la cara.

Era tan bonita... Era la mujer más bonita que había visto nunca.

—Estaba en mi casa —repitió él—. Pero ¿qué pasó des...?

No pudo terminar. Imágenes sueltas llegaron abruptamente a su mente. Un televisor encendido. La lámpara del salón, que dejó de funcionar de repente. No, el televisor dejó de funcionar.

—Los gritos —susurró ella.

—Gritos, sí...

Pip miró al suelo, súbitamente aterrorizado.

—Los gritos —repitió—. Aquella noche, yo...

—Los... los asesinatos.

Él abrió mucho los ojos.

—Los asesinatos. El... el miedo.

—Tenía mucho miedo.

—Había mucho miedo.

—Pero luego... Luego...

Se quedaron mirando, sin poder recordar nada más que la sensación de estar viviendo una pesadilla. Una pesadilla espantosa. Hasta que eso cambió. De repente, cambió. De pronto alguien les hizo entrar; sentir...

... que formaban parte de una manada;  
... conectarse  
... con algo rojo  
... que chillaba  
... en su mente  
y el...

De pronto, como en una explosión, los recuerdos inundaron su mente. Los asesinatos, las llamadas de familiares y amigos, la angustia, el miedo poderoso y potente, brillante como un sol rojo.

ROJO.

Y el hombre, por fin, aquel hombre que hizo que todo acabara de repente, que los abrazó y les dijo... No, que HIZO que todo estuviera bien por fin, otra vez. Que los condujo. Que los llevó por...

Ella se estremeció.

—Era mentira —exclamó al fin, abriendo mucho los ojos.

—¿Era mentira? —lloriqueó Pip—. ¿Era... era mentira?

—Lo era —susurró ella—. Una mentira... Una... ficción.

—¿Era un engaño? El prado... Toda esa sensación de...

Ella sacudió la cabeza.

—¡Era mentira! —dijo con rabia, y luego miró alrededor, como si buscara con desesperación. Se acercó a alguien y empezó a sacudirlo por los hombros.

—¡Es mentira! —gritó—. ¡Mentira, es mentira, ES MENTIRA!

Pip se estremeció. Volvió a buscarla y la atrajo hacia sí, y la abrazó de nuevo.

—Ya está —dijo—. Ya está.

—No, no está —exclamó ella—. ¿Dónde... dónde estamos? ¿Qué...?

En su mente surgió una única palabra como respuesta:

Secuestrados.

Así estaban. Secuestrados. Engañados con una mentira. Habían sido... drogados. Drogados y secuestrados. Les habían hecho creer que una lona sucia y cubierta de manchas era un prado celestial donde ella, al menos, había vuelto a reunirse con su padre. Pero su padre no estaba allí, no podía estar allí, y no porque estuviera muerto, sino porque estaba lejos, en Europa, y aún seguía allí porque había hablado con él antes de que aquel hombre irrumpiera en su casa derribando la puerta y le contara todas aquellas mentiras infames y nauseabundas.

—¡Aj! —exclamó ella, ahora visiblemente enfadada.

Miró hacia la parte posterior del camión. Allí no había lona, y la luz de un nuevo día entraba, luminosa, cargada con la promesa de que todavía podían escapar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella de repente.

—Pip —dijo él—. Todo el mundo me llama Pip.

—Yo me llamo Laura. Vamos a salir de aquí.

Él asintió.

Había otro tipo de recuerdos vagos que empezaban a arrastrarse por la trastienda de su mente. El recuerdo de los asesinos, como si América hubiera sido invadida por terroristas, por...

... monstruos

La palabra explotó en su cabeza como una bomba. Miró a Pip y supo que él también estaba pensando en lo mismo. Ni siquiera tuvo que decir nada; ella abrió los ojos y él asintió, con una sombra de miedo cruzándole la mirada.

Monstruos. Había monstruos en Hillsdale, salidos de debajo de la cama de cada niño, de los armarios al fondo de los pasillos, allí donde las luces están siempre apagadas a menos que uno quiera sacar el paraguas o el abrigo. De los sótanos mentales de los adultos, por supuesto; ese lugar donde meten sus miedos infantiles para descansar de ellos sin poder olvidarlos. Monstruos.

Laura dudó.

—Pero tenemos que salir —dijo Pip, como si ella hubiera expresado sus dudas en voz alta—. Este camión... Esta gente...

—Lo sé —susurró Laura. No sabía a ciencia cierta a qué tipo de peligro se dirigía ese camión, pero todo el mundo allí dentro estaba engañado, y las mentiras, lo sabía por experiencia, nunca llevaban a nada bueno—. Está bien. Echemos un vistazo.

Descubrieron, sin embargo, que ahí fuera no había más que una superficie blanca de hormigón destinada a dirigir las aguas del cauce donde se encontraban. El camión estaba aparcado allí, silencioso y apagado, sin que hubiera nadie cerca.

—No hay conductor —exclamó Pip.

—Qué raro —dijo Laura—. ¿Qué hacemos con... la gente?

Pip sacudió la cabeza.

—Sabes que no conseguiremos despertarlos —dijo.

—¿Y por qué hemos «despertado» tú y yo? —preguntó ella.

Pip se encogió de hombros.

—Algo debe de haber fallado. O algo ha cambiado. No creo que estuviera en los planes de nadie que esto ocurriese. Solo podemos confiar en que también funcione para ellos. Aún puede pasar. Tú despertaste un poco después que yo.

Laura asintió.

—Pero este lugar... ¿Por qué aquí?

—No lo sé —admitió Pip—. Hipnotizados como estábamos, creo que simplemente nos dejaron aquí... temporalmente.

—Temporalmente. ¿Esperando a qué?

Pip negó con la cabeza.

—No lo sé, pero deberíamos irnos. Podrían volver en cualquier momento, y no sería... no sería bueno.

Mientras lo decía, algo dentro de él dudó. «¿No sería bueno? —se preguntó a sí mismo—. ¿No quieres volver a ese prado, Pip? ¿A esa... felicidad maravillosa y sublime, total y definitiva, y dejar que las cosas simplemente pasen? ¿No te gustaría? Yo creo que sí.»

Negó con la cabeza.

Laura lo miraba pensativa.

—Vámonos —dijo entonces—. Vámonos ya. ¿Dónde crees que estamos? ¿Reconoces esto?

—Sí. Eso de ahí arriba es la 16. Lleva al sur, a Manhattan.

—Manhattan —repitió Laura—. No quiero ir a Manhattan. Debemos volver a Hillsdale. A mi casa. Debo volver con mi gente. Mi familia. Mis amigos.

Pip asintió.

—Se me ocurre una cosa —dijo.

—Usar el camión —apuntó ella abriendo mucho los ojos.

—¡Exacto! Es la mejor manera que se me ocurre de salvar a esa gente.

Quitársela a los monstruos.

Era la primera vez que usaba esa palabra en voz alta, y se estremeció.

—Es una buena idea —afirmó ella—. ¿Sabes conducir un camión?

—Nunca he conducido ninguno —respondió él—. Pero no debe de ser tan difícil.

—Está bien —susurró ella—. Yo tampoco sé, así que conduzco yo.

Pip asintió, sonriendo de manera distraída. Estaba mirando las ruedas en el suelo, junto al camión. Era un camión militar, eso estaba claro, y parecía sacado de las películas bélicas de la segunda guerra mundial. Pero las ruedas abandonadas en el suelo parecían estar en perfectas condiciones, así como todas las que estaban puestas. Que el camión se hubiera detenido porque había pinchado una rueda era una posibilidad, pero de ser así, ¿por qué todas las ruedas, incluso las desechadas, estaban intactas?

No pensó mucho más en ello, pero la pregunta quedó suspendida en su mente, ingrávida y pulsando como una bombilla de advertencia que indicaba un peligro desconocido.

## 5

Todo olía a desinfectante y a alcohol.

—Bueno —dijo Sonia mientras vendaba la herida de Jared—. No tiene tan mala pinta como creía. El atizador de la chimenea ha hecho un buen destrozo, y si no encontramos a un médico tal vez no cure demasiado bien, ¿sabes? Puede que... los ligamentos, el músculo, sanen mal, y no puedas volver a mover el brazo como antes. Pero al menos no te ha roto la articulación, ni el hueso. Eso hubiera sido mucho peor.

—Joder —escupió Jared—. Así que ha habido suerte.

—Diría que sí.

Volver a la casa pensando en un buen desayuno no había sido tan agradable como les pareció al principio. La visión del salón aún los hizo callarse y cruzarlo con una mezcla de miedo y asco, con los cadáveres de los vampiros dentro y fuera de la casa, junto a la ventana. El que estaba fuera empezaba a ponerse negro y a humear, aunque el sol no le daba directamente. Olía a guiso quemado, a tizón mojado y a basura dejada en un contenedor abierto durante los días más calurosos del verano. Jimmy dijo que podía arder, que cuando el sol le diera, más o menos al mediodía, empezaría a arder, porque eso era lo que siempre ocurría en todas las películas que había visto. Parte del mito. Su primer instinto fue apartarlo de la casa, pero Jared pensó que era mejor dejarlo allí mismo, junto a la fachada. Si ardía, que ardiese, y si quemaba la casa en el proceso, tanto mejor. Ojalá, dijo, quemase la barriada entera.

Pero luego se lavaron y se limpiaron la sangre que cubría sus manos y su cara y encontraron ropa en los armarios, y aunque conservaron los pantalones y el calzado, pudieron dejar atrás la parte de arriba, incluyendo la tradicional camisa azul de manga corta del uniforme de Sonia, y vestirse con camisetas limpias. Jared eligió una que

rezaba: ROCKERO DE LA VIEJA ESCUELA.

—Entonces, ¿cual es el plan? —preguntó ella—. Salir de Hillsdale, claro, pero ¿en qué dirección?

—¿No dijimos que iríamos al oeste, hacia el interior del país? —preguntó Jimmy mientras comía su bocadillo. Habían querido freír unos huevos, y tal vez unas salchichas, o bacon, pero se olvidaron de que no había electricidad, y no se puede cocinar en ninguna cocina moderna sin electricidad. La visión de la placa de inducción fue desalentadora; tuvieron que conformarse con unos sándwiches de pan de molde y embutidos.

Sonia asintió.

—Me sigue pareciendo el mejor plan, pero como han pasado muchas cosas, quería repasarlo con vosotros.

—Al oeste —dijo Jared, cogiendo un emparedado.

—Está bien. Tan pronto salgamos de las calles buscaremos un vehículo.

—Agente, me sorprende usted, robando coches de los ciudadanos —bromeó Jared.

—Los policías no robamos coches —contestó Sonia—. Los requisamos.

—Coño —exclamó Jared—. Un tipo me ofreció una vez una placa de policía por sesenta pavos. Tenía que habérsela comprado.

—O podías haberte hecho policía —repuso ella.

—Sí... los cojones —respondió Jared riendo—. Esa sí que es buena. ¡Jared el Madero ! Mis colegas se habrían partido la caja.

Sonia asintió, con una sonrisa cocinada a medio gas en su rostro tostado por el sol por demasiadas jornadas de trabajo a la intemperie. Aún tenía mucho que conocer de Jared. Por cómo luchaba y cómo se desenvolvía, y por las tres o cuatro cosas que había contado, estaba claro que se movía en un círculo diametralmente opuesto al suyo. Recordó la impresión que tuvo de él cuando lo conoció: que era alguien que hubiera metido en la parte de atrás de su coche. Era uno de los chicos malos, pero ¿cómo de malo? Solo esperaba que las andanzas de aquel hombre no hubieran ido demasiado lejos, porque para bien o para mal, formaba ahora parte del grupo, el grupo más extraño que hubiera concebido jamás, y el más improbable, si hubiera tenido oportunidad de elegir.

—He estado pensando —dijo Jimmy—. Un poco.

—¿Sí? —preguntó Sonia, interesada—. ¿Qué has pensado, chico?

—Creo que, definitivamente, los vampiros tienen un plan. ¿Recuerdas cuando vimos todas aquellas pisadas en el campo, cerca de la base Orestes?

—Sí, claro.

—Muchas pisadas. Muchísimas pisadas. Creo que eran de vampiros, ¿no? Es lo que pensamos. Que eran de los vampiros que se habían plantado en Hillsdale aquella noche. El... viernes por la noche.

—Sí. El viernes por la noche.

—Pero no usaron los vehículos. Los reservaron para cuando aquella mujer desnuda salió de la base.

—Hum —murmuró Sonia.

—Eran una especie de fuerza de choque. Ella no salió hasta un par de noches

después, la noche del domingo. ¿Por qué esperó tanto?

—Sí...

—Bueno —dijo el chico después de darle otro bocado a su sándwich—, es lo que he pensado. Quería que... nosotros, vosotros, la policía y todos los demás, concentraran su atención en otra parte. Quería armar mucho follón. Y lo ha conseguido. Ahora ella ha estado viajando hacia donde quiera que vaya. Desde el domingo por la noche ha tenido dos noches para moverse. ¿Hasta dónde debe de haber viajado?

—Bueno —exclamó Sonia—. No creo que haya podido llegar muy lejos. Hay controles por todas partes, más allá de Hillsdale. No creo que...

—Pero ella es especial —replicó Jimmy—. Ya viste lo que hizo con los soldados. Puede... puede hipnotizar a quien quiera, si viaja de noche, y puede usar sus poderes.

—Me estoy perdiendo —intervino Jared—. ¿Qué mujer desnuda?

—¿No te lo contamos? —preguntó Sonia—. Fue en la base Orestes. Vimos a una mujer desnuda que iba... que caminaba como si el mundo fuera suyo. Mirarla era como..., bueno, parte de su influjo hipnótico. Nunca había sentido nada igual. Me hubiera afectado, seguro, si Jimmy no llega a estar allí.

—Ah, sí —asintió Jared—. Me suena. —Miró a Jimmy—. ¿A ti no te afectó, chico?

—No —respondió el muchacho, con la boca llena de emparedado.

—Vale —exclamó Jared—. Ahí tenéis algo para pensar, joder, si es que vine al mundo arrastrándome fuera del coño de mi madre.

Sonia empezó a toser, a punto de atragantarse.

—¡Por el amor de Dios! —protestó—. ¿Quieres... quieres no ser tan...?

—¿Tan qué, cielo? —la desafió él—. ¿Tan Jared? Podría dejar de ser Jared y ser otra cosa, como un... refinado y mariquita escritor, si quieres. Pero, carajo, cuando necesitéis a Jared y a sus huevos para luchar contra los vampiros, no me digas que vuelva a ser yo.

—Joder, Jared —contestó Sonia mientras ponía los ojos en blanco.

—Ha tenido gracia —dijo Jimmy—. No me importa.

—Lo que dice el chico tiene sentido —manifestó Jared—. Ya lo hemos hablado: quizá los vampiros tengan un plan, después de todo.

—Pero ¿qué busca? ¿Qué... qué quiere? Si nuestra teoría es cierta, se ha cargado una ciudad entera como distracción; tal vez más de una ciudad a estas alturas. No quiero ni pensar en qué consiste realmente su plan.

—Creo que su plan es jodernos a todos. Punto —decidió Jared—. Decís que estaba en la base militar, o sea, me apuesto los próximos veinte polvos a que no estaba allí en calidad de consultora sénior en chupar sangre a la peña. Apostaría el brazo de cualquiera a que estaba prisionera.

Sonia arrugó la frente, pensativa.

—Y se liberó. Se liberó y escapó...

Jimmy asintió en silencio.

—Se escapó, joder —dijo Jared—. Y dijo: «Ahora me vais a chupar mi sagrada almeja primigenia de vampiro ejecutivo VIP, por mis ovarios».

Jimmy soltó un aullido que terminó convirtiéndose en una carcajada.

—Eres un puñetero caso, Jared —rezongó ella, y empezó a reír también.

Jimmy sacó un cuaderno del bolsillo y empezó a escribir.

—¿Qué llevas ahí, chico? —quiso saber Jared.

—Oh. Es un... cuaderno. Lo he tomado prestado —dijo con tono de disculpa—. Voy a anotar todo lo que pueda de lo que nos está pasando. Estamos descubriendo cosas, me parece.

—Vale, pero ¿por qué lo apuntas? A tu edad no me olvidaba de nada, carajo.

—Oh. Es por si morimos, ¿sabes? Quizá alguien lo encuentre, y tal vez sirva de algo —contestó con sencillez, y continuó escribiendo.

Sonia y Jared se miraron brevemente, y él dio un bocado gigante a su emparedado. Sonia miró a Jimmy. Un chico mono, sin duda, con un mechón de pelo en la cabeza que recordaba a Tintín, el intrépido periodista europeo. Tenía trece años, y apuntaba con diligencia lo que ocurría por si...

Por si moría.

Para cuando muriese.

Jimmy tenía trece años y escribía en la cocina de unos desconocidos, con cadáveres en un salón lleno de sangre, a pocos días de Navidad.

De repente, no tenía hambre.

El mundo no debería ser así. No sabía si había alguien moviendo las palancas ahí arriba o era todo cosa del azar y el caos de la probabilidad, pero las cosas no deberían ser así.

No deberían.

## 6

*Diario de Jimmy. 13 de diciembre.*

*Hoy hemos andado bastante, buscando cómo salir de la ciudad. Sonia ha estado cabizbaja; creo que no le gusta ver la ciudad tan vacía. Cuando llegamos al Hilltop Ford se puso en mitad de la plaza y empezó a gritar: «ES QUE ESTA CIUDAD ESTÁ VACÍA?».* Creo que no quiere pensar que, probablemente, no queda demasiada gente escondida. No entiende por qué no salen fuera, a la calle, mientras brilla el sol, al vernos pasar. Algunos deberían vernos pasar. Si hay alguien escondido, creo que tal vez tenga miedo. Jared parece uno de esos tipos chungos, aunque yo sé que en el fondo es un buen tío. Y es gracioso. Consigue que uno se olvide de lo que REALMENTE ocurre, de todas esas muertes, de lo que tal vez ocurra a partir de ahora. De lo que probablemente pase. Hace que me olvide de mi madre, que está muerta del todo, y de mi padre, que con seguridad es ahora un vampiro y anda por ahí matando gente. Eso lo sé, como sé que, si de verdad funcionan con una mente colmena, algún día me lo encontraré. Vendrá a buscarme.

*Hemos comido donuts en un puesto de Dunkin' Donuts que estaba abierto. Debe de llevar abierto desde el viernes, tal vez desde el sábado como mucho, porque es un 24/7. Debió de sorprenderles la noche y los asesinatos del sábado, cuando todo se fue realmente a la porra. Nadie había tocado ningún donut. Es seguro que no queda nadie vivo en Hillsdale.*

*Hemos llegado hasta las afueras y hemos encontrado un coche. Es un coche japonés, un Nissan de un color rojo borgoña. Yo hubiera preferido otro color. Estoy un poco cansado de tanto rojo. Sonia conduce; aún quedan un par de horas hasta el anochecer. Sé que a Jared no le gusta; le hubiera gustado conducir a él. Es un poco antiguo para algunas cosas, pero tal y como tiene el brazo,, conducir no es imposible, pero sí muy poco recomendable.*



*Me gusta alejarme de Hillsdale. No queda nadie, ni nada, allí, y si puedo, no quiero volver nunca, ni siquiera por mis cosas. Son cosas viejas, de otra época. Ahora empieza algo nuevo, y algo me dice que durará, si conseguimos sobrevivir.*

*Vamos a buscar un sitio donde escondernos y pasar la noche. Por aquí solo hay granjas y villas; espero que los vampiros no hayan llegado tan lejos. Quizá encontremos gente, y solo sea eso: gente. Me doy cuenta de que esta podría ser la última vez que escriba. Solo pido que la muerte no duela mucho.*

## DESPUÉS

---

A mediodía, cuando el sol estaba en su cénit, solía bajar al río. Era, la mayor parte del tiempo, un miserable riachuelo que discurría entre las casas de la urbanización, por lo general contaminado de juncos y maleza. Antes de que los vampiros acabaran con todo, solía limpiarse a menudo, y usaban máquinas que restituían el sendero de servicio. Apartaban los troncos y las porquerías que el agua traía después de las lluvias y destruían así los nidos que las ratas levantaban con insistencia. Ahora, por supuesto, presentaba un aspecto selvático. Allí, atrapado entre los arbustos y espinos, estaba el vampiro, demasiado abajo como para que pudiera verlo siquiera. El sol no lo tocaba gracias a la hojarasca y las ramas, y así sobrevivía. Ni siquiera llegué a saber nunca qué le impedía salir. Puede que sus piernas estuvieran presas por algún tronco de gran tamaño, o puede que estuviera impedido, que el agua lo hubiera arrastrado por la cañada golpeando sus piernas contra las rocas y haciéndolas trizas, o que estuviera demasiado debilitado por la falta de alimento. Por la falta de sangre. Solo sabía que estaba atrapado, y eso me bastaba, porque me gustaba hablar con él.

-Sabes que un día saldré de aquí -me dijo una vez con su tono de voz grave y arrastrada.

-Si no lo has hecho ya, con la fuerza que tenéis los vampiros, no creo que puedas hacerlo.

-¿Qué fuerza? -siseó el vampiro-. ¿Crees que tenemos más fuerza?

-Es evidente que tenéis más fuerza -respondí-. Os he visto hacer cosas.

El vampiro soltó una carcajada. A mí me sonó a vertido de restos de cacerola en un retrete.

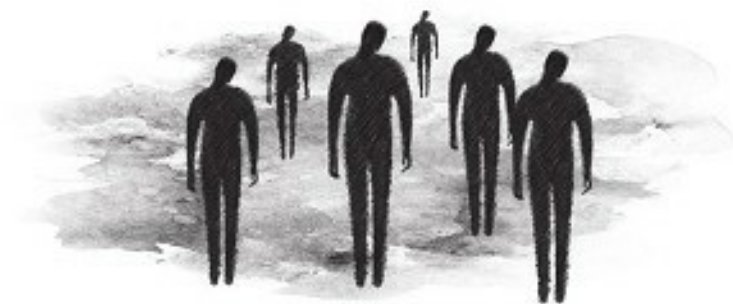
-Los vampiros solo hacemos lo que podemos hacer -dijo-, sin ponzoñas mentales, sin dudas, sin prejuicios ni límites autoimpuestos por una psique maltrecha y azucarada por los cuidados de vuestras madres. ¿Crees que el hecho de ser vampiros hace que nuestros músculos rindan más, que podamos desplegar más energía en nuestras acciones? No, idiota. No, imbécil. Solo lo hacemos. Lo hacemos; levantamos peso aunque los brazos duelan. Empujamos más allá de donde se os ha dicho siempre que podéis empujar. Saltamos sin miedo a la caída, y nos levantamos aunque el cuerpo grite y proteste. En ese sentido, somos más humanos que vosotros. Más puros. Más.

Mientras pensaba en eso, un pájaro graznó en alguna parte y levantó el vuelo armando un gran alboroto.

---

## Capítulo 9

### S EMPER FI



#### 1

Ella llamó otra vez.

Alkibiades —emitió mentalmente. Pero, de nuevo, no hubo respuesta.

Llevaba años llamando, buscando, ampliando su horizonte de rastreo a medida que recuperaba su antiguo poder, pero sin éxito. Podía haber llamado a los otros, a cualquiera de los Ocho: al albino Eferdi, a Tirnanog, a cualquiera, pero si Alkibiades no respondía, ninguno de los otros lo haría; era inútil intentarlo. Alkibiades era, con mucho, el más dotado.

Alkibiades...

De pronto, sintió un pulso. Un tímido esbozo de respuesta, un centelleo, una punzada.

Elexia se estremeció. Sentada en la butaca victoriana de Villa Vanidad, se incorporó con un solo movimiento rápido.

Alkibiades ...

...

Alkibiades. ¡Alkibiades el hermoso!, padre protector, ¡responde, portador de...!

E...le...xia ...

La conexión llegó como una brisa, un soplo de aire fresco, como la fragancia que llega entre las flores, cargada de su aroma, en una clara tarde estival.

Elexia se estremeció, como afectada por un súbito y rápido orgasmo. Cerró los ojos y abrió la boca, como extasiada, y esta comenzó a crecer hasta alcanzar unas dimensiones imposibles. Su cuerpo crujió, como si los huesos se quebraran, y acogió la Forma Maestra, sello de la familia, un privilegio y un don heredado de los tiempos de los Jardines de los Padres. Sus brazos se extendieron en las tinieblas de la estancia, y el suelo bajo sus pies se agrietó repentinamente con un laberinto de grietas y profundas brechas.

Te he encontrado. Por fin .

Elexia... mucho... has... tardado .

Estaba prisionera, Moff Shag Tan Amado, Nur del Tusla Edron. ¡Durante un largo tiempo estuve prisionera sin posibilidad de escapar!

La conexión se estremeció. Elexia la sentía como si fuera una cuerda que se alejase en la distancia, prendida en el vacío del infinito. Se estremeció con una fuerza tal que tuvo que elevarse en el aire durante unos instantes para que el envite no la lanzara contra la pared.

¿Cómo... ha... ocurrido? —preguntó la voz en su mente.

Traición —siseó Elexia—. Traición y maldición. Nos arrebataron... nos... quitaron... y engañaron...

La voz no contestó de inmediato.

De pronto, la conexión vibró como una línea de alta tensión fuera de control. Elexia se estremeció con violencia, y en su boca, los dientes crecieron hasta conformar colmillos largos y brillantes, casi plateados, mientras sus ojos se encendían con una llama antigua y azulada, imposible de soportar a la vista. Los cristales de la estancia estallaron, y la casa entera, Villa Vanidad, pareció estremecerse por un instante. Algunos cuadros cayeron al suelo con estrépito, y en el refinado aparador de estilo colonial inglés, una carísima y antigua vajilla fue derribada hasta hacerse añicos contra las baldosas.

¡Calma! —imploró mentalmente Elexia—. Calma, Moff Shag..., vas a... partirme .

¿Traición? —bramó la voz en su mente, furiosa y grave, alta y fuerte como una ola de cien metros rompiendo contra un acantilado—. Quién. Quién. QUIÉN .

Los descendientes —susurró Elexia—. Los... hombres .

LOS...HOMBRES .

De nuevo el envite fue insoportable. Villa Vanidad gimió y crujió, y las baldosas del suelo estallaron en docenas de trozos que quedaron suspendidos en el aire por unos momentos antes de volver a caer. Elexia echó la cabeza hacia atrás con un gesto de dolor, pero también de éxtasis sublime, mientras unas llagas negras y profundas resquebrajaban su pecho.

¡Basta! —gritó—. ¡Controla tu ira, amado Bragtaga!

IM...POSIBLE —respondió la voz—. Los hombres no pueden. ¡No pueden! Es imposible .

El Noisin Ento. Por eso. ¡LIBÉRAME! —ordenó la voz.

Ya voy, amado Moff Shag, Alkibiades el Execrable. ¡Ahora te veo! ¡Ahora por fin te veo!

Ven pronto —dijo con urgencia—. ¡Ven pronto! Hay mucho que hacer .

Los erradicaremos, Mulsa Dor de la Luna Nueva. Con dolor y con sangre, y volveremos a levantar Tusla Edron con sus huesos como cimientos .

Los erradicaremos —respondió la voz, y mientras lo decía, la madera oscura de roble que recubría las paredes se volvió oscura y quebradiza, como si de pronto se hubiera visto afectada por cien años de antigüedad—. A todos. Borraremos incluso su recuerdo en este Tarindon. Incluso... su... recuerdo .

Elexia pareció crecer en tamaño a medida que su excitación aumentaba.

La luz comenzaba a cobrar tintes dorados cuando el coche aminoró la marcha en el camino de entrada a la casa.

—Escucha —dijo Jared—. Quizá deberíamos dejar el coche aquí y acercarnos andando.

—¿Tú crees? —preguntó Sonia—. Hemos conducido unas buenas horas, Hillsdale queda ya lejos.

—Lo sé, nena, pero no hemos encontrado ni un solo coche en la carretera, ni uno solo. Más que América, esto parece Yoqueseistán.

Sonia arrugó la frente y detuvo el coche.

—Tienes razón —susurró— ¿Crees que... el problema... ha llegado hasta aquí? ¿Tan lejos hacia el oeste?

—No he visto nada que me haga pensar lo contrario —dijo Jared—. Ni un coche. Casas en la carretera, sin movimiento. Aquella gasolinera cerrada con los surtidores reventados, y por último aquel coche abandonado en la cuneta, en mitad de la nada. ¿A ti qué te dice tu olfato de sabueso?

—Jesús —resopló Sonia. Intuía perfectamente lo que todo aquello significaba. Jared asintió.

—Yo también, nena. Pero lo que tenga que pasar, pasará.

—Hay un camión en la entrada —dijo Jimmy desde el asiento de atrás.

Sonia miró a través del cristal. El chico tenía razón. Había un camión en la zona de la entrada, un camión de un tono de color inconfundible.

—Es un camión militar, de los marines —dijo.

—Ya lo veo —exclamó Jared—. ¡Que me retuerzan los huevos! ¿Qué coño...? ¿Qué coño hará aquí?

—No lo sé —dijo Sonia—. Puede ser algo bueno, o algo malo.

—Es como los camiones que usaron los vampiros de la base —exclamó Jimmy.

—Bueno, tengamos calma —dijo Sonia—. Debe de haber... no sé... ¡decenas de miles de camiones como ese repartidos por todo el país!

—Ya, pero...

Jared miró al horizonte. El sol descendía muy rápidamente. Demasiado rápidamente. Nunca se había dado cuenta de la rapidez con la que declinaba el sol cuando uno le presta atención, pero hacía poco rato su luz aún calentaba y mantenía los campos a ambos lados de la carretera bañados en un cálido resplandor áureo, rojizo. Ya no había tiempo para buscar otro sitio.

—Mierda —dijo—. No nos queda otra que averiguarlo, joder.

Sonia se estremeció. Miraba la casa, de aspecto humilde, intentando sacar alguna impresión de ella, pero solo era una casa normal, una de tantas; la típica casa americana en la que las familias vivían.

—Está bien —dijo Jimmy.

Bajaron del coche. El aire traía una fragancia fresca que anunciaba, por fin, la llegada del frío, pero todavía era agradable, y caminaron con prudencia y sin decir nada hacia la casa, pisando por el sendero de tierra con pasos lentos y arrastrados. Sonia se preguntó si dejar el coche tan lejos había sido una buena idea, después de todo. Si por casualidad la casa era la sede de la Decimoquinta Reunión de Jóvenes Vampiros Hijoputas y se encontraban con todo un regimiento de ellos en el interior, tendrían que

correr hacia el coche, y sabía demasiado bien que cualquier vampiro podía correr mucho más rápido que ellos.

«Pero está el sol —se dijo entonces—. Aún hay sol. Será echar un vistazo, y si hay algo fuera de lugar, aunque sea una meada en la alfombra, hay tiempo para salir corriendo y conducir en cualquier dirección.»

—Entrar, echar un vistazo, y si hay que salir, salimos rápido —dijo a los demás.

—Aún tenemos media hora de sol —dijo Jared—. Puede que un poco menos. No lo sé.

—Veinte minutos, tal vez.

Apretaron el paso.

Sonia había intercambiado el arma con Jared: ahora ella llevaba el rifle, y el cantante de los Doors, la pistola. Con el brazo herido, Jared no habría podido usar el rifle. Sonia, sin darse cuenta, acariciaba la culata de madera lacada con una mano, como quien acaricia a un gatito. El tacto era agradable, y la posesión del arma en sus manos, tranquilizante.

Cuando se aproximaban ya al camión, sin embargo, Jimmy se detuvo en seco. Tiró de la manga a Jared y a Sonia, con el semblante serio, y les obligó a detenerse.

—¿Qué pasa? —preguntó Sonia.

—Hay gente —susurró el muchacho—. En el camión. Hay gente.

—Hostia puta —soltó Jared—. ¡Es cierto!

Las siluetas difusas de un grupo de gente se vislumbraban ahora en el interior, bajo la lona de tono verdoso. Se quedaron congelados, conscientes de que si ellos los veían, también los otros podían verlos a ellos. Jared extendió su brazo sano, coronado por la pistola, y Sonia imitó su gesto encañonando el camión con el rifle. «He aquí la meada en la alfombra», se dijo, pero su cuerpo estaba demasiado inmovilizado como para salir corriendo de vuelta al coche. El corazón empezó a latir en su pecho.

«Es el miedo —se dijo—. El miedo. Y el miedo pudre, y se contagia. Te lo explicaron en la academia. Mente clara, corazón frío. Confianza en que todo saldrá bien. ¡Y si no sale bien, será un momento y luego nada, de todas maneras!»

—Jimmy —graznó—. Échate a un lado. ¡Quédate fuera de la vista!

Intentó pensar en el protocolo policial. Lo importante era moverse con rapidez. Nadie en el interior del camión se había movido lo más mínimo, así que cabía la posibilidad de que no les hubieran visto. Lo segundo más importante era mantener la distancia con el compañero, aunque este fuera alguien como Jared, impetuoso como una tormenta en un mar bravo. Y lo tercero era cubrirse. No había nada allí que pudiera usar como parapeto, así que miró a Jared y rezó para que supiera algo de los gestos corporales internacionales. Le miró, y cuando este le devolvió la mirada, levantó el puño para indicar que se quedara quieto, señaló el suelo con un dedo y lo movió tres veces, y luego extendió los cinco dedos y meció la mano en un suave movimiento. Quería decir: me acercaré por el flanco.

Jared asintió. Sonia no sabía si lo había entendido, pero se acercó al camión manteniéndose lejos de la vista, moviéndose con rapidez y cautela.

Cuando llegó al camión, se colocó junto a la trampilla de atrás.

—¡Policía! —dijo— ¡Están rodeados! ¡Identifíquense!

Respiraba con demasiada rapidez. Siete años de servicio y estaba más nerviosa

que el primer día.

Nadie respondió.

—¡Eh, hijos de puta! —gritó Jared—. ¡Os estamos apuntando! ¡Salid de ahí o empezamos a coseros a balazos!

Sonia apretó los dientes. Aquello era lo último que recomendaba decir el manual del cuerpo.

Piensa. No son vampiros. No deben de serlo. El sol los habría frito, aunque se escondan bajo esa lona estúpida.

No son vampiros, de acuerdo, pero entonces...

Quizá estén asustados.

Quizá...

Fue Jimmy quien dio con la respuesta.

—Son vacas —dijo—. Esas personas. Son vacas hipnotizadas.

El chico, por supuesto, no se había mantenido fuera de la vista.

Sonia pestañeó varias veces. Ni siquiera se dio tiempo a afirmar o negar ese comentario; retrocedió un par de pasos y asomó la cabeza en el interior. Desde allí alcanzaba a ver a cuatro de ellos. Dos hombres y dos mujeres. Uno de ellos llevaba una gorra de capitán de marina, pero no la oficial, sino una burda invención estilizada del tipo que se vende en las tiendas, con un ancla dorada bordada.

Todos miraban hacia un lado, sonriendo, como ausentes.

—Me cago en la puta —soltó Sonia.

—¿Es verdad? —preguntó Jared mientras se acercaba, con la pistola en la mano—. ¿Son putas vacas?

—Eso... Eso...

Se aclaró la garganta y elevó la voz.

—¿Pueden oírme? —preguntó a la gente del camión—. ¿Hola?

Nadie respondió, ni se inmutó siquiera. Sonreían, ignorantes de todo lo que pasaba.

—Coño —dijo Jared—. ¿Pero qué mierda es esta?

—Son las vacas que vimos en Hillsdale —dijo Jimmy—. Las metieron en camiones y autobuses. Quizá este era uno de ellos.

Jared iba a decir algo cuando, de pronto, escucharon un ruido a su izquierda. Jared se volvió como una centella, y Sonia reaccionó muy poco después, llevándose el fusil a la cara.

La puerta de la casa se había abierto un poco.

—¡No disparen! —dijo una voz—. ¡Somos personas!

—¿Qué personas? —gritó Jared—. ¡Salid de ahí, aquí, al sol!

—¿Son de la policía? —preguntó la voz—. Han dicho que son de la policía. ¿Es así?

—¡Soy policía! —gritó Sonia—. ¡Le ordeno que salga, señor, donde podamos verle!

—¡De acuerdo! —dijo la voz—. ¡Vamos a salir! ¡Por favor, no disparen! ¡No somos monstruos!

La puerta se abrió lentamente, y del interior de la casa salió un hombre joven de aspecto amigable, con las manos levantadas y extendidas hacia ellos. La expresión en

su cara era de evidente temor. Sonia percibió eso en pocos segundos, y le gustó; significaba que, probablemente, eran personas de verdad y no guardianes ni ninguna otra cosa. Por detrás de él apareció una mujer gruesa, con una nariz pequeña y redonda y una abundante mata de pelo; también parecía preocupada. Por último, dejó pasar a un hombre de cierta edad que aún conservaba un indiscutible atractivo. Su pelo blanco estaba peinado en suaves ondas cuidadosamente estilizadas y se confundía con una elegante barba blanca. También salió con los brazos levantados.

—¿Quiénes sois? —preguntó Sonia.

El hombre de pelo blanco carraspeó.

—Me llamo Adam Parker —dijo—. Y soy el dueño de esta casa. Vivo aquí desde hace diez años, desde que me jubilé. Aunque soy ingeniero químico, trabajaba para la Compañía de Aguas de Tennessee, limpiando tuberías obturadas. Tengo mi identificación en el bolsillo, por si quiere verla. Nunca he tenido problemas con la ley, y por cuanto puedo decir, este hombre y esta mujer son buenas personas. También yo lo soy; cualquiera que me conozca puede decirlo. Estamos asustados, y si de verdad es usted policía será bienvenida en mi casa, así como sus amigos. Hay café y panecillos. Los hago yo mismo.

Sonia pestañeó. Luego bajó lentamente el rifle.

—De acuerdo —dijo Sonia—. Y ustedes, ¿quiénes son?

—Yo me llamo Ralph —dijo el hombre—. Pero todos me llaman Pip.

—Laura Shepperd —dijo ella.

Sonia asintió.

—Yo soy Sonia. El hombre de la pistola es Jared, y el chico se llama Jimmy.

—¿Qué demonios guardan ahí, en el camión? —preguntó Jared, sin dejar de apuntar con su pistola.

—Es... Es una historia curiosa. No muy larga, pero curiosa —dijo Pip.

—¿Por qué no pasan dentro y hablamos? —preguntó Adam—. Pronto será de noche, y sospecho que ya saben lo que trae la noche últimamente.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó Sonia.

—No, desde luego que no —dijo Adam—. Vivo solo. Siempre he vivido solo. El Señor no quiso darme una compañera con la que compartir mis días, creo que por mi trabajo. No importa lo mucho que se limpiase uno: las tuberías siempre te dejan una huella que cualquier mujer podía percibir de alguna manera.

A Sonia le pareció divertido el comentario, y se relajó.

—Un trabajo de mierda, ¿eh? —preguntó Jared, bajando la pistola.

—Bien puede decirlo —dijo Adam, bajando lentamente las manos y sonriendo.

—Está bien —dijo Sonia—. Gracias por su invitación, señor.

Adam sonrió.

### 3

El café y los panecillos se prodigaban por la mesa del salón en cantidades más que generosas. Adam resultó ser un anfitrión mejor que excelente: trajo cerveza para Jared y refrescos para Jimmy, y añadió mermelada casera y pretzels con chocolate, y también mantequilla tibia, que olía como el mismísimo cielo. Jimmy estaba encantado.



Parecía que Adam tenía una gran afición por las maquetas de vehículos militares, y por todo el salón se exhibían modelos de tanques, Panzer alemanes y Sherman de los años cuarenta, semiorugas y blindados soviéticos e ingleses, entre otros, y aeroplanos de la Luftwaffe colgando del techo, Stukas y hasta un dirigible que, o mucho se equivocaba o venía a ser el famoso Hindenburg.

Sonia se sentía confusa. Se había preparado, de algún modo, para una noche de terror, escondidos en algún recoveco inhóspito con un par de mantas sucias, con suerte, cabeceando sin poder caer en un sueño profundo a medida que los ruidos nocturnos, cualquier ruido, los despertasen. En el mejor de los casos. Pero ahora estaba en un salón con una hoguera encendida en la chimenea, decoración navideña desplegada por las vigas de madera y gente agradable. Todo había sido muy rápido; apenas llevaban allí tres minutos y ya estaban servidos y sentados en los sofás como viejos amigos que se visitan de vez en cuando y comen y hablan de las cosas de la vida.

Gente agradable.

Pip lo era, desde luego, y su sonrisa le gustaba. Y era educado en sus maneras, a pesar de la situación. Laura también. Tenía una mirada limpia que parecía despertar sentimientos cálidos en el interior, y tardó muy poco en sentirse a gusto. Jimmy no paraba de mirar alrededor y sonreír; se le veía muy ansioso por preguntar a Adam por todas aquellas maquetas.

—Habíamos decidido descansar un poco de la televisión —explicó Adam—. Hemos estado mirándola un par de horas y..., bueno, de vez en cuando hay que desconectar, por muy mal que vayan las cosas, o precisamente por eso.

Sonia abrió mucho los ojos.

—Es cierto —dijo, apretando los dientes—. ¿Cómo no me he dado cuenta? ¡Tienen electricidad!

—Sí, tenemos...

—Dios mío. No sabemos nada de lo que está pasando desde la noche del domingo.

—¿En serio? —preguntó Pip—. Nosotros tampoco lo sabíamos. En Hillsdale nos quedamos sin luz muy pronto, y luego...

—¿Luego?

Pip y Laura se miraron.

—Bueno, nos... Al principio creíamos que nos habían drogado, pero ahora sé que es ese... poder mental que tienen los monstruos.

—Monstruos —dijo Sonia—. ¿Así los llaman en la televisión?

—No. En la televisión los llaman violentos. Asesinos. Incluso infectados. Pero no monstruos.

—¿No han usado otra palabra?

Pip dudó unos instantes.

—No que recordemos —dijo Laura—. Pero las imágenes...

—¿Y qué está pasando? —preguntó Sonia—. ¿Cómo está la cosa?

Laura bajó la cabeza.

—Está mal, señorita —dijo Adam, sacudiendo la cabeza—. Muy muy mal.

—¿Han llegado a otras ciudades, además de Hillsdale? ¿Nueva York, tal vez?

—Toda Nueva Jersey, Maryland, Pensilvania... y Nueva York, por supuesto —dijo Adam.

—¿Qué?

Adam movió la cabeza con gravedad.

—Se está extendiendo muy rápidamente. Es como... incontrolable. Hay brotes por muchas otras ciudades. Le hablo de lugares tan lejanos como Ontario (Canadá), Ohio o Nebraska. El país entero está bajo la ley marcial.

—Jesús —dijo Sonia.

—Violentos —dijo Jared—. Me cago en la hostia. ¿Nadie ha dicho nada de vampiros?

Adam suspiró.

—Estábamos hablando de eso antes de que llegaran —dijo—. Todo el tema de la infección por las mordeduras, esos... esas criaturas que han captado las imágenes, como... monstruos, demonios, con esas bocas espantosas. Y el asunto del sol. Nunca atacan de día. Nunca. Estábamos diciendo que son como vampiros.

—Son vampiros —dijo Jared—. Papá Estado no quiere preocupar a sus nenes, como si lo viera: «Eh, no digáis que son vampiros, la mitad de los viejos del país morirá de un infarto y la otra mitad necesitará pañales toda su vida». Pero os juro que eso es lo que son.

—Los... ¿habéis visto? —preguntó Laura.

—¿Que si los hemos visto? —preguntó Jared—. Chica, les hemos disparado, quemado y golpeado con todo lo que teníamos a mano. Joder, quiero ir a Washington a por una medalla al valor.

—Vaya —dijo Pip.

—Antes mencionaste algo de estar hipnotizados —dijo Sonia.

Pip asintió.

—Estábamos en el camión, como... como toda esa gente de ahí fuera. Despertamos, de pronto. No sé por qué.

—¿Cómo? —quiso saber Sonia, ávida de información—. ¿Cómo ocurrió? ¿Cuándo os hipnotizaron? ¿Quién fue?

—En casa. En Hillsdale —dijo Pip—. De repente, estábamos en el camión. Ya no estábamos en Hillsdale, sino en algún lugar de la 16, en el sur, debajo de un puente.

—Debajo de un puente —dijo Sonia— Qué curioso. ¿Y no había ningún vampiro cerca?

—No. Desde luego no aquel hombre, ni nadie más.

—A mí también me pilló aquel hombre —intervino Laura—. Entró en casa en lo peor de la noche del sábado y ya no supe mucho más. Despertamos en el camión y fue... bastante angustiioso. Al principio te sentías mal, muy mal. Estar hipnotizado era..., bueno, era bastante increíble. Era... —Se llevó las manos al pecho mientras sus ojos empezaban a brillar de la emoción—. Era felicidad, ¿sabéis? No sé cómo describirlo. Mientras estábamos hipnotizados estábamos felices, como... conectados a algo. Sí, eso.

Sonia se estremeció.

—Desde entonces pasa una cosa muy curiosa —siguió diciendo Laura—: Pip y yo no nos conocíamos, pero... lo hemos hablado, y a veces tengo la sensación de que sé

todo lo que va a decir. Y cuando dice algo, tengo la impresión de que ya lo sabía.

—Coño —exclamó Jared mientras bebía de su cerveza.

—Sí —dijo Pip— A mí me ocurre lo mismo. De alguna manera, sé cosas.

—Abrazarlo... es algo... especial. Es como... ¿cómo lo diría? Como volver a casa.

Pip sonrió.

—Antes dijiste que te llamabas Ralph —continuó diciendo Laura—. No me lo habías dicho. Tampoco a Adam.

—Sí. Hace mucho que no uso ese nombre. Es como... mi nombre oficial, el del papeleo y la documentación, pero todos me llaman Pip. Al tener delante a un policía, me salió solo. Ralph. Pero resulta extraño incluso para mí.

—Vale —dijo Laura—. Pero cuando lo has dicho, yo ya lo sabía. ¿Sabes?

Pip volvió a asentir.

—Sí.

—Qué extraño —dijo Sonia—. No sé qué decir... Es... ¿Puede ser un... una secuela, un daño colateral del hecho de estar hipnotizados?, ¿una comunicación... mental de algún tipo?

Jared soltó un bufido.

Sonia miró a Jimmy. Jimmy siempre era el experto en esos temas, pero el chico se encogió de hombros.

—Por eso no estoy demasiado triste por la gente que está en el camión. O sea, parece que... son prisioneros, o algo parecido, que están ahí como afectados. Pero al menos sé... ¡lo sé!, que aunque su realidad sea una mentira y un engaño producido por un monstruo, están... están bien, ¿sabéis? Están muy bien.

Jared meneó la cabeza.

Jimmy abrió mucho los ojos.

—El vampiro —dijo entonces— El vampiro que los hipnotizó. Tal vez era el mismo que nosotros matamos... ¿No creéis? Al morir, perdió sus conexiones. Sus... hipnotizados. ¡Ellos! Quedaron libres.

Sonia abrió la boca, estupefacta. Giró la cabeza para mirar a Pip y a Laura.

—¿A qué hora os despertasteis? ¿Lo recordáis?

—Al amanecer —dijo Pip—. Acababa de amanecer.

—Coincide —exclamó Sonia—. A esa hora matamos al vampiro.

—Hostia puta —dijo Jared—. Pero ¿qué coño...?

—Increíble —susurró Sonia—. Pero entonces, ¿por qué los otros no han despertado?

—Debió de haber muchos vampiros de primer nivel en Hillsdale esa noche. Los primeros mordidos venían casi seguro de Orestes, porque esa mujer no salió de allí hasta el domingo por la noche. En la ciudad, los hipnotizados salieron de sus casas y se mezclaron en la calle. Apuesto a que subieron en los camiones en cuanto llegaban a ellos, mezclándose unos con otros.

—Joder, sí —dijo Jared—. Este chico vale su peso en oro.

Jimmy sonrió, súbitamente abrumado por el halago.

—Mierda —dijo Sonia—. Entonces puede haber una manera de... deshacer las cosas. Los hipnotizados al menos. ¿Creéis que... tal vez, la gente a la que han mordido

podría volver a... ser personas también?

—No lo sé —dijo Jimmy—. Pero no lo creo. En algunas películas, cuando matas al Vampiro Maestro, los otros vuelven a ser quienes eran. Pero nunca me lo he tragado. Parece cosa de... brujería, de magia, de demonios, de maldiciones. Si el vampiro existe, y existe, creo que debe de ser algo relacionado con... la saliva, la sangre mezclada. Química. Cosas físicas.

Sonia pestañeó, y sin saber por qué, miró a Jared con una súbita sensación de temor. Mezcla de saliva. De sangre. Miró y miró mientras el cantante de los Doors bebía de su cerveza, una marca rara con letras góticas en la etiqueta, sin saber qué se revolvía en la trastienda de su mente, hasta que una repentina explosión de comprensión estalló en su cerebro. La varilla. La varilla había estado inserta en el cuerpo del vampiro, y se la había sacado del cuerpo, llena de su sangre, de su sangre demoníaca e infecta, sobrenatural, preñada de un poder incomprensible y oscuro que hacía que la vieja carcasa humana se convirtiese en un arma terrorífica embriagada de un poder descomunal. Esa sangre había acabado dentro del cuerpo de Jared, se había mezclado con la suya, de alguna manera, y aunque no hubiese sido el método tradicional de infección, ¿quién no le decía que Jared podría cambiar, en cualquier momento, y si no cambiar, sufrir de una infección atroz y desconocida que lo condujese, si no a los abismos tenebrosos de la transformación, a una dolorosa muerte?

Tragó saliva.

—¿Se encuentra usted bien, Sonia? —preguntó Adam.

Sonia sacudió la cabeza.

—Sí —mintió—. Sí, disculpad. Estaba... estaba pensando.

—¿Y qué hay de nuestro ejército? —preguntó Jared— Somos la primera potencia mundial, por todas las pibitas del país, y excepto por los putos coreanos de mierda, no ha habido quien nos tosa. ¿Qué están haciendo?

Adam torció el gesto por un segundo.

—Bueno, hay movimientos por todas partes. Están concentrándose en muchos frentes. Dicen que en Nueva York no pasa ni un minuto sin que se escuche un jet cruzando el cielo. Tienen drones, satélites y mil cosas. Todos los efectivos han vuelto a casa, los barcos también, apostados cerca de las costas para proporcionar apoyo logístico. Es de lo que más habla la televisión, del despliegue de medios que vienen haciendo desde el sábado.

—Están desalojando muchas ciudades en el Cerco.

—¿El Cerco? —preguntó Jimmy.

—Así llaman a la zona alrededor de Hillsdale. Todo crece desde allí. Es como un círculo. Cada noche la zona parece crecer, a veces por detrás de las líneas de control.

—Hay... tolerancia cero con los focos de infección —dijo Pip.

Laura agachó la cabeza.

—¿Qué significa tolerancia cero? —preguntó Sonia.

—Cuando hay un foco, lo... neutralizan. Utilizan lanzallamas, cosas así.

—Al principio encerraban a los infectados, ya sabes, la gente que amanecía dormida. Pero a estas alturas todo el mundo sabe que una persona que ha sido atacada se vuelve uno de ellos a la noche siguiente. No podían contenerlos. Se

escapaban siempre. Arrancaban las puertas, derribaban muros, y sobre todo...

—Utilizaban su poder mental —se adelantó Sonia.

—Exacto. Pero no en todos los casos. Es lo que más preocupaba a la gente cuando se supo de esa capacidad. Pero no todos los asesinos... los vampiros, parecen tener esa capacidad.

—Claro —dijo Jimmy—. Solo los de primer nivel. Tal vez los de segundo nivel.

Adam arrugó la frente.

—¿Qué es eso de primer nivel?

Jimmy le explicó sus teorías. Laura, Pip y Adam escucharon con atención.

—Vaya —dijo después—. En la tele no son tan claros sobre eso. Da la impresión de que sabéis muchas más cosas que la mayoría de la gente, y eso que no habéis tenido acceso a las noticias.

—Hemos vivido muchas cosas —dijo Jared—. Y eso es como la vida misma: se aprende más en la calle que en la universidad, vaya que sí. ¿Podría tomar otra de estas cervezas? Está buenísima, coño.

—Es una Weihenstephaner Korbinian, una cerveza alemana. Mi padre se aficionó a ella cuando sirvió en la compañía Ítem, durante la segunda guerra mundial, y desde entonces no bebió otra cosa. Yo la bebo, sospecho, por amor a mi padre, y por eso mismo conservo todas estas maquetas.

—Vaya —dijo Jared— Pues parece que, además de salchichas, esos kartoffel saben hacer otras cosas.

Adam rio.

—Kartoffels, sí. Veo que sabe algo sobre la segunda.

—Algo sé, una o dos cosas —dijo Jared sonriendo.

Sonia giró la cabeza. Ahí fuera, la oscuridad era ya bastante evidente.

—Se hace de noche —dijo de pronto, con inquietud—. Me parece que es hora de poner los pies en el suelo. No deberíamos tener las luces encendidas; ni siquiera la chimenea. No quiero que pase por aquí alguno de esos monstruos y piense que hay cena caliente aquí dentro.

—Oh —dijo Adam—. No lo había pensado. ¡Qué torpe he sido!

Se levantó, e inmediatamente Pip y Laura se pusieron también de pie, súbitamente inquietos.

—¡Apagad las luces! —dijo Adam.

—Echaré agua en la chimenea.

—Vaya —dijo Jared—. ¡Pero hazlo poco a poco, o tendremos humo en los pulmones para toser durante años!

Mientras los demás preparaban la casa para la noche, Sonia no podía dejar de pensar en Jared. Era un hombre muy particular, y aún no estaba segura de cómo reaccionaría si las cosas se pusieran feas, feas de verdad. Ya les había salvado el día en el pasado, pero... ¿volvería a hacerlo? ¿Podía confiar en eso? Si tuviera la oportunidad de arriesgar su vida por ellos o salvar el culo, ¿volvería a comportarse como un héroe? Sonia no lo sabía. Errático; así sentía que era Jared: errático, divergente en los planos morales. Jimmy, por ejemplo, intentaría salvarla todas las veces, confiaba en ello. Pero Jared... Sin embargo, aunque no podía confiar al cien por cien, empezaba a creer que tenía buen fondo, a pesar de todo. Por muy distorsionados

que estuvieran sus valores morales y éticos, le producía una preocupación sincera y honda pensar siquiera que esa herida en el brazo pudiera darle problemas.

—Me hubiera gustado ver la televisión —dijo Jimmy cuando las luces estuvieron apagadas y el hogar se extinguía poco a poco bajo los efectos del agua—. Una cosa es hablarlo, y otra verlo.

—Cierto —dijo Adam—. Pero aún podemos verla. Podemos trasladar la tele a mi taller, en la parte de atrás. No tiene ventanas, así que si mantenemos la puerta cerrada, nadie verá nada desde el exterior.

—¿En serio? —preguntó Sonia—. Eso sería genial. En cuanto a dormir, imagino que tiene usted al menos un par de habitaciones, pero no creo que sea buena idea dormir separados. Podrían darnos caza sin que nos demos cuenta, poco a poco.

Adam asintió.

—Tengo mantas, edredones y sacos de dormir, y al menos un par de ellos son bastante buenos.

—Perfecto —dijo Sonia—. Pero antes, Jared, deberíamos cambiar esa venda.

—Joder, sí —dijo—. Pica como el culo de un pimiento en su primer día de cárcel.

Laura soltó una carcajada, y también Jimmy. Adam sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Eso ha sido... bastante gráfico —exclamó.

—Ya se acostumbrará a Jared si seguimos juntos. Haría escandalizar a una prostituta de Brooklyn y con cuarenta años de experiencia.

Laura siguió riendo.

—Vale —dijo Pip—. ¿Cómo vamos a trasladar la tele? Sugiero hacerlo antes de que sea aún más de noche, porque empiezo a no ver más allá de mi nariz.

—Sí, déjame que la desenchufe —dijo Adam—. Habrá que dejar encendido el router, al menos. No tengo antena, ni nada que se le parezca; toda la tele que recibo es por streaming.

Sonia compuso una expresión de sorpresa.

—¡Internet! —dijo de repente— ¡Lo había olvidado! En Hillsdale no funcionaba, imaginé que los repetidores de la zona estaban caídos, por lo que fuera. ¡Tenía que haberme acordado!

Sacó el móvil y descubrió que estaba sin batería.

Jimmy también sacó el suyo, con el mismo resultado.

—Oh —dijo—. Claro.

Apretó los dientes. Se dijo que podría haber pensado en eso, en las baterías, cuando aún estaban en la ciudad. Podría haber pensado en el hecho de que las cosas podían complicarse, alargarse en el tiempo, pero todo había ido tan rápido que lo único que habían podido hacer era reaccionar a las circunstancias. Y cuando estás reaccionando a un mundo que se colapsa rápidamente, algunas cosas se olvidan. Algunas sí.

—No importa —dijo Adam—. Pronto estaremos viendo las noticias otra vez.

—¿No tienes móvil, Jared? —preguntó Jimmy.

—Jared no tiene móvil, chico —respondió—. Esas cosas le dicen al gobierno dónde estás en todo momento, para qué lo usas y con quién hablas.

—No creo que el gobierno esté muy pendiente de esas cosas ahora mismo —susurró mirando su terminal muerto.

Cada vez se veía menos. Si no fuera por unos pocos rayos de sol lejanos, en el horizonte, se diría que era completamente de noche.

Y en ese momento escucharon un ruido apagado y lejano en el exterior.

Sonia cogió rápidamente su fusil.

—Adam —susurró—. ¿Tiene usted armas?

—No, como no sean algunas reliquias de la Segunda, que no creo que hayan disparado un solo tiro desde la toma del Nido del Águila, no.

Sonia asintió.

—Puede que alguien del camión haya despertado —susurró Sonia.

—Puede ser un perro, un coyote o una zarigüeya —dijo Adam—. Los de la zona tenemos todos contenedores especiales para la basura desde hace muchos años.

Jared miraba su pistola.

—Seguro que es eso —susurró—. Seguro. Si la vida puede elegir entre darte un respiro y joderte, siempre elige lo primero, ¿eh?

—¡Sssh! —pidió Sonia.

Se acercó a la ventana con mucha prudencia y espío fuera. Ahí estaba el camión, y ninguna otra cosa a la vista que no fueran los arbustos al otro lado de la zona de tierra para los vehículos. Una ligera bruma empezaba a levantarse en los páramos arbolados de la izquierda. De pronto, el camión se estremeció con un ruido traqueteante y se puso en marcha. Los focos se encendieron y se apagaron, para luego volverse a encender.

—Dios —exclamó Sonia.

—¡El puto camión! —exclamó Jared.

—¡Alguien ha despertado! —exclamó Pip, lanzándose a la puerta. Jared lo interceptó en mitad del camino cogiéndolo por el antebrazo.

—¡Quieto, chaval! —exclamó.

—Pero...

El camión se puso en marcha y empezó a maniobrar para salir del camino de la entrada hacia la carretera.

—¡Hay que explicarle! —dijo Laura.

—No es un hipnotizado —dijo Sonia, con los ojos entrecerrados— Un hipnotizado habría venido hacia la casa...

—Pero entonces...

—Es un vampiro —dijo Jared—. Quizá han estado buscando el camión.

Pip se quedó pensando unos momentos.

—Las ruedas —dijo entonces—. Las ruedas de repuesto. Estaban tiradas en el suelo cuando despertamos, junto al camión, junto al contenedor del lateral... Pero estaban bien. Todas las ruedas estaban bien...

Jared chascó la lengua.

—Ahí lo tienes, hombre. Habéis viajado hasta aquí con un vampiro escondido en el camión.

—Por eso estaba bajo el puente —dijo Pip.

—¡Tenemos que seguir el camión! —dijo Sonia—. ¡Tenemos que seguirlo con el coche!

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca? —escupió Jared.

—¡Son vacas, Jared! ¡Gente que va a morir desangrada, día a día, mientras un vampiro se alimenta de ellos una vez al despertarse, por la noche, y otra antes de irse a dormir!

—Que les den por el culo —soltó Jared.

—¿Cómo que van a morir?

Sonia miró el camión. Acababa de llegar a la carretera y viraba hacia la izquierda. En un minuto desaparecería de su vista por entre las colinas arboladas.

—Son alimento —dijo Sonia—. Son vacas. ¡Los vampiros los hipnotizan para ordeñarlos y alimentarse! —y aunque nadie lo viera debido a la oscuridad, se llevó las manos a la boca en un gesto henchido de terror.

De pronto lo entendió. Comprendía de qué tipo de horror profundo había escapado.

—¡Tenemos que seguirles, se nos va a escapar! —insistió Sonia—. Tenemos que averiguar dónde los llevan. Los seguiremos desde lejos, con la luz apagada, si queréis. ¡Pero tenemos que saber dónde va! ¡No sabemos si algún día, en algún momento, podremos intentar salvarlos!

—Oh, nena —dijo Jared— No sé quién te ha vendido la idea de que te pareces a Arnold Schwarzenegger en Comando , pero no lo eres. La vida no funciona así. Esa gente está muerta. ¡Muerta! ¡Y aunque descubras dónde coño los van a meter, no vas a sacarlos de su mierda de trance mental chungo!

—Pues yo voy —dijo Sonia, resuelta—. ¿Quién se viene conmigo?

Jimmy levantó la mano rápidamente.

—Joder, chico. Tienes los huevos llenos de testosterona —exclamó Jared—. Te nublan el juicio. Ella es demasiado mayor para ti, nene.

Laura y Pip levantaron la mano a la vez.

Adam los miró a todos. Jared no le había caído ni bien ni mal. Se movía en un círculo de comportamiento demasiado alejado del suyo como para que pudiera provocarle una sensación concreta, y además no lo conocía. Si Adam había aprendido algo en la vida era a no juzgar a la gente a la ligera, e incluso cuando se las conocía, las personas actuaban a veces al amparo de un trillón de variables y permutaciones externas incalculables. Incluso los actos de maldad más evidentes podían, a su parecer, rastrearse hasta unos orígenes enterrados en un buen montón de circunstancias desafortunadas.

No quería dejar su casa, pero tampoco quería quedarse a solas con Jared. Las noticias eran, además, cada vez más descorazonadoras. Había aprendido que el mundo había dejado de estar establecido para quedarse en un sitio e ignorar todo lo que estaba pasando, y eso por no hablar de la comida, que se le estaba acabando rápidamente sin la posibilidad de acercarse al pueblo para hacer una compra en la tienda.

Levantó la mano.

—Sois todos unos hijos de puta —escupió Jared—. Si tuviera bien el brazo os iban a dar mucho por el culo. Vais a mataros, joder. Y vais a matar al chico. Y a mí.

—Cabemos todos en el coche —dijo Sonia—. ¡En marcha!



Los regimientos catorceavo y vigésimo quinto, la mitad del Batallón Antiterrorista, y el cuarto Batallón de Reconocimiento Blindado Ligero, pertenecientes a la Cuarta División de la marines, con sede en Nueva Orleans, Luisiana, se encontraban apostados en la carretera que llevaba a Manhattan desde el norte. Habían instalado un control completo con alambradas, barricadas, fosos de tirador y una torre que el cuarto Batallón de Ingenieros había montado en un tiempo récord. También habían montado tiendas de campaña con todas las instalaciones completas para pasar allí un periodo indeterminado de tiempo. Los helicópteros sobrevolaban la zona continuamente. Sus órdenes eran muy concretas: no entraba nadie, no salía nadie.

No era un trabajo agradable. La cantidad de gente reunida junto a las alambradas era realmente elevada, y todos gritaban o suplicaban, algunos con niños en los brazos. Eran ciudadanos americanos en su mayoría, la gente que pagaba sus uniformes, sus armas y todos sus juguetes de soldados, y no se les estaba permitiendo circular libremente por el país. Después de mucho suplicar, el teniente Hugo Bennet había conseguido permiso para levantar un subcampo al otro lado de las alambradas. Allí se les proporcionaban mantas (gran parte de ellas donadas por Cruz Roja y varias organizaciones humanitarias internacionales), alimentos y cuidados. Las bebidas calientes se producían constantemente: litros y litros de sopa, cacao, leche azucarada e infusiones. Así, al menos, la gente que no deseaba volver a la ciudad se sentía atendida, y no abandonada.

La situación en Nueva York era diferente de la de otros puntos del país, donde el ataque había sido masivo, brutal y abierto. En Nueva York, el enemigo ganaba terreno a escondidas, escabulléndose en las casas de la gente sin que nadie los viera, infectando a las familias escondidas en sus hogares. La televisión, la radio y los principales medios de la red, sobre todo los locales, retransmitían de forma reiterada el mismo mensaje: «Manténgase constantemente en contacto con otras personas de su entorno cercano. Si un familiar o amigo no responde en un plazo de tiempo razonable, por favor, comuníquese su situación a las autoridades locales o llame al teléfono de emergencias...».

Mucha gente moría y pasaba el coma de la transformación en la intimidad de sus hogares. Al caer la noche, esas personas visitaban a más gente y el efecto era multiplicador, difícil de detectar y muy alarmante.

Luego, además, estaban los rumores.

Se decía que la infección no tenía cura conocida. Corría la voz de que cuando se llevaban a alguien, se le encerraba en alguna prisión militar o aún peor, era transportado a una fosa común en las afueras de la ciudad y allí se le prendía fuego hasta dejarlo reducidos a un montón de cenizas entre las que apenas asomaban los irreductibles huesos. Mucha gente no avisaba a las autoridades: se quedaba con sus víctimas y trataban de cuidarlas, hasta que estas abrían los ojos a su nueva realidad y acababan con ellos.

Ese era un problema difícil de solucionar, y uno de los que acarrearía las consecuencias más letales. Cada noche era un reto aún más difícil de soportar que el anterior, y casi todo el mundo se daba cuenta de que perdían terreno.

Ahora atardecía, y los soldados se revolvían inquietos en el puesto de control, todos armados y preparados para recibir instrucciones. El teniente general Luke Bennet

tenía una reunión de consolidación de esfuerzos como enlace con otras agencias.

—Caballeros —dijo—. Llega una nueva noche, y lamento informarles de que tengo la impresión de que el mando no sabe cómo proceder. Las instrucciones de Comandancia son que no abandonemos la posición; cualquier unidad desplegada en Manhattan, o en cualquier otra parte, ha sido llamada de vuelta. No habrá ataque ni incursión en la ciudad, al menos hasta el amanecer.

—¿Cuándo se va a dejar salir a los neoyorquinos? —se apresuró a preguntar alguien.

—Ahora llegaremos a eso —respondió Bennet—. Lo que quería...

—¿Está loco? —interrumpió alguien de color—. ¡De noche es cuando el enemigo abandona sus escondites!

—Lo sabemos, señor. Pero las órdenes son claras, y vienen firmadas por el Comité Presidencial.

—Tenemos hombres, tenemos máquinas, armas, aparatos... ¡si nos quedamos quietos, mucha gente morirá!

—Quizá no ha leído los informes de la noche anterior —dijo Bennet—. Perdimos a toda una unidad de especialistas, una escuadra completa de blindados y cinco mil soldados desplegados por la ciudad. Muchos de esos soldados fueron encontrados en la calle, al día siguiente, infectados por mordedura.

—¿El presidente va a dejar que los votantes de Manhattan pasen la noche sin ayuda?

—Las órdenes son claras —insistió Bennet—: esperar hoy, limpiar mañana. Esta noche la dedicaremos a estructurar grupos de limpieza, que barrerán la ciudad al amanecer. Hablo de registrar casa por casa.

—¿Para limpiar de cadáveres e infectados la calle? ¿Esa va a ser nuestra estrategia? Es... ¡es inadmisible!

—Señor, le recuerdo que estamos bajo la ley marcial —exclamó Bennet, levantando la voz—. Las órdenes llegan, y nosotros las cumplimos.

—No participaré en esto —dijo el hombre, encendido—. No dejaré que se nos recuerde por ser unos... unos cobardes, y unos traidores. ¡Registrar casa por casa! ¡Es una locura!

—Señor, ¡síntese! —exclamó Bennet.

Los soldados apostados alrededor de la mesa de reuniones se miraron, inquietos. Alguno levantó el arma, dubitativo.

El hombre los miró, nervioso, la frente cubierta de sudor.

—¿Va a arrestarme, teniente? —preguntó—. A mi oficina le encantará, créame. ¿Va a llevarme a uno de sus Puntos de Procesado?, ¿va a... quemarme, como está haciendo con todos los infectados? Quizá quiera ponerme grilletes. Esta nación está construida sobre los grilletes de mis antepasados, de todas maneras. ¡Mandemos a la mierda cientos de años de lucha por los derechos civiles!

El teniente Bennet no respondió. Lo miró con dureza y lo señaló con el dedo.

—Síntese —exclamó—. O haré que lo detengan si insiste en su actitud.

Alguien, sentado a su lado, le cogió la mano.

—Síntate, Jules. No hagas esto más difícil.

Jules sacudió la cabeza y se sentó.

—Gracias a todos por su apoyo —murmuró, sin mirar a nadie—. Es triste que haya sido el único que haya protestado por esta respuesta aberrante.

La mayoría de los oficiales y responsables de sus agencias agacharon la cabeza. Bennet suspiró.

—Oigan. Voy a hablar con franqueza. A mí me gusta tan poco como a ustedes, pero la situación es realmente muy complicada. Si Manhattan estuviera llena de terroristas de Al Qaeda, militantes de extrema derecha, islamistas o italianos reivindicando que la jodida pizza es su invención exclusiva, les juro que mandaríamos hasta el último hombre y mujer a luchar por el suelo que nos define como nación. Pero esto es diferente. Nuestros soldados no tienen la más mínima oportunidad contra esta amenaza. No por ahora. No por ahora —repitió—. Son fuertes, tienen capacidades que desafían cualquier razonamiento lógico, y se mueven como el puñetero Spiderman cuando se les dispara. En una sola noche hemos perdido más hombres en los salones oscuros de las casas que en todo un año en Iraq, o en un mes en Vietnam, y el campo de batalla es una ciudad llena de hogares con ciudadanos, ¡hombres y mujeres, ancianos y niños!, americanos casi todos, compatriotas, seres humanos confusos y desorientados a los que se les ha dicho, una y otra vez, que se queden en sus hogares. Eso que imposibilita un bombardeo táctico, o el uso de armas como un lanzamiento de incendiarias para sofocar la infección.

»Nuestra única posibilidad —siguió diciendo Bennet— es esperar a que se haga de día, mientras se estudia la amenaza. No se me ha expresado de esta manera, pero creo que esa es la intención: aguantar para conocer al enemigo.

—Si me permite una pregunta, teniente —dijo alguien más, una mujer entrada en años que llevaba casi toda su vida en política—. ¿Es esa la razón por la que no se les permite a los neoyorquinos abandonar la ciudad?

Bennet asintió.

—Gracias, congresista Peerman. Sé cómo están las cosas, y lo que se dice. Sé de qué se queja la población. Yo también he escuchado los debates de periodistas engreídos que creen saber más que nadie y se rasgan las vestiduras diciendo: «No lo comprendo, ¿a qué juega el ejército? ¿por qué nuestro presidente permite que toda esa gente siga encerrada con los monstruos?». Sencillamente, no podemos arriesgarnos. No comprendemos aún muchas cosas. Si abrimos el control y dejamos salir a la gente, ¿quién puede asegurarnos que entre ellos no hay enemigos?

—¡Abran el control durante el día! —exclamó el hombre de color—. ¡Esos monstruos arden con el sol!

—Lo sabemos, señor —contestó Bennet—. Pero, ¿podemos estar seguros de que es así siempre, en todos los casos, sin excepciones? ¿Se arriesgaría a que uno solo de esos monstruos escape de la cuarentena y viaje a... no sé... Washington D. C.?

—Los monstruos están ya por todo el país, de todas maneras —masculló el hombre.

—Eso no cambia nada. Hay otro factor que nos tiene confundidos. Lo sabrán, si están atentos a los informes que aparecen en su red LOSE. Habrán leído sobre gente que parece normal pero que simpatiza con el enemigo, por alguna razón. Han llevado a cabo ataques localizados, actos de boicot, y han asaltado nuestras unidades cuando

nos hemos acercado a los puntos de infección donde esos monstruos pasan la noche. Esa gente actúa como lo hacen los terroristas islámicos, con actos suicidas para perpetrar sus atentados. Tampoco podemos arriesgarnos a dejar pasar a esa gente. Podrían... detonar un explosivo mientras atraviesan las instalaciones o están junto a nuestros hombres.

Hubo un murmullo generalizado en la sala.

—Verán —siguió diciendo Bennet—. Cada ciudad, cada zona del país con problemas tiene sus propios controles y medidas. Somos una parte de un gran engranaje, damas y caballeros. Así funciona el ejército. Si enviamos a tres hombres a correr por una calle al alcance de un francotirador enemigo, no dicen: «¡Vaya, esa es una pésima idea, podrían alcanzarnos!». Si enviamos a tres hombres a correr, los hombres corren, sin preguntas, porque saben que son solo una pieza en un tablero enorme. Ese acto de ciega obediencia permite que sus compañeros pertrechados tengan una oportunidad de detectar dónde está el francotirador y abatirlo cuando abra fuego. Así son las cosas cuando se es un soldado, y ahora mismo, todos somos soldados.

La congresista carraspeó.

El teniente sacudió la cabeza.

—Entonces —dijo la congresista— vamos a arriesgar a casi dos millones de neoyorquinos para...

—Para tratar de mantener vivos al resto de los americanos —dijo Bennet.

La congresista sacudió la cabeza.

—Mi madre me dijo que luchara por la representación política de Nueva Orleans, hace muchos años. Lamento no haberle hecho caso.

Alguien se santiguó.

## 5

—Lo que no entiendo —dijo Jimmy— es por qué el vampiro no entró en la casa.

Sonia, al volante, miró el espejo retrovisor brevemente para buscar la mirada de Jimmy, pero la oscuridad le impidió ver nada.

Tampoco se veía mucho fuera. Conducía sin luces, tan despacio como podía, con la única referencia de los focos del camión mucho más adelante en el camino. Pero a veces el vehículo aceleraba y parecía perderse en la distancia, y se veía obligada a apretar el acelerador.

—Es una buena pregunta —dijo.

—Tal vez tenía prisa —dijo Jared a su lado—. ¿Para qué molestarse?

—Pero se despertó, vio que estaba en otro lugar, y... ¿solo siguió conduciendo?

—Chico, quién sabe qué tipo de mierda chorrea por la mente de un vampiro. No creo que piensen como nosotros. Tenía que llevar a esa gente a un punto, y es lo que hizo.

—Quizá no quiso ni darle importancia —apuntó Adam—. Tal vez pensó que un... humano, alguien que no era un vampiro, robó el camión y lo condujo hasta esa casa. Tal vez supuso que ese humano estaba en el interior, sí, pero... ellos deben de saber que por esta zona quedan aún muchos humanos vivos en sus casas. Tal vez no era su

trabajo. Nos dejó estar porque sabe que, tarde o temprano, caeremos. La falta de alimentos, medicinas y agua en las casas aisladas empujará a la gente a moverse a núcleos de población que ellos ya controlan.

—Oh, Dios —dijo Laura.

—Sí —dijo Adam, escudriñando la oscuridad más allá del cristal—. Va a ser todo muy difícil.

—Tenemos que encontrar gente —dijo Sonia, pensando en el incidente de la varilla en la casa—. Si somos muchos, tendremos más posibilidades.

—Eso es cierto —dijo Laura.

Adam asintió.

—¿Y cuál es el plan, cuando el camión se detenga? —quiso saber Pip—. No sé vosotros, pero yo estoy bastante... acojonado.

—Pregúntale a la loca esta —dijo Jared señalando a Sonia—. Yo creía tener pelotas, y juro por Dios que más de una vez han sido ellas las que han pensado cosas y han pasado de lo que decía mi cabeza. Pero lo de esta tía es de traca.

—Jared, por favor —dijo Laura—. ¿El plan? Vamos a descubrir dónde para ese camión. Solo eso. Ver dónde meten a la gente. Necesitamos saber eso. ¿No os parece un buen plan, por ahora? Tal vez, cuando sea de día y todos duerman, podamos hacer algo.

—Cogemos a las vacas felices y risueñas y las metemos en el camión. ¡Seguro que nos hacen caso! —dijo Jared—. Ya lo estoy viendo.

—El problema —dijo Jimmy— es que haya guardianes.

—¿Guardianes? —preguntó Laura.

—Hipnotizan a gente para que los cuiden durante el día —explicó Jimmy—. Trataron de hipnotizar a Jared.

—¿En serio hacen eso? —preguntó Pip.

—Jesús —soltó Adam—. Es todo más feo de lo que creía. ¿Cómo vamos a... confiar en la gente que encontremos?

—Bueno, Adam. Ese es el tema —dijo Jared—. Verás, somos de Control de Vacas, hipnotizados hasta el culo. Nos han enviado aquí para meteros en el coche y llevaros con el resto, ¿y sabes qué?, ha funcionado. ¡Sorpresa!

Jimmy rio, y la risa rompió el segundo de estupefacción que había empezado a dibujarse en el rostro de Laura, Adam y Pip.

—Es usted un bromista inquietante —dijo Adam.

Jared graznó; su carcajada era horrible.

—Está bien —dijo Pip—. Solo espero que...

Se calló. Sonia acababa de apretar el freno, y el coche se detuvo con violencia. En el asiento de atrás, todos se sintieron empujados hacia delante.

—Se ha parado —explicó Sonia—. Mirad.

Miraron, y descubrieron que, efectivamente, las luces del camión parecían detenidas en la distancia. Allí se adivinaba una estructura grande, un edificio de algún tipo, con una chimenea alta que se proyectaba hacia el cielo cuajado de estrellas, sin que hubiera allí ninguna luz a la vista. De pronto, los focos del camión se extinguieron.

—Ha llegado —exclamó Sonia—. Eso o... es alguna parada de algún tipo...

—Ese edificio —dijo Adam— es un viejo matadero de reses y cerdos. Hace años

que no funciona, pero las instalaciones siguen allí. La gente consiguió que lo cerraran y que trasladaran sus actividades a otro lugar, por el tema de los derechos de los animales y esas cosas.

—Pero... no lo cerraron —dijo Jared—. Solo se fueron a otro sitio. ¿Cómo es eso mejor para los animales?

—Bueno —dijo Adam—, al menos no están aquí, a la vista de la gente que vive por la zona. Los camiones de transporte, en especial los de cerdos, olían muy mal cuando viajaban por estas carreteras. Una vez trasladado el problema lejos de sus ojos, oídos y narices, todo el mundo estuvo contento.

—Hipócritas de mierda —soltó Jared.

—Un matadero —dijo Laura—. Qué lúgubre.

Sonia asintió.

—Supongo que ahora debemos pensar cómo pasaremos la noche —dijo.

—¿Y si volvemos a casa? —preguntó Adam.

—No creo que sea buena idea, viejo —dijo Jared—. Ese vampiro sabe que hay alguien allí. Una de las teorías que manejan el chico y la señorita agente de policía es que los vampiros tienen una especie de wifi mental de cojones, y que lo que sabe uno, lo sabe otro.

—Oh, ¡por Dios! —exclamó Adam—. Hipnosis, conexiones mentales... No recuerdo que en el Drácula de Bram Stoker se dijera nada de eso.

—De hecho, un poco sí —dijo Jimmy—. Ella parece enamorada, pero si ves la película, tal vez te suene a hipnosis de algún tipo. Ella no parece atender a razones más que adorar al monstruo. No sé.

—«He cruzado océanos de tiempo para encontrarte» —susurró Jared.

—En todo caso, nos olvidamos de la casa —dijo Adam—. Es una pena. Me hubiera gustado coger algunas cosas.

—Tal vez puedas volver un día de estos, viejo —dijo Jared—. Cuando todo termine. Y con un poco de suerte volverás para dormir sobre la cama, y no debajo de ella.

Adam se estremeció.

—Durmamos aquí —dijo Laura—. En el coche. Aquí mismo.

—¿Aquí? —preguntó Sonia.

—No aquí en mitad de la carretera, claro. Alejémonos un poco. Sal de la carretera, lleva el coche a algún lugar apartado, entre los árboles. ¡Estamos tan apretados que no pasaremos frío!

Sonia miró a Jared y luego a Pip y a Adam.

—Bueno —dijo Adam—. Será como dormir en el interior de un Sherman, algo que mi padre tuvo que hacer alguna vez, así que por mí, perfecto.

—De acuerdo —dijo Pip.

—Está bien —dijo Sonia—. Cada noche un poco peor, ¿eh?

Nadie respondió. Condujo el coche fuera del camino, por un campo que parecía arado, y se acercó al linde de un pequeño bosque, lejos de la vista del matadero. Allí reinaba el silencio más absoluto, y lo más importante, no había casas a la vista, ni cerca ni lejos.

Nadie dijo mucho más; tenían demasiado en qué pensar. Laura apoyó su cabeza

en la de Pip y Jimmy se volvió de lado. No tardó mucho en descubrir que el cristal se sentía insoportablemente frío contra la mejilla y recostó la cabeza hacia atrás. Lo cierto es que estaba cansado; todos lo estaban, y aunque aún era temprano para las horas a las que estaba acostumbrado a conciliar el sueño, no tardó en quedarse dormido.

Sonia pensó en Jared mientras estaba sentada en su asiento; no habían tenido tiempo de limpiar la herida, y sabía que eso era esencial para evitar una infección que pudiera traerle complicaciones en el futuro, pero se prometió que sería lo primero que haría por la mañana, cuando la luz del sol volviera a inundar el valle.

La luz del sol.

En el mundo loco y despiadado que estaba configurándose esos días, la certeza de que aún podían confiar en que el sol saldría por el este resultaba algo reconfortante. Al menos tenían eso todavía: periodos de tregua intercalados que podían reducir el nivel de horror a mínimos soportables. Si no fuera por esas horas de bondadosa luz, si el terror fuera constante y sin tregua, se dijo, tal vez no lo habrían conseguido.

Escuchando la respiración tranquila del resto de los ocupantes del coche, aún en mitad de la oscuridad tenebrosa que podía albergar amenazas impensables, Sonia se permitió sonreír.

Tardó mucho en dormirse, pero sonreía.

## 6

Primero fueron los gritos. Empezaron a extenderse entre la gente que esperaba en el lado neoyorquino del control militar, y fueron creciendo lentamente en intensidad, como una ola que cubre una playa llena de veraneantes que dormitan a gusto en sus toallas y van levantándose sorprendidos por el frío del mar. Luego, la diáspora.

La gente empezó a correr en varias direcciones, enredados en un poderoso griterío. Desde su atalaya, los soldados giraron los focos; temían otra revuelta, alguna trifulca que les obligara a salir y poner orden. A veces la gente perdía la paciencia, o alguien sacaba alimentos que luego se disputaban unos y otros, o algo tan trivial como una manta. En el otro extremo del control había tiendas y bebidas calientes, pero allí no. Pero no descubrieron el origen hasta un poco después, cuando vieron gente correr por la carretera hacia los que se congregaban junto a la puerta. Vieron a alguien caer al suelo porque un tipo le había saltado encima. Le había saltado encima y hundía su cabeza en el cuello.

—Oh, Dios —exclamó uno de los centinelas.

Acababa de descubrir que los... ¿cien?, ¿cientos de personas?... Que los cientos de personas que avanzaban corriendo por la carretera eran el enemigo.

—¡Nos... nos atacan! —gritó, dándose la vuelta para que le escucharan en el control—. ¡El enemigo ataca por la entrada Sur!

—¡Abran la puerta! —gritaba la gente pegada a la verja—. ¡POR EL AMOR DE DIOS, ABRAN LA VERJA!

Los marines vieron cómo la verja se combaba con pequeños chirridos metálicos. Se estaban agolpando allí, empujándose unos a otros. Un hombre tenía la cara tan aplastada contra la reja que las delgadas varillas de metal cruzado se le pegaban a la carne de una manera tan atroz que estaban dejándole líneas rojas de presión.

«Va a estallar —pensó un soldado mientras miraba—. Le va a estallar la cara.»

—¡A la puerta sur! —gritaba un sargento—. ¡Enemigo en la puerta sur!

Los soldados corrían, las botas batiendo el suelo y levantando pequeños pedazos de tierra impregnados de briznas de hierba. Un semioruga se puso en marcha y proyectó dos haces de luz, insoportablemente brillantes, antes de empezar a girar hacia un lado. Otros emplazaban una ametralladora en una improvisada barricada prefabricada; nada de sacos de arena, sino módulos ensamblables de algún material liviano.

—¡Teniente! —gritaba alguien—. ¡Son cientos!

—¡La reja va a caer! —gritaba otro.

—¡Atrás! —decía un tercero a la gente—. ¡Dejen de empujar la reja, coño!

Alguien apostado en la pequeña baranda de la parte superior del acceso empezó a disparar. Ráfagas cortas, pero continuas. El rifle parecía escupir fuego con cada disparo, tres estrías cimbreadas sacudiéndose como si tuvieran vida propia, estallando en mitad de la noche.

En alguna parte empezó a sonar una sirena de alarma.

—¡Abran fuego, coño! —gritó un sargento—. ¡ABRAN FUEGO!

—¡La gente está en medio! —replicó un soldado.

—¡ABRAN FUEGO A TODO EL MUNDO! —gritó el sargento.

—¡Alto! —gritaba otro oficial—. ¡No disparen a la gente! ¡Sargento, detenga ese orden!

Pero los disparos empezaron a sonar por todas partes, y los gritos se acentuaron a medida que los cuerpos caían apretados contra la verja, sacudiéndose bajo los impactos como si estuvieran entregados a algún baile tribal en la epifanía de una noche de drogas.

—¡ALTO EL FUEGO, COÑO!

Un soldado lanzó un grito y cayó desde la baranda superior. Su cuerpo se estrelló contra el suelo con un ruido sordo y amortiguado. La sangre empezó a manar con rapidez por debajo del cuerpo.

—¡Sargento, nos están disparando! —gritó alguien.

—¿Qué...?

—¡Fuego enemigo, fuego enemigo a las once!

El sargento apretó los dientes. Les habían advertido de muchas cosas, y muchas de esas cosas eran bastante difíciles de tragar, pero nadie había dicho nada de que el enemigo fuese armado.

Corrió hacia la escalera que llevaba a la pasarela.

—¡Travis, Gorman, conmigo! —exclamó mientras preparaba su fusil.

Miró a las once. Unos coches civiles normales estaban llegando por ese lado, a la izquierda de las hordas de enemigos que venían corriendo por la carretera y sus flancos. Allí giraban y se colocaban lateralmente. Unos marines descendían de esos turismos y los usaban como barricada; apostaban sus armas sobre el capó del coche y disparaban.

—Esos... ¡Esos son nuestros hombres! —exclamó.

—¡Señor, son marines americanos! —gritó Gorman.

—¡No, soldado! ¡Parecen marines americanos; alguien se ha vestido como ellos,



eso es todo! ¡Dé la orden de responder al fuego!

Una bala pasó silbando junto a su oreja y se estrelló a su espalda, contra la plancha metálica de la estructura. Produjo un sonido tintineante, como una campanilla.

—¡Abran fuego, enemigo disfrazado a las once! ¡Abran fuego contra el enemigo!

—¡Gorman, envíe el semioruga con veinte hombres por la puerta norte, rodee la instalación y ataque por el flanco!

—¡Sí, señor!

—¿Dónde están los francotiradores?

—¡Vienen de camino, señor!

—¡Muévase!

—¡Sí, señor!

El sargento apuntó con su arma y lanzó una ráfaga contra los coches. Los disparos arrancaron centellas brillantes en el metal que se apagaron rápidamente. Si el mundo fuera como en las películas, pensó, dispararía contra el depósito de gasolina para hacer estallar el vehículo, pero las cosas no funcionaban así, y estaban demasiado lejos como para lanzar una granada.

Muy pronto recibió una ráfaga como respuesta. Las balas impactaron contra la estructura, levantando una algarabía estridente que contenía, sin embargo, cierta musicalidad. El sargento se agachó. La plancha de metal podría aguantar disparos convencionales, pero si disponían de otro tipo de munición, atravesarían la protección con facilidad.

En ese momento, la verja cedió. Los postes metálicos clavados en la tierra saltaron con una violencia desatada, y se movieron horizontalmente por espacio de un metro, como un arado, antes de inclinarse uno sobre el otro mientras la reja tocaba el suelo. La gente cayó sobre ella, la mayoría precipitándose sin remedio y hundiéndose en una maraña de brazos y piernas. Los que venían detrás pisaban a los que caían delante.

—¡La verja ha cedido! —gritaban entre el sonido de las balas.

El sargento apretó los dientes. Sabía muy bien qué hacer: las órdenes estaban claras. Tolerancia cero contra ataques al control, ya fueran civiles, monstruos o robots gigantes comunistas. Era posible que, en el futuro, recordara aquella noche como una de las más difíciles de su carrera, y tal vez tuviera que levantarse en mitad de la noche para ir a vomitar al baño, pero no sería él quien desobedeciera una orden.

—¡Contened la brecha! —gritó—. ¡Disparad! ¡Fuego a discreción! ¡FUEGO A DISCRECIÓN!

Los soldados dispararon. Las balas alcanzaban los cuerpos, arrancando pequeños estallidos de sangre pulverizada. Las caras se deformaban, los brazos parecían quebrarse, como golpeados por un martillo invisible, los cuerpos se echaban hacia atrás, la gente gritaba mientras caía. Pero algunos conseguían pasar y empezaban a correr entre los soldados. Lenny Salas, que llevaba tres años y medio en el cuerpo y no había disparado contra nadie en su vida, se puso nervioso. La parafernalia militar le traía sin cuidado, y aún le gustaban menos los uniformes, las armas y las balas, pero el sueldo estaba bien y era lo único que había encontrado que lo mantenía alejado de los comedores sociales y los bancos de los parques. Se giró para disparar contra la gente que corría y alcanzó a un compañero, un veterano

llamado Barton Finch, de Minnesota, que había ahorrado durante diecinueve meses para llevar a sus hijas a Disney World esas navidades. La bala le alcanzó el cuello y lo derribó en cuestión de segundos. Finch se quedó en el suelo un rato, intentando comprender lo que había pasado y pugnando por respirar. Un abogado le pisó la mano mientras corría como un poseso, intentando escapar de los vampiros y de las balas. Finch no lo notó. Estaba demasiado ocupado ahogándose con su propia sangre.

Otros postes metálicos cedieron en sucesión y la brecha en la reja se hizo aún más evidente. La gente que se agolpaba contra ella entraba ya por todas partes.

El sargento se incorporó para dar nuevas instrucciones, y un disparo procedente del exterior lo alcanzó en la espalda, a veinte centímetros de la nuca. Fue como si lo atravesaran con un hierro candente, abrasador y más doloroso que cualquier otra cosa que hubiera sentido nunca. El dolor no duró mucho, se apagó con él mientras caía por el borde de la pasarela hacia abajo, sobre la gente. Para cuando la oleada en estado de pánico lo pisó en el suelo, ya estaba muerto.

—¡Contenedlos! —gritó alguien.

—¡Reunión, reunión, maldita sea! —decía otro.

Uno de los civiles, que emergió de entre la masa de gente, saltó sobre un soldado y le mordió en mitad de la cara. Hubo una explosión de sangre que pareció quedarse suspendida en el aire mientras el soldado caía hacia atrás.

Fue el primer vampiro que atravesó el perímetro de seguridad del Puesto Norte numerado como A-9 del perímetro de seguridad de Manhattan.

El primero de muchos.

## 7

—Las... putas... hadas —susurró Jared.

Sonia se despertó con la voz pegajosa y apagada del cantante de los Doors y se quedó mirándolo confusa. Luego recordó lo que estaba pasando, y miró alrededor, inquieta.

Aún era de noche y fuera solo había oscuridad; casi tanta como en el interior del vehículo. Incluso la claridad de la luna parecía haberse tomado un respiro.

Lo siguiente que notó fue el calor. Un calor excesivo, para ir tan poco abrigada. Calor humano, se dijo, pero tal vez, tal vez...

Miró a Jared.

—¿Estás... bien? —le preguntó.

Jared no contestó de inmediato; después de un rato, señaló hacia adelante y susurró:

—Las... hadas. Joder. Las putas... hadas...

Sonia miró hacia donde Jared señalaba, y al principio no pudo interpretar lo que estaba viendo. Pensó en ovnis, y luego en fantasmas, y por fin su mente regresó a la burda realidad y eso la asustó más todavía, aunque aún no supiese decir qué estaba mirando.

Era un resplandor azulado, de un azul eléctrico pero un par de tonos más apagado. Se movía allí delante, a cierta distancia, evolucionando ante sus ojos con lentitud.

—Pero ¿qué coño...?

Jared dejó escapar un balbuceo que se confundió con una risa, pero no era la risa enérgica y fuerte a la que estaba acostumbrada.

—Jared —dijo—. ¿Estás...?

Puso una mano en su frente, y ya antes de tocarla percibió el calor. El cantante de los Doors estaba ardiendo, y su frente estaba pegajosa y húmeda.

—Dios, Jared. Tienes mucha fiebre.

—Joder —exclamó él—. Si es que... son hadas... ¿o qué?

Volvió a reír.

Sonia miró hacia la luz otra vez y asintió, preocupada.

—Parecen —susurró—. Sí que parecen. Pero... estás ardiendo.

—Sí. Es la... puerta del baño... —dijo—. No cierra bien, joder.

—Eh —alzó la voz Sonia, proyectando un brazo hacia atrás y sacudiendo la primera rodilla que encontró. Ni siquiera sabía de quién era. Podía ser tanto de Pip como de Laura—. ¡Eh!

Pip abrió primero los ojos. Aun en la oscuridad podía ver que estaban enrojecidos por el sueño.

—¿Qué...?

Laura incorporó la cabeza. Miró alrededor con un gesto de disgusto.

—Adam. ¡Adam!

—Estoy despierto —dijo él sin abrir los ojos, moviendo la boca como si estuviera masticando algo.

—Ahí delante —dijo Sonia.

—¿Qué pasa?

—Esa... luz. Esa cosa.

—Oh —exclamó Pip.

Jimmy se sacudió como si quisiera incorporarse y luego se quedó quieto, los ojos muy abiertos y brillantes en la oscuridad del vehículo.

—¿Qué es eso? —preguntó Laura.

—No lo sé. Y tenemos otro problema: Jared está ardiendo. Tiene una fiebre de caballo.

—¿Jared? —preguntó Laura—. Oh.

—Es por la... herida del hombro, ¿no? —preguntó Pip.

—Seguro —dijo Sonia—. No la limpiamos, maldita sea.

—¿Cómo se la hizo? —preguntó Adam.

—Un vampiro le clavó uno de esos hierros que se usan para manipular los troncos en una chimenea.

—¿Un...? ¿El atizador de una chimenea?

—Sí. Se lo clavó bien, hasta el fondo.

—Dios mío —exclamó—. Eso debe de doler como un demonio.

—Jared —dijo Sonia—. ¿Me oyes?

—Sí, sí... —susurró él—. Si vas a mear pon un pie en la puerta, o te verán el chochito.

Sonia miró hacia atrás.

—Debe de estar infectada —dijo—. La herida.

—¿Qué es esa luz? —preguntó Jimmy en voz baja.

—Tenemos que encontrar medicinas —dijo Adam—. Esa herida va a necesitar cuidados. ¿Qué hora es? ¿Cuánto queda para el amanecer?

Sonia giró la llave del contacto para activar los componentes eléctricos, sin arrancar el motor. El reloj del panel delantero se iluminó con un brillo mortecino y anaranjado.

—Las tres y cuarto —masculló—. Mierda. Aún queda para el amanecer.

—Sí —asintió Adam—. ¿Le pusiste algo antes de venderlo? ¿Le diste algo?

—Desinfecté la herida con todo lo que pude encontrar, pero no había mucho —respondió, apretando los dientes—. Debimos haber ido a una farmacia cuando cruzábamos Hillsdale. Mierda. Parecía estar tan bien...

—Bueno —exclamó Adam—. El desinfectante habrá ayudado, pero necesita algo más; necesita antibióticos. Y reposo.

—¿Y esa luz? —insistió Jimmy.

—No lo sé —dijo Sonia—. Por eso os he despertado. No he visto nada parecido hasta ahora.

—Qué raro —susurró Pip—. Es como... no sé... ¿una discoteca ambulante?

—Una discoteca, sí —dijo Jimmy.

Laura miraba, pensativa.

—Un... —empezó a decir Pip, pero se calló.

Algo bullía en su mente, pero no terminaba de coger forma.

—Jared —dijo Sonia. Acercó una mano a su hombro y lo zarandeó, pero parecía haber caído en un muy profundo—. No sé si es bueno que duerma. En este caso concreto, no lo sé. Tengo nociones básicas de primeros auxilios, pero no sé si funcionarán en un caso así.

—Diría que un poco de sueño no le vendrá mal —apuntó Adam—. Su cuerpo está luchando.

Sonia asintió.

—Esa luz —dijo Laura—. ¿Sabes a qué me recuerda?

Pip asintió.

—¡Es cierto! —exclamó.

—Sí —afirmó Laura—. Es como esos sitios donde te ponen rayos uva. Es el mismo tono. Solía ir a uno de esos sitios cuando estudiaba en Londres, pero la British Medical Journal publicó un estudio en el que se mencionaba el cáncer de piel, y dejé de ir.

—Rayos uva —susurró Sonia, pensativa.

—Sí, es cierto. Jolín, lo tenía en la punta de la... —dijo Pip.

Se calló. Iba a decir que lo tenía en la punta de la lengua, pero en realidad, ¿de dónde había sacado esa información? Nunca había ido a ningún sitio donde administrasen rayos uva. La única referencia que tenía era de las películas y de la publicidad que a veces veía en revistas o paradas de autobús. Luego lo entendió. De Laura, por supuesto. A medida que la asociación de ideas se abría paso en la mente de la chica, él la recibía como si fuese suya.

Se estremeció.

—¿Los rayos uva son esos rayos que te ponen moreno? —preguntó Jimmy.

—Sí. Eso es —asintió Adam.

La misma idea brotó en la mente de todos, y se miraron pensativos.

—Joder —exclamó Pip—. ¿Estáis pensando lo mismo que yo?

—Creo que sí —dijo Sonia—. Pero quizá estamos dando por hecho que son... que son rayos uva. A lo mejor es otra cosa.

—¿Qué otra cosa podría ser? —dijo Pip.

—Pero... ¿moviéndose por la carretera?

—Quizá alguien utiliza lámparas. Lámparas portátiles... alimentadas por la energía que emite el coche en el que van.

Sonia miró el resplandor a lo lejos.

—Un coche —exclamó—. Pero se mueve demasiado despacio.

—¿Qué estáis pensando? —preguntó Jimmy—. Me he perdido.

—Rayos uva, Jimmy —explicó Sonia—. Son como... rayos de sol artificiales, ¿sabes? Tú mismo lo has dicho: te ponen moreno. Hemos pensado que quizá alguien vaya arrastrando consigo unas cuantas de esas lámparas, que podrían, quizá, afectar a los vampiros.

—Oh —exclamó Jimmy—. Eso no se me había ocurrido.

Sonia asintió.

—Bueno, es solo una posibilidad. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Un momento —intervino Adam—. Quizá deberíamos considerar un par de cosas. Estamos llamando a esos monstruos vampiros porque, en algunas cosas, encajan con nuestra mitología, con esa ficción que se ha construido a lo largo de los años con base en obras de creación artística como Drácula, pero... ¿qué partes encajan? ¿Alguien ha intentado usar crucifijos con ellos?

—No funcionan —dijo Sonia—. Uno de ellos mató a mucha gente dentro de una iglesia. Pasó junto a la cruz como si fuera un poste del McDonald's.

Adam asintió.

—Imagino que otras partes del mito no casan tampoco, como los ajos, o las estacas, o el hecho de que un vampiro solo se fortalece si duerme en tierra maldita, o dentro de un ataúd.

—No, esas partes tampoco encajan —dijo Sonia—. Pero el sol sí. El sol los destruye. Además, no es como si... dormir fuera algo opcional para ellos. Creo que por algún motivo se ven obligados a descansar. El día los afecta de una manera excepcional.

—Bien —dijo Adam—. A lo que iba es que parece que esa circunstancia sí es común con nuestros vampiros ficticios, pero ninguna otra. Quiero decir, a lo mejor podrían ser... extraterrestres. ¿Alguien lo ha pensado?

—Extraterrestres —susurró Sonia—. Creo que hemos contemplado esa posibilidad en alguna conversación, tal vez. ¿No, Jimmy?

—Creo que sí —dijo el chico, sin estar del todo seguro.

—Bien. Porque está todo eso del poder mental, y me refiero a un poder mental de campeonato, uno que hace que te preguntes cómo demonios manejar esta situación, y en el caso de nuestros vampiros ficticios, los protagonistas siempre podían plantarse delante de uno de esos monstruos y hacerle frente. Aquí parece que es un poco diferente.

—Bueno, creo que en el caso de la ficción es fácil detectar orígenes muy antiguos del mito —intervino Pip—. El día y la noche, la luz y la oscuridad, el bien y el mal; cosas que preocupaban a nuestros ancestros, porque la noche era peligrosa y estaba llena de depredadores. Que eso funcione ahora debería decirnos algo. Tal vez sí sean vampiros de verdad.

—O cualquier otra cosa —insistió Adam—. Nos agarramos al concepto del sol y a la infección de la sangre, pero eso podría ajustarse a muchos escenarios. Sugiero los extraterrestres como hipótesis para trabajar en mi planteamiento de por qué no deberíamos acercarnos.

—¿No te parece buena idea? ¿Por qué? —quiso saber Sonia.

—Porque lo desconocemos todo. Hemos cogido un par de elementos y los hemos llamado vampiros. Y eso solo nosotros. O vosotros, mejor dicho. En ningún medio los llaman vampiros. ¿De dónde sale esa idea?

Jimmy se revolvió, incómodo. La idea había sido suya y había acabado implantándola en la mente de Sonia y de Jared.

—En cualquier caso, no importa —dijo Adam—. Lo que quiero decir es que no podemos descartar el hecho de que esa luz sea algo peligroso porque no encaje en nuestro concepto de la amenaza, o sea, de los vampiros. Oh, los vampiros no tienen luces azules devoraalmas, sino colmillos, así que no hay peligro. No. Por eso puse el ejemplo de los extraterrestres. ¿Y si esa cosa es una especie de... nodo de energía, algún arma misteriosa, algún... elemento controlantes, o lo que sea que hace que esos monstruos sean tan fuertes? Quizá es combustible para su nave, semienterrada en algún sembrado en el interior del país, o en los alrededores de Hillsdale, algo que nadie ha visto porque, por supuesto, está más que protegida por ellos.

—Entiendo —dijo Sonia.

—Y hay otra cosa —siguió diciendo Adam—. Esa... luz, ese convoy, o lo que sea, converge hacia el camión. Hacia el lugar al que han llevado a esa gente. Debe de ser un lugar importante, ¿no creéis?, alguna especie de base, o asentamiento, donde los monstruos están acuartelándose.

—Vale —admitió Sonia—. Está bien. Entiendo tu razonamiento. Entonces, ¿qué decís el resto? Yo personalmente pienso que, si son personas como nosotros que se mueven protegidas por un arco de rayos uva, y les funciona, deben de tener medicinas también. Y armas. Seguro que han pensado en eso. Y las medicinas le vendrán muy bien a Jared. Me preocupa. No quiero... No quisiera tener que quedarme aquí unas buenas horas todavía, esperando a que salga el sol, para ponernos en marcha y buscar antibióticos en este lugar, bastante apartado de todo.

Laura asintió.

—Sometámoslo a votación —dijo Sonia—. A favor de acercarse a la luz para ver de qué se trata, mano levantada.

Sonia levantó la mano, y también Jimmy. Laura y Pip lo hicieron casi a la vez.

—Está bien —manifestó Adam—. No seré yo quien proteste por un poco de buena democracia. ¿A qué esperas? ¡En marcha!

—Lo siento, Adam. Si quieres... quedarte aquí, podríamos recogerte luego. Y si no volvemos..., bueno, entonces es que tú tenías razón.

—No, no, no —rehusó Adam—. Está bien. Iremos todos juntos.

—De acuerdo.

Jimmy sonrió. Era casi la primera vez que no tenía que oír el monótono «Chico, tú quédate aquí.»

## 8

Condujeron despacio, sin encender los faros del coche. Sonia no estaba segura de si aquello era tan buena idea como parecía, porque en el caso de que ellos tuvieran razón y Adam se equivocase, ¿cómo interpretaría la gente de la luz que un vehículo se acercase al amparo de la oscuridad? Si tenían armas, y sobre todo si habían vivido la mitad del horror que había vivido ella, ¿no dispararían contra ellos sin preguntar? Era muy probable. Pero, por otro lado, eso les permitía acercarse todo lo posible y darles una oportunidad de retroceder si lo que veían no les gustaba.

Todos miraban con mucha atención, intentando discernir algo.

Muy pronto descubrieron que no se trataba de ningún artefacto alienígena, sino de una suerte de convoy compuesto por dos vehículos caravana pintados con brillantes colores veraniegos, franjas azules y naranjas que pretendían simular olas del mar y un amanecer apacible, junto con esferas de color verde. Árboles, tal vez.

Sobre el vehículo de cabecera habían instalado focos que centelleaban con una luz azulada, describiendo un semicírculo de un tono encendido que acentuaba terriblemente los contrastes. Incluso el asfalto quería refulgir remarcando cada piedra en el camino, cada fisura y toda grieta.

Y avanzaban muy despacio, a diez o veinte kilómetros por hora, todo lo más.

—Bueno —dijo Adam—. Alienígenas en caravanas de recreo. No parece muy probable.

Laura sonrió.

—Era una duda razonable —repuso—. Es bueno tener muchos puntos de vista. A mí no se me habría ocurrido.

—Gracias por animar a este viejo, cielo —exclamó él.

Sonia sonrió, se acercó con rapidez a su mejilla, e imprimió un pequeño beso en ella. Adam sonrió.

—Aún no las tenemos todas con nosotros —apuntó Sonia entonces—. Incluso si son hombres, ¿serán buena gente, o no? Las reglas del juego han cambiado mucho. Ya no hay mecanismos de protección. Podrían disparar contra nosotros y nadie averiguaría jamás quién lo hizo.

—Eso es cierto —reconoció Pip.

—¿Cómo queréis hacerlo, entonces? —preguntó Sonia, aminorando aún más la marcha—. Porque estamos ya muy cerca. Si no nos han visto ya, lo harán en cualquier momento.

—Confiemos —dijo Laura.

—Confiemos —repitió Pip.

—Adelante —propuso Adam—. Hazte ver.

—Sí —coincidió Jimmy, aunque se preguntaba qué habría dicho Jared si hubiera estado consciente; algo le decía que, tal vez, hubiese tenido una buena idea, o dos. El grupo sin Jared era muy compacto, las decisiones eran A o B, pero Jared se habría ido

a la opción H, o a la W.

—A ver cómo se lo toman —comentó Sonia—. Yo me agacharía, por si... —Dudó unos instantes—. Por si disparan contra nosotros —terminó al fin.

Encendió las luces y comenzó a acercarse a las caravanas. No lo hizo de frente, sino revelando el costado. Se dijo que así, tal vez, les parecería menos hostil que un par de focos cegándolos en mitad de la noche.

No ocurrió nada. Al cabo de unos instantes, les pareció que las caravanas se detenían. Sonia se incorporó a la carretera y aparcó a un lado, a cierta distancia de los vehículos.

—Parece que va bien —dijo—. Escuchad, saldré yo primero. Si pasa algo, alguno de vosotros podrá saltar a este asiento y sacar el coche de aquí, ¿vale?

—No pienses en esas cosas —se apresuró a decir Laura.

—Bueno. Será mejor que salga antes de que se pongan nerviosos.

Bajó del vehículo y levantó ambas manos, aunque solo fuera para dejar claro que no iba armada. Aún no podía ver a través de los cristales de la caravana, así que el interior de la cabina seguía siendo un misterio.

De pronto, la puerta del conductor se abrió. Sonia se detuvo, intentando componer una sonrisa, pero le costaba. No las tenía todas consigo. Si algo iba mal, tal vez los demás pudieran escapar (tal vez), pero ella caería tan rápido como parecía caer la noche sobre ellos en los últimos días.

Un hombre descendió del vehículo. Tenía una cierta edad, pero tampoco era demasiado mayor. Una poblada barba negra asomaba debajo del cuello levantado de su abrigo.

—¿Hola? —dijo.

—¡Hola! —saludó Sonia—. Hemos... hemos visto su luz desde lejos, y hemos pensado en acercarnos.

—¿Hay más gente en ese coche? —quiso saber el hombre.

—Sí. Somos unos cuantos. Corren malos tiempos, así que les he dicho que se queden dentro hasta que sepa si sois buena gente o mala gente. ¿Cómo andáis de ambas cosas?

El hombre rio. Era una risa tranquilizadora.

—Bueno —respondió—, a decir verdad, nos preguntábamos lo mismo. No sé lo que te pareceré yo a ti, pero... tú pareces buena gente.

—Lo soy —le aseguró Sonia—. Soy agente de policía en Hillsdale. Conmigo viajan civiles, gente normal. Una mujer, tres hombres y un chico de trece años.

—¿Cabéis tantos en ese coche? —se extrañó él—. ¡Quién lo diría!

Sonia asintió, y señaló los focos, sin bajar todavía las manos.

—Esas luces... ¿son rayos uva?

—Luces ultravioleta, sí —asintió él—. ¿Qué te parece?

—¿Funcionan de veras contra... bueno, los monstruos?

—Pues si te digo la verdad, no lo sé —admitió el hombre—. Mi mujer tuvo la idea, así que nos movemos despacio, para ver qué ocurre. Esperábamos encontrar algún chupasangre. Queríamos probar si funciona.

—Pero no habéis podido probarlo aún —recalcó Sonia.

—Eso es. Oye, ¿de verdad eres agente de policía?



—Tengo mi identificación y mi placa en el bolsillo. Tuve que cambiarme de ropa. ¿Quieres verla?

—Sí —dijo el hombre, y luego añadió—: No. Qué demonios. Supongo que aunque tengas la placa en el bolsillo no significaría mucho. Podrías habérsela quitado a alguien, o haberla comprado por internet por cuatro pavos. Yo no sabría distinguirla de una de verdad.

—Eso es cierto —reconoció Sonia—. Entonces, ¿qué quieres hacer? ¿Nos fiamos el uno del otro?

El hombre sonrió.

—Vaya. Supongo que ya me he fiado de ti. Alguno de tus compañeros podría haberme disparado ya desde el coche, si hubiera querido.

—Lo mismo digo —repuso Sonia, sonriendo también.

—Vaya. Realmente corren tiempos extraños. ¿Te parece que nos acerquemos y nos demos la mano? O mejor dicho: ¿por qué no te acercas aquí y dejas que te dé un poco la luz? Aún podrías ser un chupasangre, supongo.

—Claro —asintió Sonia—. Voy para allá. Supongo que un poco de bronceado no me vendrá mal.

Caminó hacia él, aunque aún no estaba tranquila del todo. Eran dos caravanas... Caravanas, no coches, con capacidad suficiente para un pequeño grupo. Para dos pequeños grupos. Aún podían salir de su interior y reducirla y llevarla dentro. Era una mujer, y una mujer bonita, por añadidura, y aunque no era muy alta para el decir de muchos, el trasiego del trabajo mantenía su cuerpo en buena forma. Podían llevarla dentro y podían pasar cosas, y ni Jimmy, ni Pip, ni probablemente Laura o Adam podrían hacer mucho por ayudarla, más que arrancar el coche y tratar de alejarse. Jared quizá habría intentado salvarla si algo así ocurría. Quizá. Pero estaba en el País de las Hadas, agotado y derrotado por la fiebre.

Cuatro pasos, cinco. Siete.

Mientras andaba seguía mirando al hombre, intentando que su viejo motor de sensaciones, el olfato de sabueso, como lo llamaba Jared, se pusiera a trabajar. Pero el tipo llevaba un gorro de lana calzado en la cabeza y la oscuridad y el efecto sobrenatural de la luz ultravioleta no ayudaban a hacerse una impresión que valiese de algo.

Diez pasos.

¿Viajaba solo en la cabina? Tenía que haberle preguntado. Él lo había hecho. ¿Por qué no le había preguntado cuánta gente iba con él?

Doce pasos.

Ya estaba demasiado cerca; empezaba a entrar en el círculo de luz.

Dieciséis pasos.

Extendió la mano con la mejor sonrisa que pudo conjurar y dijo:

—Me llamo Sonia.

El hombre le estrechó la mano.

«Ahora es cuando tira de mí, me coge del cuello y me agarra un pecho con una mano mientras diez o doce tipos armados salen de la caravana por la parte de atrás.»

—Yo soy Mac, como los ordenadores, pero te juro que sé tanto de ordenadores como de viajes espaciales.

Sonia sonrió aliviada.

—De acuerdo, Mac. Vaya, supongo que ninguno somos chupasangres.

—No, no lo parece. Si es que esta cosa funciona. ¡Espero que sí! Sería la caña que funcionase. Tal vez podríamos dormir un poco mejor, otra vez.

—¿Viajas solo? —preguntó ella al fin.

—Mi hermano Michael va conmigo en la otra caravana. No queríamos que viniese nadie más, por si... la cosa no salía bien y se ponía feo.

—Entiendo.

—Déjame que lo avise de que todo va bien —dijo Mac—. Seguro que está tan nervioso que debe de estar arañando la funda del volante.

—De acuerdo —dijo Sonia—. Voy a avisar a mi gente, también.

Volvió al coche mientras Mac se dirigía a la otra caravana. Respiró, algo más aliviada. La sensación de peligro no había pasado del todo, pero iba algo mejor. Un poco, al menos.

En el coche la esperaban con la ventana abierta.

—El tipo se llama Mac —informó a través de la ventanilla—. Viaja con su hermano. Estaban probando si las lámparas uva funcionan. No parece mal tipo.

—¿Te ha mencionado algo de unirnos a su grupo? —preguntó Adam—. Estamos un poco apretados aquí.

—Aún no —respondió Sonia—. Tampoco le he preguntado por las medicinas. ¿Vamos? Estaría bien que nos conociésemos todos.

—De acuerdo —dijo Laura, y luego añadió—: ¿Ves?, las cosas a veces salen bien. A veces sí.

—Sí —susurró Sonia—. A veces sí.

Pero no le dijo que había tenido miedo, que había temido que pudiesen violarla, y sobre todo, no le dijo que sus sensaciones no habían sido como con ellos, que, por la razón que fuese, aún no se sentía tranquila del todo.

No del todo.

## DESPUÉS

---

### EXTRACTO DEL INTERROGATORIO A JOHN COLE

¿Cómo que si ? ¿Me está preguntando si hablé con él, con Alkibiades? Está loco. Coño, pensé que sabían un poco más de cómo estaban las cosas. ¿Qué mierda de pregunta es esa? ¿No tienen un departamento de Inteligencia o algo así en el Pentágono? Siempre pensé que tendrían alguno. Bueno, eso explica muchas cosas. Joder, está bien. ¿No tiene cigarrillos? ( ) Será mejor que esté grabando esta mierda porque no voy a repetírsela a algún fantoche con chaqueta cuando vengan los coches caros a recogerme. Escuche , no se puede hablar con Alkibiades, punto. No se me ocurriría ni en un millón de años. ¿No le suena de algo el nombre? Es fácil. No es americano, eso seguro. Puede que le suene de la vieja Europa, de algo exótico, como Grecia. Eso es es un nombre antiguo, mamón; griego, de cuando los griegos molaban. Esa es la edad que tiene Alkibiades. ¿Puede imaginar por un momento cómo debe de funcionar una mente que ya era adulta unos mil años antes de Cristo? ¿Puede entender los pensamientos, las reflexiones, los aprendizajes y las conclusiones a las que debe de haber llegado? No, no puede. Tiene una mente de conejo de sesenta años, no sabe de qué hablo. Ese tipo lleva miles de años por aquí, se mueve por la mente humana como si fuera su puto cuarto de baño, y se mea aquí, se mea allí; se mea donde quiere. Si se te ocurre hablar con él, te desnudará con un parpadeo. Mirará dentro de ti y sabrá con qué actriz te la machacaste por primera vez, con qué mano te limpias el culo y de qué color es la mancha que dejas en tus calzoncillos. Luego puede que diga algo y te convenza de que tirarte por una ventana es una buena idea, o puede que consiga que pienses que arrancarte la piel con una maquinilla de afeitar es lo que se lleva ahora. Y lo harás, buscando la aprobación de sus ojos antiguos. Y no hablo de hipnosis, nada de eso. Hablo de una mente tan vasta, vieja y brutal, que ni siquiera tendrá que usar sus poderes de vampiro ( ) ¿Que de qué poderes hablo? Mire espero que su mierda de grabadora tenga para sesenta horas de grabación consecutivas porque podría llenar una biblioteca con las páginas que podría escribir sobre eso. Alkibiades no es uno de esos vampiros zombi de porquería que recogen a veces de las vías del tren, es uno de... Pero coño, ¿tiene un cigarrillo o no?

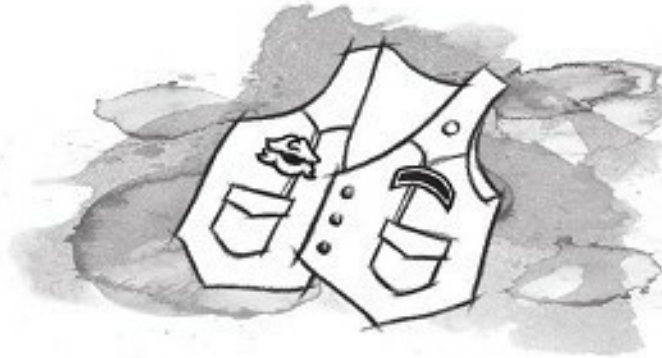
---

Déjeme decirle algo. La noche que estuve escondido en Vanidad; descendí hasta los sótanos. Supongo que conoce el sitio, o lo que queda de él. En aquella época, los sótanos de la mansión se confundían con las cuevas; los vampiros habían tirado muros y utilizaban los túneles para acceder a las cámaras naturales. Allí dormían y pasaban las horas de luz. Parecía el lugar más seguro para pasar la noche, ¿sabe?, porque ellos no son como nosotros, necesitan desconectarse, o mejor dicho, conectarse. Pero esa es otra

historia. Pensé que estaría vacío, y lo estaba. Estuve deambulando por allí. Un lugar asqueroso, puede imaginarlo: había toneladas de restos de animales pequeños, plumas viejas y podredumbre agusanada, así que empecé a moverme cada vez más deprisa. Estaba nervioso, y acabé en Lake Camp. Seguro que ha visto mil fotos de ese lugar, lleno de gente de vacaciones; esa cueva con un lago y un agujero en la pared de roca. La luz de la luna entraba por ese agujero y teñía el lago de una claridad hermosa, cosa que agradecí. Era el primer lugar que no olía a pura mierda en varios días, así que me quedé un rato, respirando el aire nocturno y limpiándome por dentro. ¿Sabe qué ocurrió? ( ) Exactamente. Llegó ella, la propia Elexia. Elexia, ¿sabe? Dios mío, pensé que iba a palmarla. Pensé: Ya está. Se acabó. Este es el final, John. O sea, ¡era Elexia, joder! Supuse que sabría que estaba allí escondido como una araña sabe que un insecto ha caído en su tela, que me jodería la mente, o algo peor. Se me encogieron tanto los huevos que empezaron a dolerme. ¿Sabe lo que es temblar, temblar en serio, y sentir un sudor frío en la frente mientras el estómago te duele por la tensión? Eso es miedo. Miedo de cojones. Estaba seguro de que me detectaría de alguna manera, de que sabría que estaba allí, detrás de las rocas. Tal vez oliese mi sudor, o mis feromonas, o como se llamen. Pero Elexia, tan alta, delgada y lívida, miraba el agua. Estaba desnuda, como siempre, y su piel y sus ojos cósmicos la hacían parecer una estatua. Una estatua hermosa. ¿Sabe qué hizo? Se lavó en el lago ( ) No, joder, no es que cogiera agua y se la pasara por la sobaquera. ¿Alguna vez ha visto a los japoneses haciendo su ritual del té? Coño, lo hacen con movimientos lentos y armoniosos, elegantes; dedican su tiempo a cada cosa, y después de cada acción hacen una pausa, como una marca de respeto. Es bonito, en serio. Elexia se lavó como aquellos japoneses. Sí, Elexia, la jodida comandante de todos los ejércitos de monstruos, la que arrasó con todo en la batalla de Nashville, la que abría tanto la boca enmarcada con dientes largos y afilados que parecía que iba a descoyuntarse. La Elexia que te paraba el corazón cuando te miraba con el cuello lleno de sangre de otros, la que partía el pecho de los hombres en dos con un solo movimiento de su garra y se convertía en aquella bestia espantosa de brazos largos como troncos de abeto. Pues aquella noche, en Lake Camp, ese monstruo antiguo y brutal era una preciosa fotografía; la fotografía de una estatua, una obra de arte concebida para inspirar belleza. Cogía agua con delicadeza y acariciaba su cuerpo con ella. Mirándola, dejé de tener miedo. Y luego luego ella lloró. Le juro que lloró como un bebé mientras escondía sus lágrimas en el lago. ¿Qué tipo de angustia vital, de tristeza, podía tener dentro un monstruo sin alma como Elexia? Casi estuve a punto de salir de mi escondite para consolarla. Casi. Pensé que Elexia tal vez llorase por sus caídos, como hacemos nosotros con la gente que hemos perdido. Tal vez Elexia fuese un animal inhumano para nosotros, pero a lo mejor era importante para los suyos. Amor de vampiros, ¿puede creerlo? Pensar en Elexia como en una madre es lo último que hubiese esperado pensar aquellos días, pero la vida no para de golpearle con sorpresas, ¿cierto?

## Capítulo 10

### NANCY D OCE



#### 1

El teléfono del general vibró en su bolsillo.

—Discúlpenme, caballeros —dijo a los oficiales reunidos en el gabinete de crisis, y se apartó discretamente hacia un extremo de la sala.

—Ford —contestó al teléfono.

—General, Ella quiere verle.

—De acuerdo —respondió, y cortó la comunicación.

Ni siquiera anunció que se retiraba; enfiló sus pasos hacia la puerta y abandonó la sala. Recorrió varios pasillos, saludando a los soldados apostados que se encontraba por el camino, cruzó el gran salón y avanzó directamente hacia la escalera que conducía al helipuerto.

Un oficial esperaba en mitad del rellano.

—Buenas noches, general —dijo mientras lo saludaba al estilo militar—. ¿Se retira ya?

—Sí, me retiro. Que mi piloto me lleve.

—Está esperándole en el helicóptero, señor —contestó.

El general asintió y caminó hacia la puerta.

Fuera, la noche era fría. Tras un periodo de temperaturas casi estivales que ya parecía haber llegado a su fin, una brisa suave que venía del norte le hizo pensar que debería haber cogido el abrigo. Ni siquiera había pensado en el puñetero abrigo. Cuando Ella llamaba, él acudía, aunque le pillara sentado en la taza del retrete.

El hombre nace solo. Es desposeído del calor y de la conexión con su madre con un acto de violencia desmedida; es expulsado del único entorno que ha conocido —y, a su manera, amado— y arrojado al frío del mundo, desnudo y a menudo hambriento. Es el cuerpo de la propia madre el que lo expulsa. Se retuerce, se contrae, se estremece y lo arroja a un nuevo hábitat, tan vasto y desconocido como una galaxia. En un acto supremo por sobrevivir, el hombre debe incluso poner en marcha sistemas que nunca había usado antes. La vista. Los pulmones. La luz duele, y la primera bocanada de aire

duele aún más, a medida que las delicadas membranas de los pulmones se despegan. Duele, y mucho. Y el hombre llora; llora por primera vez (la primera de muchas), mientras un sentimiento nuevo se apodera de él para no abandonarlo jamás: el miedo.

Durante toda su vida, el hombre se esfuerza por regresar a ese hábitat, a ese primer hogar sepultado por un piadoso olvido, necesario para afrontar la existencia. Lo añora, lo desea, aunque sea de una manera inconsciente, y cuando se entrega al primigenio acto reproductor, su cuerpo responde de una manera clara y contundente: lo lanza a un éxtasis inexplicable que apenas puede comprender. El acto único y poderoso de la unión íntima con otro organismo le susurra, lleno de mentiras, que la soledad ha acabado. Y folla. Solo piensa en follar. Trabaja para follar, hace deporte para follar, gana dinero para follar, se viste para follar, se expresa para follar. Aun sin saberlo, todo lo que hace lo hace para follar, para recuperar aquella conexión, para regresar, aunque sea por unos instantes, al primer hogar perdido. Pero se queda a las puertas, llamando insistentemente con convulsiones pélvicas histéricas, solo para ser abandonado después, devuelto de nuevo a la existencia terrible de su cuerpo solitario y desligado. El orgasmo, en suma, es una triste recreación insípida de la expulsión original que anuncia el regreso a la soledad.

La unión con Elexia y su mundo en Rojo era lo más parecido a volver a la matriz materna. Podía cerrar los ojos y sentir la conexión, vibrante y energética, irradiada por cada célula del cuerpo. El calor, la unidad, la comunión extraordinaria que lo mantenía vivo y acompañado, rodeado de algo que sentía como... el Hogar. Y al volver al Hogar, cuando el Hogar vuelve a aceptarlo de nuevo, hace lo que sea por mantenerse dentro. Lo que sea. Elexia podía haberle pedido que intentara asesinar al presidente utilizando una grapadora, y el general lo habría intentado con todas sus fuerzas, y más aún: lo habría intentado hasta que tuvieran que apartarlo de él y llevárselo a rastras, entre seis hombres, con ambos brazos amputados.

—Buenas noches, general —dijo el piloto cuando el general se instaló en el asiento de al lado—. Debo llevarlo ante Ella.

—Lo sé —contestó—. Hágalo. Lléveme ante ella... de prisa.

El piloto ni siquiera respondió. Accionó los controles y el helicóptero despegó y viró suavemente, elevándose por encima de la instalación militar. Estaba en marcha, haciendo lo que Ella le había pedido, y eso era todo lo que quería hacer en la vida. Se sentía tan bien por hacerlo, tan tan bien, que por un momento tuvo ganas de llorar.

La amaba tanto, tanto...

## 2

Jared abrió los ojos a un cielo veteado lleno de volúmenes que conformaban líneas rectas sobre su cabeza. Pero no era un cielo; tardó muy poco en darse cuenta de que era un techo de vigas de madera.

Pensó en la cabaña de Budd, en los buenos ratos en la cabaña de Budd. Dios, la de fines de semana, la de semanas enteras que había pasado allí bebiendo cervezas, disparando a cosas, pescando y meando entre los árboles. Mow, Barren, Alex y el resto de chicos. Y las chicas, claro. La cabaña de Budd tenía algo especial cuando se trataba de echar un polvo, o dos. No sabía si era el olor de los árboles, o el aire que bajaba de

las montañas, o el olor a chimenea que siempre impregnaba las habitaciones, pero cuando estaba allí, entre las paredes llenas de cabezas de ciervos con los ojos inexpresivos mirando, congelados, a la muerte, se sentía paradójicamente vivo. Recordaba especialmente a Linda, la chica de todos; sus ojos negros como la brea, su piel pálida como la cera de una vela nueva, su cuerpo delgado, tan delgado que parecía que iba a quebrarse cuando hacían el amor, y sus pezones de color rosa. Sus pezones de color rosa.

Pero aquello no era la cabaña de Budd. ¿Dónde carajo estaba?

Jared estaba acostumbrado a levantarse en los lugares más insospechados. De hecho, durante un tiempo al menos, fue la norma más que la excepción. En un momento dado estaba bebiendo con los chicos y cantando Stairway to Heaven , y al instante siguiente, ¡pum!, era otra vez de día y abría los ojos en un callejón cualquiera de algún jodido pueblo, a doscientos kilómetros de donde se suponía que debía estar. Y ahora era de día, eso estaba claro, pero no recordaba haber estado bebiendo. Recordaba...

Recordaba haber estado en un coche, persiguiendo...

¿Unas putas luces azules?

En alguna parte hubo luces, eso seguro. Y Sonia. Sonia no paraba de darle por culo, impidiéndole dormir. Hablaba y hablaba. ¡Coño! Pensó en darle una buena hostia, y puede que se la diese, después de todo. Eso explicaría algunas cosas. ¿Lo habían dejado dormido en alguna casa, en mitad de alguna parte, y se habían marchado?

—Bueno...—dijo a la habitación vacía.

No sería la primera vez que alguien lo dejaba tirado porque se había sobrepasado un poco.

Se miró el cuerpo. Todavía llevaba los pantalones, pero alguien le había quitado la camiseta y, lo que era peor, el chaleco.

—No, coño —exclamó furioso—. ¡El puto chaleco!

Era el chaleco de gran follador, regalo de Nancy Siete Polvos Coleman. Era alucinante, y Jared pensó que le sentaría tan bien como unas vacaciones en Nueva Orleans. Ella lo tenía colgado en la pared de su habitación y decía que era un chaleco especial. «¿Cómo de especial?», le preguntó. Nancy dijo que se lo daría al primer hombre que le hiciera cambiarse el mote. El récord estaba en siete polvos, «pero bien echados», decía siempre; no ese baile de ametralladora que consistía, básicamente, en que el tipo se corriese en veinte segundos y la dejara a ella en la inopia sexual, frustrada y hambrienta. Jared le echó nueve esa misma noche, con un cigarrillo de refuerzo y medio vaso de bourbon entre el cuarto y el quinto. Cuando terminó, sudoroso y jadeante, miró a Nancy y le dijo: «Podría echarte un par más, pero Nancy Once Polvos suena fatal». Ella lo miró y le dijo que era un bocazas bravucón tocapelotas, y él se puso sobre ella y le cambió el nombre a Nancy Doce .

Y ahora le habían quitado el chaleco. Si Sonia o cualquiera de los otros se había quedado su chaleco de gran follador, iban a descubrir que Jared aprendió a seguir el rastro de la gente cuando tenía dieciséis años, y que hacía falta ser muy listo o muy imbécil para esconderse de él. Pero luego se miró el hombro y descubrió la venda que le cubría gran parte del cuerpo. Estaba limpia y apretada, y pensó que tal vez (¡tal vez!) lo habían desnudado para curarle la herida.

Lo cierto era que el jodido picor había desaparecido, y se encontraba..., bueno, se encontraba bien, esa era la verdad. En el coche se había sentido algo mareado, pero no con ese mareo agradable de cuando abría una botella de whisky y se dejaba perder un poco entre vaso y vaso, sino un mareo ponzoñoso y turbio, sucio como la tubería de desagüe del meadero de un concierto multitudinario. Tal vez tenía una o dos cosas que agradecerle a alguien.

Se levantó de la cama y miró alrededor. Era una habitación bonita, algo cursi para su gusto, pero civilizada, de todas maneras. En las ventanas incluso había colgadas unas cortinas blancas, recogidas con cintas, llenas de delicados encajes. En una esquina había una pila de porcelana blanca embutida en un mueble de madera. Las patas se curvaban sobre sí mismas formando volutas talladas.

Jared abrió la puerta y salió a un espacioso salón. Una mujer estaba sentada en uno de los sofás, ocupada con un cesto de costura y lo que parecía ser una red de pesca.

—¡Vaya por Dios! —exclamó al verlo, mirando por encima de sus gafas—. ¿Ya se encuentra mejor?

—Sí —respondió Jared, dudó unos instantes y añadió—: ¿Quién coño es usted?

—¡Bueno! —dijo la mujer—, menos mal que me advirtieron sobre usted, caballero, porque si no me hubieran dicho que es un malhablado, lo haría salir de mi casa con una buena patada en el culo.

Jared sacudió la cabeza. Encontrarse mejor era una cosa, pero ponerse de pie estaba revelando una carencia importante en su organismo: la de un par de vasos de alcohol.

—Vale —dijo Jared, poniéndose una mano en el pecho—. Le pido disculpas, señora. Pero no sé dónde estoy, ni dónde está mi ropa. Llevaba un chaleco.

—Su ropa está ahí mismo —dijo ella—, pero pensaba lavarla. Ese chaleco suyo huele como si lo hubiera restregado por el culo de una vaca.

—Probablemente lo he hecho en algún momento, pero prefiero que se quede sin lavar, si no le importa.

—Bueno, este es un país libre —repuso ella—. Haga lo que quiera. Pero si huele mal mientras cenamos, le pondré su cena en una escudilla y lo sacaré fuera.

—Me parece justo —dijo Jared.

La mujer suspiró, apartó el cesto de costura mientras sacudía la cabeza, se levantó con cierto esfuerzo y se dirigió a una de las sillas que había pegadas a la pared.

—¡De acuerdo! —exclamó cogiendo un fardo de ropa—. Aquí están sus cosas. Tenemos ropa de hombre en abundancia, de todas maneras, por si quiere ponerse otra cosa. Camisas, sobre todo. A mis hombres les gustan las camisas más que las camisetas. Por aquí suele hacer frío.

—La camisa está bien —dijo Jared—. Solo quiero mi chaleco.

Ella miró el bulto negro.

—Tiene un valor sentimental —apuntó—. Lo entiendo. ¿Quizá era de un ser querido?

—Sí —asintió Jared—. De alguien que amé mucho.

Ella sonrió.



—Esas son cosas que una madre puede comprender, ¿ve? Deberíamos haber empezado nuestra conversación por ahí.

Se acercó a él y le entregó la ropa. Jared asintió con la cabeza y empezó a vestirse. El hombro aún le dolía cuando empezó a ponerse la camiseta, como si le diera bocados al hacer ciertos movimientos, pero no le extrañó. Era una herida monstruosa, de esas que le dejan a uno el brazo jodido de por vida.

—¿Dónde está la gente que venía conmigo? —preguntó.

—¡Ah! Son todos encantadores, ¿verdad? En especial las mujeres. Buenas mujeres, se lo digo yo. Ha tenido usted suerte de encontrarlas, se ve que le hace falta una buena compañía femenina que lo enderece un poco. Y Adam... No puedo creer que fuésemos casi vecinos y que todavía no nos conociéramos. ¡Una pena! Hemos hecho buenas migas.

—¿Adam? —dijo Jared, intentando recordar—. Ah, sí, Adam, claro. ¿Y el chico?

—¿Jimmy? Por ahí anda. Vaya fuera, si se siente capaz. Están organizando algo.

—De acuerdo —dijo él. Luego dudó unos instantes—. Yo me llamo Jared, Jared Bossier.

Ella asintió con una sonrisa.

—¿Ve como puede mantener las formas cuando quiere? —aseveró ella—. A mí puede llamarme Anne. Somos los Gallagher. Están todos ahí fuera, ¿por qué no va a conocer al resto de la familia? El frío está llegando, por fin, así que aprovechemos el bonito día que hace hoy ahora que todavía somos humanos.

Jared asintió.

—Sí. Supongo que sí.

Hizo un gesto con la cabeza y se dirigió al exterior.

Era una granja, de eso no había duda; hasta donde alcanzaba la vista estaba lleno de maquinaria para el trabajo de granja. Allí, en primer plano, había una abonadora industrial abollada que mucho tiempo atrás debió de ser de un color azul intenso, y junto a ella había dispuestas unas vareadoras. A su derecha descansaba un tractor Massey Ferguson, y una plétora de cajas y contenedores apilados, barriles que parecían sacados de una barricada de los tiempos de la guerra, con un par de repuestos para una cosechadora, bastante maltrechos también. Había ruedas de distintos tamaños, tablas y tablones formando una pila junto a unos semilleros de gran tamaño, leña cortada, rastrillos y un gran contenedor Open Top cubierto con una lona desgastada. También descubrió trabillas, topes de cinco púas, gradas de trece brazos y otros aperos que no pudo identificar. Allí se trabajaba la tierra, aunque estaba bastante claro que hacía mucho que no se reinvertía en materiales.

Y a poca distancia, junto a una camioneta tradicional con evidentes signos de desgaste, vio a Sonia y a Jimmy junto a un grupo de personas. No se encontraban cerca de Texas, pero dos de ellas lucían el tradicional sombrero vaquero americano.

—¡Jared! —exclamó Jimmy tan pronto lo divisó, de pie en el porche de la casa.

—¡Hombre! —lo secundó Sonia—. ¡El hijo pródigo ha vuelto!

Jared sonrió.

—¿Dónde cojones estamos? —preguntó.

—Ven aquí, hombre —lo llamó ella—. Estos son los Gallagher. Mac, sus hermanos Michael, Eddie, Dallas... y estos son Douglas y Seven. Son vecinos, buenos

amigos de la familia.

—¡Buenos días! —lo saludó Michael—. Duerme usted como un bebé; ¡el sol está alto ya!

—Un bebé —susurró Jared, pero levantó la mano y saludó mientras se acercaba.

—Seven nos estaba hablando de un problema —lo informó Mac—. ¿No es así, Seven?

—Así es —asintió el hombre sentado al volante.

Jared llegó hasta ellos y les estrechó las manos a todos.

—Bueno, ¿y qué problema es ese? Parece que vamos un poco sobrados de problemas estos días.

Mac asintió.

—Es la granja Milton —explicó Seven—. Los Milton hace tiempo que no trabajan la tierra, pero carajo, todavía vienen de vez en cuando, sobre todo en primavera y en verano, cuando hace buen tiempo. A sus críos les gusta bañarse en el río, hacer fuego por la noche y acampar, como a todos los críos que conozco.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Jared.

—Pues que anoche no había nadie en la casa, como cabría esperar en esta época del año, pero esta mañana había una furgoneta aparcada en la puerta. Aparcada es decir mucho. Estaba tirada en la entrada.

Jared se encogió de hombros.

—Puede que hayan venido para... alejarse de todo el follón —sugirió.

Seven negó con la cabeza.

—A Harry no se le ocurriría dejar su coche donde está esa furgoneta ahora. Siempre guarda su Jeep Patriot en la nave que tiene detrás. Ama su coche desde que lo compró, en 2010; lo cuida como si en vez de gasolina llevara su sangre, y por lo que le costó, creo que sí que la lleva. Además, no creo que Harry haya cambiado de coche, entre otras cosas porque esa furgoneta no es una furgoneta normal, es uno de esos vehículos refrigerados, de los que se usan para transportar carne y cosas así. En el lateral lleva el logo de alguna empresa de distribución de carne de vacuno, pollo... esas cosas.

—Harry no conduciría una furgoneta así si pudiera evitarlo —opinó Mac.

—¿Creéis que pueden no ser ellos? —preguntó Sonia.

—No creo que lo sean —explicó Mac—. Así que o son extraños buscando refugio en alguna casa, o bien son... Bueno, esos chupasangre.

—Un vehículo con sistema de refrigeración —exclamó Jared—. La zona de carga suele estar bien protegida de la luz, todo sellado y oscuro. Yo diría que encaja.

Mac asintió.

—Están lo bastante cerca como para que puedan ser un problema —dijo este—. Creo que deberíamos ir a echar un vistazo. Si al final es Harry, les diremos que se vengán con nosotros. Cuantos más seamos, mejor. Si son extraños, bueno, ya veremos qué tipo de gente resultan ser. Y si son vampiros... haremos bien en acercarnos mientras brilla el sol.

—Estoy de acuerdo —dijo Eddie.

—Te seguiré con el coche, Seven —dijo Mac—. ¿Vienes con nosotros, Michael?

—Claro.

—Yo también iré —anunció Dallas, que hablaba por primera vez. Tenía una voz grave y profunda que a Sonia le parecía más que atractiva. «Voz de radio», habría dicho su padre: dura y casi áspera, pero cálida en cierto modo.

—Muy bien —concluyó Mac—. Los demás quedaos aquí. Volveremos enseguida. Sonia asintió.

Los vieron alejarse en dos coches, levantando una pequeña nube de polvo y tierra por el camino. El sol... el sol se sentía bien al contacto con la piel. Jared cerró los ojos unos segundos, respirando el aire limpio de aquella zona rural. Sí que se notaba que las temperaturas habían descendido, y probablemente al caer la tarde haría demasiado frío como para ir por ahí en mangas de camisa, pero por ahora agradecía el calor tibio de los rayos sobre el cuerpo.

—Pues bienvenido a la granja Gallagher —dijo Eddie—. ¿Mi madre te ha dado algo para desayunar? Debes de tener hambre.

—No, gracias. No podría comer ni el huevo de una hormiga, pero agradecería un trago o dos —respondió Jared.

Eddie asintió.

—Entiendo —dijo—. ¿Qué sería de un hombre sin un poco de combustible para empezar el día?

—¡Es lo que yo digo! —exclamó Jared.

—Oh, vamos —lo reconvino Sonia—. ¿No prefieres unos huevos? Te vendrán bien para esa herida. Ayer estabas hecho polvo, con una fiebre de caballo.

—¿En serio? ¿Eso es lo que pasó? ¿Por eso no recuerdo nada?

—Eso fue lo que pasó —respondió Sonia.

—¿Es verdad eso, chico? —preguntó Jared mientras miraba a Jimmy.

—Sí —respondió—. Tuviste fiebre, y te desmayaste.

—Carajo —soltó Jared—. No recuerdo haberme quedado tan fuera de juego por un poco de fiebre.

—Bueno, tienes ahí una herida bastante fea —apuntó Eddie—. A decir verdad, nos pusimos un poco nerviosos. O sea, un tipo en coma, con una herida tan aparatosa. Nos costó convencer a mis hermanos de que te dejaran quedarte dentro de la casa, no te ofendas. Pero necesitabas una cama, y bueno... ¡en todo caso me tranquiliza verte aquí fuera, bajo el sol! Ningún chupasangre aguantaría el sol sobre la piel.

—Eso es verdad —afirmó Jared—. No me habría ofendido si me hubiera despertado en una caravana, atado de pies y manos.

—No hay cadena o cuerda que mantenga a un vampiro atado a ninguna parte, de todas maneras —explicó Eddie—. Pero fue mi madre la que te examinó y dijo que podías quedarte. Y aun así, se quedó fuera de la habitación, vigilando.

—¿Tu madre me vigilaba? —preguntó Jared—. ¿La señora que cosía?

—Oh, no te confundas. Ahí mismo, bajo los cojines, tenía su Smith & Wesson. No he conocido ni conoceré a ningún tirador mejor que mi madre. Si hubieras salido de esa habitación con los ojos vueltos, te habría clavado una bala en la cabeza.

—¿En serio? —preguntó Jared, sonriendo—. Carajo. La vida te da sorpresas, supongo.

Eddie asintió.

—¿Y qué plan tenéis? —preguntó.

—¿Plan? —preguntó Eddie.

—Sí, joder. O sea... —Miró a Sonia—. Nosotros viajamos hacia el oeste. ¿Cuál es vuestro plan?

—No hemos hablado mucho de ello —exclamó Sonia—. Esta gente tiene algo en marcha que tal vez merecería la pena probar, antes de seguir, al menos.

—¿Ah, sí?

—Rayos ultravioleta —explicó Jimmy—. Es lo que usa la gente de la ciudad para ponerse morena. Son como rayos de sol artificiales.

—Sé lo que son los rayos ultravioleta, chico —dijo Jared—. Pero ¿qué pasa con ellos?

—Bueno, pensamos que tal vez tengan efecto sobre los vampiros.

—Oh, mierda —gruñó Eddie—. Mac debería haberse llevado una de las lámparas, ahora que lo pienso.

Sonia abrió mucho los ojos.

—¡Sí! —exclamó—. Si hay vampiros allí, estarán dentro de la casa, escondidos en algún sitio oscuro. Y ese es su terreno... Si se meten dentro...

Eddie asintió.

—Mac es un tirador excelente —explicó Eddie—, pero es mejor jugar sobre seguro. Creo que voy a llevarles una lámpara. Tenemos baterías de coche para alimentarlas.

—Voy contigo —dijo Sonia.

—Yo también voy —se apresuró a decir Jimmy.

Jared miró alrededor. A cierta distancia, un viejo molino, elevado unos diez metros sobre la tierra, giraba perezosamente.

—¿Dónde están... los chicos? ¿Y ese señor... Adam?

—Están en la parte de atrás —respondió Sonia—, con las chicas. Aún no... recuerdo sus nombres.

—Beatriz y Eleonor —le recordó Eddie—. Son las mujeres de Mac y Michael. Están ayudando a montar unos postes para emplazar las lámparas.

—Vale —dijo Jared—. No creo que sea de mucha ayuda con eso, así que iré con vosotros.

Eddie asintió.

—En marcha, entonces. Iré a por la lámpara.

Se dirigió hacia la casa dando grandes zancadas. Con sus botas altas, los vaqueros y la camisa de franela a cuadros, Jared pensó que el tipo parecía sacado de un anuncio de Marlboro.

—Buen grupo de vaqueros te has buscado —dijo Jared.

Sonia sonrió.

—Son buena gente —le aseguró. Y es lo que dijimos, ¿no?, cuantos más seamos, mejor.

—Puede ser —respondió Jared—. ¿Qué sabes de cómo están las cosas? ¿Tienen televisor aquí? Ahí dentro no he visto ninguno, pero apuesto a que se reúnen al atardecer para escuchar la radio mientras limpian sus botas con grasa de caballo.

Sonia volvió a sonreír.

—Vamos, no seas así —lo riñó—. No son... no son paletos de granja, si es lo que

estás insinuando.

Jared se encogió de hombros.

—Sí, tienen radio y están enterados. La madre es una persona especial, aquí todo gira en torno a lo que ella dice. Es un matriarcado, ¿sabes? Es guay. Después de ella está Mac, creo. Es el mayor, me parece, y si no lo es, lleva la voz cantante. La granja es el negocio familiar.

—¡Vale, vale! —refunfuñó Jared—. Es precioso, de veras. ¿Qué dicen las noticias?

—La cosa está mal —dijo Sonia—. Peor de lo que pensaba.

—Se han expandido mucho —terció Jimmy—. Hay brotes por todas partes. Ya no hay un... cerco. Si lo había, cayó anoche. Anoche atacaron muchos puestos, murió mucha gente.

—¿Eso lo habéis oído hoy? —preguntó Jared.

—Ajá —asintió Sonia—. En el desayuno. Luego apagaron el aparato. La madre no quiere que estén escuchando la radio todo el día. Dice que hay demasiado que hacer y que la radio solo trae malas noticias que hacen que todo el mundo vaya cabizbajo todo el día.

—Carajo con la madre —exclamó Jared.

—Pero hace un pan de centeno caliente que te mueres —dijo Jimmy.

Jared soltó una pequeña carcajada.

—Hablar así de la comida te hará engordar, chico —bromeó.

—Y tú deberías comer algo —dijo Sonia—. Me preocupa que no tengas hambre. Seguramente es mala señal. No estás bien del todo.

—Yo nunca desayuno, cielo —soltó Jared—, como no sea un huevo crudo en un vaso de whisky. No has probado nada igual.

Sonia compuso una expresión de asco.

—Eso por descontado —soltó.

—Vaya —dijo Jared—. De todas maneras, lo de las luces para el bronceado me ha dejado a cuadros. ¿Cómo es que nadie ha pensado en eso? Todos esos soldados que decís que han muerto, ¿cómo es que unos paletos profundos han dado con la clave y ahí arriba, en los despachos de Washington, no han pensado en ello?

Sonia inclinó la cabeza.

—Bueno, no han podido probarlo aún —susurró Sonia—. Solo creen... creemos... que tal vez funcione.

Jared puso los ojos en blanco.

—Coño —soltó—. Eso es otra cosa. Ya decía yo. Si esas lámparas para ejecutivas pijas de Nueva York funcionan, me como los calzoncillos del chico.

—Son de StarWars —dijo Jimmy—. Y llevo ya unos días con ellos.

—¿Qué? —exclamó Sonia entre risas.

—Pues me como los calzoncillos del puto StarWars con el tipo del traje negro o el enanito verde de la tribu de los Yetis, si eso es lo que llevas estampado para cubrirte el pijo.

Jimmy soltó una carcajada.

La furgoneta estaba allí mismo, como había dicho Seven, prácticamente tirada en el pequeño terraplén frente a la casa. Había un par de cosas que a Seven le olían mal. Una era que la puerta trasera estaba abierta. Harry Milton nunca habría dejado la puerta abierta, con todas las alimañas que deambulaban por la zona de noche. Era un hombre cuidadoso que limpiaba y afilaba su hacha cada vez que cortaba leña, y no dejaría la puerta de ningún vehículo abierta. La otra era que las ruedas estaban giradas tanto como daban de sí. Aún recordaba a Harry diciéndole: «Cuando aparques tu camioneta, Seven, deja siempre las ruedas alineadas, sobre todo si vas al pueblo a por provisiones. Nunca sabes cuándo algún gilipollas de la ciudad puede darte un toque en la rueda, enviando toda la suspensión al carajo. Y no te darás cuenta hasta que estés al volante escorando hacia la derecha sin saber qué coño pasa».

No sabía quién estaba en la casa, podían ser vampiros tanto como podía ser Charlize Teron y los Nueve Enanitos de Oriente, pero no era Harry Milton.

Mac detuvo su coche junto al suyo y se asomó a la ventana.

—De acuerdo —dijo el mayor de los Gallagher—. Si son vampiros, la cosa no pintará mal hasta que entremos. Pero si son gente asustada que viene de quién sabe dónde, entonces el peligro es otro. Podrían pegarnos un tiro a cualquiera de nosotros apenas pongamos un pie fuera del coche.

—Es lo que iba a decir —declaró Dallas.

Mac asintió.

—Vamos a ir por la parte de atrás. En ese lado de la fachada, Harry no tiene ninguna ventana en el piso de abajo, ¿cierto, Seven?

—Ciertísimo —respondió este.

—Pues conduce hasta allí, y a ver qué pasa.

Seven maniobró y rodeó la casa, pisando el selvático jardín del señor Milton. Douglas pensó que la mujer de Harry, Muriel, les cortarían los huevos y los dejaría secar al sol si les viera pisar su jardín con el coche de Seven, que tenía ruedas grandes como las de un camión. Mac lo siguió, conduciendo despacio y atento a las ventanas. Estaban todas cerradas, incluyendo los batientes, lo cual podía ser una pista sobre quién ocupaba la casa.

—Son vampiros —dijo Dallas—. Ya te lo digo yo.

—Ya veremos —contestó Michael.

Mientras se acercaban, los hombres prepararon sus armas: rifles de caza todos ellos, la mayoría con más años en la familia que muchas de las herramientas que manejaban casi a diario. Había modelos más recientes que hubieran podido comprar, pero ya no hacían rifles como los que ellos tenían, recamarados para usar cartuchos de alta velocidad, precisos, bien equilibrados y de un peso inferior a tres kilos.

Mac vio cómo Seven aparcaba y dejaba salir al viejo Tuerto del asiento trasero.

—Seven ha traído a Tuerto —dijo complacido. Era una buena cosa. Muy buena, de hecho.

Tuerto era un foxhound experto en «arbolar» animales. Mac lo había visto obligar a mapaches, pumas, osos negros y linceos a trepar a un árbol donde había estado ladrándoles durante horas, impidiéndoles la huida. Allí podían, fácilmente, abatirlos con los rifles. Antes tenía un nombre que ya no podía recordar, ¿Stewie, quizá? Algo como eso, pero desde que perdió un ojo luchando con un oso, el animal se había ganado el

mote de Tuerto . Era una suerte de medalla honorífica. Seven había querido deshacerse de él. Decía que al perder la visión espacial, podía correr hacia una roca y darse de bruces con ella, pero Tuerto demostró estar todavía en muy buena forma, y siguió «arbolando» animales tantas veces como hizo falta.

—Bien jugado, Seven —dijo Mac al bajar del coche.

Seven miró al perro, que movía el rabo a su alrededor.

—Solo espero que si hay un vampiro ahí dentro, no me lo mate, Mac —respondió Seven—. Quiero demasiado a este perro.

—No lo hará —dijo levantando el rifle con una mano—. Para eso estamos aquí.

Seven asintió.

—La puerta estará cerrada —advirtió Michael—. Deberíamos haber mirado si la entrada estaba forzada.

—Sí —asintió Mac—. Eso se nos ha pasado.

Seven enseñó un manojo de llaves que acababa de sacar del bolsillo.

—Tengo las llaves —dijo—. El propio Harry me las dio, por si pasaba algo.

—¡Buena cosa! —lo celebró Mac—. Pues abre la puerta, esté cerrada o no, y a ver qué dice Tuerto .

La puerta estaba cerrada, como Michael había sospechado, pero Seven hizo girar la llave en la cerradura y la puerta se abrió, silenciosa y fina como si acabaran de instalarla.

Tuerto reculó unos cuantos pasos.

Seven tiró de la correa.

—¡Vamos, Tuerto , chico!

El animal agachó los cuartos traseros, las orejas pegadas a la cara, con los ojos tristes y hundidos. Gimió.

—¡Vamos, chico! ¡Entra! —insistió Seven.

—Que me aspen —exclamó Michael—. Es la primera vez que veo que ese perro no quiere entrar en casa de Muriel.

—Y yo —dijo Seven— Está asustado de veras, Mac.

—Ya lo veo —dijo este—. Mala cosa.

Se acercó a la puerta y miró al interior, manteniendo el cuerpo protegido desde un lateral. Allí dentro estaba oscuro como boca de lobo y apenas si divisaba los muebles de la entrada. Desde luego, estaba claro que Harry Milton no había regresado: Muriel abría todas las ventanas y aireaba la casa apenas ponía un pie en ella. De hecho, los Milton se pasaban todo el verano con las puertas abiertas de par en par, la luz entrando generosa por cualquier cosa que pudiera abrirse al exterior.

—Mala cosa de veras —afirmó Dallas—. El perro huele algo dentro.

— ¡Tuerto! —exclamó Douglas a su lado—. ¡Entra ahí, chico!, ¡vamos!

Tuerto emitió un gemido lastimero.

—Me parece que no va a querer —dijo Mac.

—Para mí está bastante claro —opinó Michael—. Ahí dentro hay algo que al perro no le gusta, ¡y o mucho me equivoco o a nosotros nos va a gustar aún menos!

—Pues no tiene sentido retrasarlo más —decidió Mac, con el rifle preparado en las manos. Lo alzó y entró en la casa.

Se movieron despacio por la casa. Afortunadamente la conocían bien y sabían

adónde conducía cada puerta y qué recovecos había esperar, así que en un rato habían cubierto toda la planta baja, que consistía apenas en unas pocas habitaciones, incluyendo la cocina, un aseo y un cuarto de baño completo, además del salón. Mac no esperaba encontrar allí ningún vampiro. Aunque los batientes estaban todos cerrados, podían abrirse con facilidad y dejar que la luz entrase con rapidez.

—Para mí que nuestro monstruo estará abajo —susurró Michael—. En el sótano. Mac asintió.

—Sin duda creo que así es —opinó Seven—. Dios santo, a Muriel le daría un ataque si supiera lo que se ha metido en su casa.

—Creo que la haría arder si no se quedase satisfecha después de estar dos semanas limpiándola con lejía y aguarrás —exclamó Douglas.

—¡Sin duda! —asintió Seven, pasándose una mano por la barba de tonos cobrizos.

—Vale —dijo Mac—. Iremos al sótano primero, entonces.

—Será lo mejor.

—¿Alguien ha traído una linterna? —preguntó Dallas—. Tengo un par en el coche.

—Sé donde Harry tiene las suyas —dijo Seven, acercándose a un pequeño aparador—. Tienen esos cortes continuos que nunca hemos sabido arreglar. Aquí están. Una buena colección, vaya.

Sacó tres linternas de gran tamaño y supo, por el peso, que estaban descargadas. Era también típico de Harry, no guardar sus cosas con las baterías puestas. Las pilas modernas se sulfataban muy rápidamente. Pero las pilas estaban también allí mismo, cuidadosamente preservadas en una bolsa de plástico azulado. Sin decir nada, cargaron las linternas y las probaron.

—De acuerdo —dijo Mac—. ¿Qué hay de tu perro, Seven? ¿Crees que querrá entrar ahora que todos estamos dentro?

—Es posible —dijo él—. Puede que sí, o puede que no.

—Nos vendría bien ahí abajo, creo.

—Probaré.

Pero desde el interior oyeron los gemidos del perro cuando Seven empezó a increparlo, y supieron que el chucho no entraría en la casa, estuviera su amo en ella o no.

—Nunca lo habría dicho —dijo Michael—. No de Tuerto. Jesús, yo vi cómo se enfrentó a aquel oso. Todos le gritábamos que parase, que se quedase quieto, pero él se lanzó a por el oso de todos modos, sin dudar un solo instante, sin recular. Creo que por eso el oso no lo despedazó; estaba acojonado, con ese animal saltando a su alrededor y trepándole encima por la espalda para darle bocados. Y míralo ahora.

—Es un perro valiente —manifestó Mac—. Por eso me huele todo tan mal. Los perros, como muchos animales, pueden sentir cosas que las personas no podemos. ¿Te acuerdas de Mary Ann, la señora Huspeckle? Siempre andaba diciendo que en su casa vivían los fantasmas de sus tres maridos y que estaban siempre peleando por ella. Puedes reírte de esas cosas, pero mamá dice que una vez, cuando estaba de visita, la tetera salió despedida contra la pared y se estrelló como si la hubiera lanzado un campeón olímpico. Desde entonces, Mary Ann vivía rodeada de gatos. Decía que



era la única manera de saber anticipadamente lo que iban a hacer sus tres exmaridos.

—Me acuerdo de eso —dijo Michael—. Mary Ann siempre estuvo un poco chalada, si puedo decirlo, pero no seré yo el que niegue que, en su casa, las cosas se sentían diferentes. Podía brillar el sol en lo alto y sentir que algo no iba bien.

—Exacto —le dio la razón Mac—. Pues este perro está percibiendo cosas. Puede que solo sea el olor a vampiro, algo sutil que nosotros no captamos... Olor a muerto, quizá, pero es algo. Y está ahí abajo.

—Mierda, Mac —dijo Dallas—. Me gustaría pasar de este tema y volver a la granja.

—Pero no podemos hacer eso —respondió Mac—. No podemos. Si dejamos que los vampiros se asienten a nuestro alrededor, acabarán rodeándonos. Tenemos que ocuparnos de esto, echarlo de aquí como sea. Y se me ocurre que tal vez estemos hablando demasiado alto.

—Bueno, ya oíste lo que dijeron en la tele. Los monstruos duermen de día, y duermen profundamente —dijo Michael.

—Y luego dijeron que si encontrábamos un monstruo durmiendo, nos alejásemos con tanta rapidez y tan lejos como pudiésemos —remachó Douglas.

Mac iba a responder algo, pero Seven llegaba ya por el pasillo que conducía a la puerta de atrás.

—Ese perro chiflado no entrará, Mac —dijo—. El pobre animal está temblando como no lo he visto temblar en su vida. Me da mucha pena.

—Eh —los llamó Michael desde la puerta principal—. Aquí tenéis la respuesta a lo que hablábamos antes.

Señalaba la cerradura: estaba arrancada de sus anclajes de hierro y combada hacia dentro, como si alguien la hubiera golpeado con un martillo hidráulico. Solo que sabían que no había sido un martillo hidráulico ni nada por el estilo, sino, probablemente, un solo empujón de esos monstruos con fuerza sobrehumana.

Se miraron sin decir nada, y cuando Mac asintió, se dirigieron todos al sótano.

## 4

No tardaron mucho en descubrir que el sótano estaba vacío. Era fácil decirlo: Harry Milton tenía todas sus cosas cuidadosamente embaladas y preservadas, apiladas en estantes que cubrían las paredes. No había huecos donde un hombre pudiera esconderse, ni rincones que no estuvieran aprovechados por enseres metidos en cajas o contenedores de un tipo u otro.

—Bueno —dijo Mac—. Que me aspen.

Dallas suspiró aliviado.

—Joder —gruñó—. ¡No hay monstruo! ¡Que me jodan!

—No hay monstruo aquí abajo —opinó Michael—. Pero eso solo quiere decir que debe de estar arriba.

—Arriba en el dormitorio —susurró Seven, apretando los dientes—. En la cama de Harry... Donde nació Ben. Qué... cabrones...

—Bueno, ya veremos —dijo Mac.

Pero cuando subieron al piso de arriba, tratando en vano de cubrirse unos a otros

por la escalera no demasiado ancha, encontraron las habitaciones vacías. Una de las primeras cosas que hicieron fue retirar las cortinas y abrir los batientes de las ventanas, dejando entrar la luz. Eso les permitió relajarse un poco, pero aún sentían una gran inquietud por no haber podido localizar al monstruo.

O a los monstruos.

—Un momento —dijo Mac—. Esto no tiene sentido...

Miró la cama de los Milton, pero no había manera de esconderse debajo: era un canapé de estilo oriental que llegaba hasta el suelo. Luego miró la habitación: las cortinas, el espacio bajo la mesa...

—Eh, Mac —apuntó Douglas—. ¿Tal vez en los armarios?

Mac asintió.

Miraron en los armarios, en los de la habitación y en el del rellano, pero no encontraron nada dentro.

—Qué demonios —susurró Mac—. Estaba seguro de que encontraríamos algo aquí.

—¿De qué demonios tenía miedo tu perro, Seven? —preguntó Michael.

—No tengo ni la más remota idea —contestó el otro.

—No. Algo... algo se nos escapa. Además, huele raro, ¿no lo notáis?

Seven levantó la cabeza, como husmeando.

—Naftalina —dijo Douglas—. Es a lo que me huele a mí.

Seven asintió.

—Naftalina.

—No es raro —dijo Michael—. Muriel no es de las personas que dejarían su ropa a las polillas. Ya has visto los armarios. Jesús, tiene la ropa metida en bolsas.

«La ropa metida en bolsas», se dijo Mac mentalmente.

Había algo. Había visto algo que...

Algo que no cuadraba.

Regresó al dormitorio principal y dio la vuelta a la cama. Allí, en el suelo, había dispuestos varios nórdicos, aún en su funda, junto a unas mantas y lo que parecía ser ropa de abrigo. Ropa de abrigo. En el suelo.

Mac frunció el ceño.

—¿Creéis que Muriel dejaría esto aquí?

Los hombres miraron.

—Seguro que no —exclamó Seven—. Ni siquiera Douglas deja la ropa en el suelo.

—Entonces...

Mac volvió a mirar el armario. Aún estaba abierto, pero ahí dentro no cabría todo ese montón de cosas, ni metiéndolas con esfuerzo.

—Entonces... —repitió.

Seven lo cogió del brazo. Mac miró. Seven estaba señalando el canapé de la cama.

Era uno de esos canapés que permiten levantar el colchón y revelan un sitio más que espacioso debajo. Una de las muchas comodidades de la vida moderna. Pero ahí dentro podía ocultarse un hombre, o dos, e incluso tal vez tres si se apretaban lo suficiente, y desde luego era un lugar insospechado y tan oscuro como se podía

desear.

—Carajo —exclamó Dallas, levantando el rifle.

Mac miró a sus hermanos, y estos asintieron. Prepararon sus rifles y apuntaron a la cama mientras Mac se agachaba para levantar el canapé. Antes de tirar, miró a la ventana. La luz entraba por ella, y aunque no era el sol directo, desde luego era una luz natural suficiente. Se dijo que tendría que valer si había allí un vampiro escondido. Y se dijo, mientras tiraba hacia arriba, que era hora de comprobarlo.

Un repentino olor a menta rancia llenó la habitación, alcanzando sus pulmones incluso antes de que comprendieran lo que estaban mirando.

Eran dos hombres. No, un hombre y una mujer, con la piel de un tono amarotado pálido con estrías azuladas que bien podían ser venas. Ella era tan delgada y andrógina que les costó discernir que era una mujer. Los pies descalzos parecían tener la planta destrozada, la piel rasgada y formando laceraciones. Su ropa estaba ajada y destrozada, como si hubieran estado reptando entre matorrales. Y dormían: las mejillas exangües pegadas al hueso, la boca entreabierta, los ojos cerrados con un contorno púrpura.

Tampoco tuvieron mucho tiempo de decir o hacer nada. El hombre se incorporó de inmediato, sin doblar las rodillas, como en un improvisado truco de magia. De pronto estaba ahí, de pie, con los ojos abiertos de par en par. Una nebulosa negra centelleaba allí donde una vez hubo un iris. Abrió la boca y profirió un grito grave y profundo, como si su voz saliera del interior de una cueva. Seven gritó también, súbitamente sobrecogido, y el rifle se le disparó sin pretenderlo. El sonido del disparo llenó la habitación, y los hombres se encogieron. El impacto alcanzó el cabecero de la cama, tallado en madera; recordaba mucho al de las camas de los enanitos en Blancanieves, con búhos y otros animales esculpidos. El impacto destrozó la cabeza de uno de ellos y, de repente, la infantil representación del búho se asemejó más a una criatura primigenia sacada de algún delirio de Lovecraft que a otra cosa.

Nadie pudo hacer nada. El vampiro extendió el brazo y lo movió ante sí con un gesto inesperado, alcanzando a Dallas en el cuello. El vaquero se lanzó hacia atrás, o quizá salió despedido, llevándose las manos a la garganta. Un minúsculo chorro de sangre consiguió brotar antes de que sus manos alcanzaran a tapar la herida.

La mujer empezó a gritar también, pero no se levantó. Se quedó tumbada, moviendo brazos y piernas de forma histérica, como si estuviera en el agua y unas pirañas de diez kilos estuvieran devorándole los pies.

—¡Dallas! —gritó Michael.

Michael disparó a continuación, esta vez con tiempo para apuntar. Había querido darle en la cabeza, pero el disparo le arrancó un trozo de carne de la nuca. Mac ni siquiera lo advirtió, estaba mirando a Dallas, que había retrocedido hasta darse contra la pared. Cuando vio su expresión supo que no la olvidaría mientras viviese, fuese mucho o poco tiempo, sobreviviese su hermano o no. Era una mezcla extraña entre confusión, dolor y asfixia, los ojos muy abiertos mirando algún punto indeterminado del techo. La sangre escapaba abundante entre sus dedos.

—¡Dallas! —repitió Mac mientras se acercaba a él.

Douglas miraba a la mujer como hipnotizado. Estaba viendo cómo su piel se oscurecía por momentos. Incluso le parecía estar oliendo a pollo quemado, como

cuando se coloca una gallina sobre el fuego para eliminar los restos de plumas de la piel. Y se sacudía, dando golpes contra el marco interior del canapé, produciendo un sonido repetitivo, monótono e incesante.

El vampiro se lanzó hacia la puerta, humeando también. Nadie supo a ciencia cierta lo que ocurrió entonces; todo pasó demasiado deprisa, y Douglas, de todas maneras, observaba cómo la mujer se encogía y empezaba a humear mientras se entregaba a una caterva de gritos de terror. No podía apartar la mirada. Ni siquiera podía respirar. O gritar, a pesar del terror que lo atenazaba. Pero el vampiro saltó sobre Michael de alguna manera, y de alguna manera también lo empujó a un lado apoyando la mano sobre su cabeza. El cuello de Michael crujió y él se derrumbó en el suelo de manera desmañada. El rifle cayó a su lado un poco después que su cuerpo, retumbó un par de veces y quedó olvidado.

Luego, el vampiro desapareció por la puerta.

—¡Dallas! —seguía gritando Mac, que no había visto caer a su otro hermano—. ¡Dallas!

Intentaba poner sus manos sobre las de él, pero no conseguía hacer presión. Las manos de Dallas resbalaban, y él no paraba de moverlas mientras abría y cerraba la boca. La sangre empezó a manar desde allí también, discurriendo por la barbilla. En un momento dado, Mac atisbó la herida. Era una brecha gruesa y profunda, un corte limpio, como el tajo de un cuchillo, de muchos centímetros. Demasiados. Supo que no podrían contener la hemorragia, y lo que era aún peor: supo que su hermano estaba ahogándose en su propia sangre. Lo miró a los ojos y descubrió una mezcla de desconcierto y súplica. Mezclado con el gorgoteo húmedo que lanzaba partículas de sangre al aire que le salpicaban la cara, a Mac le pareció entender una palabra: «Mac». Lo llamaba. Mac. Pedía ayuda. Mac.

Mac.

Dallas se sacudió, entrando en el paroxismo de la asfixia.

—¡Dallas, QUIETO, ESTATE... QUIE... TO!

Seven se llevó las manos a la boca, se dobló por la cintura mientras le sobrevinía una arcada y vomitó.

La mujer empezó a arder. Una llamarada de un azul intenso escapó de su boca mientras los brazos se abrían en una miríada de llagas oscuras, como si estuviera recibiendo latigazos invisibles. La piel se contrajo sobre la carne, la carne sobre el hueso. Unas úlceras repentinas que parecían hervir sobre un fogón asomaron en su cara, deformándola con rapidez. Los ojos cimbrearon y se colaron en el interior de sus cuencas, y por fin, la ropa se incendió.

—Dios —musitó Douglas.

Mac.

Mac.

Dallas se revolvió, moviendo los brazos como si intentara apartar una nube de insectos. Mac se movía a su alrededor, intentando detenerlo. Quería... quería sujetarlo y tratar de aplicar un vendaje en su cuello. Sabía que sería como intentar detener un escape de agua importante con cinta aislante, pero tampoco podía pensar demasiado. En un momento dado, Dallas tropezó con el cuerpo de Michael y cayó al suelo, donde siguió revolviéndose entre ahogos y espasmos. Sus botas resbalaban contra el

entarimado, dejando marcas oscuras de goma. Mac miró a Michael. Vio sus ojos abiertos e inertes mirando a ninguna parte, su rostro inexpresivo, la boca cerrada, y se quedó congelado. El furor de las llamas que consumían el cuerpo de la mujer lo hizo mirar a su derecha, pero no tuvo tiempo de comprender qué ocurría: Douglas se había acercado y había cerrado el canapé, ocultando el cuerpo de la vista. Para cuando volvió a mirar a Dallas, este estaba dejando de moverse. Levantó un brazo hacia el techo, lo mantuvo ahí unos segundos y lo dejó caer, lacio, contra el suelo. Su pierna derecha estaba sobre el cuerpo de su hermano.

—Dallas —gemía Seven, con los pies manchados por su propio vómito—. Dallas, Michael, Dallas, Michael. Michael...

—No... —susurró Mac.

Se acercó a Michael y empezó a zarandearlo mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡Michael! ¡Mike! ¡Mike!

Miró a Dallas. Tenía esa expresión de terror esculpida en el rostro, la barba manchada de sangre, la brecha en el cuello latiendo todavía, cada vez con menos frecuencia.

—Dallas —susurró.

—Dios mío —dijo Douglas mientras se alejaba hasta un rincón de la habitación—. Dios mío, Dios mío...

Mac apretó los dientes. Con un gesto rápido, cogió el fusil de Michael y clavó los ojos en él, la mirada turbia por las lágrimas. Michael era el único que había tallado algo en la culata de madera: un intento bastante bochornoso de representar un lobo. Mac solía decirle que parecía, más bien, el Pato Donald, pero Michael estaba orgulloso de su lobo; decía que era un animal que casaba bastante con él y al que podía respetar, más que a los perros, que suplicaban cariño con miradas lastimosas. Un lobo. Pasó el dedo ensangrentado por su superficie mientras la ira y la rabia desgarraban su interior y levantó la cabeza hacia la puerta.

—¿Está... están muertos? —preguntó Douglas con un hilo de voz—. ¿Están muertos?

Olía a quemado, y un humo denso y pesado empezó a escapar del canapé por las juntas de las esquinas. Olía a quemado, y no era como el aroma de la broza que se prende cuando aún no hace calor y la tierra está húmeda por las lluvias, sino un olor a quemado repugnante; a carne quemada. A muerte quemada.

—Están muertos —dijo Mac—. Mis hermanos están muertos.

Y se lanzó hacia la puerta a la carrera, el rifle con el lobo tallado en las manos.

## 5

—¿Es esto? —preguntó el general Ford.

—Sí, señor —exclamó el científico.

El general observó la estructura. Era, básicamente, como la había descrito el teniente Maxwell en el hospital militar: una roca, desde luego, un pedazo de roca de un tamaño imponente, pero una roca al fin y al cabo, por mucho que las vetas azuladas recorrieran su superficie proporcionando varios juegos visuales más que atractivos.

—¿Qué es?

El científico se encogió de hombros.

—Es básicamente obsidiana, señor. Un poco más opaca de lo que acostumbra a ser este mineral, debido sin duda a una alta concentración de hierro, pero obsidiana.

—¿Nada más?

—Hemos detectado que, en algún momento, debió de estar recubierta de alguna sustancia oleaginosa, pero a causa de la antigüedad de la muestra no ha sido posible recabar más datos.

—Una sustancia oleaginosa.

—Es posible que fuera parte de algún ritual. Aceite. Brea, tal vez. Hay un informe sobre rituales ancestrales y el uso de estas sustancias en ellos. Básicamente se asocian a rituales de enterramiento y funerarios de toda clase, pero desde el punto de vista que nos interesa, no hemos encontrado relación.

—¿Solo por fuera, o también por dentro? —preguntó el general.

—Solo por fuera.

—Quiero ver el interior —dijo el general.

—Por esa escalera, general. Desde la pasarela se puede ver todo.

El oficial asintió y comenzó a subir. Habían construido un andamiaje que permitía contemplar la estructura desde todos los ángulos, también desde arriba.

—Es una obsidiana muy particular —siguió diciendo el científico—. Desde todos los puntos de vista es obsidiana, pero la dureza de la obsidiana en la escala de Mohs oscila entre el cinco y el seis. Es de naturaleza quebradiza, aunque se usaba en la antigüedad como herramienta de corte y perforación. Esta tiene una dureza sin parangón. El diamante, como sabe, tiene un diez en esa escala; es el mineral más duro que se conocía hasta ahora. Esta obsidiana es aún más dura. Ni siquiera el diamante puede cortarla.

—Interesante —comentó el general mientras miraba el interior, un habitáculo perfectamente pulido que recordaba, con mucha claridad, a una forma humanoide, con espacio para las piernas, brazos y cabeza—. Si tiene esa dureza, ¿qué material usaron para cortar y pulir esta roca, hace cuánto, diez mil años?

—Ocho mil trescientos años antes de Cristo —susurró el científico—. Y, la verdad, no lo sabemos. La obsidiana se corta con relativa facilidad. Cambia de color según cómo se corte. Si se corta paralelamente, se vuelve negra. Si se hace perpendicularmente, se torna gris.

—Yo no veo más que estrías del mismo color que en el exterior —dijo el general.

—Ese es el caso, señor —afirmó el científico—. Como le he dicho al Comité, no parece... cortada. Es más bien como si... como si alguien hubiera vaciado el interior con esa forma específica, sin aplicar herramientas.

—Como por arte de magia —exclamó el general Ford.

—Bueno. Es lo que hemos hecho siempre, ¿no? Todo lo que la ciencia no ha podido explicar se ha llamado magia. Con el paso de los años hemos ido reduciendo la magia a... las películas de Harry Potter, supongo.

—Los libros, señor Grey —replicó el general—. Primero fueron los libros.

—Sí, señor.

El general suspiró.

—Entonces, ¿qué conclusiones hemos sacado de esto? ¿Hay algo que podamos usar?

El científico sacudió la cabeza.

—Si de verdad la Medusa estuvo encerrada aquí, señor, diría que lo desconocemos todo. Cómo cerraron la estructura, cómo la moldearon, qué tipo de proceso... químico, o de cualquier otra clase, aplicaron a esta obsidiana en concreto para que adquiriera esas propiedades... Todo.

—Y por qué esto era capaz de retenerla —apuntó el general—. No pierda eso de vista, señor Grey. Es la clave de todo.

—Sí, señor —asintió el científico.

El general suspiró y miró alrededor. Allí había un impresionante despliegue de medios. Avanzados ordenadores, aparatos de medición, máquinas que ni Reed Richards de los Cuatro Fantásticos sabría manejar... Demasiados medios. Medios caros. Alta tecnología. Cómo se las habían apañado en la base Orestes para mantener todo eso oculto de las mismísimas narices del resto de las agencias de alto nivel del aparato de inteligencia norteamericano era algo que se le escapaba. Y, sobre todo, el porqué. ¿Qué querían descubrir allí? ¿Quién estaba informado? ¿Deseaban obtener información privilegiada para... qué, concretamente? ¿Eran traidores a la patria trabajando para algún gobierno extranjero, allí mismo, en el corazón del país, protegidos y custodiados por buenos soldados americanos? ¿Dónde estaba la información de la Operación Medusa? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Está bien —exclamó al fin—. ¿Hay algo más en esta base que merezca la pena ver, ya que estoy aquí? Quiero regresar lo antes posible para informar al presidente y al Comité.

—Creo que no, señor.

—Un bonito viaje; me ha gustado mucho su roca. Por favor, sigan trabajando, sin más descanso que el mínimo imprescindible, ya sabe lo que depende de esto. Que preparen mi avión.

—Sí, señor. Naturalmente, señor.

El general Ford tenía prisa por informar, por supuesto, pero todavía tenía más ganas de sobrevolar todo el país mientras aún era de día. Eso era lo más importante. Mientras fuese de día.

## 6

El helicóptero aterrizó en los jardines de Villa Vanidad, arruinando, quizá por completo y tal vez para siempre, un precioso macizo de tulipanes. Otro general, el general Wein, descendió con rapidez de su interior, y lo hizo mientras las aspas aún se movían a plena potencia. Su gorra de oficial salió volando y se perdió entre los arbustos para caer en una preciosa piscina de estilo árabe, circunvalada por columnas romanas veteadas de lozanas enredaderas. A Wein no le importó la pérdida: estaba deseando encontrarse con Ella.

Los monstruos lo esperaban en los arcos de la entrada, inmóviles como estatuas. En otras circunstancias, Wein se habría admirado del lujo y el gusto exquisito con el que estaba decorado todo en Villa Vanidad, pero ahora le interesaba tan poco como la

cría de mejillones en el Mediterráneo. Pero Vanidad era un paraíso escondido, bien aislada por más de catorce hectáreas de jardines que separaban los altos muros exteriores de la casa en sí.

Casi nadie sabía que Vanidad había sido una excentricidad que el magnate Rockefeller mandó construir en el cénit de su carrera y su fortuna, entrado apenas el siglo xx , en 1914. Preocupado porque el exceso de lujo pudiera atraer críticas innecesarias de la opinión pública, mantuvo el secreto de su existencia hasta mucho después de su muerte, e incluso entonces acabó en manos de grandes figuras del mundo del poder y la política. Entre sus excentricidades se encontraba lo que llamaban la Cámara Ónice, levantada con conjuntos de paneles de diferentes tamaños, zócalos y muebles formados por cientos de miles de astillas de ámbar cuyo valor era doce veces superior al del oro. Unas esculturas impresionantes de dioses romanos y griegos decoraban las esquinas, sustentando una bóveda acristalada que era, en sí misma, un prodigio de la arquitectura de la época. Cada pasillo y rincón de esa zona de la casa contenía gemas, hojas de oro y hasta veinte toneladas de ámbar, emulando la Cámara de Ámbar que era el orgullo del imperio ruso en tiempos del zar, ubicada en el palacio de Catalina, cerca de San Petersburgo. Solo la biblioteca ya tenía una altura de tres plantas y ocupaba toda el ala oeste de la villa, unos doce mil metros cuadrados, y contenía la mayor aglomeración de libros jamás reunidos en un solo lugar de acceso privado, incluyendo ejemplares rarísimos, de un valor incalculable, y algunas piezas que el Vaticano hubiera preferido tener en sus cámaras privadas. Las chimeneas de los enormes salones eran grandes bocas revestidas de paneles artesonados y siempre estaban dispuestas para ser encendidas. Pero a pesar de las maderas nobles que dominaban los pabellones, los frescos que revestían las paredes, los mármoles de Carrara, el exceso de exquisita orfebrería de plata y oro, los óleos y las delicadas filigranas que podían admirarse incluso en los numerosos baños, la sensación no era de sobrecarga, debido, tal vez, a los generosos espacios vitales de Vanidad.

Pero Villa Vanidad, que había visto pasar a ese tipo de personas que no aparecen en la lista Forbes pero que deciden, con ese poder absoluto que otorga la sombra y el anonimato, el destino del mundo, nunca había contemplado invitados como los que ahora tenía. Entre ellos, la ignota Elexia, alfil de Tusla Edron, dirigía sus ejércitos de acuerdo con un plan elaborado durante los años de encierro en Orestes.

Mucho tiempo le llevó programar su venganza, pero si algo tenía Elexia era tiempo. Ninguno de los Mogs de Tusla Edron habría dicho que Elexia fuera paciente, pero los años que pasó estudiando, conspirando y urdiendo en Orestes habían sido un suspiro en su trayectoria vital. Había sido traicionada por los Descendientes, el Hombre mortal condenado a morir, de mísera existencia y carente de todo talento o poder que no fuera el de los músculos de sus propios brazos. Burda materia alejada de los Círculos Ancestrales y atada a la tierra, que pisaba de manera arrastrada. Traicionada y encerrada por ellos, el Hombre merecía la extinción total. Sin embargo, con Tusla Edron destruida y olvidada por cuantos historiadores había leído y escuchado, aún precisaba del Hombre para que le proporcionara el alimento esencial, la ambrosía que la mantendría henchida de poder. Elexia planeaba someterlos. Someterlos a todos. Atarlos y aprisionarlos, generación tras generación, con el único propósito de generar la ambrosía de la que dependía. Se alimentaría de los abuelos, de los padres y de los



hijos, hasta que los primeros relegaran a los segundos y los segundos a los terceros, y si podía evitarlo, ninguno vería jamás el sol. Ni las nubes. Ni las estrellas. Ni albergaría jamás esperanza alguna. Con el devenir de los años, el Hombre acabaría olvidando que alguna vez fue cúspide de la pirámide evolutiva, señor de su planeta original, dueño de su destino, y quedaría postrado y sometido, olvidadas sus artes, su ciencia, sus logros y descubrimientos, su historia, aniquilada su capacidad para razonar, reducidos sus impulsos a nada que no fuera defecar, alimentarse, respirar y dormir.

Pero aún precisaba de ellos para cumplir ciertos puntos de su programa. Algunos puntos.

Las grandes puertas dobles, decoradas con volutas y semicírculos que se enredaban unos con otros hasta lo absurdo, se abrieron de repente.

General Ford, dijo, sin mirar hacia la puerta. Estaba sentada en un boudoir de estilo francés, desnuda junto a una chimenea encendida, en una pose lasciva y desmañada, y miraba las llamas. Ella no acusaba frío o calor: las ligerísimas variaciones de grados que se daban en la Tierra no la afectaban más de lo que lo haría beber un té caliente o tomar un helado, pero le gustaba la aleatoriedad y el poder de las llamas. Era caos en movimiento, siempre ávido, siempre destructor. Lo que el fuego modificaba, cambiaba para siempre.

El general se lanzó al suelo y se quedó tumbado allí, la frente pegada a las baldosas de mármol, brazos y piernas extendidos.

—Mi... señora... —balbuceó.

Regrese a su puesto y haga unas averiguaciones por mí. No me importa cómo lo consiga. Si hay alguien que deba ser sometido para que colabore, dígame quien es. Yo iré a verlo mientras duerme.

—Sí, señora.

Necesito saberlo todo sobre la Operación Medusa. Cómo encontraron el sitio. Qué los llevó allí. Y sobre todo, cómo abrieron los sellos.

—Mi señora —balbuceó el general—, sobre eso lo desconecemos todo.

Alguien, en alguna parte, debe de saberlo, general Ford. Eso es evidente.

—Pero...

No me haga ir allí a rebuscar entre la ponzoña y la mugre del caos que son sus mentes animales, general. Aún no es momento de que me revele. Proporcióname nombres. He indagado en la basura mental de cada uno de sus compatriotas que estuvo en Orestes, y la información no estaba allí. Alguien se ha cuidado mucho de que todo sea secreto. Quiero nombres. Averigüe. Me conectaré con usted cada noche para extraer esa información, y espero que haya avances diarios.

El general se estremeció. Elexia levantó la cabeza hacia el techo y cerró los ojos por unos instantes, como embelesada.

Ah —susurró—. Aquí está. El... miedo. Qué hermosas emanaciones, densas y espesas como intrincadas partituras. Podría extender su miedo sobre un lienzo y destilar las mayores aberraciones que el universo haya contemplado jamás. Podría componer con él la melodía más delirante, podría embriagarme y alimentarme con él durante eternidades. El mayor de los logros de los de su especie, general Ford, esa enorme capacidad para el miedo.

—Mi señora —balbuceó el general. Pensaba en las visitas a las que Elexia se

refería, que se producían siempre durante los estadios más profundos del sueño. Esas catedrales de Rojo e Infierno (¡rojo!, ¡rojo!) y esa sensación orgánica y profunda, como si discurriera por una arteria de proporciones cósmicas, navegando por un organismo tan vasto que ni en toda la creación tendría cabida. Y ella, mente y corazón a la vez, siempre latiendo de fondo, manteniéndolo todo conectado, todas las voces, los motivos y motivaciones. Sentirla allí, en alguna parte, era una cosa, pero cuando se presentaba ante él, luminosa y terrible como una diosa oscura, una visión imposible de sostener sin que los ojos ardieran con llamas invisibles de pasión, lujuria y deseo voraz, teñido por un terror innombrable que iba más allá de la posibilidad de la muerte, entonces... Entonces despertaba con la boca seca y la cabeza dolorida, como si alguien le hubiese abierto el cráneo durante la noche y hubiera vertido brea ardiente en su interior. Encontrarse con Elexia en sueños era, a la vez, algo que ansiaba y temía a partes iguales.

Basta —dijo Elexia—. Me está dando asco. Regrese y haga el trabajo. Busque en esas máquinas suyas, recabe información. Hable. Acceda. Si no puede acceder, averigüe quién puede, y yo me ocuparé .

—Sí, señora —susurró el general.

Váyase. Fuera. Y llévese su miedo a otra parte. Es repulsivo .

—Mi señora —exclamó el general, sin levantar todavía la cabeza del suelo—. Yo la... amo.

Amor —susurró Elexia—. Por supuesto, el amor. Se les llenan las tripas y la boca de amor cuando hablan de él. Sus... desmañados procesos químicos se inflaman, se desbocan, se descontrolan. Los transforma. Los posee. Pero, general, no es amor lo que sienten. Ni las piedras del suelo ni las cucarachas bajo sus electrodomésticos están tan alejadas del amor como ustedes. Lo que ustedes conocen es miedo. Solo miedo. Están malditos, condenados a sobrevivir con ello, y cada acto al que se entregan se refiere al miedo. Incluso la madre que alimenta con diligencia a su cachorro lo hace por miedo, por el miedo a perder a ese cachorro, a estar sola otra vez, miedo a que otros la juzguen y la señalen y le digan: «Mala madre». ¿Sus repugnantes relaciones de unos a otros? Miedo. ¿Su bondad? Miedo. Miedo a no estar a la altura. Miedo a acabar sucios y desprovistos de cosas materiales, de techo y comida, solos y desolados en la condena de su existencia sin sentido ni propósito .

—Pero... yo la amo —lloriqueó el general—. Por favor, yo...

Elexia levantó una mano, apenas un gesto vago que hubiera pasado por alto en cualquier circunstancia, y como si alguien estuviera observándola, dos hombres entraron en la cámara, cogieron al general por los pies y lo arrastraron sin esfuerzo fuera de la sala. El general intentaba en vano aferrarse al suelo con las manos mientras lloraba desconsoladamente, arrastrado por el suelo con una rapidez inusitada.

—¡Por favor, por favor, por favor, por favooooor!

Las puertas se cerraron, y la sala regresó al silencio, roto solamente por el crepitar del fuego en el hogar.

Elexia se quedó mirando las llamas, una danza del caos en constante cambio mientras una voz en su cabeza le decía: «Deberías ir allí, a su salón del trono, y arrancarles el conocimiento de sus pútridas cabezas».

Aún no es hora —afirmó en voz alta—. No soy tan capaz todavía como para

someterlos a todos. Aún son demasiados .

«Pero sí para destruirlos. Destruyámoslos. Destruyámoslos. Destruyámoslos», pensaba.

Los someteremos, Alkibiades —susurró Elexia—. Y nos alimentaremos de ellos, por toda la eternidad, como antaño .

## 7

Sonia entró en la casa después de dar consuelo a Tuerto con unas pocas caricias. El pobre animal estaba encogido sobre sí mismo, el rabo escondido entre las patas y las orejas gachas, los ojos como derretidos sobre los belfos. Si alguna vez había visto un animal con miedo, aquel era el rey de los perros acojonados.

Pero nunca esperó ver lo que vio cuando traspasó el umbral.

Era un hombre, pero no era ninguno de los muchachos Gallagher, ni sus vecinos Douglas y Seven. Era un vampiro. Le bastó con ver el tono general de su piel, tan deslucido y brillante que parecía tener matices azulados. Le bastó con ver su postura, encorvada y animal, y la cabeza extendida hacia adelante, como ansiosa. Y le bastó con ver ese humo pálido y casi invisible que parecía emanar de su cuerpo, como si acabara de salir de una sauna.

Sonia dio un respingo. El vampiro ni la miró. Bajaba por la escalera y giró con rapidez para dirigirse al pasillo que conducía al fondo de la casa. Allí viró a la derecha y se perdió de vista.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eddie a su espalda.

—¡Un vampiro! —gritó—. ¡Juro que era un vampiro!

—Un...

Eddie no dijo nada más. Dio unos pasos al frente con un movimiento rápido y se puso delante, con el rifle en la mano.

—Joder —masculló, avanzando por la habitación. Olía a humo y a basura quemada.

—¿Qué coño pasa? —preguntó Jared desde el marco de la puerta.

—He visto un vampiro —dijo Sonia con sorprendente tranquilidad—. Déjame que...

Sonia cogió uno de los extremos del cable de la lámpara, provisto de pinzas, y lo conectó a la batería que llevaba consigo. La conexión chisporroteó brevemente, pero la lámpara se encendió de inmediato, arrojando una espectral luz azulada al salón de la casa.

No había decoración navideña en aquel salón, pero aun con todo resultaba indudablemente acogedor, si no fuera por el hecho de que acababa de ver pasar a un monstruo por delante de ella.

—¡Mac! —llamó Eddie sin dejar de apuntar—. ¡Michael!

—Joder, aquí apesta —dijo Jared—. Qué coño...

—¡Mac! —llamó Eddie de nuevo. Una fina capa de sudor había aflorado en su frente. Eddie se quitó el sombrero con un gesto brusco y lo dejó caer al suelo, donde aterrizó sin hacer ruido.

—Ha ido por ese pasillo —susurró Sonia—. A la derecha.

—Al jodido sótano —exclamó Eddie—. Oh, mierda. ¡Mac! ¡Michael! ¡Dallas!

Mac apareció por la escalera, los brazos manchados de sangre, sangre también en su cara, como un sarpullido rojo, y el rifle en las manos. Eddie no pudo evitar darse cuenta de que era el rifle de Michael, con el burdo lobo tallado en la culata.

—Mac —balbuceó Eddie.

—Eddie —dijo Mac—, Dallas y Michael han muerto. Están muertos. Arriba. Muertos.

Sonia se llevó la mano libre a la boca, una expresión de horror transformándole el rostro.

—Hostia —escupió Jared.

—Qué... ¿Qué? —susurró Eddie.

—El monstruo, Eddie —dijo Mac mientras descendía los últimos escalones y miraba alrededor con gestos rápidos de cabeza—. Ha bajado aquí. Ha bajado aquí, habéis tenido que verlo...

Sonia señaló el pasillo.

—Ha bajado al sótano —dijo.

Un ruido espantoso a cacharrería se dejó oír desde alguna parte de la casa. No sabían si provenía del sótano, pero si era así, el vampiro estaba preparando algo, sin duda.

—Mac —preguntó Sonia—. ¿Solo hay un vampiro? ¿Estás... seguro? ¿Cuántos hay?

—Había otro —respondió—. Pero se ha quemado. Arriba. Quemado del todo. —Y se lanzó hacia el pasillo mientras Seven y Douglas asomaban por la escalera. Seven llevaba dos rifles, uno en cada mano, pero los tenía cogidos como si nunca antes hubiera sostenido un arma. Sonia no los conocía desde hacía mucho tiempo, pero estaba segura de que la expresión de Seven tampoco era muy habitual: en ella se podía leer claramente que sentía un miedo y un asco desmesurados.

—¡Vamos! —dijo Eddie, apretando los dientes. Ni siquiera había tenido tiempo de procesar la noticia de que sus hermanos estaban muertos. No hubo lugar para el dolor, todavía no; solo podía pensar en enfrentarse al vampiro y acabar con él. Dispararle. Erradicarlo. Arrancarle sus putos ojos abultados como dos huevos duros.

Avanzaron hacia la puerta de bajada al sótano, progresando por las neblinas pálidas de unos vestigios de humo que se percibía como azufre. Jared se acercó a Seven y tomó uno de los rifles, sin decir nada. Seven se dejó hacer. Jared supo que estaba en estado de shock. Podía haberle bajado los pantalones y puesto un lazo rosa en el pene y habría ofrecido la misma expresión perdida y desorientada.

—Espera —dijo Sonia—. ¡La lámpara!

Mac la miró con fastidio. La lámpara, la puta lámpara. La chica tenía razón. Si esa cosa funcionaba de veras, era su mejor opción: la lámpara primero y los rifles detrás. Y ojalá esa luz azul le abriese llagas en la piel y le hiciera saltar los ojos de la cara, porque pensaba poner sal en cada una de sus heridas, y clavos, y una puñetera bomba atómica si tenía la oportunidad. La rabia ardía en su interior como un volcán a punto de reventar.

Eddie tomó la lámpara de las manos de Sonia, y ella lo dejó hacer. Era, o había

sido, policía y sabía una o dos cosas sobre internarse sola en sótanos oscuros, con uno o más compañeros, pero lo dejó hacer. Al fin y al cabo, eran sus hermanos. Aún no podía creerlo. Dallas y... Michael. Todavía no se había formado una idea muy clara sobre Dallas, pero Michael era un buen tipo. Dejaba que Mac hiciera, pero tenía siempre el último comentario consolidador, la pizca de sal sobre cualquier idea, y había observado que cuando Mac hablaba, lo miraba siempre con sutileza buscando su aprobación velada. La muerte de los dos hermanos iba a ser un duro golpe para su madre. Para todos.

Mientras pensaba en eso, Eddie había bajado al sótano, con Mac a su lado. Era una escalera estrecha como para permitir a nadie más avanzar a la vez, pero el resto permanecía atento, las armas preparadas en sus manos, excepto Seven. Se mantenía apartado, los ojos muy abiertos, como si su mente se hubiera ido momentáneamente de vacaciones y hubiese dejado el cuerpo en modo automático.

Allí abajo, todo había cambiado de manera sustancial. Las estanterías estaban tiradas, arrancadas de los soportes de las paredes, con todo lo que contenían esparcido por el suelo. Había cajas aplastadas, unas sobre otras, y restos de lo que parecía ser loza convertidos en varias decenas de trozos de todos los tamaños y formas. Los anclajes sobresalían de la pared como espinas de algún animal primigenio. En algunos casos, gran parte de la pared se había vencido y presentaba un agujero de tamaño considerable. A Mac no se le pasó por alto que hacía falta muchísima fuerza para echar abajo unos estantes metálicos tan grandes, con tantas cosas encima y sujetos por anclajes como aquellos.

Pero no había ni rastro del vampiro.

Al menos, de un primer vistazo.

Fue Eddie quien tocó el hombro de Mac y señaló el suelo, cerca de la pared del fondo. Allí había unas alfombrillas para tumbonas, de alegres tonos amarillos y naranjas, que conformaban un bulto sospechoso.

Mac estuvo seguro. El monstruo se había escondido allí, como un niño que se oculta bajo un cojín cuando juega al escondite por primera vez con su hermano. Mac levantó el arma y apuntó, pero Eddie puso la mano en el cañón y le obligó a bajarlo. Estaba levantando la lámpara, que iluminaba la estancia tiñéndolo todo de un azul eléctrico, para que Mac pudiera verla.

Este comprendió.

Se acercaron despacio al bulto. Tenían que pasar por encima de las cosas caídas, pero se movieron despacio, intentando no hacer ruido. Por qué el vampiro había elegido esconderse de aquella manera tan zafia, no lo sabía; había esperado encontrarlo allí, lejos de la luz natural del día, para presentar batalla, tal vez convertido en uno de esos animales transformados de los que hablaba la radio. Pero se había escondido. Pensó también que navegaban sobre un maltrecho tronco en unos rápidos, directos a una cascada, pero no pudo pensar en qué otra cosa hacer. Eddie ya casi estaba allí. Ya estaba agachándose para retirar la alfombrilla...

Mac pensó en decirle que se detuviese. Pensó en disparar, porque era la mejor manera de asegurarse. No sabía si su cabeza estaba arriba o abajo, pero pensó en disparar de todas formas: sus balas atravesarían la alfombrilla con facilidad y le alcanzarían el cuerpo. Tal vez no lo matase, pero por Dios que un balazo de ese calibre

tenía que doler de todos modos, y tal vez entonces dejase ver los brazos o las piernas bajo la alfombrilla mientras se retorció, y tendría tiempo de disparar otra vez. Estaba seguro de que si intuía por lo menos dónde tenía el puñetero melón de vampiro hijo de puta, podría acertarlo.

Pero Eddie retiró la alfombrilla con un gesto rápido.

El vampiro estaba allí, pero estaba tendido, los brazos y las piernas relajados junto al cuerpo, los ojos cerrados, la expresión serena. Y su mano... su mano derecha estaba manchada de sangre, y no una sangre cualquiera, sino la sangre de Dallas. La de su hermano. Lo miró y sintió un asco y una aversión infinitos.

Eddie estaba iluminándolo con la lámpara, pero el vampiro no se movía. Estaba bañado en toda esa luz azul, completamente sumergido en ella, pero no acusaba ninguna reacción.

«Dios, acaba de... acaba de bajar aquí», pensó Mac con rapidez, las ideas configurándose como un torbellino abstracto en su mente funcionando a toda velocidad. «Y sabe que estamos aquí. Lo sabe. Y aun así ha elegido... dormir. Lo tengo a tiro y duerme. ¿Por qué? ¿Por qué, hijo de puta?»

Apuntó con cuidado a su cabeza, justo entre los ojos. Pensó en Dallas y en Michael; quería tenerlos bien claros en la cabeza cuando disparase, y concentró en ellos todo su dolor y su rabia. Acarició el gatillo y...

El vampiro abrió los ojos. Lo hizo de repente. En un instante estaban cerrados y al instante siguiente asomaba allí un océano de oscuridad cimbreada que parecía moverse como si debajo de los párpados hubiera un océano líquido. Mac se quedó mirándolos, súbitamente fascinado. Para cuando quiso pestañear y reaccionar, el vampiro ya no estaba allí. La luz de la lámpara se movía alocada por la sala, proyectando un halo celeste ahora en el techo, ahora en la pared. Se volvió y descubrió al vampiro encaramado sobre Eddie. Alguien gritaba. Eddie gritaba con él. Más de uno gritaba. Movié los brazos para intentar un disparo pero la cabeza del vampiro explotó ante sus ojos, ¡bang!, proyectando una lluvia blancuzca y sanguinolenta contra la pared. El cuerpo cayó al suelo, revelando un Eddie con la cara transportada a estadios de repulsión desconocidos.

—Eddie —susurró.

Miró al otro lado de la habitación y vio al tipo nuevo, Jared, con su chaleco de motorista y el rifle en las manos. Acababa de disparar. Acababa de salvarle la vida a Eddie, y posiblemente a algún otro. A él, por ejemplo.

Miró al vampiro, un despojo espantoso sin cabeza, con un trozo de hueso amorfo y extraño sobresaliendo del cuello cercenado.

—Dios —exclamó.

—¿Hay más? —preguntó Jared—. ¿Habéis visto más de esas cosas?

—N-no —murmuró Mac—. Creo que no...

—¿Habéis registrado bien la casa?

Mac asintió, intentando todavía comprender. Hubo un lapso de tiempo en el que se había perdido, como si le hubieran arrebatado esos instantes de sus recuerdos y de su vida. Estaba mirando al vampiro y, a continuación, este estaba sobre Eddie. Pero ¿cuándo se había incorporado? Aunque hubiese saltado sobre él, aunque lo hubiera hecho con una rapidez inusitada, le faltaban... momentos. Le faltaban segundos.

—Habrá que quemarla, para asegurarse —dijo Jared, bajando el rifle—. Es lo mejor.

Eddie miraba la lámpara caída en el suelo.

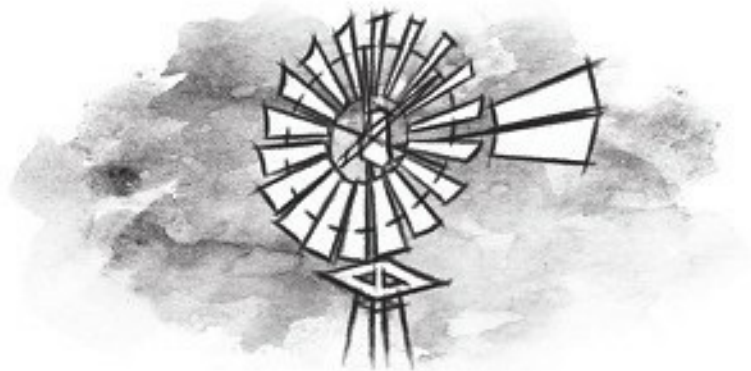
—No ha funcionado, Mac —susurraba—. La lámpara no ha funcionado, y Dallas y Michael están muertos.

—Están muertos, sí —respondió—. Lo están.

E incapaz de sostenerse en pie por más tiempo, se dejó caer al suelo y enterró la cabeza entre las rodillas.

## Capítulo 11

### ADIVINA QUIÉN VIENE A CENAR ESTA NOCHE



#### 1

La noticia de la muerte de Dallas y Michael cayó como una tormenta en casa de los Gallagher; ese tipo de tormenta que se lleva tu granero, tu casa, tu pasado, tu futuro y hace que te sientes en una roca y te importe todo una mierda.

Trajeron los cuerpos y los enterraron a cierta distancia de la casa, junto al tronco de un roble caído. El tronco había prosperado, a pesar de su tala, y había hecho florecer ramas nuevas en los sitios más insospechados, y Michael solía ir allí a fumar una pipa y mirar el atardecer. Su frase favorita, la que solía decir a cualquiera que se acercase por allí a pasar un rato con él, era: «¿Ves? La vida persevera. La vida siempre persevera».

Los enterraron juntos. Michael Gallagher. Dallas Gallagher. Hijos y hermanos amados. Dos buenos hombres. Que Dios los tenga en su gloria.

Eleonor, la mujer de Michael, y Anne, su madre, lo llevaban especialmente mal. Anne no consiguió verter ni una sola lágrima por sus dos hijos caídos, pero su silencio y su expresión desgarrada ya decían suficiente. Anne tenía un problema de salud que la hacía, en ocasiones, tener espasmos y temblores en el cuello, así que no era inusual percibir un vaivén sutil y suave mientras hablaba. Ese día, su cabeza parecía tener vida propia. Pero no lloró. Estuvo allí mientras los enterraban, se quedó mientras sus otros hijos decían unas palabras, y permaneció junto a sus tumbas hasta bien entrado el atardecer. Luego se retiró a su dormitorio y pidió que no se la molestase.

Cuando Eleonor caía en la desesperación y se derrumbaba, rindiendo las rodillas hasta que su cuerpo tocaba el suelo, ella la ayudaba a levantarse y le susurraba: «Entereza, querida. Entereza. Como era él». Y Eleonor asentía mientras su mente se entregaba a sensaciones dispares, a veces de rabia, a veces de cólera, a veces de un dolor tan pronunciado y poderoso que podía percibirlo como físico. Se preguntaba cómo había ocurrido todo. Nunca tuvo una sensación de verdadero peligro; estaban allí, en el hogar familiar, y aunque las noticias que llegaban por la radio eran espeluznantes, allí parecían vivir en un lugar apartado, como si las atrocidades que



describían los locutores, por más que tuvieran la voz rota, ocurrieran en un país remoto y no en Estados Unidos. No hacía ni dos meses habían hablado, ella y Michael, de tener un hijo, e incluso habían acordado la fecha de la concepción para darle la noticia del nieto a Anne en plena Navidad, como regalo. Dios sabía que Anne quería un varón que extendiese la tradición Gallagher, pero Eleonor sabía que no haría ascos a una niña que pudiera amar con la rectitud y la dulzura que la caracterizaban. Incluso habían hablado de viajar hasta Princeton para hacerse con uno de los famosos abetos Hudson y emplazarlo frente a la casa para decorarlo entre todos y celebrar, otro año, una nueva Navidad. Todo eso quedaba ahora muy atrás, como si la vida que había conocido, disfrutado y amado acabase de terminar.

—No sufrió nada —decía Mac—. Todo fue... muy rápido. Cuestión de un segundo. Creo que ni se enteró.

El grupo de Sonia se sentía extraño y fuera de lugar; estaban incómodos y también tristes. Jared se mantuvo apartado; a veces se lo veía caminando por las colinas distantes, como si reconociese el perímetro, pero en realidad se había hecho acompañar de una botella de whisky escocés, Loch Lomond, que había sustraído del aparador del salón. Jimmy se mantuvo cabizbajo, y a veces anotaba cosas en su diario. Apenas conocían a esa gente, pero los habían acogido y les habían abierto las puertas de su casa, y habían compartido su comida con ellos aun cuando ir a cualquier sitio a por provisiones podía suponer un riesgo para sus vidas, así que compartían su dolor.

Al atardecer, cuando las sombras se estiraron hasta alcanzar longitudes asombrosas, todos se retiraron dentro. Les costó hacer entrar a Eleonor. Se agachó junto a la tumba, coronada con cuantas flores pudieron encontrar, y puso una mano en la tierra. Luego susurró:

—Fuiste un buen hombre, Michael Gallagher. El mejor que una chica como yo pudo soñar jamás. Ojalá te lo hubiera dicho alguna vez.

Luego, la noche cayó sobre la granja.

## 2

—Será mejor que paséis la noche con nosotros, Seven —dijo Mac.

Seven asintió.

—Se lo había dicho a Douglas. No... no queríamos volver a casa. Y tengo que decirte la verdad: no es tanto por estar con vosotros en estos momentos difíciles como por el hecho de que...

—Lo sé —respondió Mac, asintiendo.

«Por el hecho de que estáis acojonados», pensó.

—Hay sitio en la casa —terminó diciendo.

Seven asintió, aliviado.

## 3

—Tenemos que hablar —dijo Mac en el salón.

—Pre... prepararé algo para cenar mientras habláis —dijo Sonia, incómoda, levantándose del sofá.

—Me refiero a todos. Quédate. No creo que nadie tenga hambre.

—De acuerdo —asintió, y volvió a sentarse.

Mac suspiró. Era el único que estaba en pie, además de Jared, que se mantenía apartado junto a la ventana.

—Las cosas han cambiado —dijo—. Quizá debimos asumirlo hace tiempo. Ayer, tal vez. Solo ayer. Antes de ayer hubiera sido mejor, y si lo hubiéramos hecho hace tres días, ahora estaríamos todos comiendo patatas con carne. Pero no lo vimos venir, y si lo vimos, pensamos que estaríamos a salvo aquí, en la granja, mientras las cosas empeoraban a nuestro alrededor. Ese fue nuestro error. Por ese fallo, Michael y Dallas están muertos.

Eleonor empezó a llorar.

—Fue un error. Un gran error. Nos faltó... empatía con la gente. Nadie dijo: «Vamos. Vamos a ayudar a esa gente que lo pasa mal; somos hombres fuertes, jóvenes, y sabemos usar un rifle». No lo hicimos.

—No lo hicimos —repitió Eddie, bajando la cabeza.

Mac asintió.

—La vida nos ha dado mucho. Una familia. Un trabajo. Tierras en las que vivir y crecer, pan para comer cada día y un cuerpo saludable y fuerte. ¿Alguna vez te has resfriado, Eddie?

—¿Cómo? No... No.

—Yo tampoco. Tenemos muchos dones y regalos. Michael partía ramas con la mano desnuda, dándole con el canto, y Dallas podía acertarle a una zarigüeya en París si se subía al tejado y el viento no soplaba demasiado fuerte. Pero no respondimos a esos regalos. No... devolvimos los favores.

—Es cierto —asintió Eddie.

—Creo que debemos hacer algo. Hay mucha gente pasándolo mal. Aparte de eso, este ya no es un lugar seguro. Los vampiros se instalaron en casa de los Milton, pero debe de haber otros en camino. Todos hemos visto cómo se extienden, cómo ganan terreno cada noche y cómo desmontan todos los esfuerzos del ejército por mantenerlos controlados. Si no vienen aquí directamente, tendremos que echar un vistazo a cada casa que hay alrededor, cada día. Y no podemos quemarlas todas, como hicimos con la casa de Milton. No me parece que sea la solución. Nuestra casa seguiría siendo la única en pie, y acabarían por llamar a la puerta.

—Eso es cierto —manifestó Jared.

—Así que... —siguió diciendo Mac— sugiero que nos movamos. Esta noche escucharé la radio, a ver si podemos determinar hacia dónde es mejor moverse. No hacia el este, eso seguro, y tal vez tampoco al sur. El norte y el oeste parecen buenas opciones. Iremos hasta Washington si hace falta. O California. O México.

Sonia asintió.

—Hay... hay una cosa —dijo Laura de pronto— que quizá desconocéis. Me ha gustado mucho tu comentario de que hay que devolver a la vida lo que nos ha dado, y que merece la pena luchar por un... bien común, o como quieras llamarlo. Eso me ha emocionado.

Mac asintió.

—¿Qué cosa desconocemos? —preguntó.

—Hay un matadero, no muy lejos de aquí. Donde nos encontramos en la

carretera, o cerca de allí.

—El viejo matadero de Sanderson & Spencer —explicó Adam.

—Ah, sí. Sé cuál es —dijo Mac.

—Los vampiros han estado llevando gente allí —siguió diciendo Laura—. En camiones. Gente normal, como nosotros. Los utilizan para... alimentarse.

Mac pestañeó. Beatriz, su mujer, dejó escapar un gemido.

—¿Alimentarse? —susurró Mac—. ¿Qué quieres decir?

Laura miró a Sonia.

—Quiere decir que... los vampiros beben su..., bueno, su sangre.

—Sí... Eso lo... Pero pensábamos que mordían a la gente para matarlos.

—Bueno, tienen que alimentarse también. Ellos no comen... carne con patatas, precisamente. Bueno, no lo sé, a lo mejor también, pero...

—Beben su sangre —soltó Jared—. Como en las pelis, exactamente como en las pelis. Qué coño. Carne con patatas. Son monstruos, o sea...

—De acuerdo. Entonces llevan gente al matadero para... desangrarlos, o morderles el cuello...

—Supongo que pueden morder y beber sin matarlos, manteniéndolos con vida sin dejarlos morir.

—Dios —exclamó Eddie.

—Eso es horrible —gimió Beatriz.

—Lo es —dijo Laura—. Pip y yo estuvimos a punto de acabar allí, pero... Bueno, es una larga historia. En pocas palabras, conseguimos escapar. Personalmente, me parece espantoso. Esa gente está hipnotizada, además. No hay manera de que puedan escapar por sí solos. Pero imaginarlos allí, en algún sitio oscuro, a merced de esos monstruos... es una repugnante... violación de todo lo que representamos, lo que somos, nuestra libertad y nuestros derechos. Es aberrante. Y creo que deberíamos hacer algo.

—Estoy de acuerdo —dijo Beatriz.

Eleonor levantó la cabeza para mirarla, los ojos encendidos de un rojo turbio.

—¿Vas a... enviar a tu hombre allí? —preguntó consternada—. Tu hombre está vivo, ¿y vas a enviarlo a ese sitio lleno de monstruos y de gente hipnotizada, sabiendo que uno solo... que un solo... lo... los mató..., mató a Michael y a Dallas?

Beatriz pareció querer decir algo, pero se calló.

—Tú no... Tú no honras lo que tienes, Beatriz Gallagher.

Rompió a llorar, se levantó y se fue corriendo al cuarto de baño. La puerta se cerró tras ella.

—Yo... —balbuceó Beatriz.

—Déjala —dijo Mac—. No tengas en cuenta lo que dice. Es el dolor.

Beatriz asintió.

Jared puso los ojos en blanco y miró por la ventana, escudriñando la noche.

—Está bien —dijo Mac—. A mí también me parece espantoso. Deberíamos hacer algo.

—Hay otra consideración —intervino Adam—. Quitarles su alimento podría ser una ventaja táctica importante. No sé cuánto tiempo sobrevive un vampiro sin la sangre que necesita, pero tal vez... Algo me dice que no es mucho. Un hombre puede estar

una semana sin comer, pero sin beber no durará más de tres días. Puede que la sangre sea ambas cosas para ellos. Si los privamos de eso...

—Si los privamos de eso, vendrán aquí a por ella —dijo Jared.

Adam asintió.

—Naturalmente doy por sentado que, si lo intentamos, y sobre todo, si lo conseguimos, pasaremos el resto del día viajando tan lejos como podamos.

—Oh, entonces tu ventaja táctica no sirve de nada —lo rebatió Jared—, porque ¿qué más da? Irán a otro sitio. El pueblo, ¿cómo se llama? A algún lugar iréis a por comida, ropa, cosas. Y sospecho que no debe de estar demasiado lejos; nada está tan lejos hoy día. Irán allí a por alimento. Cambiaréis las vidas de unas personas por otras, joder.

Adam asintió, pero no encontró ninguna argumentación para rebatir eso. El hombre del chaleco y el pelo largo tenía razón.

—Si damos eso por sentado, nunca haremos nada —dijo Mac.

—Pero... ¿y si salvamos a la gente y matamos a los vampiros que haya en el matadero a la vez? —preguntó Jimmy, hablando casi por primera vez desde hacía varias horas—. No sé. Así no irán a ninguna otra parte.

—Eso es, chico. Fácil y rápido —replicó Jared, burlón—. Entramos allí y los matamos a todos. Si lo hacemos rápido podemos volver aquí a jugar a los dardos.

—Un momento —intervino Mac—. Sé que... parecen duros. Y lo son. Son duros. Son más duros de lo que creía escuchando la radio. Pero... en la casa de los Milton fallamos porque no teníamos... experiencia. Creíamos que estábamos preparados, pero no lo estábamos. Con lo poco que sé ahora, nunca habría hecho las cosas como las hicimos.

—Mac tiene razón —dijo Eddie—. Yo también lo he pensado.

—Dallas murió porque fuimos estúpidos, allí de pie, tan cerca de la cama. El factor del terror psicológico..., bueno, eso no lo esperábamos. No sabíamos lo que son, lo que pueden hacer realmente. Teníamos la ventana, y la luz, y los rifles, y pensábamos que tal vez el vampiro levantaría las manos y diría: «Vaya. Me habéis pillado. Me rindo» y que luego la luz lo haría explotar, o lo derretiría, o... qué sé yo. Pero nada de eso ocurrió.

»Michael murió porque creímos que nuestras luces ultravioleta funcionarían. No sé por qué hicimos lo que hicimos. Llevo todo el día preguntándome: «¿Por qué no disparé?, ¿por qué no disparamos todos?». Tal vez fue por la esperanza, la ilusión de comprobar que las ultravioleta funcionaban y que podríamos rodear la casa con esas luces y celebrar la Navidad comiendo pavo mientras ahí fuera los monstruos soltaban espuma por la boca. Qué sé yo. Pero ahora es diferente. Ahora sabemos cosas. Sé cosas.

—¿Crees que podemos hacerlo? —preguntó Pip.

—Hay un par de cosas que observé esta mañana. Una es que el vampiro no se preparó para atacarnos. Se fue al sótano y se cubrió con una... una estúpida alfombrilla de tumbona, de las que Muriel usaba cuando hacía calor y descubría sus generosas carnes en el jardín. —Sonrió—. Michael decía que era como un... como una...

Se calló, sofocando un repentino acceso de lágrimas.

Beatriz se levantó, se acercó a él y lo abrazó brevemente.

Mac asintió, recomponiéndose. Los miró a todos y siguió hablando.

—Fue algo curioso. Pude haber disparado. Todos pudimos haber disparado a bocajarro, desde el otro extremo de la habitación, y aunque no le acertáramos con los primeros disparos, tarde o temprano le habríamos dado en su repugnante chirimoya.

—Entiendo lo que quieres decir —afirmó Adam—. Es... es interesante, desde luego.

—¿Comprendes? —dijo Mac, mirándolo—. Es como si... tuviera que dormir. Como si no pudiera evitarlo. No era para evitar la luz, allí no llegaba la luz más que en el rellano de la escalera. Era como si no tuviese otra opción más que intentar dormir.

—Eso es bueno —dijo Sonia—. Podemos usarlo.

—Exacto.

—¿Qué fue la otra cosa? —preguntó Eddie.

—Cuando Eddie quitó la alfombra, me miró. Me miró un puñetero segundo. Unos ojos repugnantes, no sé describirlos. Dallas lo habría hecho mejor. Eran negros, y se... movían, parecían moverse, como brea caliente cuando la pones al fuego en una lata.

—Joder —dijo Eddie.

—Y luego, algo ocurrió. Estaba mirándolo, lo tenía ahí delante y tenía toda la intención de meterle una bala entre ceja y ceja, pero cuando quise darme cuenta, ya no estaba allí. No pasó el tiempo. De repente estaba allí y al instante siguiente ya no estaba. Había saltado encima de Eddie. Si hubiera sido por mí, el monstruo lo habría matado.

—Miró a su hermano, con el gesto contrito por la emoción—. Te habría matado.

—Tranquilo —susurró Eddie. Se volvió hacia Jared—. Gracias. No te he dicho nada todavía, pero Mac tiene razón. Sigo vivo gracias a ti.

—No pasa nada —dijo Jared.

—Bueno, eso es porque hipnotizan —explicó Sonia—. Los vampiros hacen eso. Hipnotizan.

—¿Por qué tan poco tiempo? —preguntó Jared—. Podía haberlo vuelto contra nosotros, ¿no?

—Seguramente no era un vampiro de alto nivel —dijo Jimmy—. Tercera o cuarta generación, tal vez.

El chico les explicó lo que sabían sobre los vampiros y cómo su poder se diluye a medida que unos convierten a otros.

—Entiendo —dijo Mac—. Pues tuvimos suerte, entonces. Si llega a ser...

—Si llega a ser un mariscal, estaríais todos muertos —susurró Jimmy—. Y nosotros habríamos muerto esta noche, si hubiera convertido a alguno. Lo que sabe una persona cuando se convierte en vampiro, lo sabe el vampiro. Habría... venido aquí y habría llamado mamá a su madre mientras la...

Se calló.

Sus palabras obraron un pequeño silencio en el salón; probablemente porque semejante horror había sido pronunciado por un chico que apenas contaba trece años, y los Gallagher estaban acostumbrados a que los chicos de trece años empezaran a hacer cosas como cuidar del ganado, manejar alguna utillería básica como los separadores de grano o aventar la paja. No el horror. Nunca el horror.

—Tenemos que pensarlo bien —dijo Mac al fin—. No podemos cometer errores. Hay que... planearlo, estudiar el terreno desde una distancia segura y mientras el sol brille en lo alto. Y lo más importante. —Hizo una pausa—: Tenemos que ser realistas. Tal vez queramos ayudar, y juro por Dios que quiero ayudar, pero si no lo vemos claro, si nos arriesgamos demasiado, tal vez lo mejor, y lo más prudente, sea abandonar. ¿Estáis todos de acuerdo con eso?

—Es lo más sensato que he escuchado esta noche —declaró Jared.

—De acuerdo —asintió Beatriz.

Todos lo hicieron, de una manera u otra.

—Está bien —continuó Mac—. Está bien. Mañana... mañana saldrá el sol otra vez. El día ha sido largo y duro, y creo que todos tenemos mucho en qué pensar. Tal vez lo mejor sería intentar dormir aquí mismo, todos juntos.

—Eso es lo mejor —afirmó Sonia—. ¿Podemos... podemos poner la radio, por favor, para saber cómo están las cosas? Aunque sea un momento. Necesito... Creo que todos necesitamos saberlo. Todo lo que sé es por referencias.

—Buena idea —afirmó Mac—. Iré a por el aparato. Y a por mantas. Y si Eleonor no sale del cuarto de baño, hay otros aseos en la planta de arriba.

#### 4

La radio crepitó, hasta que la voz del locutor se volvió clara y nítida: «... tismo, pero todavía no hemos podido obtener una respuesta clara sobre los estudios o las conclusiones a las que se esté llegando en ese sentido. El hipnotismo, ¿existe realmente? Para muchos es una pseudociencia, para otros es una disciplina científica muy consolidada. Se usa, de hecho, como apoyo a terapias psicológicas. James Braid fue el primero en acuñar el término hipnosis, enunciando una explicación que decía así: “El hipnotismo es la fijación sostenida de la mirada. Paraliza los centros nerviosos de los ojos y sus dependencias, que, alterando el equilibrio del sistema nervioso, producen el fenómeno”. Bien, es un hecho que muchas personas han recurrido a la hipnosis para conseguir cosas como perder peso, abandonar ciertas adicciones y encontrar explicación a problemas psicológicos latentes, con bastante éxito, además, pero estos escenarios no se parecen en nada al problema que estamos tratando aquí. ¿Pueden, realmente, estos atacantes, producir cambios tan graves en el comportamiento de una persona que la haga volverse contra sus compañeros de equipo, en el caso de los soldados, o contra sus seres queridos? Tal vez estemos usando la palabra hipnosis con demasiada ligereza. Tal vez no sea hipnosis a lo que nos enfrentamos, sino otro tipo de... supremacía mental, mucho más avanzada y poderosa: una especie de sublevación de la voluntad del atacante sobre la persona de la que se trate, consiguiendo así alterar su conducta, sus motivaciones y, por lo que parece, tal vez incluso sus recuerdos. Observen lo que dice Dave Elman, actual consultor del gobierno para el problema que tiene paralizado al mundo: “La hipnosis es un estado mental en el cual la facultad crítica de la mente humana es puenteada... repito, puenteada, y se establece un pensamiento selectivo”. En mi opinión, queridos radioyentes, tal vez el gobierno debería trabajar en cómo...»

—Qué coñazo —dijo Jared, accionando el dial de banda. La radio crepitó

brevemente.

—¡Eh! —protestó Sonia—. ¡Eso era interesante!

—Sí, sí, sí —refunfuñó Jared—. Interesantísimo.

Una nueva voz cobró forma en el aparato: «...ció legal preocupante, porque, ¿cómo podemos asegurar que los actos ciudadanos de justicia son realmente casos de vecinos dando muerte a un vampiro?».

—Los llaman vampiros —susurró Sonia.

Mac asintió.

—Es la primera vez que oigo esa palabra en la radio, pero nunca escuchamos esta emisora.

«En muchos casos tenemos cuerpos quemados, o con un disparo en la cabeza, y en el otro lado a alguien que aseguraba que era un vampiro. Pero ¿cómo pueden las autoridades saber que realmente lo era? El riesgo de que se trate de personas normales ajustando cuentas con otras personas es demasiado alto; corremos el riesgo de enfrentarnos a otro juicio de Salem, con masas histéricas movidas por el histrionismo de una sola persona, con los nervios desquiciados y una carga de miedo letal en el cuerpo que los mueva a perseguir y ejecutar a algún inocente. Recordemos el caso de esta mañana, por ejemplo. Un cuerpo ardía al amanecer en Mount Holly, Filadelfia, junto a la cabeza disecada de un ciervo. Vamos a escuchar las declaraciones de uno de los implicados: “Lo cogimos entre varios, como cinco minutos antes de que el cielo empezara a clarear. Solo quería esconderse, el cabronazo, pero éramos unos veinte, y pudimos con él. Le juro que solo miraba la casa, con los ojos desquiciados. Lo clavamos en la gran cabeza de alce que Bob había sacado fuera para quitarle el olor a humedad; se había mojado bastante por un problema que tenía en el sótano, ¿sabe? Bueno, lo clavamos allí, bien profundo, con varios de esos cuernos atravesándole el cuerpo. Ni siquiera gritó de dolor, ¿me entiende?, solo giraba la cabeza hacia la casa y movía los brazos. Tampoco sangraba mucho. Un poco, pero no mucho. Por eso me río cuando el sheriff dice que investigará el caso. ¡Joder! ¡Estamos limpiando América de vampiros! No son diferentes de los comunistas, o los nazis, o los putos vietnamitas, o esos chinos de Corea del Norte. Quieren quitarnos nuestra libertad, nuestra democracia y nuestro estilo de vida, y esta mañana clavamos a uno y lo vimos arder cuando el sol le dio de lleno, y buscaremos a otros y lo volveremos a hacer. ¿Quiere ver sus dientes? Bob los tiene en una bolsa. Vamos a empezar una bonita colección. ¡Yija!”.»

Jared soltó una carcajada.

—¡Hijo de puta zumbado con cojones! —exclamó.

Sonia miraba a Jimmy.

—Prueba con otra emisora —dijo Sonia.

Jared movió el dial de nuevo.

«¿... to tardarán en llegar hasta la Costa Oeste? ¿Y hasta Canadá? ¿O Cuba? Sea el histerismo u otra cosa, lo cierto es que cada noche nos enfrentamos a más casos, en lugares cada vez más dispares. Es una situación realmente preocupante, y la gente se pregunta cuándo van a enviar ayuda desde Europa. Nosotros les salvamos el culo en la Gran Guerra, ¿no es hora de que devuelvan el favor? Necesitamos un soldado en cada calle, necesitamos que el ejército mueva el culo y haga despliegues efectivos. ¿Dónde está nuestra superioridad bélica militar?, ¿los marines

especializados que tantas veces hemos visto en las películas, francotiradores expertos, tiradores, etcétera? Esto no solo está durando demasiado; la enfermedad que está destrozando nuestro amado país se extiende como un pedo en el salón social de un geriátrico, ¿y saben qué?, huele a alubias rancias digeridas por el estómago lleno de pus de un nonagenario sin dientes. Huele a auténtica mierda. Si Europa y el resto del mundo no ayudan, queridos radioyentes, tendremos que pensar en una conspiración global para socavar las estructuras esenciales de nuestra calidad de vida: la economía. Con el país prácticamente paralizado, las pérdidas diarias son billonarias. Estamos perdiendo gente, empresas, oportunidades, y nuestra ventaja económica. Incluso si esto acaba hoy, amigos, ¿qué país nos van a dejar? Un país diezmado por...»

Jared movió el dial de nuevo.

—Putos locos —dijo.

Otra voz brotó en la radio.

«... aron formando un grupo numeroso y no pudimos hacer mucho, destruyeron las reservas de plasma del hospital antes de que las autoridades pudieran presentarse y detenerlos. ¿Que qué decían? Decían que éramos siervos de esos monstruos y que hacíamos acopio de sangre para alimentarlos, eso decían. El... ensañamiento con el que arrastraron a varias de nuestras enfermeras por el pasillo y las mataron a golpes, a patadas, fue... brutal. Le juro que nunca he visto nada así. ¿Cómo? No, no queda plasma en todo el hospital. Quemaron la sala, y todo cuanto había en ella. Es...»

Jared volvió a girar el dial.

«... tares. El portavoz de la Casa Blanca ha asegurado esta mañana que no hay ninguna implicación del gobierno en los sucesos que tienen al país en jaque desde el sábado por la mañana. Si bien algunos medios han señalado que el foco del problema podría estar localizado en la base militar Orestes, de Hillsdale, el portavoz ha desmentido este hecho alegando que...»

—¿Qué te parece, señorita agente de policía? —preguntó Jared—. No ocurrió nada en Hillsdale.

—Es increíble —exclamó Sonia—. Es... terrible que intenten... lavarse las manos. Jared asintió.

—No van a obtener muchos votos si dicen: «¡Hey, sí, carajo! La liamos parda en Orestes y ahora tenemos chupasangres por todo el país, pero joder, los Burger King aún sirven Whoopers en California, ¡no sé de qué se quejan!».

—No pueden pensar en votos antes que en la gente —exclamó Sonia, aterrada—. Así no... —Agachó la cabeza—. Así no lo conseguiremos.

—A la mierda —dijo Jared, haciendo girar de nuevo el dial.

«Fuego y llamas, es todo lo que vemos desde aquí. Aberdeen, Baltimore, es como una zona de guerra. Se oyen disparos por todas partes. Es... pavoroso. Ahora mismo están apareciendo varios helicópteros a poca distancia, volando bajo. Creo que... Un segundo... ¡Sí, podemos confirmar que son helicópteros militares! Helicópteros de combate, no de transporte, con unos formidables cañones a cada lado. Vuelan bajo, muy bajo, y a toda velocidad, en dirección a la ciudad. Un momen... Oh, Dios mío. Dios mío. ¡Acaba de producirse otra explosión brutal...! Mi compañero me dice que debe de haber sido una gasolinera; hay una gasolinera en la zona donde todo ha saltado por los aires. Podría ser una gasolinera. ¡Es terrible! Las llamas iluminan



todo el cielo. ¡Acaba de hacerse de día!»

—Dios mío. Aberdeen —dijo Adam—. Mi mujer era de allí.

—Parece que lo están pasando mal, amigo —exclamó Jared.

«... un caso igual en pleno corazón del país desde, probablemente, la guerra civil. Es increíble como... ¡Un momento! ¡Uno de los helicópteros ha caído! ¡Está cayendo sin control! ¡Podemos ver cómo da vueltas sobre el rotor de cola, y...! Ha caído. ¡Bum! Ha... ha explotado sobre un edificio, un silo de grano o algo parecido. ¡Ha explotado! Supongo que habrán podido oír el ruido del metal y del edificio, totalmente indescriptibles. Tengo el vello erizado, no sé cómo hacerles llegar lo que estamos viendo y sintiendo esta noche... Se ha metido dentro y ha... explotado. Debe de haber atravesado algo de... ¡Sí, confirmamos que el edificio se ha venido abajo! No hemos podido ver si ha sido alcanzado por algo, no parece que haya sido ningún proyectil; volaba en formación y, de repente... ¡Oh, algo está afectando a esos helicópteros! Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. ¡Oh, Dios mío! Están... Dios mío, están cayendo los demás. Les juro que... estaban volando y han caído como cuando se rocía un grupo de avispa con un insecticida. ¡Qué desastre, qué desastre y qué drama! Oh, Dios mío. No ha quedado ninguno. Y mientras tanto, Aberdeen arde, un infierno anaranjado en el firmamento lleno de humo que impide ver el cielo. Desde aquí huele a cenizas, y puede sentirse el calor que... Un momento. Parece que... Sí, llega un vehículo militar. Está llegando hasta aquí. Señoras y señores, vamos a tener que cortar la conexión unos instantes para... ¿Qué?...»

Se produjo un instante de silencio. Todos miraban y escuchaban el aparato de radio con expectación. Jimmy y Laura se habían levantado, llevados por la excitación. Beatriz se escurrió en los brazos de Mac y cerró los ojos.

«Hemos perdido la conexión. Les recordamos que nuestra unidad estaba desplazada hasta el mismo corazón del conflicto, más allá del cerco militar y el veto informativo, porque creemos que la nación debe saber lo que ocurre. En un momento en que el horror puede llamar a nuestra puerta cada noche, nos parece importantísimo conocer lo que sucede en los puntos de conflicto. Mientras esperamos a que nuestra unidad restablezca la conexión, recordamos otra noche más la lista de ciudades que tienen programado el desalojo completo y preventivo. El desalojo comenzará a primera hora de la mañana. Les recordamos que el único equipaje permitido es una mochila o bolso de mano pequeño, cuyas dimensiones exactas están descritas en la web [www.sosusa.com](http://www.sosusa.com). Estado de Ohio, punto de extracción: Cleveland, no Columbus. Repito: Cleveland. Para aquellas personas que no dispongan de vehículo propio, habrá transportes desde Cincinnati, Valle de Cuyahoga, Sandusky, Put-in-Bay, Toledo, Akron, Dayton, Port Clinton, South Bass Island, Athens...»

El locutor empezó a listar ciudades con un tono de voz monocorde y apagado. Cleveland. Columbus. Ciudades y poblaciones grandes, con muchos miles de habitantes, y hablaban de... desalojo. Desalojo de familias completas, de personas mayores, incapacitados, enfermos; de gente en general, mucha gente. ¿De cuántos hogares se podía hablar, en realidad? Si la memoria no le fallaba, Ohio tenía ochenta y ocho condados distribuidos en más de diez mil kilómetros cuadrados; perfectamente podían estar hablando de desalojar a diez o quince millones de personas, personas con necesidades médicas y particulares: diabéticos, enfermos del corazón, crónicos con

requisitos específicos, diálisis, y un largo etcétera, por no mencionar aspectos mucho más mundanos como la comida o el agua. ¿Cómo se desalojaba algo así? ¿Y adónde se los llevaban? ¿Pensaban desplazar a toda América hacia el oeste a medida que los vampiros avanzaban? ¿Pensaban entregar Ohio a un escenario de guerra como el que estaba sucediendo en Aberdeen en esos momentos, quemando las casas y haciéndolas explotar desde el aire utilizando jets y helicópteros de guerra?

—Dios mío —soltó Pip.

—Supongo que eso nos deja perdidos en mitad de la tormenta —dijo Eddie.

—¿Cómo? —preguntó Pip.

Eddie asintió.

—Aberdeen, Ohio... están hacia el oeste —explicó—. Es como si... los vampiros ya se hubieran expandido hacia el este y hacia el sur, y trataran de contenerlos desesperadamente utilizando todo lo que tienen.

—Esa es la impresión que me ha dado a mí —lo secundó Adam—. Aberdeen en llamas. No creo que sea cosa de los vampiros. No creo que... los vampiros utilicen el fuego para nada. Es cosa de los militares. Deben de estar usando napalm, bombas incendiarias, lanzallamas, lo que sea, para crear una especie de cortafuegos. Probablemente han estado dejando que los vampiros se acerquen, anticipándose a la batalla de la noche, y ahora deben de estar dándoles lo suyo.

—Tenemos que ir a ayudar —dijo Mac.

Adam negó con la cabeza.

—Una panda como nosotros no servirá de mucho, Mac, perdona la franqueza. Ya has visto lo que han dicho: hay un cerco militar. ¿Y que crees que ocurrirá con Jared cuando vean que tiene una herida peligrosamente cerca del cuello?

—¡Eh! —exclamó Jared—. ¿Qué carajo ocurrirá con qué?

Adam meneó la cabeza.

—¿Crees que... lo meterán en un hospital, a estas alturas, sabiendo que todos los infectados se convierten en despiadados enemigos al caer la noche?

—¡Yo no estoy infectado! —exclamó Jared.

—Eso lo sabes tú y lo sabemos nosotros —replicó Adam—, pero si nos presentamos en una barrera militar con todas esas vendas llegándote casi al cuello, ¿cómo crees que reaccionarán? Esos muchachos deben de estar agotados. Apuesto a que han visto caer a uno o dos compañeros. Bueno, no insinúo nada, pero algo sé sobre procedimientos militares y no creo que te pongan delante de un doctor, amigo. Creo que te pondrán delante de una pistola.

—Un momento —intervino Sonia—. Eso, aparte de ser espantoso y retorcido, Adam, no tiene sentido. ¿Y si nos presentamos de día? No llegarán a esa conclusión, y desde luego no lo... no lo ejecutarán. ¿Es lo que estás diciendo, Adam, que lo ejecutarán?

—Perdóname —repuso Adam—. No quiero ofender a nadie. No os molestéis por mis palabras, ¿de acuerdo?, solo digo lo que pienso que ocurrirá, para que lo tengamos en cuenta para lo que sea que decidamos hacer. Pero si fuera yo..., bueno, están desalojando estados enteros, ¿sabes lo que... significa eso? Un despliegue de medios impresionante. El coste de eso debe de ser abrumador para las arcas del país. ¿Crees que se arriesgarán a dejar pasar a alguien que podría ser, sustancialmente, portador de

la amenaza? Ni en un millón de años, por mucho que su flamante pelo brille bajo el bello sol de la mañana.

—Joder. ¡Coño! —exclamó Jared.

—Eso no se me habría ocurrido ni en... tres millones de años — dijo Eddie—. O sea, esto es América. ¿Ejecutar a los... a los nuestros? ¿Qué demonios está pasando?

—Esto puede ser América, pero hay mucho en juego —dijo Adam—. Demasiado. Si no se toman medidas drásticas y contundentes, tendremos al país rendido para el día de Navidad.

—Oh, Dios mío —exclamó Laura—. Esto me...

Mac asintió.

—Está bien —dijo—. Entonces, ¿qué opciones tenemos?

—Creo que deberíamos quedarnos por aquí. Los vampiros están movilizand o sus tropas hacia el oeste. Van a necesitar muchos vampiros soldado para hacer frente a todo ese fuego y la capacidad ofensiva de Estados Unidos, ahora que se han puesto serios. Porque se han puesto serios. Ohio es uno de los principales motores industriales del país, y parecen dispuestos a rendirlo. Están desalojándolo porque probablemente será el escenario de otra batalla. Arderán casas, oficinas, industrias. Así que esto se quedará más tranquilo. Será como... como cuando Mordor se vacía de orcos porque Sauron los envía a la batalla en Gondor y Minas Tirith, y Frodo y Sam pueden cumplir su destino.

—Es de... El Señor de los Anillos —explicó Jimmy mientras miraba las expresiones de extrañeza en los rostros de muchos de los presentes.

—Lo he leído, chico —dijo Jared—. Y creo que el señor Guerra Mundial tiene razón. Será como el ojo del huracán.

—Eso es —afirmó Adam—. Estratégicamente parece lo más sensato. Estaremos pendientes de la radio, a ver cómo evoluciona todo, para cuando llegue el momento de avanzar. Pero no ahora. Ahora no es prudente. Si avanzamos mucho podemos encontrarnos con las huestes acuarteladas de esos demonios sangrientos. Y si tienen guardianes, estarán todos allí. Todos.

—Demonios sangrientos —rio Jared.

—Está bien —asintió Sonia—. Me parece bien.

—Y, mientras tanto, les daremos duro en la retaguardia —soltó Laura—. Empezando por el matadero.

—Empezando por el matadero —repitió Pip.

—De acuerdo —dijo Mac—. Parece que tenemos un plan.

Sonia sonrió.

—Estaremos bien —dijo.

Eddie asintió.

—Puede. Tal vez.

Eddie miraba a Seven y a Douglas, que no habían dicho nada en toda la noche. Estaban sentados en el sofá, cogidos de la mano, y si había algo en la expresión de Seven, podía leerse como desolación.

Desolación.

Eran las cuatro de la mañana y todos dormían, juntos, en el salón de los Gallagher. Solamente Eleanor se había retirado a su habitación, sin mediar palabra con nadie, con los ojos enrojecidos y las mejillas pálidas. Anne Gallagher dormía aún en su cama, en el piso de arriba, y si no estaba descansando no había bajado todavía, soportando en soledad y silencio el dolor que sentía por la muerte de dos de sus hijos. La radio aún se oía, a un volumen mucho más discreto; se habían quedado dormidos escuchándola, asimilando el estado de las cosas. El alcance del terror vampírico era mucho más grave de lo que cualquiera hubiera podido pensar, y las cosas no parecían estar yendo a mejor, sino todo lo contrario. A muchos de ellos los venció el cansancio emocional de comprender, y aceptar, que el mundo que conocían estaba cambiando, y que si las cosas no empezaban a mejorar, la nación entera podía convertirse en un matadero lleno de vacas preparadas para alimentar a una población de monstruos.

Eran las cuatro de la mañana... y el locutor de la radio interrumpió su interminable y monótono discurso. Voces lejanas y ruidos empezaron a sonar por el aparato.

Sonia fue la primera en abrir los ojos, mirando la radio con el ceño fruncido.

—Apaga esa maldita cosa —susurró Jared, que dormía en una butaca.

El sonido se mezcló con el de un grito. Luego, el aparato quedó en silencio por unos instantes, un silencio absoluto, como si la radio se hubiera apagado. Sonia pensó, primero, en las pilas, pero luego se centró en el grito. Y recordó que algunas de esas emisoras emitían desde lugares demasiado cercanos a los puntos de conflicto. Se incorporó, inquieta.

Jimmy abrió los ojos, confuso y desorientado.

—¿Mamá? —llamó.

—Sssh —dijo Sonia—. Tranquilo, no pasa...

La radio se puso en marcha otra vez, anunciando su retorno con un pitido agudo y potente. Casi todos abrieron los ojos. Una voz profunda y susurrante empezó a hablar, y les bastó eso para comprender que algo iba mal, terriblemente mal:

«Buenas noches, América, mundo. Son las cuatro de la mañana del Comienzo del Cambio, y adivina quién viene a cenar esta noche.» Se oyó una risa atroz, entre fingida y asmática. «Desde Radio KWO en Baltimore les saludamos muy efusivamente.»

—Por todas las... putas... ciegas... de Tennessee —exclamó Jared.

—¡Sssh! —pidió Sonia.

«Hace una noche estupenda para abrir las ventanas y admirar lo que se pueda admirar desde ellas. La pared del edificio de enfrente, o la calle, o un jardín, o las luces de neón de la tienda de abajo. La vista no es igual para todos; el mundo que habéis levantado garantiza eso. Es por lo que habéis luchado, lo que aún votáis, vuestra elección. Algunos tendrán la ciudad rendida a sus pies, con la gloriosa vista de todos vuestros edificios proyectándose orgullosos hacia la noche, y otros verán un contenedor de basura. Con suerte. Algunos ni siquiera tendréis ventana. Pero no importa. Os encontraremos a todos y cada uno, estéis en el piso cien de un rascacielos o en una preciosa granja en mitad de la nada; ricos o pobres, con formación académica o sin ella. Abogados. Banqueros. Cajeros. Transportistas. Carpinteros. Niños y ancianos. Os encontraremos a todos y os aseguramos que, cuando os hayáis unido a nuestra familia, cuando os hayamos rescatado de vuestra miserable existencia humana, las vistas serán extraordinarias, siempre. Somos el Cambio, pero sobre todo,

SOMOS. ¡Abrid las ventanas y también las puertas! Abridlas, porque. Ya. Venimos.»

—Por el amor de Dios —exclamó Eddie—. ¡Apagad esa maldita cosa!

—Basta —susurraba Beatriz—. Basta, basta, basta...

Mac se lanzó a la radio, súbitamente descompuesto, pero para cuando llegó hasta ella, el mensaje había terminado.

No dijeron mucho. Beatriz extendió los brazos hacia su marido, suplicante, y él corrió hacia ella. Se abrazaron, ella sentada en el sofá, sintiendo que sus piernas no podrían aguantar su peso si trataba de ponerse a la altura de él. Jared se lanzó a proclamar una lluvia frenética de insultos y palabras malsonantes mientras recolocaba con violencia los cojines de su butaca. Adam se pasó las manos por la cara, masajeándola como si quisiera alejar con ello las negras imágenes y sensaciones que lo desbordaban. Seven salió corriendo hacia el cuarto de baño, seguramente para vomitar otra vez.

La voz, susurrante y repulsiva, había tenido en ellos un efecto del todo abyecto; no tanto por el contenido del mensaje como por la voz en sí. Se sentían sucios, tocados de alguna manera, se sentían violados en aquel pequeño refugio de unidad y protección, al menos de momento. El terror del vampiro había llegado hasta ellos a través de las ondas y los había manoseado, manchado, alcanzado.

Eddie apagó la radio.

No consiguieron dormir mucho más esa noche, pero tampoco hablaron ni hicieron otra cosa que quedarse en sus asientos. En sus cabezas, las sensaciones y los sentimientos se sacudían como lo harían unos gusanos de seda transportados en una caja de cartón llevada por un niño a la carrera. Indefensos, transportados y sacudidos, así se sentían.

## 6

Estás tardando demasiado —susurró la voz de Alkibiades en su cabeza.

Aún no está todo dispuesto —emitió Elexia—. No tengo suficientes peones. Todavía .

¿Peones? Qué risible. Soy el arma maestra, niña. Soy el poder encarnado. ¡Libérame y no necesitarás nada, ni a nadie!

Son los sellos. Aún tengo que descubrir cómo abrieron los sellos. Someteré a los hombres en sus centros de mando y allí encontraré la respuesta .

¿Y a qué esperas? ¿El encierro te ha podrido las entendederas, Elexia? Tienes todo el poder que necesitas para someter esta hedionda cloaca. He aprendido de lo que sabes, he absorbido tus conocimientos, y sé, como tú, cómo ha cambiado el mundo. ¡La sangre de los Descendientes se ha mezclado y se ha diluido hasta quedar extinguida; el Hombre se ha vuelto aún más incapaz y estúpido de lo que solía ser, educado y adiestrado para el borreguismo integral, desligado de la Unidad, desconocedor de todo lo que hay que conocer, concentrado en tareas estúpidas y sin sentido! Sus mentes son armarios y cajones abiertos, desprotegidas, vulnerables, débiles como una telaraña en un vendaval; ¡sus almas, putrefactas y rendidas; sus cuerpos, sacos de tripas y heces!

Sé todo eso, Alkibiades. Pero la impaciencia habla por tu boca. ¡Examina tus

palabras y dime si yerro!

Un rumor creciente empezó a llegar hasta ella, rugiente como una ola que se presta a romper contra un acantilado. Elexia cerró los ojos, anticipándose al éxtasis de otra demostración de ira, furia y poder, y cuando el impacto llegó, tuvo que clavar las garras de sus pies en el suelo para no ser arrastrada.

¡Hazlo ya! —bramó Alkibiades.

Está bien —susurró Elexia paseando la lengua por su labio inferior, estremeciéndose todavía de dolor y de placer—. Está bien. Quizá es hora, sí. Esta noche .

La conexión, en rojo intenso, empezó a centellear.

## Capítulo 12

### LAS VACAS Y EL MATADERO



#### 1

—¿Tienes prismáticos? —preguntó Adam—. Hay una colina cerca desde donde podemos espiar. Recuerdo que cuando era pequeño subía hasta allí con Elsa Wallace para mirar lo que hacían en el matadero. Ese día, Elsa juró no volver a comer carne. A mí me gustaba más la carne que Elsa, así que no dije nada.

Mac lo miró, con un tímido esbozo de sonrisa en la cara. A Adam le bastó. Era un intento prometedor.

—Tengo prismáticos, pero la mira del rifle es mejor. Ya no los usamos.

—Oh, claro —asintió Adam—. Es un bonito rifle. Me gusta el lobo.

Mac miró su rifle, el rifle de Dallas.

—Lo talló mi hermano —susurró—. Con mejores intenciones que talento, me parece.

Adam asintió.

—No lo llegué a conocer mucho —dijo—, pero me pareció un buen hombre. También Michael. Todos los sois. ¿Has ido a ver a tu madre esta mañana?

Mac consultó el reloj.

—Iba a hacerlo ahora —afirmó—. He estado dándole tiempo, pero nunca ha estado en su habitación hasta tan tarde, ni siquiera cuando estaba enferma.

—Tiene pinta de ser así —respondió Adam—. Una mujer dura, ¿eh?

—Mucho —asintió Mac—. Ha estado ocupándose de todo desde que mi padre enfermó y no pudo hacerse cargo del negocio.

—¿Qué le pasó a tu padre?

—Un cáncer —respondió Mac—. Esa... puta enfermedad injusta. Mi padre no fumaba, no bebía, no iba por ahí con malas compañías; ya sabe a qué me refiero. Solo trabajaba por y para su familia, se acostaba temprano y se levantaba más temprano aún. Pero aun así, el cáncer lo atrapó y lo tumbó.

—Lo siento —dijo Adam.

—Claro —respondió Mac—. Gracias. Usted también parece un buen hombre.

Adam asintió, lo abrazó breve y torpemente y empezaron a sentirse incómodos sin saber realmente por qué.

—Voy a ver en qué anda mi madre —dijo Mac al fin.

—Claro. Aquí estaremos.

Cuando se dirigía hacia la casa, vio a Jimmy con el pie plantado sobre la estructura de madera que hacía las veces de verja, anotando cosas en aquel cuaderno que en ocasiones le había visto manejar. Parecía todo un granjero, con la ropa que los Gallagher le habían prestado.

—¿Qué hay, señor Jimmy?

—Hola, señor Adam —respondió el muchacho.

—¿Qué anotas ahí? Tengo curiosidad.

—Oh. Bueno. Es una especie de... diario. Anoto las cosas que nos pasan, en especial las cosas que aprendemos y descubrimos. Me parece importante.

—Sí que lo es —asintió Adam—. Es una buena idea. Realmente tu grupo y tú sabéis mucho sobre vampiros y sobre lo que está pasando. Aprendí más sobre los vampiros la noche que estuvimos hablando que en días de ver la televisión.

Jimmy sonrió.

—Hemos pasado por muchas cosas —dijo—. Y en muy poco tiempo. Aunque parece que hace más, ¿no?

—Sí, desde luego —respondió Adam—. Ha habido años enteros que ni recuerdo lo que hice. Pero vaya si recordaré estos días mientras viva.

El chico sonrió otra vez.

—Me gustó mucho su casa —dijo—. Con todas aquellas maquetas. Me gustan mucho las maquetas. Mi madre dice... decía, que el pegamento es peligroso, así que tuve que pasarme a los LEGO. Pero los LEGO también están bien, aunque no fabrican ninguno de la segunda guerra mundial, y los que hay son personalizados por la gente y son caros, y tienes que comprarlos por eBay.

—Vaya. No sé por qué diría eso tu madre. El pegamento puede ser peligroso si se lo das a un niño de cuatro años, pero... —Dudó unos instantes—. ¿Qué le pasó a tu madre, chico?

—Un vampiro la mató —respondió—. También a mi padre. Y a mi abuela. Mi abuela ya estaba mayor y no paraba de decir que un día amanecería muerta y que entonces todos lamentaríamos no haber hablado más con ella o haberla sacado de paseo más a menudo. —Sonrió al recordarla—. Pero mis padres todavía eran jóvenes.

—Vaya —dijo Adam—. Lo siento mucho. No tenía ni idea. Va todo muy rápido, ¿no? Quiero decir, ni siquiera hemos hablado de esas cosas, que serían los asuntos normales de los que hablar en cualquier otra circunstancia. Pero hemos dormido juntos en un coche, y luego en un salón, y ni siquiera sabía lo que habías vivido estos días. ¡Vaya!, siento mucho lo de tus padres, chico. Debe de ser duro para alguien de tu edad. ¿Cuántos años tienes ya, dieciséis?

—Trece —respondió Jimmy.

—Trece. Vaya. Tengo un sobrino que tiene catorce años y no parece ni la mitad de despierto que tú. Apuesto a que sacas muy buenas notas en el colegio.

—Sacaba, supongo —dijo Jimmy—. ¿O cree que... todo esto se arreglará en algún momento?



Adam se miró las manos.

—¿Qué crees tú, Jimmy?

El chico miró al horizonte. No hacía ni una hora que había amanecido, pero el sol empezaba a brillar con fuerza sobre las montañas lejanas y a cubrir el valle con su luz. Era una bonita visión.

—Creo que... que tal vez en algún momento. Bueno, eso creo, pero no será rápido. Nada rápido. En absoluto.

—Bueno —manifestó Adam—, al menos tienes una chispa de esperanza. Eso está bien. No lo conseguiremos sin esperanza. El hombre debe creer en algo, esa es su fuerza. Debe creer firmemente que conseguirá su propósito, o se derrumbará en el intento. La actitud es el ochenta por ciento del trabajo; es lo que decía mi padre, y es en lo que creo.

Jimmy inclinó la cabeza, como asimilando sus palabras.

—Eso puede ser verdad —dijo—. Tiene sentido.

—Tal vez el vampiro, si lo entendemos como en la tradición clásica, como un demonio surgido de la oscuridad de la noche y del alma humana, sea el daño colateral de una especie que se ha abandonado como manada. Hemos vivido demasiado tiempo confinados en nuestros habitáculos independientes, drogados por todo ese... ocio moderno que nos mantiene dormidos y sedados, y al que entregamos todo el dinero generado por el trabajo que también nos tiene dormidos y sedados, seguros de estar haciendo lo correcto. Pagas la hipoteca; correcto. Alimentas a tus hijos; correcto. Compras un cacharro para escuchar música o ver películas; correcto. Cuantas más lucecitas y conexiones tenga tu cacharro, más vales. «Mira Fred cuánto vale, se ha comprado el último MaxiBox de quinientos megas», y eso es...

—Correcto —se apresuró a decir Jimmy.

—Veo que lo captas —exclamó Adam—. Pero el señor Fred va por la calle y se encuentra con un tipo tirado en el suelo. Está sucio, huele mal, tiene una barba enorme y bastante fea llena de restos de cosas, y Fred... ¿qué crees que hace Fred?

—Bueno, ¿lo ayuda? —apuntó Jimmy.

—Tal vez en Hillsdale, donde has vivido toda tu vida. Gran cosa. Pero si vas a Manhattan, donde la gente camina muy deprisa por la calle con una sola cosa en la cabeza, hacer pasta, la gente no se para a ayudar, Jimmy. Eso se lo cargó el sida y el jabón desinfectante para manos. La gente no quiere tocar algo que está feo, que parece enfermo y que podría contagiarles algo. No quiere, y no lo hace. Pasan de largo, y la mayoría no lo piensa conscientemente, pero en su fuero interno se dicen: «Joder. No soy yo. Lo he mirado y no era yo. Sigo en el carril del trenecito de la vida, gracias a Dios, porque tengo mi MaxiBox con lucecitas y lo peto muy fuertecito».

Jimmy soltó una carcajada. Adam lo miró sorprendido.

—Perdone —dijo Jimmy—. Lo que dice es..., bueno, es terrible, pero lo de petarlo muy fuertecito me ha hecho mucha gracia.

Adam sonrió. Era una preciosa sonrisa enmarcada en una barba cuidadosamente recortada espurreada de canas blancas.

—¿No decís eso los jóvenes? —preguntó.

—Bueno, puede que hace algún tiempo. Ahora nadie dice eso.

—Vaya —exclamó Adam—. Intentaba ser moderno.

—Será mejor que siga con sus tanques Sherman —le sugirió Jimmy—. Esos ya, al menos, no pasan de moda.

—¡Ah, buena idea! —asintió Adam—. Tal vez podamos encontrar una o dos maquetas que hacer juntos, en algún momento. Como adulto responsable y anticuado que soy, supervisaré el uso del pegamento en todo momento.

Jimmy compuso una expresión ilusionada.

—¡Me encantaría! —exclamó.

—Pues apúntalo en tu diario —dijo Adam—. Es una cita.

—Sobre lo que decía antes de Fred y los vampiros... —comentó Jimmy—. Creo que le entiendo. Piensa que, tal vez, los vampiros hayan surgido como producto de esa deshumanización que estamos viviendo...

—Bueno —contestó Adam—, no me hagas mucho caso. Son desvaríos de alguien un poco anticuado. Pero sí que es verdad que los tiempos han cambiado. Mi padre me hablaba mucho de la guerra, y de cómo eran las cosas antes. Parece un tópico, pero antes había honor, y había... no sé, respeto, o educación. Pero no educación como la de ahora, mucho más avanzada y todo lo que tú quieras. Hablo de educación básica y esencial. Mira cualquier película de la Segunda y verás camaradas, verás gente que habla normal, con un vocabulario normal. Mira una película de guerra reciente, con marines americanos de hoy día: todo es... «hijo de puta esto», «gilipollas lo otro, menosprecio», bravuconerías infantiles, y cuando puedo salvo mi culo y dejo a mis compañeros bajo fuego enemigo porque, ¡joder!, mi culo es lo primero.

—Es verdad —dijo Jimmy pensativo—. Es cierto que ocurre.

—Es que ocurre —recalcó Adam—. No sé qué está pasando, pero nos... Estamos cambiando. Y no solo es América. Es el mundo. Quizá el vampiro es ese cambio. Lo dijo el monstruo por la radio y me hizo pensar.

Jimmy iba a decir algo, pero Sonia apareció por detrás en ese momento.

—¡Buenos días! —saludó—. ¿De qué se habla aquí?

—Bueno, de muchas cosas, en realidad —respondió Adam—. ¡Buenos días, por decir algo!

Sonia asintió con una expresión triste.

—Sí. Tienes razón. Los chicos van a salir al matadero, dicen que es mejor que sean pocos por ahora, pero no sé, me preguntaba si quieres ir.

—Sí, voy a ir —decidió Adam—. Ya lo he hablado con Mac. He estado allí un par de veces antes, y es posible que si los acompaño y echo un vistazo recuerde algo que nos dé ventaja. Por dónde entrar, o qué había en cada sitio.

—Bien —dijo—. ¿Dónde está Mac, por cierto?

—Fue a ver cómo está Anne.

—Claro. Es lógico. Pobre Anne. Parecía tan entera con todo este... lío cósmico.

—Ya veremos —respondió Adam, agachó la cabeza y repitió—: Ya veremos.

## 2

—¿Madre? —llamó Mac desde la puerta.

Anne no estaba acostada. Estaba sentada en la cama, con el camisón puesto, enmarcada en una franja de luz que entraba por la ventana, de espaldas a él. Tenía la

cabeza levantada y los brazos caídos a cada lado, como si disfrutara del calor del nuevo día.

—Pasa, cariño.

Mac se acercó a ella despacio.

—¿Cómo estás, mamá?

—He estado mejor —suspiró—. Para qué negarlo.

—Ya —dijo.

Mac se sentó a su lado y le cogió la mano. La notó extraña, mucho más pequeña y arrugada, y fría. Y al mirarla descubrió manchas oscuras en la piel que no recordaba. ¿Cuánto hacía que no le cogía la mano?, se preguntó de repente. Demasiado, probablemente. Su madre siempre iba por la casa haciendo cosas, ocupada en mil tareas, con ese jersey de cuello alto, casi siempre oscuro, y el pelo recogido, pero su cuello era ahora una estructura rígida de tendones sobre los que descansaba una capa de piel destensada y avejentada, y todos esos años que habían vivido juntos sin pasar realmente tiempo de calidad cayeron sobre él. Su madre envejecía.

Se acercó a su mejilla y le dio un beso suave.

—Eres un buen hombre, Mac —dijo ella—. También Dallas y Michael lo eran. Pero eso no les sirvió de mucho, supongo.

—Intentaron hacer lo correcto, mamá —respondió Mac—. Y eso es mucho. Es lo que papá y tú nos habéis enseñado.

—Oh, ya sé por dónde vas —dijo la madre—. No soy tonta, Mac Gallagher. Toda esa gente nueva que ha venido... No me lo digas. Tienen familia, vienen o van a algún lado, y quieres ayudarlos. Tú y Eddie queréis ayudarlos.

Mac sonrió y bajó la cabeza para mirar al suelo, luminoso por el sol que entraba por la ventana.

—Algo así —susurró.

La madre suspiró.

—No voy a quedarme en casa mientras pierdo más hijos, eso puedes tenerlo por seguro —dijo.

—¿Qué?

—Que voy a ir con vosotros, solo para asegurarme de que no hacéis más tonterías. ¡Aún soy mucho mejor tiradora que tú, muchacho! Puedo darle a una rana en un ojo a doscientos metros.

Levantó la mano y la extendió ante él.

—¿Ves? He perdido un marido fabuloso y dos hijos, y aún tengo el pulso firme... aún... aún tengo...

Rompió a llorar.

Mac la abrazó, sintiendo sus huesos a través de la piel. Era tan menuda y delgada... ¿Cuándo se había vuelto tan anciana su madre?, ¿cuándo?

—Está bien, mamá —susurró emocionado—. Está bien.

### 3

Laura disfrutaba del aire frío de la mañana. Las temperaturas habían bajado de veras, y la brisa traía aromas a agua fresca, a árboles, a roca, a plantas aromáticas. Con los

ojos cerrados y la cara ligeramente levantada, Laura pudo olvidarse, por unos momentos, de que el mundo estaba muriendo, de que la gente estaba muriendo, y por todas partes.

Antes de que oyera siquiera los pasos a su lado, dijo:

—Buenos días, Pip.

—Buenos días —respondió este a su espalda.

Ella se volvió con un sonrisa.

—Es... curiosa esta conexión que tenemos, ¿no? Sabía que eras tú antes incluso de saber que venía alguien.

—Sí —dijo él—. Es... Bueno, por un lado es inquietante, pero por otro... es una sensación bastante...

—Es agradable, ¿no? —lo interrumpió Laura con rapidez.

Pip asintió.

—Sí. Supongo que una conexión así solo se consigue después de vivir media vida juntos. Tal vez más. Nos hemos ahorrado un montón de cosas.

Laura rio con ganas.

—¡Sí, supongo que sí!

—Están preparándose para ir al matadero —dijo.

—Sí —asintió Laura.

—Creo que van a ir Mac y Adam. No sé quién más. ¿Tú crees que... deberíamos ir?

Laura pensó unos instantes.

—Quieres... quieres comprobar... Quieres comprobar si sentimos algo allí —dijo ella.

—Sí.

—No se me había ocurrido —dijo Laura—. Creo que... es de esas cosas que me llegan de ti.

—Sí. Puede ser. Es realmente curioso. Anoche fui al cuarto de baño y justo salías tú, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Bueno, cuando llegué a la taza del váter, me costó echar unas gotas. Te juro que no soy de los que se levantan en mitad de la noche para orinar. Me acuesto y me despierto al día siguiente. ¿Sabes lo que significa?

—¿Creías que tenías... ganas porque yo me estaba orinando?

Se llevó una mano a la boca, con los ojos muy abiertos, y empezó a reír otra vez.

—¡Bueno, eso es lo que parece! —exclamó Pip—. O sea, creía que me meaba encima, pero... pero eran tus ganas, no las mías.

—¡Eso no es posible, Pip! —dijo Laura riendo.

—Bueno, ¡pues quién sabe!

—O sea, ¿voy a tener hambre cuando tú lo tengas? ¿Y qué pasa si tienes una noche loca de sexo con alguna amiga? ¿Voy a... revolverme en la cama, sola?

Pip abrió mucho los ojos, con una expresión de estupefacción tan evidente que Laura volvió a reír.

—¡Bueno! —dijo él—. No sé cómo funciona. ¡Carajo!

—¡Carajo! —repitió Laura, divertida.

Se quedó mirándolo unos instantes. Pip era atractivo, o eso le parecía. Tenía el cabello hecho un lío, con algunos bucles por aquí y por allí, como si no se hubiera peinado nunca, pero los ojos eran dulces, llenos de luz, y sus labios...

De repente, estaba besándolo. Sus labios se habían encontrado, y ella había introducido una pequeña parte de su lengua en él, pero sin moverla apenas, como para consolidar el contacto íntimo. Ese breve instante, ese segundo que para el resto del mundo era un grano de arena en una playa, fue para ellos como la respiración suave y tranquila a la que uno se entrega cuando cierra los ojos en la orilla del océano y se reúne consigo mismo en un remanso de paz casi eterna. Él era dulce, y su sabor le recordaba al del café. Ella era cálida. Pip reaccionó y se acariciaron con suavidad, los labios calientes prietos los unos contra los otros. Se llenaron de algo inexplicable que nacía del pecho y parecía energizar todo su cuerpo, pero no era la pasión química que el cuerpo despliega como pequeños soldados al servicio del viejo proceso de la procreación, sino... una conexión íntima, una fuerza poderosa que ninguno había sentido nunca antes, ni siquiera con el primer beso de amor que se prodiga con las ganas y el misterio de explorar un universo hasta entonces desconocido. Todo lo demás desapareció de sus mentes, de sus vidas. Estaba el beso, y más allá del beso solo había luz diáfana y blanca que se filtraba a través de sus párpados.

Terminó como empezó, sin premeditarlo, sin darse cuenta. Juntaron sus frentes y se quedaron abrazados, dejando que su cuerpo volviese poco a poco a su ser.

Laura no podía decir cómo había empezado. No recordaba haber tenido la más mínima intención de besarlo, ni el acto último de la decisión de hacerlo. Estaba mirándolo y, de repente, estaban unidos en contacto íntimo. Los fotogramas intermedios habían desaparecido, no estaban. Por lo que podía decir, no se sentía como si ella lo hubiera besado, pero no se arrepentía de ello.

—Vaya —empezó él con cierta torpeza.

—Lo sé —dijo ella, y sonrió.

—Ha sido...

—Lo sé. Lo sé.

Él pensó en la conexión. Debía de haber sido por la conexión. Había amado a varias mujeres en su vida, mujeres que habían sido importantes, y aunque hacía años que no veía a la mayoría de ellas, habría puesto la mano en el fuego al asegurar que aún las amaba. Y había tenido besos breves y casi protocolarios, pero también grandes besos que te dejan sin respiración, y en cierto modo desorientado, por unos instantes. Pero ninguno podía compararse a lo que acababa de sentir. Notaba las manos temblorosas, y también las rodillas. Pero si era la conexión, entonces, ¿cómo debía tomarse ese beso?, ¿qué significaba? ¿Sería... un daño colateral del efecto mental de los vampiros? ¿Sería ese beso... cósmico, esdrújulo, superlativo... una mentira como el prado verde de la lona del camión militar?

Decidió que no. Algo que había conseguido transportarlo a estadios inexplorados de felicidad no podía ser una mentira. No podía ser.

Ella no pensaba en nada remotamente parecido. De hecho, no pensaba en nada. Laura sabía que, en ciertos momentos, sobra el pensar y solo cabe el sentir.

—¿Sonia no va a venir? —preguntó Adam.

Mac se encogió de hombros. Miró a Sonia con una expresión inquisitiva.

—Puedo ir, desde luego —contestó ella, decidida.

—Se me ocurre que no hay que olvidar que eres agente de policía —dijo Adam—. Seguramente tendrás nociones que a nosotros se nos pueden escapar sobre... planificación, tácticas de incursión, no sé. Puedes ver cosas que nosotros no veamos. Tu opinión puede suponer una ventaja táctica.

Mac asintió.

—No se me había ocurrido —dijo—. Creo que Adam tiene razón. Deberías venir.

—Pues de acuerdo entonces —asintió Sonia—. Iré con vosotros.

—No creo que el grupo deba ser muy grande hoy —sugirió Eddie—. Aunque se me llevan los demonios si pienso en dejarte ir sin mí.

—Exacto —afirmó Mac—. Tenemos que confiar, acostumbrarnos a que no siempre podremos ir todos como una piña. De todas maneras, no sirve para mucho. Éramos unos cuantos en aquella habitación. Si las cosas se tuercen, se tuercen.

—Pero solo miraréis desde la loma —dijo Eddie.

—Solo miraremos, prometido.

—Está bien —asintió Eddie—. Yo iré con Seven y Douglas a visitar las casas que tenemos alrededor. A ver si algo ha cambiado. Se refugiaron en casa de los Milton, puede que haya otras casas ocupadas.

—Es buena idea —dijo Mac—. Sí, muy buena idea.

—Un momento, yo voy también —proclamó alguien desde la puerta de la casa.

Eddie compuso una expresión consternada. Allí estaba su madre, con su habitual jersey de cuello alto, sus vaqueros, y sus botas. Llevaba la vieja funda de su padre, de cuero claro, atada a la espalda, con la culata de una pistola asomando en el lateral izquierdo y su rifle en las manos.

—¡Mamá! —exclamó Eddie.

Mac suspiró.

—Déjala —susurró—. Está bien. He hablado con ella.

—Claro que estoy bien, muchacho —dijo Anne—. Y aún puedo oír tus murmuraciones desde el otro lado de la casa. No voy a quedarme aquí mientras mis hijos se ponen en peligro.

—Pero mamá —protestó Eddie—. Es...

—Es lo que hay —lo cortó la madre—. Y si habéis terminado de cuchichear, diría que el sol corre rápido por el cielo y que los días son cortos en esta época del año. ¿Cuál es el plan?

—Mamá...

—No conseguirás que cambie de opinión, Eddie —terció Mac—. Nos seguirá en su coche si hace falta.

Jared aplaudió con ganas.

—¡Yo voy con usted donde me diga, señora! —exclamó—. ¡Vaya que sí!

—Le sienta bien la funda, señora —dijo Adam.

—Era de mi marido —afirmó la madre—. No pensé que tuviera que usarla nunca, pero las cosas cambian, y hay que adaptarse a los cambios, o los cambios acaban por llevársete por delante.

—Eso es bien cierto —respondió Adam.

—Sonia, Adam y yo iremos al matadero, mamá, pero solo a mirar desde lejos cómo están las cosas por allí —le explicó Mac—. Y Eddie y los demás irán a ver cómo están nuestros vecinos. Ya sabes. Por si hay más... furgonetas aparcadas, o algo ha cambiado.

—Si solo vais a mirar, iré con Eddie —dijo Anne—. No creo que vuestro grupo deba ser más numeroso de lo que es.

—De acuerdo —asintió Mac.

Jimmy no dijo nada. Le hubiera gustado ir con algún grupo, pero sospechaba que ninguno de aquellos adultos había considerado siquiera la opción de incluirlo en sus pequeñas misiones; al fin y al cabo, por mucho que pareciera tener quince, seguía teniendo trece años.

—¿Los demás se quedarán en casa? —preguntó Anne—. Eleonor va a necesitar gente a su lado hoy. Esa chica, Laura, me parece buena opción. ¡De acuerdo! Pues si todos tenéis el estómago lleno y las armas en las manos, lo mejor será partir. ¡Hay bastante que hacer!

—¡Sí, señora! —exclamó Jared, divertido.

## 5

El matadero era, principalmente, un edificio rojo que el sol había surcado de grandes vetas blancas. Las letras SANDERSON & SPENCER apenas eran visibles en el frontal, desvaídas y arruinadas, y aunque en tiempos había algo más escrito justo debajo, de ese mensaje no quedaba ya nada. Sonia, Adam y Mac podían verlo bien desde su posición privilegiada, tumbados en el suelo sobre una colina cercana.

Ese edificio tenía, intencionadamente, forma de granero; hubo en su planificación un cierto esfuerzo por hacer que no desentonase con el resto de las construcciones de la zona. Curiosamente, con los años, los graneros dieron paso a las viviendas, y los graneros tradicionales construidos para guardar las cosechas de trigo y cebada desaparecieron con la creación de las nuevas naves industriales, mucho menos agradables a la vista pero más prácticas y eficientes. El matadero pasó a llamarse, para los lugareños, «el edificio rojo».

No era, por cierto, el único que se levantaba en el solar del matadero: había pequeñas construcciones aladañas destinadas a tareas de clasificación y distribución de ganado, así como a su alimentación y cuidados. A algunas les faltaba el techo, pero la mayoría aguantaba bien. También había, además, viejos restos de maquinaria parcialmente enterrados, oxidados y herrumbrosos. Algunas porciones de vallas aún permitían imaginar los lugares donde el ganado esperaba, sin saberlo, su turno para ser procesado.

—Es más grande de lo que recordaba —dijo Adam—. Suele ser al revés. Normalmente, cuando visitas un sitio al que ibas de niño acostumbra a parecer más pequeño.

—Ese es cierto —asintió Mac.

Adam observó los camiones. Había seis de ellos aparcados en el interior del recinto vallado, una valla moderna y bien construida que debían de haber instalado no

hacía demasiado, y también un par de autobuses grandes, de los que usan las empresas de turismo para trasladar a sus clientes por todo el país. Estaban dentro, y la reja de entrada estaba cerrada.

—Están ahí, de eso no hay duda —dijo Adam.

Mac estaba mirando la reja por la mirilla de su rifle. Un sólido candado cerraba el acceso.

—Está cerrada con un candado —les informó—. Y... mirad el suelo... Hay muchas huellas alrededor de los camiones.

—Bien visto —dijo Sonia—. Se dirigen justo a la entrada del edificio rojo.

—No veo huellas por ningún otro lado —añadió Mac.

—Yo tampoco —dijo Sonia.

—Hum —reflexionó Adam—. ¿Qué creéis que significa eso?

—Parece algo bueno —apuntó Sonia—. Lo que más me preocupa ahora mismo son los guardianes. Gente normal, que se pone morena con el sol y no arde ni explota. Esos pueden darnos muchos problemas.

—Si hubiera guardianes —opinó Mac— estarían fuera, ¿no creéis?

—Es posible —dijo Adam—. Es posible.

—No sabemos cómo se comporta un... guardián —declaró Sonia—. No podemos pensar que se comportarán como personas normales. Están hipnotizados, ¿quién sabe cómo pasarán el día? Quizá protegen a sus amos poniéndose a su lado y no dando paseos por el exterior como haría un guardia normal.

—Eso es cierto —asintió Adam.

—El edificio es bastante grande —observó Mac.

—Lo es —afirmó Adam—. En su época, el matadero empleaba a sesenta personas y procesaba un buen montón de reses, cerdos y ovejas al día. El interior daba miedo, con todas esas herramientas grandes y crueles. Recuerdo una sala central con ganchos y cadenas colgando del techo. Los ganchos estaban oscurecidos por la cantidad de sangre que había ido acumulándose en ellos. Y el suelo estaba lleno de rejas por donde se escurría la sangre. El olor era muy muy fuerte.

—Rejas en el suelo —susurró Mac, pensativo—. ¿Dónde desembocan?

—Buena pregunta —dijo Adam—. No lo sé. Supongo que en el alcantarillado, aunque no sé si por entonces había algo así por aquí.

—¿Será practicable? ¿Crees que podemos colarnos por ahí?

—Bueno, se podría mirar —decidió Adam.

—No estoy segura de que sea la mejor opción —exclamó Sonia—. Eso nos dejaría en el interior de un edificio con poca o ninguna luz. ¿Os habéis fijado en los ventanales?

Mac miró, usando el rifle.

—Están cegados —informó—. Con tablones de madera.

—Exacto —dijo Sonia—. Debe de hacer bastante que el edificio perdió los cristales de esos tragaluces, si es que alguna vez hubo alguno. En un edificio abandonado como este, los accesos se cierran todos. Ahí dentro debe de reinar una oscuridad importante. Apareceríamos en mitad de un lugar donde ellos son fuertes, incluso de día.

—Cierto —asintió Mac—. Solo pensaba en posibilidades.



—Tenemos otras opciones que, tal vez, sean mejores. Por ejemplo, yo cogería uno de esos camiones y lo estrellaría contra la puerta. Que se abra. Que se vaya al carajo. Que entre la luz. La luz del día es un arma mejor que cualquier rifle.

—¡Eso me gusta! —aplausó Adam.

—El único problema entonces serán los guardianes —dijo Mac—. ¿Podéis imaginar hombres armados ahí dentro? Podrían dispararle al conductor del camión.

—Tal vez... —apuntó Adam— podríamos blindar la cabina de alguna manera. Mac negó con la cabeza.

—Habría que... soldar placas, lo que puede ser fácil o no serlo. Ahora mismo no se me ocurre dónde conseguir ese material. Tenemos un soldador en casa, pero tampoco nos garantiza nada. ¿Y si tienen algo como un lanzacohetes?

—Hum —reflexionó Adam—. Cabe esa posibilidad.

—Entonces tenemos que averiguar si hay guardianes, y se me ocurre cómo: con una escaramuza.

—¿Una escaramuza? —preguntó Mac.

—Un señuelo. Una trampa. Armamos un poco de lío fuera, a plena luz, para que los guardianes salgan a echar un vistazo. Si los hay, querrán salir a ver qué ocurre. Y entonces lo sabremos.

—Vale —dijo Adam—. Es una buena idea, pero perderíamos el factor sorpresa. Estarían advertidos.

—No tiene que ser algo evidente —apuntó Sonia—. Puede ser un incendio; podemos colocar un vidrio, o una lata. Alguna cosa que les haga pensar que algo ha empezado a arder por efecto del sol en la hierba seca.

Mac miró al cielo.

—Tendrá que ser rápido —dijo—. Aquellas nubes de allí traen agua, me parece. Y nadie se creerá nada sobre un incendio fortuito.

—Eso seguro —observó Adam—. Pero no creo que lleguen aquí hasta esta noche, o mañana, si el viento nos es favorable. Quién sabe. Tal vez no haga viento aquí abajo, pero ahí arriba las cosas pueden ser muy diferentes.

Sonia asintió, pensativa.

—En cualquier caso, no creo que debamos precipitarnos —dijo—. Esto hay que pensarlo bien. Cualquier improvisación puede conducirnos al desastre rápidamente. No somos... un ejército de ataque. No hay bajas que asumir. Si perdemos a uno solo de nosotros, será una derrota.

—Eso es cierto —reconoció Adam.

—Bien, entonces...

Eddie se interrumpió. Sonia tiraba de su brazo hacia abajo. El Gallagher la observó por un instante y luego siguió la dirección de su mirada. Era una furgoneta blanca, con el logotipo de UPS en el costado, que venía circulando por la carretera. Al principio, la visión lo transportó a apenas una semana atrás, cuando el mundo aún funcionaba con normalidad y los repartidores de mensajería utilizaban esas carreteras, circulando entre tractores, turismos y camiones con mercancías.

«Buenos días, ¡qué tiempo loco hace! Esta mañana hacía un frío del demonio y ahora, con este sol, hace calor.» «Sí, en efecto, el tiempo es más o menos así por esta región, pero no en esta época.» «¡No, no en esta época! ¡Le traigo un paquete, por

cierto! Viene de China, como casi todo estos días.» «Es cierto, esos chinos están invadiendo nuestros armarios, cajones y estanterías.» «¡Bien puede decirlo! Mi mujer compró hace poco un...» Pero la sensación se desvaneció casi al instante. La furgoneta no tendría mercancías que entregar; no en esa zona, no en mitad del país. Con suerte viajaría en ella una pequeña familia de personas asustadas que consiguieron la furgoneta en alguna parte. Una niña pequeña llamada Jenny y un muchacho de pelo pajizo y con pecas. Y quizá un perrito llamado Puky porque de pequeño vomitaba por todas partes, casi siempre pequeñas piezas de plástico, restos de juguetes, botones y cualquier cosa que pudiera encontrar. Pero tampoco habría una familia. No podían ser vampiros porque el sol brillaba alto en el cielo, pero Eddie podría poner la mano en el fuego a que lo que había en su interior eran guardianes. Un refuerzo para lo que sea que protegía a los vampiros dentro del edificio rojo.

Nadie dijo nada, y tampoco hizo falta. Llegado el momento, giró a la izquierda por el camino de acceso al matadero, y al llegar a la verja, un hombre se bajó para retirar el candado y entrar la furgoneta.

—Bueno —dijo Adam—. Ahí los tenemos.

—Guardianes —dijo Sonia.

—Guardianes —repitió Adam.

Ahora eran dos hombres. Los dos vestían botas negras, una chamarra también negra y vaqueros azules. Parecían tipos del este, desprovistos de pelo y con hombros anchos. Abrieron la parte de atrás y empezaron a descargar cajas.

—Suministros.

—Es comida —dijo Eddie, con el ojo en la mirilla del rifle—. Puedo verlo desde aquí. Arroz. Pasta. Judías.

—Comida. Para ellos, supongo —dijo Adam.

Sonia negó con la cabeza.

—Para las vacas —repuso—. Estarán hipnotizados y todo lo que queramos, pero siguen necesitando comer. No producirán mucha sangre si no están bien alimentados.

—Es cierto —asintió Adam.

—Mala cosa —dijo Eddie—. Si están saqueando High Pine será un problema. También nosotros necesitamos esa comida, y mira, la furgoneta está a reventar.

—¿Qué... problema? —quiso saber Sonia—. ¿Hasta dónde pensará un vampiro? Quiero decir, la comida se acabará algún día, incluso en High Pine, o en cualquier parte. ¿Qué tipo de... plan de futuro deben de tener?

Eddie chascó la lengua.

—No tengo ni idea —exclamó.

—Deben de estar haciéndose con un pequeño ejército de guardianes —dijo ella—. Y muchos de ellos no habrán cogido un arma en su vida.

—Entiendo lo que quieres decir.

Las puertas del edificio se abrieron de pronto y varios hombres y mujeres salieron con diligencia a ocuparse de las cajas. Cogían una cada uno y volvían al interior. Algunos llevaban armas colgando del cinto, a la espalda, y uno de ellos vestía el uniforme marrón de una oficina de sheriff local.

—Dios mío —exclamó Sonia.

—Son un buen montón —dijo Adam.

—Es lo que decía. O mucho me equivoco, o ahí hay vacas y guardianes mezclados.

Miraron con interés mientras la gente se ocupaba de los bultos. La pila descendía rápidamente, y aceptaban sin discusión cualquier cosa que salía directamente de la furgoneta.

—¿Os habéis fijado en algo? —dijo Adam—. Me parece curioso.

—¿Qué cosa? —preguntó Sonia.

—Fijaos en cómo trasladan los paquetes. Cogen uno y vuelven al interior. Algunos llevan cajas grandes y pesadas, y su tamaño parece superarlos. Les cuesta, pero aunque son un buen montón, nadie los ayuda. Otros, en cambio, cogen un paquete pequeño y se lo llevan al interior.

—No te sigo —dijo Eddie.

—Vale. No me llamaría la atención si fueran prisioneros. Si eres un prisionero, intentas escaquearte, coges un paquete pequeño y esperas que ningún guardia te joda el truco diciendo que lleves más peso. Pero esta gente está hipnotizada. Laura dijo que cree que son felices, los más felices del mundo; están donde tienen que estar y hacen lo que tienen que hacer. En esas circunstancias, ¿no ayudaríais llevando más cosas?

—No lo sé —dijo Sonia—. Explícate.

Adam sacudió la cabeza.

—Es como si... hubieran perdido toda iniciativa. Alguien, o algo, debe de haberles dicho: «Coged cajas y llevad cajas». Y eso es lo que hacen. Pero no piensan realmente. Si esos sacos de manzanas estuvieran separados en unidades individuales, apuesto a que cada uno cogería una manzana y se volvería, feliz, al interior. Cogen, llevan. Pero no aplican la lógica humana. No... aprovechan los viajes. Nadie está pensando: «Caray, puedo llevar más cosas, así terminaremos antes».

—Entiendo lo que quieres decir —dijo Sonia.

—Ya lo pilló —afirmó Eddie.

—Es interesante —añadió Sonia—. Es como si...

—Como si sus capacidades intelectuales básicas estuvieran mermadas —concluyó Eddie, asintiendo.

—Como robots —añadió Adam.

—Eso puede sernos útil —susurró Sonia, pensativa—. No sé cómo, pero es algo que podríamos tener en cuenta.

—Desde luego —dijo Adam.

—Tenemos un buen servicio de inteligencia —manifestó Sonia—. Tu padre te diría que inteligencia es esa cosa que salva vidas desde los despachos.

—Sí —contestó Adam—. Eso es muy cierto.

Mientras hablaban, la furgoneta se había vaciado. Todo el mundo había regresado al interior, incluso los conductores, y la puerta se cerró tras ellos. Ahora la furgoneta de UPS era parte del paisaje, un vehículo más junto a los camiones y autobuses. El candado había sido cerrado otra vez y el solar estaba de nuevo silencioso.

Eddie suspiró.

—He contado seis hombres con armas, además de los dos que llegaron en la furgoneta —anunció.

—Bueno —dijo Sonia.

—Estuve pensando en quemar el edificio —declaró Adam—. Es lo más seguro, como dijo Jared. Es decir, esperaba que las llamas hicieran salir a las vacas pero impidieran a los vampiros abandonar el edificio. Pero viendo cómo actúan, ya no estoy seguro de que se dejaran, simplemente, quemar por el fuego.

—Desde luego —admitió Sonia—. El riesgo es alto.

—Se puede acceder al tejado desde aquella escalera —apuntó Eddie—. Tal vez podríamos, no sé, abrir un agujero en la uralita. Parece uralita, y ese material es fácil de cortar. Avanzaríamos con el sol protegiendo nuestros pasos.

—Seguimos teniendo el problema de los guardianes. Dispararían a través del techo —dijo Adam.

—Es verdad —respondió Eddie—. Ah. Qué mierda. Estoy seguro de que a Michael se le ocurriría algo mejor.

—La idea del señuelo me sigue pareciendo la mejor —manifestó Sonia—. Mac mencionó que tu madre tiene una puntería increíble.

—Mi madre es la mejor tiradora que he visto nunca —afirmó Eddie—. En serio. Hubo un tiempo, cuando no había tantas leyes, en que ella ponía en la mesa lo que cazaba. Le bastaba con una hora para volver a casa con un montón de conejos, y te aseguro que no es fácil acertar a un conejo cuando salta, brinca y dribla como un puñetero malabarista de circo.

—¿Crees que podría ocuparse de los guardianes desde esta posición?

—Un momento —dijo Adam—. Hay... hay que considerar esto con cuidado. Existen... dilemas morales que debemos plantear y resolver.

—¿Dilemas morales?

—Quiero decir, una cosa es disparar a conejos, zorros y... no sé... ciervos, y otra muy diferente disparar contra personas —explicó—. Estás pidiendo a una señora de... no sé... ¿sesenta, sesenta y cinco años, tal vez? que se ponga aquí arriba y dispare contra personas. Para empezar, está el tema de su edad. No digo que no sea capaz, o demasiado mayor para hacer el trabajo: la he visto moverse y es más capaz que yo cuando tenía cuarenta. Solo digo que pertenece a un tiempo en que el respeto a la vida era importante. No es como ahora.

—Oh. Eso —dijo Sonia.

Se mordió los labios, ceñuda.

—Quiero decir... tú eres policía, y probablemente habrás disparado a gente —siguió diciendo Adam—. Pero era gente que, libremente, había elegido su propio camino. Un camino oscuro y feo, si quieres, y no digo que cada uno de ellos no mereciera la bala que le metiste en el cuerpo, pero esta gente... Dios mío, si aceptamos sin reservas la teoría de los guardianes, es gente normal, como tú y como yo, solo que están hipnotizados. Pip y Laura fueron... seleccionados, entre comillas, para ser vacas, pero podrían haber acabado ahí dentro con un arma entre las manos. Pip, por ejemplo. Es joven y atlético, lo veo muy capaz de ir por ahí dando barrigazos y disparando a cosas.

—Ya entiendo —dijo Sonia—. ¡Mierda!

Adam asintió.

—En resumen, estamos decidiendo... y daos cuenta... disparar contra buenas

personas para salvar a otras. Pero todas necesitan ayuda, tengan armas o no. No hay diferencia entre ellas.

—¡Mierda! —repitió Sonia.

—Joder —masculló Eddie—. Tienes toda la maldita razón.

—Será mejor que se nos ocurra algo bueno de verdad —concluyó Adam—. Algo que nos permita..., bueno, salvarlos a todos.

Sonia hundió la cabeza entre las manos.

## 6

—General Wein, el cardenal Giuseppe Bertellato, presidente de la Comisión, le espera —anunció el arzobispo.

—¿Un cardenal? —preguntó Wein—. Creía que hablaría directamente con Su Santidad.

—Su Santidad está indispuesto en estos momentos —explicó el arzobispo—. Pero el cardenal Bertellato representa a la Pontificia Comisión para el Estado del Vaticano, y tiene plenos poderes ejecutivos y legislativos para tratar con usted.

El general asintió.

—Está bien —dijo. Se incorporó y avanzó dando zancadas por el salón, su pequeña carpeta amarilla con el sello de la Oficina de Seguridad Nacional impreso en la portada bajo el brazo.

Era la primera vez que pisaba la Santa Sede, y había esperado, movido quizá por los decorados representados en innumerables películas, encontrar grandes salones suntuosamente decorados, cargados de exquisitas columnas ribeteadas en oro o algún material dorado, hermosas estatuas y lustrosos mármoles, pero aquellas estancias no se distinguían en nada de cualquier otra oficina que hubiera recorrido en la propia América. El mismo cardenal Bertellato lo esperaba en la sala contigua, detrás de una mesa de madera bastante convencional, coronada por la bandera pontificia y una imagen de Su Santidad el papa enmarcada en la pared. Una sencilla cruz sobre un soporte blanco ostentaba un lugar privilegiado en una mesa vacía de papeles o carpetas.

—Eminencia —saludó el general.

—General —respondió el cardenal, extendiendo la mano. El general se la estrechó con un gesto de cabeza, sin besamanos. Se trataba de un hombre algo grueso, con nariz aristocrática y ojos profundos y grises en un rostro afectado por innumerables marcas de alguna vieja afección en la piel; acné tal vez. El cabello peinado hacia atrás en bucles y ondas le recordaba a lociones para el pelo pasadas de moda.

Se sentaron.

—Me han informado del motivo de su visita —dijo el cardenal—. Es una tragedia lo que está ocurriendo en su país. Una tragedia espantosa. Como sabe, la Santa Sede y la población, no solo del Vaticano, sino de Roma en su totalidad, se reúnen a diario en nuestra plaza para rogar a Dios.

—Lo sé y se lo agradezco, eminencia —respondió el general—. El presidente ha hablado ya con Su Santidad.

El cardenal asintió.

—Por supuesto, pueden contar con nuestra colaboración en todos los aspectos que requieran de nosotros. Todo cuanto esté en nuestra mano. Sin reservas.

—Gracias, eminencia. El presidente está seguro de que así es.

—Ahora bien, no entiendo muy bien su petición de acceder al Archivo Secreto, en el contexto de esta desgracia. ¿Cómo piensa su presidente que podrá ayudar eso?

El general carraspeó, abrió la carpeta amarilla que llevaba consigo y extrajo un pliego de documentos.

—Bien. Nos enfrentamos a un enemigo que podemos calificar de... sobrenatural.

—Adelantó el brazo y le tendió el documento, que el cardenal recibió con el ceño fruncido—. Hemos redactado un memorándum detallado con lo que sabemos de ellos. Tienen una fuerza que excede la capacidad convencional del ser humano, atacan a sus víctimas con mordiscos mediante los que infectan y propagan sus propias características y reaccionan al sol, a los rayos de sol comunes, que les infligen una destrucción inmediata y total.

—Estoy enterado —asintió el cardenal, colocándose unas discretas gafas y repasando el documento con gravedad.

—Todas esas características las hemos visto con anterioridad, y pertenecen al elenco fantástico del mito del vampiro, hasta ahora hegemonía y patio de recreo de producciones cinematográficas, literatura fantástica, etcétera. Pero está ocurriendo. Encaja con las normas y reglas del vampiro mitológico común en casi todo.

—Vampiros —susurró el cardenal—. He oído esa palabra antes, en los medios, en relación con esta tragedia. « Questo vampiro ha del sale in zucca .» Lo dijo Lafayette. Es curioso. Creo que le veo venir, general. Quiere acceder al Archivo Secreto para buscar los orígenes del mito en las raíces cristianas de nuestra cultura.

—Estamos desesperados, eminencia.

—No es una palabra muy antigua. Diría que es de cuña reciente, siglo XVIII , si no me equivoco. He hecho mis deberes. Procede del término vampir en lenguas eslavas, y del alemán, derivado a su vez del polaco wampir .

—Lo hemos mirado —afirmó el general—. Pero la denominación sigue profundizando y aparece en el eslavo arcaico, y existen raíces indoeuropeas en el turco y el persa. Significa tanto «ser volador» como «lobo», o «beber» y «chupar». Es mucho más antigua de lo que cree.

—No estoy muy familiarizado con el mito —admitió el cardenal—, así que disculpe mi ignorancia. Pero tenía entendido que el vampiro apareció en la cultura tradicional europea como explicación a las enfermedades y plagas desconocidas que, de tanto en tanto, asolaban la población; asuntos que la medicina de entonces no podía explicar.

—Entre otras cosas. La fascinación temerosa por la inmortalidad, el miedo a dar rienda suelta a los instintos más bajos, contrarios a las normas religiosas tan severas en épocas antiguas, a menudo relacionadas con castigos físicos y sociales, etcétera. Hay numerosos indicios, la mayoría paganos, asociados con el misterio de la sangre como conductora de vida, que para observadores antiguos sin conocimientos médicos de ninguna clase debía de ser algo fantástico. De ahí el concepto de alimentarse de ella.

—En efecto, en efecto —respondió el cardenal—. Pero le adelanto que la Iglesia

católica nunca ha aceptado el vampirismo como tal. Sí la posesión demoníaca, si es lo que busca. Dios existe, ergo, existe el demonio. Lucifer fue un ángel caído que se rebeló contra Dios Nuestro Señor y comandó un ejército de demonios que intentan todavía producir un impacto en la Creación.

—Podemos llamarlos demonios, si lo prefiere —respondió el general Wein—. Son solo palabras que recubren el armazón de una verdad cuyos orígenes pueden ser tan antiguos como el mundo.

—Entiendo —asintió el cardenal, quitándose las gafas—. Le adelanto que no estoy impidiendo de manera alguna su acceso a nuestros documentos. Ya lo tiene, de hecho. Solo quiero comprender lo que busca para acelerar el proceso de escrutinio e investigación.

—No tenía ninguna duda —dijo el general con un asentimiento de cabeza.

—Si busca información sobre demonios, tenemos documentos y material que podemos mostrarle. El prefecto del Archivo Secreto lo ayudará en esa tarea; de hecho, todos los caposala están ya activos y preparados para que comience su trabajo, con un refuerzo de personal adicional. Yo mismo ordené que estuviera todo listo en cuanto se me informó de su petición de reunión.

—Gracias, eminencia, por la disponibilidad y la presteza. El presidente estará muy agradecido y contento.

—Y tenemos exorcistas, como sin duda sabe usted bien. Ya le he mencionado que las posesiones demoníacas sí son algo que la Iglesia católica reconoce. Está en el Evangelio: Jesús se enfrentó a demonios embutidos en el cuerpo de personas, muchas veces locos y dementes. Lucifer usa a menudo la mente de los más débiles para manifestarse; los usa como puerta de entrada. Nuestros exorcistas se apoyan continuamente en psiquiatras para tratar sus casos. Puede hablar con ellos también, me ocuparé de que se organice un encuentro.

—Gracias otra vez, eminencia.

—¿Tiene alguna idea de por dónde empezar? —preguntó el cardenal.

—De hecho, tenemos una pista. Una mujer, de capacidades extraordinarias. Creemos que es el foco de la infección. Fue encontrada sepultada y encerrada en un lecho de obsidiana que tiene unos ocho mil años de antigüedad. Se hace llamar Elexia.

—Elexia —susurró el cardenal—. Ese nombre no me dice nada. Una de las primeras cosas que hace un exorcista, identificada la posesión como verdadera o plausible, es preguntar por el nombre del demonio. Los demonios no tienen nombres, así que se los inventan sobre la marcha. Algunos son ominosos, otros son burlones o directamente tontos hasta lo risible. Un demonio que se hacía llamar Isbò mató a un exorcista y a un obispo en una sesión, el Señor los tenga en su gloria.

—Siento oír eso. Tampoco hemos encontrado el nombre más que como marca comercial de productos modernos, sin relación alguna.

—Puede ser un nombre inventado, como le digo —aseveró el sacerdote—. Ah. Es sin duda una cuestión delicada. Tenemos sacerdotes capacitados para el ejercicio del exorcismo en su país, estoy seguro. ¿Quiere que le organice un encuentro? Tal vez puedan ayudar, tal vez no, pero no perdemos nada por probar.

El general Wein pensó durante unos momentos.

—Sí, de acuerdo —asintió.

—Déjeme que haga unas averiguaciones. Veré a quién tenemos allí. Me aseguraré de proporcionarle el mejor equipo, y si no hay nadie de consideración, enviaremos a alguien desde Roma.

—Es muy amable, eminencia.

—Es... es una cuestión delicada. Mucho. Debemos estar muy atentos a los resultados de esas sesiones. Si se confirma la posesión demoníaca, estaríamos ante una situación preocupante. Las noticias sobre lo que ocurre en Estados Unidos son alarmantes.

El general asintió.

—No le quitaré importancia a la gravedad del asunto, eminencia. Cada noche es peor.

—Cada noche, sí. Los demonios temen la luz, en especial la luz del sol, que representa, desde luego, el poder incomensurable de Dios, su luz y la unidad de la trinidad divina. En fin. Lo mejor será empezar de inmediato. ¿Ha traído un equipo de trabajo, general?

—Veinte historiadores y personal del gobierno.

—Normalmente hay que hacer una petición. Al Archivo Secreto se accede con lo imprescindible, apenas un bolígrafo y un portátil o cuaderno de notas, y no se permite tomar fotos. Es, como comprenderá, un proceso tedioso. Arreglaré las cosas para que sus hombres puedan acceder sin reservas, ayudados por nuestro prefecto y sus asistentes. Deme una hora.

—Desde luego. Gracias otra vez, eminencia.

El cardenal sacudió la cabeza, pensativo.

—Rogaré a Dios para que esa amenaza que nos ha caído no provenga de los sirvientes de Lucifer. No quiero pensar, ni por un momento, en esa situación. Consultaré con Su Santidad. Sin duda, eso sería grave.

El general suspiró.

—Con todos los respetos, eminencia, ya es bastante grave. No sé cómo podría empeorar.

El cardenal se santiguó.

## 7

—Jaula Nueve, ¡movimiento en Sur Cuarenta y Siete Seis! —dijo la operadora.

—Jaula Nueve, confirme —respondió el jefe de sala.

—Confirmado movimiento, señor. Sur Cuarenta y Siete Seis, zona Baltimore.

—Balti... ¿Baltimore? ¿Tenemos imágenes de las avispas?

—Los drones están en posición, señor.

—Páselo a la pantalla central —ordenó el jefe de sala.

La imagen central, la más grande de todas las que había en la Sala de Guerra, cambió para mostrar una vista cenital de una zona boscosa que se desplazaba lentamente. Era de noche, así que costaba saber lo que se estaba viendo.

—Cambie vista...

La imagen pasó a una en blanco y negro. Allí, un sinfín de puntos de un tono azul intenso se movían a buena velocidad en la misma dirección, como si fuera una marea



que progresa por la costa después de un tsunami.

—Dios mío —dijo el jefe de sala—. ¿Cómo ha... ocurrido eso?

Nadie dijo nada. Las miradas, graves y serias, estaban concentradas en la visión impactante de la pantalla. Parecía el Yankee Stadium en una final, o el Triángulo de Nueva York en fin de año.

El jefe de sala cogió el teléfono con rapidez.

—Jaula Nueve abierta —dijo—. Repito: Jaula Nueve abierta en Sur Cuarenta y Sie... Cuarenta y Ocho Seis. Control superado. Código siete, nueve, uno. ¡Siete, nueve, uno!

—NORAD, cazas en el aire —dijo alguien—. Cazas en el aire. Dos minutos.

Las luces de la sala cambiaron de pronto a un tono rojo. Algunos operadores que estaban de pie consultando mapas y documentos de todo tipo corrieron a sus puestos. Los teléfonos empezaron a sonar.

—Van hacia... Washington —dijo el jefe de sala.

Le costó terminar la frase. De repente, tenía la boca seca.

## 8

—Buitre a Nido. Tenemos confirmación del objetivo —radió el piloto.

—Buitre. Confirmación de ataque. Repito, proceda.

—Recibido, Nido. Escuadrón, fuego a mi señal en... tres...

Los cazas alcanzaron la masa de gente que avanzaba a la carrera por el campo. Acababan de dejar atrás una hilera de vehículos pesados que daban cobertura a la infantería de marines, pero se asegurarían de diezmar las filas de atacantes antes de que los chicos de tierra entraran en acción.

—Dos, uno...

Accionó el gatillo de su mando y sintió la vibración de los misiles abandonando sus anclajes. El sonido era como un siseo repentino que perdía rápidamente intensidad. Los haces de humo de los misiles de su escuadrón de vuelo lo sobrepasaron a izquierda y derecha, perfectamente alineados, dirigiéndose a su objetivo.

La noche estalló con un relámpago anaranjado. Los árboles se quebraron, fragmentados en grandes porciones que salieron despedidas en todas direcciones. La tierra se proyectó hacia arriba envuelta en fuego y miembros desgarrados, reducidos a pedazos de carne sin sentido, y el suelo se estremeció con una sacudida tan violenta que pareció un terremoto fuera de toda escala conocida. Los vampiros que no fueron alcanzados directamente saltaron por los aires muchos metros, empujados por la onda expansiva, y cayeron contra el suelo como fardos abultados y desmañados. Luego, una lengua de fuego abrasadora los atrapó, envolviéndolos en un infierno de llamas que los consumió con urgencia.

Alrededor, los rostros se volvieron hacia el cielo, buscando los cazas. Las bocas se abrieron, terribles y crueles, cuando vieron los aviones virar a cierta distancia, seis estelas plateadas en un cielo nocturno tocado por el resplandor de las llamas.

Y la conexión... la conexión roja ( oh, tan roja ), el hogar, la unidad... reclamó la atención de todos. Inclinaron las cabezas monstruosas, como si escucharan.

Dispersaos , susurró la voz roja en sus cabezas.

Y cuando los cazas regresaban de nuevo para lanzar otro ataque, los vampiros echaron a correr en direcciones aparentemente aleatorias.

## 9

La calle, a pesar de todo, olía a Navidad. Podía percibirse en el andar presuroso de la gente, en los escaparates de las tiendas que, por esas latitudes, se afanaban por permanecer abiertas y mostrar una aparente tranquilidad. Se veía en el resplandor amarillento de las luces tendidas de lado a lado de la calle, con sus campanillas y la silueta luminosa de las tradicionales bolas rojas. Se veía en los carteles pegados en los murales emplazados para publicidad: GRAN FIESTA DE FIN DE AÑO. COTILLÓN, BARRA LIBRE, y el cartel rojo de CANCELADO sobre algunos de los artistas que iban a actuar originalmente. Alguno había añadido una leyenda con letras apocalípticas: EL ÚLTIMO DÍA DE NAVIDAD, ¡CELEBRALO CON NOSOTROS! BLOODY MARY, CHUPASANGRES, LA NOCHE NEGRA DE LA OSCURIDAD CON JOE EL VAMPIRO Y EL DJ CHUPACABRAS.

Por esa calle caminaba un hombre alto, cubierto con un abrigo oscuro. Con las manos en los bolsillos, sus zapatos caros producían un sonido uniforme y sonoro, cuyos ecos ascendían entre los edificios. PLAC. PLAC. Se detuvo junto a las lujosas puertas dobles de un edificio de alto standing y miró al portero.

—¿Señor? —preguntó este—. ¿Viene a ver a alguien?

El hombre alto no respondió. Levantó la cabeza y clavó sus ojos en el portero.

—Ático tres, señor —respondió este de inmediato—. Lo acompañaré al ascensor.

El hombre alto no respondió, la mirada todavía fija en él.

—Por supuesto, señor —dijo el portero—. No hace falta. El código del ascensor es el 1401. La puerta es la de la derecha. Aquí está la llave.

El hombre alto aceptó la llave y, sin decir nada, entró en el edificio. La luz era cálida y agradable, y contrastaba con las luces frías y rutilantes de un impresionante árbol de Navidad, a cuyo pie había varios paquetes de regalos exquisitamente envueltos: regalos falsos que cumplían con la función ornamental de crear la ilusión de la magia de esos días.

1-4-0-1. Cada botón dejaba escapar un sonido discreto.

El ascensor llevó al hombre alto al ático tres. Abrió la puerta con la llave y entró en la vivienda. Era una planta diáfana donde se respiraba cierto lujo, sobre todo por el espacio y la escasez de muebles. Una pantalla gigante de televisión decoraba una de las paredes.

El hombre alto avanzó por el salón sin apresurarse. Tenía otras visitas que hacer esa noche, había tiempo de sobra. Aunque nunca había estado allí, pero sabía perfectamente a dónde dirigirse: avanzó por el pasillo y entró en la primera habitación de la izquierda.

El congresista Moore dormía allí.

El hombre alto se detuvo al pie de la cama y clavó su mirada en el cuerpo dormido. Después de unos instantes, el congresista empezó a moverse, inquieto, girando la cabeza a uno y otro lado. Su rostro se contrajo en una expresión

atormentada, y una fina capa de sudor frío se apresuró a cubrir su frente.

Por fin, el congresista Moore se incorporó con un grito, la expresión trocada en una de manifiesto terror. Se quedó mirando al hombre alto, incapaz de decidir si estaba todavía soñando, o no.

Congresista Moore —susurró el hombre alto con los ojos brillantes en la tenue penumbra del dormitorio—. Tengo una petición que hacerle .

## 10

El ataque a Nueva York no era fortuito ni casual. No era solo la mejor manera de organizar rápidamente un ejército; era, además, la puerta a Arlington County, Virginia, condado que hospedaba las mayores oficinas del mundo: la sede del Departamento de Defensa de Estados Unidos, que por su forma característica recibía el nombre de Pentágono. Con sus cinco pisos, albergaba más de veintitrés mil empleados entre militares y civiles, con tres mil miembros adicionales de personal de apoyo. Como quiera que la nación entera estaba en DEFCON Dos, los tours turísticos se habían cancelado y el edificio se hallaba fuertemente protegido en todo momento: las puertas cerradas, el ejército estableciendo un perímetro de seguridad alrededor de todo el edificio, los aparcamientos ocupados por pequeñas instalaciones militares de control y logística. Varios vehículos militares, incluyendo tanques, se habían desplegado en las zonas aledañas, con todos los coches personales diligentemente retirados a la zona del río Potomac, entre otras.

Nada de eso le importó mucho a Elexia cuando llegó hasta sus alrededores sirviéndose de los túneles del metro. La noche había caído hacía ya un par de horas cuando accedieron a la estación, cerrada siguiendo el protocolo de seguridad del país, y arrancaron las verjas de cuajo. Era una horda bastante impresionante: un cúmulo de cabezas proyectadas hacia adelante, las bocas atroces mostrando unos dientes enormes y puntiagudos, un tropel de brazos que se sacudían cuando corrían siguiendo el delineado de las vías.

Los primeros soldados y agentes que se toparon con la horda pudieron hacer muy poco para frenarla. Todos habían sido instruidos en la amenaza a la que se enfrentaban y habían visto imágenes y vídeos, muchos de ellos clasificados. Pero el impacto psicológico de los cuerpos avanzando a velocidades prodigiosas, algunos a cuatro patas y otros saltando literalmente por encima de los cuerpos de los que tenían delante, era demasiado anonadante para comprenderlo siquiera. Les llevó unos cuantos segundos abrir fuego, pero para entonces ya era demasiado tarde: las balas se perdieron entre la masa sin que parecieran llegar a ninguna parte.

La alarma saltó en toda la zona. Los soldados corrieron a apostarse en sus puestos, los fusiles se prepararon, los vehículos empezaron a arrancar los motores y a dirigirse hacia la entrada de seguridad que conectaba el interior del Pentágono con la estación de metro. El centro comercial que allí se alzaba fue tomado a toda prisa. Cada elemento decorativo, panel informativo, columna o mampara divisoria de las muchas terrazas que decoraban la zona turística del edificio se llenó de soldados.

Pero la masa avanzaba con demasiada rapidez: una hilera interminable de monstruos que surgían de la boca del metro como si fuesen las mismísimas puertas del

infierno. Y eran terribles y despiadados, y sus manos cercenaban, sus dientes desgarraban las gargantas y los rostros y los soldados caían sin que sus proyectiles parecieran tener ningún efecto.

—¡Nos están superando! —informó un oficial por radio—. ¡Necesitamos refuerzos, van a...! ¡... fuerzas, repito, envíen refuerzos a la entrada princi...!

El sonido grave y retumbante de un disparo cortó la comunicación.

El oficial se quedó mirando el aparato.

Había dicho entrada principal. La puta entrada principal.

En el exterior, varios camiones habían irrumpido desde el aparcamiento hacia uno de los accesos del edificio, en Rotary Road. Los tanques y los nidos de ametralladoras instalados habían podido detener a tres de ellos. Saltaron por los aires con varias explosiones encadenadas, desgarrando la cabina del cuerpo del vehículo y lanzándola por el aparcamiento como si fuera la pelota de un niño. Pero el resto consiguió su objetivo: estrellarse contra las puertas. Estas estaban protegidas por unas mamparas blindadas de un grosor inusual, pero los camiones albergaban una carga inesperada: casi cincuenta kilos de explosivos diversos, todo lo que las huestes de Elexia pudieron reunir desde que esta urdió su plan. Explotaron casi al unísono, provocando una destrucción sin parangón cuyo alcance y efectos no se pudieron determinar a simple vista, hasta que el humo y el polvo provocado por el derrumbe de la fachada se dispersaron en la noche.

Un tercer frente surgió inesperadamente en los tejados del Pentágono. Unos helicópteros que volaban a baja altura consiguieron deslizarse entre las defensas aéreas del centro y desalojar su carga en la parte superior. Lo sabían todo sobre las defensas del Pentágono, e iban preparados para desactivar cualquier resistencia, incluyendo herramientas para cortar puertas y cerrojos y dispositivos electrónicos para los sistemas; entre ellos, Ian y Elsa, de las Fuerzas Especiales, que se unieron a las filas de los vampiros en un sótano de un edificio de Correos abandonado en Hillsdale. Cuando encontraban resistencia, los soldados los identificaban como aliados, y en esos segundos de confusión, Elsa se apresuraba a sacarlos de su error con ráfagas rápidas y certeras.

Mientras tanto, los vampiros infectaban el interior, incontenibles. Había disparos por todas partes, y también explosiones provocadas por armas de gran potencia, cohetes y granadas, pero su avance era imparable. La zona central del Pentágono, conocida como Zona Cero, era un espacio abierto que conectaba los cinco costados. Su función era la de permitir desplazarse con rapidez por todo el edificio; cruzándolo de lado a lado uno podía llegar desde cualquier punto al más lejano en un tiempo máximo de diez minutos. Pero allí, una criatura bestial, con los brazos largos y retorcidos, flexionados donde no debiera haber articulaciones, se movía con una velocidad inusitada, arremetiendo contra los defensores. Levantaba a los soldados por el aire y los arrojaba contra las paredes de los edificios, y al chocar con ellas producían un sonido quejumbroso y húmedo y caían al suelo para no levantarse más. La sangre estallaba después de todo contacto, y el lugar entero comenzaba a oler como un matadero.

En una oficina del interior, alguien gritaba.

—¡Póngame con Langley!

—¡No... no responden, señor! —informó el oficial a su lado, sentado a los mandos de una terminal de ordenador con múltiples pantallas.

—¿Qué demonios está diciendo? ¡He dicho que me ponga con la CIA, coño!

—Es... es que no responden, señor. Hay comunicación, pero...

—¿La han... atacado también?

—Es lo que parece, señor.

—¿La NSA? ¿Puede ponerme con Fort Meade?

—Negativo, señor... No parece que... —Dudó unos instantes y añadió en voz baja—: Lo siento, señor.

—Por todos los infiernos. Es... está bien. —Se dirigió a la sala, llena de rostros de técnicos y operadores de alto nivel—. Activad el plan Eisenhower.

El sonido metálico del seguro de la pistola se dejó oír en la sala. El oficial se volvió, perplejo, para encontrarse con el cañón de una pistola a escasa distancia de su cabeza. Era el general Ford; estaba apuntándolo con una pistola.

—Cancele esa orden, coronel.

—¿Qué...?

La sala se sumió en un profundo silencio mientras las luces de alarma parpadeaban a lo largo de las paredes.

—Cancelen la orden —dijo el general—. Permanezcan a la espera.

—¿A... a la espera, señor? Están... están por todo el anillo de la planta baja y y hay hostiles en la planta superior. Tendríamos que...

—Permanezcan a la espera, he dicho —lo interrumpió el general—. Esto se resolverá en poco tiempo. ¡Usted!, aleje las manos del ordenad...

El sonido grave y retumbante de un disparo incendió la sala. Muchos se encogieron sobre sí mismos, súbitamente sobrecogidos.

El general Ford cayó al suelo. El arma escapó de sus manos y se deslizó un metro fuera de su alcance. La sangre empezó a manar, roja.

El oficial levantó la vista. El teniente Bétzen tenía el brazo extendido con una pistola en la mano. Estaba mirando el cuerpo del general con una expresión neutra.

—Traidor —dijo Bétzen.

—A... activen el plan Eisenhower —susurró el oficial.

## 11

La orden llegó por radio a todos los líderes de escuadra, y los soldados empezaron a replegarse para tomar nuevas posiciones defensivas. El plan Eisenhower consistía en refugiar a todo el personal esencial, incluidos altos cargos del aparato militar norteamericano, en las zonas protegidas del subsuelo. Allí había cámaras donde se podía operar en caso de emergencia, además de los sistemas críticos que permitían acceder a la mayoría de las funciones del plan de defensa de todo el territorio. Los accesos se cerraban con paneles blindados de un tamaño descomunal; formaban una jaula inexpugnable que ni un misil podría derribar.

En el corredor que daba acceso a la estructura de entrada al búnker había un humo denso que parecía haberse quedado prendido en el aire. Impenetrable y pestilente, con un intenso hedor a pólvora y a otras sustancias que recordaban a los

vapores de la gasolina, impedía la visibilidad. Los soldados apostados en sus parapetos, muchos de ellos levantados a toda prisa hacía escasos minutos, sujetaban sus armas con una tensión más que evidente. Tenían ametralladoras de gran calibre capaces de partir a un hombre en dos, pero estaban aterrorizados. Habían disparado, y habían disparado mucho, pero aun así el invasor parecía incontenible. Seguían llegando en un número tan imposible como inesperado, y sabían que era cuestión de tiempo que los superasen. Ese pequeño periodo de calma solo era la antesala de una suerte de infierno del que difícilmente podrían salir vivos.

—Disparad a la cabeza, joder —dijo alguien.

—Fred. Calla la puta boca.

Fred se señaló el casco con una mano.

—A la cabeza, coño. Antes me he cargado a tres de ellos, ¿vale?

—Oye, si estás nervioso, ve ahí atrás y cáscate una paja, pero cierra... la puta... boca.

—Solo digo que...

—Ya sabemos que hay que disparar a la cabeza, gilipollas —susurró alguien más—. ¡Mira al frente, cabronazo! Y déjanos escu...

Un ruido fuerte e inesperado llegó desde el pasillo. Los hombres se revolvieron, expectantes e inquietos, con la mirada fija en el corredor, las manos asidas a las empuñaduras de sus armas.

Y esperaron.

Y esperaron.

Los segundos se arrastraban, evolucionando con una lentitud desconocida entre el humo denso que parecía negarse a ser aplacado y desaparecer. Nadie se atrevía siquiera a pestañear, y algunos, aun sin darse cuenta, contenían la respiración.

De pronto, una figura estilizada empezó a dibujarse entre el humo. Uno de los soldados se quitó el casco de un manotazo: estaba sudando como no recordaba haber sudado en su vida, y de todas maneras, no podía pensar en ningún motivo para llevar una protección tan estúpida en aquellas circunstancias.

La figura empezó a definirse. Vieron las piernas, los suaves contornos de los pechos y el cabello rojizo y largo cayendo sobre los hombros. Nadie daba crédito a lo que veían. Era una mujer. Una mujer desnu... desnuda;

una...

... una diosa.

Era una diosa, una ensoñación de una belleza casi onírica, perfecta, sobrenatural. Era... era la definición del arte. Era la mujer por excelencia. Solo mirarla les hizo olvidarse de la protección del búnker, de sus armas, de sus órdenes y de su responsabilidad como soldados. De su vida. De sus hijos, quienes los tenían, de sus madres. De sus nombres.

Se vieron envueltos en una bruma roja, una suerte de hogar que los envolvía como una matriz, un templo que amaron con una intensidad exacerbada desde el mismo momento en que la vieron.

¡Rojo!

Algunos se arrodillaron.

Ellexia avanzó hasta ponerse delante de ellos. Sus pies dejaban huellas

ensangrentadas en el suelo.

Abrid esas puertas —susurró.

## 12

Jimmy había estado dando un paseo, sin alejarse mucho de la casa. Estaba inquieto; sospechaba que la pequeña aventura de Michael y sus hermanos en la casa de los Milton podía haber alertado a los mariscales y que alguno de ellos podría haber estado viajando hacia allí durante la noche. A pesar de todo, disfrutó del campo y de sus aromas y colores; hacía mucho tiempo, demasiado tal vez, que no veía otra cosa que las avenidas asfaltadas de la ciudad y sus centros comerciales, bibliotecas y tiendas, pero le gustó deslizarse entre los arbustos y sentir el frufú de sus ramas cortas y delgadas sobre las piernas, y descubrir gotas de rocío sobre las hojas verdes, y la bruma suave que aún se arrastraba entre los árboles, en el bosque cercano, como si fuera el escenario de una película de fantasía. Pensó que, en algún momento, podría hacerse con un perro, si encontraba alguno abandonado, y volver a pasear con él, lanzarle cosas y ver cómo corría arriba y abajo, con la lengua fuera. Quizá lo llamase Chewie, si tenía el pelo pardusco y ensortijado, o tal vez Cujo, si era negro y de aspecto fiero. Cujo era un buen nombre. Era un nombre genial si querías que te dejaran en paz.

Cuando entró en la casa, sin embargo, la energía natural de la que se había contagiado desapareció por completo. Laura y Eleonor estaban abrazadas, llorando, mientras Pip se mantenía pegado a la radio con ambas manos sobre la cabeza. También Beatriz parecía atónita y llorosa.

Jimmy escuchó.

«... tecimientos ocurridos durante la noche. Puede que se esté preguntando: ¿qué pasará ahora? Es... es realmente una situación que nadie había podido prever, y a la que todavía no damos crédito. El anuncio oficial es claro y contundente, de eso no cabe duda, pero ¿es legítimo? Un presidente no puede cambiar la cultura política de un país, pero es comandante en jefe de todos los ejércitos. ¿Tiene que ratificar el Capitolio esta declaración o no? Muchos de nosotros aún nos agarramos a la esperanza de que alguna laguna legislativa nos permita escapar, por así decirlo, de esta pesadilla. Despertar, si quieren. En breves instantes tendremos una charla coloquio con el reputado abogado Frank Demarest, el magistrado John Dee y los congresistas demócratas Alan Parker y Susan Star, junto a otros invitados, para que nos expliquen por qué algunos congresistas y senadores no parecen querer acogerse a esta declaración del presidente...»

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jimmy.

Laura se volvió para mirarlo.

—Nos... nos hemos rendido —dijo Laura—. El presidente...

No pudo continuar.

—Han declarado la rendición del país —dijo Pip—. El presidente, desde el Air Force One, ha declarado la ley marcial, y basándose en eso, la disolución del gobierno y la desmantelación del ejército.

—¿Puede... disolver el gobierno?

Pip se encogió de hombros.

—No. En su día nos rebelamos contra el poder que tenía, por ejemplo, el rey de Inglaterra, que podía hacer lo que quisiera. El poder está dividido para evitar estas cosas. El Congreso puede destituir al presidente, pero no al revés. Pero la declaración en sí tiene valor de propuesta, al menos, y con el ejército paralizado, la respuesta del Congreso tiene a todo el mundo en vilo.

—Pero... ¿por qué ha hecho eso...?

—Anoche atacaron el Pentágono —dijo Beatriz—. No solo el Pentágono, también muchas otras oficinas gubernamentales: la CIA... no sé. Estaban diciendo que... que... que tal vez el presidente haya sido obligado a...

Se interrumpió.

—No sabemos —dijo Pip—. Es de locos... Escucha.

«... re en el peor momento posible. Como saben, cada noche, el país es escenario de numerosas batallas por todas partes. No sabemos qué ha ocurrido dentro del Pentágono, pero las imágenes obtenidas de civiles muestran un ataque a gran escala con la destrucción parcial del edificio. ¿Puede el enemigo, sea quien sea o sea lo que sea, haber obligado al presidente y a los altos cargos del gobierno a tomar esta resolución? En ese contexto, la declaración podría ser recurrida bajo el concepto de coacción, terrorismo, etcétera. Además, recordemos el estado de sitio. ¿Pueden tomarse esas medidas en momentos como este? Es lo que trataremos con nuestros invitados a continuación. En todo caso, el enemigo parece haber obtenido algo que nos deja en una franca desventaja: la paralización de las operaciones militares de contraataque e incluso de rescate y asistencia de civiles en las poblaciones afectadas. Eso nos sitúa en... Un momento. Un...»

Laura se abrazó a Pip, como si intuyera lo que estaba a punto de ocurrir.

—«Nos comunican que... Sí... El... Señoras y ca... caballeros, pueblo de América, nos dicen que el Capitolio ha ratificado en pleno las declaraciones del presidente en... en un acto oficial que acaba de tener lugar en este momento, acompañado de un cese inmediato del actual presidente. Es... No puedo creer lo que estoy... El... Vamos por partes: el sucesor designado se anunciará esta tarde en el seno de una rueda de prensa que...»

Jimmy no dijo nada. Se sentó en el sofá y escuchó. No comprendía demasiado los entresijos políticos de la cúpula de gobierno de la nación, pero se dejó llevar por las expresiones de horror de los otros. Había pensado que los mariscales irían a por ellos, pero de pronto se estaba dando cuenta de que no era (no eran) el centro del universo, que los mariscales tenían otras preocupaciones mucho más importantes, como diezmar y someter al país entero. No irían a por ellos, pero porque eran un minúsculo grano de arena en una playa descomunal. No eran ni una molestia. Eran...

Eran vacas, eso eran, aunque por ahora pastaran libres por un prado. Pero era un prado cercado, de todas maneras, aunque no alcanzaran a ver las vallas.

El efecto balsámico y revitalizador del paseo fue arrojado al retrete, y una mano alargada, nudosa y terrible había tirado de la cadena.



## DESPUÉS

### Extracto de la entrevista con Ellen Sorensen

«Estaba enamorada de Nueva York. Nací en un pueblecito de Ohio, pero mis padres se mudaron a Brooklyn en 1972, cuando yo tenía solamente un año. Más tarde conseguí mudarme a Manhattan. Vivía entre un H&M y un Abercrombie, y tenía un Macy's y un Shake Shack a pocos minutos. Dios sabe cuántas hamburguesas he comido en ese sitio; el camarero era de Camerún y hablaba un francés encantador. Tan encantador como su sonrisa... Oh, recuerdo que me daba tickets de wifi gratis cuando iba allí a leer, como si fueran pequeños tesoros. Yo le enseñaba mi libro y le decía que esas cosas antiguas no necesitaban wifi para funcionar, pero él decía: "¡Guárdalo! ¡Guárdalo para otro rato!". Y mi apartamento... Si bajabas desde mi apartamento por la escalera de incendios llegabas a un parque precioso al que no iban turistas. Era pequeño, pero adorable; en otoño se volvía pardo y en primavera era una floristería. Lo cuidaba un abuelito asiático que hacía allí una versión propia de taichí usando una vara larga que él mismo había tallado y pulido de un árbol que plantó su abuelo. Hablábamos de los Yankees y los Giants, de los Jets y los Mets, y de lo malo que era Rex Ryan. Jesús, ese hombre podía ser un amor, pero detestaba a Rex Ryan casi tanto como amaba su iPad. Lo sacaba de su mochila con el mismo amor y reverencia con el que, acto seguido, podía sacar una piedra ancestral con misteriosos atributos sobrenaturales asiáticos, herencia de su familia. En fin, esas cosas... Esas cosas eran Nueva York.

»Crecer en Nueva York me formó como persona; quiero decir, nunca habría acabado siendo diseñadora si me hubiera quedado en Ohio, no hubiera tenido... los estímulos que me formaron y me definieron. Nueva York es como un resumen del mundo. Un concentrado. Mi padre decía que todo el mundo debe viajar al menos una vez en su vida a lugares remotos, que eso te abre la mente como ninguna otra cosa. Decía que si todos viajáramos por el mundo en nuestra juventud, se acabaría el racismo. Decía que el racismo es el corolario de la ignorancia y la estupidez. Los neoyorquinos no necesitan viajar: los viajes llegan hasta ellos. Tuve amigos coreanos, franceses, belgas, españoles... Aprendí de sus costumbres y su cultura, de su gastronomía, leí a sus autores y hasta aprendí idiomas. Nunca hubiera leído a María Zaragoza de no haber aprendido español, por ejemplo. Culturalmente, Nueva York era una especie de tamiz, un caleidoscopio alucinante, y siempre pensé que era por la gente. Nueva York no eran sus anchas avenidas, ni siquiera sus museos o sus parques, o los comercios, llenos de ofertas que no podrías rastrear ni siquiera en internet. No eran sus restaurantes, ni su abrumadora oferta cultural: teatros, clases de danza, pintura, interpretación, técnicas espirituales asiáticas... Era su gente.

»Es lo que pensaba, al menos. Pero en diciembre de aquel año todo cambió. La gente de Nueva York murió, mucho antes de que fuese atacada por los vampiros. Murió cuando el ejército y las autoridades la dejaron de lado y todo se convirtió en un gran caos sin control ni medida. No puedo... describir cómo cambió todo. Pero fue la gente, ¿sabe? No los vampiros. La gente. Es como si... siempre hubiesen tenido eso dentro y la ausencia de leyes hubiera sacado lo que realmente llevaban en su interior. Como si su cordialidad, sus maneras, sus... inquietudes artísticas, fueran imposiciones adquiridas del hábito de vivir en sociedad. Fue como retroceder cientos de años, hasta la fundación de la ciudad, cuando las bandas peleaban de manera atroz y violenta por las calles y corrían ríos de sangre.

»La primera vez que registré ese cambio fue cuando arrastraron a la calle a alguien a quien habían mordido. Los gritos me hicieron asomarme a la ventana. Era la gente la que gritaba, pero también aquella mujer. La... la llevaban sujeta por una cadena fijada a la pierna, y se retorció y gritaba de

una manera horrible. Un tipo subido en una moto tiraba de ella. No podía creer lo que estaba viendo. La gente levantaba los brazos, enardecida, y de vez en cuando alguien se acercaba y le daba patadas en el cuerpo y en la cara. Era horrible. Horrible. Me lancé a la calle, llorando, y me acerqué al grupo. La mujer tenía la cara y el cuerpo cubiertos de sangre, y sufría. Sufría, no te puedo decir cómo. ¿Qué podía haber hecho aquella mujer para merecer aquello? ¿Había... no sé, asesinado a sus hijos? ¿Había... matado a alguien? Pregunté qué pasaba. Dijeron que la habían mordido los vampiros, que era uno de ellos. Dijeron que esa noche se convertiría y sería otro monstruo. Miré a la mujer, horrorizada. Me asaltó la duda de si estaban en lo cierto o no. Me pregunté si no sería una especie de caza de brujas, el miedo apoderándose de la gente. Sabía que esas cosas pasan. Pero mirando a la mujer, la vi cubrirse la cara y gritar algo. Me acerqué todo lo que pude, quería... saber qué decía, y lo que decía era: “¡El sol!”. La estaban arrastrando por el suelo y la cadena había dejado profundas y terribles marcas en su tobillo; marcas sangrientas, la carne expuesta, roja y brillante, y todo lo que decía era: “El sol”. “No siente las patadas, niña —me dijo un hombre con una sonrisa torcida y desagradable, los ojos inyectados de violencia—. Solo le molesta el puto sol, como a cualquier vampiro. ¡Dale una patada! ¡Por tus seres queridos! ¿No has perdido a nadie? ¡Dale una patada por mí, por Marjorie, por Charlie, por Mike! ¡Vamos, dale, dale, dale, DALE, DALE!”

»No sé qué fue de aquella mujer, o aquella vampira. El tumulto se alejó por la calle. Yo me fui a casa, me tumbé en la cama y lloré hasta quedarme dormida. Cuando me desperté era de noche.

»La noche. Recuerdo que al principio temíamos la noche. Era... bueno, la noche era el Gran Mal, eso estaba claro, y de día lamíamos nuestras heridas y comentábamos quién había desaparecido y qué estaba pasando (...) Sí, los accesos estaban todos cortados. Nadie podía salir, ni entrar. Hubo quien se atrevió a nadar por el Hudson y puede que..., no sé, llegara a alguna parte, pero era diciembre, y a mediados de diciembre, un poco antes de Navidad, empezó a nevar, y nadar por el Hudson no era una opción para casi nadie. Pero para entonces el día se había convertido en una pesadilla diferente. Cuando estuvo claro que estábamos a nuestra merced, que nadie iba a pararte los pies y decirte “Oye, tú” si robabas en una tienda, fue el caos. Estaban esos... majaderos, esos niñatos con pantalones cagados y pistolas. Las sostenían con el brazo torcido y en horizontal, como en una película de Tarantino. Tuve un novio policía, y decía que sostener así una pistola era lo más estúpido que se podía hacer, por varios motivos, y que Hollywood debería documentarse un poco antes de hacer una película. Él la cogía con la mano izquierda sujetando la culata. Esos niñatos me daban mucho asco. Mucho. »Ellos empezaron, por lo que sé, las peleas por los alimentos. Bueno, por los alimentos y por cualquier cosa, en realidad. Recuerdo haber visto gente salir de una tienda de Disney con un carrito lleno de... peluches, cosas de StarWars, no sé. ¿Quién querría llevarse a casa un Darth Vader de plástico de casi medio metro en semejantes circunstancias? Había televisores tirados por el suelo, rotos; había cajas, relojes, libros y revistas, ropa... cantidades ingentes de ropa, sucia y con la etiqueta mezclada con la nieve y el barro. Había serpentinas plateadas y doradas. El árbol de Navidad de Macy's estaba tirado justo delante de mi puerta, lleno de nieve sucia y pisoteada. Basura por todas partes. Los niñatos se quedaron con muchas de las tiendas y no dejaban que nadie cogiera nada, ni una triste lata de albóndigas. Podías probar suerte y tratar de robar algo cuando estaban ocupados en alguna otra parte, pero si te pillaban, podían darte una paliza. Al menos al principio. Recuerdo a un señor mayor que pedía un poco de comida, con su tarjeta de crédito en una mano y un montón de dólares en la otra. Se quedaron con todo y le dieron un empujón. El anciano cayó hacia atrás y se quedó sentado en el suelo, con el culo metido en un charco, y empezó a llorar. Puedes... puedes contarle ahora y puede parecerle una estupidez con todo lo que pasó después, pero ciertas cosas siguen torturándome casi a diario, sobre todo de

noche. Vi cosas, ¿sabe? Madres que arrastraban a sus hijos por la calle, niños llorando con poca ropa de abrigo, los ojos de ellas desbocados, buscando comida, probablemente. Esas cosas te... te afectaban de una manera que no puedo describir. Era otro mundo, como si el Nueva York que habías conocido se hubiera convertido en otra cosa y los días de leer en el Shake Shack fueran algo que había ocurrido millones de años atrás, en otra vida. Te volvía opaca. Insensible. Un monstruo.

»Los niños fueron el principio. Creo que eso provocó que luego llegaran las bandas. No sé si eran bandas o grupos de gente que se organizaron para tomar el control de las tiendas, sobre todo los supermercados y las farmacias. Te acostumbrabas a oír los disparos y los gritos cuando estabas en casa, con el estómago rugiendo de hambre. Cada vez eran disparos más fuertes, más rápidos. Las pistolas dieron paso a ametralladoras. Ya no me atrevía a mirar por la ventana siquiera. Ya no me acostaba pensando que un vampiro podría llamar a mi puerta; es más, casi deseaba que ocurriera. Me decía que, si me convertían en vampiro, iría a por esos cabrones y les arrancaré el corazón del pecho. »El hambre... Bueno, el hambre, y sobre todo la sed, te obliga a hacer cosas. Llegué a salir de noche para tratar de encontrar algo. Me habría comido un donut aplastado en el suelo y meado por un perro si hubiera encontrado alguno. Me movía por los callejones, como un animal desesperado, de rincón oscuro en rincón oscuro, ¿y sabe qué?, no era la única. Encontré a otros en la calle. Te miraban con los ojos saltones y el rostro famélico, la boca abierta y los dientes expuestos, y cuando decidían que no eras una amenaza, seguían su camino. Buscábamos en la basura. La gente que se había quedado con las tiendas y los suministros seguía tirando basura a la calle, y allí encontrabas cosas como restos de bolsas de patatas, salsa pegada a las latas de conservas, o un poco de agua en el fondo de una botella de plástico. El agua tampoco era un problema: en la calle había nieve, y aunque estuviera manchada de barro y a veces hasta de sangre, te las apañabas para exprimir de ella algo de líquido.

»Una vez, alguien llamó a mi puerta. Eran golpes fuertes, como desesperados. Muy muy fuertes. Me asusté. Era la primera vez que alguien llegaba a lo que era mi... reducto de seguridad, mi sanctasanctórum. No sabía qué hacer. Quien llamaba gritaba: "¡Abre, abre la puerta! ¡Joder, abre la puta puerta, zorra de mierda!". Pensé que alguien me había visto en la ventana, desde la calle, y pensé en..., bueno, en violación; pensé en... golpes mientras alguien me obligaba a abrir las piernas y me forzaba. Pensé que era cosa hecha, ¿sabe? Es curioso. Pensé que tal vez era mejor abrir la puerta para que no la echase abajo, porque nunca podría repararla ni volver a cerrarla de nuevo. Pensé en dejarlo hacer, y con suerte, no acabar muy maltrecha. Que me echara un polvo y se largase, pero que no me provocara heridas, o me rompiera un brazo, o las costillas, o algo irreparable, porque no había ningún médico al que ir, ninguna ambulancia a la que llamar. Es casi como una rendición mental total, ¿no? Sé cómo suena y es fácil juzgarme desde el otro lado de la mesa, pero aquel era un mundo diferente. Estaba a punto de abrir cuando, de pronto, me encontré con un cuchillo en la mano. Respiraba como una locomotora. No sabía cómo había llegado ese cuchillo a mi mano, pero en él encontré a la vieja yo, ofreciendo todavía resistencia, y mientras los golpes llenaban los espacios de mi casa, fuertes y violentos, cambié de idea y pensé que me resistiría, que trataría de clavarle ese cuchillo en el ojo, en los oídos, en la boca, en el cuello, donde pudiera. Se lo clavaría una y otra vez y luego le cortaré su pene de mierda y lo tiraré por la ventana para que todos lo vieran.

»Esa versión de mí misma me... gustó. Seguí avanzando hacia la puerta, decidida a luchar, o a morir luchando, y le juro que no me importaba cuál fuera el resultado; solo quería que ocurriese lo que tuviese que ocurrir. Quería hacer algo. Supongo que llevaba demasiado tiempo en mi casa, sin... electricidad, escuchando cómo la Nueva York que amaba moría y se convertía en otra cosa;

cómo la gente que conocía desaparecía de mi vida.

»(...) No pasó nada. Cuando llegué a la puerta, no había nadie. Me quedé mirando el rellano, pensando que... me había vuelto loca y que había imaginado cosas que, en realidad, no estaban allí. Aún a día de hoy no sé lo que ocurrió. Quizá era alguien que estaba enloqueciendo y llamó a la primera puerta que encontró hasta que decidió salir corriendo para irse a otro lado. Puede ser. Mucha gente enloquecía esos días.

»En más de una ocasión encontré indicios de sitios donde los vampiros dormían de día. Lo sabías por el olor, un olor extraño, como de pastillas de naftalina. De menta. Pero menta podrida, no sé explicarlo mejor. Podías olerlo desde la puerta del sitio que fuese: un garaje, un... local comercial, un taller de reparaciones de coche. Una vez entré en uno de ellos. No sé por qué. Tal vez quería que me pillasen y que acabase todo. Tal vez. Pero el vampiro no estaba; ellos salían de noche, todas las noches. Encontré cuerpos exangües y desmembrados, con la piel pegada a los huesos. Tenían un color entre azulado y morado, un morado oscuro, negro en algunas partes. Recuerdo haberlos mirado como con curiosidad, no con horror ni con asco. Aún hoy esos recuerdos siguen sin impresionarme mucho; tenía aquellas imágenes de la madre buscando alimento con su hijo en primer plano, y ese terror me llenaba completamente. En las semanas de soledad que pasé entonces, a veces me preguntaba qué habría sido de aquel niño, si seguiría vivo, si lo habría conseguido. Pensaba en él, pensaba en todos los niños y en todas las madres de Nueva York, y lloraba. Lloré hasta que se me acabaron las lágrimas. Tienen como un límite, ¿sabe? No se llora para siempre. No. »Fue por esa época cuando conocí a John Cole. No sé por qué me asomé a la ventana cuando oí los primeros disparos, que por entonces eran parte de la banda sonora de mi vida, junto a los gritos que llegaban de lejos, en mitad de la noche, rompiendo el silencio espeluznante que lo impregnaba todo. Pero me asomé. Vi a John plantado en mitad de la calle, y en la puerta del Macy's había tres cuerpos. Ver cuerpos en la calle era normal, aparecían y... desaparecían continuamente; la gente se mataba por cualquier cosa. Ir por ahí con una bolsa en las manos, un buen abrigo, o... la mala suerte eran motivos más que suficientes para perder la vida. Pero esos cuerpos acababan de caer: la sangre estaba formando un charco debajo de ellos, manchando la nieve. Eran del grupo que se había quedado con Macy's; por entonces llevaban todos unas cosas en los brazos, unas bandas moradas, o un pañuelo morado, que los identificaba como miembros de lo que fuera la sandez que se habían montado en sus cabezas. Y estaban muertos. ¡Pam! Cuatro tiros, cuatro muertos. John estaba de pie, como si esperara el autobús, con una pistola en cada mano. Me llamó la atención su mochila, ¿sabe? Una mochila grande a la espalda, con una especie de esterilla enrollada, una cuerda que colgaba a un lado y algunas otras cosas. Incluso un cazo. Llevaba un cazo. No veías equipaje así en manos de nadie por las razones que le he dicho; era como una invitación para que algún idiota te matase.

»Quizá fue por la mochila, o por su pose, natural y tranquila. Acababa de matar a cuatro tipos a plena luz del día, cuatro tipos que pertenecían al elenco de chusma más peligrosa de la zona, ¿sabe?, y ahí estaba, sin protección, sin flexionar siquiera las piernas. Quizá fue por todo eso, pero cuando entré en la tienda con los brazos extendidos y las pistolas preparadas me fui a la calle para seguirlo.

»No he vuelto a conocer a nadie como John. Me quedé atrás, observando sus movimientos, protegida por los coches, la puerta de la entrada y todo cuanto iba encontrando. Ahí dentro se formó una buena. Todo el mundo corría, gritándose unos a otros. Se oían los clics de las armas, los muebles arrastrándose o siendo empujados para tumbarlos y usarlos como parapetos. Oía a mierda, a orines, a sudor, a semen. Pensé que aquel loco se había servido un plato demasiado

grande como para tragárselo él solo, pero cuando lo vi moverse y disparar, bueno... era casi hipnótico. No creo que tuvieran ninguna oportunidad contra él, ninguna en absoluto. John se movía rápido, agachado, levantaba el arma un instante, disparaba y se cargaba a alguien. Entonces se oían gritos, llantos y un constante “¡Hijo de puta, hijo de puta!”. Todo el mundo empezó a disparar como loco. Los muebles que tenía alrededor comenzaron a estremecerse y a bailar, sacudidos por las balas. Saltaban trozos de plástico y de madera, los estantes metálicos producían sonidos como los de las películas, ese sonido, y había fragmentos minúsculos de papel y de cartón volando por todas partes, como si fuesen confeti. No sé cuántas balas se dispararon aquella mañana, pero si alguien me dijese que fueron tres mil trillones, no diría que no.

»John avanzaba. A veces se acercaba al cuerpo de alguien caído, cogía su arma y la utilizaba contra la banda. Uno de aquellos tipos aún estaba vivo cuando llegó hasta él. Le había dado en el cuello, por debajo de la garganta, y se retorció, con los ojos como dos huevos duros, escupiendo sangre. John lo miró brevemente y lo ignoró. No lo... remató, ni siquiera para que dejase de sufrir. Sabía que estaba muerto, de todas maneras, así que se concentraba en la gente que quedaba. Era como un puñetero Jedi, ¿sabe? A veces sabía dónde se escondía alguien: detrás de un recodo, detrás de un frigorífico o de un estante lleno todavía de productos de limpieza. John lo flanqueaba y lo sorprendía desde atrás, y siempre era un disparo limpio, en ocasiones un cuchillo. Cómo sabía lo que sabía sigue siendo un misterio para mí incluso hoy, pero funcionaba.

»No duró mucho. Después de apenas diez minutos, John se había cargado a todo el mundo. Aún se oían sollozos, pero era cuestión de tiempo para aquellos infelices, alcanzados en zonas vitales como el bazo. Morirían desangrados, cegados por el dolor, la sorpresa y la frustración. Ya no olía a orines: olía a sangre. La sangre huele mucho. Huele muchísimo.

»Me puse de pie y me quedé allí plantada, el pelo sucio pegado a la cara, pálida y enferma de desnutrición. Más tarde pensé que John podía haberme pegado un tiro a mí también; ¿qué narices sabía él quién era? Podía haber sido una de sus chicas. Pero no me miró. Cogí un bollo del suelo y lo abrí como si fuera el mejor regalo de Navidad del mundo. Me lo metí entero en la boca, sin dejar de mirarlo. John estaba revisando sus pistolas y metiendo balas nuevas en las recámaras. Soplabla el cañón y lo limpiaba con un trapo. Parecía un técnico de televisión por cable que ha terminado su trabajo de instalación y está repasando sus herramientas. Luego estuvo cogiendo algunas cosas, paseándose por los estantes, saltando por encima de los muertos. No sé qué carajo cogió, pero no era comida: un reloj, me parece; pilas, creo, cinta aislante. Cosas así. Luego se dirigió a la salida y pasó por mi lado. Dejé de masticar y me quedé quieta, mirándolo. No me miró ni un momento.

»“Acompáñame”, dijo, y salió. ¿Puede creerlo? “Acompáñame”, dijo. Miré a la tienda, con la decoración de Navidad mancillada por cosas como trajes de bomberos manchados de sangre, caretas de monstruos y calabazas de Halloween, y decidí que acompañar a aquel hombre era tan insensato como quedarse allí. Pude haberme ido a mi casa, pero creo que si hubiera vuelto a aquellas dos habitaciones oscuras y casi tan desquiciadas como yo, habría vomitado.

»Me fui con él, con John Cole, la Leyenda. Mientras caminábamos por la calle, él paseando a unos buenos diez pasos por delante de mí, miré hacia atrás. Los vecinos estaban saliendo de sus portales, dubitativos al principio, decididos después. Se abalanzaron sobre la tienda. Me... me alegré. Pensé que se había hecho algo de justicia. Que se había devuelto a la gente lo que siempre debió haber sido suyo. Pensé que John había hecho lo que había hecho para restituir las cosas, para equilibrarlas. Pero aún no habíamos llegado al final de la calle cuando oí los disparos. La gente había debido de coger todas aquellas armas y habían empezado a dispararse. Otra vez. John nunca quiso restituir nada. No había equilibrio, porque cuando acababa en manos desquiciadas, se

desequilibraba rápidamente. Sin solución. Un círculo autorreferencial, eterno, imposible.

»¿Sabe?, John no era solo un luchador excepcional. Era también un amante maravilloso.»

## Capítulo 13

### DESATADO



#### 1

*Diario de Jimmy. 19 de diciembre*

*Echo de menos cuando había GANAS, a pesar de lo mal que estaban las cosas. Las ganas lo son todo. Falta muy poco para Navidad, pero nos levantamos y nos encontramos con un desayuno cada vez más escaso, y luego no se hace demasiado en todo el día. Nadie sabe muy bien qué hacer, y hay como una especie de miedo del que nadie habla, pero flota a nuestro alrededor, como diría Jared, como un pedo. Jared, por cierto, bebe casi todo el tiempo. He visto como Adam le ha dicho una o dos cosas sobre eso, y Jared le ha contestado que su abuelo vivió hasta los noventa y ocho años. «¿Bebiendo?», le ha preguntado Adam. «No, metiéndose en sus propios asuntos», le ha respondido. Jared no encaja aquí. Nadie aquí es como él, y está esquivo y habla poco. Sé que un día se irá; se levantará al amanecer y se marchará sin despedirse. Espero saber verlo venir. Me gustaría despedirme, o algo. Jared me cae bien. Me cae muy bien.*

*La situación es rara. La radio no para de hablar sobre la situación política, pero creo que hay cosas más importantes. El país sigue parado, y algunas emisoras ya no funcionan siquiera. Nada funciona ya, y las ciudades donde hay vampiros son una especie de caos sin ley ni orden. Cada mañana es peor, como si por la noche los vampiros ganaran terreno y nadie pudiera frenarlos. Durante el día, el histerismo de la gente tampoco ayuda. Hay asesinatos y saqueos, y en el sur, cerca de México, las bandas de delincuentes están estableciendo un peligrosísimo Nuevo Orden.*

*Seven dice que el nuevo presidente es un pelele hipnotizado. Yo también lo creo. Creo que está liando las cosas para que no se haga nada. Eso suena a plan de los vampiros. De aquella mujer. Mientras los dejan en paz, crecen en número.*

*Hablando de hipnotizados, están esos dos, Laura y Pip. Parecían guays, pero pasan mucho tiempo solos, a menudo apartados. Dicen que tienen una conexión especial y no paran de hablar de ello, que lo que sabe uno lo sabe el otro, y todo lo demás. Sonia dice que están enamorados pero no lo saben. Yo pienso lo mismo. No sé. Tal vez sea bonito que todavía haya hueco para esas cosas, dos personas ilusionadas con lo que sienten mientras muere tanta gente cada día. A lo mejor deberíamos aprender de ellos. En cuanto a Sonia y a Adam, siguen tratando de encontrar un plan para rescatar a la gente del*

*matadero. Hablan mucho. Hablan demasiado. Se sientan y dibujan cuadrados que representan edificios en un papel, pero tienen una especie de dilema moral. Por los hipnotizados. Sé lo que piensa Jared sobre eso. Dijo algo así como: «Ya están muertos, es lo que no queréis ver. Los hipnotizaron, pero también pudieron haberlos matado. A menos que alguien construya un cacharro para deshipnotizar, esa gente está tan muerta como los vampiros, así que el único dilema moral que tenemos que plantearnos es dónde encontrar calzoncillos rojos para Año Nuevo».*

*Al caer la noche nos vamos a la cama cuando aún hay luz. Todas las luces se apagan y la casa queda en silencio, por si hay algún vampiro merodeando. Dormimos juntos, en el salón, rodeados de armas. Anne aún duerme en su cuarto. Dice que ha dormido allí todos y cada uno de los días de su vida, que allí fue donde concibió y tuvo a sus hijos, y que ningún vampiro va a quitarle eso. Alguien hace guardia siempre. Jared no. Nunca es Jared. Creo que cada vez confían menos en él.*

*Por cierto, por estas fechas quizá se hubiera estrenado otra de Star Wars. Imagino que no habrá nuevas pelis en mucho, mucho tiempo, y si las hay, será en una galaxia muy muy lejana.*

## 2

El veintiuno de diciembre amaneció nublado y lluvioso. El cielo llevaba días amenazando y por fin se rompía. Fuera, la temperatura era bastante baja y los vidrios estaban empañados con un vaho pálido. Mientras miraba por la ventana del salón, Sonia pensó que podría nevar en los próximos días si el tiempo seguía empeorando.

Era raro no ver el sol. El sol se había convertido, por derecho propio, en un símbolo de vida, como una esperanza que se renovaba cada mañana y prometía un breve periodo de asueto. Un respiro tras la intranquilidad de la noche. El hecho de que no hubiera habido incidentes en los últimos días parecía estar sentando peor en el estado de ánimo del grupo que si hubieran estado enfrentándose a una nueva amenaza cada noche. Les hacía pensar que el final se acercaba, y que en algún momento los vampiros llegarían en masa y no podrían hacerles frente. Cada vez llevaban peor tener que acostarse en los sofás o en el suelo. Y el día nublado no mejoraba ese estrés que bañaba su cuerpo como el agua de un río; Sonia se preguntó si la ausencia de luz y de rayos solares afectaría a los vampiros. Sabía que uno podía ponerse moreno en la playa aunque estuviera nublado, pero si en un día como aquel, oscuro y desapacible, los vampiros podían salir fuera con impunidad, los días que les restaban por vivir, fueran muchos o pocos, iban a ser complicados.

—Buenos días —dijo Jimmy. Sonia se volvió y vio al muchacho desperezándose y saliendo de su saco.

—No muy buenos, parece —repuso Sonia—. Ahí fuera hace mal tiempo.

—Bueno —respondió el muchacho—. Será un cambio, al menos. Últimamente los días son demasiado parecidos unos a otros.

Sonia asintió. Sabía a qué se refería.

—Bueno, eso va a cambiar hoy —terció Mac, que salía del cuarto de baño en ese momento—. Con mal tiempo o sin él, hay que enfrentarse al hecho de que nos quedamos sin provisiones. Tenemos que... aprovisionarnos.

—¿Dónde? —preguntó Sonia.

—Hay un pueblo, si se le puede llamar pueblo, cerca de aquí. Consiste en



algunos comercios y oficinas, pero allí no vive nadie, o casi nadie. Vaya, no creo. Mi madre lo sabrá. Allí es donde vamos todos los de la zona para llenar el frigorífico o comprar cosas como una manguera nueva o unos alicates. Hay una o dos empresas de servicios, pero nada más. Luego está Rockford, a cuarenta kilómetros. Es una población más grande, pero tampoco mucho. Rockford puede ser..., bueno, bastante más peligroso.

Sonia asintió.

—Joder —exclamó Jared desde su saco—. ¿Vamos a movernos por fin? Empezaba a criar telarañas en los sobacos. Siempre he dicho que soy un vago, pero aquí estaba consiguiendo el máster de la carrera.

Jimmy sonrió. Era la primera vez en un par de días que veía a Jared animado de nuevo.

—Sí —dijo Mac—. Realmente tenemos que hacerlo. No creo que tengamos bastante ni para la cena, a menos que nos contentemos con poca cosa.

—Buenos días —saludó Adam.

—Buenos días, Adam.

—Rockford... —murmuró este—. Un lugar complicado, sí. Muchos edificios, muchos rincones y callejones, muchas oficinas y sótanos. Va a ser delicado. Yo propondría ir a Pinewood primero, sin duda, a ver si queda algo todavía.

—¿Qué es Pinewood? —preguntó Sonia.

—El pueblo del que te he hablado antes —respondió Mac.

—¡Ah! Vale.

Casi todo el mundo empezó a incorporarse, frotándose los ojos y estirando los miembros entre bostezos y protestas.

—Espero que tengan tienda de licores —decía Jared mientras tanto—. No tengo inconveniente en mantener el cuerpo a punto con enjuague bucal si hay que hacerlo, pero joder, si hay otra cosa, mucho mejor.

—¿Te has... estado bebiendo el enjuague bucal? —preguntó Beatriz—. Eso es... eso es asqueroso.

—Me preguntaba quién era un obseso de la higiene dental —exclamó Mac.

—Sí, sí, sí —dijo Jared—. Lo que sea. Pero apuesto la oreja del chico a que vivo más que cualquiera de vosotros.

—¿Mi... mi oreja? —exclamó Jimmy confuso. Luego comprendió el chiste y empezó a reír.

—Endorfinas, hombres y mujeres de la Casa Vaquera de Nueva Jersey —proclamó Jared mientras se incorporaba de un salto—. Esa es la mejor medicina. ¡Darle al cuerpo lo que pida el cuerpo! Hace que el bello organismo que disfrutamos quiera seguir funcionando, ¿vale?

Mac sacudió la cabeza, sonriendo.

—Hijo —dijo Anne asomando por la escalera—. Cuando tengas mi edad te cagarás en tus palabras y desearás haberle dado un respiro a tu hígado.

—¡Buenos días, mamá! —exclamó Jared—. El día que una madre no dé consejos de salud sí que sabré que el mundo se ha ido a la mierda.

—Eres un bobo, Jared Bossier —exclamó Anne risueña.

—Jared el bobo. Me han llamado cosas peores, señora. Por cierto, ¡está guapa

esta mañana!

—Un bobo redomado —respondió Anne.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Jared—. Podríamos desayunar algo allí, en... nosequéwood. No es por ser maleducado, pero ese café que preparan en esa cocina suya me produce cierta descomposición intestinal. Aunque puede ser el agua. No suelo beber agua.

—¿No bebes agua? —preguntó Jimmy.

—Chico, el agua es para lavarse. No pienso beber nada que sirva también para limpiarse el culo. ¿Te has lavado el culo con whisky alguna vez? Debe de ser una experiencia bastante enervante.

—Seven sí —dijo Douglas riendo.

Jared puso los ojos en blanco.

—Chicos, si vais a empezar a hablar de vuestras cosas de culos, voy a necesitar visitar esa licorería pronto.

Eddie rio como un loco.

### 3

Elexia estaba hastiada. La podredumbre de las mentes de los hombres era una montaña de deposiciones tan incomensurable que, de haber sido humana, habría sentido náuseas y arcadas. Miserias ridículas y patéticas, zafios deseos, vergüenzas, inseguridades, miedos, mentiras grandes y mentiras pequeñas; mentiras. Cien millones de recuerdos manoseados hasta el paroxismo como masturbaciones culpables, envidias, debilidades, debilidades, debilidades, todo escondido y sepultado bajo unos convencionalismos sociales que los encarcelaban y desvirtuaban como disfraces de barro y heces. Del hombre que conoció y que era néctar para su hambre insaciable quedaba apenas nada, un recuerdo borroso enterrado en lo más profundo de su memoria evolutiva. Del orgullo de una raza que una vez manipuló el Tarandor de la Unidad se percibían solamente unas trazas nimias y tan borrosas que casi ni conseguían despertar la sensación de la pérdida; pensar que debía alimentarse de semejante escoria, mancillar su energía con esa suciedad enferma y destartalada, la enfurecía.

violación, si mi mujer... si la gente se enterase, me...

ponerme, ¿qué debieron de pensar? Carol siempre tan arreglada...

que me dejará, lo sé, si me deja me... me mato... yo...

sssh... secreto, guardadas en el garaje, tengo que ...

dinero. Si mi padre la espichara este año, me salvaría...

soy mejor, soy mucho mejor, ¿por qué él, por qué...?

culo, la falda, la... penetraría, joder, la... la polla ...

te odio

me ha cambiado la vida, crío de mierda, duérmete de una puta vez

más, más cosas, más...

Elexia escudriñaba las mentes, paseándose por los pasillos de su colmena de conexiones. Abría una puerta y abría otra, y la esencia de cada hombre y cada mujer sometidos la inundaba como una montaña de basura, y era casi tan hedionda. Allí

buscaba, escarbaba, después de recibir la primera oleada de pensamientos pasados. Y preguntaba: «¿Medusa?». Y preguntaba: «¿Orestes?». Y recibía toneladas de mierda inclasificable e inútil.

Hasta que encontró algo.

A alguien.

¿Medusa?

Operación. Medusa. Secreto. Arma , fue la respuesta.

Elexia se estremeció.

¿Qué es la Operación Medusa?

La respuesta llegó en un tropel, rápido e intenso, como una descarga eléctrica:

Operación. Alto Secreto. Alto Secreto. Iraq. 2013. Un templo. Antiguo. Subterráneo. Agencia Blanco. Financiación Privada. Códice. Alemania. 1939. Base de Orestes. Código: Hammurabi. Referencia: 98842-F. ¡Alto Secreto! Profesora Mulligan, Helen Mulligan. Leonard Antiguo. Antiguo. Sobrenatural. Investigación. Elexia .

Elexia se incorporó tan rápido que la butaca en la que estaba sentada cayó hacia atrás. Estaba tan excitada que, sin darse cuenta, empezó a cambiar a su Forma Maestra, creciendo en tamaño y volumen, su rostro indescriptiblemente hermoso mutando a uno de rasgos bestiales.

Eso essss , susurró la voz de Alkibiades.

Elexia sonrió, triunfante.

La conexión en rojo se inflamó en un furioso carmesí, y en la práctica totalidad de América, varios millones de vampiros entregados al sueño de la noche se estremecieron en un éxtasis inenarrable.

#### 4

La caravana circulaba despacio por la carretera, con los limpiaparabrisas funcionando a media potencia. Clic. Clac. Clic. Clac. El sonido que producían era monótono, pero, de alguna manera, reconfortante, como si dictaran un ritmo que percibían, sin saberlo, ausente en sus vidas. El asfalto brillaba como si estuviera hecho de plata, con un sinfín de charcos poco profundos salpicados de impactos de lluvia. Olía a nuevo y a tierra húmeda, y a lo lejos, un relámpago clareó débilmente los nubarrones densos y oscuros.

Habían decidido ir todos a Pinewood, con la excepción de Eleonor y Beatriz, que se habían negado a abandonar la casa. Mac no estaba de acuerdo en dejar solas a las mujeres, pero Anne había insistido de esa manera terca y cerrada que ella imponía de vez en cuando. Decía que el factor psicológico de un grupo tan numeroso haría que cualquier grupo de papanatas que pudieran estar refugiados en Pinewood prefiriera esconderse que hacerles frente, y que eso valía más que un grupo pequeño de tiradores experimentados. Eleonor seguía sin estar bien, y si se retrasaban por cualquier motivo, sus nervios echados a perder por la muerte de su marido y la situación en general podían sumirla en un trance depresivo y asustado del que le costaría tiempo salir. Años, tal vez, si es que conseguía escapar de él. «Solo vamos de compras —dijo Anne con desdén—. Volveremos enseguida, muchacha.»

Pinewood era un pequeño reducto de edificios, en su conjunto bastante feos y destartalados, surgidos de la pura necesidad de ofrecer y obtener mercancías

esenciales. El primer edificio que se construyó allí fue una gasolinera de una pequeña empresa privada que anunciaba en su cartel la marca Bultaco, pero la gasolina en sí no daba suficiente para mantener el negocio y los empleados, así que empezaron a ofrecerse diversos productos adicionales para elevar los ingresos. Leche. Pan. Leña. Y más tarde, carbón para barbacoas, sacos de patatas de huertas locales, conservas y, por último, cargadores de móvil, chucherías y revistas, en su mayoría pornográficas, dirigidas a camioneros y transportistas que hacían buen uso de ellas en las solitarias noches de cabina.

Maggy Spencer compró una licencia para construir y abrir al público una pequeña cafetería de carretera. Se llamaba Deep Blue («azul profundo»), pero casi todo el mundo la conocía como Crap Blue («mierda azul»), por mucho que a Maggy se la llevasen los demonios cuando a algún cliente se le escapaba. La comida era pésima, pero abundante y barata, y la especialidad de la casa, las hamburguesas Pinewood con salsa picante y huevo, no estaban tan mal. El negocio prosperó, sobre todo por el café, que tenía esa consistencia del café europeo, no tan aguado como el americano. Maggy estaba orgullosa de su establecimiento. Los viernes por la noche abría hasta las cinco de la mañana sirviendo cervezas y bebidas más fuertes, a menudo combinadas con ingredientes desconocidos que conseguían tumbar a un hombre de noventa kilos en un par de horas.

Cinco años después, Maggy y su marido levantaron un ala con diez habitaciones, a veinticinco dólares la noche. El precio duró una semana; todo el mundo robaba tantas toallas que subió la tarifa a veintiséis con cuarenta, y quien no las robaba las dejaba en un estado tan nauseabundo que todo el agua caliente y el detergente del mundo no podían devolverlas a su antiguo esplendor. Maggy lo llamó Nuevo Hilton. Su marido le dijo que podrían demandarlos por usar una marca tan conocida, pero Maggy dijo que si algún estirado abogado entrajeto plantaba su asqueroso culo en su hotel, lo mandaría de vuelta a la ciudad con un pepino metido en ese mismo sitio.

La cadena Hilton nunca demandó a Mary. Ninguno de sus abogados se enteró siquiera de que semejante lugar existía.

El hostel trajo clientes: amantes esporádicos, bebedores compulsivos que eran incapaces de encontrar su coche y gente de paso, sobre todo al principio; luego también llegaron familias que pasaban por la zona, y estas demandaban otros servicios. Se construyeron más edificios, entre ellos un taller de reparaciones de vehículos que escondía un pequeño cuarto con una ristra de luces rojas que cruzaba la pared de lado a lado. Allí llevaba el gordo Bummer a sus penosas conquistas y las convencía, con suficiente alcohol, para que tuvieran relaciones.

El Pinewood Plaza llegó a mediados de los noventa. Era un edificio que contrastaba con el resto porque podía haberse levantado con una grúa y haberse colocado en cualquier otro lugar de América sin parecer un batiburrillo de ladrillos y cables colgando. Francis Prettier inauguró allí una oficina de servicios para las villas acomodadas de la zona, como la de los Füller, entre los que incluían cosas como jardinería, gestión de impuestos, reparaciones y vigilancia. Francis era amanerado, y el dieciséis de julio de 1998 recibió una paliza de unos universitarios que conducían BMW de alta gama porque Prettier se negó a admitir que su apellido, «El más bonito», no era real. Le dejaron la espalda tan torcida que necesitó un bastón el resto de su vida. Nadie

localizó ni procesó nunca a los universitarios, pero el edificio se llenó de negocios, a veces sin relación con la actividad de la zona, como el SuperWin de Martha Brown, una empresa de apuestas online. Martha se acostó con el marido de Maggy y esta acabó traspasando su negocio a un británico llamado Harris que puso punto final a una larga tradición de comida con sabor a goma de neumático.

La caravana llegó a Pinewood desviándose de la carretera por un arco de estilo mexicano que decía: BIENVENIDOS. SE ACEPTAN TARJETAS. El arco se había construido para rodar un western en 1982, simulando la fachada de una iglesia, y algunos empresarios de la zona lo habían reutilizado como entrada a la localidad. Ahí acababa, por cierto, el asfaltado de la carretera, dejando paso a un camino de tierra ocre que se confundía con el resto de la zona.

—Para un momento, Seven —dijo Adam—. Quizá sea conveniente echar un vistazo primero desde aquí.

—De acuerdo —susurró Seven—. Sí. Buena idea.

La caravana se detuvo y Seven apagó el motor. El sonido de la lluvia golpeando contra los cristales y los laterales del vehículo se hizo evidente mientras todos miraban la calle principal, que dividía el complejo en dos. Los cables eléctricos cruzaban esa avenida a cierta altura, meciéndose por efecto del viento como la comba de unos niños en el patio de un colegio. Los carteles que anunciaban los distintos negocios estaban sucios y desvaídos: DEEP BLUE, BAR & MOTEL.

—Ese es el chiringuito de Maggy —dijo Adam—. Hacía una comida malísima, la pobre, aunque ella aseguraba que la hacía con mucho amor. Un camionero me dijo una vez que si así era como ella ponía amor a las cosas, no querría ser su marido por nada del mundo.

Eddie soltó una carcajada.

—Cierto —afirmó—. Sin embargo, el nuevo dueño es un auténtico antipático. O era, quién sabe. Qué tío tan sieso. Pero su comida es buena. Quizá cocina con odio, ¿eh?

Laura rio con ganas.

—¡Eso no creo que aparezca en ningún libro de recetas!

—No, señor, no —dijo Eddie.

—También es un hotel —añadió Sonia, mirando.

—Sí —asintió Adam—. Unas pocas habitaciones. Hay bastantes sitios donde unos vampiros podrían esconderse, de hecho.

—Bueno, solo tenemos que ir a la tienda de comestibles, a menos que alguien necesite alguna otra cosa. ¿Medicinas? ¿Alguien toma medicamentos para alguna cosa?

Nadie respondió.

—Eso está bien —declaró Anne—. Las medicinas pueden ser un problema muy rápidamente. No quisiera ser diabético en este trance, o padecer del corazón. Imagino que los medicamentos se acabarán rápidamente.

—Es increíble pensar que esté todo paralizado —dijo Seven.

—Lo está —murmuró Adam—. ¡Bien! ¿Podemos conducir hasta la calle principal, entonces?

Mac sacudió la cabeza.

—Tal vez deberíamos dejar aquí la caravana, ¿no? Por si... no sé.

—Puede ser mejor, o puede ser peor —repuso Adam—. Si vamos todos a la calle principal, alguien que esté escondido podría robarnos el vehículo. Mira el aparcamiento: es la primera vez que lo veo vacío de vehículos.

—Eso es cierto —afirmó Mac—. Buena observación.

—Es mejor mantener la caravana cerca —dijo Sonia—. Si nos disparan, podemos correr hacia ella. De cualquier otro modo seríamos patos sentados.

—¡Muy bien! —asintió Adam—. Creo que en esto debemos hacer caso a la voz de la experiencia.

Seven asintió y arrancó el motor; poco después, estaban circulando por la calle principal, muy despacio.

Había signos de que Pinewood no era el lugar que solía ser. Había basura tirada por la calle, y no toda era basura en el sentido clásico: un par de maletas con ropa embarrada, un maletín que debió de contener documentos, un portátil y una caja de leche cuyos envases estaban abollados, como si alguien la hubiera dejado caer.

Al final de la calle vieron otra cosa, sin embargo. Parte de la fachada de una de las tiendas se había desprendido sobre un coche, un utilitario azul, de una marca que no podían reconocer, que estaba empotrado en el edificio. Las puertas abiertas revelaban que el interior estaba vacío, al menos por lo que podían ver desde la caravana. Los cascos formaban una pila confusa alrededor.

—Oh, cielos —dijo Adam.

En un montón de basura de un tono oscuro despuntaba una forma alargada que tardaron un poco en reconocer. Era un brazo, o al menos lo parecía, pero si lo era estaba calcinado y solo quedaban un par de dedos de la mano supervivientes extendidos en una extremidad devorada, tal vez por algún antiguo fuego.

—Jesús —exclamó Adam.

Seven detuvo el vehículo.

—Voy a echar un vistazo —dijo Jared, abriendo la puerta y saliendo al exterior.

—De todas maneras, este es el lugar —anunció Mac—. Bajemos.

La lluvia estaba parando; se había convertido en una cortina continua pero apenas perceptible que lo teñía todo de una suerte de neblina blancuzca. En el suelo se habían formado grandes charcos, sucios, que se estremecían suavemente bajo las gotas.

Jared miraba los restos calcinados con la cabeza torcida cuando los demás lo alcanzaron.

—Me cago en... —exclamó Douglas—. Que me aspen si no es un vampiro.

Lo era, desde luego. Nadie hubiera podido decir dónde empezaba y terminaba su cuerpo, y si aquel montón negro era un cuerpo o eran dos, o si estaba mezclado con otra cosa, pero la forma de la cabeza era muy distinguible, sobre todo la oquedad imposible de su boca y los dientes negruzcos asomando entre unas encías negras y abrasadas. Era un vampiro, y tenía el aspecto de monstruo cuando fue quemado allí, junto a una estructura de hormigón que debía de haber sido una columna.

—¿Lo entendéis? —dijo Adam—. ¿Podéis ver lo que pasó?

—¿A qué te refieres? —preguntó Sonia.

—Mira su cuerpo. Cuesta distinguir su forma porque le faltan las piernas. Están, o

estuvieron, debajo de esa columna de hormigón. No sé cuánto pesará esa cosa, pero diría que varias toneladas. Los vampiros pueden ser muy fuertes, pero me sorprendería que fueran capaces de levantar tanto...

—Quieres decir... —susurró Sonia.

—Que la viga le cayó encima y le aplastó las piernas cuando el coche se estrelló contra el edificio —concluyó Jimmy—. Se quedó atrapado. Se quedó atrapado y no pudo salir de ahí cuando salió el sol.

—Bingo —exclamó Adam—. Buenas dotes de observación, muchacho.

—Sí. Eso es lo que pasó —confirmó Sonia.

—¿En serio? —preguntó Jared sonriendo. Casi de inmediato empezó a reír con verdaderas ganas—. ¡Estúpido hijo de puta! ¡Ahí tienes, palurdo, tonto del bote, cara rana!

—Madre mía —susurraba Seven.

Anne se agachó para mirarle los dientes.

—Esa boca... —murmuró—. ¿Así son... los vampiros?

—Así son —afirmó Mac, componiendo una mueca de asco.

Anne asintió, mientras Jared aplaudía y señalaba el cuerpo.

—¿Qué te parece, cabronazo? —casi gritaba—. ¡Te cogieron bien ahí, cabrón! ¡Hurra por el cochecito azul! ¡Pensabas que tenías la cena lista y te... te metieron una buena clavada, ¿eh? Te dejaron clavado en el sitio!

—Es bueno haberlo visto antes de encontrarnos con uno —decía Anne mientras tanto, como si no escuchara a Jared—. Teníais que haberme dicho cómo eran. Me habría quedado estupefacta de haber visto uno por primera vez.

—No es algo de lo que nos guste hablar cuando cenamos, mamá —dijo Mac.

Anne asintió.

—Es una criatura horrible. Me cuesta pensar que una vez fueron humanos. No se puede hablar de... transformación. Directamente, ahora son otra cosa.

Adam y Sonia se miraron.

—Es lo que yo digo, mamá —explicó Jared, todavía excitado—. Esos cabrones son otra cosa, y la chica policía y el señor Maquetas aún se preguntan qué hacer con los guardianes. ¡Pues matarlos, coño!

Eddie miraba la tienda de suministros. La puerta estaba abierta, y el cristal del escaparate había desaparecido en su práctica totalidad.

—La tienda ha sido saqueada —dijo—. Ya veremos cuánto.

—No parece que haya nadie por aquí —apuntó Mac—. Vampiros, tal vez, pero no parece que haya personas.

—No se ve ningún coche por ninguna parte, eso es cierto. Salvo este, y este no va a ir a ningún sitio.

—Ahí dentro está bastante oscuro —siguió diciendo Mac.

—Hum —exclamó Sonia—. ¿Conocéis bien la tienda? ¿Es muy profunda? ¿Tiene... oficinas o despachos dentro? ¿Un sótano o trastienda, tal vez, para las mercancías?

—Conocemos la tienda —dijo Mac—. Todos hemos comprado aquí, pero, por mi parte, no he estado en la parte de atrás, y no sé si existe un sótano.

—Yo tampoco —lo secundó Adam—. Esto va a ser una exploración.

—Por el tamaño del edificio —apuntó Mac—, diría que debe de tener unos cinco metros de trastienda, por unos veinte de largo. Ahí caben unos cuantos vampiros.

—Sí —asintió Seven.

—Pero no creo que haya sótanos —exclamó Adam—. Cuando se construyeron estos edificios había poco dinero y mucho espacio. Pusieron unos cimientos esenciales, rudimentarios, pero unos sótanos son otra cosa, requieren unas estructuras diferentes, ¿para qué molestarse? Diría que ningún edificio de aquí los tiene.

—Bien visto —manifestó Sonia, sacando su linterna del bolsillo. Los Gallagher habían provisto a todos de una—. Entonces, ¿vamos adentro?

—Vamos —dijo Anne—. Y no os olvidéis de coger pilas. Parece que las linternas van a ser algo muy necesario de ahora en adelante.

## 5

El general Wein debía haber vuelto ya a Estados Unidos, pero a causa de la situación política, seguía todavía en Roma, trabajando con los investigadores en los archivos secretos del Vaticano. Wein tenía la certeza de que allí sería más útil que en los confusos despachos de lo que fuera que quedara del gobierno estadounidense o la cúpula militar. Con el Pentágono, la CIA, el NORAD y otras instalaciones de control cerradas y desconectadas del resto, Wein se resistía a abandonar la seguridad del viejo continente, donde aún no se había registrado ni un solo caso de ataques.

Durante días, él y sus expertos, ayudados por el personal especializado de la biblioteca y el archivo, habían buceado en los libros más antiguos de su colección. Todos los permisos a terceros habían sido revocados, y las salas y sus contenidos estaban por completo a su disposición.

Esa mañana, mientras en Pinewood Jared reía como una hiena loca ante el cadáver calcinado del vampiro, el prefecto Pietro Mancino se acercó al general Wein.

—Disculpe, general. Me preguntaba si querría dar un paseo conmigo.

El general levantó la mirada de su mesa, donde trazaba rayas rojas, amarillas, azules y verdes en un complicado diagrama de trabajo con varias líneas de investigación. Comprendió al instante, nada más observar su expresión, que el prefecto quería comunicarle algo confidencial.

—Cómo no —dijo incorporándose.

El prefecto lo llevó por un corredor a un pequeño jardín interior que pertenecía a las instalaciones clasificadas del Archivo. Para Wein fue una sorpresa; llevaba días allí y no había visto nunca ese jardín, acogedor y deslumbrante de flores y colores bajo el sol italiano.

—Aquí venimos a orar cuando nuestras ocupaciones nos impiden visitar la iglesia, en la otra ala —dijo—. A veces tenemos tiempo más que suficiente para ir y venir, pero muchos de nosotros preferimos acudir a este lugar, de todas maneras. Diría que algo tan hermoso y... natural acerca a uno mucho más a Dios, ¿no le parece?

—Me parece —asintió el general—. Realmente es un hermoso jardín. Pietro asintió.

—No lo he traído aquí para hablarle de lugares hermosos —comenzó.

—Lo sé —respondió el general—. Usted dirá.



El prefecto suspiró y se santiguó brevemente.

—Siempre he sido un hombre muy observador de las leyes —manifestó—, en especial de las de Dios. Soy consciente de que soy un hombre de la Iglesia, y me debo a ella. En cierta medida somos sus soldados, no muy diferentes de ustedes, aunque no usemos armas. He hecho votos, y he jurado obediencia, entre otras cosas. Obedecemos los mandatos de nuestros superiores, como pequeños engranajes de un mecanismo más grande, y confiamos en que esos mandatos abogan por un bien mayor, que persiguen una finalidad única: el amor.

—Puedo entender eso —dijo el general.

—Uno de esos mandatos, como prefecto del Archivo Secreto, es preservar cierto conocimiento que podría, en malas manos, sembrar ciertas dudas sobre el concepto de divinidad que manejamos y en el que creemos firmemente.

El general no pudo evitar levantar una ceja. De pronto, sintió un ramalazo de excitación. Sobre los contenidos del Archivo Secreto se había especulado mucho: los amantes de las conspiraciones y los autores de ficción habían jugado largamente con la posibilidad de que en él se ocultaran documentos importantísimos con conocimientos paganos, arcaicos, prohibidos, que podrían, tal vez, configurar las estructuras religiosas, culturales, sociales y políticas del mundo. Tal vez. Wein no consideraba la posibilidad de que existiera un documento que negase, de forma indiscutible y empírica, por ejemplo, la existencia de Dios, y francamente, le daba lo mismo, pero sí que había pensado que podría haber algún archivo donde se hablara de demonios, o de ciertos poderes o capacidades que casaran de alguna manera con la situación que tenían entre manos. Se dijo que podrían estar años rebuscando entre documentos, pero que lo que estaba a su alcance y disposición eran cosas como el pergamino de Clemente V, por el que disolvió la Orden del Temple en 1308, o las actas del proceso contra Galileo Galilei, en el siglo XVII. Pero lo que parecía estar a punto de serle revelado podía, tal vez, tal vez... arrojar algo de luz nueva sobre la investigación.

—Voy a tratar de ser breve, general —dijo el prefecto—. ¿Ha oído hablar del Manuscrito Voynich?

—No...

—Busque en internet cuando terminemos. Manuscrito Voynich. V-O-Y-N-I-C-H. Es un libro que ha traído bastante loco a todo el mundo desde hace cientos de años, un libro ilustrado, con contenidos descabellados, que data de algún momento entre 1400 y 1430, según las pruebas de carbono 14. Para los efectos que nos atañen, general, tiene dos características esenciales. La primera es que está escrito en un idioma desconocido y, hasta hoy, indescifrado. La otra es que las ilustraciones de plantas y criaturas que en él se reflejan no se corresponden con las de este mundo, ni ahora, ni antes. Ha sido estudiado por criptógrafos, especialistas de todo el mundo y expertos en descifrados de la segunda guerra mundial, americanos también, sin ningún resultado. Para que me entienda: se ha convertido el Santo Grial de la criptografía histórica.

—Eso es... curioso —dijo el general—. Hemos avanzado muchísimo en ese tipo de cosas. La potencia de cálculo de nuestros ordenadores hace muy difícil no descifrar cualquier tipo de codificación; créame: nada es inviolable. ¿Se ha pronunciado alguien sobre la posibilidad de que sea un texto inventado?, ¿el... ejercicio de alguien ocioso que, en 1400, tenía acceso a pergaminos, tinta y una sencilla pluma de ave?

El prefecto negó con la cabeza.

—No intente... descubrir la rueda, general. No peque de falta de humildad. Muchos profesionales que han dedicado su vida a este campo han realizado numerosos estudios y han llegado a diferentes conclusiones.

—Tiene razón —se disculpó el general—. Lo siento.

—Por ejemplo —siguió diciendo el prefecto—, una regla común de cualquier idioma es que hay palabras que aparecen muchas más veces que las demás, en una proporción muy exacta, como «el», «de» o «la». El lenguaje, representado por unos treinta glifos, atiende a todas las reglas fonéticas y ortográficas, a todos los exámenes estadísticos, y si me apura, a las leyes de la entropía.

—De acuerdo. Pero ha mencionado «criaturas»... ¿Es por eso por lo que me está contando esto?

—No, no se excite demasiado. En el Manuscrito Voynich no están sus vampiros. Preste atención a la fecha: 1400. Es la fecha en que apareció el Manuscrito, y desde ahí pasó de mano en mano. Fue propiedad de Roger Bacon, Rodolfo II de Bohemia, y de otros muchos personajes históricos, todos interesados en su particular contenido. Pero... no es el original, como mucha gente cree. Es una reproducción que se hizo en 1402, basada en otro volumen mucho más antiguo, muchísimo más antiguo, que también era una copia de otra copia de otra copia que el tiempo, el devenir de los milenios, estaba destruyendo de forma imparable. Una de esas copias está aquí, en el Archivo, y contiene, además, todas las páginas: veintiséis páginas más de las que circulan por manos de los expertos, y que no ha visto apenas nadie.

—Continúe —pidió el general, vivamente interesado.

—Como le decía, en cuanto a su contenido, parece ser una especie de herbario, entre otras cosas, como una farmacopea y un atlas planetario, pero las plantas que en él se describen no se corresponden con las que existen en este planeta. Ni ahora, ni en la antigüedad. Algunas de esas plantas son monstruosas, adornadas en sus ilustraciones con ojos, o zarpas, o... garras. La única conclusión a la que han llegado los expertos es que esos dibujos contienen pistas visuales sobre su uso y, efectivamente, así es.

—Garras —susurró el general.

—Y ojos, general, no olvide los ojos. Es una de las armas más mortíferas de su enemigo: su capacidad para reducir y someter mentalmente a sus víctimas.

—Le sigo...

—Existe un manuscrito muy anterior a este, general, que no ha trascendido. Perteneció al alquimista Georgius Barschius, que también poseyó el Manuscrito Voynich, y lo salvaguardó en Praga hasta que los alemanos lo encontraron en 1940. De allí, por una serie de circunstancias irrelevantes, llegó hasta nuestras manos. Contiene treinta páginas más que el Manuscrito Voynich, y casi el mismo número de ilustraciones. Su contenido, sin embargo, es muy diferente, y es el motivo por el que se mantiene oculto y preservado del conocimiento humano. Muy oculto. Muy preservado.

El general asintió.

—General... —exclamó el prefecto, bajando la cabeza—. La prueba del carbono 14 no tiene sentido con estas piezas, porque provienen de... lugares que... existieron pero cuyas puertas desaparecieron hace mucho. Es como manejar una brújula encima

de una montaña con una fuerte carga magnética: se vuelve loca. No sirve. La procedencia de esos manuscritos... podría sugerir un origen muy diferente del que se cree para... —dudó unos instantes— ciertos aspectos de nuestras creencias.

—Está hablando ahora de una manera muy críptica —dijo el general—. Empiezo a perder el hilo.

—Hay muchas cosas que se mantienen apartadas, general. Aquí tenemos algunas; ustedes, los americanos, tienen las suyas. ¿Me equivoco?

El general no respondió; se limitó a mirarlo impasible, sin mutar su expresión.

—Entonces me comprende —dijo el prefecto.

—¿Qué contiene ese otro manuscrito? —preguntó el general.

El prefecto miró alrededor, con una sonrisa extraña, casi nostálgica, en la cara. Era un hombre delgado, de nariz aristocrática, con una pequeña sombra de pelo que dejaba una coronilla despoblada.

—Le he contado lo que le he contado porque creo que ese manuscrito puede ayudarles. Se lo he explicado porque creo que el hecho de revelárselo obedece al amor hacia los demás, un dogma que promueve el cristianismo. Es toda mi intención. La Iglesia puede ser muy terca a veces con ciertas cosas, y no es capaz de reaccionar con rapidez ante eventos de esta magnitud. Es una institución muy antigua, como sabe, y no estaría donde está si no hubiera sido extremadamente prudente en sus pasos. Pero no le revelaré su contenido. He hecho juramentos, ¿comprende?

—Y entonces, ¿qué quiere que haga?

—Hable con su eminencia —dijo el prefecto—. Ustedes tienen un servicio de inteligencia que tal vez sea el más capaz del mundo. Dígale... que tiene indicios de que el Manuscrito Voynich podría contener pistas sobre lo que está buscando. Dígale que le han seguido el rastro y que los conduce aquí. Sugíerale la posibilidad de que tal vez haya un segundo manuscrito, y que los conocimientos que encierra podrían acabar con el sufrimiento del mundo. Dígale eso. Su eminencia es un hombre bondadoso con un corazón grande; no se negará.

El general asintió.

Mirando alrededor, en aquel pequeño jardín de la soleada Italia, rodeado de flores grandes, abundantes y perfumadas, los horrores que estaban ocurriendo en el otro lado del mundo se le antojaban irreales, imposibles, una historia disparatada. Le hubiera gustado salir de allí y pasear por las calles, sin la chaqueta, solo en mangas de camisa, y tomar tal vez una limonada mientras le sonreía al sol y a las italianas hermosas de belleza amable. Pero cuando pestañeó, esa furtiva tentación se desvaneció como se desvanece el sol al atardecer, cuando caen las sombras y las sonrisas mueren.

## 6

Mientras miraba en los estantes, Pip tuvo una sensación extraña. Era algo que había hecho muchas veces: ir al supermercado, buscar en los estantes, echar cosas en el carro, pagar la compra, llevar las cosas a casa. Pero la luz era siempre diáfana, nunca proyectaba sombras, como si fuera omnipresente, y los envases eran coloridos, con imágenes sugerentes y amables. MARGARINA EL CIELO. PRUEBE NUESTRA MIEL LA FELICIDAD, FELICIDAD ENVASADA ARTESANALMENTE POR AUTÉNTICOS

AMERICANOS, HECHA EN CALIFORNIA. Las bolsas de comida para perros mostraban animales lustrosos y felices, con sus lenguas sanas colgando. Los bebés de los paquetes de pañales eran ángeles rubios de grandes ojos azules. Pero allí, bajo el mortecino resplandor de la linterna, las imágenes parecían tétricas. La familia que ilustraba el envase de crema de cacao parecían zombis sentados alrededor de una mesa, los colores pálidos y apagados, sus miradas hundidas; la crema, sangre cuajada que manchaba sus manos y todos sus dedos. Los mensajes subliminales de la publicidad eran promesas obscenas y muertas: CHOCOLATE EL DESEO. UN OSCURO TROZO DE SEDUCCIÓN.

Era sombrío, y el hecho de que muchos de los productos estuvieran desbaratados y tirados unos sobre otros no ayudaba.

Pensaba también que los artículos no durarían eternamente. El aroma empezaba a ser desmesuradamente dulce, como el dulzor sofocante que desprende la fruta cuando madura y se corrompe. Muchos eran perecederos en extremo, y aunque no lo fueran, nadie iría a reponer las estanterías. Aunque encontrarán un almacén lleno de cajas de productos como leche, cereales o legumbres, llegaría un momento en que se acabarían. Si se llevaban muchas cosas, los huecos en los estantes serían evidentes para cualquiera que hubiera estado cogiendo alimentos antes que ellos, y entonces, ¿quién les aseguraba que no decidirían llevárselo todo? Si llegaban allí la próxima vez y no quedaba nada más que detergente para lavavajillas y ambientador de pino, ¿qué harían?, ¿adónde irían?, ¿al siguiente pueblo?, ¿a un pueblo cada vez, más y más lejos? ¿Hasta dónde?

Frunció el ceño.

—Aquí hay pilas —susurró Mac.

Anne asintió.

Aún hablaban en voz baja. No habían llegado hasta el final de la tienda, y allí el mostrador era un voluminoso parapeto que podía esconder cualquier cosa detrás. Cosas como un vampiro. O un chalado hinchado de drogas con un alto nivel de desesperación en sangre.

—Primero vamos a asegurar la zona —exclamó Mac sin levantar la voz—. Será lo mejor.

Sonia se adelantó. Tenía experiencia en asegurar lugares, y conocía el procedimiento para moverse y guardar sus espaldas. Jimmy la miró hipnotizado mientras evolucionaba por el lugar, dirigiendo su rifle a uno y otro lado y avanzando hasta llegar a la caja. Allí pasó el rifle por encima para retirarse rápidamente, una, dos y hasta tres veces, hasta que estuvo segura de que no había nadie, solo un hueco oscuro y vacío con algunas cajas apiladas de las que asomaban revistas, tal vez preparadas para su devolución.

—Despejado —informó.

Eddie soltó un bufido, aliviado; había estado en vilo todo el tiempo. Pero aún quedaba la oficina de atrás. Antes de que pudiera prepararse para el estrés, Sonia había abierto la puerta extendiendo la mano y asegurándose de mantener el cuerpo alejado.

—Vamos, aquí no hay vampiros —dijo Jared.

Laura se volvió para mirarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Los vampiros huelen. Huelen a menta rancia, como una bolsa de caramelos que sacas de un armario donde hace años que no has mirado.

—Es verdad —asintió Mac—. Pero los vampiros no son lo único que...

Se detuvo. Sonia se había desplazado hacia el interior de la oficina. Fueron unos segundos intensos durante los cuales nadie se atrevió a respirar siquiera.

—¡Despejado! —anunció, asomándose por la puerta.

—Joder —soltó Seven—. Va a darme algo, os lo juro.

—Está bien —dijo Mac—. ¿Hay alguna otra puerta, un almacén o algo?

—No. Es una oficina pequeña. Tiene una mesa, estanterías con carpetas, un calendario... cosas así.

—Muy bien —dijo Mac—. Entonces cojamos lo necesario. Alimentos, sobre todo. No sé, si alguien necesita algo, que lo coja también.

Eddie le dirigió una mirada apreciativa.

—Nervioso, ¿eh?

—Mucho —asintió Mac—. Quiero salir de aquí tanto como el que más.

—Está bien. Yo vigilaré la calle.

—¡Perfecto!

Empezaron a moverse por la tienda, con bolsas sacadas del mostrador. Jared no tardó en localizar las bebidas alcohólicas y se quedó allí con una expresión satisfecha. Mientras lo miraba, Jimmy pensó que le faltaba silbar.

—¡Hola, Jack! —decía mientras sujetaba una botella de bourbon en la mano—. ¡Cuánto tiempo, colega!

Laura y Pip caminaban juntos. De vez en cuando, él cogía algo y decía:

—Esto te gusta...

Y ella sonreía y asentía con la cabeza.

—Y esto... esto te encanta a ti.

Pip miró la salsa barbacoa Kentucky que ella sostenía.

—¿La salsa barbacoa Kentucky? ¿Estás de broma? ¡La detesto!

Ella soltó una carcajada.

—¡Eres un mentiroso! —exclamó—. ¡Te encanta, lo sé!

Pip sonrió. Le quitó la salsa de la mano y la echó en la bolsa.

—No vale —dijo—. Haces trampa con tus trucos Jedi.

—¿Trucos Jedi? —respondió, arrugando la nariz—. ¿Eso es lo que somos ahora? ¡Me gusta!

—Ya sé que te gusta —fue la respuesta.

Adam, mientras tanto, acabó en el estante de artículos de jardinería y hogar, aunque no fue del todo casual. Siempre acababa en esa sección, aunque solo fuera a comprar un bote de judías, o papel higiénico. Las herramientas eran su pasión, y allí había una interesante variedad. La mayoría eran productos de segunda, y a precios desorbitados comparados con otros sitios, pero al menos la lijadora de madera era buena; el mismo modelo que tenía en casa pero de un tono naranja. No sabía que había una versión en naranja y se entretuvo en mirar las especificaciones por si era una gama superior, más potente, tal vez. La dejó en su sitio, con una media sonrisa nostálgica en el rostro. Mirar aquellos productos pulcramente alineados le trajo

recuerdos de su taller. De vez en cuando pensaba en su casa, y en los recuerdos que tenía allí. Habían salido tan rápido que ni siquiera había asegurado las ventanas, y el hecho de estar saqueando este sitio (porque eso es lo que hacían, saquear) le hizo pensar que cualquier idiota que pasara por la carretera podría entrar en su casa y mearse en sus tanques, si quería.

Sacudió la cabeza.

De pronto, se quedó mirando una máscara de protección contra gases. Tenía un filtro de aire a la derecha de la boca y cristales grandes para los ojos. Se cerraba con una cubierta de plástico que cubría la cabeza por detrás. La etiqueta con el precio marcaba catorce con sesenta y nueve.

Una máscara de protección contra gases.

Mientras los demás echaban cosas en sus bolsas produciendo sonidos metálicos y tintineantes que se quedaban flotando en el aire, como en suspensión, una idea hizo clic en su cabeza.

—Pero claro... —susurró—. ¡Claro que sí!

Se volvió, nervioso.

—¡Sonia! —la llamó—. ¡Sonia, lo tengo!

—¿Qué tienes? —preguntó ella—. ¿Qué es?

—¡El problema! —dijo entusiasmado—. ¡Bueno, la solución al problema!

El resto fue acercándose, curioso.

—¿Qué problema?

—¿Has encontrado Viagra, viejo? —preguntó Jared desde el otro extremo de la tienda. No había podido esperar y estaba dando un buen trago a una de las botellas.

—¿Qué? ¡No! ¡La solución a cómo enfrentar el problema del matadero!

—¿Qué? —preguntó Sonia.

Adam cogió la máscara y la levantó en el aire para que todos la vieran.

—¡Gas! —exclamó—. La capsaicina es el principal ingrediente. Aquí hay chiles y salsas de chile, es fácil de destilar. Podemos encontrarlo todo aquí, sí. Veamos... Lejía, lejía pura, sin aromas ni aditivos. Y acetona. Si hay acetona pura, coged eso. Si no, puede encontrarse en cosas como... el esmalte de uñas, por ejemplo. Coged los más baratos, son los que contienen más acetona. Si no es acetona en estado puro, no servirá. Y alcohol, alcohol puro. Guantes, látex... ¡y contenedores de plástico!

—Espera, espera —dijo Sonia— ¿Quién te ha convertido en un MacGyver, de repente? ¡No lo pilló! ¿Qué quieres hacer con todo eso?

—¡Gas pimienta! —exclamó Adam—. ¡Vamos a fabricar gas pimienta! El cloroformo sería mejor, pero el matadero es demasiado grande y el cloroformo sube; se escaparía por cualquier rendija. Necesitaríamos insuflar camiones cisterna enteros. El gas pimienta es más fácil, transportable, y se puede lanzar en botes de cristal. Podemos lanzar gas pimienta y dejarlos a todos sumidos en un estrago de toses y estornudos, además de una ceguera temporal.

Sonia pestañeó.

—¡Pero bueno! —dijo.

Laura inclinó la cabeza, pensativa.

—¿Y las vacas? ¿Qué pasa con ellas?

—Unas toses no las matarán —explicó Adam—. Pero nos permitirán localizar a

los guardianes: serán los que estén armados, o los que permanezcan fuera de las jaulas, o vestidos de forma diferente. Podremos desarmarlos y atarlos, con cintas de plástico para cableados y embalajes, por ejemplo; es lo más rápido y efectivo.

—Es una buena idea —exclamó Jimmy, con los ojos abiertos como platos—. ¿De veras puedes fabricar gas pimienta? ¡Qué alucine! ¿Puedo ayudar?

—Claro que puedes —dijo Adam—. Siempre me ha gustado estudiar. Una de las cosas que hice fue la carrera de Química en Princeton. Me gustó bastante. Más que otras que llegué a hacer.

Jared sacudió la cabeza.

—El tipo está loco —dijo, y le dio otro trago al viejo Jack.

## EXTRACTO DEL ARTÍCULO PUBLICADO EN USA WEEKLY

La tragedia engendra héroes, nacidos tal vez de la necesidad de equilibrarse a la que tiende toda vida. La guerra contra los vampiros nunca debió perder de vista el carácter humanitario de nuestra nación, pero ocurrió de todas maneras, y esas decisiones, por mucho que fueran tomadas con el propósito de enmendar el mal provocado por el enemigo, pesarán sobre nuestra historia como una losa donde nuestro honor como americanos encontrará un epitafio merecido y bochornoso. Tal vez de ese despropósito, de ese desequilibrio, surgieron leyendas como John Cole, Donehogawa Parker, el ahora tristemente difunto Bolt Powder, o Liz Betancourt, entre otros.

Liz era carterera en Minnesota, en una población tan pequeña que no merece la pena ni ser mencionada, según sus propias palabras. Criada en el catolicismo, Liz creció y llevó una vida sencilla. Su mayor hobby era preparar tartas caseras con fondant que luego regalaba a los vecinos. «Nunca encajé demasiado bien en el mundo que estaba establecido, pero no me di cuenta hasta que las cosas empezaron a cambiar. Pasaba los domingos doblando ropa, o viendo la tele, incapaz de saber qué hacer con mi tiempo. Mi vida era mi trabajo, y lo era porque se suponía que era lo correcto. Estaba anestesiada por la inercia de la sociedad. La primera vez que me enfrenté a un vampiro, todo hizo clic. Era como uno de esos espías de las películas que se activan con una llamada; de pronto, mi casa no tenía sentido, doblar la ropa tampoco. Ni siquiera podía encontrar satisfacción cuando miraba mis utensilios para hacer bizcochos o modelar fondant . Me había vaciado. Matar vampiros se me daba bien. Muy bien. Por primera vez en mi vida supe que ese era mi cometido. Cuando los perseguía y cazaba, de día o de noche, tenía esa sensación de estar haciendo lo correcto en el lugar adecuado. Había nacido para eso, y es lo que hago.»

El caso de Donehogawa Parker es también curioso. Nativo indio americano, Donehogawa desciende de una larga tradición de americanos que han mantenido vivas la mayoría de sus costumbres y tradiciones. A Donehogawa nunca le interesaron demasiado las comodidades o la vida urbana; prefería con mucho la vida en la naturaleza, en la que pasaba largos periodos alimentándose de lo que podía encontrar; hierbas y raíces que nadie echaría siquiera a un plato de pasta. Dormir a la intemperie incluso en los meses más fríos es para él algo normal, y agradece todo lo que recibe con oraciones olvidadas que aprendió de su madre, chamana cherokee, y de su padre, cuyo nombre significa «el que consigue la madera». Desde su nacimiento, el nombre de Donehogawa marcó su destino sin saberlo; en lengua cherokee significa, literalmente, «él guarda la puerta de la puesta del sol». Y eso es lo que hacía, justamente. Donehogawa ha cazado y



eliminado casi tantos vampiros como el propio John Cole, convirtiéndose por derecho propio en una leyenda en su zona. Ahora es él quien recibe regalos de la comunidad, incluyendo platos cocinados, una rareza muy codiciada en estos días. «No quiero más whisky, y menos si viene acompañado de la expresión “bebida de fuego”. Tampoco necesito cosas. Tengo lo que quiero, y quiero lo que tengo.» Donehogawa nos contó cómo consigue doblegar la fortaleza física de los vampiros: «Vencer a un vampiro no tiene nada que ver con la fuerza física. Son criaturas muy espirituales, como todo lo que hay en el mundo. Tienes que sentir su espíritu y combatirlo. Espíritu y cuerpo son dos aspectos de una realidad, y hay leyes que gobiernan cada uno. Violar el espíritu, o un principio espiritual, afecta al mundo físico, y viceversa. Así combato a los vampiros: restaurando el equilibrio, luchando con su espíritu. Para llevar una vida equilibrada se deben honrar ambos».

Encontramos a Donehogawa en su pequeña casa en un paradero que desea mantener oculto, puliendo con piedras unas largas lanzas de madera cuya asta era gruesa como un rollo de cocina. Pulía cantando viejos mantras cherokees mientras pasaba la mano por la madera, sonriente y orgulloso, y preparaba un ungüento de hierbas para sus armas. Cuando trabaja, mira al sol y sonríe, y asiente con la cabeza como si diera gracias por las cosas de que dispone. Es un hombre grande, de rostro ancho y nariz ligeramente aplastada. Sus ojos son profundos y transmiten una paz extraña aderezada por un punto enigmático, como un acertijo. Un sencillito arco, flechas delgadas y flechas gruesas, varios metros de cuerda, cuchillos y un rifle de francotirador ruso VLK Sumrak con un alcance de dos mil metros forman parte de su equipo. Eso, y un collar con una pequeña piedra sujeta por cuerdas. «Tenemos un legado que honrar —nos explicó—. Debo mi vida a la madre tierra. Si no honramos ese legado, la tierra enferma. Ese es el origen de los vampiros.» Al despedirnos, añadió algo que nos hizo pensar: «Los vampiros son desequilibrio. Solamente restauro el equilibrio. Me habría gustado que alguien hubiera parado el desequilibrio cuando se produjo la primera invasión de América».

John Cole, por su parte, podría no ser el cazavampiros más popular de América, aunque es indudable que tiene sus admiradores y defensores. Sus maneras no son tal vez las más populares, pero el indudable héroe de la batalla de Norman, Oklahoma, rechazó ese título cuando se lo mencionamos: «Déjenme en paz. Yo solo hice mi parte, como casi todos». Fue imposible conseguir otras declaraciones para este artículo. Lo que es indudable es que cuando John Cole llega, los vampiros se van, y eso... eso cuenta.

**Allan Smith**  
Reportero

---

## Capítulo 14

### FUEGO SOBRE Y BAJO EL TEJADO



#### 1

—Podemos pasar de vuelta, si quieres —sugirió Seven, al volante.

—¿Por el matadero? —preguntó Adam.

—Ajá —asintió Seven—. A ver cómo andan las cosas por allí. Adam sacudió ligeramente la cabeza.

—Diablos, no lo sé. No sé si es prudente. Si los guardianes nos ven..., ¿no crees que podrían..., no sé, querer husmear en la zona?

—Solo será una furgoneta que pase —exclamó Seven—. ¿Qué puede tener de raro?

Adam miró a Sonia. Esta asintió.

—Está bien —accedió Adam—. Puede ser buena idea. No quiero pasarme... horas destilando gas pimienta solo para descubrir que el lugar está ahora vacío.

—Es lo que estaba pensando —dijo Seven—. Bueno, este no parece un sitio muy problemático. Aparte de aquellos vampiros en la cama de los Milton, no hemos visto a nadie más. No parece que haya mucho trasiego de vampiros. ¿Para qué querrían tener aquí un... un lugar donde alimentarse?

—Un restaurante —exclamó Jared, repanchigado en su asiento con la botella en la mano—. El restaurante Bella Sangre para vampiros nocturnos, con el espectáculo diario del Hipnotizador Monstruo. Se admite VISA y todos los tipos sanguíneos. ¡Esa es buena!

—A menos que vengan de noche —dijo Mac—. Nunca salimos de noche. No sabemos qué ocurre por aquí.

—No parece muy plausible —dijo Adam—. ¿Venir hasta aquí solo para alimentarse cuando hay un país tan grande que pueden someter?

—Ajá —exclamó Pip—. Eso estaba pensando.

—Puede que... sea para el futuro —apuntó Jimmy—. No pueden matar a todo el mundo. Tienen que pensar en alimentarse, dejar algo.

—Algo no —lo rectificó Jared—, alguien. Unos pocos miles de alguien repartidos

por todo el país.

Jimmy asintió.

—Dejan pequeñas islas de víveres en el mar conquistado —terminó el muchacho.

—Espantoso —dijo Laura—. Es realmente espantoso. Me alegra que podamos intentar salvar a esa gente. De veras.

—Vamos a intentarlo —dijo Adam.

—Pero explícame el plan —intervino Mac—. Porque el matadero es un edificio grande, muy grande. ¿Vas a llenarlo de gas?

—No, no se puede llenar de gas —dijo Adam—. Como ocurría con el cloroformo, el edificio es demasiado grande. Haremos un poco de ruido para que los guardianes se muestren y vayan a las entradas. Se pondrán todos por esa zona, a proteger el edificio. Entonces lanzaremos los botes de cristal desde el tejado hacia el interior. Será muy rápido, y efectivo. Te aseguro que nadie podrá disparar ni una bala; produce... sensación de ahogo, toses, incluso ceguera, todo temporal, claro. Es la mejor manera de no tener que matar a los guardianes.

—Sois una pena —terció Jared—. Tanta historia para algo tan sencillo.

—Sí, ya... conocemos tu opinión —replicó Adam serio.

—Y os importa un carajo. ¡Brindo por ello! —proclamó, dándole un trago a la botella, que iba ya por la mitad.

—Está bien —dijo Mac—. Creo que podemos intentarlo. No parece... a prueba de bombas, pero si lo hacemos con cuidado, puede ser la mejor opción.

—¿Afectará eso a los vampiros, si hay alguno? —preguntó Jimmy.

—Vaya, Jimmy —dijo Sonia sonriendo—. Creía que tú eras el experto.

—Bueno —se excusó el muchacho—. En ninguna de las historias que he leído utilizan... gas pimienta.

—Un vampiro tosiendo mocos como un puñetero niño de cuatro años, ¡eso quiero verlo! —gruñó Jared.

Jimmy le dirigió una mirada divertida. El alcohol le soltaba la lengua, eso desde luego. Solo Anne parecía mirarlo fijamente, con una expresión acusadora. Jared pareció notarlo.

—Vamos, mamá —dijo—. El alcohol te mantiene a punto, como cuando llevas el coche a una comprobación rutinaria. Tenía una amiga, Stella, que era una auténtica guerrera urbana. Nunca se ponía enferma: bebía su poquito de vodka todos los días, hasta que acabó en el hospital por un golpe con el coche. Estuvo seis días sin probar el vodka y agarró un resfriado de campeonato. —Soltó una carcajada—. ¡Estaba hecha una pena! Cuando regresó a su rutina, a sus copitas de vodka, volvió a ser el toro que era.

—Eso es una majadería —dijo Anne.

Jared levantó la botella a modo de saludo y dio un sorbo.

Seven carraspeó.

—Ahí empieza a verse —anunció—. Estamos llegando.

De pronto, Pip se incorporó en su asiento, con los ojos muy abiertos.

—Espera... —dijo.

Laura echó la cabeza hacia atrás, con una violencia tan inesperada como cierta, y se golpeó la nuca contra el cristal de la caravana.

—¡ESP...!

Se estremeció, como sacudido por un espasmo doloroso, y sus labios se abrieron para mostrar unos dientes apretados con fuerza.

—¿Qué...? —exclamó Mac.

Laura gritó. Un grito agudo y estridente, y en el hito de ese grito, cayó desmadejada a un lado, casi al mismo tiempo que Pip caía al suelo inconsciente.

Sonia se puso en pie y Seven apretó el freno.

—Pero ¿qué...?

Laura y Pip estaban en el suelo. Estaba por ver si inconscientes o muertos.

## 2

Laura abrió los ojos, confusa y adormecida. Una visión turbia y desenfocada la inundó.

—Gracias a Dios —dijo alguien a su alrededor. Había formas confusas que se movían a uno y otro lado, y un sonido como de pasos. Ahora una puerta se abría en alguna parte.

—¡Laura ha despertado! —gritó alguien. Sonia, tal vez. Sí, era la voz de Sonia.

—¡Eh! —decía alguien a su lado—. ¿Estás bien?

«¿Estás bien? ¿Eh, estás bien?»

¿Lo estaba? Un creciente dolor de cabeza empezaba a apoderarse de ella. Cerró los ojos un instante y trató de encontrarse a sí misma. Estaba tumbada, pero cuando intentó incorporarse, el cuerpo parecía pesarle una tonelada, o dos. Pasó la lengua por los labios y los notó secos y ásperos, como cuando duermes un buen número de horas con la boca abierta.

Asintió, no obstante.

—Menos mal —dijo alguien con alivio. Adam. Era Adam—. Estábamos muy asustados.

Laura volvió a mover la cabeza mientras se pasaba una mano por la frente. Sentía como si la tuviera acolchada; definitivamente tenía una buena jaqueca encima.

—¿Pip? —susurró.

—Está aquí mismo —respondió Adam—. Contigo. Con nosotros.

Laura giró la cabeza, buscándolo. Lo encontró tendido en la cama de al lado, y empezaba a moverse también.

—Bueno, que me aspen —dijo Mac desde algún punto de la habitación—. Romeo está despertando a la vez que Julieta. Estos dos son increíbles.

—Sabía que ocurriría —exclamó Sonia. Ahora la veía, acercándose a Pip desde la puerta. Alguien más estaba entrando en la habitación.

—¡Pip! —decía alguien; una mujer. Beatriz, probablemente—. ¿Estás bien? Laura se ha despertado también.

—Laura... —susurró Pip—. No... no la veo...

—Está aquí mismo —dijo Sonia—. En la cama de al lado.

—No... no la veo. ¡Es que no la veo...!

Laura extendió una mano, incapaz todavía de incorporarse. Pero mientras mantenía los ojos cerrados, supo a qué se refería Pip. No se veían, pero no con los ojos; no estaba ya «conectada» a él, como él no estaba conectado a ella. La sensación

en la que habían estado sumidos esos días, esa comunión mental y sentimental que hacía que uno supiera en todo momento cómo se sentía el otro, había desaparecido. En su lugar había un vacío, como si hubieran perdido un sentido tan obvio como la vista, el olfato o el oído.

—Pip —dijo.

—Laura...

De pronto, empezó a recordar. La caravana, la carretera y el edificio del matadero, acercándose con lentitud a medida que el vehículo progresaba. Y...

Y...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sonia—. Los dos, de repente...

Laura asintió, y por su mejilla empezó a deslizarse una lágrima.

—Sí. Dame... dame un segundo —susurró.

Y empezó a llorar.

### 3

Aunque ya eran las once de la mañana, Anne había preparado café y bollos. Era agradable tener ciertas cosas otra vez en la despensa, que habían llenado de manera considerable. Las zanahorias estaban un poco blandas, por no hablar de los tomates, pero habían cogido muchas de esas cosas porque sabían que la próxima vez que acudieran a Pinewood podían encontrárselas con una costra negruzca y llena de moscas, por mucho que el frío empezara por fin a llegar a esa parte del país.

Con el café sobre la mesa, se habían sentado todos en el salón, también Beatriz y Eleonor. Eleonor era una sombra de sí misma, pálida y algo más delgada, con un indicio de ojeras bajo los ojos. Mantenía la cabeza agachada y las piernas recogidas bajo los brazos.

—Eleonor, querida —dijo Anne—. Me aseguraré de que comes al menos un par de bollos o te sacaré ahí fuera y te llevaré a ese matadero yo misma. Si no quieres comer, servirás de comida.

Eleonor la miró con ojos asustados. Nunca sabía cuándo su suegra bromeaba o hablaba en serio.

—Bueno —intervino Adam, desviando la atención de la conversación—. ¿Qué ha pasado?

Pip sacudió la cabeza.

—Por dónde empezar... —dijo.

—Fue cuando nos acercamos al matadero —dijo Laura—. Sentimos que..., bueno, yo sentí que todo se volvía..., no sé, rojo.

—Sí. Rojo. Era como si... todo lo que veía se mezclara con otra cosa.

—Eso es —asintió Laura—. Justo eso. La caravana, la imagen del suelo, los cristales llenos de lluvia, seguían ahí, pero había otra imagen superpuesta.

Pip asintió.

—¿Nadie vio nada de eso? —preguntó Pip.

—Joder, no —dijo Jared.

—No —confirmó Mac.

Los demás negaron con la cabeza.

—Lo suponía —dijo Pip—. Lo he sabido cuando he despertado y todos me preguntabais si estaba bien. No me lo habríais preguntado si hubiérais visto lo que nosotros. Además, conmigo solo estaba Laura.

—Sí —confirmó ella.

—Era un... un espanto rojo —continuó explicando Pip—. Tuve miedo, pero no hablo de ese tipo de miedo que todos conocemos, el que te coge por sorpresa cuando de repente te encuentras en una calle chunga en un barrio con mala fama, o cuando las cosas empiezan a irte mal y ves un patrón de cosas negativas que vienen en cadena y tienes miedo por lo que pueda venir. No..., era un miedo...

—Producía casi dolor físico —afirmó Laura.

—Coño —exclamó Jared.

Pip movió la cabeza con lentitud.

—Fue solo unos instantes —explicó—. De repente, la caravana desapareció. Yo empecé a gritar, no sabía lo que estaba pasando. Decir que era un sitio enorme es decir que el universo es grande. Era abismal. La sensación de espacio era... Bueno, no creo que nadie esté preparado para enfrentarse a las dimensiones de un espacio cerrado como ese.

—¿Un espacio... rojo? —preguntó Adam—. ¿Cómo era? ¿Como una cueva roja?

—No lo sé..., tal vez...

—Era como una matriz —dijo Laura de repente—. Como si nosotros fuéramos una bacteria, una mota de polvo, una célula, en el interior de una matriz. Una matriz inmensa. Al menos yo lo sentí así, pero tal vez sea porque soy mujer.

—Eso es interesante —dijo Adam.

—Vi a Laura, y ella me vio a mí, los dos solos en aquel sitio. Me asusté porque cuando nos... hipnotizaron tuvimos una visión muy breve de aquel infierno rojo. Fue lo primero que sentí antes de ser hipnotizado, cuando el vampiro conectó con nosotros. Era algo de los vampiros, eso seguro, pero no sabía qué hacíamos allí y cómo habíamos llegado de repente.

—Pip me cogió la mano. Eso me ayudó también.

—Y entonces...

Su voz se quebró y tuvo que bajar la cabeza y cerrar los ojos con fuerza.

—Entonces lo vimos todo. Supimos dónde estábamos.

—¿Dónde? —preguntó Adam, adelantándose en su asiento.

—Era... ¿cómo decirlo?

—Era la mente de los vampiros —dijo Jimmy.

Pip lo miró y asintió.

—Chico listo —dijo—. Eso es lo que era, sí.

—Bueno —interrumpió Laura—. Vayamos por partes. Sabéis que Pip y yo hemos tenido una conexión especial. Muy especial. Algo raro. Sabíamos, cada vez más, las cosas que el otro sabía, de una manera curiosa. Pip podía estar mirando una manzana verde y a mí me llegaba la información de que prefería las rojas, y entonces él decía: «No, gracias». Pero yo sabía que, de haber sido una manzana roja, él la hubiera cogido. ¿Me explico?

—Sí —dijo Sonia—. Estos días he estado intentando hablar contigo sobre eso. Empezaba a pensar que ahí había algo, una pieza de este puzle, que podría sernos

útil. Pero cuando te buscaba estabas siempre con Pip. A veces os veía sentados el uno junto al otro, con los ojos cerrados y las manos cogidas, y no me... no me daba la sensación de que fuera el momento de abordar el tema, o de interrumpiros.

Laura sonrió.

—Sí. Explorábamos nuestra conexión. Intentábamos decirnos cosas telepáticamente, o como quieras llamarlo, pero la conexión no funcionaba de esa manera. Nunca pudimos. Y, sin embargo, cuando abríamos los ojos a la vez y nos mirábamos, los dos nos rascábamos el cuello al mismo tiempo. Nos reíamos porque no sabíamos de quién había sido el picor en primera instancia. ¿Le picaba el cuello a Pip y yo lo había sentido, o había sido al revés?

—La hostia —exclamó Jared—. Creo que no soy el único que ha estado bebiendo estos días.

Laura sonrió.

—Sé como suena, por eso no... no habíamos dicho nada o casi nada de todo este asunto. Todos teníais muchas cosas en las que pensar como para añadir esta conexión rara. Tampoco sabíamos si serviría de algo en lo que toca a la pura supervivencia estas semanas. Y, por otro lado, estar con Pip, sentir a Pip, me ayudaba a levantarme cada mañana y no pensar en lo que ocurría en el mundo. Era algo... — Torció el gesto—. Algo bonito.

—¿Era? —preguntó Adam—. ¿Ya no es así?

—No —dijo Laura, mirando a Pip—. Ya no está. Tú también lo sientes así, ¿verdad?

—Sí —asintió Pip con cierta amargura.

—Y se siente raro —dijo Laura—. Triste. Es como... estar muy enamorada, mucho, y levantarte un día y descubrir que no queda nada.

Pip agachó la cabeza.

—¿Qué ocurrió en la matriz, o en la mente de los vampiros?

Laura suspiró.

—Accedimos a todo —dijo con sencillez.

Sonia se mordió el labio inferior. Empezaba a intuir por dónde iba a ir la conversación, y anticipándose al relato, empezó a sentirse excitada y emocionada.

—Era su mente colmena, como dijo Jimmy —exclamó Pip—. Sentimos a los vampiros, durmiendo en sus agujeros, agujeros pequeños como armarios, sótanos o el interior de furgonetas escondidas en callejones estrechos de pueblos y ciudades, y agujeros grandes, como...

—Como el puñetero edificio de Correos abandonado de Hillsdale —exclamó Laura—. Allí hay un condenado ejército, durmiendo unos sobre otros, llenando casi todas las habitaciones.

—¿Pudisteis ver eso? —preguntó Sonia, nerviosa—. ¿Qué más visteis?

—Vimos...

—La vimos a Ella —dijo Laura.

Sonia y Jimmy se miraron.

—¿Una mujer desnuda? —preguntó Sonia—. ¿Cabellos largos y rojizos? ¿Imposiblemente preciosa?

Laura la miró, sorprendida.

—Sí. Eso es —susurró—. Exactamente. ¿Cómo lo sabes?

—La vimos en la base Orestes, en Hillsdale —dijo Jimmy—. Por suerte, estábamos lejos. Pero incluso a esa distancia casi se lleva a Sonia, solo mirándola.

Laura se observó las manos, acariciándose los dedos, pensativa.

—Es hermosa —susurró—. Es una madre. Es la madre de todos. Cuando estás dentro, se siente como amor. Sin duda es amor. Amor incondicional y profundo, intenso. Se siente como un abrazo, como un beso dulce, protectora, omnipresente y omnipotente.

Eleonor levantó la mirada por primera vez. Sus palabras parecieron animarla o interesarla en cierta medida.

—Bueno —dijo Pip—. Para mí fue... diferente.

—¿Cómo de diferente? —quiso saber Adam.

—Para mí fue una visión... lasciva. Tuve... tuve una erección. O algo parecido a una erección, dado que eso solo ocurría en nuestra mente. Quiero decir que nuestros cuerpos físicos estaban en la caravana todo el tiempo.

—Sí —asintió Mac.

—Era... la mujer entre las mujeres. No he visto nada más hermoso, nunca, jamás. Quería acercarme. Quería tocarla, abrazarla... No podía apartar la mirada de ella.

—Sé a qué te refieres —dijo Sonia—. Sentí algo parecido cuando la tuve delante.

—¿No la sentiste... más como una madre? —preguntó Laura.

—No... No como una madre. Sentí que..., bueno, estaba fascinada. Pero creo que de una manera más sexual que materna.

—Parece que tenemos a una lesbiana en potencia —bromeó Jared.

Sonia sonrió.

—Supongo que así funciona su poder —dijo Adam—. Despierta en cada uno los sentimientos que le son más necesarios o propicios. Cada uno siente esa atracción de una manera. Para ti, Laura, parece que el amor de una madre es más necesario, o puro, o poderoso, que el amor físico o sexual hacia una persona.

Laura asintió con la cabeza.

—Eso es verdad —dijo.

—¿Qué más ocurrió? —preguntó Adam.

—Quizá lo más importante es que supimos lo que quiere —dijo Pip.

Sonia sonrió, con una mezcla de excitación y alivio. Estaba impaciente por saber más sobre su enemigo; posiblemente en esa información podrían encontrar algunas claves sobre cómo enfrentarse al problema de los vampiros.

—Está buscando —dijo Laura—. Busca con desesperación. Hay otros vampiros como ella, prisioneros, repartidos por el mundo. Ya ha localizado a uno, al más fuerte y poderoso de todos ellos.

—Alkibiades —susurró Pip.

El nombre se quedó flotando en la habitación.

—¿Alkabades? —preguntó Jared al fin—. ¿Qué clase de nombre es ese?

—Alkibiades —repitió Pip—. Es más fuerte que ella. Mucho, pero mucho más. Sabe dónde está, pero no cómo liberarlo. Se pasa el tiempo trazando planes de guerra, dirigiendo a sus vampiros por todo el país, comandando a sus mariscales y buscando en las mentes de los que ha sometido ya, intentando encontrar la información que le



permitirá abrir su jaula.

—¿Alkibiades está en una jaula? —preguntó Adam.

—Una... especie de jaula —dijo Laura—. Ella la siente como un nido, un nido de piedra oscura, angosto y claustrofóbico. Lo odia. Odia a quienes la traicionaron y la encerraron allí, donde estuvo prisionera durante milenios. Milenios. Milenios de encierro consciente en los que pudo rumiar su venganza.

—¿Quiénes la encerraron? —preguntó Mac.

—Nosotros —dijo Pip con sencillez.

—¿Cómo que nosotros? —preguntó Beatriz, confusa.

—Los hombres, quiero decir. Nuestros ancestros, hace miles de años. Por eso quiere erradicarnos.

—Pero... eso no es justo —dijo Beatriz—. Nosotros no tenemos nada que ver con los hombres que poblaban la tierra hace miles de años.

Mac sonrió y le cogió la mano.

—Elexia no entiende eso —exclamó Pip con suavidad—. Para ella, unos milenios no se perciben como los percibimos nosotros. Los hombres, como especie, la encerraron, y los hombres deben pagar. Todos. Los hijos de los hijos de los hijos, y los hijos que vendrán.

—Es horrible. Y no es justo —dijo Beatriz.

—¿Elexia? —preguntó Adam—. ¿Así es como se llama?

Laura asintió.

—Así se llama. Elexia.

—Elexia —susurró Jimmy—. Ojalá tuviera internet para hacer una búsqueda.

—No creo que encontráramos nada —vaticinó Sonia—. Así que... Elexia. Incluso el nombre encierra cierta fascinación, pero tal vez sea porque la tuve delante y puedo unir el nombre a la imagen.

—Eso es —dijo Adam—. ¡Vaya! Estamos aprendiendo unas cuantas cosas hoy. Aún no sé cómo pueden sernos útiles, pero desde luego es algo.

—¿Algo más que contar? —preguntó Sonia—. ¿Algo, relevante o no, cualquier cosa? Me gustaría saberlo todo.

—Elexia sabe dónde está Alkibiades, y está cerca de liberarlo. Está obteniendo información muy rápidamente, tirando de hilos mentales. Una persona la lleva a otra. Aún no sabe cómo abrir los sellos, es lo único que la frena. Afortunadamente, todo lo referente a la jaula de Elexia y a cómo se encontró y se abrió es información muy clasificada y secreta, y no parece saberlo nadie. Ella, al menos, no lo encuentra. Los que fuera que organizaron eso no están en la cúpula de poder del gobierno, o ella los habría localizado allí. Debe de ser algún proyecto privado, algún... poder en la sombra. Eso la tiene loca, pero se acerca, un poco cada día. La guerra en toda América la tiene sin cuidado; sabe que es solo cuestión de tiempo que consiga la hegemonía absoluta. Ya tiene hipnotizados a los más altos representantes del poder en Estados Unidos: militares, políticos, senadores, congresistas. Su plan... está funcionando.

—Jesús —exclamó Mac.

—La madre que me parió —maldijo Jared—. A la mierda todo. Al próximo que me diga que deje de beber le meteré la puta botella por el culo. Estamos más que muertos. ¡Más que muertos!

Eleonor empezó a llorar.

—Si libera a Alkibiades... —exclamó Adam como si no la hubiera oído, incapaz de terminar la frase.

—Si lo libera, podemos despedirnos de todo. No solo de América. El mundo entero.

—¿Nos destruirá? —preguntó Beatriz—. ¿Es lo que quiere, matarnos a todos?

—Nos someterá y nos usará como alimento —dijo Pip con un tono solemne—. Acabaremos como esas vacas en el matadero.

—Pero alguien tiene que explicarle que no puede juzgarnos por algo que se hizo en el pasado —insistió Beatriz.

—No, cielo —susurró Mac—. Eso no... no es ni una posibilidad. Es un monstruo, ¿comprendes? No se razona con los monstruos.

Sonia sacudió la cabeza y acabó enterrándola entre las manos.

—Creía que... creía que descubriríamos algo que nos ayudara. Alguna pista. Alguna... debilidad. Algo, no sé. Pero... ¿qué podemos hacer nosotros?

—¿Que qué podemos hacer? —preguntó Jared mientras se ponía en pie—. ¿Qué te parece a ti que podemos hacer? ¿Follamos mientras podamos? ¿Bebemos todo el alcohol que podamos encontrar? ¡Podemos hacer karaokes mientras el mundo se llena de vampiros! A mí no me importaría que me hipnotizaran, coño. Al menos me pasaría la vida en esa vagina gigante pajeándome con ese pibón de mil años. ¡Debe de ser la hostia!

—¡Jared! —protestó Sonia.

Adam sacudió la cabeza.

—¿Qué? —replicó Jared, colérico—. ¿Quieres... observar las formas y las maneras? ¿Para qué coño? ¿Vamos a ser cordiales, educados y respetuosos mientras los vampiros crecen en número? ¡A la mierda! ¡A la mierda, te digo! Tal vez no haya muchos por aquí, pero volverán, coño. Volverán por el terreno conquistado buscando a sus putas vacas y a los infelices como nosotros, que nos mantenemos vivos para alimentarlos en el futuro. ¡Menudo plan! ¡Joder!

Eleonor se levantó de repente, respirando con dificultad y visiblemente nerviosa. Al incorporarse, dio con el codo a Eddie, que estaba sentado a su lado, y tiró su taza de café, que cayó al suelo y se rompió en una fanfarria estridente de líquido marrón y porcelana blanca. Eleonor miró a uno y otro lado con rapidez, como un animalillo acorralado que no encuentra una vía de escape, mientras todos la miraban estupefactos. Por fin, echó a correr por el salón.

Mac pensó que iba al cuarto de baño, como el día en que murió Michael. Eleonor había sido una mujer amable y, hasta cierto punto, alegre, feliz con su pequeña vida en la granja Gallagher. Nunca había querido trabajar, porque no le gustaba la idea de conducir hasta un lugar que la mantendría ocho o diez horas alejada de casa, y cuando hacía estofado de venado con patatas tardaba más que nadie, prodigándose en cada condimento, en cada especia, cocinando la carne despacio mientras canturreaba viejas canciones de El mago de Oz o Mary Poppins. Entonces era dulce, y después de cada beso con Michael parecía brillar como la primera estrella del atardecer.

Pero esa Eleonor había sido destruida junto con Michael. Aún más, porque Michael permanecía intacto en el recuerdo de quienes lo conocieron, y ella se había

transformado en un fantasma en vida. Una sombra apagada, un cuerpo tembloroso siempre al borde de las lágrimas, silencioso, taciturno, temeroso y nada participativo.

No fue al cuarto de baño. Jared fue tal vez el único que anticipó lo que iba a ocurrir, más acostumbrado a bucear en las miserias de la mente humana, pero no se movió del sitio, más por estupefacción que otra cosa. Eleonor se acercó al rifle de su marido, que Mac había dejado descuidado y apoyado contra la pared del salón, y lo cogió con las dos manos.

Anne abrió mucho los ojos. También Mac.

Beatriz gritó.

Eleonor no dijo ni una palabra. Le dio la vuelta al rifle y se disparó en la cara. Toda la secuencia duró apenas un par de segundos.

El sonido retumbó en el salón. Otra de las tazas cayó al suelo y se rompió con la misma rapidez que la primera. Café en el suelo y sangre en la pared, salpicada en una pesadilla de gotas rojas sobre un blanco que amarilleaba ya desde hacía un par de veranos.

Anne cerró los ojos al mismo tiempo que el cuerpo de Eleonor caía al suelo.

—Joder —susurró Jared.

Sonia se incorporó, la cara roja y encendida, los puños apretados, y comenzó a gritar:

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡CÁLLATE! ¡CÁLLATE!

Jimmy corrió hacia ella y la abrazó.

Nadie dijo ni hizo nada durante un buen rato.

#### 4

Llovía, pero enterraron a Eleonor junto a su marido, Michael, en el jardín. Jared se ocupó de una de las tareas más duras: recoger los restos de la cabeza desperdigados por el suelo y la pared del salón. Acabó con los brazos enrojecidos, casi tanto como la media docena de trapos que utilizó para recoger esos restos. Estuvo callado y cabizbajo mientras lo hacía, considerando la posibilidad de que sus palabras hubieran sido el detonante de la huida de Eleonor hacia el único rincón en el que pensó que podía escapar de esa pesadilla: la muerte. A Jared no le importaba demasiado si Eleonor seguía viva o no. La había tratado muy poco, por no decir nada, así que para él no significaba mucho más que cualquiera de las personas que morían cada noche en todo Estados Unidos. Pero sí le preocupaba que Sonia o Jimmy lo culparan. Se habían convertido en parte de su realidad, actores secundarios del Mundo Jared en el que era protagonista, productor y director, y eso lo jodía. Lo jodía mucho.

—No era una mujer muy valiente —le dijo Mac al verlo arrodillado en el suelo, sumergiendo uno de los trapos en un barreño con agua y lejía—. Creo que, tarde o temprano, habría tomado esa decisión.

—No tiene nada de cobarde apretar el gatillo de un arma que te apunta a la cara —contestó—. Lo sé. Hay que tener muchos, muchos huevos para hacer algo así.

—Bueno. No lo sé —respondió Mac dubitativo—. Lo digo para que... no te sientas mal, por si...

—¿Tengo aspecto de estar mal? —preguntó Jared, sosteniéndole la mirada.

Mac asintió. Vio en él el orgullo de alguien en momentos bajos y pensó que era mejor no decir nada más.

Esa noche decidieron no escuchar la radio mientras cenaban, como era costumbre, y sí tratar el tema de la información privilegiada que Pip y Laura les habían proporcionado. Jared se quedó otra vez junto a la ventana, mirando al exterior. Lo hacía cada vez que no se sentía parte del grupo o estaba disgustado por alguna cosa.

—Hay algo que no nos habéis contado —dijo Adam—. ¿Cómo terminó todo? Estabais allí, escuchando todo eso, aprendiendo esas cosas sobre Elexia y Alkibiades, y todo lo demás... ¿Cómo salisteis?

—No salimos —dijo Pip—. Nos echaron.

—¿Os echaron? —se extrañó Adam.

—Alguien nos descubrió —dijo Laura—. Como los extraños que éramos. Creo que era uno de sus mariscales. Un vampiro con poder. Un hijo directo de Elexia. Uno de los primeros. Nos descubrió conectados a la matriz, siendo parte de ella, y simplemente nos expulsó.

—Dolió —dijo Pip—. Dolió mucho.

—De repente estábamos en la caravana otra vez. Fue una imagen que duró unos segundos. No podía sostenerme de pie... Lo veía todo blanco; veía el techo de la caravana y pensaba: «Madre mía, madre mía...», y lo siguiente que supe fue que estaba en la habitación, aquí en la casa.

—Un segundo —dijo Adam—. En vuestra línea temporal estabais en la matriz, sorprendidos por la enormidad del lugar. Os disteis la mano, sentisteis miedo, y luego visteis a Elexia y tuvisteis tiempo de admirar su belleza. Tú, Pip, tuviste una erección, o algo parecido.

—Sí —dijo Pip.

—Y luego absorbisteis toda esa información; un montón de datos sobre sus nombres, sus intenciones, la búsqueda de información..., incluso el detalle de que hay cientos de vampiros en el viejo edificio abandonado de Correos de Hillsdale.

—Sí... —confirmó Pip, dubitativo.

—Ajá —asintió Adam—. Pero en nuestra línea temporal, tú dijiste algo como «Espera», te pusiste de pie, los dos empezasteis a gritar y caísteis al suelo inconscientes. Hay una diferencia de tiempo enorme.

Jimmy asintió.

—Debe de ser como en los juegos online de la PlayStation —sugirió.

Adam lo miró, entre curioso y divertido.

—¿La... PlayStation?

—Ajá. En tu línea temporal, aprietas el gatillo en un juego y la bala sale hacia tu enemigo. Es una fracción de un segundo, ¿vale? En la línea temporal dentro de la PlayStation, el programa coge tu acción de disparar, hace un paquete con eso y lo envía al servidor. El paquete viaja por el cable de tu casa hacia la estafeta de tu calle, y de ahí salta a la central de zona, a uno o varios kilómetros. En la central se coge ese paquete y se procesa de nuevo para enviarlo a su destino, y va saltando de nodo en nodo, cruzando miles de kilómetros por todo el país. Si el juego es europeo, llegará a la Costa Este y cruzará el Atlántico por un enorme tubo transoceánico submarino, con millones de otros paquetes, hasta llegar al servidor del juego. Allí, la información de que

la bala ha salido se procesa, y el servidor responde con la consecuencia de la acción: resta una bala de tu inventario y aplica un daño sobre el enemigo. Luego, esa información es devuelta ooooootra vez por el mismo camino hasta tu PlayStation, y en tu pantalla, el enemigo recibe el disparo.

—Jesús —exclamó Jared—. ¿Qué tipo de mierda meten a los niños hoy día?

—Imagina que en vez de una pistola tienes una ametralladora con muchas balas —siguió diciendo Jimmy, excitado—, y que te mueves rápido, girando sobre ti mismo. En un par de segundos has generado un montón de información que cruza el mundo en un sentido y en otro.

—Entiendo —dijo Adam—. Creo que lo has dejado meridianamente claro, muchacho. ¡Buen trabajo! Quieres decir que la velocidad de la red de tipo... neuronal, tal vez, en la mente de los vampiros, es rapidísima, y que por eso Laura y Pip pudieron hacer tantas cosas en un instante.

—Leí un artículo sobre eso, sobre la hipotética velocidad de la mente si se basara en conexiones como las de un —dijo Pip, asintiendo—. Lo que dice Jimmy encaja bastante.

—Vale —exclamó Adam—. Ahora lo entiendo. Son malas noticias, no obstante. Significa que esa mujer, Elexia, puede moverse muy rápido, dirigir a muchos vampiros, dar órdenes, encontrar cosas, muchas cosas, en un instante.

—Sí —asintió Sonia—. Al fin y al cabo, es como si tuviéramos un reloj corriendo en nuestra contra.

—Ah, sí —dijo Adam mientras partía su patata—. Eso me lleva a otra cosa. Dijisteis que Elexia sabía dónde estaba su... el otro vampiro. Perdonad, no recuerdo ahora el nombre...

—Alkibiades —dijo Laura.

—Sí. ¿Lo sabéis vosotros?

—Sí —exclamó Pip—. Era lo que tenía en mente en ese momento, así que sí. No sabemos, por ejemplo, qué hacía cuando tenía cuatro años, o cómo llegó a ser esa criatura que es ahora, si fue transformada o si siempre ha sido así. No sabemos muchas cosas. Pero de ese asunto..., bueno, eran cosas que estaba manejando, concentrada en ello, y nos llegó como si abrieras un documento PDF en el ordenador: recibes la información rápidamente, de un vistazo.

—Bien —dijo Adam—. ¿Y dónde está Alkibiades?

—En Canadá —afirmó Laura—. Está en Canadá. En el Yukón, bajo la nieve.

—Canadá —repitió Adam, sorprendido—. Bueno, nunca hubiera... Habría pensado que estaría sepultado bajo la arena del Antiguo Egipto, o en las costas de la antigua Babilonia, o bajo el mar. Hay... Creo recordar que había un muro antiquísimo sumergido en el mar Muerto, de una antigüedad desquiciante, que nadie sabe a qué civilización pertenece. Ya me entendéis.

—Tío —dijo Jared—. En Canadá hay gente que vive en los tiempos de cuando los chinos inventaron la pólvora, te lo juro. Algunos de los tugurios de allí tienen cuartos de baño verdaderamente ancestrales. Si escarbas bien en el papel higiénico pegado a las meadas del suelo puedes encontrar gente.

Mac y Eddie soltaron una carcajada.

—Por Dios, Jared —dijo Mac—. Nunca te veo venir.

—Es la verdad —respondió Jared con simpleza.

—Bien... Sí, sin duda —dijo Adam—. ¡Bien! Eso... eso facilita las cosas, supongo. Creo que... tenemos un deber aquí. Sabemos cosas que podrían cambiar... —Dudó unos instantes—. Bueno, podrían cambiar el curso de la historia de toda la humanidad. Si Elexia se reúne con Alkibiades, si consigue liberarlo, tendremos un apocalipsis que dejará la tragedia de la segunda guerra mundial a la altura de un incidente con el coche y un rasponazo en la carrocería.

—Sí —dijo Seven—. Eso es lo que he pensado yo también.

—¿Estás diciendo que deberíamos hacer algo? —preguntó Sonia, dejando los cubiertos sobre el plato.

—Sí —asintió Adam—. Algo.

—Quieres... ¿quieres ir a Canadá?

—Diablos, no —replicó Adam—. Nosotros no. ¿Qué podríamos hacer? Además, sospecho que cuando se mueva hasta allí no irá ella sola con una mochila de viaje y una camiseta que diga I LOVE CANADA. Llevará a sus chicos, y los llevará en número suficiente como para provocar un buen caos. Es lo que ha hecho mejor hasta ahora, provocar distracciones, como cuando mandó a los vampiros a Hillsdale para salir de la base sin ser molestada.

—Ciertísimo —dijo Jimmy mientras miraba su vaso. Se estaba arrepintiendo de no haber cogido una Coca-Cola del supermercado. Su madre nunca le dejaba beber Coca-Cola, por mucho que fuera signo y símbolo del Gran Imperio Americano, como lo llamaba su abuela; decía que tenía varios ácidos que descalcificaban los huesos para siempre, además de azúcar suficiente como para hacer desaparecer el amargor del mundo. Pero estaba rica, era cuanto sabía, y le gustaba sentir las burbujas en la garganta como a cualquier chico de su edad.

—Pero podemos avisar a alguien —dijo Adam—. Transmitir esta información. Por ejemplo, ¿sabemos también dónde está Elexia?

Laura y Pip se miraron.

—No. Eso no. No... no nos llegó esa información.

—Tampoco importa —respondió Adam—. Con lo de Alkibiades es suficiente.

—Pero el país está desestabilizado, política y militarmente. Elexia tiene el control de casi todo —dijo Pip—. Los principales dirigentes han sido subyugados. Son los que dan las órdenes a quienes dan las órdenes. ¿Con quién hablaremos? ¿Con un... sargento de policía en... Florida, tal vez?, ¿uno que piense que somos unos majaderos y que nos mire con una ceja levantada? ¿Con un alto mando de, no sé, la oficina del FBI, uno que se conecte a la colmena y nos meta en un calabozo donde recibiremos una visita nocturna?

—¡Coño! —exclamó Sonia.

—En eso hay una dificultad —afirmó Adam—. Y muy cierta, y muy peligrosa, también. Pero creo que debemos intentar algo, de todas maneras. Eso creo.

—Os he escuchado con mucho interés —intervino Anne de repente—. Pero creo que hay algo que no habéis considerado, o al menos nadie lo ha mencionado hasta ahora.

Todos la miraron expectantes.

—La Ley del Espejo —dijo Anne.

—La Ley del Espejo —susurró Adam intrigado.

—Sí. Lo aprendes de pequeña. Si miras a alguien por un espejo, ese alguien puede verte a ti, ¿cierto?

—Sí... —dijo Sonia—. Pero...

Adam abrió mucho los ojos.

—Oh. Oh. Creo que sé por dónde vas... —susurró.

Anne asintió con lentitud.

—Nuestros jóvenes amigos vieron a ese vampiro increíble, o al menos vieron mucho de lo que trama. Pero me pregunto: ¿funciona también al revés? ¿Pudieron los vampiros verlos a ellos? ¿Saber... lo que traman, lo que tramamos? Lo del matadero y todo eso. O quiénes somos. O dónde estamos.

Se produjo un silencio en el salón.

—Joder —exclamó Jared, dirigiendo una mirada al exterior de la casa—. ¡Pero qué coño...!

—Diría que eso es posible —exclamó Jimmy—. Como cuando aquel Vampiro Maestro, el que nos habló desde la puerta, llegó a la casa tan rápido.

—Vale —dijo Adam mirando al exterior—. Vale. Entonces... ¿qué... qué hacemos? Tenemos como media hora de luz. Puede que un poco más.

Sonia miró el reloj.

—Treinta o treinta y cinco minutos.

—Dios mío —gimió Beatriz—. ¿Van a venir a por nosotros?

—No lo sabemos —dijo Adam—. Pero conviene curarse en salud. Si han accedido a la mente de Laura o de Pip podrían saber hasta nuestros nombres, dónde estamos y la marca favorita de whisky de Jared.

—Mi marca favorita es cualquiera que venga en botella —soltó Jared mientras espiaba el exterior.

—Bueno —dijo Mac—. El matadero tiene guardianes. Ellos pueden moverse a plena luz del día, y aquí no ha venido nadie.

—Ese es un buen punto —exclamó Adam—. Muy bueno. Quizá... quizá no seamos tan importantes como para enviarnos a sus chicos, o quizá...

—Quizá los guardianes sean piezas menores en su ajedrez —apuntó Jimmy—. Tal vez esperan para enviarnos a la caballería. Si envían a un maestro cuando caiga la noche, podría hipnotizarnos a todos. Algunos de vosotros seríais buenos guardianes. Otros... nos convertiríamos en vacas.

Beatriz se estremeció.

—Seguimos perdiendo el tiempo —dijo Anne—. ¿Deberíamos movernos, o nos preparamos para pasar la noche aquí?

—Vaya —respondió Adam—. No lo sé. No sé qué es mejor.

—De todas formas íbamos a movernos, ¿no? —apuntó Sonia—. Es lo que proponías.

—Sí, pero no con una salida precipitada justo cuando cae la noche.

—Uno de nosotros podría subir al tejado —sugirió Mac—. Hace un frío del carajo, pero tendría una visión muy amplia de todo lo que se mueve alrededor. Si se acerca alguien podría avisar al resto.

—Bien —dijo Adam, dubitativo—. Bien...

—Podríamos meternos en la caravana —sugirió Eddie—. Conducir hasta el bosque, o hasta algún lugar apartado. ¿Te acuerdas de ese sitio al que nos llevaba papá, mamá? A cualquiera que no fuera de aquí le costaría encontrarlo, alejado de todos los caminos.

—Se echaba unas buenas siestas —recordó la madre con una sonrisa.

—Ese no me parece un mal plan —reconoció Adam—. ¿Qué posibilidades hay de que un vampiro pase por un lugar tan apartado? Buscarán por las casas, por Pinewood, por... por mi casa, ya que estaba en los recuerdos de Laura y Pip. Pero no allí. Ese lugar no estaba en las mentes de Laura o de Pip.

—¿De acuerdo, entonces? —preguntó Sonia, mirándolos a todos.

Empezaron a asentir mientras se dirigían miradas preocupadas. Fue Mac el primero que se levantó, arrastrando la silla hacia atrás con brusquedad.

—Coged vuestras cosas. Los rifles, sobre todo. ¡En la caravana en cinco minutos!

—Oh, joder —exclamó Jared—. Ahí vamos otra vez.

Jimmy cogió el resto de su patata y se la echó al bolsillo mientras se levantaba de la silla.

## 5

La casa aún era visible en la distancia, un pequeño punto en un horizonte ennegrecido bajo las estrellas fulgurantes, cuando divisaron el resplandor. Seven conducía esta vez, y lo hacía con los faros apagados y circulando despacio para evitar hacer ruido. Pero se giró y casi detuvo el vehículo cuando miró hacia la casa Gallagher.

—Pero qué... —susurró Mac.

Era fuego. Había fuego sobre la casa y junto a la casa, con las llamas visibles como pequeños puntos ardientes.

—¡La casa! —bramó Eddie—. Está ardiendo.

—La casa no arde —masculló Anne—. La están quemando.

—Madre de Dios —dijo Mac—. ¡Están quemando nuestra casa!

Pensó en los recuerdos, sobre todo en los de su padre, pero también en los de sus hermanos Michael y Dallas. Pensó en las cosas que habían fabricado y construido con el paso de los años; en los tapetes bordados que eran herencia de la abuela Gallagher; en las fotos, cuidadosamente plastificadas en sus álbumes; en las tumbas del jardín donde estaban sepultados los cuerpos aún calientes de sus hermanos y Eleonor, y sintió una cólera espeluznante abriéndose paso por su interior.

—Lo... lo siento —murmuró Laura, con lágrimas despuntando en sus ojos vivos—. Lo siento mucho.

Mac se volvió hacia su madre. Tenía el semblante serio, con el rifle entre las manos.

—Mamá... —dijo, con los dientes apretados—. ¿Quieres que demos la vuelta? Podemos... podemos luchar con ellos. Podemos...

—No —respondió la madre—. Una casa no es nada sin la gente que la habita. Nuestro hogar viaja con nosotros, con paredes o sin ellas, y no me arriesgaré a perder eso. Ni por un millón de fotos, o la ropa de tu padre.

—Mamá... —susurró Mac, y se abrazó a ella.



Anne no se movió. Seguía mirando el fuego, que crecía en intensidad a medida que se alejaban, alcanzando el segundo piso y el tejado.

—Joder —exclamó Jared—. Esto es una mierda.

—Lo siento mucho —musitó Adam.

—Anne —dijo Douglas—. Yo... no sé qué decir. Nuestra casa es vuestra, lo juro. Podemos... Podemos...

Iba a decir que podían vivir en su casa, todos juntos. Al fin y al cabo era una casa grande, como casi todas las de la zona, y les sobraban habitaciones. Pero mientras intentaba componer esas palabras, se dio cuenta de que tampoco volverían a ver su casa, al menos mientras hubiera vampiros en América. La zona entera estaba comprometida. Habían jugado sus cartas, y habían perdido. Noche tras noche, los vampiros buscarían en todas las casas de alrededor, sistemática e insistentemente, y hasta podrían decidir quemarlas, una a una, hasta asegurarse de que no había ni un rincón, granero o almacén donde pudieran retomar sus vidas. No había sitio allí para ellos. Ningún hogar. Nada. Y se calló. Cerró los ojos y se calló.

Jimmy miraba a través de los cristales de la caravana.

—No parece cosa de vampiros —susurró—. Pero lo han hecho justo al caer la noche, así que debe de ser cosa de ellos.

—¿Guardianes tal vez, Jimmy? —preguntó Sonia.

—Vampiros —replicó el muchacho, afligido—. Han sido los vampiros. Pero creo que han quemado la casa por venganza por lo que le hicimos a aquel mariscal, cuando la incendiábamos con él dentro. Creo que lo saben todo. Saben quiénes somos, y van a buscarnos. A partir de ahora van a buscarnos mucho.

Beatriz se entregó a un sollozo descontrolado.

## 6

*Diario de Jimmy. 21 de diciembre*

*Perdimos todos los ingredientes para el gas pimienta con el incendio; Adam no salvó nada. No hubiéramos podido ni cargando las cosas entre todos. Trajimos un buen montón de contenedores, frascos, botes y botellas de Pinewood, y no es mucho lo que se puede coger en cinco minutos. Pero supongo que ya no importa. Nadie ha vuelto a mencionar el matadero, y aunque siento mal, creo que... lo entiendo. Primero ponerse a salvo; luego, ayudar a los demás. Lo pone en los panfletos que te dan en los aviones con los avisos de emergencia, ¿no? «No intente ayudar a nadie con el oxígeno hasta que no se haya colocado el suyo.» Tiene sentido. El plan es ahora viajar hacia el oeste, para intentar encontrar a alguien que quiera escuchar la historia de todo lo que hemos aprendido. Adam tiene una especie de fe ciega en que alguien nos escuchará, que todo lo que ha pasado no puede ser casual, que tiene que servir a un propósito místico de alguna clase. Yo estoy con Jared en ese sentido. Dijo que encontraría una camiseta en la que se lea BULLSHIT en cualquier parte y que la llevaría mientras estuviese con nosotros, porque eso es todo lo que se le viene a la cabeza al escucharnos: bullshit <sup>1</sup>.*

*Estamos dejando que pase un tiempo hasta empezar a movernos. La idea fue mía. No hay que menospreciar al enemigo; al fin y al cabo tiene humanos entre sus filas, y los humanos podemos ser bastante retorcidos y pensar las cosas con anticipación. Si yo fuera un guardián, apostaría centinelas en las carreteras que entran y salen de la zona, y no una barrera visible desde lejos, sino una especie de emboscada. Es lo que haría. Está claro que, con la casa quemada, habrán llegado a la conclusión de*

*que querremos salir de la zona e ir a algún otro lugar.*

*Hace un rato ha habido un pequeño debate, bastante encendido. Están todos nerviosos y excitados. Jared decía que deberíamos quemar el matadero. Que nos arrastrásemos en silencio y le prendiéramos fuego, con guardianes y vacas dentro. Dijo que él pondría candados en las puertas para evitar que saliesen y escucharía cómo sus pelotas explotaban desde fuera. Solamente Mac estuvo de acuerdo. No sé si, unos días atrás, solo unos días, Mac habría consentido siquiera considerar esa idea, pero las cosas cambian; van cambiando con los dramas y la tristeza. Sospecho que, si sobrevivimos, cada vez pensaremos más como Jared y menos como nosotros. Es como la guerra, que transforma a la gente. Me da un poco de miedo eso, pero creo que es inevitable.*

*Laura y Pip ya no parecen los mismos. Estaban juntos todo el tiempo y tenían una complicidad alucinante. Ahora apenas se miran. Creo que se echan de menos, pero no pueden encontrar el uno en el otro aquello que tuvieron. Creo que si le ofrecieran a Pip la posibilidad de ser hipnotizado de nuevo, aceptaría sin dudarlo.*

*Y ese, y no los dientes enormes, es el verdadero poder del vampiro.*

## 7

Su eminencia, el cardenal Giuseppe Bertellato, había escuchado con discreción la exposición del general Wein. Había sido muy cuidadoso para no mover ni un músculo de la cara mientras escuchaba, a pesar del enfado y la estupefacción que experimentaba, a pesar de las maneras suaves, elegantes y respetuosas del general. Lo habían sorprendido ocultando información confidencial y hasta esencial, y eso no le gustaba en absoluto.

Podía, desde luego, mentir. Pero una cosa era ocultar información y otra negar algo que era cierto. Sus deberes para con la Iglesia no podían desavenir los mandamientos de la ley de Dios.

—Gracias, general —exclamó cuando este hubo acabado, sin atreverse a cruzar una sola mirada con él—. Me sorprende usted, debo confesarlo. Conozco el Manuscrito Voynich, por cierto, pero nunca hubiera sospechado que pudiera guardar relación con lo que nos ocupa. —Carraspeó brevemente—. Su existencia no es ningún secreto, e incluso su contenido puede encontrarse en la red en numerosos lugares. Creo que National Geographic hizo un documental de carácter divulgativo con varias especulaciones sobre su contenido que consideraría como parte de la maquinaria de entretenimiento lúdico a la que son tan aficionados en su país.

El general asintió.

—Ahora bien —siguió diciendo—, en cuanto al otro manuscrito... ese sí que es, o era, un secreto bien guardado por esta institución desde que yo recuerde. Me consta que solamente unos altos mandos del aparato militar nazi tuvieron cierto acceso a su contenido en algún momento, por... —agitó una mano en el aire— ciertos acuerdos sin importancia que la Iglesia pudo haber tenido en el pasado con regímenes ya extintos.

Volvió a carraspear.

—Por supuesto, todo eso pertenece al pasado —se apresuró a decir el general.

—Por supuesto —confirmó el cardenal—. Me alegra que piense usted igual. Si pensamos de la misma manera, podremos caminar juntos por el sendero que nos

conducirá a la mejor solución para esta... incidencia. En cuanto a cómo supo de la existencia de ese segundo manuscrito, no me cabe duda de que su país maneja una de las instituciones más capaces del mundo, pero déjeme hacerle una observación: usted no sabía de la existencia del manuscrito antes de nuestra primera reunión, o lo habría mencionado. Y no lo ha sabido por su gente, porque su país está sumido en el caos y su gobierno, si me permite serle franco, directamente no existe. Incluso he dudado de su autoridad para sentarse conmigo y solicitar todos estos favores y esta colaboración.

El general permaneció impasible, sin añadir ningún comentario. El cardenal estaba en lo cierto, sin duda; de hecho, había recibido instrucciones para regresar con prontitud y abandonar la investigación.

—Así que lo ha averiguado aquí, recientemente —siguió diciendo el cardenal—. O bien lo ha discernido usted a partir de otros documentos encontrados, o bien ha recibido cierta ayuda.

—Tal vez, eminencia, podría considerar la posibilidad de una intervención divina en este asunto, una... suerte de inspiración, una luz que me ha hecho avanzar en la dirección correcta.

El cardenal sonrió con indulgencia.

—Muy fino, general. O quizá mejor señor Wein, ¿no cree?

—Como quiera, eminencia.

El cardenal asintió.

—Créame, señor Wein. Deseo tanto como usted poner punto final a este drama y estas atrocidades. La... cruel tortura a la que se ve sometida su gente cada noche, los asesinatos y todo lo demás. Tanto a mí como a Su Santidad nos repele completa y absolutamente, y manifestamos nuestra más sincera repulsa.

—Lo sé, eminencia.

—Sin embargo, ese... manuscrito contiene cierta información que, de hacerse pública, podría generar ciertas susceptibilidades en aquellos sectores de población desviados de los caminos de Nuestro Señor Jesucristo y del Altísimo.

—Por supuesto, no se revelará nada de su contenido, en ningún momento, bajo ningún concepto.

El cardenal asintió.

—Eso esperaba oír, señor Wein. En circunstancias normales habríamos firmado un acuerdo de confidencialidad entre su gobierno y el nuestro, un pacto sagrado; un contrato, si quiere, que nos indemnizaría sobradamente en caso de que se produjera la más mínima brecha en cualquiera de sus puntos.

—Eso llevará tiempo, eminencia —puntualizó el general—. Un tiempo del que no disponemos.

—Oh, sí, señor Wein —exclamó el cardenal—. Porque dígame, ¿quién de su gobierno, que no existe, va a firmar ese acuerdo? ¿Con qué autoridad? Su Senado y su Congreso han sido disueltos, el presidente destituido, y el nuevo presidente... permítame la franqueza, es un hombre de paja del enemigo.

—Eso no...

El cardenal levantó una mano en el aire y la movió descuidadamente.

—No me refute eso, señor Wein —repuso—. Como ha dicho, no tenemos tiempo.

—Sí, eminencia —exclamó el general.

El cardenal pareció ensimismarse por unos instantes. Pensativo, pasaba una mano por su sotana, de un immaculado tono púrpura.

—Dígame —susurró al fin—. ¿Qué partes de ese otro manuscrito cree que son relevantes?

—No lo sé, eminencia —respondió el general con franqueza.

—Entiendo. Lo han informado, pero no mucho.

—Mis fuentes actuaron desde el convencimiento de que esa información traería el bien común, eminencia, pero se mantuvieron firmes en su juramento de no revelar información clasificada que pertenece a la Iglesia.

El cardenal sacudió la cabeza.

—Eso es muy indulgente —exclamó—. Pero me ocuparé de ello en tiempo y forma. Así que no sabe nada de su contenido...

—No, eminencia. Esa es la verdad.

—Bien —exclamó—. Déjeme pensar.

—¿Quiere que vuelva más tarde? —preguntó Wein.

—No. Deme solo unos instantes.

El general asintió, respiró hondo y esperó.

Era un momento delicado. No tenía nada, o casi nada, sobre lo que había esperado encontrar en los archivos secretos. Ni siquiera sabía qué esperaba encontrar... Alguna referencia histórica a una plaga extraña, tal vez, que evidenciara la existencia de vampiros en la antigüedad. Descripciones de demonios que casaran con el problema que estaban manejando, quizá, o algo, cualquier cosa, una pista sutil que los condujera en la dirección correcta. Pero entre el exagerado cúmulo de información que la Iglesia almacenaba en su biblioteca no había encontrado más que olvidados desvaríos de escribas más propensos a plasmar sus elucubraciones mentales aderezadas con opiáceos inusuales que otra cosa, y numerosas ilustraciones medievales con amenazantes demonios provistos de cuernos y largas colas, algunos con ridículos tridentes, que torturaban campesinos en agujeros cuajados de brasas e iracundas llamas. Nada de eso los había ayudado en sus propósitos. El misterioso manuscrito era, quizá, la llave que podría abrirles la primera de las puertas. Podría, o podría no ser, pero era lo único que tenía al alcance y tenía que luchar por ello. Si resultaba que el manuscrito contenía algo relevante, pensó que aquel era probablemente el momento más delicado al que se había enfrentado la humanidad. El acuerdo más importante. La decisión que les abriría las puertas del cielo o los haría descender al más profundo de los abismos.

Y todo ante él, personificado en la persona de un cardenal que consideraba sus opciones y se inclinaba a un lado u otro de la balanza.

Si existía un Dios, pensó, ese era el momento de que actuase.

—Está bien —dijo el cardenal, como si sus ruegos mentales hubieran sido escuchados—. Usted gana, señor Wein. Consideremos esto una prueba de Dios. Le dejaré acceder al manuscrito, pero no podrá hacer copias de él, ni tomar fotografías, y nuestra gente estará presente durante todo el proceso.

Wein asintió.

—Eminencia, se lo agradezco infinitamente. Desde luego no está en nuestro ánimo socavar las estructuras de la fe haciendo público el contenido de ese

documento, ni siquiera en parte. Todo lo que obtengamos será información que nos pueda conducir a encontrar una solución a este problema. Lo demás no nos incumbe.

El cardenal asintió.

Esa vez, cuando ambos se incorporaron para despedirse, el cardenal extendió el brazo y el general cumplió con el besamanos.

## 8

—Le confirmo, tres doce, navío con dirección suroeste desde quince nueve, veintisiete grados, seis cuarenta de eslora, tres de manga, procedente de aguas internacionales, no contesta a la radio.

—Entendido. Procedemos a la intervención.

El capitán de la Guardia Civil española, José Narváez, guardó el aparato en el bolsillo de su chubasquero. La noche estaba tranquila, al menos, con el mar otra vez calmo tras unos días de tempestad, y eso ya era algo. Aun así, debido a la velocidad de la Rodman 55 que comandaba, la quilla se hundía y emergía entre las olas levantando grandes explosiones de agua que caían sobre el plástico de su cobertor con intermitencia.

La última semana había sido de locos. El mundo contenía la respiración, pendiente de lo que ocurría en Estados Unidos: oleadas de violencia, imágenes imposibles de monstruos inconcebibles atacando a la población, un gobierno desestructurado y en fase casi anárquica, y todo lo demás. La primera vez que vio un monstruo en el telediario pensó que se trataba de una broma, o que era el anuncio de una película de superhéroes. Debía de ser una broma. Se quedó mirando la televisión pensando que en cualquier momento dirían algo como: «Han visto el tráiler oficial de la última película del director J. J. Abrams», pero no ocurrió. Era real. Tan descabellado como se quisiera, pero real.

Como resultado de esa situación, los vuelos internacionales se habían cancelado en casi todas partes, incluso los vuelos dentro de Europa, y la responsabilidad de vigilar el país había recaído en las Fuerzas de Acción Marítima, el ejército principalmente, pero también en la Guardia Civil y otros cuerpos menos obvios como el SVAF, el Servicio de Vigilancia Aduanera y Fiscal, cuyos navíos habían sido puestos en circulación para frenar cualquier intento de llegar al país desde el mar. La necesidad de vigilar el perímetro por encima de las doce millas hacía muy difícil volver a casa cada noche.

Era una responsabilidad muy grande, incluso para un país pequeño como España. Con un perímetro litoral de casi cinco mil kilómetros, dos importantes archipiélagos y un amplísimo tráfico comercial y turístico, no había demasiados turnos de descanso. Las patrulleras grandes y pequeñas vigilaban el mar continuamente, y en las costas se miraba mar adentro como en la antigüedad, cuando se construían torres de avistamiento cada pocos kilómetros temiendo una invasión desde el continente africano.

El navío era un yate de recreo; José Narváez podía verlo claramente desde su posición. Podía incluso poner la mano en el fuego a que era un Crownline 210, a juzgar por su forma suave y estilizada. Podía tener toda la potencia que uno quisiera bajo su

costosísimo caparazón, pero nunca sería menos que el equipamiento por defecto, un motor Volvo con potencia suficiente para dejarlos atrás a velocidad de crucero. Eso podría ser un problema.

—Paco —gritó a la cabina—. Avisa a Comandancia, es un doscientos cincuenta por lo menos. Que estén preparados en las seis millas por si nos sobrepasa.

—Entendido, jefe.

El agua cayó sobre él, una intensa lluvia con fuerza suficiente para desgranar un sonido trepidante en el plástico de su chubasquero. Narváez masculló algo. Estaba de agua salada hasta las cejas, y añoraba volver a casa y sentarse en su sofá, con una serie de Netflix en su televisor sobredimensionado que parecía un monolito horizontal en su minúsculo salón.

Y todo por los americanos. Los americanos la cagaban con sus hipotecas y sus mierdas financieras y la economía global se iba a la mierda. Resultado: casi diez años de crisis gravísima en España. Los americanos eran atacados en el corazón de una de sus grandes ciudades por unos terroristas pilotando aviones comerciales robados, y el resultado era una caída en picado en la afluencia de turismo internacional. Y allí, en el sur, no se vivía de otra cosa que del turismo. El peor año de la historia: bares, terrazas y hoteles vacíos, ¿y todo por culpa de quién? De los americanos. Ahora tenían una pandemia de padre y muy señor mío entre manos, y el mundo se paralizaba por completo. Las noticias hablaban de repercusiones terribles. Hablaban de deuda, de la Reserva del Banco Federal, del FDIC... y él tenía que mantenerse en un buque del tamaño de un autobús cenando sopa caliente y poniendo a secar los calzoncillos cada noche.

—¿Qué dice la ficha, Paco? —preguntó a la cabina.

—Un Crownline de 2004, jefe. Samantha . Propietario: Lee... Lee Roberts. Procedencia americana. Último embarque conocido: su residencia personal.

—Tócate los huevos —murmuró, cogiendo el megáfono del poste que tenía al lado. Otro americano que quería escapar del problema de su país. Era el... ¿octavo, tal vez, en los últimos dos días? Y eso solo los que había pescado él; muchos compañeros por toda la frontera marítima habían interceptado otras embarcaciones, más o menos grandes, con gente que pretendía llegar a España, y le constaba que lo mismo estaba ocurriendo en otras partes del mundo, desde Lisboa a Australia o Cuba.

Narváez esperó hasta que el Crownline estuvo más cerca. Apenas cabeceaba, así que había parado los motores. Eso parecía bueno, pero casi hubiera preferido que se diera a la fuga. Todo lo que tendría que hacer entonces era seguirlo y marcar su posición, cosa que Paco haría de todas maneras, y no tendría que mover un dedo. Al final, llegaría a la marca de las seis millas, y allí los chicos con ametralladoras y los helicópteros de vigilancia costera se encargarían. Sí, habría sido mejor.

Narváez carraspeó.

—Aquí Guardia Civil del Mar —dijo por megafonía— dirigiéndose al Crownline Samantha . Están entrando en aguas del Estado español que se encuentran cerradas al tráfico. Por favor, deténganse y prepárense para ser abordados para inspección. Estamos autorizados para usar fuego letal si no siguen al pie de la letra las instrucciones.

El Rodman 55 aminoró gradualmente la marcha mientras viraba. El procedimiento

era hacer una inspección superficial del barco antes de efectuar el ataque, pero el Crownline era justo lo que parecía: un navío de recreo con hamacas dispuestas en cubierta, sin armas montadas en su superficie ni tripulantes armados. En uno de los laterales descubrió una serie de perforaciones en línea describiendo una suave ondulación. Narváez las había visto otras veces: eran agujeros de bala de gran calibre.

—Joder —exclamó.

En el buque solo estaban Paco y él. Por lo general deberían haber sido entre cuatro y seis miembros en activo, todos perfectamente equipados con armas reglamentarias, pero se habían desplegado tantos buques y las jornadas de trabajo eran tan largas que a veces tenían que fletar un barco con el mínimo imprescindible para poder operar.

Un hombre apareció en cubierta. Un hombre de cierta edad, en torno a los cincuenta, con el pelo tocado por algunas canas que parecían haber sido seleccionadas para ser salvadas de un tinte selectivo, cuidadosamente planeado para producir un efecto estético. Su rostro bronceado revelaba una dentadura casi brillante. Narváez conocía el estereotipo de persona: un rico dándose la buena vida en su yate, probablemente con un pibón o dos a bordo.

—¡Hola! —saludó el hombre desde la distancia, en inglés—. ¿Hablan inglés?

—Sí —contestó Narváez—. ¿Cuántas personas a bordo?

—¡Solo mi hija y yo! —dijo el hombre—. Mi hija está herida. Necesita ayuda.

—Vamos a subir a bordo —dijo Narváez—. Eche una escala.

—¡Se sube por la parte de atrás! —exclamó el hombre, señalando con la mano.

Narváez saludó levantando una mano y llevándosela a la sien, al estilo oficial, y Paco dirigió la embarcación hacia la parte trasera del Crownline. En apenas un par de minutos, Narváez había subido al yate y se encontraba cara a cara con el hombre.

—¿Viene usted de Estados Unidos?

—¡Sí, sí! —exclamó el hombre—. Americano.

—Tiene que dar la vuelta, señor. Las aguas del Estado español están cerradas.

—Pero mi hija necesita ayuda urgente. Yo sé dónde llevarla.

Narváez negó con la cabeza. Buscó las palabras adecuadas antes de continuar; su inglés era bueno pero hacía demasiado que no lo practicaba.

—Si su hija necesita ayuda puede acompañarme hasta las seis millas —dijo—. Un buque sanitario o un helicóptero desplazarán ayuda hasta ustedes, pero después tienen que regresar por donde han venido, ¿de acuerdo? De vuelta a América.

—¡No, yo voy a España! —insistió el hombre—. He avisado ya, tengo doctores allí. Ellos ayudarán a mi hija.

—No, señor —replicó Narváez con paciencia—. No puede llegar a tierra, ¿me entiende? Está cerrado. No se puede pasar.

—Mi hija...

—Es imposible, señor —lo cortó Narváez—. ¿Tiene algo que declarar? ¿Hay otros pasajeros? ¿Armas? ¿Estupefacientes? ¿Mercancía biológica peligrosa?

—Escuche —insistió el hombre—, solo mi hija y yo. Usted me deja pasar y yo llevo a mi hija a doctores que están esperando ya. Usted... no lo entiende. Hay mucha prisa.

—Caballero —dijo Narváez apretando los dientes—. Eso no es posible, ya se lo

he notificado y no vamos a hablar más de eso porque es imposible.

El hombre asintió con desgana.

—¿Me permite que le muestre? —preguntó, señalando una bolsa de viaje negra que tenía a los pies—. Quiero enseñarle algo.

—¿Lleva algo ahí? —preguntó Narváez.

—Sí. Deje... deje que le enseñe, por favor...

Se agachó sobre la bolsa. Un colgante con un diente de tiburón asomó por su camisa y se quedó colgando, prendido de un collar de cuerda negra. Narváez pensó en Haití, o en las playas de Malibú, o en Miami. Debía de haberlo comprado en una de esas vacaciones que los tipos como aquel se regalaban cada poco tiempo.

Abrió la bolsa y un montón de fajos de billetes quedaron a la vista.

—¿Qué es eso? —preguntó Narváez—. ¿Dinero? ¿Lleva dinero? ¿Cuánto dinero lleva ahí?

Narváez miró los billetes. Eran billetes de cien dólares, cuidadosamente prensados en fajos gruesos. Debía de haber... diez mil dólares en cada fajo, tal vez más, y dado el tamaño de la bolsa, la cantidad era suficiente para hacer que la cabeza le diera vueltas.

—Dinero —dijo el hombre—. Dos millones y medio de dólares. Dinero sin marcar, buen dinero. Tengo otra maleta abajo, igual que esta. Una para usted y otra para su compañero. Cinco millones de dólares en total, ¿comprende?

Narváez lo miró estupefacto.

—¿Qué dice? —preguntó.

—Usted nos deja pasar y yo les doy este dinero a ustedes —exclamó el hombre, hablando ahora más rápido—. Solo mi hija y yo. ¡Eh, no somos delincuentes! No somos malas personas. Yo soy empresario... Estoy limpio, ¿vale? Solo quiero... quiero ayuda para mi hija. ¿Tiene hijos? Seguro que me comprende.

—Oiga..., no, no, qué va. Esto no... Puede meterse en un buen lío si continúa con esta actitud, ¿de acuerdo?

—Cinco millones de dólares. En euros, al cambio, sale bastante bien. Podrán tener buena vida, ¿eh? No más agua salada para ustedes. Yo se lo doy y me olvido, ciao ciao, nunca más, nadie pregunta, nadie dice nada.

—Caballero, por favor...

—¿Quiere más? ¿Es eso? Puedo darles más. Les daré más dinero. ¿Quiere el yate? Cuando llegemos a tierra se lo entrego. ¿Cuánto quiere?

Narváez bajó la vista hacia la bolsa. Era como en las puñeteras películas: fajos gordos con una cinta cruzándolos verticalmente, en una cantidad que deslumbraba. Con solo un par de esos billetes de cien podría tirar casi medio mes, comprando comida en algún Mercadona de mierda y dedicándose a llevar una vida tranquila. Ni siquiera aspiraba a grandes lujos: viajes, coches caros, hoteles..., todo eso se le escapaba, era innecesario. Le bastaba con no tener que trabajar nunca más. Compras pequeñas en comercios pequeños, indetectables para Hacienda y sus compañeros de la Guardia Civil. Buen dinero debajo del colchón.

Volvió la cabeza y vio a Paco, metido en la cabina, con cara de fastidio. Paco tenía tres hijos y una ex a la que pasarle unos pagos mensuales, además de pagar el cincuenta por ciento de la hipoteca de la casa donde vivía ella. Prácticamente minaba



sus ingresos, y se veía obligado a compartir piso con un compañero del cuerpo que, a veces, lo hacía salir los viernes por la noche porque quería echar un polvo con alguna dama. Mientras tanto, ella compartía la casa que él pagaba con un hombre, con quien no formalizaba legalmente la relación para no dejar de percibir los ingresos. Era... era muy injusto.

Pensó que ese dinero representaba justicia para Paco.

Dos millones y medio de dólares.

Miró al hombre.

—¿Está de broma? —preguntó—. ¿Qué le pasa a su hija?

—Está... está herida —dijo sacudiendo la cabeza—. Necesita ayuda médica urgente. En Estados Unidos no funciona nada, ¿sabe? Solo quiero que ella viva. Arreglaré su vida, y arreglaré la de ella y también la mía, porque si la pierdo... si pierdo a mi hija, le juro que...

Se interrumpió, incapaz de continuar.

—¿Puedo verla? —preguntó Narváez.

El hombre lo miró con una expresión extraña.

—Ella... duerme abajo. Tiene una herida. ¿Comprende? Una herida fea.

—¿Cómo se hirió? —preguntó Narváez, recordando los impactos de bala en la borda del navío.

—Estábamos lejos de la ciudad, en el yate —susurró, mirando al horizonte, como si recordara—. Pensaba que era lo más seguro, ¿sabe? Había... bastante follón en todas partes. Con el barco podías moverte rápido de un punto a otro, y no era el único, había otros barcos. Una noche nos descuidamos. Alguien trepó por la parte de atrás y accedió al barco. Mató a mis hombres, Paolo y Sean. Dos buenos hombres. Encontró a mi hija abajo y la atacó. Pude evitarlo, antes de que la matara; cogí la pata de una silla y se la... se la clavé en la nuca. Hasta el puto jodido fondo.

—Oiga... —dijo Narváez, inquieto—. Era... ¿era uno de esos monstruos?

—¿Qué? No, no. Era un... asesino. Un hombre que quería robarnos el barco. La gente se ha vuelto rara desde que todo está en caos. Pero mi hija tenía una herida, y no he sabido... no he sabido curársela. Solo necesita algunos cuidados y se pondrá bien.

—Joder —exclamó Narváez.

Pensó durante unos momentos. La bolsa negra estaba allí, enorme y pesada, con los fajos asomando. Ya no pensaba en si aceptaría el trato; esa decisión se había escabullido por su conciencia y había superado todos los filtros de lo que resultaba honesto, o ético. Pensaba en cómo podría llevarse a cabo.

—Deme un momento —dijo, y regresó a su barco.

Cuando le contó la situación a Paco, este lo miró con los ojos muy abiertos, como si estuviese considerando la posibilidad de que fuera una prueba de alguna clase, una suerte de test de honor de parte de un superior. Pero los días eran largos y difíciles, y la situación no parecía propiciar juegos como ese.

—¿Es en serio? ¿Lo dices en serio, Pepe?

—Es en serio —le aseguró Narváez—. Joder, Paco. Dos millones y medio para cada uno. ¿Sabes cuántos sueldos son eso?

—Ni en varias vidas —susurró Paco—. Me cago en la puta. Dos millones... y

medio... de dólares. ¿Cuánto es en euros?

—Yo qué sé. Un poco menos. Dos millones doscientos, tal vez. Sigue siendo una pasta.

—Joder.

Se miraron, incapaces de decir nada por unos momentos.

—¿Puede hacerse? —preguntó Narváez—. Los radares, el GPS, la marca de las seis millas...

Paco pensó por unos momentos.

—Podría hacerse —exclamó ceñudo—. Podríamos romper nuestro sistema de navegación, no sé, coserlo a balazos, así no podrían detectar nuestra posición por GPS. También la radio, claro. Podríamos volver luego por la marca segura de la cuarenta y seis, hasta la base en Cádiz. Nadie nos parará ni hará preguntas. Allí dejamos al padre y a su hija. Tengo un hermano allí. Puedo llamarlo y que se lleve la pasta; luego la recuperamos. Después regresamos a las seis millas, o informamos en tierra de que el yate estaba lleno de atacantes armados y que nos obligaron a llevarlos a la costa a punta de pistola.

Narváez asintió.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil?

—Así de fácil —exclamó Paco.

—¿Tu hermano es de fiar, Paco?

—Joder, capitán. Es mi hermano.

—Si nos pillan... sabes lo que nos jugamos, Paco.

—Sí, coño. Lo sé, joder.

—Pero podría funcionar.

—Puede funcionar —respondió Paco con una sonrisa radiante.

Narváez asintió. De repente sentía una excitación interior como no la recordaba desde hacía años.

Dos millones y medio de dólares.

Soltó un alarido triunfal y se abrazaron entre carcajadas.

## MIENTRAS TANTO

### 1

Se llamaba Landon, pero casi todo el mundo lo llamaba Pebbles porque siempre andaba con guijarros en los bolsillos. Era muy pequeño, incluso para tener once años, y muy delgado, extremadamente delgado. Comía mucho y bien, y de hecho tenía un hambre de caballo, pero no cogía peso porque su madre decía que tenía un metabolismo acelerado. «Que Dios te bendiga, Landon», le decía ella, porque aparentemente podría comer lo que quisiera cuando fuera mayor, y eso parecía ser importante. Pebbles llevaba guijarros en los bolsillos porque decía que lo ayudaban a mantenerse sobre el suelo cuando soplaban el viento.

—Solo pesan unos pocos gramos, imbécil —le decía su hermano Jackson. Jackson era solo un par de años mayor, pero se comportaba con él como si tuviera, al menos, dieciséis. Y le molestaba que su hermano se comportara como un estúpido, a veces. Pebbles aún disfrutaba jugando con muñecos y puzles, dibujando largas horas en la mesa del comedor, o corriendo por el jardín con un palo en la mano, enfrentándose a hordas de enemigos invisibles. Landon había dejado atrás esa época: le interesaban los libros de química, el programa «Cómo funcionan las cosas» y la carpintería, aunque no le dejaban aún usar la mayoría de las herramientas. Cuando veía a Pebbles dando saltos en el jardín como si fuera un chiflado, sacudía la cabeza con cierta desesperación.

Por entonces ya no salía al jardín, claro. Ya no salía nunca. Estaban pasando cosas, cosas terribles, y ni siquiera papá iba a trabajar. Jackson no recordaba cuándo fue la última vez que su padre había faltado al trabajo. Incluso cuando pillaba un catarro se tomaba un polvo asqueroso diluido en agua y ¡zas!, conducía al trabajo con una enorme bufanda alrededor del cuello. Pero en la televisión hablaban de vampiros, de una guerra por todo el país y de cosas políticas y de economía que a Jackson se le escapaban un poco, y a Pebbles, directamente, le sonaban a chino.

Mamá y papá iban por la casa como zombis. A veces, mamá miraba la despensa y se echaba a llorar, y papá la abrazaba y le decía que todo se arreglaría pronto, y esa noche cenaban un par de zanahorias hervidas. Cuando Pebbles hacía un amago de protesta porque quería comer más, Jackson le daba un codazo por debajo de la mesa.

—¡Ay! —protestaba Pebbles.

—¿Ocurre algo, cariño? —preguntaba papá.

—Nada... —decía él, mustio—. Me he mordido la lengua.

Entonces su madre soltaba el tenedor en el plato, como si acabara de darse cuenta de algo, y miraba a papá con esa mirada extraña, entre asustada y perdida.

—¿Y si los niños se ponen enfermos? —le preguntaba a papá, como si acabara de ver cómo se abría la puerta del infierno—. ¿Y si se ponen enfermos, Jack?

Papá le cogía la mano y susurraba: «Ssssh».

—No te preocupes por cosas que podrían no ocurrir —decía.

Pero a partir de ahí hablaban poco o nada, y mamá nunca se terminaba la cena, sin importar lo insuficiente que fuese.

La mañana del 21 de diciembre, papá estaba recomponiendo la decoración

navideña del salón y mamá miraba por la ventana. A Jackson no le gustaba que papá hiciera eso, porque nunca había tocado siquiera una sola guirnalda, ninguna figura de Papá Noel o ristra de luces. Papá solo trabajaba, y mamá hacía el resto. Que papá estuviera distribuyendo velas rojas por las estanterías de obra del salón era una de esas cosas que estaban yendo mal esos días, y Jackson estaba harto de que las cosas fueran mal.

—¿Te gusta así, nena? —preguntaba papá—. ¿Eh? Queda bonito, ¿no?  
Mamá no respondía.

—Va a ser una Navidad estupenda —decía papá, como si se hubiese recluso en alguna fortaleza interior, inexpugnable a las circunstancias, a los vampiros, a la guerra que tenía el país paralizado.

Y Jackson odiaba eso.

Esa mañana miraba a través de la ventana de su cuarto con unos prismáticos.

—Pebbles —dijo de repente—. Ven aquí un momento.

Pebbles levantó la mirada. Sabía cuándo su hermano se ponía serio, serio de verdad, y cuándo era mejor hacerle caso.

Dejó sus caballeros negros y su mago en la alfombra y se acercó.

—¿Qué pasa? —preguntó con languidez.

—Mira la casa del vecino —dijo en voz baja—. Y dime si ves algo raro.

Pebbles se puso de puntillas para mirar por la ventana. El día era feo y gris, sin un poco de sol siquiera que iluminase la calle. Cuando hacía sol, este se filtraba entre las copas de los árboles e iluminaba, a trozos, el asfalto. Las sombras y las luces se movían, a veces, y hacían que la carretera pareciera algo vivo. Vivo y bonito.

—¿Algo raro? —preguntó Pebbles—. ¿Cómo qué?

—¡Algo raro, imbécil! —exclamó Jackson—. ¡Algo diferente!

Pebbles miró y miró, esforzándose por encontrar algo, cualquier cosa, que satisficiera a su hermano.

—No... No lo sé. No veo nada... raro.

—Las ventanas —dijo Jackson impaciente—. ¡Mira las ventanas!

Pebbles miró. Había ventanas en el primer y segundo piso, pero no podía ver nada a través de ellas porque estaban cerradas con persianas.

—No se ve nada —dijo—. Están cerradas, Jacko.

—Eso es, imbécil. Eso es lo que es raro. ¡Están cerradas! ¿Cuándo has visto esas ventanas cerradas?

Pebbles pensó. No recordaba haberlas visto cerradas, ni tampoco abiertas. Ni siquiera recordaba haberse fijado en las ventanas del vecino.

—¡Vale! —dijo Pebbles con entusiasmo, y regresó a la alfombra a reanudar su juego.

—Eres tonto —dijo Jackson—. ¡Hay más cosas raras! ¡Cosas importantes!

—¿Qué? —protestó su hermano—. ¿Qué cosas raras? ¡Déjame, estoy jugando, Jacko!

—¡Ven aquí y mira con los prismáticos! —exclamó—. ¡Ven, te digo!

Pebbles puso los ojos en blanco. Cuando su hermano se ponía así, era mejor hacerle caso. Era la única manera de volver al juego sin que estuviera revoloteando a su alrededor, imbécil esto, imbécil lo otro.

Se incorporó otra vez y cogió los prismáticos que su hermano le pasaba. De repente, los miró con atención y abrió mucho los ojos.

—¡Son los prismáticos de papá! —exclamó asustado—. ¡Si papá te pilla con esto se va a enfadar contigo!

—¡Cállate y mira! —le ordenó Jackson, obligándolo a pegar los ojos al aparato—. Allí, ventana de abajo, la primera por la izquier... por la derecha.

—Por la...

Jackson corrigió el movimiento de sus manos para ayudarlo a enfocar en la dirección correcta.

—¿Ves la ventana? —preguntó Jackson, otra vez en voz baja—. ¿Ves la... mancha?

—La mancha... —susurró Pebbles, súbitamente interesado.

—Justo debajo de la persiana. Hay una mancha.

Pebbles miró. De repente la vio: dos surcos oscuros, como cuando uno se mancha los dedos de barro y los restriega por una pared blanca.

—¡Veo una mancha! —dijo Pebbles entusiasmado.

Jackson asintió.

—Es sangre —dijo solemne.

—¿Sangre? ¿Cómo que... sangre?

—Es sangre, idiota —susurró su hermano, dirigiendo una mirada a la puerta para asegurarse de que estaba cerrada—. Es sangre, ya te lo digo yo.

—Sangre... —susurró Pebbles impresionado.

—Ventanas cerradas. Los vecinos nunca han cerrado esas ventanas, ni siquiera cuando hay tormenta, o cuando se van de fin de semana. Y hay sangre en la persiana. La persona que cerró esa persiana tenía sangre en los dedos.

—¡Sangre en los dedos! —exclamó Pebbles.

Jackson se llevó una mano al mentón, pensativo.

—¿Sabes lo que significa, no? —preguntó, otra vez susurrando.

—Sangre en los dedos —repitió Pebbles.

—Idiota. Significa... que en esa casa hay un vampiro.

Pebbles se estremeció. Dejó de mirar por los prismáticos y dirigió una mirada de miedo a la casa.

—¡Quieres asustarme! —dijo entonces—. ¡Se lo diré a papá!

Jackson le tapó la boca con la mano.

—¡Escucha, tonto! No puedes decírselo a papá.

Pebbles sacudió la cabeza para liberarse de su hermano.

—¡Claro que puedo! —exclamó.

—¡No, no puedes!

—¡Sí que puedo!

—Oye, imbécil —exclamó Jackson—. ¿No has visto... lo triste que está mamá?

Pebbles se quedó congelado. De repente, bajó la cabeza, afligido.

—Sí... —susurró.

—Y papá no va a trabajar. Y están... están raros.

—Sí.

—Es por los vampiros, atontado, por lo que está pasando con los vampiros.

—¡Ya lo sé! —exclamó Pebbles—. Pero... no me gusta hablar de... vampiros.

—Ya sé que no te gusta, pero... ¡hola!, resulta que tenemos uno al lado de casa, llorica. Imagina que se lo dices a papá. Vas y le dices que tenemos un vampiro justo aquí mismo, y mamá se entera de inmediato, claro. ¿Qué crees que pasará?

Pebbles no dijo nada. Seguía mirando el suelo.

—Exacto —dijo Jackson—. Ya lo sabes. Mamá se pondrá supermal, peor que cuando se murió la tía y ella estuvo todo el verano en la cama y papá hacía aquellas cenas tan malas.

—Cállate —susurró Pebbles.

—Escucha. Esto lo arreglaremos nosotros, sin que mamá y papá se enteren.

—¿Nosotros? —preguntó Pebbles.

—Sí. Nosotros. Sé lo que hay que hacer. He visto cosas de vampiros en casa de Michael.

—¿Cuándo has visto cosas de vampiros en casa de Michael?

—¡Que te calles y bajes la voz! —exclamó Jackson—. Eso no importa, idiota. Lo que importa es que sé lo que hay que hacer. Mira... te enseñaré algo.

Pebbles asintió, algo asustado. Jackson se fue hasta el armario y bajó una caja de cartón del altillo. Le costó un poco porque estaba debajo de otra, un poco más grande; la caja estaba algo aplastada, pero aguantaba.

—¿Qué hay en esa caja? —preguntó Pebbles, intrigado. No recordaba haberla visto nunca.

—Cállate —dijo Jackson—. Siempre te fijas en cosas tribales .

—¿Qué son... cosas tribales ?

—Cosas que no tienen importancia —dijo Jackson mientras ponía la caja en el suelo y la abría, sin olvidar echar otro vistazo a la puerta.

—¡Oh! —dijo Pebbles.

Jackson extrajo, primero, varios atillos de cuerda. De ellos colgaban cruces de madera.

—¿Qué es eso? —preguntó Pebbles.

—Crucifijos —susurró Jackson—. He hecho cuatro, en el taller, uno para cada uno. Papá no se ha dado cuenta.

—¿Los has hecho tú?

—Sí. Los vampiros odian los crucifijos. Se... se retuercen y se ponen negros y feos cuando tienen uno delante.

—¿Cuándo los has hecho, Jacko?

—¿Y eso qué importa? Eso es trivial, idiota. Los guardaba por si... por si hacían falta. Y ahora hacen falta. Uno para ti, uno para mí.

Pebbles aceptó el collar de cuerda con el crucifijo colgando de un extremo. Luego, su hermano extrajo un bote. Retiró la tapa y un olor fuerte escapó de su interior.

—¡Puaj! —exclamó Pebbles—. ¿Qué demonios es eso?

—Ajo. Ajos machacados. Los he ido sacando de la cocina, antes de que mamá los usara para cocinar.

—¿Por qué has hecho eso?

—Los vampiros odian el ajo también, casi tanto como los crucifijos. Si te pones ajo, no pueden acercarse a ti.

—Oh...

—Nos lo pondremos en el cuello. Ahí es donde muerden. Así no podrán tocarnos, ni ponerse cerca. Y con el crucifijo y esto seremos como el Capitán Oblicuo.

—Como el Capitán Oblicuo —repitió Pebbles fascinado.

—Y esto... —dijo Jackson entonces, sacando una última cosa de la caja.

Pebbles lo miró con los ojos muy abiertos, como si acabara de sacar el Santo Grial de su escondite de miles de años. Era un cilindro de madera terminado en una punta muy afilada, cuidadosamente tallada y limada.

—¿Qué es eso, Jacko?

Jackson sonrió.

—Es una estaca —susurró—. De madera. También la he hecho yo.

—¿Para qué queremos una estaca?

Jackson sacudió la cabeza.

—¿En qué mundo vives, Pebbles? ¡Es para los vampiros! Cuando lo tengamos acorralado, incapaz de moverse por el crucifijo y el ajo, le clavaremos esto en el corazón.

Pebbles abrió mucho los ojos, tan perplejo como estupefacto.

—¿En el corazón?! —graznó.

—¡Cállate! —exclamó Jackson—. ¡De veras, Pebbles, cállate!

—¿Cómo vas a clavarle eso en el corazón a nadie? ¡Estás chiflado!

—Es un vampiro, idiota... no es... ¡no es alguien!

—¡Papá te castigará siete años por lo menos!

—Escucha. Ahí al lado hay un vampiro. ¿Qué crees que hará esta noche, imbécil?

—¿Esta... noche? —balbuceó Pebbles—. ¿Qué... qué hará?

—Ya te lo digo yo. Vendrá a nuestra casa y morderá a mamá y a papá, y luego vendrá aquí y me morderá a mí. Y cuando abras los ojos por el ruido de la sangre, irá a por ti, Pebbles, y te clavará sus colmillos en el cuello mientras te haces pipí encima de puro miedo. Te morirás meado.

—¡Cállate, Jackson! —exclamó Pebbles, tapándose los oídos con las manos.

Jackson le hizo bajar los brazos con un manotazo.

—Pues si no quieres eso, escúchame con atención. Es la hora de ser valiente y hacer cosas.

—¡No!

—¡No hay otra manera, llorica! ¿Qué eres, mi hermano o una rata? Porque no quiero una rata como hermano, si es lo que eres.

—No soy... una rata.

—Pues entonces vas a ponerte el crucifijo como un collar y los ajos en el cuello.

—¡Ni hablar, no lo haré!

Jackson adelantó los brazos y cogió la cabeza de su hermano entre sus manos, sus ojos muy cerca de los de él.

—Vamos a salvar a papá y a mamá, y también vamos a salvarnos nosotros. ¿Quieres eso, Landon? ¿Quieres... que mamá deje de estar triste cuando se entere de que conocemos los trucos para matar vampiros? Va a sentir un gran alivio, cuando se entere. Va a estar supercontenta, y podremos ir a por comida y salir a la calle otra vez,

porque mamá sabrá que estamos protegidos por los crucifijos y los ajos.

Pebbles pestañeó. Parecía que estaba a punto de echarse a llorar, pero luego se sorbió los mocos con una inspiración fuerte y asintió. Si mamá iba a estar contenta otra vez, era capaz de tragarse el miedo. Lo era.

—Está bien —susurró Jackson—. Papá está ocupado en el salón, así que lo haremos ahora.

—¿¡Ahora?! —graznó Pebbles.

—¡Sí, ahora! Ahora es de día y el vampiro duerme. Ni se enterará. Estaremos de vuelta en un periquete.

—Pero...

—Esta noche será tarde, Pebbles. Tiene que ser ahora. Ve poniéndote el ajo. Voy a bajar a por un martillo para la estaca. Así funciona. ¡PUM! Y se la clavamos en el pecho.

La cabeza de Pebbles empezaba a dar vueltas.

—¿Y cómo saldremos sin que papá y mamá nos vean?

—Por la puerta de atrás.

Pebbles asintió.

—¡Ponte las cosas! Vengo en un segundo.

—¡Espera! —dijo Pebbles implorante.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Jackson con fastidio, la excitación iluminando sus ojos vivos.

—Tengo... tengo pipí.

## 2

Jackson y Landon Pebbles Cosby salieron por la puerta de atrás sin ser vistos; papá abrazaba a mamá desde atrás, en el salón, mientras susurraba Noche de paz en su oído, y ella miraba por la ventana con los ojos empañados por las lágrimas.

—Espera —dijo Jackson, entregando un plástico azul a su hermano.

—¿Un chubasquero?

—Es por la sangre —explicó—. Va a haber mucha sangre. A mamá no le gustará que volvamos con la ropa llena de sangre. Antes de que podamos explicarle lo que ha pasado, se asustará mucho. Luego ya no, claro, pero es mejor que no nos manchemos demasiado.

Pebbles asintió.

No sabían si la puerta principal estaría abierta o cerrada, pero tampoco querían arriesgarse; además, papá podría sorprenderlos allí si se le ocurría salir para algo, y era un riesgo que Jackson prefería no correr. Pero antaño habían jugado en el jardín trasero de esa casa, antes de que los Conalty vendieran la propiedad, y sabían que había una leñera, con una rampa tras ella, que conducía al sótano. Jackson no se había preparado para la eventualidad de que estuviera cerrada, pero el candado estaba destrozado cuando llegaron, la cadena rota por tres sitios y caída, lacia e inservible, a un lado.

No se preguntaron mucho acerca de ese detalle, pero aun si lo hubieran hecho, habrían bajado igualmente por la rampa hasta el sótano, un espacio diáfano, sin ningún



cachivache, cajas o trastos, con la excepción de unas estanterías de metacrilato con unos pocos detergentes para lavadora languideciendo.

El vampiro no estaba allí, por cierto, sino en el salón, oscuro como un océano de brea, formando un bulto en el suelo. Cuando encendieron la luz, estaba enrollado en una alfombra, y los pies descalzos y sucios asomaban por un extremo. Pebbles se mantenía pegado a la espalda de su hermano. Tenía tanto miedo que el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho, como si estuviera a punto de estallar. El vampiro parecía un cadáver, y nunca había visto ninguno.

No dijeron nada. Jackson se sentía poderoso con su crucifijo y el ajo apestandole toda la cara. Incluso se había puesto un poco en las manos, solo por si acaso. Retiró la alfombra y dejó al descubierto un cuerpo pálido y consumido, con la ropa sucia y arrugada, manchada por miserias vitales de sus apetitos bestiales. Respiraba agitadamente, el pecho subiendo y bajando como si estuviera dándole un ataque. Pebbles se asustó, se asustó mucho, y agarró con sus pequeños puños la ropa de su hermano mientras se mordía el labio inferior, con los ojos muy abiertos. El vampiro, en cambio, los tenía cerrados: dos párpados grises recorridos por venas rojas. Estaban cerrados, pero él los miraba con absorta concentración mientras se preguntaba cuándo los abriría.

Pero Jackson se deshizo de él y se arrodilló junto al cuerpo, decidido y ceñudo. Con mucha diligencia, colocó la estaca en su pecho y levantó el martillo por encima de su cabeza.

El martillo dio en la estaca. La estaca se hundió ligeramente en el pecho del vampiro y rebotó, sin que saliera una sola gota de sangre. Jackson miró el pecho, perplejo. No tenía siquiera una herida pequeña.

Pebbles sintió que se mareaba.

Y el vampiro...

El vampiro abrió los ojos.

Esa noche no hubo cena en casa de los Cosby, ni mucha ni poca. Mamá lloraba en el salón, gritando al techo y preguntándole dónde, por el amor de Dios, estaban sus hijos. Sus hijos, sus hijos, sus hijos. Mientras tanto, papá apretaba la mandíbula y los puños y salía fuera a buscarlos. Aunque estuviera ya atardeciendo.

## Capítulo 15

### EL QUE HACE DOS DE NUEVE



#### 1

*Diario de Jimmy. 22 de diciembre*

*Hoy hemos viajado todo el tiempo hacia el oeste, deslizándonos con sigilo por carreteras comarcales de segunda, a veces por caminos de servicio que terminaban en un pedregal. Blairstown sigue sin ser Washington, precisamente, pero sorprende la escasez de coches en las carreteras. O todo el mundo se ha ido a otra parte, o permanecen en sus casas.*

*El ambiente es raro en la caravana, y hemos hablado poco. Creo que Adam está triste porque no pudimos salvar a la gente del matadero a tiempo. Su padre cumplió con su deber en la segunda guerra mundial, y luchó junto a la compañía Easy en las Ardenas. Creo que se sentía en la obligación moral de hacer algo memorable. Salvar vidas, aunque fuera, o sobre todo, arriesgando la suya.*

*Hemos comido poco y mal, básicamente patatas de bolsa que encontramos en una gasolinera. Hemos visto una población... Ni siquiera recuerdo el nombre, pero cuando nos bajamos para echar un vistazo, nos asaltó un tufo a naftalina enorme. Al principio no lo notamos, debo decir, supongo que había demasiado miedo, demasiada tensión como para percibir algo tan sutil. Luego descubres que está ahí, con otros olores por encima y por debajo. El olor a cosas putrefactas, que pueden ser cadáveres o comida podrida olvidada en el interior de las tiendas, pero también el del miedo, transpirado por nuestros propios poros. O el de la piel, que denuncia la falta de aseo. Pero cuando tienes un poco de experiencia, lo captas rápido. No sé si lo he mencionado, pero los vampiros huelen diferente, y sus madrigueras se quedan impregnadas de ese olor. Huelen a ambientador barato pasado, a naftalina rancia, seca y caducada. Es un olor asqueroso y se confunde con el de todo lo demás, pero si estás atento y lo detectas cuando te acercas a un súper, a una calle o al portal de una casa, pueden salvarte el día. Hoy no hemos tenido que concentrarnos mucho para percibirlo: toda la calle oía a lo mismo, y después de un rato era un tufo tan intenso que he tenido la sensación de haberme restregado las narices con un kleenex mentolado. Los edificios, en apariencia vacíos y abandonados, parecían celosos custodios y guardianes de una amenaza que conocíamos demasiado bien. No sé cuántos vampiros habría allí, pero en algún lugar cercano estaba la Madre de todas las Madrigueras, la Convención Anual de Vampiros, o como dijo Jared, «la puñetera central de los colmillos».*

*Nos hemos ido. Nunca había querido tanto estar en otra parte.*

## 2

*Diario de Jimmy. 23 de diciembre*

*Jared ha estado a punto de cortarle la mano a Laura hoy. Habíamos entrado en una tienda de regalos, solo por curiosidad, y Laura se encaprichó de unos bombones. Estaba rara. Daba saltitos y ponía morros, como si fuera a hacerse una foto y compartirla en Facebook. Como si todo siguiera igual y la noche no fuera tan asfixiante como la tapa de un ataúd. Fue un comportamiento raro, pero estos días todo es raro. Supongo que Jared se quedó cerca de ella, vigilándola. Imagino que, cuando extendió la mano, Jared lanzó su machete. Se clavó en el estante con un ruido seco y fuerte. Laura dice que solo fue un amago, que retiró la mano a medio camino, que si hubiera querido coger la caja para mirarla, solo mirarla, le habría cortado la mano. Se puso furiosa y empezó a gritar. Laura me cae bien, pero grita de una manera enervante, con un tono demasiado agudo y estridente. Jared aguantó unos segundos, y luego se puso a gritar también. Decía que si movíamos algo de sitio, aunque fuera un poco, dejaría una marca visible en el polvo, y que los vampiros sabrían que había alguien en la zona trasteando. Entonces buscarían, buscarían toda la noche y mirarían hasta debajo de las piedras, y la maldita caravana no era un escondite lo bastante seguro como para pasar la prueba de un rastreo exhaustivo. Dijo que nadie tocaría nada hasta la mañana siguiente, antes de que nos largásemos de ese lugar. Laura gritaba: «¡Solo eran unos bombones!», pero Jared insistía: «No son bombones. Son trampas. Si tienes hambre, chúpate el codo, hija de puta». Viéndoles pelear en las penumbras de aquella tienda llena de decoración navideña, comprendí que, ante los vampiros, no teníamos muchas oportunidades. Por eso el país parecía vacío. No eran sus descabellados poderes, ni su naturaleza extraordinaria lo que les había dado la victoria; era que ellos, al menos, no se peleaban por minucias. Ellos estaban unidos, y nosotros éramos humanos, por naturaleza pendencieros, desorganizados e individualistas, y por eso casi lo habíamos perdido todo. La prueba de los vampiros había sido una suerte de examen final como especie, y no había notas lo bastante bajas para evaluarnos.*

## 3

*Diario de Jimmy. 24 de diciembre*

*Las noches son malas, no es como antes. Siempre nos escondemos en algún lugar apartado, lejos de cualquier casa o camino, y jugamos sobre seguro: cuando los rayos del sol empiezan a declinar, nos mantenemos todos en silencio, sin ninguna luz, con un pacto de no hacer ni un solo ruido. Ni siquiera escuchamos la radio. Y no dormimos en los asientos, porque se ven desde fuera: nos desplegamos por el suelo como podemos, bastante apretados.*

*Se oyen cosas. Aunque las casas queden lejos, se oyen cosas. Gritos, a veces, y ruidos que no puedes identificar. Esos son quizá los peores. Puede que, como dijo Anne, sean alimañas nocturnas, incluso ratas (de campo o no), pero cuando no puedes hacerte una idea de qué ha provocado un ruido, la imaginación corre a completar los huecos. No sé qué hará la imaginación de los demás, pero la mía es una completa hija de puta. Te quedas mirando los cristales de la caravana esperando ver asomarse una cara pálida con el mentón lleno de sangre y los ojos rojos, o miras la puerta y te dices que, en cualquier momento, algo la arrancará de sus goznes, y entonces estaremos atrapados. Suelo imaginar la secuencia de muerte empezando por la puerta. Mac suele dormir cerca de ella, así que sería el primero.*

*Puede que Anne o Eddie intentaran disparar, pero el sitio es pequeño, y cuando uno está somnoliento puede pasar cualquier cosa. Imagino que el disparo falla y le da a Sonia en la cabeza, y pienso que, en realidad, es una muerte piadosa. La veo caer al suelo, muerta, y me da envidia. Deberían dejarme llevar mi propia arma, aunque solo sea por si las cosas se ponen feas.*

*Anoche aparcamos cerca de un colegio. Un colegio cerrado. No sé por qué pensamos que estaría vacío..., quizá porque era un colegio, y los colegios, como todo lo demás, están abandonados. Quizá porque asociábamos el concepto de colegio con cosas inocentes, como niños aprendiendo y jugando. La verdad es que se nos hizo tarde y no había muchas opciones. Pero un poco después del atardecer oímos risas, risas de niños. Se oían por todo alrededor, como si nos rodearan. Eran risas alegres, pero en ese momento me parecieron tan alegres como un enterrador. Nos asustamos bastante. Mac tuvo que coger a Beatriz y taparle la boca con todas sus fuerzas, porque estaba fuera de sí y parecía capaz de gritar, o de abrir la puerta y salir corriendo. O ambas cosas a la vez.*

*Pensé que éramos bastante ingenuos, y que nuestra falta de cuidado nos llevaría a la muerte. Si el colegio estaba lleno de niños y adolescentes vampiros, probablemente se habrían dado cuenta de que había aparecido una caravana de repente. Es bastante lógico. Las risas me decían que jugaban con nosotros, como un gato juega con la presa que sabe que va a matar y comerse; que tarde o temprano acabarían atacando. Me pregunté si podían olerlos. El mito del vampiro dice que a veces un vampiro puede convertirse en lobo, pero quizá precisamente porque no habíamos visto semejante cosa, me dio por preguntarme qué parte de verdad había en eso. Quizá no quería decir que se convertían físicamente en lobos, pero sí que podían actuar como tales: andando y corriendo a cuatro patas, y tal vez con los instintos superdesarrollados, como el oído y el... olfato.*

*El momento más ¡GUAU! de la noche fue cuando oímos un ruido fuerte en el techo de la caravana. Fuerte, fuerte. ¡BUM! Casi todos dimos un salto. Laura se tapó la boca con las manos. Pensé, y el resto debió de pensarlo también, que ese era el principio del ataque, que un vampiro había saltado sobre la caravana como diciendo: «Esto es mío», y que en cualquier momentos los cristales de los laterales saltarían por los aires, y los otros adolescentes vampiros entrarían en la caravana. No sé. Fue raro. Creo que sentía una especie de resignación. Estaba cien por cien seguro de que íbamos a morir, pero no se me ocurrió intentar salir de la caravana y probar suerte echando a correr. Ahí dentro no tenía ninguna posibilidad, pero ahí fuera quizá tuviera una... Una entre... diez mil millones, como diría C3PO, pero una. Una es mucho cuando no tienes nada. Pero no me moví. Solo quería que fuese rápido y que no doliera demasiado. Creo que de todo ese asunto de ser atacado por un vampiro lo que más me angustia es la idea de que me mordisqueen el cuello. Eso debe de doler mucho. Debe de doler muchísimo muchísimo.*

*Pero... eso fue todo. Las risas se extinguieron, como si se alejaran, y aunque nadie movió un músculo ni dijo nada durante un buen rato, creo que supimos que los adolescentes vampiros se habían retirado a cazar. La noche empezaba para ellos. Tocaba visitar las casas y las poblaciones cercanas y disponer de todo. Quién sabe lo que un vampiro con el cuerpo joven y lleno de energía de un adolescente puede hacer, o hasta dónde puede llegar.*

*No sé cuándo me dormí. Esta mañana nadie ha dicho nada del asunto, y aunque al principio me sorprendió un poco, creo que... creo que es mejor así. Ciertas cosas conviene no tratarlas, ni recordarlas, ni mencionarlas nunca más.*

—¿Qué cojones hay allí? —preguntó Jared de repente.

Todos se volvieron a mirar.

Jared señalaba algún punto recortado contra el horizonte, tocado por el sol del mediodía.

Mac miró, pestañeó brevemente y decidió usar la mira de su rifle para ver mejor. Sonia fue más rápida, usando solamente los ojos.

—Es... ¡Es gente!

—¿Gente? —preguntó Laura, sacudiéndose la modorra que la tenía sometida a su asiento. Miró a través de los cristales con renovada curiosidad.

—Hay gente... mucha gente —confirmó Sonia.

—Por Dios —exclamó Adam—. Empezaba a pensar que estábamos solos en América.

—¿Qué hago? —preguntó Seven, al volante, como de costumbre—. ¿Voy hacia allí?

—Bueno —dijo Douglas—, quizá deberíamos pensarlo un poco.

—Pero es lo que hemos venido a buscar, ¿no? —apuntó Sonia—. Gente. Gente a la que contar lo que sabemos. Que corran la voz. Quizá alguien pueda hacer llegar el mensaje.

—Ya, pero... ¿no puede ser peligroso? —insistió Douglas—. El país ya no es el que conocimos. Vale, hay gente, pero... ¿qué tipo de gente? Ya sabes a lo que me refiero.

—Incluso podrían ser esos dóberman de los vampiros —apuntó Jared lúgubre.

—Ya lo sé —protestó Sonia—. Pero... ¿qué propones?

—Solo un poco de... prudencia, supongo —dijo Douglas—. Echemos un vistazo primero, desde lejos, a ver qué sensaciones nos dan.

—Douglas es bueno calando a la gente —afirmó Seven.

Sonia miró a Adam. Este se encogió de hombros.

—Un poco de prudencia no nos hará daño, agente —respondió.

—Oh. Está bien. Tenéis razón —masculló Sonia.

—Toma la primera a la izquierda, Seven —dijo Mac—. Nos acercaremos un poco más. Subiré al techo de la caravana a ver si veo algo desde ahí, con la mira.

—Oído cocina —dijo Seven.

La caravana giró a la izquierda, por un ramal donde el asfalto se encontraba agrietado y en bastante mal estado. A ambos lados del camino había edificios, viviendas en su mayoría, pero también cafeterías y restaurantes, algún vivero, naves de empresas de construcción y reformas, y en algún momento divisaron lo que parecía ser un enorme complejo comercial decorado como un castillo medieval: excentricidades al servicio del consumismo exacerbado propio de Norteamérica. Sin embargo, el ambiente general era todavía muy rural.

Que el lugar había sido atacado por vampiros era innegable, y había signos que lo evidenciaban: coches abandonados en plena carretera, basura por las calles, comercios con los cristales de los escaparates rotos... Ese era el espectáculo general de las cosas en su pequeño viaje hacia el oeste. Alguien, por cierto, se había dedicado a sacar todos los maniqués de una de esas tiendas y los había colocado en fila en el margen de la carretera. Sus cabezas estaban pintadas de rojo, y sobre ese rojo habían

dibujado sonrisas de la manera más burda y zafia posible. El aspecto era bastante tétrico. Laura se estremeció con ese espectáculo: le recordaba la felicidad endulzada y engañosa de cuando estuvieron conectados a la mente colmena de los vampiros. Se dijo que habría hecho falta muy poco para casi acabar como ellos, convertida en un maniquí eterno con una sonrisa de mentira dibujada en el rostro y la cabeza y la mente teñidas de rojo. Rojo. Rojo.

—Bueno, creo que por aquí está bien —dijo Eddie inquieto.

—Sí. Ya es bastante —exclamó Mac—. Voy a subir.

—Creo que voy contigo —dijo Sonia.

Los dos salieron de la caravana. En la parte trasera había una escalera de mano pequeña que les permitió acceder al techo. Allí había hueco para almacenar cosas como una barbacoa, mesas y sillas plegadas, sujetas con un cable tipo pulpo que las mantenía en su sitio.

Mac pasó por encima de ellas y miró con el rifle; los demás habían salido de la caravana y observaban desde abajo, expectantes.

—Tengo buena vista desde aquí —dijo Mac.

—¿Qué ves?

Mac se mantuvo en silencio unos segundos, moviendo el rifle de manera casi imperceptible.

—Joder —exclamó—. Están... están cultivando.

—¿Cultivando? —se extrañó Jared—. Estamos en diciembre. No sé una mierda de esas cosas, pero no creo que sea un buen mes para cultivar nada.

Adam asintió.

—Y no lo es —dijo.

—Pero... —siguió diciendo Mac—. Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

Mac bajó el rifle para mirar a los otros.

—Son vacas. Estoy seguro.

—¿Vacas? —preguntó Laura llevándose las manos a la boca.

—Déjame mirar —pidió Sonia.

Mac le pasó el rifle y Sonia miró. No le costó mucho encontrar a la gente: estaba desplegada por una buena superficie, yendo y viniendo con carretas y herramientas de agricultura como azadas, picos y palas. Entre la gente avanzaba un tractor, y un pequeño grupo estaba distribuyendo sacos blancos.

—No he hecho otra cosa en la vida que trabajar la tierra —dijo Mac—, y esa gente está cultivando. No es el mejor mes para plantar, pero hay hortalizas muy resistentes, incluso al frío, la escarcha y la nieve. Se pueden plantar ajos.

—Vampiros plantando ajos —exclamó Jared con sorna.

—Pues, diciembre es el último mes plantarlos —continuó diciendo Mac—. También hay leguminosas de invierno: espinacas, ciertos guisantes, alcachofas... Y, de todas formas, por lo que he visto están preparando la tierra. Abonando y todo eso... Quizá más adelante protejan los cultivos con una cubierta de plástico o algo similar; eso les abriría las puertas a pimientos, berenjenas, calabacines e incluso tomates.

—Vale, así que cultivan —dijo Sonia—. Pero...

—Es para las vacas —la interrumpió Jimmy—. Los vampiros saben que los

alimentos no durarán para siempre en los comercios.

—Pues claro —exclamó Sonia desde lo alto de la caravana—. Joder. Eso es.

—Entonces, ¿seguro que son vacas? —insistió Adam.

Sonia volvió a mirar con el rifle. No hacía falta observar durante demasiado tiempo para percibir las expresiones neutrales en sus rostros; esa complacencia adormilada, esos movimientos pausados pero continuos, todos con el mismo nivel de energía. Nadie se paraba a pasarse una manga por la frente perlada de sudor; las necesidades individuales habían sido anuladas. Sonia se dijo que, si miraba lo suficiente, los vería acercarse a un abrevadero para beber, todos a la vez, llegado un cierto momento, y que luego seguirían trabajando.

—Son vacas —confirmó Sonia.

—Vale —dijo Adam—. Otro matadero. Uno grande. ¿Hay guardianes?

Sonia barrió la zona en un sentido y en otro, buscando por espacio de casi medio minuto.

—No veo a nadie diferente —afirmó—. A nadie armado. No lo sé. Quizá los guardianes trabajan la tierra también, mientras todo está tranquilo.

—Dios mío —susurró Laura—. Es... es... No puedo soportarlo.

—¿No puedes soportarlo? —se burló Jared—. Oh, claro que puedes. Llevas soportándolo toda tu vida.

—¿Cómo? —preguntó Eddie, confuso.

—Sí. Tú también, vaquero. Se trata de la puta pirámide alimenticia. El ser más preparado somete a los demás. Hemos estado llevando a cabo genocidio de peces, de pollos, de reses..., de cualquier bicho vivo que no sepa a mierda, e incluso los insectos más asquerosos se usan para fabricar tinta y coloretes. Vas al puñetero teatro y tu mujer lleva un genocidio de bichos muertos en la cara.

—Oh, eso no...

—Eso sí —interrumpió Jared—. Apuesto a que os encanta el paté. Es muy francés, ¿no? Está muy bueno. Gansos, ocas, patos. En las granjas se inmoviliza a las aves y se las sobrealimenta todo el puñetero tiempo, sin un puto descanso, metiéndoles comida por la boca con un embudo. Oh, y cosas más chungas, como tubos que van directamente al estómago, hasta que se crea una grasa hepática que impide al hígado procesar todo ese alimento. ¿Qué creéis que pasa?

—He criado patos y también ocas —dijo Anne—. Ya sé qué pasa.

—Claro que lo sabes, mamá —asintió Jared—. Pero aquí los superofendidos nenes y nenas de ciudad creen que son unos angelitos. Os diré qué pasa: se los fuerza a tener una cirrosis de cojones, para que el hígado alcance unas dimensiones que satisfagan las exigencias de los consumidores. En los supermercados hay un montón de estanterías que llenar, ¿verdad? Paté de oca extragrasso, dos con cincuenta. Paté de pato a las putas finas hierbas, ahora solo por tres con diecinueve. Llévase dos y pague solo uno. Pero la cirrosis duele de cojones. Patos inmovilizados que miran permanentemente al techo mientras les meten comida en la boca. Fábricas de foie-gras instantáneo...

Laura lo miraba horrorizada.

—Eso es lo que tu supremacía de ser humano hace con otros bichos que están por debajo de ti en la puta pirámide de la evolución. Pero está de puta madre, ¿no?

Podría seguir con los cerdos, las gallinas, las vacas, las cabras, los peces, las almejas y hasta los gusanos.

Laura sacudió la cabeza.

—Eso no tiene que ver... nosotros... Nosotros...

—Claro. Nosotros somos la hostia, y los animales son... son solo animales. Pues bienvenida al próximo nivel evolutivo, ojos bonitos. Los vampiros sí que son la hostia, y ahora somos patos, vacas y cerdos. Yo que tú dejaría de ser tan hipócrita y me entregaría a ellos para ser una bonita comida de Navidad. A mí me parece justo. Joder, me suena a karma.

—Bueno, ya está bien —intervino Anne— Comprendemos tu perspectiva de las cosas, Jared, muchacho, pero no es la misma maldita cosa. Una oca no es una persona, no tiene alma ni raciocinio, y están en este mundo para alimentar a las personas. Así lo dispuso el Señor.

Jared sonrió.

—Con la Iglesia hemos topado —dijo—. Claro que sí, mamá. Lo que tú digas. Yo ya me callo.

Jimmy había estado escuchando con verdadera atención. No tenía ni idea de que se tratase así a los patos, o a las ocas. Le gustaba el paté casi tanto como a cualquier vecino, y en Navidad su madre solía ponerlos en un plato con pequeños biscotes, a modo de aperitivo, antes del pavo. Pero nunca había pensado de dónde venía, o cómo se conseguía. Era indolencia en blisters de plástico; ignorancia plastificada de supermercado a dos con cincuenta, con dos por uno o sin él.

—Está bien —cambió de conversación Mac—. Tenemos otro matadero. La pregunta es... ¿qué hacemos? ¿Seguimos con nuestro plan o pasamos por aquí unos días preguntándonos cómo coño lo hacemos, poniéndonos en peligro noche tras noche, para acabar concluyendo que no podemos hacer nada?

Adam sacudió la cabeza.

—Dios mío —exclamó—. Esto es... es muy...

No pudo terminar. En la distancia oyeron un disparo, seguido de otro, y por último, una ráfaga que se mezcló rápidamente con varios disparos más. Acababa de estallar una especie de guerra en alguna parte.

Beatriz gritó. Mac saltó desde el tejado al suelo mientras todos se agachaban, mirando con desesperación alrededor. Mientras Mac ayudaba a Beatriz a entrar en la caravana, Sonia se agachó ligeramente y utilizó la mira del rifle para ver qué ocurría. Tenía mejor oído que el resto para el sonido de los disparos, que tienden a propagarse muy rápidamente, y sabía que provenían del matadero.

—¡Madre! —gritaba Mac—. ¡Entra en la caravana!

Anne levantó el rifle en sus manos.

—¡Entra tú, muchacho! ¡Yo voy a pelear, si hay que hacerlo!

—¡Mamá, por favor! —insistió Eddie.

Jared estaba trepando por la escalera hacia el techo.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Sonia.

Sonia no dejó de mirar.

—Son soldados —exclamó al fin—. Soldados americanos. Están atacando el matadero.



El procedimiento era casi siempre el mismo. Disparaban al aire unas cuantas veces, y luego disparaban un poco más contra el edificio, hacia cualquier lugar. El objetivo, por supuesto, era hacer salir a los dóberman.

En cuanto a estos, casi siempre eran personas con conocimientos básicos de tácticas militares, e incluso con poca o ninguna experiencia en armas. Parecía que los vampiros no tenían mucho criterio a la hora de elegir a sus perros de presa. Hombres grandes, sí, fornidos, también, pero solían salir corriendo del edificio de turno como si su sola presencia fuese a cambiar las cosas.

Jason y sus hombres los cosían a balazos tan pronto como asomaban.

Luego, las cosas eran un poco distintas. La mayoría de las veces solían ofrecer cierta resistencia parapetándose en algún lugar: una ventana en el piso superior, si la había, o unas cajas. Una vez se cubrieron tras unas bombonas de butano. Cuesta bastante hacer explotar una bombona con un disparo, porque las balas perforan el metal sin producir la chispa que ocasiona la explosión, pero una buena ráfaga continuada solía terminar por obrar el milagro. Casi siempre, flanquear a los dóberman era lo que los conducía a la victoria: disparaban hacia el lugar desde donde venía la amenaza y olvidaban cubrir la retaguardia. Josh solía ocuparse de liderar el grupo que acababa envolviéndolos.

Una cosa les servía de ayuda: los dóberman no tenían ningún instinto de supervivencia. En circunstancias normales, el enemigo tendía a esconderse y preparar emboscadas en lugares cerrados. Un hombre escondido detrás de una mesa con una escopeta podía ser una amenaza letal cuando llegaba la hora de tomar la instalación. Los dóberman nunca hacían eso, como si sus vidas no importasen en absoluto. Mientras quedara uno solo de ellos en pie, seguiría disparando.

De pronto, los disparos cesaron. El último de los dóberman acababa de caer al suelo con un disparo limpio en la cabeza.

—¡Despejado! —dijo Josh.

—¡Despejado! —repitió alguien desde el otro extremo.

—¡Limpio por aquí! —advirtió alguien más.

Jason abandonó su cobertura, poniéndose en pie y ajustándose el barboquejo. El puñetero casco le venía un poco grande, pero encontrar equipamiento nuevo no era solo difícil; era prácticamente imposible.

—¡De acuerdo! —dijo—. ¡Perímetro! ¡Josh, conmigo!

Josh se acercó a la carrera. Jason estaba mirando a la gente que acababan de liberar. Como siempre, habían seguido con lo suyo a pesar del tiroteo, acarreando sacos, picando el suelo con sus herramientas, trabajando en la tarea de extender unas mangueras por lo que sería su pequeño huerto feliz.

Sacudió la cabeza.

—¿Cuántos crees que hay? —preguntó.

—Bastantes —dijo Josh—. Diría que es el más grande que hemos encontrado.

—Sí que lo parece. Demonios, me gustaría hacer algo por ellos.

Josh se encogió de hombros.

—No podemos hacer mucho, ya lo sabes —repuso—. A menos que... ya sabes,

haya suerte hoy.

—Sí, joder. Ya lo sé. Pero ¡coño!

Se acercó a uno de ellos y lo sacudió por los hombros.

—¡Son libres! —le gritó—. ¿Me oye? ¡Váyase a su casa, por el amor de Dios!

El hombre esperó a que terminara de sacudirlo, sin mirarlo a los ojos, y tan pronto lo dejaron en paz, continuó con su tarea. Una pequeña sonrisa animaba su expresión cansada en el rostro sucio por el tizne y la tierra.

—No sé qué mierda le hacen a esta gente, Josh —dijo—. Está bien. A ver si hay suerte esta vez, como has dicho, y encontramos algún vampiro de los gordos ahí dentro.

Josh sacudió la cabeza. Hasta ahora no habían tenido suerte, pero nunca abandonaban la esperanza de encontrar a uno de los guapos junto a los hipnotizados.

—¡Vehículo en movimiento! —gritó uno de los soldados.

—¿Qué coño...

Los hombres corrieron para ponerse a cubierto; los cargadores nuevos encajaban en las armas produciendo un sonoro clic.

—¡Por el camino, al sur! —gritó el soldado—. ¡Una caravana familiar, sin armas a la vista!

Jason miró con interés. La caravana se hizo visible muy poco después, circulando despacio hacia ellos.

—¿Dóberman? —preguntó Jason.

—¿Quién coño sabe —replicó Josh.

—¡Fuego a mi señal! —gritó Jason—. ¡Fuego a mi señal!

—¡Recibido! —respondió alguien.

La caravana se había detenido a cierta distancia, mostrando el lateral izquierdo. Jason y sus hombres apuntaban con sus armas, expectantes, desde sus posiciones a cubierto.

De pronto, la puerta se abrió, y una vara alta y delgada asomó con una camiseta blanca anudada en la parte superior.

Jason y Josh se miraron por un breve instante.

Un hombre de cierta edad abandonó el vehículo, llevando la bandera blanca en la mano. Era un símbolo internacional inequívoco.

—¡No disparen! —gritó el hombre—. ¡Por favor, no disparen!

—Que me cosan a balazos —susurró Jason—. Civiles vivos. Lo que me faltaba por ver.

## 5

El grupo se encontraba en la explanada del edificio. Era una planta de procesamiento de aguas de algún tipo, pero cumplía con los requisitos para albergar vacas: grandes superficies interiores, lugares oscuros y espacio suficiente para cultivar.

Los soldados se habían colocado en posición mientras algunos de ellos se mantenían a distancia, vigilando los alrededores. Uno nunca sabía cuándo podían aparecer más dóberman cargados con provisiones.

—¿Sonia, me dijo? —le preguntó Jason.

—Sí —asintió ella.

—Agente de policía en Hillsdale —dijo el soldado, pensativo—. Bueno. Me parece que la han despedido, señorita, como a todos nosotros. ¿Está enterada?

Sonia asintió.

—Las cosas siguen mal, ¿eh?

—Peor que mal. Me parece que esto no se arreglará hasta que echemos a los vampiros del país.

Adam asintió.

—Tienen muchos huevos —dijo Jason—. O mucha suerte. No queda mucha gente por aquí; hace días que no vemos a nadie, de hecho. Casi todo el mundo es ahora un vampiro o ha huido hacia otros lugares. Unos al norte, otros al sur... —Se encogió de hombros—. La única posibilidad de encontrar un lugar más o menos seguro es en la Costa Oeste, pero incluso eso cambia cada día. Cada noche.

—Dios mío —dijo Laura.

Jason asintió.

—No podemos llevarles, si es lo que quieren —dijo Jason.

—Pero... señor.... —exclamó Adam—. Si el ejército está... detenido, entonces...

—¿Que qué hacemos? —preguntó Jason con una sonrisa—. Luchamos por este país. Luchamos por la gente, por gente como ustedes. Eso hacemos. Nos dieron órdenes de acuartelarnos en no sé dónde, deponer las armas y esperar instrucciones, pero unos cuantos de nosotros nos miramos y dijimos: «¿Qué?». O sea, estaba claro que los que dan las órdenes tienen la cabeza tan comida como esta gente de aquí. ¿Los ha visto? Hacen lo que los vampiros les han dicho que hagan. Por Dios, era tan obvio... Atacan el Pentágono y no sé cuántos sitios más y desarman toda la estructura de mando del país esa misma mañana. Y atacan de noche, tócate los huevos.

Jared soltó una carcajada.

—Sí... Le entiendo —dijo Adam—. Así que van por libre, digamos.

—Vamos donde pensamos que debemos estar —explicó Jason—. Los jefes están tomando piña colada en una playa mental de mil pares de narices, pero nosotros seguimos trabajando.

—Vaya —dijo Adam—. Eso es... Gracias, de veras. Le doy las gracias en nombre de todos. Ojalá hubiera más gente como ustedes.

—La hay, se lo aseguro —afirmó Jason—. Nos mantenemos en contacto conectándonos a satélites europeos, chinos y japoneses; es la única manera de funcionar. Los nuestros... la mayoría fueron lanzados al mar o están apagados, reventados o inaccesibles.

—Vaya. ¿Y cómo les va? Quiero decir...

—Bueno. Hemos perdido muchos hombres, si es lo que pregunta. Al principio atacábamos sus agujeros, pero no es tan sencillo como parece. Cuanto más grande el agujero, más vampiros hay dentro. Cuando teníamos explosivos era más fácil: volabas el maldito edificio y a la mierda. Pero eso se acabó. Ahora tenemos que entrar, y eso es peligroso. Si hay vampiros idiotas es sencillo, porque no se despiertan hasta que estás encima y les metes una bala en el cerebro, pero si tienes mala suerte y hay uno de los guapos...

—¿Uno de los guapos? —preguntó Seven.

—Sí, joder. Esos que... hablan y tienen los ojos brillantes. Si te hablan estás medio perdido. No te percatas pero te follan la mente, y cuando quieres darte cuenta le estás disparando a tu compañero.

—Mariscales —dijo Jimmy.

Sonia asintió.

—Esos son jodidos. Esos no duermen del todo, parece que están siempre alerta, y se comunican unos con otros con algún tipo de conexión mental que hace las cosas muy difíciles, sobre todo si te quedas por la zona y llega la noche siguiente. Es como una alarma que disparan entre ellos.

—Sí —dijo Sonia—. De esas cosas queríamos hablarle... Tenemos cierta información que podría ser importante. Viajábamos hacia el oeste para encontrar..., bueno, a alguien como ustedes, precisamente.

—¿Qué tipo de información? —preguntó Jason.

—Sabemos quién es el líder de los vampiros y otras cosas interesantes. Si tiene tiempo...

Jason y Josh se miraron brevemente.

—Oiga, no se ofenda —la cortó Jason—. Hemos oído otras historias antes. Hubo un tipo que decía que los vampiros venían del espacio, en una nave extraterrestre que estaba enterrada en un bosque a cuarenta kilómetros de su casa. Decía que él llevaba años viéndolos, que le robaban ganado, y que él era estéril y su mujer se había quedado embarazada. Quería que nos la llevásemos para hacerle pruebas.

Jared soltó otra carcajada.

—¡Esa es buena! —dijo.

Jason sonrió.

—Ya les digo. Cada uno cuenta una cosa.

—Vale —exclamó Adam—. Es... es lógico que tenga sus dudas. Lo entiendo, de veras. Pero... ¿por qué no escucha lo que tenemos que decir? Antes de que el gobierno se disolviese le habrán dado instrucciones, le habrán contado cosas. Sabrá cosas. ¿Por qué no juzga si nuestra historia tiene sentido?

Jason asintió, pensativo. Acto seguido, miró su reloj.

—Tendrá que ser luego —dijo—. El día avanza con rapidez y aún tenemos que limpiar ese edificio. Puede haber vampiros dentro. Luego tocará moverse rápido, fuera de la zona. Esta noche esto se va a poner muy caliente. Nada les jode más a los vampiros que ver cómo acabamos con sus dóberman.

—Dóberman... —exclamó Sonia.

—La gente que cuida sus...

—Nosotros los llamamos guardianes —dijo Eddie.

—Sí. Me vale. Es lo mismo, ¿no?

—¿Y qué pasa con la gente hipnotizada? —preguntó Laura—. ¿Adónde los llevan?

—¿Llevarlos? —preguntó Jason—. No los llevamos a ninguna parte. Mire alrededor. Debe de haber un par de cientos, tal vez. Y todos siguen necesitando beber, comer, etcétera. Si los dejas sin abrigo siguen teniendo frío, por mucho que no se quejen, y enferman, como cualquiera. ¿Sabe cuántos de estos lugares hemos liberado?

—Pero... pero entonces, ¿qué hacen con ellos? —preguntó Laura, súbitamente

horrorizada.

—Los dejamos aquí —dijo Jason—. No podemos hacer otra cosa. Eliminamos a los dóberman, y esperamos que eso los ayude cuando vuelvan en sí, si es que vuelven en sí alguna vez.

—Para eso hay que matar a su guapo —dijo Jimmy.

Jason sonrió.

—Exacto, chico —dijo—. Dicho así tiene su gracia.

—Pero no pueden dejarlos aquí... Es... —suplicó Laura.

—Perdóneme, señorita —la interrumpió Jason—. Somos una fuerza armada, soldados rasos todos, remiendos de varias divisiones y batallones; disidentes, si quiere, renegados de un sistema corrupto invadido por un enemigo que nos ha eliminado como primera potencia mundial. No somos enfermeras, ni cuidadores. ¿Quiere... quiere quedarse aquí y cuidar de estas personas? Hágalo. Puede darles sopa con una cuchara, si quiere, la tomarán.

—¡Pero usted ha dicho que esta misma noche vendrán más vampiros! —protestó Laura.

—Tan cierto como que después de la noche vendrá el día otra vez.

—¡Podría llevarlos a otro sitio! —gritó Laura.

—Laura, por favor —susurró Anne.

—No se preocupe, señora. Le enseñaré algo, señorita.

Jason caminó hacia uno de los hipnotizados y lo cogió del brazo. Era un hombre joven, con un abundante cabello despeinado y enmarañado. El pantalón que llevaba estaba sucio, con un agujero en la rodilla, y le faltaba un zapato. El pie era una mugre oscura con tiznes rojizos.

—Ven conmigo, amigo —dijo con amabilidad—. Anda, ven. Eso es. Buen chico.

Jason lo condujo por la explanada, pasando al lado de ellos, en dirección a la caravana. Sonia y el resto lo miraban con curiosidad, tan inquietos como confusos. Llegado un momento, cuando se hubo alejado un trecho, el chico empezó a llorar y a gimotear, debatiéndose con los brazos. Jason lo soltó. El chico se tiró al suelo y empezó a arrastrarse de vuelta a la explanada.

—Dios mío —exclamó Beatriz, impresionada.

Cuando hubo recorrido un trecho, avanzando con brazos y piernas, se incorporó y regresó a su trabajo con la mirada ausente, perdida.

Adam se cubrió la boca con la mano.

Jason se encogió de hombros y regresó junto al grupo.

—¿Lo ve? Les han jodido la mente. Siempre es igual. No puedes... llevártelos, no puedes separarlos de aquí. Están como anclados. Lo que sea que les han hecho está muy bien pensado. Aunque acabes con los dóberman, no puedes trasladarlos, porque sufren, no paran de llorar y gritar. Nunca. En ningún momento. A menos que los traigas de vuelta.

—Pero... pero... —decía Laura, visiblemente nerviosa—. Pero debe de haber una manera...

—La hay —dijo el soldado—. Matar al guapo, como ha dicho el chico. Por eso seguimos moviéndonos, atacando tantos objetivos como encontramos. Hasta que no queden bastantes de nosotros o se acaben las balas; lo que ocurra antes.

—Dios mío —exclamó Laura, se volvió hacia Adam y lo abrazó.

## 6

Los chicos de Jason tenían combustible inflamable. No gasolina ni gasoil ni nada parecido; esas cosas eran demasiado valiosas y, por cierto, estaban agotándose rápidamente, sino sustancias que podían usar para quemar: disolventes, líquidos insecticidas, aceites varios..., todo lo que podían encontrar que pudiera arder rápidamente. Lo iban metiendo en garrafas y lo usaban para las limpiezas.

Antes de prender fuego a la planta de tratamiento de aguas, sin embargo, el equipo de Jason hizo una incursión prudente. Nunca se sabía cuándo podían quedar personas hipnotizadas en el interior, entregadas a sus tareas, fuesen cuales fuesen. Josh fue el primero en entrar, y salió en unos pocos segundos, apretándose la nariz con los dedos. Todos supieron lo que eso quería decir sin que Jason tuviera que explicarlo: olía a cubil de vampiro, a productos de farmacia, a consulta de médico de segunda en un pueblucho algo permisivo con la higiene. Entonces, sin que nadie dijese nada, los marines comenzaron a romper todos los cristales que pudieron encontrar, dándoles con la culata del arma si estaban al alcance, o tirándoles piedras cuando se trataba de una segunda planta. Algunas de esas ventanas habían sido pintadas de blanco, o de negro, y tapaban la luz.

—Es como un día de limpieza general —dijo Jason—. ¡Que entre la luz!

Pero los cubiles de vampiros habían sido elegidos precisamente por no tener demasiadas ventanas, y ninguno de ellos era tan idiota como para echarse a dormir cerca de una de ellas. Nadie esperó, de todas maneras, que ningún vampiro saliera corriendo de la nave con quemaduras humeantes en el cuerpo.

Los hombres eran muy cuidadosos cuando progresaban por las salas, por cierto: siempre en grupo, las armas preparadas, avanzando muy despacio, sin prisa, sin hacer ruido.

Encontraron vampiros en la parte más alejada del edificio, ocultos en una sala que tal vez debió de ser el almacén. Josh y los otros habían visto unos cuantos cubiles ya, pero nunca se acostumbraban a esa primera impresión. Si uno los observaba sin tener conocimiento de lo que estaba ocurriendo, podía pensar que era una pequeña y humilde familia echando una apretada siesta estival. Allí estaba el tío Helm, con su camisa de franela, sus tirantes y su cuidado bigote, justo al lado de la prima Vera, que llevaba vaqueros y una camiseta con cristales Swarovski formando un corazón en el pecho. Mamá dormitaba un poco más allá, sobre... ups... sobre el hijo mayor, Edward, recién graduado con honores en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Tennessee, que iba a marcharse a Europa ese verano para trabajar en una de las empresas que producían los Airbus. Mamá estaba aplastando demasiado a Edward, quizá porque en realidad no quería que se marchara. Y Malcolm y Evereth y Pam y el vecino Timmy y la agente de la condicional Sue Tompson, que había venido a la revisión semestral de Johnny G. Shepard, visita a la que acudía con cierta ilusión porque esperaba ser obsequiada con un trozo de tarta de zanahorias casera. Todos echando una siesta, como diría Jared, de puuuuuta madre.

Pero si mirabas con atención, te dabas cuenta de cosas que fallaban en la

primorosa y poética estampa familiar. Veías la sangre seca alrededor de la boca de mamá, y los dedos demasiado alargados del brillante Edward, que cuando dormía tenía una suerte de erección vampírica (excusable dada su edad, disculpen todos, amigos y vecinos) y adquiría, en parte, su Forma Maestra. Y veías que el tío Helm tenía seis agujeros de bala en su camisa de franela, y que a pesar de ello dormía a pierna suelta, con el pecho subiendo y bajando como el de un perro cansado tras una carrera.

Josh hizo una señal a sus hombres. Retirada. Apagad las luces. Se acabó la función. Era hora de quemar el edificio y largarse.

Los gritos empezaron a dejarse oír cuando el edificio estuvo bien prendido. Jason y los otros miraban, alguno con un merecido cigarrillo en la mano, mirando con melancolía las llamas.

—Siempre esperamos a los gritos —explicó Jason—. Alguna vez se nos ha escapado alguno, envuelto en llamas. Cuando llegan bajo el sol, corren de sombra en sombra o se escabullen por la primera tapa de alcantarilla que encuentran. Es una locura.

—Joder —exclamó Jared—. Coño, apuesto a que eso, al menos, es lo que les queda de su parte humana.

—¿El qué? —preguntó Jason.

—Esa puta obstinación por vivir —escupió.

## 7

Huyeron casi setenta y tres kilómetros hacia el norte, siempre por carreteras pequeñas, esquivando cualquier población o grupo de casas a propósito. Jason y sus hombres viajaban en un camión de transporte convencional, con la imagen de unas naranjas dispuestas en una cesta de mimbre. NARANJAS DE CALIFORNIA. DEL ÁRBOL A SU MESA. Después de eso, la tarde comenzaba ya su declive, y el camión se detuvo en un apartado.

Sonia y su gente no contaban con demasiados víveres en la caravana; se suponía que ese día se aprovisionarían cuando la oportunidad se presentara, en algún momento, pero todo lo que habían hecho era seguir el camión de los marines. Jason compartió sus provisiones con ellos: sopa caliente, cereales, dátiles y plátanos. Habían hecho fuego y se habían sentado todos alrededor, como en uno de aquellos campamentos de los días de las colonias de verano. Jimmy no había estado en muchos y se le veía feliz.

—Me encantan los plátanos —dijo con la boca llena.

—Pues disfrútalo —dijo Josh—. Estos han debido de madurar estos días y por eso no se han podrido, pero no vas a encontrar muchos plátanos hasta que todo se resuelva.

—¿Se resolverá? —preguntó Sonia—. ¿Qué cree usted?

Josh se encogió de hombros.

—Josh es un optimista por naturaleza —terció Jason—. Cree que una actitud positiva trae cosas buenas.

—Y las trae —dijo Josh con una sonrisa.

—Pues no sé qué carajo esperabas que ocurriera esta Navidad —exclamó Jason

riendo—. Porque no se me ocurre cómo podría ir peor.

—Es cierto, ¡caramba! —exclamó Adam—. ¿Mañana no es veinticinco? ¡Caramba, caramba! ¡Día de Navidad!

—Tócate los huevos —dijo Jared.

—Sí —asintió Jimmy con los ojos chispeantes—. Mañana es Navidad.

—Vaya —se lamentó Pip—. Voy a echar de menos el pavo, el puré de patatas, las salsas y los pasteles salados.

—El ponche de huevo, el licor, el brandi, el ron... —continuó Jared.

—Los huevos batidos, la crema... —exclamó Laura.

—Mi madre me regalaba un pijama de franela nuevo cada día veinticuatro —dijo Jimmy—. Me... encantaba levantarme temprano y correr hacia el árbol para abrir los regalos.

Sonia asintió, sonriendo.

—Mañana podemos intentar conseguir algo especial, ¿eh? —propuso.

—Me parece una buena idea —dijo Adam.

—Puede que cocine algo en esa estupenda fogata que preparan ustedes —dijo Anne, con las cejas levantadas y media sonrisa impresa en el rostro.

—¡Sí! —lo celebró Mac—. ¿Qué te parece, Beatriz? Haremos algo bueno.

Beatriz asintió, sin demasiado entusiasmo.

—Debo decir que me sorprendió usted, señora, si me permite decirlo —dijo Jason.

—¿Yo?

—Sí. Con ese rifle enorme en las manos. Parece hecho para usted, y desde luego se ve que sabe manejarlo.

—Oh, puedes apostar por ello, hijo —le aseguró Anne. Era evidente que se sentía halagada pero intentaba no demostrarlo.

—Mamá podría formar parte de su equipo, si la deja. Puede darle a un botón enterrado en una tonelada de estiércol a quinientos metros.

Los soldados rieron con ganas.

—Mi hijo es un exagerado. Pero a cuatrocientos cincuenta metros no digo que no pudiera.

Otra vez risas. Jimmy miraba a unos y a otros y cogió otro plátano. De repente tenía hambre, mucha más que en días pasados.

Jason y Josh se miraron.

—Bueno —dijo Jason—. Así que tendremos Navidad. Qué demonios. Debo reconocer que al principio me ha parecido..., no sé, raro. Celebrar la Navidad con todo lo que está ocurriendo.

—Sí —asintió uno de los soldados—. Es raro.

—Pero escucha, latino de mierda —dijo Jason—. Para esto luchamos todos los días. Para que las cosas vuelvan a su cauce. Para que podamos reunirnos y celebrar cosas. Eso es ser humano. Apuesto el barboquejo de mi casco a que los vampiros no celebran una mierda.

El latino de mierda soltó una carcajada.

—Tu barboquejo está hecho mierda, puto norteamericano pirado, por eso lo apuestas.



Josh rio con ganas.

Sonia los miró con una expresión distendida; acababa de comprender que «latino de mierda» era solo camaradería entre colegas.

—De todas maneras, la sopa está buenísima —dijo Pip—. Creía que ibais a sacar naranjas de ese camión.

El latino de mierda volvió a reír.

—No hay naranjas ya, amigo, pero te juro que estuvimos oliendo a naranja durante tres días. Cuando entrábamos en un cubil lo llamábamos un «combinado», ya sabes, naranjas con menta.

Pip rio con ganas.

Jimmy miraba a unos y a otros con una sonrisa. Le gustaba estar rodeado de soldados, marines armados que podían liberar mataderos con la eficiencia de un comando de especialistas, y que tenían tiempo para comer con gente como ellos sin toda la parafernalia militar. No había oído ningún «¡señor, sí, señor!», ni la bravuconería cromañón a la que lo tenían acostumbrado películas como El sargento de hierro. Estaba a gusto, se sentía un poco más a salvo, y empezó a pensar que las cosas cambiarían a mejor si decidían seguir juntos. Eso esperaba, al menos, que siguieran juntos.

—Bueno —dijo Jason, dejando la lata de conservas donde se había servido la sopa en el suelo—. Ahora nos gustaría escuchar esa información especial que tenéis, a ver en qué habéis andado metidos.

Sonia asintió. Miró a Adam, como si esperara que él contara la historia.

—Cuéntalo tú, por favor —dijo este—. Tienes una visión más completa del cuadro, como cuando viste a aquella mujer en la base.

—Está bien —asintió Sonia pensativa—. ¿Por dónde empiezo? Ah, sí.

## 8

—Fue ahí cuando os encontramos, en ese matadero—concluyó Sonia. Miró alrededor y descubrió que todos la miraban entre embelesados y absortos.

Jason carraspeó.

—Vaya —dijo—. Menuda historia.

—Es casi tan buena como la nuestra —exclamó Josh.

—Gutiérrez quería escribir un libro sobre todo lo que está pasando —añadió Jason—. ¿Has apuntado todo lo que ha dicho, latino?

—Todo todo —asintió Gutiérrez.

—Bueno —inquirió Adam—. ¿A qué te suena? ¿A ovni que preña mujeres, o a otra cosa?

—Definitivamente a otra cosa —respondió Jason—. Y no es cuestión de creer o no creer. Hay muchas cosas en esa historia que nosotros hemos aprendido en reuniones con nuestros superiores, y ellos lo han aprendido en otras reuniones con superiores de más alto rango, y estos de..., bueno, de aparatos de inteligencia con mucha capacidad. Cosas reservadas, como lo de esa mujer en la base Orestes. Elexia, ¿no?

—Elexia.

—Es escalofriante —comentó otro de los soldados.

—Sí —asintió Jason—. Además, lo has contado sin dudar un solo segundo. Cuando se explica la verdad se hace sin pausas, directamente; el cerebro no tiene que intervenir para nada. Me dice que, por lo menos, tú crees que es verdad.

—¿Y para qué coño íbamos a mentirte? —intervino Jared—. ¿Algún tipo de afán de protagonismo en un mundo que se va al carajo?

—Eso también —exclamó Jason asintiendo.

—¿Y bien? —quiso saber Adam—. ¿Qué se puede hacer?

Jason pareció pensar un momento.

—Tu amigo el general, chico de Camp Lake —dijo uno de los soldados.

Jason lo miró.

—Al tiene razón, Jason. El general.

—Sí, eso por descontado.

—¿Un general? —inquirió Adam—. Eso es una buena noticia.

—Es amigo mío —explicó Jason—. Muy buen amigo mío, como un hermano.

—Jason no es un soldado raso —terció Josh—. Era teniente, cuando todo funcionaba bien. Tiene, o tenía, amigos importantes. Creo que es el oficial que más rápido ha ascendido sin tener que enseñar el culo en ningún despacho, o sin ser hijo de congresista, o gurú de las finanzas.

—¿Eso es verdad? —preguntó Seven—. ¿Qué pasó?

Jason se encogió de hombros.

—Las cosas cambian, y hay que adaptarse a ellas —dijo—. Esta situación se ha ido a la mierda por culpa de la cadena de mando. Nos han jodido desde arriba hasta abajo, como vuestra historia me ha confirmado. El mandamás número uno queda comprometido y corrompe a los diez mandamases que tiene debajo, y este corrompe a cien más, y así hasta que el soldado Joe es enviado a casa. Yo no quería que hubiera cadena de mando en el grupo. Somos combatientes, y los saludos marciales son cosas del pasado.

— La Résistance —dijo Adam.

—Sí. Supongo que sí.

—¿Qué general es ese? —preguntó Mac—. ¿No estará... comprometido, también?

—¿Wein? No. No, joder. Suele llamarme, de vez en cuando, a ver cómo andan las cosas. Gracias a los satélites europeos, como he dicho. Se llama Wein, Sigmund Wein. Es el... el mejor hombre que he conocido jamás, salvando a estos cabrones que son ahora mi familia.

Gutiérrez levantó su lata a modo de brindis.

—Wein es el único, que yo sepa, que sigue donde debe estar. Está buscando información en Roma, intentando averiguar qué ocurre, o cómo pararlo.

—¿En Roma? —graznó Jared—. ¿Por qué demonios en Roma?

—Por el... Vaticano. No lo sé. Tienen mucha información en sus archivos, cosas antiguas, clasificadas. No sé decirte con exactitud.

Adam abrió mucho los ojos.

—Oh. Vaya. Eso... eso tiene sentido —exclamó pensativo—. Es una buena idea. Supongo que está tirando del concepto de vampiro como demonio.

—Wein es un hombre muy inteligente —dijo Jason—. Si está en Roma revolviendo libros es porque cree que es lo mejor que puede hacerse en estos momentos, y no me cabe duda de que sacará algo en claro.

—¿Va a contarle esto a él? —preguntó Pip.

—Sí, desde luego. Eso haré. Hace ya unos días que no llama. Espero... espero que esté bien. Cuando se desmontó el gobierno me preocupé, no sé si lo habrán... No lo sé.

—¿No puede llamarlo usted? —preguntó Jimmy.

—No. Tiene que llamar él.

Sonia asintió.

De repente, oyeron un pitido discontinuo. Jason abrió mucho los ojos y se incorporó con rapidez, echando mano a uno de los bolsillos. Sacó un aparato grande y compuso una expresión atónita.

—Que me jodan —susurró—. Que me... jodan bien jodido.

Extendió la antena y dijo:

—¡Wein!

Todos se miraron. Sonia compuso la mayor sonrisa que Jimmy le había visto desde que se conocieron, aquella mañana en su calle, hacía como una eternidad. Adam se pasó una mano por el cabello, su boca era un círculo perfecto, semiadornado por una sonrisa.

Jason se retiró del fuego, hablando con el general, mientras Josh sacudía la cabeza.

—Es lo que yo digo —declaró—, me cago en la puta. Haces cosas buenas y pasan cosas buenas.

Jimmy no pudo evitar soltar una carcajada, más de alivio que de otra cosa. La coincidencia había sido alucinante. Más que alucinante. Era... como algo de la Fuerza, esa entidad mística y fantástica que se esgrimía como bandera en las películas de StarWars, que había visto un millón de veces. Una conexión abrumadora. Una falla en la lista de la más cabal de las probabilidades.

Mientras Jason hablaba con Wein a cierta distancia, celebraron y se abrazaron al amor de la lumbre, y aunque la tarde discurría con demasiada rapidez, como de costumbre, nadie pensaba en vampiros en ese momento, por primera vez desde el 9 de diciembre, hacía exactamente mil años.

## MIENTRAS TANTO

### 1

Helen Travis había conocido malas épocas en su vida. Madre separada con dos hijos a su cargo, había tenido más trabajos de los que podía recordar, a menudo hasta dos y tres de ellos a la vez. Todo lo que veía le encendía una luz en la cabeza: «Ahí podría haber dinero», porque cuando llega final de mes y los recibos amenazan con asaltar tu exangüe cuenta corriente, uno despierta a una alocada carrera contra reloj para conseguir unos dólares haciendo prácticamente cualquier cosa. Había descargado camiones en Yonkers, contabilizado facturas en una asesoría de Virginia, paseado perros en San Antonio, Texas, preparado burritos en La Alucinante Cocina Ambulante de Al, y había hecho de asistente de un fotógrafo en Portland, Oregón, que luego fue encarcelado por acoso sexual y pedofilia. Cuando le hablaban de algún trabajo, ella sacudía la cabeza y decía: «Creo que estuve haciendo eso también, un par de meses».

Helen rara vez veía rendimiento por su esfuerzo. Pagaba el alquiler, la comida, el teléfono y cosas como la comunidad y el agua si las condiciones del alquiler no las incluían, y todo lo que le quedaba eran menos de cien dólares para ahorrar, si acaso sobraba dinero. Los meses que hacían falta medicinas o ropa y zapatos para los chicos, el saldo era negativo, y Helen llegaba a casa rota y derrotada, a veces a la una o a las dos de la mañana, cenaba una sopa caliente y lloraba un poco, sola, en la cama. A menudo pensaba que, si no fuera por sus hijos, haría mucho que se hubiera rendido.

Esas malas épocas no podían compararse con las que estaba viviendo ahora. Eve tenía diez años y Richard trece, y hacía días que habían desaparecido. Los había buscado por todas partes y había intentado obtener ayuda de las autoridades, sin éxito, pero se habían esfumado. A veces se debatía entre el horror de que pudieran estar sufriendo en ese mismo instante y el hecho más que probable de que los encontrara muertos y desangrados, víctimas de uno de esos monstruos que estaban enviando América a la cloaca de las penurias humanas. Esa misma noche había deseado que aparecieran en la ventana de su dormitorio, ubicado en un segundo piso, sonriendo tras los vidrios sucios de la ventana. Se dijo que los dejaría entrar y los abrazaría, ¡oh, cómo los abrazaría!, incluso a sabiendas de que su cuello quedaría expuesto. Le importaba una mierda. Tal vez así podrían estar juntos de nuevo, y esta vez para siempre.

Lo que más la jodía era que su marido había huido de su matrimonio y de sus hijos para largarse a Europa. ¿Era Europa o Australia? Siempre los confundía. Al otro lado del mundo, en cualquier caso. A Europa, donde no había vampiros. Era para partirse de risa. El canalla había vaciado la cuenta corriente, había dejado a sus hijos sin un padre y ahora iba a librarse de los monstruos también. Estaría follando en alguna playa soleada con música de acordeón de fondo, porque en Europa había mucha música de acordeón. Cuando leía algo sobre el karma, Helen entraba en una fase de hilaridad aguda que le dejaba el estómago dolorido durante horas.

Esa mañana, Ruth Mendoza, su vecina, llamó a la puerta de su casa.

Cada vez que sonaba el timbre, Helen corría hacia la puerta, envuelta en mil pensamientos optimistas. Se imaginaba a Eve y a Richard, sucios pero sanos, con la

ropa manchada de barro. «Solo queríamos matar vampiros, mamá», diría Eve con la mirada baja, como solía hacer cuando sabía que había hecho algo malo. «Para que estés a salvo y dejes de llorar por las noches.» E incluso cuando vió que se trataba de Ruth, se quedó mirándola con los ojos muy abiertos, como esperando que dijera: «Tengo a tus hijos en casa, Helen. Les he dado chocolate caliente pero Eve no quiere tomarlo porque dice que le saldrán granos».

Sin embargo, Ruth no dijo nada de eso.

—¿Cómo estás, Helen? —la saludó.

—¿Sabes algo de mis hijos? —dijo ella—. ¿Algo, cualquier cosa?

Ruth negó con la cabeza.

—¿Puedes... puedes venir un momento conmigo, Helen? —preguntó a continuación—. Tengo una cosa que... que quiero que veas.

Helen pestañeó.

—Pero... ¿y si vuelven, Ruth? ¿Y si vuelven mientras no estoy y piensan que me he marchado? Todo el mundo se ha marchado.

Ruth asintió.

—He pensado en eso, querida —dijo—. Sabía que no querrías venir. Mira, he escrito una nota.

Le enseñó un papel que decía: EVE & RICHARD: HE SALIDO UN MOMENTITO. VUELVO ENSEGUIDA.

Helen se quedó mirando la nota, con las puñeteras lágrimas asomando a sus ojos. Otra vez. Se dijo que algún día se secaría, que las lágrimas no podían estar siempre ahí, enturbiando su vista.

—No sé si... —balbuceó.

—Leerán esto, querida, y esperarán —dijo Ruth—. Seguro.

Helen miró la calle vacía. A esas horas solía haber cierta actividad: coches pasando, algún reparto, un vecino que caminaba por la calle hacia la tienda de comestibles de Parcy & Essex, Comida Internacional, solo porque vendían especias hindúes y pizza italiana cuya etiqueta decía: «Fabricado y envasado en Ontario». Pero la calle estaba vacía, y a lo lejos, en alguna parte, ladraba un perro.

—¿Crees que estarán bien? —preguntó Helen—. Si esperan aquí, quiero decir.

—Puedes dejar la puerta abierta, si quieres —sugirió Ruth—. De todas maneras, no hay mucha gente por aquí.

—¿Tardaremos mucho?

—Oh, no, cariño. Será un momentito. Es... es importante.

—De... acuerdo —balbuceó Helen—. Dejaré la puerta abierta, ¿vale? Así podrán entrar y... comer algo, no sé. ¿Crees que debería dejarles un sándwich? Richard es el mayor, pero... es un desastre haciéndose cualquier cosa. Eve siempre...

—Cariño —la interrumpió Ruth—, será solo un momento.

Helen asintió. Miró a la casa y se tocó el pelo. No recordaba haberse peinado esa mañana, ni la mañana anterior.

—Estás bien —le dijo Ruth—. Estás estupenda.

—Tengo que... estar bien —murmuró Helen—. Para cuando vuelvan. A Eve le gusta que esté guapa, dice que tengo que pescar un buen marido. —Rio con amargura—. Algunas cosas se me olvidan. Lo... lo siento.

—No te disculpes —dijo Ruth con una expresión de fastidio—. Vamos. Vamos a casa.

Helen salió detrás de ella, dejando la puerta entreabierta. ¿Estaba lo bastante abierta como para que se dieran cuenta? En el último momento, regresó sobre sus pasos y empujó la puerta un poco más. Ruth ni siquiera se enteró.

Ruth no vivía lejos, tres casas más allá, en la misma calle. Ella era propietaria y su casa era bastante más grande y lujosa que la suya, y por esa época lucía sus mejores galas navideñas, incluyendo un reno de tamaño real cuya nariz se encendía de un rojo brillante al caer la noche. Su marido era un buen hombre: sabía hacer esas cosas que deben saber hacer los maridos además de traer un salario a casa; cosas como arreglar los grifos, ocuparse de enchufes estropeados, reparar el tejado y pintar la casa en verano, con el buen tiempo. A veces los había visto tomar una cerveza en el jardín, a principios de verano, con el sol llenando la escena de vida y de color. Él vestía un mono blanco que ocultaba las manchas de pintura, pero aun así eran evidentes. A Helen le parecían sexis; eran manchas de hombre. Manchas de hombre de verdad. «No he sido bendecida con hijos, Helen Travis —le había dicho Ruth en cierta ocasión —, pero tengo un marido decente, y tú tienes exactamente lo contrario. Es curioso cómo reparte Dios las cosas.» Era la única vez que le había parecido que Ruth la envidiaba un poco.

Cuando entraron en la casa, sin embargo, Helen sintió un impacto en la cabeza que percibió como una explosión diáfana, cegadora y confusa. Ni siquiera entendió qué pasaba: tuvo una visión inclinada del pasillo de Ruth y eso... eso fue todo.

Despertó en algún momento después, seguramente porque le costaba respirar. Tenía un problema en la nariz que le impedía respirar con normalidad, y a menudo iba por ahí con la boca semiabierta, sobre todo cuando realizaba cualquier actividad física. Intentó abrir la boca para aspirar, pero se encontró con que la tenía cubierta con algo. Algún tipo de... adhesivo. Una cinta. Algo.

Miró alrededor, pestañeando repetidamente para tratar de enfocar. Era... era la cocina de Ruth, de eso no había duda, y ella estaba atada a una silla, manos y piernas sujetas con cuerdas, nudos burdos y desmañados por todas partes. Se sentía confusa, y también dolorida. El dolor nacía de alguna parte de su cabeza y empezaba a extenderse con rapidez por toda la cara, en especial hacia la mandíbula. Dolía, sí, pero el dolor no le impedía preguntarse qué demonios estaba pasando.

Empezó a asustarse. Alguien había estado esperándolas en la casa y les había tendido una emboscada. ¿Eran vampiros? ¿Era eso lo que hacían con la gente, cuando... cuando amanecían ensangrentados e infectados en sus casas, después de la noche? ¿Los ataban y amordazaban en sillas para... para....?

Giró la cabeza, buscando a Ruth, y la encontró avanzando por el salón hacia ella.

—¿Ya está, cielo? —preguntó.

Helen abrió mucho los ojos. Ruth parecía estar bien, perfectamente bien, gracias al cielo. La miró con una interrogación en la mirada.

Ruth se colocó delante de ella y suspiró largamente.

—Podría... podría haberte..., bueno, ya sabes. Pero pensé que... bueno, somos amigas. No quería que todo ocurriera y ya, sin enterarte siquiera. Pensé que merecías una explicación.

«¿Qué ocurre? —se preguntaba Helen, y el eco de la pregunta llenaba toda su cabeza—. ¿Qué... qué ocurre, qué... qué pasa... qué?»

—Nos atacaron la noche del 14 —dijo Ruth—. Era jueves, por cierto. Trevor estaba en casa, claro, porque ya no había ningún trabajo al que ir. Estábamos hablando de marcharnos, ¿sabes? Si hubiéramos hablado de eso un par de días antes, tal vez todo habría sido diferente, pero... Bueno, mi psiquiatra dice que no hay que hacerse preguntas del tipo «¿Y si...?», así que... he aceptado esto como lo que es, y haré lo que haya que hacer para superar las cosas.

«¿Qué cosas? ¿Qué ocurre? ¿Ruth? ¡Ruth!»

—No sé cómo pasó. De veras que no. No tengo un sueño pesado, y menos estos días. ¿Quién duerme estos días, y además de noche? No sé. Tal vez me... hipnotizaron, como dicen las noticias. Dicen que esa es la parte más peligrosa de todo este lío... que es peor que ser mordido. Pero cuando me levanté, Trevor no estaba. Estaba en el salón, encima de un charco de sangre, ¿sabes? Lo supe desde que empecé a bajar la escalera. Por el olor. Era un olor... muy fuerte. Muy... visceral. Como el que hay a veces en las carnicerías. La sangre huele mucho, Helen.

«Oh, Ruth. Oh, Ruth, Ruth.»

—Trevor estaba... estaba muy mal, Helen. Era como si lo hubieran vaciado. Sus pobres mejillas..., bueno, ya sabes que tenía algo de sobrepeso, no quiero negarlo. Lo llaman la felicidad marital, así que no me importaba; nadie podría decir que no sabía cuidar a mi hombre. Pero todo eso había desaparecido. Daba tanta pena, Helen..., tanta pena. Al principio pensé que estaba muerto; no podía despertarlo ni... ni sentía su respiración, ni su corazón, nada. Creí que me moría, Helen, te lo juro. Pensé en quitarme la vida yo también. No quería vivir en un país lleno de monstruos, sola, sin mi marido. ¿Qué iba a ser de mí? Pero Trevor... —Hizo una pausa, sonriendo—. Trevor volvió a la vida. Mi Trevor siempre hace las cosas bien. Volvió, ¿sabes? Aún no está... no está del todo bien, pero volvió. Mira, y mueve los brazos, y está hecho un guarrete, como cuando tenía veinticinco años. De noche me busca, ¿sabes? —exclamó, entre halagada y orgullosa—. Quiere..., bueno, lo que quieren los hombres que aman a sus mujeres: quiere sexo. Tengo que dormir en otra habitación porque... ¡caramba, no podría pegar ojo!

Río, histérica.

Helen escuchaba, respirando pesadamente por la nariz, con cierto esfuerzo, pero atónita y perpleja.

De repente, Ruth se puso seria.

—No soy tonta, ¿sabes? —dijo entonces—. Nunca he estudiado ni he trabajado, pero no soy tonta. Soy una buena mujer americana. Estuve escuchando las noticias, todo el tiempo que podía, que era mucho. Y descubrí cómo funciona la cosa. Hay varios tipos de vampiros, ¿sabes? ¿Lo sabías? Apuesto a que no. Según quién te muerda. Un vampiro muerde a otro, que muerde a otro, que muerde a otro... —explicó, agitando el dedo delante de su cara, como con desgana—, y el último de esa cadena es... Bueno, mi Trevor no es un vampiro muy fuerte. Ni siquiera puede caminar, ¿sabes? Pero... yo lo cuido. Te juro que... —Hizo una pausa—. Te juro por Dios todopoderoso y altísimo, y puedo traer la Biblia si quieres y poner la mano sobre ella, Helen Travis, que traté de alimentarlo. Le puse todo tipo de comida en la boca, sobre

todo su favorita; incluso le puse carne cruda porque no sabía lo que sería mejor para él. Le di agua, le di también cerveza, pero... no tragaba. Era como ponerle un trozo de tela. Abría la boca y lo dejaba caer todo. Lo regañé, por supuesto. Lo regañé mucho.

«Ruth. Oh, Ruth, Ruth, Ruth.»

—Luego vi a tus hijos —murmuró.

Helen se quedó inmóvil, incapaz siquiera de respirar.

Ruth se acercó a ella, hasta que sus caras quedaron pegadas.

—¡Por eso te he puesto la mordaza! —gritó—. ¡Porque sabía que protestarías! ¡Tú siempre protestas, Helen Travis, siempre! ¡Pero tú lo dijiste, cuando te llevamos aquel pastel de frutas en aquella cesta preciosísima que nos costó... nos costó cuarenta y seis dólares, Helen, lo dijiste! ¡Dijiste que harías lo que hiciera falta por nosotros!

Helen rompió a llorar. Las lágrimas corrieron presurosas por sus mejillas.

Ruth se quedó mirándola, impassible.

—No quiero oírte, Helen. Eres una desagradecida. Trevor tiene que alimentarse, ¿sabes? Necesita... necesita sangre. Tiene que comer para ponerse fuerte y cuidar de esta familia. ¿Lo... lo entiendes? No, no lo entiendes.

Se apartó de ella, murmurando algo que Helen no podía oír. En realidad, no podía oír casi nada. Se había enterado de lo que había pasado con sus hijos, la pequeña Eve, de diez años, y Richard, de trece, y ya no quería saber nada de lo que ocurría en la mente de Ruth, en el mundo, o en el condenado universo. El dolor la inundó. Un dolor físico, eléctrico, como un abismo que se abría a sus pies y la enredaba con alambres espinosos.

Ruth salió de la cocina. Cuando volvió, un poco después, empujaba una silla de ruedas donde un Trevor consumido y monstruoso languidecía, con los ojos fijos en el techo y la boca abierta, llena de dientes.

—En realidad —dijo Ruth—, puedes pensar que vas a reunirte con tus hijos, Helen. ¿No quieres eso? Seguro que quieres, ¿verdad? Sí, claro que sí.

Ruth empezó a canturrear mientras acercaba la silla a su vecina, una ruina humana que sollozaba sin poder contenerse.

—Tienes la sillita, tienes tu comidita, ahora debes... llenar la barriguita.

La mente de Helen esquivó el horror deslizándose, antes de morir, hacia algún vergel mental de locura.

## 2

Horace Carter abrió la puerta y salió fuera de su casa. Allí estaban los hombres del Comité, con Brad a la cabeza. Edwards, Stewart, Kelly, Flores, Cox y Myers, y ese tipo nuevo, Jenkins, creía que se llamaba. Jenkins o Perkins. Era un estirado patán de ciudad, pero a Brad le caía bien porque parecía tener menos entrañas que él mismo, y eso era decir mucho.

Todos llevaban armas, lo cual no era nada bueno. Solo Dios sabía qué nueva ocurrencia habrían tenido esa vez.

—Brad —dijo, a modo de saludo.

Brad miraba al suelo, incómodo, mientras el resto tenía las miradas fijas en él.



—Hola, Horace —saludó—. Esto... Buenos días. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —respondió Horace—. Dadas las circunstancias, claro.

Brad asintió, sin decir nada.

—¿Qué pasa? —inquirió Horace—. ¿Hay algo que hacer? ¿Ha pasado algo? Si queréis que os acompañe..., bueno, no es un buen momento. Mi hija no está muy bien.

—Ya —dijo Brad, eludiendo su mirada—. De eso quería hablarte, precisamente. Verás...

Horace arrugó la frente, intrigado.

—¿Qué pasa, Brad? —preguntó, intentando componer una sonrisa. Empezaba a sentir una inquietud importante; con el Comité uno no sabía nunca a qué atenerse—. ¿Chicos? ¿Pasa algo? ¡Vamos!

—Díselo, Brad —intervino Jenkins. O Perkins.

—Está bien —dijo Brad—. Es tu hija. El Comité..., bueno, está preocupado, ¿sabes?

—Oh —exclamó Horace, aliviado—. Vaya. Os lo agradezco, chicos. De veras. Ella..., bueno, no está muy bien, la verdad. Pero rezo a Dios todos los días y me digo que algo bueno ocurrirá.

—Ya —asintió Brad—. Bueno, el Comité piensa que... O sea, nunca la hemos visto en la calle desde que empezó todo esto, ¿sabes?

—¿En la calle? —repitió Horace, confundido—. Está muy enferma, Brad. No puede ni moverse, prácticamente. No te entiendo.

—Es por el sol, ¿sabes? —dijo Brad, señalando al cielo y mirándolo por primera vez—. O sea, nunca le da el sol. Y el Comité se pregunta...

—Se pregunta si tu hija no será un vampiro —soltó Edwards, escupiendo al suelo—. Eso se pregunta.

Horace se quedó mirando a Edwards, perplejo. Miró luego sus expresiones ceñudas y las armas en sus manos y empezó a preocuparse. A preocuparse de veras.

—¿Qué? —exclamó, incapaz de encontrar las palabras adecuadas—. No, escuchad. Ella está enferma, ¿vale? Solamente enferma. No hay ningún médico ni hospital al que llevarla, ni siquiera sé qué medicinas darle, pero está... está mal. Te lo dije, Brad. A ti también, Kelly. Tu mujer lo sabe, trabaja... trabajaba en la farmacia. Mary se lo dijo. Está enferma, no es...

—Bueno, eso es lo que dices tú —lo cortó Edwards.

Brad levantó ambas manos, con una escopeta en una de ellas. Llevaba aquel abrigo azul que lo hacía parecer un pelele, un par de tallas demasiado pequeño, como si no quisiera admitir que había ganado peso en el último año.

—¡Vamos, chicos! —dijo—. Todo esto es una mierda, ¿vale?, pero es mejor asegurarse. Lo único que queremos es que la saques aquí fuera un rato, ¿vale? ¡Que le dé el sol! Solamente eso. Si le da el sol y no explota como esos cabrones, bueno, nos iremos por donde hemos venido, y puede que pase un poco más tarde a beber una cerveza contigo y charlar de los buenos tiempos, antes de que todo este asunto nos jodiera la vida.

—A ti te ha venido bien, Brad —masculló Flores, riendo como una hiena.

—Cállate, imbécil —exclamó Brad.

—¿Que la... saque? —preguntó Horace—. ¿Estáis locos? Está en la cama, por el

amor de Dios, muy frágil, muy enferma. Está muy mal... ¿Queréis verla? Está en la puñetera cama, joder, y tiene frío todo el tiempo. Tiene tanto frío que le duelen las manos. Si la muevo, si la saco aquí fuera, con el frío...

—Vamos, Horace —murmuró Brad—. Sé comprensivo. Sácala.

—¡Entrad, coño! ¡Entrad en la puta casa! ¡No es... ningún vampiro!

Iba a añadir que anoche estuvo escupiendo sangre, una sangre negra que olía a auténtica mierda, en cantidades bastante impresionantes. Pero decidió que no mencionaría nada de sangre. Aquellos imbéciles solo necesitaban agarrarse a la puta palabra para moldear la historia como les saliera de sus putos cojones.

—Sácala —repitió Brad ceñudo.

—Será mejor que la saques, Carter —exclamó Jenkins o Perkins—. Va en serio. O quemaremos toda la casa.

Horace lo miró, encendido por una creciente ola de ira que iba gestándose en su interior.

—¿Que vas a hacer qué? —escupió—. Atrévete. Atrévete a acercarse a una puta cerilla a esta casa, puto mamón estirado, y yo mismo te arrancaré la garganta con los dedos.

—La chica es un vampiro —gruñó Myers—. Mirad cómo se comporta el padre. ¡Está protegiéndola!

—¿Es verdad eso, Horace? —preguntó Kelly—. ¿Está infectada?

—¡Me cago en la puta! —gritó Horace—. ¿No hay más negros que apalazar en todo Rocky Hill? ¿Eh, Brad? ¿Se han acabado los maricones que tanto te molestan? ¿Los... putos raperos? ¿No queda nadie a quien dirigir esa mierda de odio que te tiene podrido el seso?

Brad cambió su expresión a una más adusta.

—Saca a tu cría, Horace —dijo—. Va en puto serio.

Horace miró a los hombres. Los había visto hacer cosas, y que Dios lo perdonase, él las había hecho casi todas con ellos, y sabía cuándo iban en serio. Lo decían sus ojos, velados por un miedo ancestral que se mezclaba con una ignorancia exacerbada y que engendraba la peor clase de ser humano que uno podía echarse a la cara. Ese era el Comité que regía Rocky Hill desde que los vampiros habían mandado a la mierda el país, y desde que Brad se irguió en el salón social erigiéndose presidente de Bradlandia, secundado por los campeones del prostíbulo de Alice y bebedores de cerveza compulsivos, Kelly y los otros. Y los tenía delante y supo que no se detendrían, que ninguna explicación los haría volver a casa, con sus mujeres y sus hijos, para sentarse otra vez en el porche con una caja de Coors y un paquete de Marlboro.

—Está bien —masculló, apretando los dientes—. La sacaré un momento. La pondré al sol, aquí, delante de vuestras narices. Pero prometedme una cosa. Tenéis que jurarlo.

—¿Qué cosa? —quiso saber Flores, arrugando la nariz.

—Si el sol no la afecta, nos dejaréis en paz. Podéis ir por donde habéis venido, y nos dejaréis en paz. Asunto zanjado.

—Asunto zanjado —repitió Brad.

Kelly asintió.

Horace se quedó mirándolos un rato más, como tratando de descubrir si decían la

verdad o no. Horace sabía que los chicos se habían equivocado otras veces, como cuando le dieron una paliza a aquel abogado de la ciudad que conducía ese coche para maricas de marca japonesa. Brad dijo que los coches japoneses eran para maricas, y le dejaron la cara hecha pulpa y una mancha de sangre en los huevos que podría haber llenado un tarro de salsa barbacoa de un litro. Luego encontraron fotos de su mujer y sus hijos en la cartera, y se miraron con una razonable sombra de duda en el rostro. Brad tiró la cartera a una alcantarilla. «Los maricas también tienen mujer e hijos, así se esconden, solo que prefieren tener una polla bien dentro del culo. Esos cabrones son los peores.» Flores aplaudió como el retrasado que era.

—Está bien —dijo al fin.

Horace entró en la casa y buscó a su hija en el salón. Había trasladado allí la cama, para que pudiera tener más espacio y ver la televisión, al menos en los ratos que había electricidad, que iba y venía como la brisa en verano.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó la niña. Tenía dieciséis años, pero se la veía tan pequeña entre los almohadones que hubiera pasado por una muchacha de trece.

—No pasa nada, cielo —dijo—. Unos amigos quieren verte, eso es todo. Voy a... cogerte en brazos y sacarte fuera, solo un momento.

—¿Fuera? —susurró ella—. ¿No hace... mucho frío? Me duelen las manos, papá. No creo que el frío...

—¡Eh, eh! —exclamó Horace—. Te abrigaré bien, ¿vale? ¿Llevas tus guantes? Te pondré el gorro, ¿vale? Será solo un momento. El sol te sentará bien.

—El sol —murmuró ella, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Eso es. ¡Vamos allá!

—No me gusta que andes con esos amigos tuyos, papá.

—Lo sé, pequeña. Lo sé.

Horace la abrigó todo lo que pudo y la tomó con ambos brazos hasta levantarla. Jesús, pesaba tan poco..., menos que cuando tenía doce y pesaba unos cinco o seis kilos más de la cuenta. Cuando Mary vivía y él tenía trabajo en el aserradero y las cosas iban bien, o todo lo bien que podían ir cuando uno se enredaba con gente como Brad.

—Perfecto —dijo Horace, intentando sonreír—. Ya verás qué bien. Será como antes, ¿vale? Un poco de sol y adentro otra vez.

—Me duele mucho, papá —susurró ella, fatigada.

—Sssh. Sssh.

Si esa noche su pequeña volvía a vomitar sangre por culpa de aquellos hijos de puta, se dijo, iría a buscarlos a sus casas y les metería un destornillador por el puñetero culo hasta sacarles la misma cantidad. Al menos.

Horace salió fuera y se presentó delante de los hombres, asegurándose de que el sol le daba en la cara. Ella cerró los ojos, pero sonrió al sentir los rayos tibios en el rostro.

—Ya está. ¿Lo veis? —dijo—. Aquí está. Está bien, como os he dicho, gracias por preguntar. Sois unos buenos amigos.

Los hombres la miraban.

Flores se acercó un poco más que los otros, con una mueca de asco.

—¿Qué tiene en la cara? —preguntó.

—Son... son pupas —susurró ella—. Papá ha dicho que me pondrá una crema.

—Pupas —exclamó Flores.

Jenkins, o Perkins, acercó la cabeza y la retiró con rapidez, como si acabara de acercar la nariz a diez kilos de heces. Horace apretó los puños y los dientes. Si no hubiera tenido a su pequeña en brazos, se habría lanzado contra él y le hubiera arrancado la cabeza a puñetazos.

—Que le dé el sol —dijo Jenkins—. En el cuerpo. A ver qué pasa.

—Desnúdala, Horace —dijo Edwards.

Horace los miró como si fueran marcianos. Marcianos con un tutú rosa interpretando la canción We Are Te Champions de Queen.

—Vale —dijo Horace—. Se acabó. Nos vamos adentro, cielo.

Se dio la vuelta, pero alguien lo cogió del brazo con fuerza y lo retuvo.

Horace volvió la cabeza. Sentía ese temblequeo en la base del cuello, imperceptible a la vista, que anunciaba una oleada de cólera.

—Suéltame —gruñó.

—Desnúdala —exclamó Brad.

—Papá —susurró ella—, ¿qué pasa?

Horace sacudió el brazo con fuerza y empezó a dirigirse hacia la puerta de la casa. Estaba pensando que cogería su rifle y que se llevaría a ese estirado de ciudad al otro mundo, ¡BUM!, un buen disparo en toda la cara. Su nariz acabaría en Baltimore, seguro, y eso haría que los otros se pensarán las cosas dos veces. Pero apenas había terminado de acariciar esa idea, que en su cabeza se dibujaba como La Mejor Idea del Mundo, cuando alguien tiró de él desde atrás. La fuerza del tirón hizo que la pequeña se estremeciera en sus brazos y se escurriera hacia el suelo. No cayó de repente, se deslizó por el nórdico en el que estaba envuelta en una caída suave.

Horace se encontró con varios brazos rodeando su cuerpo. Allí tenía a Flores, cerca de su cabeza, con esa peste a loción para el afeitado de barbero barato. Alguien le estaba dando con el pie por detrás de las rodillas para que se doblara.

Horace aulló. Movié la cabeza con rapidez y le dio un cabezazo a Flores, que empezó a gritar con la sangre escurriéndose fuera de su nariz. Sacudió los brazos como si estuviera poseído, pero cada vez lo sujetaban con más fuerza. Un estallido de dolor en la rodilla lo hizo caer al suelo, la cara roja de rabia, la boca congelada en un grito.

—¡SOLTADME, SOLTADME, HIJOS DE PUTA!

—¡Será solo un momento, coño! —exclamó Brad, que jadeaba ahora como un perro de presa. El sobrepeso estaba pasándole factura muy rápidamente.

—¡Sacad a la cría! —gritó Edwards.

Horace se debatía, mirando cómo arrastraban a la pequeña fuera. Durante un par de segundos tuvo la imagen de su cara, pasando con rapidez por delante de él, los ojos redondos y enfermos, asustados, con una pregunta grabada en su mirada: «¿Qué pasa, papá? ¿Qué hacen tus amigos? No me gustan, papá. No me gustan tus amigos».

Horace gritaba, intentando desasirse. Alguien lo golpeó en la cabeza, pero él se sacudió con fuerza, sin sentir dolor alguno. Su hija salió fuera, arrastrada por alguno de los chicos. Jenkins, tal vez, o quizá Cox, o Myers, que no habían dicho nada o casi nada. Se dijo que si se atrevían a desnudarla, si se atrevían a dejarla desnuda ahí en la

calle, los... los...

—¿Papá? —la oyó decir.

—¡Está pálida como un meadero! —exclamó Myers.

—Jesús —decía Cox—. Tenías razón. Creo que es un vampiro.

—¡DEJADLA EN PAZ, PUTOS GILIPOLLAS DE MIERDA!

—¡Cállate, Horace! —gritaba Edwards a su espalda.

—¿Es un vampiro o no? —preguntó Brad desde la puerta, todavía jadeando.

—¡Creo que sí! —aulló Cox—. Tiene todo el puto aspecto de un vampiro.

—¡Pap... PAPÁ!

—Huele como un muerto, joder.

—Se convertirá pronto, Brad. Eso seguro.

Brad sacudió la cabeza y se volvió hacia Horace. Un hilacho de baba caía desde su boca, y sus ojos enrojecidos se clavaban en él con furiosa rabia.

—Oye... Horace, tú no te das cuenta porque eres su padre —susurró—. Pero hay que hacer lo que hay que hacer, ¿vale? Por la gente. ¿Sabes? Tenemos que mantener esto a raya.

—Tócala... —susurró Horace llorando—. Tócala y te mataré. Mataré a tu mujer, a tus hijos, mataré a tu perro. Te... Te...

Brad sacudió la cabeza de nuevo.

—¿Ves? Así no... Estás en el Comité, joder. Tendremos que mantenerte encerrado unos días, me parece, hasta que pienses de otra manera...

—Quemaré tu casa, Brad, te lo juro. Contigo dentro. Te meteré una puta farola por el culo hasta que te salga por la cabeza. Te...

La pequeña empezó a gritar.

Había otro sonido. Un sonido extraño. Monótono. Repetitivo. Puede que a cualquier otra persona le hubiese pillado por sorpresa y no hubiera podido identificarlo, pero para Horace no era desconocido. Lo había oído antes, cuando analizaron a aquellos negros de Nueva Orleans, o al abogado, o...

Era el sonido de los golpes, mezclado con los gritos de su hija.

Horace gritó también. Gritó tanto que se le hincharon las venas del cuello, y los ojos parecieron salirse de sus cuencas. Gritó hasta que se quedó sin aire en los pulmones, y aun así continuó gritando, sin emitir sonido alguno; una máscara congelada y esculpida de desesperación, los primeros peldaños en la escalera de un dolor infinito.

—Joder, Horace —exclamó Brad con un gesto de fastidio—. Te estamos haciendo un favor, coño.

Flores miraba cómo Edwards golpeaba el cuerpo ahora silencioso de la muchacha, tan fascinado como embelesado. El ritmo le recordaba al del sexo, la misma cadencia, la misma armonía. Pum. Pum. Pum. Una especie de melodía que parecía conducirlo, de hecho, a alguna suerte de desquiciante orgasmo mental.

## Capítulo 16

### ALKIBIADES



#### 1

Wein colgó el teléfono y lo devolvió a su maletín de viaje. Estaba nervioso, excitado, ilusionado y asustado, todo a la vez. Era abstemio, pero si alguna vez había necesitado un trago, era entonces. Un trago, o un cigarrillo, o ambas cosas, tal vez. Se apoyó con ambas manos en la silla de su habitación y cerró los ojos por un momento. Había mucho que hacer, y sería mejor hacerlo bien.

Había pensado efectuar otras llamadas esa noche, pero tenía que pensar. Pensaría primero y llamaría después. Sobre todo en lo que concernía a Canadá. Estaba pensando en pasar de esa llamada y viajar hasta allí para tratar el tema en persona; lo último que quería era que algún escéptico y estirado responsable le colgara sin prestarle la atención que el asunto requería, pero la situación precisaba la máxima urgencia y celeridad. Estaban embarcados en una acuciante carrera contra reloj, de eso no había ninguna duda, y si fallaba en alguno de los pasos, le llevaría demasiado tiempo deshacer cualquier error.

Suspiró largamente y acabó sentándose en la silla.

Todo lo que ese grupo de gente sabía, la gente que Jason había encontrado de manera fortuita, lo había aprendido poco a poco a lo largo de innumerables pesquisas, indagando aquí y allí, rebuscando, y vaya si su historia casaba con todo. Con todo. Le dijo a Jason que los llevara a Canadá: necesitaba entrevistarlos a todos de primera mano, registrar cuidadosamente cualquier comentario que hicieran. Esa guerra no la iban a ganar batallando en los pueblos y ciudades sometidos de América, ni con bombas ni con lanzallamas: la ganarían con actividades de Inteligencia en segundo plano, como se ganaban, de hecho, las guerras. Pero sabían tanto... Sabían tanto... De hecho, sabían un poco más de lo que él había llegado a averiguar, excepto por...

Por la parte del segundo Manuscrito Voynich.

Por supuesto.

Ese texto estaba escrito en el mismo lenguaje incomprensible que el primero, así que no había podido entender nada de lo que allí se decía. Si el gobierno y el aparato

militar norteamericano no se hubiesen desestabilizado, ya habría traído a todo un equipo de expertos para que trabajasen en los documentos, pero esa... mujer, esa entidad supraterrrenal que habían llamado Medusa...

Elexia.

Elexia se había ocupado de que tales cosas no fueran posibles. Había jugado muy bien sus cartas; muy muy bien. Tendría que tirar de contactos y rezar para que ninguno de los elementos clave que lo llevarían a contactar con los expertos en criptografía que precisaba estuvieran muertos. O hipnotizados, lo que podría ser aún peor.

Sacudió la cabeza, pensativo.

El texto no se entendía, pero las ilustraciones eran suficientes. Si le hubieran dejado sacar una copia digital del manuscrito se tumbaría en la cama de su habitación en ese mismo momento y las examinaría otra vez, y luego las examinaría de nuevo. El ilustrador era detallista y concienzudo, y muchas veces daba la sensación de padecer horror vacui por la cantidad de detalles que había incorporado en cada escena, en cada dibujo, de los que había quizá un centenar. Tal vez por eso cada vez que se sentaba a la mesa del despacho apartado donde accedía al manuscrito creía ver cosas nuevas. Detalles que eran en apariencia triviales pero que ocultaban importantes pistas para comprender el cuadro general.

El cuadro general.

¿Por qué no había alcohol en esa habitación?

Quizá lo más importante en ese momento era el dibujo que habían dado en llamar «el de los nueve puntos». Marcas de ojos en un mapa geográfico, muy rudimentario, de cuando los continentes no se habían formado del todo. Tuvo que ser dibujada a posteriori, sin duda, en una época más reciente, o los historiadores encargados de transcribir la historia de nuestro planeta habían estado bebiendo en horas de trabajo. Cada marca estaba ubicada en un lugar concreto, pero lo que le llamó la atención era que uno de ellos estaba en el mismo lugar donde habían averiguado que extrajeron la cáscara de obsidiana en la que vivía esa mujer, en Iraq. En la misma zona. Así que... esos nueve puntos podían representar los lugares donde estaban enterrados los otros. Podían, no: los representaban. Jason le había dicho que el líder de todos ellos (miró el pliego de papel en el que había estado garabateando notas mientras hablaba), Alkibiades, ¿o Alkibiades?, estaba en Canadá, en el Yukón canadiense. Sepultado y oculto, ignoto por las incontables generaciones que habían pisado aquellas tierras. Wein sabía que no habría asociado los nueve puntos con la Operación Medusa hasta que tal vez ya fuera tarde. Si no fuera por aquella chica, ¿Laura, se llamaba?, y su testimonio, esa asociación habría tardado en producirse. Elexia en Iraq, Alkibiades en Yukón. Estaba ahí, pero por Dios que no lo había visto.

Por lo que sabía, los vampiros habían traspasado ya las fronteras de sus vecinos canadienses, pero sus instituciones seguían activas, no como las norteamericanas, y en apariencia concentradas en repeler al enemigo. Elexia aún no se había ocupado de eso, o así lo esperaba. Pero si tenía pensado desplazarse allí para liberar a su líder, su hermano, compañero, o lo que fuera, entonces...

Entonces esa era la principal prioridad, se dijo. Contactar con Canadá, lograr que le creyeran, al menos en parte, y sacar a Alkibiades de allí. Trasladarlo. Esconderlo en

alguna parte del mundo donde ella no pudiera encontrarlo. Si pudiera conseguir que los coreanos, los franceses o los rusos prestasen su colaboración para moverlo a alguna isla del Pacífico y lanzar seis misiles nucleares sobre esa cosa, lo haría. Si no, tal vez podría llevarlo al Atlántico y lanzarlo a alguna fosa abisal del fondo marino, de esas que se adentran kilómetros y kilómetros en la tierra y que apenas han sido exploradas porque la presión es insostenible.

Si aún seguía allí.

Había alguna otra fuerza conspirando en la oscuridad, o tal vez conspiró en algún momento y luego se retiró, cuando la situación se complicó en la base Orestes. Una de las primeras cosas que hizo fue ordenar un estado del personal en la base, desde su fundación hasta la actualidad. Quería saber qué generales, agentes del gobierno, fuerzas especiales, civiles, limpiadores, transportistas y visitantes había recibido la base. Quería sus nombres, y que todos fueran investigados, aunque eso supusiera remover toda América. Pero descubrió que los archivos habían sido destruidos y los ficheros en la central de datos eliminados, incluyendo los de las copias cuidadosamente almacenadas en servidores apartados y desconectados de la red. Los pocos nombres que pudo encontrar que podrían ser relevantes habían ido desapareciendo de maneras sospechosas. Teniente primero Keith Bennet, infarto de corazón mientras pescaba en Utah. Oficial de comunicaciones Roberta F. Hedges, accidente mortal de coche de regreso a su casa, en una calle residencial con menos tráfico que un aeropuerto en Marte. Esa «fuerza» había urdido todo el plan Medusa, que consideraban una especie de arma o herramienta de poder, y se había ocupado de eliminar sistemática y eficientemente todo rastro de información.

«Por la mente colmena», se dijo de repente.

Wein entrecerró los ojos.

Para que Elexia no supiera, tal vez. Para que no pudiera escudriñar en sus mentes con ese poder que tenía, una vez comprendieron que estaba fuera de control, que era cuestión de tiempo que escapara y se hiciera con el dominio de todo.

Tal vez.

Sacudió la cabeza y se quitó la chaqueta. Hacía demasiado calor para ser diciembre.

Había otros muchos dibujos en el segundo manuscrito. Dibujos que, de haber sido encontrados en un libro de fantasía al estilo Dragones y mazmorras, no le hubieran parecido fuera de lugar. Había catorce páginas con ilustraciones detalladas de algún lugar, o lugares, que no pudo reconocer, una especie de ciudad llena de torres altas, cúpulas, edificios proyectados en ángulos de treinta grados, como dientes de sierra, con puentes elevados que conectaban unas estructuras con otras. Algunas de las ilustraciones mostraban salones inmensos con grandes columnas que nacían del suelo y crecían en grosor a medida que ascendían, en alturas arquitectónicamente imposibles, hacia unos techos anegados en bóvedas. Las dimensiones eran aberrantes incluso para la edad moderna, donde empresas privadas como Google o Apple levantaban complejos gigantescos ante los que uno no podía más que dejar escapar una expresión de asombro. Titánicas escaleras, pasarelas colgantes que no podían sostenerse sin fundamentos modernos de vigas colosales, descritas por alguien en cuya época se usaba la paja, tal vez el adobe, para construir refugios rudimentarios.



En todas esas ilustraciones se manifestaba un cielo furibundo abigarrado de nubes oscuras, llenas de bucles, que lo oscurecían.

Y los nueve.

Podía vivir mil años, cerrar los ojos y ver esas nueve figuras ilustradas a doble página, rodeadas por esa caligrafía irreconocible y apretada. Figuras desnudas, sin cara, de hombres y mujeres que miraban al frente con pequeñas ondulaciones escapando de sus cabezas.

Los nueve vampiros descritos por el grupo de Jason.

Algunas de esas figuras estaban representadas en otras páginas, pero de lo que hacían o querían expresar esas ilustraciones Wein no tenía ni idea. La fantasía y la representación gráfica de elementos mágicos, o abstractos, no le era extraña: había sido un entusiasta jugador de rol en tiempos de la universidad, y de los de lápiz y papel, no como esos videojuegos modernos en los que uno tiene tanta libertad de acción como un jilguero en una jaula, pero los contenidos se le escapaban. En ocasiones aparecían formas geométricas en sus manos, o una especie de espada llameante, y en ciertos lugares encontraron el motivo de que su eminencia el cardenal Giuseppe Bertellato fuera tan receloso con desvelar la existencia del manuscrito. A veces aparecía el icónico ojo en un triángulo, símbolo de la Providencia Divina, exacto a como se representaba en numerosos documentos. Para el cristianismo, representaba la ubicuidad de la Santísima Trinidad, su omnipresencia divina, pero aunque no era un experto en el tema, creía que el símbolo había aparecido en el siglo xvi, y no antes. Sus expertos le habían mencionado que el símbolo tenía implicaciones históricas mucho más profundas, que ya aparecía en las culturas azteca y maya, que los turcos y los griegos lo llamaban Nazar y que se usaba contra el mal de ojo, y que en la antigua Mesopotamia representaba la Mano de Ishtar, como un símbolo de protección divina. El mismo signo estaba asociado al hinduismo y a la cultura egipcia, en la que tenía que ver con el Ojo de Horus, o también Ojo de Ra, vinculado con deidades solares. Wein creía que el signo era importante, por el concepto de deidad y su persistencia en tantas culturas posteriores a la edad de Elexia, pero no había encontrado aún una conexión. Lo de las deidades solares hacía sonar un timbre en su cabeza, uno que decía: «Wein, ahí hay algo».

En otras páginas, curiosamente, aparecía otra figura que parecía ser un calco manifiesto e inequívoco de la imagen de Jesús como se lo suele representar de manera tradicional: el mismo rostro, la misma expresión, el mismo cabello e incluso la misma ropa. Sus expertos le hicieron notar que el parecido era inequívoco, aunque él no habría hecho la conexión si no hubiera detectado el nerviosismo del equipo de cardenales y altos cargos del Vaticano; si le hubieran dicho que esa figura era Gandalf cuando era joven, no le habría parecido más raro.

Tampoco supo establecer ninguna conexión con la figura del posible Jesucristo y el resto, si es que había una.

Pensó entonces en otra cosa que le había dicho Jason: «Ella está buscando la manera de abrir los sellos del ataúd de obsidiana. Es lo que le falta. No sabe cómo consiguieron romperlos en la base Orestes, y eso la frustra. Cuando lo averigüe, irá a por Alkibiades».

Wein tampoco lo sabía. Cuando estuvo en Orestes, el científico asignado allí le

dijo que la estructura de obsidiana estuvo bañada en alguna sustancia oleaginosa, y tanto en el manuscrito conocido como en el secreto había numerosas referencias a plantas, preparados y ungüentos. Si ese sello tenía que ver con alguna receta ancestral, algún... potaje de ajo y Dios sabe qué otras hierbas, tenían un problema. Para empezar, la mayoría de las plantas descritas no existían ya en la tierra, si es que existieron alguna vez. También podría ser algún ritual, tal vez relacionado con el sol, o con alguna de esas cosas extrañas de las que el gobierno tenía cierto conocimiento pero que languidecían en un archivo encriptado en algún servidor inaccesible, entre los avistamientos de naves procedentes del espacio profundo y otros asuntos que escapaban del alcance de su capacidad como nación, o como especie.

Tendrían que trabajar en eso también si querían volver a encerrar a Elexia en una jaula de la que no pudiera escapar. Otra vez.

Wein suspiró largamente, se llevó una mano a la cabeza y la dejó allí un buen rato, como si la sostuviera con el brazo mientras se apoyaba en la mesa. Empezaba a dolerle. Demasiadas cosas, y todas de repente. Era un puzle demasiado grande, demasiado, y si Elexia ya parecía un problema de difícil resolución, la posibilidad de que llegase a liberar a cualquiera de los otros le hacía sentir escalofríos.

Por primera vez desde que era pequeño, hacía ya bastantes décadas, Wein, sin saber por qué, se santiguó.

## 2

Jimmy abrió los ojos y se encontró en el interior del camión, en el tráiler de carga. Jason había dicho que era mejor que durmieran todos juntos allí, que la caravana estaba demasiado expuesta, y tenía razón. Se dijo que, probablemente, habían estado tentando demasiado a la suerte. Los hombres de Jason, por cierto, empezaban a ponerse en marcha. Fred (creía que era Fred) estaba sentado junto a él, poniéndose las pesadas botas militares. Olía a sudor, como todo el compartimento.

—Buenos días, chico —dijo.

—Buenos días —contestó Jimmy.

—¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad —respondió Jimmy sonriente.

—¿Cuántos años tienes, por cierto?

—Trece —dijo Jimmy—. Pero aparento tener quince, ya lo sé.

El soldado sonrió.

—Tienes muchos huevos, chaval. Casi todos los chicos de tu edad que conozco se habrían vuelto majaras en esta situación. La mayoría no saben ni limpiarse las orejas si no tienen un mando de la PlayStation en la mano. Mucho gatillo y mucho Call of Duty, pero te apuesto a que se hubieran meado encima de haber pasado lo que tú.

Jimmy sonrió.

—Ya. Supongo.

Jason estaba abriendo las puertas del tráiler desde fuera. La luz penetró generosa en el interior, arrancando protestas. Jimmy supuso que había salido antes para hacer una pequeña ronda de vigilancia, o tal vez había dormido en la cabina para asegurarse de que nadie rondaba el vehículo durante la noche.

—¡Buenos días a todos! —proclamó entonces—. ¡Son las seis y media de la mañana y el sol tiene a esos cabrones otra vez en sus agujeros! ¡Arriba, que hay mucho que hacer!

Alguien se tiró un pedo, lo que provocó algunas risas.

Anne se incorporó de repente hasta quedar sentada, con los ojos todavía cerrados y el pelo revuelto y desmadejado.

—¡Buenos abdominales, señora! —observó Fred—. Ni siquiera Corso puede sentarse de esa manera sin que las patas se le queden colgando en el aire.

—Yo también he dormido bien —respondió Anne—. Buenos días.

Fred soltó una carcajada.

—Si alguien tiene que mear —dijo Jason—, las señoras a la izquierda y los caballeros a la derecha. ¡Burke, latino de mierda, os toca hacer el café!

—Pero si yo odio el café —protestó Gutiérrez mientras se revolvía en su saco de dormir.

—Pues no te lo bebas —dijo Jason—. ¡Más para los demás! ¡Arriba, cojones! Hay que aprovechar bien el día.

—Jimmy —dijo una voz desde la espalda del chico. Jimmy se volvió y encontró a Sonia, con una expresión que no supo leer—. ¿Puedes traerme mi mochila de la caravana, por favor?

—Oh. Claro —dijo Jimmy.

Se puso en pie y se arregló la ropa. La vida de superviviente al estilo «Te Walking Dead» podía tener sus inconvenientes, pero no tener que usar pijama para dormir era para él una agradable ventaja.

—Buenos días, campeón —dijo Jason cuando pasó por su lado—. ¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad —dijo Jimmy sonriente.

Hacía un día fantástico, aunque seguía haciendo frío. Un poco más cada vez, como si se acercaran días gélidos de verdad. Aún tenían enero y febrero por delante, y entonces nevaría y tendrían que buscar cosas como guantes, bufandas y gorros. Pero le gustó recibir el aroma fresco de la mañana; no se había dado cuenta de cuán viciado estaba el interior del tráiler hasta que salió fuera.

Cuando llegó a la caravana y abrió la puerta, sin embargo, la sonrisa se convirtió en una expresión de sorpresa. Se quedó mirando el interior, confuso, hasta que dejó escapar una pequeña exclamación que podía ser una mezcla entre risa y excitación.

—¡Feliz Navidad! —gritó Sonia a su espalda. Estaba allí, eufórica, con los brazos extendidos y los ojos todavía pequeños por el sueño, con esa sudadera térmica roja que usaba últimamente y el cabello recogido en una coleta. Jimmy sonrió, sonrió mucho, hasta que se dio cuenta de que, probablemente, estaba quedando como un bobalicón, y miró al suelo, nervioso y contento.

Dentro de la furgoneta había un pequeño árbol de Navidad, uno de esos que venden con los adornos ya integrados. No debía de medir ni veinte centímetros, pero era un árbol, de todas maneras. Debajo había un pequeño envoltorio con una etiqueta que decía: «JIMMY», y al lado, un corazón.

Jimmy no sabía qué decir. Los soldados, y también Mac y Adam y Douglas y Seven, iban bajando, sonriendo y mirando la escena mientras comentaban, con risas en los rostros sucios. Se dio cuenta de que todos lo sabían, todos menos él, que

habían estado conspirando para traerle un poco de aquella Navidad que solía alegrar al mundo una mañana de diciembre, la que hacía veinticinco, y que la habían traído para él.

—Gra... gracias —dijo torpemente, sin poder dejar de sonreír. Cuando empezaron a abrazarse y a felicitarse la Navidad unos a otros, Jimmy pensó que aquella era, tal vez, la Navidad más feliz de su vida. Tal vez. Había vivido muchas, desde luego, y las había vivido en compañía de su familia: padres, abuelos, tíos, amigos..., pero todas aquellas navidades previas a los vampiros habían estado dictadas por la inercia y por la perspectiva de un niño para el que estar en compañía de sus padres era algo normal; no un privilegio, sino una especie de derecho. Había necesitado perderlo para apreciar el valor de un gesto sencillo como hacer un regalo o prodigar un abrazo. En ese sentido, aquella podía ser casi su primera Navidad. Una de verdad.

—¡Pero ábrelo, botarate! —dijo Sonia—. ¡Abre el regalo, me muero de impaciencia!

Jimmy asintió y saltó dentro de la caravana; cogió el regalo y lo sacó fuera.

—¡Que lo abra, que lo abra! —coreaban todos.

Jimmy empezó a rasgar el envoltorio, nervioso y exultante. Ni siquiera podía imaginar qué sería, pero le daba lo mismo. Podía ser un hueso añejo para hacer una sopa, o un libro de cien recetas con aguacate para reducir el colesterol, o unos mocasines de Barbie Princesa. Le daba lo mismo. El hecho de estar allí, con toda esa gente sonriendo, abriendo un puñetero regalo que alguien había dejado bajo un árbol de Navidad enano era más que suficiente.

—¡Ostras! —exclamó.

Una imagen más que reconocible lo saludó desde la caja que acababa de revelarse tras el papel de regalo.

—¡Un Darth Vader! —exclamó.

El Sith oscuro parecía mirarlo fijamente a los ojos.

Los soldados rieron a coro.

—Pero ¿cómo sabías...? —preguntó, incapaz de terminar.

—¿Que cómo sabía? —respondió Sonia, riendo—. ¡Llevas como medio mes con unos calzoncillos de StarWars !

Jimmy se puso rojo.

—Es que la ropa interior de los Gallagher me venía grande —se excusó.

Gutiérrez pareció doblarse en dos, arrebatado por un súbito ataque de risa.

—¡Chico, hay que llenar los calzoncillos! —proclamó Fred.

Jimmy empezó a reír, con las mejillas ardientes y encendidas. Era una figura pequeña, pero articulada y muy muy detallada. No le hubiera importado recibir unos mocasines, pero aquello era indudablemente mejor.

—Gracias —dijo.

—Lo cogimos en una de las tiendas —le explicó Sonia.

—¡Nos costó una pasta, chico! —exclamó Jared, que estaba bajando del tráiler en ese momento.

—¡Sí, seguro que sí! —bromeó Gutiérrez.

—Jared quería regalarte una Buffy Cazavampiros —dijo Sonia—. Pero no me

parecía que tuviera... gracia.

—¿Buffy... Cazavampiros? —graznó Jimmy, risueño.

—¿Cómo que no? —protestó Jared—. De hecho, hubiera sido perfecto para empezar a llamarte Buffy. Te pega, chico.

Jimmy sonrió.

—Me pega tanto como llamarte a ti Tina Turner —soltó.

Rieron otra vez. Rieron mucho esa mañana, y rieron cuando prepararon el desayuno a base de tortitas con café caliente y bizcocho de pasas y nueces. Gutiérrez quería burritos con chile, porque era lo que tomaban en su casa en Navidad, y estuvieron bromeando sobre eso un buen rato. Incluso Beatriz, que por lo general hablaba poco y se mantenía algo apartada del grupo, pareció olvidar por unos momentos que vivían día a día con lo que iban encontrando, siempre con la certeza de que después del día venía la noche, y que cada noche era una tirada de dados y una comprobación bastante aleatoria de si vivirían para ver de nuevo el sol o no.

Sin embargo, cuando Jason anunció en una pausa que el general Wein les había pedido a todos (y por todos se refería expresamente al grupo de Sonia y los demás) que empezaran a moverse hacia el norte, hacia Canadá, la noticia les llegó por sorpresa.

—Y por qué no —dijo Mac—. Qué más da un sitio u otro.

Pero para Laura y Pip era diferente. Habían explicado cómo conocieron el poder de Alkibiades, pero fueron incapaces de transmitir lo que sintieron cuando estuvieron conectados a la colmena. De todos los lugares del mundo donde hubieran preferido estar, aquel era el último en la lista. Alkibiades se sentía como un huracán de emanaciones ominosas, desgarradoras, gélidas e inhumanas a niveles que no podían trasladar a las palabras. Era un desgarrar en el alma. Era algo que espoleaba la memoria evolutiva y hacía renacer recuerdos primigenios de otra época, una en la que el hombre era alimento, y eso era todo lo que era. Pensar siquiera en acercarse al lugar donde estaba enterrado les hizo encogerse y sentir un frío interior del que no pudieron librarse a pesar de los villancicos y el desafinado Jingle Bells que Jared cantó mientras se contoneaba como una bailarina de club nocturno.

### 3

*Diario de Jimmy. 25 de diciembre*

*¡Papá Noel me ha traído un Darth Vader! Ha sido la mañana de Navidad más bonita que recuerdo, y he tomado un poco de brandi. No está tan mal, y es verdad que calienta por dentro, pero no sé qué le ve Jared que le parece tan fascinante.*

*Hemos empezado el viaje hacia Canadá. ¡Canadá! Jason aún no sabe por dónde entrar en el país, pero dice que eso es cosa de Wein, que conseguirá que en algún momento alguien se reúna con nosotros y nos permita el paso. Dice que las fronteras aún funcionan allí, o eso cree, por lo último que supo. Ha trazado una ruta en el mapa que nos evitará pasar por poblaciones grandes.*

*Tengo ganas de ir a un sitio donde las cosas sean un poco más normales otra vez, donde haya ciudades que aún funcionan y en las que la gente sale a la calle aunque solo sea de día y puede comprar patatas en una tienda sin tener que asegurarse primero de que el lugar no huele a menta.*

4

El mismo día 25 se pusieron en marcha. Les gustaba tener un objetivo claro, y este además tenía un componente de esperanza que subía los ánimos. Jason aún no había recibido la llamada de Wein para explicarle por dónde entrar a Canadá, pero la opción más sensata era hacerlo por Toronto; al fin y al cabo, había apenas unos quinientos kilómetros desde Blairstown hasta allí, y teniendo en cuenta que debían conducir despacio y siempre por carreteras secundarias, esperaban llegar allí al día siguiente por la mañana.

Toronto era una población grande, la más grande de Canadá, con una población que excedía los dos millones de habitantes, y eso podía ser tan bueno como malo. Si los vampiros se habían hecho con el lugar, Toronto podía ser tan mala o peor que la propia Nueva York, o Washington: un hervidero de muerte donde los supervivientes servían de comida a la población de vampiros, o bien pasaban a engrosar sus filas, un poco más cada noche. Si esa era la realidad de las cosas, Adam apuntó que, estratégicamente, debía de haber guardianes de toda clase esperándolos durante el día.

—¿Por qué no vuelan esas putas ciudades con un misil? —dijo Jared—. Un buen misil y... ¡bum!, todo a la mierda. Napalm. Como en Vietnam. ¿El gobierno ya no usa napalm?

Jason sacudió la cabeza.

—¡Un misil! —soltó—. Debes de estar de broma. ¿Qué pasa con toda la gente que sigue viva en esas ciudades?

—¡A la mierda! —gruñó Jared.

—Jared es un poco extremo para ciertas cosas —explicó Sonia mientras ponía los ojos en blanco—. Pero es buen tío. A veces.

—¡A veces! —rio Jared.

—Ya lo voy pillando —dijo Jason—. Pero el napalm se sigue usando, vaya que sí. ¡Burke! Ilústranos sobre el napalm.

Burke, que estaba jugando a las cartas con Seven, Douglas y Jimmy, se incorporó y carraspeó brevemente.

—Napalm —dijo con voz clara—. Se ha usado en el Sahara a mediados de los setenta, en Irán en los ochenta, en Israel, Brasil, Nigeria, Egipto, Chipre, en Argentina en el ochenta y dos, en Iraq, Serbia, Turquía, en El Salvador y en Angola. Además, le prestamos un poco a Mengistu, dictador etíope, para sus respuestas contra las insurrecciones eritreas.

Gutiérrez soltó una carcajada.

—Burke es nuestro internet personal. A veces creo que el puto mamón se aprendió la jodida Wikipedia.

—Me gusta saber cosas —dijo Burke—. Los datos son importantes.

—Claro que lo son —asintió Jason.

—Pues coño —soltó Jared—, el napalm va perfecto para los vampiros.

—Y lo usábamos —dijo Jason—. Eso, y también ataques puntuales a objetivos

desde al aire, con aviones de combate y todo lo demás, ya lo creo. Pero ahora el ejército se está lamiendo los huevos, por si no te has enterado.

—Es perfecto —ironizó Jared—. Toda mi vida pagando impuestos para vuestras mierdas, y ahora que hace verdadera falta...

—¿Cuándo has pagado tú impuestos? —preguntó Sonia sonriente.

—¿Estás de broma? —graznó Jared—. Impuestos sobre bebidas espirituosas, señorita agente de policía. En Alabama cobran dieciocho dólares por cada tres litros, en Virginia casi veinte, y en Washington, agárrate los machos, algo más de treinta y cinco pavos. Con todo lo que me he echado al gaznate estos años, diría que el ejército tiene una pequeña división de tanques con mi nombre.

Jason soltó una carcajada.

—¡Esa arma es mía! —siguió diciendo Jared, señalando el rifle reglamentario de Jason.

—¿Mi pequeña? —exclamó este—. Ni hablar. Tal vez los calzoncillos de Gutiérrez. ¡Puto latino de mierda, dale tus calzoncillos a este civil!

Gutiérrez sacudió la cabeza.

—Dejé de usarlos hace seis días —dijo—. Ya no podía darles más vueltas.

Hubo una carcajada generalizada.

Jason percibió que Jimmy estaba mirando su casco. Lo llevaba puesto más por costumbre que otra cosa; atenuaba un poco el frío intenso que venían soportando cada día con más intensidad.

—¿Te gusta el casco, chico?

—Tiene... tiene como píxeles —dijo, señalando con un dedo—. Las manchas de camuflaje son como una foto de un ordenador hecha con píxeles.

—Ajá —asintió Jason, levantando un brazo. Las mismas manchas de tonos parduscos se extendían por todo su traje de combatiente—. Todo píxeles. ¿Sabes por qué?

—Antes no era así —dijo Jimmy—. Eran... manchas de colores.

—Sí —asintió Jason—. ¿Qué crees que ha cambiado?

—Es por... por... ¿los radares digitales?

Jason sonrió.

—Chico listo —dijo asintiendo—. Hoy día todo es digital. En las misiones hay más gente mirando una pantalla desde un dron o un satélite que en un estadio de fútbol, y estas manchas confunden a los satélites espías, a los radares, los telémetros, todo. Todo es digital, o solía ser digital.

—Si sacas el móvil y escaneas el traje de Jason con un lector de códigos QR, te sale una tía en bolas —bromeó Gutiérrez.

Jimmy pestañeó unos segundos y luego se echó hacia atrás, súbitamente sacudido por un ataque de risa.

—Necesito algo de eso —exclamó Jared—. ¿Alguien tiene un puñetero móvil?

Douglas meneó la cabeza, risueño.

—Escuchad, ¿cuánto se tarda desde Toronto hasta el Yukón?

—Son unos cuatro mil kilómetros, kilómetro arriba o abajo. Diría que en circunstancias normales podríamos hacerlo en..., no sé..., dos días o dos días y medio. Pero las circunstancias no son normales, y no podemos conducir de noche, ni siquiera

aprovechar demasiado la tarde..., joder.

—Además, hay que parar para buscar comida y agua —les recordó Anne.

—Exacto.

—Y cagar y echar una meada de vez en cuando —añadió Jared.

—Vaya —dijo Adam—. Va a ser un viaje largo.

—Un poco más de lo que esperabas, ¿eh?

—Sí. Un poco más. Tal vez... puede que cinco o seis días.

—Ya veremos —dijo Jason—. A ver si llama Wein y nos cuenta cómo van las cosas por Canadá. Debe de estar haciendo unas llamadas. Con un poco de suerte, tal vez pueda conseguirnos algo como un avión, o un helicóptero.

Jimmy sonrió. La idea de volar en helicóptero acababa de alegrarle el día; tanto que de pronto sintió una extraña inquietud, que crecía de forma paralela a la ilusión de volar hasta que terminó fagocitando la posibilidad de cumplir un viejo sueño. Desde la muerte de Eleonor no habían sufrido percances, ni malos ratos, ni ninguna tragedia, sino todo lo contrario. Las cosas parecían ir bien, a mejor, y cuando se cruza un país dominado por seres monstruosos que viven de la sangre ajena, eso...

Frunció el ceño.

Eso era... Bueno, era raro.

Miró a Sonia, y ella percibió su mirada y se la devolvió, y aunque al principio tenía en su expresión una sonrisa tranquila, pareció captar su inquietud y sacudió la cabeza sin decir nada, inquisitiva. Jimmy se encogió de hombros y regresó a su diario.

Escribió: *La calma que precede a la tormenta*.

## 5

El día veintiséis, Jason tuvo una idea: cortar la chapa de los laterales del tráiler para hacer paneles deslizantes a modo de ventanucos que podían cerrar desde dentro. Serían alargados y estrechos, de modo que nada pudiera pasar por la abertura, incluso estando abierta. Había dos motivos por los que se le ocurrió esa idea: aquella noche durmieron bastante mal porque en el exterior se oían ruidos de todas clases, y Jason pensó que le hubiera gustado echar un vistazo prudente sin ser advertido. El otro motivo era proporcionar un poco de ventilación al tráiler, y tal vez, ver el paisaje. Iban a pasar muchísimo tiempo allí dentro, días y días, y parecía tan necesario como la eterna búsqueda de agua y alimento.

Los hombres de Jason estaban adiestrados para hacer ese tipo de tareas: cortar chapa, soldar, e instalar un marco cobertor para el sistema deslizante. Los materiales, e incluso las herramientas, no fueron tampoco una dificultad. Los encontraron en un pequeño establecimiento de un lugar que recordaba bastante a Princetown. Habían esperado que las cosas se volvieran más civilizadas a medida que viajaban hacia el norte, pero parecía ocurrir exactamente al revés. Los comercios estaban saqueados hasta extremos ridículos, y en las carreteras había coches abandonados y un buen montón de cadáveres en diversos estados de descomposición. Una nube de insectos los sobrevolaban, produciendo un ruido ensordecedor. Parecía haber una proporción en ese caos: menos vampiros, más humanos haciendo de las suyas. Y parecía que los humanos podían ser peores que los monstruos. Sin embargo, los estantes destinados a



ferretería parecían haber interesado poco o nada, y cosas como tablones de madera, clavos, barnices y herramientas como taladros o lijadoras seguían la mayoría en su sitio.

En el camión de naranjas de California no faltaban manos capaces de hacer el trabajo: Mac, Eddie, Douglas y Seven sabían lo suyo de apaños de ese tipo, y en apenas un hora y media el tráiler contó con cuatro ventanucos, dos a cada lado.

—Un buen trabajo, si alguna vez he visto uno —dijo Douglas complacido.

—Sí —asintió Beatriz—. Michael habría ideado algo como un cierre de emergencia, ¿no crees? Un botón que... que cerrara todos los ventanucos a la vez. Por si acaso. Creo que sí. Creo que se le habría ocurrido algo así.

—Ajá —dijo Douglas—. Sí que lo habría hecho.

La miró, tan delgada y pálida, el cabello sucio pegado a la cabeza. Parecía ser la que peor lo estaba pasando de todos.

—Lo echas de menos, ¿no? —preguntó él.

Beatriz intentó componer una sonrisa.

—Echo de menos... Sí. Lo echo de menos. Y a Eleonor. Era una buena amiga, ¿sabes? Nos contábamos cosas. —Se encogió de hombros—. Ahora todo es muy diferente. Si me hubieran dicho cómo sería todo esto..., bueno, seguramente...

«Seguramente habría acompañado a Eleonor en su pequeño viaje final», pensó Douglas. Eso era lo que Beatriz tenía en mente.

—Eh —dijo—. Tienes que ser fuerte, ¿vale? Eres una Gallagher, y los Gallagher son fuertes, ¿cierto?

Beatriz sacudió la cabeza.

—No, no lo soy —afirmó—. Fuerte, quiero decir. Me... me estoy... derrumbando, Doug.

Douglas se acercó a ella y trató de reconfortarla pasándole un brazo sobre los hombros y frotando su brazo con cariño.

—¡Piensa en esto como si fuera un campamento! Esos machotes tan rudos — exclamó, fingiendo una voz femenina— son como aquellos monitores de colonias que enamoraban a todas, y a los chicos como yo.

Beatriz sonrió. Era una sonrisa tímida, pero una sonrisa, después de todo. Luego, sin embargo, levantó la cabeza y miró hacia el final de la carretera. Allí había hasta seis cuerpos tirados, todos muertos, sin signos de haber sido succionados por vampiros. Solo estaban muertos, con la ropa manchada de sangre. Una disputa, tal vez, por una caja de zumos de melocotón o cuatro rollos de papel higiénico. O porque sí, que también era probable. Pero aquella visión enmarañada en gusanos y moscas no le traía recuerdos de las colonias de verano, sino de algún tipo de infierno en el que parecía estar zambulléndose a toda velocidad.

Y se estaba quedando sin aire.

## 6

*!Diario de Jimmy!*

*De vez en cuando, el camión se mueve. Es una sacudida rápida: BUM, BUM, subida y bajada, y muchas veces imperceptible. Al principio pensé que se trataba de baches en la carretera, pero cada vez se*

*notan con más frecuencia, y cuando bajamos del camión la carretera no es precisamente la autopista de Nueva York a Washington, pero no es el camino de cabras que uno tiene la sensación que es.*

*Hoy he observado las ruedas. Están... Estaban como húmedas, y manchadas de un barro de un color extraño.*

*Ya sé lo que son los baches.*

*El camión ya no puede esquivar tantos cadáveres.*

*Nunca lo han mencionado, pero creo que pasan por encima de ellos.*

*Bum. Bum.*

## 7

Un hombre los detuvo en mitad de la carretera, haciendo señas con los brazos. Estaba sucio, despeinado, y su ropa hacía demasiado tiempo que no conocía una lavadora. Jason y sus hombres bajaron del camión con verdadera rapidez. A Adam la escena le recordó a la cortinilla de entrada de una serie muy antigua: «Los hombres de Harrelson».

—¿Necesita ayuda? —preguntó Jason desde la distancia, con su rifle en la mano. El resto de los hombres había empezado a desplegarse, inspeccionando los alrededores. Estaban en una carretera estrecha rodeada de árboles: un lugar perfecto para una emboscada.

—¡Eh, eh! ¡Soldados! —exclamó, visiblemente excitado—. ¡Qué bueno, soldados! El hombre corrió hacia ellos.

—¡Alto, alto, ALTO! ¡Deténgase ahí, hablo en serio! —gritó Jason.

—¡Sí, sí, claro! —exclamó el hombre, deteniéndose y levantando las manos—. ¡Claro, tío! ¡Joder! ¡Soldados americanos!

Jason se fijó en su expresión, y en esa sonrisa histérica congelada en su rostro, los pómulos marcados y raspados por innumerables arañazos.

—¿Está usted solo? —preguntó Jason.

—¡Solo, sí! ¡Joder! ¿No se ha enterado, amigo?

—¿Enterarme de qué? —preguntó Jason.

—¡Los coreanos! —dijo—. ¡Han dicho que o la situación aquí se arregla, o lanzan las bombas! ¡Las boooooombas atómicas, joder!

—¿Corea ha dicho eso? —preguntó Jason.

—¡Sí, coño! ¡Han dicho que como tengan un solo caso de vampiros en su país, lanzan las bombas igualmente, y ya están en Europa, colega! ¡Es la hostia!

Jason y Josh se miraron.

—¿Están en... Europa?

—¡Sí, coño! ¡Desde España! ¿No? ¡No lo sé! ¡Pero las bombas van a volar en cualquier momento, y va a ser la hostia! ¡Bombas por todas partes, o sea, el puto hongo nuclear y todo eso! ¡No va a sobrevivir nadie!

Empezó a reír.

—Y a los franceses les suda la polla —añadió riendo—. Tienen su Línea Maginot, ¿no? ¡La tienen!

—Oiga..., tranquilícese, ¿quiere? ¿Tiene...?

El hombre empezó a dar saltos, con esa sonrisa extraña en el rostro, los ojos desbocados. Jason se fijó en que tenía una fea herida en el brazo. Si se hubiera encontrado a alguien así antes de la tragedia, habría pensado que estaba hasta arriba de coca, o algo peor.

—¡Sí, claro que sí, amigo! ¡Yo voy a esconderme! ¡He hecho un puñetero búnker allí atrás! ¡Un búnker del carajo! ¡Pueden venir, si quieren! ¡Soldados, firmes, fomare !

Antes de que Jason pudiera decir o hacer nada más, el hombre salió corriendo. Varios soldados se apresuraron a apuntarlo, siguieron su trayectoria hacia el bosque y lo vieron perderse tras los arbustos.

—Joder —exclamó Josh—. Pero qué coño...

Jason sacudió la cabeza.

—Vámonos —dijo—. Vámonos de aquí.

—Bombas atómicas —susurró Josh.

—Gilipolleces —replicó Jason, levantó una mano en el aire y gritó—: ¡Al camión! ¡Nos movemos! ¡Ya!

## 8

Para llegar a Canadá ya no era posible transitar por carreteras secundarias. Tenían que atravesar Búfalo, y luego cruzar por el brazo de tierra que separaba el lago Erie del lago Ontario. La frontera estaba en medio del río Niágara, en el Peace Bridge por el lado americano, y en Queen Elizabeth Way por el lado canadiense. Eso preocupaba bastante a Jason. Había estado esperando que Wein volviera a llamarles, pero esa llamada no se había producido todavía.

—Bueno —anunció esa mañana—, tenemos dos opciones: nos metemos en Búfalo de cabeza y averiguamos de una vez cómo andan las cosas realmente, o esperamos la llamada de Wein por aquí.

—Hum —exclamó Adam, pensativo—. ¿Qué posibilidades hay de que Wein venga a buscarnos con un pájaro? Posibilidades reales.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir... No sé cómo andan las cosas. Dices que Wein es una especie de... espíritu libre, a día de hoy. Le dijeron que volviera a casa, ¿no es eso lo que dijiste?

—Eso es lo que dije —confirmó Jason.

—Pero él no lo ha hecho. Va por libre. Ni siquiera sé si, a estas alturas, sigue siendo general...

—Oh, ya veo por dónde vas —dijo Jason—. Tienes razón. No creo que sea general, de manera oficial. Si vuelve a casa ahora mismo, con las cosas como están, seguramente le formarán consejo de guerra, si es que queda alguien para ese tipo de mierdas. Así que lo que quieres saber es si él podrá, mágicamente, conseguir un helicóptero o enviar ayuda para recogernos, dada su posición.

Adam asintió.

—Exacto.

Jason sacudió la cabeza.

—Bueno, no lo sé. La verdad es que no lo sé. Wein es un hombre influyente, tiene muchos contactos. Es amigo del director de la oficina de la CIA; quiero decir, amigo de verdad. Es amigo de mucha gente. Es un hombre culto, exquisito en sus maneras, y tiene esa sonrisa de galán que recuerda a George Clooney. Cae bien a la gente, hace bien su trabajo, y puede que haya tenido una o dos ideas sobre ciertos asuntos que han salvado la política exterior de este país en una o dos ocasiones. Creo que... debe de estar tirando de todos los hilos que pueda. No todo el mundo se habrá encogido de hombros y obedecido las órdenes del nuevo presidente y se habrá puesto a apagar botones por todos los centros de mando del país, así que es posible que algo consiga.

—¿Tiene buenas relaciones con Canadá? —preguntó Pip—. Esa parece realmente la clave.

—Joder. No lo sé, Pip. No sé a quién conoce en Canadá. Ni siquiera sé si Canadá sigue existiendo como país soberano de América del Norte. ¿Qué carajo es América del Norte, a día de hoy, de todas maneras? No un país democrático, me parece. No lo sé.

—¿Qué... qué es Canadá? ¿Una... república? —preguntó Jimmy.

—Es una monarquía parlamentaria federal —explicó Adam.

Jimmy asintió, sintiéndose un poco avergonzado por no saber esas cosas.

—Bueno. No lo sé. Es complicado —recalcó Adam.

—Búfalo es... Bueno, no hemos estado en ninguna ciudad tan grande —dijo Sonia—. Hillsdale era una población pequeña en comparación; o sea, Búfalo es la segunda ciudad más grande del estado, solo por detrás de Nueva York. ¿Cuántos habitantes debe de tener, medio millón?

—¿Búfalo? No tantos —respondió Adam—. Pero cerca. Trescientos o cuatrocientos mil habitantes. Eso son muchos vampiros potenciales.

—O muchos hijos de puta —dijo Jared, que estaba remendando su chaleco de gran follador—. Yo me preocuparía más de eso que de esos cabrones mentales. Al fin y al cabo, vamos a cruzar de día, y esos hijos de puta solo dan problemas por la noche, gracias a Dios por los pequeños favores.

Adam asintió.

—Hay un problema añadido —dijo Anne. Sonia sonrió. Anne no hablaba mucho; escuchaba, y cuando observaba que nadie planteaba un dato que ella consideraba importante, lo ponía sobre la mesa. Eso le gustaba—. Vamos con un camión y su carga, o sea, nosotros, y pretendemos entrar en una ciudad americana de mil pares de narices. Hace mucho que no vengo por aquí, casi tanto como años tiene mi chico Mac, pero si no recuerdo mal, la frontera estaba en un puente.

—Ya veo —asintió Adam con cara de fastidio.

Anne asintió.

—O las cosas van muy bien y nos dejan pasar en plan: «Oye, ¿sois turistas? ¡Qué estupendo! ¡Traed algunas cosas bonitas!», o las cosas están mal y la frontera está cerrada. O bien las cosas van muy muy mal y el puente es un infierno de vehículos estrellados unos contra otros, imposible de cruzar con un coche, o incluso con una moto, ni pensar en un camión como este.

—Eso por no mencionar que vestimos como soldados americanos, cuando se nos han dado instrucciones muy precisas de acuartelamiento —intervino Josh—. La dama

tiene razón. Estamos jodidos.

Jason suspiró.

—Habrà que votar —dijo.

—¿Qué hay que votar? —preguntó Gutiérrez—. ¡Yo voy por ir hacia adelante, a muerte, como siempre! ¡A por ese vampiro griego tocapelotas!

Jared levantó un brazo y lanzó un aullido.

—No, en serio, hay que pensarlo —insistió Jason—. Tenemos diversas variables complicadas. Podemos intentar acercarnos a ver cómo está la cosa, pero desde luego no vestidos así. Deberíamos buscar ropa de civil, y eso incluye esconder las armas de alguna manera.

—Ni hablar —protestó Burke—. No pienso separarme de las armas.

—No me parece buena idea, tío —exclamó el soldado a su lado.

—No creo que haya ninguna otra opción —recalcó Jason.

—¿Qué os parece esto? —terció Jimmy—: Un grupo pequeño se acerca a Búfalo, con armas si queréis, a ver cómo van las cosas por la ciudad. Con un coche, para ir más rápido; hay coches por todas partes, si los necesitáis. Si la ciudad está muerta, realmente muerta, el grupo regresa a por el resto y volvemos a Búfalo todos juntos, y ya da igual cómo vayáis vestidos, porque será un viaje por tierra de nadie. Pero si no lo está, si hay gente, y leyes, y policías, el grupo regresa a por el resto y volvemos todos en plan supervivientes, sin armas ni uniformes, a ver con quién podemos hablar en la frontera. Tal vez, si les explicamos la situación, nos escuchen.

Todos se miraron. La propuesta de Jimmy tenía bastante sentido, y nadie pudo encontrar ningún argumento en contra.

—¡Que alguien le dé un país para dirigir a este chico! —exclamó Anne, con la aguja y el hilo enhebrado en la mano.

—Joder —dijo Jason—. Si tuviera rango todavía, te nombraba sargento, chico.

Jimmy bajó la mirada rápidamente, entre abrumado y halagado, mientras el resto empezaba a comentar los pormenores del plan, y sobre todo, quiénes compondrían ese grupo pequeño. El plan podía ser bueno, o tal vez el menos malo, pero no estaba carente de riesgos. Si las cosas estaban torcidas en Búfalo y las calles eran tierra de nadie, una especie de microcosmos desquiciado donde la gente se mataba de día y era asesinada de noche, como parecía ocurrir en los alrededores, entonces...

Entonces el pequeño grupo corría un riesgo mayúsculo.

## 9

Como Jason había dicho, Wein era un hombre de recursos, y consiguió un transporte aéreo para salir de Roma y aterrizar en un lugar apartado de la costa este de Canadá. Era el único lugar seguro para hacerlo, porque su contacto en el gobierno no podía garantizar que, más adentro, no se activaran las defensas aéreas. Las cosas allí no iban nada bien: el país estaba tan plagado de vampiros como Estados Unidos de América y la población se enredaba a diario en pequeños estallidos de violencia sin que hubiera recursos suficientes para controlarlos. Pero ni el gobierno ni sus efectivos militares habían interesado a Elexia, por el momento, y aunque sumido en un caos importante, el país aguantaba.

—¿Señor Wein? —preguntó su contacto cuando aterrizó.

—Sí. ¿Es usted el señor Caden?

—No, soy Braden, Braden Marrón. Es un placer. El señor Caden no puede venir hasta aquí. Las cosas... La situación dificulta los desplazamientos.

—Lo entiendo —dijo Wein.

—Acompáñeme al coche. El día avanza rápido. Lo llevaré a un lugar seguro para pasar la noche.

Wein asintió.

Era un todoterreno de ruedas grandes y anchas, y no el tipo de coche oficial al que estaba acostumbrado, pero cuando empezó a rodar y abandonó la carretera al llegar a un desvío en curva, comprendió el motivo. Él y el señor Marrón estaban sentados detrás, con un chófer al volante y alguien más sentado en el asiento del copiloto. Alguien de seguridad, con probabilidad.

—Señor Wein —dijo el señor Marrón—, Caden quiere que le informe de que tenía usted razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre la ubicación del Punto Uve.

—Perdone. ¿Punto Uve?... Se refiere a...

—Sí. Disculpe. Es el nombre en código para nosotros. Punto Uve. Uve de... vampiro. Creí que lo sabía.

Wein asintió.

—Lo he captado —dijo—. Pero... ¿en qué sentido tenía yo razón?

—Bueno, lo encontramos. A eso me refiero.

Wein pestañeó con rapidez.

—¿Ya lo han... encontrado? —preguntó estupefacto—. No es posible. La zona que le indiqué por teléfono era... demasiado genérica. Estaba sacada de un mapa muy antiguo, demasiado..., de cuando los continentes no estaban aún configurados como hoy día. Mi equipo tuvo que hacer un ejercicio de predicción tremendo... Esa marca podía representar una extensión de unos mil kilómetros.

—Bueno —repuso el señor Marrón con una sonrisa—. Diría que lo clavaron entonces. Se ha hecho un esfuerzo importante, y se ha trabajado día y noche. Ha habido suerte. A los vampiros no parece gustarles demasiado la nieve, y de todas maneras, no había mucha masa poblacional por la zona.

—No, no es posible —insistió Wein—. ¿Qué han encontrado, exactamente?

El señor Marrón carraspeó brevemente.

—Bueno, es exactamente lo que usted describió, me parece. Se lo enseñaré.

Sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta y buscó durante unos instantes. Luego, le pasó el aparato.

Wein miró la pantalla. Se había operado de la vista hacía un par de años y hacía mucho que había prescindido de las gafas de cerca, pero tuvo que retirar el móvil un poco para poder enfocar bien. O estaba más cansado de lo que creía después del vuelo transoceánico, o la maldita operación necesitaba un reajuste.

Lo que vio le hizo olvidarse de todo eso.

Se trataba de la foto de una zona de trabajo de un tamaño impresionante, con varios equipos de camiones, grúas y excavadoras dispuestos alrededor. Las montañas

de tierra despuntaban a un lado, negras en mitad de la nieve pisoteada y embarrada, formando seis grandes cúmulos. El sol hacía que la nieve alrededor pareciera quemada, de un blanco prístino; las espectaculares nieves del Yukón. Y en el centro había un pozo en forma de embudo, cuyo interior no se veía. Wein movió los dedos por la pantalla para intentar ampliar la fotografía, pero tampoco así pudo ver con claridad dentro del mismo.

—Se movilizaron muchísimos efectivos —explicó el señor Marrón—. Muchísimos. Algunas de esas grúas fueron traídas en helicópteros de transporte desde poblaciones cercanas. Requisadas, ¿sabe? Pero debo decir que todo el mundo colaboró. Los camiones y las excavadoras no son raros en esa zona, como debe suponer. Tuvimos mucha suerte.

Wein estaba estupefacto.

—Deslice el dedo por la pantalla, hacia su derecha —indicó el señor Marrón.

Wein accedió a la siguiente fotografía. Era otra perspectiva de la zona de trabajo, o zonas, porque varios cientos de metros más allá se divisaba otra excavación, mucho más pequeña.

—Ah, sí —precisó el señor Marrón, carraspeando—. Al principio se hicieron varias excavaciones paralelas. Eso fue antes de que llegaran los técnicos. Geólogos, supongo, aunque no puedo decírselo exactamente. Utilizaron radares para buscar bajo tierra. Así supimos dónde estaba su estructura, exactamente.

Wein siguió pasando fotos. Detalles de excavadoras. Gente trabajando. Una imagen de alguna medición que no podía comprender..., y por fin...

Eran dos torres, o dos picos negros de un tono con el que estaba familiarizado: la misma tonalidad negra y azul que observó de primera mano en la base Orestes. Conformaban líneas verticales onduladas.

—Debe de tener usted una reputación intachable —decía el señor Marrón—. O ser increíblemente convincente. Nunca había visto al señor Caden moverse tan rápido ni desplegar tantos medios tan costosos, sobre todo con lo que está pasando. Hay infinidad de problemas urgentes que resolver, como comprenderá...

Wein deslizó el dedo.

La foto mostraba una rampa de arena, cimentada con troncos de árboles recién cortados, a juzgar por su aspecto, que se adentraba en el suelo hasta una monstruosidad negra y azul. La entrada era ovalada, con dos formas suaves a los lados que recordaban a las vainas de las judías verdes.

—Ahora se lo puedo decir, señor Wein —continuó Marrón—. Nadie daba crédito a su historia. No sabíamos nada de ninguna... estructura subterránea. No hubo ninguna comunicación ni información al respecto por parte de su gobierno. A algunos personajes de nuestro propio gobierno no les gustó que retuviesen esa información y acudieran a nosotros solicitando ayuda, seguro que lo entiende, pero...

La foto siguiente mostraba un interior, una pesadilla arquitectónica en apariencia incomprensible. Wein tardó un rato en averiguar si lo que estaba mirando estaba boca arriba o boca abajo. Todo eran negros lustrosos y azules que respondían a la luz de unos focos emplazados en paredes y suelos. Y al fondo...

—El señor Caden, por el contrario, cuenta con el respaldo casi incondicional de todo el mundo. Supo llamar a la puerta adecuada, eso se lo reconozco. Y, además,

entre usted y yo —dijo riendo—, le importó muy poco la burocracia de la consulta preliminar y el consenso y todo eso. Lo hizo bajo su responsabilidad, y bueno..., ahí tiene el resultado. Es un poco escalofriante, ¿no?

La siguiente foto mostraba la jaula. El sarcófago. La prisión. Era exacto al que había visto en Orestes, solo que este estaba cerrado y se asemejaba, quizá, a un huevo, como un pistacho, emplazado en una suerte de altar con un símbolo tras él que Wein había visto recientemente en otro sitio: un ojo iracundo en un triángulo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Wein, con la boca seca.

—Están trasladándolo. —Miró la hora en su reloj de muñeca, una esfera dorada que contrastaba con el blanco impecable de su camisa—. En estos mismos momentos.

Wein creyó sentir un mareo.

—¿Trasladándolo adónde...?

—A un lugar apartado —dijo Marrón—. Es lo que usted le transmitió al señor Caden. Todos leímos la transcripción telefónica—. Creo que usó la palabra «esconder». Esconderlo. ¿No es...?

—¿Esconderlo dónde? —preguntó Wein.

El señor Marrón sonrió sutilmente. Wein lo miró, apartando los ojos por primera vez de las fotos. Conocía esa sonrisa. Era la sonrisa de los políticos, de los depredadores del poder, de los negociadores de alto nivel que manejan los entresijos del devenir de los hombres de a pie.

—Tendrá que hablar con el señor Caden, o con alguien de más alto rango —dijo—. Naturalmente, nuestro país dispone ahora de un elemento muy importante para la resolución de este conflicto, y los medios desplegados para conseguirlo han sido cuantiosos y eficientes, señor Wein. Muy eficientes. Tal vez hayamos salvado el mundo, como usted dijo. Estoy seguro de que nuestro país y el suyo podrán negociar un... un acuerdo mediante el cual...

—¿Escondido dónde? —bramó Wein, con voz grave. La mano le temblaba, y tuvo que apretar el móvil para que el movimiento no fuera tan evidente.

El agente sentado en el asiento del copiloto miró brevemente hacia atrás.

—Por favor, señor Wein, no... Comprenda que no tengo autoridad para tratar ciertos asuntos con usted. El... La estructura está siendo apartada del lugar, lejos de la vista, hacia un sitio que nadie podrá encontrar...

Wein movió los hombros, molesto. De repente, tenía demasiado calor. Demasiado. El traje parecía pegársele al cuerpo como si intentara asfixiarlo.

«Lejos», había dicho. Lejos de la vista. Lejos de...

Lejos del lugar donde había estado en los últimos... ¿ocho mil años, tal vez?

Quiso tragar, pero de repente tenía la garganta seca.

Lejos.

Las cosas se habían hecho demasiado rápido, y no había tenido tiempo de pensar con cuidado en los pasos que debían darse. Pero aquel paso en concreto, lejos, no le parecía ni remotamente la mejor idea del mundo.



canadiense. El piloto amaba su trabajo: volar, pilotar despacio con el ronroneo de los rotores y la suave y confortable vibración del aparato bajo el asiento y el mando entre las manos. El mando eran sus alas, y le gustaba sentir cómo el más mínimo movimiento hacía que el helicóptero respondiera de manera instantánea. Había conducido aeroplanos y hasta jets de combate, pero eran demasiado estridentes para él; demasiado rápidos. Volar en ellos era como deslizarse por una montaña rusa, y cuando estás subido en una montaña rusa, te pierdes muchas cosas, como el paisaje. Los helicópteros eran diferentes. Ahora miraba hacia el oeste y disfrutaba del espectáculo alucinante de un buen amanecer. No, de un amanecer excepcional.

Los amaneceres eran ahora mucho mejores que los atardeceres. Los atardeceres ya no eran lo que solían ser. Antes podías disfrutar de uno y luego caminar despacio hacia tu casa, sintiendo el frío intenso en la nariz, echando vaharadas de aire caliente al cielo oscuro, y sentarte luego en tu sofá, con las luces encendidas, sin que ningún monstruo entrara por tu ventana para chuparte hasta la última gota de sangre del cuerpo.

Antes pensaba diferente, pero ahora prefería los amaneceres.

El piloto inició el descenso. Había llegado por fin a su destino. Un lugar extraño, en verdad, una especie de villa que se veía impresionante desde las alturas, con un buen montón de vehículos estacionados en el aparcamiento. Jesús, casi no le habían dejado sitio para aterrizar, como si el aparato no fuera bastante grande. Tendría que...

El compartimento de carga crujió con un estrépito espantoso. El piloto ni siquiera tuvo tiempo para volver la cabeza. Para cuando quiso darse cuenta, el helicóptero apuntaba hacia el cielo todavía oscuro y él se encontró dando bandazos a uno y otro lado, con el cinturón de seguridad manteniéndolo sujeto contra el asiento. Un desgarramiento metálico inundó la cabina y, de repente, estaba mirando directamente al aparcamiento. Era lo que tenía delante, el suelo del aparcamiento, lleno de gente que se llevaba las manos a la cabeza.

Desde abajo fue como si el helicóptero se partiese en dos, justo por la mitad. Nadie tuvo tiempo de reaccionar. Un par de segundos más tarde, el formidable aparato se precipitaba contra el suelo. Las aspas incidieron contra el asfalto y se quebraron, saliendo despedidas en varias direcciones.

La gente empezó a gritar.

El choque produjo una vibración bastantes metros alrededor, y cuando ocurrió la explosión, los cristales de varios vehículos saltaron por los aires.

## 11

El conductor, que en esa ocasión era Seven, se había acercado tanto a Búfalo como había podido, hasta el lugar que les ofrecía la visión más ventajosa. Hacía apenas unos minutos que había amanecido de nuevo, lo que desde luego era una gran cosa, pero la inquietud se había apoderado de ellos, y bajaron del camión sin muchas ganas de preparar café, ni ninguna otra cosa.

Miraron la silueta de los edificios, con los altos rascacielos del centro financiero centelleando al sol.

—Al menos hace un buen día —dijo Sonia.

—Al menos —asintió Jared—. Por cierto, yo voy, os pongáis como os pongáis. Me duelen los huevos de estar sentado en ese puto camión.

Jason frunció el ceño.

—¿Seguro? —preguntó.

—Y tan seguro —respondió Jared—. Si mi compañía no es grata, señor soldado, Jared irá a la ciudad por su propio camino. Puede que vea una película, o dos.

—No me parece que vaya a ser posible —dijo Mac, usando la mirilla de su rifle—. No parece que las cosas vayan muy bien en Búfalo.

Ya lo habían advertido. Se veía en las carreteras que llevaban al centro, atestadas de coches de todo tipo, formando una caravana irregular con vehículos cruzados cada pocos metros. Algunos presentaban un aspecto renegrido, como si hubieran ardido, aunque fuera difícil decirlo desde esa distancia. Había camiones volcados, con la carga desperdigada por toda la carretera; cajas de embalaje que alguien se había ocupado de abrir. Maleteros abiertos, maletas y cuerpos. Cadáveres. A Anne le pareció que, si cerraba los ojos y se concentraba, podía percibir el tufo a muerte desde allí.

—No, no lo parece —dijo Jason—. Bueno, esto cambia las cosas.

—¿Qué cambia? —preguntó Eddie.

—Bueno. Dijimos que iríamos a la ciudad y echaríamos un vistazo. Creo que... esa parte está hecha.

—¡Ahí tenéis la fabulosa Búfalo, lugar recomendado por la revista Nosequé como el mejor lugar de América para criar a tus hijos, sede de la cabeza de la industria del país, y no sé cuántas cosas más! —exclamó Jared, con los brazos extendidos. Una suave brisa le movía el cabello como si estuviera bajo el agua.

—Es un triste espectáculo —dijo Anne, con la mano en la mejilla—. Muy triste. No imaginaba... algo así. De verdad que no.

—Es una locura —dijo Seven—. En serio, ¿no hay otra opción? Meternos ahí dentro es como..., no sé, abrirle la puerta a alguien con una capucha blanca y una sierra eléctrica en la mano.

—Ese es —dijo Gutiérrez—. Ese es Jason. El chico de Camp Lake.

—Ya —respondió Jason, sin muchas ganas de bromas.

—Debe de haber otra forma de llegar a Canadá —insistió Seven.

—No lo sé —susurró Jason—. No sé si dar la vuelta o...

Sacó el voluminoso móvil de su bolsillo y lo miró.

—¿Por qué cojones no llama Wein?

## 12

Se trajeron extintores con muchísima rapidez, y el fuego fue extinguido prácticamente en su totalidad. El aparato dispuesto para la recepción de la mercancía no había escatimado en recursos y, por alguna razón, quizá descabellada, incluía servicios médicos y de seguridad, unidades de control de emergencias trasladadas desde un aeropuerto a falta de los servicios de bomberos tradicionales, que estaban dispersos y prácticamente desmantelados por todo el país.

El humo blanco aún se extendía entre los restos del aparato cuando una sombra

negra salió despedida hacia el cielo y fue a parar varios metros más allá, entre un grupo de gente.

Cayó al suelo con un sonido grave. BUM.

Los hombres y mujeres se volvieron, pensando que acababan de librarse del impacto de algún trozo de metal que había salido despedido por efecto de la explosión. Pero no era ningún metal.

Era un hombre.

Un hombre pálido y desnudo, de cabello blanco y ralo y unos ojos profundos y grises hundidos en unos rasgos duros, con un mentón pronunciado y unos labios finos y curvados en una mueca de disgusto.

La ingeniera Susana Casado intuyó lo que acababa de pasar, pero no tuvo tiempo de asimilar ese pensamiento. Apenas un instante después, tenía al hombre tan cerca de ella que podía ver la perfección de su piel. Susana era alta, bastante alta para ser una mujer de origen hispano, pero se encontró mirando el cuello del hombre y respirando un aroma penetrante, fuerte y dulce a la vez, como el sudor después del sexo. Luego cayó hacia un lado. Nunca llegó a saber qué le había atravesado el pecho con una mano.

Los disparos comenzaron. Y los gritos.

Alkibiades, un cuerpo atlético y perfecto para los estándares de cualquier cultura, era una forma borrosa que se movía con una rapidez inusitada. Allí por donde pasaba explotaba la sangre, volaban los miembros despedazados, las cabezas caían cercenadas al suelo. Muchos ni siquiera comprendieron lo que estaba pasando. Uno de los coches salió despedido como si acabara de empujarlo un tren, dando vueltas de campana y arrollando a un grupo de personas que se habían encogido sobre sí mismas, incapaces de dar un solo paso.

Un minuto duró esa carnicería. Algo menos de un minuto. Alkibiades se irguió cuan alto era, el cuerpo lleno de sangre, sin parecer fatigado siquiera. Se miró la mano roja y la lamió con prudencia.

Asco .

Los Descendientes se habían degradado más de lo que Elexia había dicho. El antaño néctar de ambrosía sabía a grasa, a vísceras, a enfermedad, a decadencia. Era como sangre seca y sucia de treinta días.

Elexia, sí.

Libre , emitió por fin.

La colmena, roja, vibró en toda su maravillosa extensión, como recorrida por un inesperado orgasmo.

Es como te había dicho —respondió Elexia, indeciblemente satisfecha—. Bastaba con alejarse del lugar sagrado .

¿Cómo lo conseguiste? , preguntó Alkibiades.

La cabeza de Wein no paraba de dar vueltas, rebotando de una idea a otra. Cuando pensaba con rapidez tendía a quedarse muy quieto, insensible a la verborrea absurda e innecesaria con la que el señor Marrón estaba castigándolo mientras viajaban en

coche. «Lejos», se repetía. Se habían llevado al monstruo lejos, como con Elexia.

Una idea se abrió paso en su cabeza.

¿Y si nunca descubrieron cómo abrir los sellos? ¿Y si...?

¿Y si se abrieron solos, al alejar el envoltorio de obsidiana del lugar donde estaba sepultado?

El edificio, toda esa estructura demencial, los dos templos subterráneos...

¿Y si eso era la prisión y no otra cosa?

¿Cabía la posibilidad de que hubieran brindado a Elexia la... la liberación de...?

«¿La liberación?»

Se pasó la mano por la cara, repentinamente cubierta de un sudor frío.

—Pero no lo sabe —dijo en voz alta—. No puede saberlo. ¿No?

El señor Marrón frunció el ceño.

—¿Disculpe? —dijo.

De repente, Wein se estremeció. Había algo que lo había estado molestando desde hacía días, sacudiéndose como una serpiente metida en un saco, revolviéndose en la trastienda de su mente, pero no le había prestado atención. Algo estúpido, insignificante, como una... pequeña porción de comida pegada a una muela, en el fondo de la boca.

Le había sido imposible recordar cómo había llegado a la base Orestes, pero acababa de recordarlo.

Acababa de recordarlo.

Hundió el rostro entre las manos y lloró, pero solo por dentro.

## 14

Controlé a uno de ellos sin que lo supiera. Era el único que podía averiguar dónde, por si solo —dijo Elexia.

¿Por si solo? —preguntó Alkibiades, ceñudo—. ¿¿Por eso has tardado tanto, Naildebar de Molsen?!

No tengo... No tenía —se corrigió— tanta fuerza para controlar a tantos, gran Moff Shag. Ni tan lejos. Es un país grande, y un mundo aún más grande. Elegí al hombre indicado. Él ha convencido a quienes tenía que convencer, es muy bueno en eso, y ha hecho todo el trabajo por nosotros. Les he hecho creer, a él y a unos pocos implicados más, que buscaba la manera de abrir los sellos. Te ha encontrado sin que tuviera que intervenir y te ha sacado de allí, donde ninguno de los nuestros podía acceder; ninguno de los nuestros ni nadie conectado al Moh Shafa .

Está bien —replicó Alkibiades después de unos instantes—. Poco importa ahora. En cuanto a lo primero ...

Extendió los brazos y una repentina ráfaga de viento empezó a soplar a su alrededor. Los cabellos de las cabezas cortadas a su alrededor se estremecieron como algas submarinas.

Yo soy la fuerza , dijo—.

Elexia se estremeció. El poder del Moff Shag era abrumador. Ella había tardado años, ¡años humanos enteros!, en recobrar su poder, esperando pacientemente a medida que se recuperaba e iba instaurando su conexión con los Descendientes. Pero

él... él había necesitado apenas unos segundos.

Bienvenido de nuevo, Moff Shag —exclamó, retorciéndose de poder y de amor—. Sé bienvenido una y mil veces .

El sol empezó a asomar por detrás de las montañas; un círculo redondo y anaranjado de una intensidad suave y discreta que empezaba a retirar la oscuridad a su alrededor.

Alkibiades se miró los brazos. Empezaban a humear, y el olor le desagradó.

Oh. Sí —dijo—. Recuerdo. El sol .

Moff Shag, Moff Shag —decía Elexia, anticipándose, rabiosa de excitación.

Y ahora: la fundación de Tusla Edron .

¡Sí!

El viento empezó a soplar, convirtiéndose rápidamente en una suerte de huracán.

Las cabezas cortadas y los miembros amputados empezaron a rodar sobre sí mismos por el suelo encharcado de sangre, chop, chof, arrastrados por el viento.

El cielo empezó a cubrirse de nubes.

## 15

—Pero qué coño... —exclamó Jared.

Venía del noroeste: una forma oscura que, al menos al principio, no supieron comprender. Junto a la visión, el viento comenzó a soplar con más fuerza.

Jason pensó en las bombas atómicas que el hombre histérico que encontraron en el camino les anunció. Solo tenía la referencia de los documentales y las películas que había visto, así que imaginó que Corea del Norte había accionado finalmente los botones y estaba asistiendo al fin del mundo, evolucionando con rapidez hacia ellos, avanzando a una velocidad prodigiosa desde el horizonte, como el humo de un fuego inconmensurable.

Y era, en cierto modo, el fin del mundo, pero no como él creía.

—Son nubes —dijo Jimmy, sin poder dejar de mirar.

Las nubes estaban devorando el cielo, formando una mancha oscura en la tierra a medida que progresaban, imparables. Era como ver un vídeo a cámara rápida. Llegaron hasta Búfalo y la cubrieron, y llegaron hasta ellos, nubes oscuras y terribles, como hinchidas de lluvia, como si estuviesen engendrando al padre de todas las tormentas.

Beatriz gritó.

—¿Qué cojones pasa? —gritó Gutiérrez.

Se quedaron mirando, hasta que la luz se extinguió sobre ellos. De repente parecía que eran las seis de la tarde, cuando la luz es exangüe y mortecina y si estás en casa tienes que encender alguna lámpara para poder ver.

—Por el amor de Dios —exclamó Pip.

Laura cayó de rodillas al suelo, los brazos lacios a ambos lados del cuerpo. Solo ella pareció comprender lo que ocurría, lo que significaba. Lo que iba a pasar. De repente era como si una parte de sus recuerdos se hubiese desbloqueado, y se encontró conectada a la colmena, con Pip, en aquella caravana que solían usar unos días atrás, cerca del matadero. Y supo que la habían engañado. Lo supo. Supo que

Elexia no buscaba la manera de abrir los sellos, sino que ya sabía cómo. Solo estaba disponiendo las piezas en su tablero de ajedrez, ajustando los minúsculos engranajes de una maquinaria orquestada para que cada uno hiciera su parte, y de la que ella y Pip, en mayor o menor medida, habían cumplido con la suya. Mentira. Otra vez sucias mentiras de vampiro.

Y cerró los ojos y gritó. En silencio, pero gritó.

Y como respuesta a eso, en la ciudad, en todas partes a su alrededor, oyeron otros gritos, pero no eran gritos de terror, ni siquiera de dolor, como el que atenazaba a Laura. Eran gritos animales, terribles, salvajes, y de alguna manera también de regocijo, como los que lanza un ejército ante una victoria.

—Los vampiros —susurró Mac—. Los... los vampiros...

Una victoria, sí.

—Creo que han liberado a Alkibiades —musitó Jimmy—. Llegamos tarde. Tarde.

—Se acabó —exclamó Jared—. ¡A la mierda!

Se volvió y echó a andar, alejándose del grupo. Adónde iba, nadie se lo preguntó. Estaban concentrados en el hecho inequívoco de que era de día, sí, pero los vampiros...

Los vampiros estaban despertando.

## Nota

[1](#) . En castellano, 'tonterías'.

Rojo  
Carlos Sisí

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de portada, Planeta Arte & Diseño  
Imagen de portada: © Alexey Poprotskiy / Shutterstock

© Carlos Sisí, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

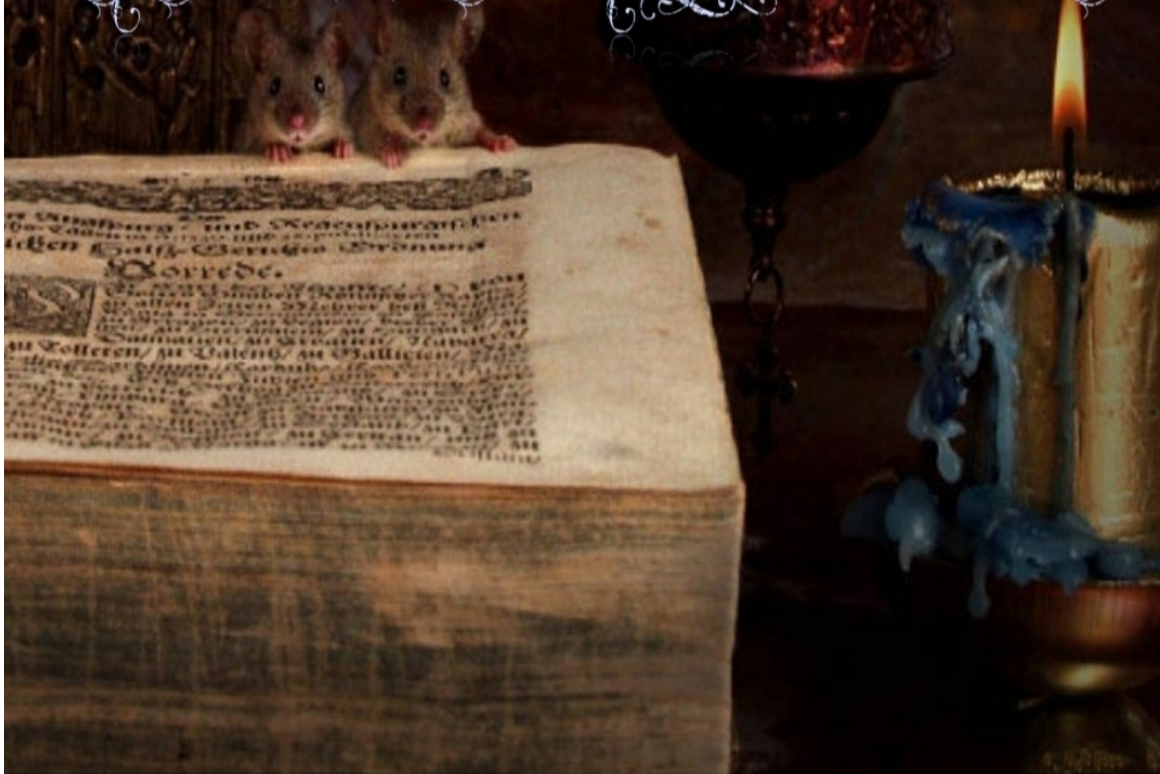
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-450-0654-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)



cada libro, cada volumen  
que ves aquí, tiene un alma  
el alma de la persona que lo escribió  
y de aquellos que lo  
leyeron, vivieron y soñaron con él.



## Índice

Portada	2
Sinopsis	6
Portadilla	7
Dedicatoria	8
Rojo	10
Medusa	40
La tercera noche	73
Elexia	99
Jared	109
Están llegando	140
Cosas raras	171
La mentira de la felicidad	188
Semper fi	211
Nancy Doce	245
Adivina quién viene a cenar esta noche	272
Las vacas y el matadero	287
Desatado	319
Fuego sobre y bajo el tejado	338
El que hace dos de nueve	370
Alkibiades	398
Nota	423
Créditos	424